

CANTOS DEL TROVADOR ³⁰

INTRODUCCIÓN

¿Qué se hicieron las auras deliciosas
 que henchidas de perfume se perdían
 entre los lirios y las frescas rosas
 que el huerto ameno en derredor ceñían?
 Las brisas del otoño revoltosas
 en rápido tropel las impelían,
 y ahogaron la estación de los amores
 entre las hojas de sus yertas flores.

Hoy al fuego de un tronco nos sentamos
 en torno de la antigua chimenea,
 y acaso la ancha sombra recordamos
 de aquel tizón que a nuestros pies humea.
 Y hora tras hora tristes esperamos
 que pase la estación adusta y fea,
 en pereza febril adormecidos,
 y en las propias memorias embebidos.

En vano a los placeres avariantes
 nos lanzamos doquier, y orgías sonoras
 estremecen los ricos aposentos
 y fantásticas danzas tentadoras;
 porque antes y después caminan lentos
 los turbios días y las lentas horas,

la cita sencilla y los sencillos ritos
 con que a cabo llevaban sus empresas
 por hermosas esclavas y prisioneras
 Y venid a mí, y oídme los amores,
 yo soy el Trovador de las tardes;
 yo cuido el arpa con raras flores
 y en el arpa con raras flores
 gozaba la que trocaba en mi jardín
 yo tengo el tujillo de raras flores
 que adornan de raras flores
 y el libro xant neogótico y campestre
 que hace y alivia en el bello silencio.

sin que alguna ilusión de breve instante
 del alma el sueño fugitiva encante.

Pero yo, que he pasado entre ilusiones,
 sueños de oro y de luz mi dulce vida,
 no os dejaré dormir en los salones
 donde al placer la soledad convida;
 ni esperar revolviendo los tizones
 el yerto amigo o la falaz querida,
 sin que más esperanza os alimente
 que ir contando las horas tristemente.

Los que vivís de alcázares señores,
 venid, yo halagaré vuestra pereza;
 niñas hermosas que morís de amores,
 venid, yo encantaré vuestra belleza;
 viejos, que idolatráis vuestros mayores,
 venid, yo os contaré vuestra grandeza;
 venid a oír en dulces armonías
 las sabrosas historias de otros días.

Yo soy el Trovador que vaga errante:
 si son de vuestro parque estos linderos
 no me dejéis pasar, mandad que cante:
 que yo sé de los bravos caballeros,
 la dama ingrata, y la cautiva amante,

la cita oculta y los combates fieros
con que a cabo llevaron sus empresas
por hermosas esclavas y princesas.

Venid a mí, yo canto los amores,
yo soy el Trovador de los festines;
yo ciño el arpa con vistosas flores
guirnalda que recojo en mil jardines:
yo tengo el tulipán de cien colores
que adoran de Estambul en los confines,
y el lirio azul incógnito y campestre
que nace y muere en el peñón silvestre.

¡Ven a mis manos, ven, arpa soncra!
¡Baja a mi mente, inspiración cristiana,
y enciende en mí la llama creadora
que del aliento del Querub emana!
¡Lejos de mí la historia tentadora
de ajena tierra y religión profana!
Mi voz, mi corazón, mi fantasía
la gloria cantan de la patria mía.

Venid, yo no hollaré con mis cantares
del pueblo en que he nacido la creencia:
respetaré su ley y sus altares:
en su desgracia a par que en su opulencia
celebraré su fuerza, o sus azares,
y fiel ministro de la gaya ciencia,
levantaré mi voz consoladora
sobre las ruinas en que España llora.

¡Tierra de amor! ¡Tesoro de memorias,
grande, opulenta y vencedora un día,
sembrada de recuerdos y de historias,
y hollada asaz por la fortuna impía!...
Yo cantaré tus olvidadas glorias:
que en alas de la ardiente poesía,
no aspiro a más laurel ni a más hazaña,
que a una sonrisa de mi dulce España.

LEYENDA PRIMERA

LA PRINCESA DOÑA LUZ

I

LA VENTANA DE LA TORRE

Fría y lóbrega es la noche
a más de húmeda y medrosa,
que el pabellón de los cielos
confusas nieblas embozan.
Se afana en vano la vista

para registrar la sombra,
porque la menor distancia
los objetos encapota.
Desiertas están las calles,
las puertas cerradas todas,
las centinelas ocultas
y bajo techo las rondas.
No hay una sola ventana
en donde aceche o se esconda
una doncella atrevida
ni una madre recelosa.

Ni hay en reja ni en esquina
galán que verto se exponga
las monótonas goteras
a contar una tras otra.

Que es asaz cruda la noche
y el cierzo sutil que sopla
deja las manos sin bríos
para asir de la tizona.
Sólo en una torrecilla

del alcázar donde moran
los reyes, brilla una luz
tras unos vidrios dudosa,
tan débil y tan opaca
que apenas no se coloran
las ricas alegorías
con que los vidrios se adornan.

Mas al examen prolijo
de vista escudriñadora,
se alcanza que en este instante
quien vive allí no reposa.

Pues aunque hay unas cortinas
que las vidrieras entoldan,
oscilan continuamente
luces produciendo y sombras.

Y apelando a unos *celillos*
o a una recta y buena lógica,
pudiera darse en que hay dentro
desvelada una persona,
que sin descanso pasea
la estancia, y dando a la atmósfera
movimiento, el de los lienzos
con cada paso ocasiona.

La verdad es que allí dentro
está pasando a estas horas
una escena que sin duda
mucho saber nos importa;
sino por lo que interese
a quien está lea u oiga,
por nuestra naturaleza
entremetida y curiosa.

En un sillón de dos brazos,
la faz y la vista torva,
descolorido el semblante
y entre ofendida y llorosa
(aunque en nudos de respeto
aprimada la boca),
la princesa doña Luz
con su silencio razona.

Y su apostura modesta,
y su calma majestuosa
por su causa buena o mala
imperiosamente abogan.

El rey Egica su tío,
sin disimular su cólera,

mide sin compás ante ella
a largos pasos la alfombra.

Y su barba mal peinada,
sus cejas negras, cerdosas,
sus labios trémulos, pálidos,
y la aspiración que sorda
del aire que le circunda
tan difícilmente toma,
le semejan a una fiera
cuanto enjaulada rabiosa.

Paróse en medio la estancia
por fin, y en su encantadora
sobrina puso los ojos
do la rabia se le asoma;
y él altivo y ella humilde,
él feroz, ella medrosa,
bien comparárseles puede
al milano y la paloma.

Por último el rey la dijo,
con voz destemplada y cóncava:
«¿Con que ello es que lo desprecias,
mozueta atrevida y loca?
¿Con que tienes en tan poco
mi cariño y mi persona,
cuya dueña hacerte quise
por hacerte venturosa?»

A cuyas palabras necias,
insolentes e injuriosas,
subió al rostro de la infanta
todo el carmín de la honra.
«Mirad lo que habláis, repuso,
que una sangre nos es propia,
y aquí somos dos mujeres
y no hay más que una corona.
Para dama, no he nacido;
si vuestra intención es otra,
ventura y razón os faltan
y resolución me sobra.

—Y amor en otro parece...

—Eso, tío, no os importa; basta que no os quiera a vos para lo que a entrambos toca.

—Pues probaremos entrambos nuestra fortuna, señora, y si hay galán de por medio, cuidad bien que no os le coja, porque ya sabéis que hay leyes que queman a *las sin honra*, y que es sentencia que dada ni el mismo rey la revoca.

Y esto hablando el rey Egica en el manto se reboza, y dando un fuerte portazo dejó a la princesa a solas.

Corrió a la puerta el cerrojo doña Luz, y en su congoja soltó las riendas al llanto que a sus párpados se agolpa. Llenó el aire de suspiros, se mesó la faz hermosa, y la belleza maldijo que con pesares la agobia. Destrenzóse los cabellos, arrojó al suelo la toca, pisó los ricos collares, y renegó de las joyas, y renegó de la sangre heredada, regia y goda que a ocultar tenaz la obliga. su inspiración amorosa; y desesperada al cabo, dirigióse hacia la aleoba sin dar aviso a sus damas que la descían las ropas.

Las lágrimas a los ojos más que nunca abrasadoras,

más triste que nunca estuvo llena de negras memorias.

Iba a soplar en la lámpara soledad ansiando y sombra, cuando a una puerta excusada

sonó señal cautelosa.

«¡Luz mía! dijeron, ¡Luz mía! de mi esperanza. ¿Estás sola?»

E introduciendo una llave se abrió la puerta en dos hojas.

«—Amor mío!, exclamó el mozo

—¿Eres tú?, dijo la hermosa, y se tendieron los brazos, y se besaron las bocas.

—¿Tú has llorado, Luz?

—Y mucho.

—¿Pues hay razón?

—¡Poderosa!

—¡Por Dios, alma de mi alma, que me digas quién te enoja!

—Está lejos de tu alcance.

—¿Lejos? ¡Por Nuestra Señora, que como espectro no sea,

ha de pesarle su obra!

Dime su nombre.

—Mi tío.

—¡Tu tío! ¡Luz, estás loca!

—Mi tío, el rey.

—¡Por San Pablo!

Jamás pensara tal cosa,

¡Él, que tanto te quería!

—Esa es mi desdicha toda, que hoy de mi amor se consume en la hoguera licenciosa.

—¿Eso más?

—Vino a mi estancia

de noche, solo, a deshora,

besó mis plantas de hinojos

y con palabras fogosas

me vino a decir las ansias
que su corazón devoran.
—¿Y tú, Luz?

—Yo le he tirado

a la cara su corona:
yo te amo y nunca tu imagen
del corazón se me borra.

Y a las caricias tornaron,
y a las confianzas propias,
de quien idólatra encuentra
siempre firme a quien adora.

«Mira, Luz (dijo el mancebo),
nuestras visitas se acortan
cada día, y más difíciles
me van siendo y más penosas.

Hay ojos que nos escuchan,
y envidiosos que me rondan,
y se aporquilla tu honor,
y mi dicha se malogra.

¿Quieres otorgarme un bien?

—Un bien? tú mismo le toma.

¿Qué puedo negarte yo?

¿Cuál es?

—Que seas mi esposa.

—¿Y el rey?

—¿Qué pueden los hombres

contra la ley protectora

de el cielo que nos escucha

y por nosotros aboga?

Ven, ante esta santa imagen

de la Concepción te postra,

y júrame que eres mía.

—Sí que lo juro, y gustosa

te doy mi vida y mi alma

que lejos de ti me estorban.

—Y yo te juro, amor mío,

ante esa Virgen piadosa

ser tuyo aunque a nuestro amor

el universo se oponga.

Y una y otra vez juraron
así de hinojos, y a solas,
adorarse hasta la muerte
como esposo y como esposa.

Crecía en tanto la lluvia,
y con furia asoladora

cruzaba el viento bramando
entre las almenas góticas.

Estrellábanse en los vidrios
las arrebatadas gotas,

y en el nocturno silencio
de aquella tiniebla lóbrega,

duraba en la torrecilla
donde la princesa mora,

aquella luz que brillaba
tras de los vidrios dudosos.

Mas ya no es interrumpido
su reflejo por la sombra

de las cortinas movidas
al paso de una persona.

Todo permanece quieto,
tranquilo está todo ahora

y es claro que quien la habita
o vive ausente, o reposa.

Y allá más tarde calmada
la tormenta, y ya la aurora

vecina al nublado oriente,
se apagó la misteriosa

luz, y por postigo oculto,
con precaución previsoras,

bajó a la puente de Alcántara
un bulto de humana forma.

Pasó la siguiente noche,
y pasaron otra y otras,

y siempre arda la luz
hasta el alba, en cuya hora

bajaba a la puente misma
la misma figura lóbrega,

embozada, solitaria,
recatada y recelosa.

Y así se fueron pasando
noches tras noches, y en todas
al apagarse la luz
aparecía la sombra.
Y allá a lo lejos se vía
por la ribera arenosa
huir un hombre al escape
de un potro negro que monta.

II

AVENTURAS Y DESVENTURAS

Mas dió el rey en sospechar,
y doña Luz en fingir;
ella empezó a no salir
y el rey en la cuenta a dar.

Cerró la infanta su puerta
a sus damas y a su tío,
achacando este desvío
a una enfermedad incierta.

Y pasó un mes y otro mes
y seis, y según parece
y doña Luz está en sus trece...
Mas el rey se está en sus tres.

Cada mañana subía
de la infanta al aposento,
pero siempre en el momento
en que doña Luz dormía.

Ya por la noche fatal,
ya porque el mal la acosaba,
nunca para hablar estaba,
e iba adelante su mal.

Si el tío no satisfecho,
llegaba hasta la cortina
de la alcoba, a su sobrina
hallaba siempre en su lecho.

Los ajustados tapices
indiscreto alzó una vez;
y halló su pálida tez
sin sus hermosos matices.

«¡Luego está enferma verdad!»
dijo, y mordiéndose los labios,
añadiendo: mas hay sabios
que vean su enfermedad.»

Y llamando a sus doctores
visitarla les mandó.
Mas ella les regaló
con los desaires mayores.

Decía su camarera
siempre: «*Duerme, está en el baños,*
y no llegara en un año
día en que los recibiera.

«*La noche ha sido muy mala,*
yace en un sueño apacible,
despertarla es imposible...»

Y ellos siempre en la antesala.
Y el rey con noticia tal
celoso de la princesa,
la dió iracundo por presa
en su misma estancia real.

Damas quitóla y donceles,
y no excusando cautelas,
la señaló centinelas
entre sus siervos más fieles.

En emboscada los puso
a los pies de la escalera,
muerte amagando a cualquiera
que tapara algún abuso.

Nadie allí debía entrar
ni salir noche ni día,
más que Leonor, que solía
a la infanta acompañar.

Mas ¡ay de quien cела necio
a dama que le aborrecel

que más el peligro crece
cuanto a su engaño da precio.

Cuanto más su empeño es
en dar tenaz con su objeto,
más de quien vela el secreto
va creciendo el interés.

Y cuanto más su tesoro
guarda afanoso y avaro,
más pronto, cuanto más caro,
se halla quien se vendá al oro.

Andaba el celoso rey,
sin que le bastaran ojos,
guardas doblando y cerrojos
y amagando con la ley,
resuelto a no perdonar
a quien despreció su amor,
aunque otra mancha mayor
hubiera de resultar.

Y juraba en su coraje
que a hallar falta en la doncella,
había de hacer en ella
grave escarmiento y ultraje.

Y a caerle entre las manos
el galán (si al fin le hubiera):
morirían en la hoguera
como patanes villanos.

Y así el tío en acechar
y la sobrina en fingir,
están los dos en seguir
hasta perder o ganar.

Ella está en guardar su encierro,
él en doblar centinelas,
ella en frustrar sus cautelas
y él en preparar su entierro.

Y así van y vienen días,
y así amarrados al potro
siguen la una y el otro
con su mal y sus porfías.

Hasta que allá en una noche
se oyeron sordas, confusas
y sentidísimas quejas,
que aunque excusarlas procura

quien las exhala, no puede
del todo ahogarlas sin duda,
y se le arrancan del pecho
con desolación profunda.

Ya eran ayes agudísimos
de quien con dolores lucha,
ya tristesísimos gemidos
de una mujer moribunda.

Los que oídos por los guardias
que a doña Luz aseguran
interpretación tomaron
de diversas conjeturas.

Dijeron unos que acaso
por un gran crimen que oculta
la atormentan fieramente
los incubos y las brujas.

Otros dijeron que el rey,
porque su afición repulsa,
mandóla dar unas yerbas
con que cayó en la locura.

Y algunos más perspicaces
que ambas cosas dificultan,
que haya misterio sospechan
y del misterio murmuran.

Así pasó largo tiempo
de la media noche, a cuya
hora cesaron de pronto
aquellos ayes de angustia.

Y en las distintas creencias
de los crédulos que escuchan,
de la apenada hermosura,
los otros de su accidente

jugaron menos la furia,
y algunos se santiguaron

creyendo en la sombra oscura
sentir huyendo de espíritus
densa y espantada turba,
ante el poder de un conjuro
o al resplandor de la luna.
Mas brevemente olvidadas
sus aprensiones nocturnas,
cayeron presa del sueño.
Ya en las memorias sepulta.

La noche es mansa y tranquila,
y aunque la atmósfera enturbian
algunas nubes errantes,
raras estrellas la alumbran.
Sopla revoltoso el cierzo,
y aunque tormentoso nunca,
según por donde se arrastra
silba, gime, brama o zumba.
Todo en Toledo reposa,
y negra, apiñada y junta
se ve la ciudad que a trechos
ya se oscurece o se alumbra,
según que los nubarrones
por ante los astros cruzan.
Y allá por entre las peñas,
del valle opaco en la hondura,
se oye el ronco son del agua
del Tajo que se derrumba
entre los rudos peñascos
alzando hervorosa espuma.
Medrosos sitios son estos;
medrosos por las figuras
informes que representan
y por tradiciones muchas.
Misteriosos son aquellos
peñascos y quebraduras,
cuyos contornos se extienden
en irregulares curvas,

y en la fantasía toman
forma y variedad difusa,
y vida en el miedo encuentran,
y en las creencias se abultan.

Deslizándose en silencio
por su superficie rústica,
viene a estas horas bajando
una sombra lenta y muda.
Aparición que, nacida
en alguna grieta inmunda,
vaga de una en otra peña
sobre el aura que la empuja.
Pálida ilusión diabólica,
inútil, perdida y única
evocada en un conjuro
pronunciado a la ventura.
Doliente imagen de algo
que, mal hallado en su tumba,
viene a la orilla del agua
de sus recuerdos en busca.
Alma penada y maldita
que, por ignoradas culpas
desorientada en la noche,
el mundo a deshora cruza.
Pues ni se sienten sus pasos
ni de su peligro cura,
y ya resbala, ya salta,
huye, aparece o se ofusca.
Y ya pisa de las márgenes
la arena blanca y menuda,
ya toca al agua, y parece
que consiguió misma lucha,
y vuelve doquiera el rostro
con miedo, y se ve que oculta
cuya ejecución la angustia.
Al fin la luna amarilla,
rasgando las importunas
nubes, de lleno en las rocas

derramó su lumbre pura:
 y en este momento, rápida,
 con mano firme y segura,
 lanzó la sombra un objeto
 que rompiendo el agua turbia
 sumióse por un instante
 en la corriente profunda.
 Quedó la visión en punto
 sobre la ribera húmeda
 inmóvil y confundida
 entre la sombra y la bruma,
 contemplando de las aguas
 la superficie, que arruga
 el vienteillo que corre
 llevando encontrada ruta;
 hasta que en medio del río,
 sobre el agua que le impulsa
 viendo el objeto, que espera
 que a la superficie suba,
 volvió a alejarse del río
 por entre las peñas rudas
 tomando una áspera senda
 que los brezos dificultan.
 Así llegó a la muralla
 del real alcázar; en cuya
 piedra hay abierto un postigo
 por resortes que le empujan,
 y al sumirse de la sombra
 por él la informe figura,
 a merced de una linterna
 que tras el postigo alumbraba,
 se dejó ver claramente
 aquella visión nocturna,
 que aunque enlutada y medrosa
 era una mujer en suma.

Cuanto más se recataba
 doña Luz y resistía,

más el rey se enfurecía
 de ver que no la lograba.

Llevaban ambos su empeño
 con tan resuelto tesón,
 que ella seguía en prisión
 y el rey de la torre dueño.

Por más que madrugador
 llegaba todos los días
 a su puerta, en sus porfías
 nunca el rey iba mejor.

De verla no hallaba medio
 por más protestas que hacía,
 doña Luz de él no admitía
 ni visita ni remedio.

Decía su camarera
 siempre: «Duerme.—Está en el baño.»
 Y no llegara en un año
 día en que le recibiera.

«¡La noche ha sido tan mala!...
 La convulsión fué terrible...
 Despertarla es imposible...»
 Y el rey siempre en la antesala.

Hasta que ya enfurecido
 con desprecios tan tenaces,
 juró de no hacer las paces
 ni darse nunca a partido.

Cesó, pues, en sus visitas,
 y cesando en su esperanza,
 se dió a buscar su venganza
 por maneras inauditas.

Seguro que tal desdén
 por otro se le causaba,
 ya solamente trataba
 de asegurarse por quién.

Y hasta juró en su coraje
 que al fin, con culpa o sin ella,
 iba a hacer en la doncella
 grave escarmiento y ultraje.

Y a no dar en conclusión

con el galán que tenía,
 en la hoguera moriría
 la mitad de la nación.

Y ciego y sin atender
 a que era su sangre real,
 citóla ante un tribunal
 como a una infame mujer.

Y para injuria mayor,
 pública haciendo su audiencia,
 compró la torpe insolencia
 de un villano acusador.

Llegó, pues, la hora fatal,
 mandaron a la princesa
 que bajara en faz de presa
 a dar cuenta al tribunal.

Lloró, suplicó, rogó,
 resistió... mas todo en vano;
 delante el vulgo villano
 a fuerza se presentó.

Y estaba la estancia llena
 de vil y soez canalla
 que siempre deleites halla
 en la pesadumbre ajena.

Se hizo notar con malicia
 de aquel juicio lo imparcial,
 pues hasta la sangre real
 se entregaba a la justicia.

Corría voz de que el rey
 no hallaba paz ni consuelo
 en lance tal, mas su celo
 por la justicia y la ley

a su pesar le arrastraba
 a no derogarla injusto,
 porque atendiendo a su gusto
 la rectitud olvidaba.

Y el vulgo que tal oía,
 engañado torpemente,
 la voz alzaba insolente
 y con descaro aplaudía.

Y oíanse carcajadas
 groseras, y dicharachos,
 y chanzas que entre borrachos
 aun fueran mal toleradas.

Que cuando pone sus ojos
 la plebe en quien algo vale,
 porque con ella se iguale,
 no escasean los sonrojos.

Y así, ni aun para consuelo
 en tan injusto quebranto,
 para que oculté su llanto
 la permitieron un velo.

Descubierta estaba, si,
 doña Luz y avergonzada,
 ¡vergüenza centuplicada
 por ser ella y ser allí!

Su noble hermosura expuesta
 con vilipendio brutal
 al ojo y lengua carnal
 de la turba deshonestá...

¡Ah! corramos más atentos
 con su memoria nosotros,
 el velo que osaron otros
 negar a sus sufrimientos.

Corrámosle, que en verdad
 le necesita y bien doble
 para oír, siendo tan noble,
 cual la acusan sin piedad.

Llamado el acusador
 por los jueces, en voz alta
 demandó a doña Luz, falta
 de aliento, en este tenor:

«Yo, noble y paje del rey,
 sinvoco aquí por tres veces,
 del rey mismo, de sus jueces,
 y de su pueblo, la ley.

«Y ante ella, a esta dama acuso
 por mujer torpe y liviana,

«Pues su amor vendió villana...

«Cuyas pruebas no rehoso...

«Y así en su justicia grande...

«el Dios sumo a quien apelo...

«vea lo cierto en el cielo...

«y si no me lo demande...

«Calló aquí el mal caballero...

«y al ver que en la turba inmensa...

«no hay quien salga a la defensa...

«lo dieron por verdadero...

«A doña Luz condenaron...

«a morir en una hoguera...

«si desmentir no pudiera...

«lo que allí la demandaron...

«Entonces la hermosa dama...

«mirándose sin amparo...

«pensó en vender lo más caro...

«las pruebas contra su fama...

«E hincando en tierra las dos...

«rodillas, con voz doliente...

«exclamó: «Juro que miente...

«y apelo al juicio de Dios!»...

«Reinó un silencio solemne...

«en la atenta muchedumbre...

«y el juez, según la costumbre...

«si estaba firme y perenne...

«y confiaba en su causa»...

«la preguntó a la princesa...

«cuya voluntad expresa...

«siguióse otra breve pausa...

«Tras cuya seria consulta...

«fijóse un plazo de un mes...

«atenidos a él después...

«todos sin otra resulta...

«Admitió el acusador...

«el combate, si es que había...

«caballero que admitía...

«la lid del mantenedor...

«y tornaron otra vez...

«cada cual con su esperanza,

«el rey a su ruin venganza,

«doña Luz a su estrechez.

«Y pues que nadie nos corre,

«y un mes tenemos de espacio,

«dejémosle a él en palacio

«y a doña Luz en su torre.

III

EL CABALLERO

«Si por mi dichosa estrella,

«lector, te place mi historia,

«y hasta el fin quieres sabella,

«fuerza es que vengas tras ella

«a pocas leguas de Coria.

«Al cabo no es largo viaje,

«ni habrá postas que pagar,

«ni que hacer grande equipaje,

«y a más te daré carruaje;

«conque déjate llevar.

«Pues te advierto ¡oh! complaciente

«lector (por si aún no lo sabe

«tu altitud), que a dar presente

«los poetas somos gente

«muy cortesana y muy grave,

«Que en este siglo sin valla

«machucho y conciliador,

«cualquier criticón nos halla

«tan buenos como el mejor

«que hoy anda entre la canalla.

«Por cuya razón me atrevo,

«seas, lector, quien te fueres,

«a proponerte de nuevo,

«que me acompañes, si quieres,

«que a mal lugar nó te llevo.

Pues teniendo que tomar
 noticias de un caballero
 noble y valiente a la par,
 creo justo irle primero
 nosotros a visitar.

Así, pues, por concedido:
 yo quedaré agradecido;
 tú sabrás toda mi historia;
 y yo alegre y tú servido,
 aquí paz y después gloria.

Hay, si no me acuerdo mal,
 cerca ya de Portugal,
 de lo más noble de España,
 villa antigua y principal
 que el Tajo revuelto baña.

Yace en su frondosa orilla,
 y al pie de un monte sentada,
 la nobilísima villa,
 por las armas de Castilla
 defendida y almenada.

Y hoy, aunque en ménos grandeza
 en más honra y mejor fama
 sustenta bien su nobleza,
 y con altiva fieraza
 aún Alcántara se llama.

Y allá en los años remotos
 por do mi leyenda marcha,
 diz que de sus anchos sotos,
 por las zanjas y los cotos
 cubiertos de fría escarcha,

corría al salir la aurora,
 sobre un potro cerdobés
 un noble, con quien malhora
 dió una cierva corredora,
 pero cansada de pies.

Íbase el buen caballero
 sobre las crines tendido,

recortándola un sendero,
 con un venablo de acero
 a matarla apercebido;

y hufa desalentada
 la cierva delante de él,
 sintiendo desesperada
 la carrera aventajada
 del poderoso corcel.

Olvidado ya el camino,
 sin ver si pierde o si avanza,
 seguía huyendo sin tino,
 luchando sin esperanza
 contra su fiero destino,

cuando a la fin de la vega
 la triste sin poder más
 al agua lanzóse ciega;
 y el hombre, que a tiempo llega,
 lanzóse al agua detrás.

Hendía el raudal rugiente
 la cierva con fuerza extraña,
 y hendía el potro valiente
 la arreatada corriente
 tras la medrosa alimaña.

Mas ya la infeliz, vencida
 del agua al impulso fiero,
 dejóse desfallecida,
 y al cabo rindió la vida
 a manos del caballero.

Él, viendo en su potro brío,
 así de ella y remolecía,
 cuando por medio del río
 vió que se avanzaba un flo
 arrastrado de ola en ola.

Un tronco acaso creyólo;
 y sin volverlo a mirar,
 a la corriente dejólo;
 mas el hidalgo iba solo
 y oía cerca llorar.

Registra la faz inmensa

del agua maravillado,
y que está soñando piensa;
nada hay en su tabla extensa,
y oye llorar a su lado.

Ya la ruin superstición
se le empezó a despertar,
y empezó su corazón
a temer de la ocasión
algún desdichado azar,

cuando el descarriado objeto
que sobre el agua venía,
se atravesó y quedó quieto
entre las bridas sujeto
del potro que conducía.

Mil pensamientos perdidos
le trajo el extraño encuentro,
y más cuando oyó gemidos
cóncavos y comprimidos
en su misterioso centro.

No osaba más que mirarle
temeroso, y sin aliento
para asirle ni dejarle,
dejaba al potro arrastrarle
sin resolución ni intento.

Y así a la par remolcados
y al azar encadenados,
dieron al par en la yerba,
por el caballo ayudados,
lío, cazador y cierva.

Y aquí oyendo sin cesar
los mismos tiernos gemidos,
resolvióse el hombre a dar
con la causa singular
por quien eran producidos.

Del cuchillo, pues, asíó,
deshizo las ligaduras
que por encima encontró,
y cuanto eran reparó,
bien dispuestas y seguras.

Halló en un lienzo embreado
cuidadosamente atado,
y por un lado vencido
con peso al lienzo cosido,
un cajoncillo cerrado.

Encima de la cubierta
con primoroso arteficio
y con resortes abierta,
dejaba al aire un resquicio
una pequeña compuerta.

Mas puesta con tal primor,
que a la compresión menor
que en sus dos lados obraba,
cerrábase, y recobraba
después su forma anterior.

Más absorto cada vez
de abrirlo con avidez
el caballero, seguía
cortando con rapidez
cuantas ligaduras veía.

Dió en un resorte por fin,
saltó la tapa, y un niño
topó como un serafín,
mostrando origen no ruin
sus vestiduras y aliño.

Ricos encajes traía
y ricas prendas sobre él,
y en terciopelos yacia,
aunque así expuesto venía
sobre tan débil bajel.

Mas al verle lastimero
gemir de frío y temblar,
por el semblante severo
dejó el noble caballero
una lágrima rodar.

Y mientras en brazos le alzaba,
y con afán le besaba,
y con su aliento cansado

a su rostro delicado
 vida y calor procuraba,
 en turba alegre y ligera
 bajaban por la ribera
 los cazadores veloces,
 con alaridos y voces
 acorralando una fiera.

Y escapando de sus hierros
 el cerdoso jabalí,
 cruzaba setos y cerros,
 hombres, caballos y perros
 llevándose tras de sí.

Y con los dientes agudos,
 para escapar más veloz,
 los jarales más talludos
 y los brezos de más nudos
 rompía el monstruo feroz.

Y ya los roncocs alanos
 a sus espaldas sentía
 cada punto más cercanos,
 y un montero en cuyas manos
 tarde o temprano daría;

cuando por su buena suerte
 los vió el hidalgo bajar,
 y el son de su trompa fuerte
 pasó la turba, y la muerte
 dejó su presa escapar.

Lanzóse al agua jadeando
 la fiera, y los ojeadores
 los perros atraillando,
 al río fueron llegando
 detrás de los cazadores.

Entonces el caballero
 volvió a su gente y la dijo:
 evolverme a Alcántara quiero,
 «dejad que ese monstruo fiero
 viva en nombre de mi hijo.

•Y conducidle con tiento,
 «que pues su buena fortuna

«le trajo a mi amparamiento,
 «si tuvo mal nacimiento
 «tendrá al menos buena cuna.
 «¡Sus, y a caballo! señores.»

Y el caballero montado,
 obedecieron callando
 monteros y cazadores.

Era entonces como ahora,
 harto difícil de hallar
 un caballero sin tacha,
 llamado en justicia tal;
 y andaba la corte goda
 tan corrompida en verdad,
 tan licenciosa y tan torpe,
 que no era el mejor lugar
 para hallarle, dado caso
 de haber de él necesidad.

Lo que es a mi parecer
 prueba inconcusa y fatal
 de que siempre fuimos unos,
 punto menos, punto más,
 y esto por más que se encomien
 las mejoras de la edad.
 Pues aunque hay del rey Egica
 quien se empeña en elogiar
 la religión y grandeza
 y prendas de ánimo real,
 yo confieso llanamente
 que por más que ando tenaz
 a caza de sus virtudes,
 no doy con una jamás.

Él trató en honras y vidas,
 y fué magnanimidad
 con casadas y doncellas
 andar siempre liberal.
 Casóse con Egilona,
 matrona muy ejemplar,

pero exigente sin duda
y malhumorada asaz,
porque al cabo malamente
la tuvo que repudiar
por ser muy pariente,
impedimento legal
encontrado a los dos años
después de matrimoniar.

Mas de hombres son los descuidados,
y en habiendo voluntad
de corregirlos en tiempo,
se deben disimular.

Así que el bueno del rey
dió en amar la soledad
y en andar triste y mohino;
que me inclina a pensar
que dió en hacer penitencia,
penado y contrito ya
de aquel matrimonio infando
y escandaloso además.

Para este tan santo objeto,
y para hacer olvidar
murmuraciones del vulgo
insolente y lenguaraz,
tornóse ciego de amores
por su sobrina carnal,
que era la dama más bella
con que pudo el pobre dar.

Mas doña Luz, espantada
de tamaña fealdad,
dió en resistir sus antojos,
y su vergüenza fué tal,
y tal su arrepentimiento,
que su profunda humildad
encerróla en una torre
suponiéndola un galán.

Mas dejemos noramala
tan necio filosofar,

que no nos toca a nosotros
tarea tan principal!
Y vamos con nuestra historia,
aunque por lo dicho atrás,
verás, lector, de este mundo
lo que se puede esperar,
y en corte tan corrompida
cuanto es difícil verás
que hallemos un caballero
llamado en justicia tal.

Háblele sin embargo,
pero harto de la ciudad
y de la corte (aunque oriundo
de cuna y sangre real),
vivía consigo mismo
en apartado lugar,
con sus perros y sus potros,
sin boato mundanal.
Y por ocupar en algo
vida tan sin vanidad,
a las fieras de sus bosques
combatía sin cesar.
No era ni mozo, ni viejo,
mas de alma y cuerpo cabal,
justo, afable, comedido,
recto, severo y veraz.
Usaba lengua la barba
y bien peinada, lo cual
daba a su noble figura
respetable dignidad.
Y pródigo con los pobres,
con sus amigos leal,
piadoso sin fingimiento,
modelo en la sobriedad,
afable en el corregir,
cariñoso en el tratar,
el primero en el ejemplo
y en virtud el principal,
era el ídolo de Alcántara,

do el rey no podía enviar ley que no se consultara con su recta voluntad.

Tal era el buen caballero que pocos momentos tras una medrosa cierva al Tajo lanzóse audaz; y tal quien al tierno infante abandonado al azar, acogió en su propia casa con cariño paternal.

Él es quien solo en su cuarto cerrado por dentro está, sentado frente a una mesa con pensativo ademán. Y grave asunto le debe

a estas horas ocupar, porque ha tiempo yace inmóvil tendido en el espaldar de un ancho sillón de brazos,

la cabeza echada atrás, y en silencio pertinaz. Abierto tiene delante

aquel cajón singular hábilmente preparado, que, mitad cuna y mitad

barco, condujo en su centro al desdichado rapaz.

Y vense sobre la mesa derramadas a la par monedas y alhajas de oro de valor muy especial,

joyas y exquisitas prendas que atestiguándole están, que al infante las destina

quien quisiera darle más. De unas en otras los ojos no cesaba de pasar

el caballero, abismado en honda perplejidad, cuando, tendiendo una mano por movimiento casual, la lleva al cajón y dentro con un pergamino da.

Dice lo escrito en un lado:

«*Condúzcate Dios en paz,*

«*pedazo de mis entrañas,*

«*que no has merecido mal.*

«*Metido desde el nacer*

«*en aventuras estás.*

«*La infeliz que aquí te puso*

«*no fué por su voluntad,*

«*llorando queda tu suerte...*

«*¿cuándo a verte volverá?*»

Con cuyas tiernas palabras

llenas de amor maternal,

se inclinó el buen caballero

dos lágrimas a enjugar;

y al volver el pergamino

halló estas letras detrás:

«*Quien tuviere la fortuna*

«*tal tesoro de encontrar,*

«*guarde secreto y no tema*

«*daño por ello jamás.*

«*Que es este niño olvidado*

«*infante de origen tal,*

«*que puede a quien le sirviere*

«*sobre gigantes alzar.*»

Y aquí, volviendo a la caja

el pergamino, leal

don Godofredo a lo escrito,

tornó el cajón a cerrar,

diciendo: «Pobre inocente,

«sin padre no quedarás.

«Y pues tan noble es tu sangre

«nada de hoy te faltará.

«Niño que sales al mundo

ven los brazos de un azar,
 encomendado a las aguas
 sin saber a dónde vas;
 pues a los míos te trajó
 la divina voluntad,
 de cristiano ni de noble
 nada menos has de echar.
 Tu nacimiento la iglesia
 como es justo cantará:
 hermosas y caballeros
 te saldrán a acompañar,
 y ya que callan tu origen
 por infortunios quizá,
 tu primer sueño seguro
 arrullarán a compás
 las trompas y las campanas
 con alientos de metal.
 Pues ya que madre te falte,
 mientras yo viva tendrás
 un brazo que te defienda
 y un labio que te dé paz.
 Y saliendo Godofredo
 sus criados a buscar,
 mandó aprontar un banquete
 con regia suntuosidad.
 Hizo invitar a los nobles,
 y mandó en la parroquia
 un espléndido bautizo
 al momento preparar,
 repartiendo entre los pobres
 grandemente liberal,
 cuanto oró vino en la caja
 para asistir al rapaz.
 Le hizo llamar don Pelayo,
 y celebró fiesta tal
 que no la hubiera tan grande
 a ser su hijo en realidad.

Y hablábase todavía
 entre la gente de Alcántara
 de esta grandeza estupenda
 que en Godofredo encomiaban,
 cuando, después del bautizo
 poco más de una semana,
 el gozo del caballero
 mató una noticia infausta.

Estaban a el medio día
 reunidos en la plaza
 los nobles y caballeros
 que con Godofredo tratan,
 dispuestos y apercebidos,
 entre una inmensa canalla
 de monteros y ojeadores,
 para una famosa caza.
 Dispúlosa Godofredo
 con su pompa acostumbrada,
 y a ver los preparativos
 el pueblo se despoblaba.

Al murmullo de la gente
 y al estruendo de las armas
 muchos caballos relinchan
 y muchos lebreles ladran.
 Los que en la villa se quedan,
 envidiando a los que marchan,
 de no ser de la partida
 se querellan o se alaban.
 Unos la poca destreza
 de los ojeadores tachan,
 otros cuentan de los mismos
 lances que en proezas rayan.
 Otros hallan de los perros
 algo cortas las amarras,
 y opinan que las traíllas
 han de llegar muy cansadas.
 Quién habla de un perro negro
 cual si de Alejandro hablara,

y dice que con él solo
 para una partida basta.
 Quién apuesta en contra suya
 por una pareja blanca,
 y quién dice que no hay otra
 más valiente en la comarca.
 En tanto los caballeros
 de más bríos e importancia,
 con mucho calor disputan
 de correrías pasadas.
 Éste acogotó seis ciervos
 él solo en una mañana,
 aquél mató un jabalí
 de doce arrobas y largas.
 Aquél usa unos venablos
 de tres puntas, que no faltan
 jamás al tiro, y de un golpe
 con la res más recia acaban.
 Uno da la preferencia
 a una ponderosa lanza,
 el otro en vez de puñal
 usa de tajante espada.
 Unos gustan a pie firme
 ver la fiera y esperarla,
 otros juzgan más alegre
 vencerla tras de cansada.
 Y en tanto que los dichosos
 divierten con tales pláticas
 el tiempo que ya impacientes
 a don Godofredo aguardan,
 abiertos de par en par
 miradores y ventanas,
 se gozan de la presencia
 de las más hermosas damas.
 Otros bellas y hermosas
 Y aquí se cruzan suspiros,
 y allí se truecan palabras,
 allá se quedan con miedo
 y acullá con esperanza.
 Reconoce una su lazo

carmesí, y otra su banda.
 Uno recuerda un cintillo
 y otro una cifra bordada.
 Y el toque del mediodía
 empezaron las campanas
 cuando entró don Godofredo
 a caballo por la plaza.

Rompió universal aplauso
 por la gente, y ya se daban
 besamanos a las bellas,
 y se rompía la marcha,
 cuando agrio son de trompetas
 oyeron a sus espaldas.
 Todos los pies se pararon,
 volvieron todás las caras
 y hubo un punto de silencio
 en la turba aglomerada.
 Y aún duraba su extrañeza
 y su atención aún duraba
 cuando se entró plaza adentro
 con un pregón un rey de armas.
 Paróse en medio la turba,
 al rey aclamó en voz alta,
 y quedaron las cabezas
 y quedaron las cabezas
 descubiertas y humilladas.
 Y luego con voz solemne
 habló con estas palabras:
 «La princesa doña Luz,
 de incontinencia acusada
 y condenada a la hoguera,
 en nombre de Dios reclama,
 como permiten las leyes,
 un caballero que salga
 por su honor, si es que hay alguno
 que admitiere la demanda.
 «Un plazo de un mes y un día
 dió el rey por última gracia,
 siendo el primero que corre
 sel que va de la semana.»

Y las frases de costumbre
añadiendo, dió la espalda
a la multitud absorta

y volvió a salir de Alcántara.
Quedó en silencio la gente,
que allá en su interior pesaba
la grandeza de un delito
que a los príncipes alcanza;
y con los ojos en tierra

cada cual por sí evitaba
del valiente Godofredo
encontrar con las miradas.

Hasta que al fin viendo éste
que no hay una sola lanza
dispuesta a hacerse pedazos
en honor de la acusada,
pidió en voz alta la suya,
pajes tomó y gente de armas
y dió la vuelta a Toledo,
descolorida la cara.

Pero ningún caballero
salió tras él, que está clara
la voluntad de su rey,
pues lo permite y lo manda.

IV

EL PLAZO

¡Ay triste de quien llora
y en soledad amarga
los perezosos días
numera con afán,
y puede solamente
de su existencia larga
temer los venideros,
llorar los que se van!

¡Ay triste del que joven
y alegre todavía,
sus horas de ventura
recuerda con dolor,
y siente que aún adora
su ardiente fantasía
la fugitiva sombra
de su perdido amor!

¡Ay de la esposa triste
que del esposo lejos
con tierna voz le llama
y él a su voz no val
¡Ay sí, de quien no tiene
ni amigos ni consejos,
y el plazo de sus días
determinado está!

¡Ay de la hermosa y noble
cuanto infeliz princesa,
que a los pintados vidrios
sentada sin cesar,
desesperada aguada,
de incertidumbres presa,
la vuelta del que solo
la puede consolar!

En vano sus miradas
por el camino tiende
por donde puede acaso
su rondador venir.

Y en vano nuevas suyas
dar a su amor pretende
si no las pueden ambos
ni dar ni recibir.

¡Oh céfiros ligeros
cuyo murmullo errante
expira entre las hojas

del árbol y la flor;
vosotros que el espacio
cruzáis en un instante,
levad al caballero
las cuitas de su amor!

¡Palomas de los valles,
que al pie de su ventana
con vuestro blanco esposo
a reposar venís,
doleos de la hermosa
que morirá mañana
si al valeroso amante
su mal no le decís!

¡Espíritus sin cuerpo
que en medio las tinieblas
estremecéis el aura
con misteriosa voz;
contadle las que apiña
desapiadadas nieblas
sobre su triste vida
la tempestad veloz!

Volad hasta encontrarle,
decidle quién le espera:
que rasgue los ijares
de su leal corcel,
y que se lance al brío
de su veloz carrera.
Mas ¡ay! que será tarde
cuando lleguéis a él.

Mañana no habrá tiempo,
porque la plebe henchida
del polvoroso circo
la redondez fatal,
en medio de la arena
dará la dulce vida

la que desgarró el velo
de la lujuria real.

Mañana expira el plazo:
¡valientes caballeros,
mañana es el combate
y aún falta justador!
Jamás peor parecen
que limpios los aceros:
¡lidiad por la belleza,
lidiad por el honor!

Mas ¡ay! que habéis nacido
de estirpe cortesana,
y cortesanos torpes
de corazón servil,
adoraréis cobardes
la imagen soberana,
aunque los pies os ponga
sobre la frente vil.

Lo sé: para vosotros
no hay honra ni grandeza
que iguale a la sonrisa
o la amistad de un rey,
y pues el rey condena
la dicha y la belleza,
que expire bajo el peso
de la nefanda ley.

¡Traidores! como viles
que al fin habéis nacido,
la gloria vuestro nombre
jamás recordará,
y el arpa del poeta
que os deja en el olvido
primero que nombraros
sus cuerdas romperá.

¡Más quiero verlas rotas
y rota mi garganta,
que nombres recordando
de gentes sin valor!
Mi voz no está vendida,
y solamente canta
los que valientes fueron,
con gloria y con honor.

¡Ay, cuán en vano acechan
de doña Luz los ojos
allá desde su torre
por si venir le ve,
pues de vosotros no halla
quien calme sus enojos,
ni quien la dé esperanza,
ni protección la dé!

¡Ay de la esposa triste
que del esposo lejos
con tierna voz le llama
y él a su voz no val!
¡Ay sí, de quien no tiene
ni amigos ni consejos
y el plazo de sus días
determinado está!

Brilló la fatal aurora
limpia, apacible y serena,
porque las penas del hombre
a los astros no interesan.
Brilló, y donde el plazo acaba
el juicio de Dios empieza,
si es que Dios toma su parte
donde hay injusticia y fuerza.

La muchedumbre se lanza
precipitada en la vega:
Toledo en yermo se torna,
y el ancho circo se llena.

Así se lanza en el valle
banda de buitres hambrienta
a cebarse sanguinaria
en la moribunda presa.
¿Qué importa que el condenado
larga agonía padezca
como en nombre de quien vence
la multitud se divierte?
¿Qué importa que quien expire
sea inocente o no sea,
como con pompa concluya
y en espectáculo muera?
¿Qué importa que los insultos
de mil insolentes lenguas
de oprobios colmen la víctima
y centupliquen su pena,
y que ella desesperada
en su venganza consienta,
y el alma ansiosa de sangre
miseramente se pierda?
¿Qué importa, si la canalla
diz que en su ejemplo escarmienta
y amor cobra a la justicia,
aunque viene a escarnecerla!
¡Pobres humanos! ¡Imbéciles
hijos de la madre tierra,
cuando ostentáis más poder
se ve más vuestra miseria!
Leyes y penas hicisteis
de la virtud en defensa,
y cada pena tomáis,
en vez de escarmiento, a fiesta.
Pero así van de este mundo:
todas las cosas revueltas,
van todos a donde estorban
y lo que les cumple dejan.
Que al cabo no es la canalla
quien reparte las sentencias,

y viene a ver cómo cumplen
 los condenados por ellas!
 No es ella del fin del hombre
 quien ha de pedirle cuentas,
 y con descaro examina
 quién va sereno o quién tiembla,
 vulgaridad insolente
 e impía además de necia,
 pues quien a morir camina
 por Dios que no representa;
 que no hay en ello más paso
 de sátira o de comedia
 que el perdón que él da a una turba
 que está para él sorda y ciega.
 ¡Acaso en el mundo luego
 doble su memoria queda,
 y unos por traidor le infaman,
 y otros por leal le aprecian...!
 Pero tales son del mundo
 las ridículas quimeras,
 y acaso lo que hoy es culpa
 mañana mérito sea.

El sol se viene arrastrando
 su magnífica lumbrera,
 y ya a gran trecho del cielo
 avanza su luz espléndida.
 La escarcha tornasolada
 se desvanece en la yerba,
 y en trasparentes vapores
 huye a lo lejos la niebla.
 Óyese el Tajo espumoso
 murmurar entre las peñas,
 con el canto de las aves
 que las orillas le pueblan,
 y que al son de su corriente
 desvanecidas se alegran
 y le beben los cristales
 y le pican las arenas.

Hermosa está la mañana
 y está la naturaleza
 en su claridad bañándose
 encantadora y risueña.
 Suave y natural fresca
 perfuma el aire, y penetra
 en el cerebro, alejando
 melancólicas ideas.

La vista cruza la atmósfera
 hasta una distancia inmensa
 por entre su velo diáfano
 perdiéndose sin violencia:
 y los objetos reciben
 de la luz formas tan bellas,
 que enamoran los sentidos
 con mil ilusiones nuevas.

Un pajarillo volando,
 si pasa rápido y cerca,
 bajo su alas tendidas
 mil tornasoles refleja:
 mil armonías silvestres
 del pico parlero suelta,
 y tras su rápida sombra
 ojos y oídos nos lleva.

Una triste florecilla
 que en los céspedes vegeta,
 a la luz pura del alba
 ricos matices ostenta,
 y aroma grato despide,
 y jugo abundante deja,
 y el cáliz do el semen guarda
 menudas hojas conservan.
 Y si la flor por acaso
 crece en una áspera piedra
 en un carcomido muro,
 o de un tronco en una grieta
 y allí libre y encumbrada
 su forma al aura presenta

y la estremece vagando
 sutil el aura y risueña...
 ¡Oh! delicia de los ojos,
 dulce imán de las inciertas,
 memorias mal adormidas,
 nos encanta y enajena
 la florecilla silvestre;
 y tanto bien nos recuerda
 que nos detiene a mirarla...
 Y ¡qué embeleso se encuentra,
 qué de ilusiones suavísimas,
 qué de deleites en ella!
 ¿Cómo pensar en desastres,
 ni cómo tender tras verla
 los desencantados ojos
 por la ensangrentada arena?
 Mas ¡ay! que ya por Toledo
 las roncás trompas resuenan
 y se oye son de caballos,
 y vivas, que la presencia
 anuncian del rey Egica,
 cuya venganza no alteran
 ni la beldad de la víctima,
 ni la crueldad de la pena.
 Allí en el extenso circo
 la muchedumbre que espera,
 a las ventanas se agolpa
 y se empuja y se atropella.
 Los que no ven se encaraman,
 los oprimidos se quejan,
 los ventajosos insultan,
 los pendencieros contestan,
 y crúzanse las palabras,
 y trábanse las pendencias,
 y las puñadas se emprenden
 y la chusma se rebela.
 Gritan unos: «¡Que se matan!»
 Otros gritan: «¡Vayan fuera!»
 Los que ven gritan: «¡Ya vienen!»

y aplauden y vitorean,
 El rey al cabo en el circo
 con sus cortesanos entra,
 y cada cual toma puesto,
 y la multitud se aquieta,
 Vuélvense todos los ojos
 al sitio do el rey se sienta,
 y al fin como hay que ver algo
 la multitud se contenta.
 Los que aguardaban ya dentro
 saludan a los que llegan,
 los recién llegados buscan
 a los que saben que esperan.
 Y crúzanse besamanos,
 nombres, sonrisas y señas;
 y repárase en el lujo,
 en la gracia y la belleza,
 y el rico incomoda al pobre
 y el pobre aguanta y se estrecha.
 Allí les distrae un calvo,
 allá abajo una mozueta
 que con descoco replica
 a algunas gracias groseras.
 Acá una dama notable
 por una hermosa extrema
 llama la atención del vulgo
 que atrevido la contempla.
 Y allá un hombre de justicia,
 con impavidez austera,
 a los chispazos del vulgo
 oídos hace de piedra.
 Mas otra vez enterados
 los ociosos, de que aquella
 detención no tiene causa,
 y que la función no empieza,
 vuelven con largo murmullo
 memoria a hacer de la fiesta;
 corre la voz por las gradas
 y a grados la voz se aumenta.

y poco a poco concluye
 gritando la masa entera:
 «¡Que saquen a la acusada!
 —¡El acusador que venga!
 Y unos piden el combate
 y otros claman por la hoguera.
 Crecen la audacia y las voces,
 el tumulto se acrecienta,
 ni la majestad se mira
 ni la razón se respeta.
 Al fin con fúnebre pompa,
 de Occidente por las puertas
 entró cercada de lanzas
 en la liza la princesa.
 Desmelenada venía,
 sin esperanza, ni fuerzas,
 a pie y en el bello rostro
 el carmín de la vergüenza.
 El pueblo elevó un murmullo
 de ambiguo sentido al verla,
 de compasión a una parte,
 a otra parte de insolencia.
 Dijeron unos: «*Qué lástima!*
Tan joven... y una princesa...»
 —Y contestaron algunos:
 «*Esa es la ley verdadera,*
la que igual para con todos
hasta todas partes llega.»
 Aunque muchos por lo bajo
 (y de virtud más severa)
 dijeron: «*Esto es venganza,*
y si eso al rey interesa,
matárala en su prisión
si es que morir mereciera,
al menos por excusarse
ver en su sangre esta mengua.»
 Así el pueblo se dolía,
 pero por fin iba a verla.
 Llevaron a doña Luz

a un tablado de madera
 do hay un sitial sin respaldo
 preparado para ella.
 Detrás se sentó el verdugo,
 y al pie se hacinó la leña
 donde debía morir
 a no probar su inocencia.
 Cercaron todo aquel sitio
 soldados, y hecha la venia
 al rey, los jueces del campo
 fueron a abrir las barreras.
 Leyóse el pregón dos veces,
 y al sonar de las trompetas,
 armado el acusador
 se presentó en el arena.
 Salió por frente al tablado,
 pero por la parte opuesta
 no pareció un caballero
 ni se apercibió una seña.
 Volvió a entablarse en voz alta
 la acusación, y en presencia
 del pueblo fué condenada
 pues que no hay quien la defienda.
 Rompió en aplausos la gente,
 prendió el verdugo la hoguera
 y desplomóse de espaldas
 desmayada la princesa.
 «¡Perdón!» decían algunos,
 y la muchedumbre: «¡Muera!»
 Cuando a la puerta del Norte
 sonó aguda una trompeta.
 Calló asombrada la turba,
 y apercibido a la guerra,
 seguido de cinco pajes
 entró un jinete a la prueba.
 Con los blasones reales
 su negro escudo acartela,
 caballos trae de batalla
 y corona en la cabeza.

Y es personaje sin duda de real casa y reales prendas, no pues mete en liza escuderos y pajes delante lleva.

EL JUICIO DE DIOS

Llegó el caballero incógnito a los andamios reales, y alzándose la visera y con el rey encarándose, del infante don Favila mostró el severo semblante. Quedaron los cortesanos atónitos al mirarle; perdió el color el rey, y sobre el escaño alzándose, plática entabló con él entre iracundo y amable.

EL REY

Primo, seáis bien venido. ¿Qué viento a Toledo os trae?

DON FAVILA

El que vuestros pregoneros con vuestras sentencias hacen.

EL REY

¿Sabéis, pues, vuestra deshonra?

DON FAVILA

Vedlo, pues no llego tarde.

EL REY

¿Habéis caminado mucho?

DON FAVILA

Toda cuanta tierra cabe desde Asturias a Toledo.

EL REY

¿Y habéis hecho tanto viaje...?

DON FAVILA (vivamente).

Para lidiar como es justo.

EL REY (con ira).

¡Favila...! ¿Por la culpable?

DON FAVILA

¡Por Dios que he corrido bien por llegar en este instante!

EL REY

¿Sabéis cuál es su delito!

DON FAVILA

Sé, primo, que es nuestra sangre, y que por no defenderla es mengua que se derrame.

EL REY

¿Tendréis tal vez prueba alguna de su inocencia?



DON FAVILA

Eso atañe
a los que esto sentenciaron:
bástame a mí su linaje.
Y sabed que aunque otra fuera,
ser mujer era bastante
para romper yo una lanza
a no defenderla nadie.

EL REY

¡Noble sois!

DON FAVILA

Nací en palacio:
nadie como vos lo sabe.

Y su caballo volviendo
dejó al rey, que a replicarle
iba, y desairado viéndose
dijo iracundo: «¡Adelante!»
Fuése el duque don Favila
al acusador, y en grave
acento y gesto sañudo
dijole palabras tales:

«Yo, para lidiar conmigo
vos dispenso lo que os falte,
y no riño más que a muerte.
»Ved, pues, si podéis matarme,
»porque si acabo con vos
»he de daros por infame
»a vos y a todos los vuestros
»a donde la raza alcance.
»Conque a quien Dios se la diere
»bendígasela su Madre.»

Y asiendo un caballo negro
que de hinojos le da un paje,
tomó campo don Favila,

su antagonista imitándole,
Quedó en profundo silencio
la multitud un instante,
y la atención fué profunda,
y el temor inexplicable.

Unos están por el duque,
otros, que el deseo saben
del rey, anhelan inicios
que doña Luz no se salve.

Y otros, que ven la nobleza
del que a la batalla sale,
de la princesa dolidos
por ella plegarias hacen.

Ellos, mientras, lanza en ristre
tendidos hacia adelante,
a la señal de los jueces
salieron a todo escape.

Viniéronse uno para otro,
y en el medio al encontrarse
tal nube de polvo alzaron
que oscurecieron el lance.

Por movimiento uniforme
todos en su asiento alzándose
tendieron tras de los ojos
los cuerpos para mirarles:
y el espeso remolino

con el viento disipándose,
dejó ver las consecuencias
del encuentro formidable.

Por valor o por fortuna
de un bote acabó el combate:
nadie con el cómo atina,
pero el hecho está palpable.

El bueno de don Favila
al acusador cobarde
tenía a sus pies tendido,
y la lanza asegurándole
al pecho, le amenazaba
con morir o retractarse.

Grande fué entonces el asombro, y el bullicio fué muy grande, que hay quien a magia lo achaca, y otras causas semejantes. Y el rey, que a su favorito mira en tan extremo trance, lanzó a la arena su cetro: mas don Favila más hábil, antes que a tierra llegara, pasó de parte a parte. Rompió en aplausos la turba que todo al cabo lo aplaude. Gozó don Favila el triunfo, y el rey gimió de coraje.

Dióse por libre a la infanta, y empezó a salir la gente, cuando confuso tumulto se levantó en el palenque. Asustáronse las damas, y hubo voces diferentes de alarma: «¡Fuego!—¡a la vega! ¡Fueral!—¡matarle!—¡cojerle!» Y el alboroto redobla, y en la confusión que unos a huir se preparan, otros a la bulla vuelven. Allí abajo entre una turba se ven apenas los jueces, con sus insignias por alto a las que ninguno atiende. Y suenan voces de riña, y puños por alto vense, aunque en verdad del tumulto nadie la razón comprende. Sonaron, por fin, clarines del rey, y entraron jinetes que despejaron el campo con que logran entenderse.

Volvióse la multitud a los asientos, volviéronse con el rey los cortesanos a sus sitios preferentes, y demandando la causa el rey, fueron a ponerse a sus pies tres caballeros armados hasta los dientes. Enojado el rey Egica, dijoles: «*¿Quiénes son? ¿Qué quieren?*» Y alzó la voz uno de ellos diciendo: «*Vasallos fieles, amigos de la justicia, y del difunto parientes.* Señor, la misma demanda entablamos nuevamente, y a desafiar venimos a su vencedor a muerte.»

Brilló en el rostro del rey traidora sonrisa oyéndole, y dijo con voz de triunfo a don Favila volviéndose: «Primo, ¿admitís la demanda? ¿Ya veis que con causa vienen!—Que vengan enhorabuena! Yo traigo quince jinetes, y admito por cada cuatro de mis caballeros, siete. —Y yo soy con mi sobriño mantenedor del palenque, exclamó entrando en la liza otro, cuya voz potente cubrió el rumor que en el pueblo la nueva noticia mueve. Frunció las cejas Egica viendo al nuevo combatiente, y exclamó: «Vos, Godofredo, vais a lidiar!»

—Me parece.

¡Ea! buen duque, a caballo!
Que hombres de nuestra progenie
por un contrario de más

batalla excusar no pueden.

—No, tío, ¡viven los cielos!

Pero algo ha de concederse

a quien como noble lidia

y abriga sangre de reyes.

Yo solo mantengo el campo;

que tiren entre ellos suertes

y al que le toque, que salga.

Pero, ¡ay de ellos si no vencen!

Todos quedarán esclavos

para cuidar mis lebreles,

yo arrastraré al que derribe,

y escupiré a los que queden.

—Eso sí, sobrino mío.

Mas si por desdicha vencen,

soy tu padrino y no dudes

que vengaré bien tu muerte.

—¡Pues a caballo!

—¡A caballo!

Y al punto la lid resuelven,

sentadas las condiciones

entre padrinos y jueces.

Volvió a temer doña Luz

acusada doblemente,

y el pueblo volvió a gozar,

porque el pueblo goza siempre.

Y Y—

Salió al combate don Bristes,

mozo de años veinte y nueve,

de alma relajada y fiera

y esforzado como un Hércules.

Mucho de su fama y bríos

por don Favila se teme,

y dicen que el rey le nombra

por el más recio escogiéndole.

Ello es que él y don Favila,

lanza en ristre y frente a frente,

apercibidos esperan

la señal de acometerse.

Diéronselos padrinos,

y uno para otro viniéndose,

en la mitad de la arena

se hallaron bizarramente.

Don Bristes de una lanzada

hendió escudo y coselete

a don Favila, que apenas

en la silla se mantiene.

Y don Favila más diestro,

aunque en golpe menos fuerte,

el hombro derecho a Bristes

certero le desguarnea.

Pero ambos en los arzones

con buena prez manteniéndose,

con nuevas lanzas que toman

segunda carrera emprenden.

Erró don Bristes el golpe

por fiarse solamente

de su fuerza, y don Favila,

de su falta apercibiéndose,

en un vigoroso encuentro

tendió caballo y jinete.

Muerto, al ver que toca en tierra,

todos, a la par creyéronle,

mas, caballero famoso,

de su destreza valiéndose,

con rapidez inaudita

tornó a alzarse de repente.

Glorioso, arrancó un aplauso.

y por Dios que lo mereció.

¡Porque es asombroso lance

y sutilísima suerte!

Atónito don Favila

quedó, y receloso al verle

venírsese espada en mano,

rabioso como una sierpe.

También acudió a la suya,
mas no tan pronto revuelve
que no le alcance del tajo
mucho parte en el almete.

Cargó el rápido Bristes
colérico por dos veces
y evitóle don Favila
casi milagrosamente.

Y siempre entrando y saliendo,
y acuchillándose siempre,
si bien le trabaja Bristes,
bien el duque se defiende.

Pero viendo don Favila
la ventaja que en sí tiene,
por ser mejor su caballo
al que manda fácilmente,
dió en esquivar a don Bristes,
acechando cautamente
un paso sentado en vago
que descubierto le deje.

Con lo que el otro creyendo
que ya don Favila teme,
su afán redobla, y su potro
con tal ímpetu revuelve,
que ya doña Luz desmaya,
y ya murmura la gente,
y ya con harto trabajo
los aplausos se contienen.

Mas el diestro don Favila
se cierra tan de repente
con Bristes, que ambos a dos
a tierra a un tiempo se vienen;
Cayó bajo su caballo
don Bristes innoblemente,
y el duque por la garganta
su agudo puñal le mete.

Soltó la espada el vencido,
tendió los brazos inermes;

y asieron de don Favila
los padrinos y los jueces.

DON GODOFREDO

¡Dame los brazos, sobrino!

DON FAVILA

Tío, matarle no basta,
fuerza es que a toda su casta
llegue su fatal destino.

JUEZ

Se abrió el campo, caballero,
a la lid, no a la venganza.

DON FAVILA

Cuanto derriba mi lanza
pertenece a mí escudero.
Si en leyes entendéis vos,
yo entiendo en lances de riñas,
con que dejad socaliñas,
señor juez, ¡voto a Dios!
Escudero, en buena ley,
de impostores para mengua,
arranca al muerto la lengua
y ponla a los pies del rey.

JUEZ

A nadie se permitió...

DON FAVILA (con desprecio).

Si a nadie se ha permitido
tampoco permiso pido,
que primo del rey soy yo.

Con cuyas fieras palabras
desairados los presentes,
los jueces se desconciertan
y el escudero, obedece.
Y sigue aplaudiendo al duque
con estrépito la plebe,
y entréganse despechados
del vencido los parientes.

DON FAVILA

Tío, decid a esa dama
si está su honor satisfecho,
y al rey si basta lo hecho
para volverla su fama.

DON GODOFREDO

El rey se partió, indignado
tal vez de tu demasia.

DON FAVILA

Mañana será otro día
y se habrá desenojado.
Pues si llora por el muerto
no me tendrá en gran favor.

DON GODOFREDO

Que lo cuentes es mejor,
sobrino.

DON FAVILA

Estáis en lo cierto.
Conque, tío, Dios os guarde,
que he apretado bien los puños
y tengo varios rasguños,
según creo, y se hace tarde.

Y en tanto que hablaban esto
don Godofredo y el duque,
el rey se salió del circo
con ira o con pesadumbre.
Dió por libre a doña Luz,
pero, según se presume,
secretos designios guarda,
y negra intención encubre.
Porque al punto que don Bristes
cayó bajo el brazo ilustre
de don Favila, sus guardias,
con celo que bien no arguye,
asieron de la princesa
y quedó la incertidumbre
de si va libre y honrada
o si presa la conducen.

Ello es que estos pormenores
que por entre el vulgo cunden,
sospechas alzan y miedos
que hacen que asaz se murmure,
y ello es que a hablar en secreto
por la tarde se reúnen
los vencidos, y se teme
que en partidos se pronuncien.

Porque se habla demasiado
del combate, y atribuyen
a Dios mucha parte y dicen
que su mano se descubre,
pues que vuelve por el justo,
y no obra el rey cual le cumple.

Lo cierto es que hay destinados
cien jinetes que patrullen,
y el rey ha enviado a su primo
un mensaje, que en resumen
le intima que a sus estados
para volver se apresure.

Y así se pasó la tarde,
y el mundo en sombras se sume,

y envuelve el cielo la noche
 con pabellones azules.
 Algunas estrellas lánguidas
 acá y acullá relucen,
 diseminadas antorchas
 que más que aparecen, huyen.
 La luna asoma a pedazos
 por un pelotón de nubes
 que la circunda fantástico
 en forma y color voluble.
 Y al fin, por más que los nobles
 el juicio de Dios divulguen,
 haciendo favor al rey,
 y por más que él disimule,
 no queda nadie en Toledo
 tan necio, a quien se le oculte
 que doña Luz sigue presa
 y que se destierra al duque.
 Por eso en la torrecilla
 del gótico alcázar, luce
 la lámpara misteriosa
 que pena y desvelo arguye
 en quien la habita, y por eso
 el reposo se interrumpe
 de la noche con los ayes
 que necio pavor infunden
 en los guardias de la torre,
 y cuyo son les aturde
 mientras en el aire vaga
 y en el aire se consume.

VI

ENCUENTRO Y RESOLUCIÓN.

¡Ay triste del que ufano
 y alegre en apariencia
 figura a los placeres
 quimérica afición,

y ríe y goza, y muchos
 envidian su existencia,
 y un torcedor secreto
 le roe el corazón.

¡Ay triste del que lleva
 los celos en el alma
 y afecta en el semblante
 la risa del placer,
 y sus palabras mienten
 la venturosa calma
 por que suspira ansioso
 su contristado ser

Sí, triste a quien asalta
 perdido un pensamiento
 cuya horrorosa duda
 destruye su ilusión,
 y vaga por su mente
 cual a merced del viento
 bajel desorientado
 sin velas ni timón.

¡Ay pobre caballero
 cuyo leal cariño
 secreto largos años
 a su beldad guardó,
 soñando a su querida
 más pura que el armiño,
 y al cabo de una ausencia
 sin honra la encontró!

¿Quién hallará palabras
 que al caballero amante
 consuelen, o a lo menos
 satisfacción le den,
 cuando en la lengua torpe
 del vulgo petulante
 prostituido encuentra
 el nombre de su bien?

¡Ay! la princesa amaba
 en otro tiempo a un hombre
 que los rabiosos celos
 estimuló del rey,
 y de quien no bastaron
 a descubrir el nombre,
 ni el pavoroso juicio
 ni la sangrienta ley.

Si aún la ama, si el delito
 tal vez es verdadero,
 ¿por qué por honra propia
 no viene a combatir?
 ¿Por qué si la ha infamado
 no sabe el caballero
 satisfacer cual noble,
 o cual leal morir?

Mas pues la acusan todos,
 habrá razón alguna
 para que todos la hagan
 tan vil imputación:
 y entonces ¡ay! ¿quién sabe
 si por fatal fortuna
 ajeno será el crimen,
 y ajena la pasión?

Y ¡ay triste del que lleva
 los celos en el alma
 y afecta en el semblante
 la risa del placer,
 y sus palabras mienten
 la venturosa calma
 por que suspira ansioso
 su concontristado ser!

Mas doña Luz a solas
 llorando sin consuelo,
 por su galán oculto

se aflige sin cesar,
 y prematura muerte
 de hinojos pide al cielo
 si acaso pudo ingrato
 su corazón cambiar.

Y acaso en este instante
 con torcedor secreto
 los celos se apoderan
 a un tiempo de los dos,
 y van por dos caminos,
 entrambos a un objeto,
 el uno en pos del otro
 de su ventura en pos.

Está avanzada la noche,
 fría por demás y oscura,
 apagadas las estrellas
 y encapotada la luna.
 Sopla a ráfagas el cierzo
 y aunque tormentoso nunca,
 según por donde se arrastra
 silba, gime, brama o zumba.
 Todo en Toledo reposa,
 y negra, apiñada y mustia
 se ve la ciudad que a trechos
 en la sombra se dibuja.
 Y allá por entre las peñas,
 del valle opaco en la hondura,
 se oye el ronco son del agua
 del Tajo, que se derrumba
 entre los rudos peñascos,
 alzando hervorosa espuma.
 ¡Medrosos sitios son estos!
 Medrosos por las figuras
 informes que representan
 y por tradiciones muchas.
 ¡Misteriosos son aquellos
 peñascos y quebraduras,

cuyos contornos se extienden
 en irregulares curvas,
 que en la fantasía toman
 forma y variedad difusa,
 y vida en el miedo encuentran
 y en las creencias se abultan!
 Avanzando silenciosa
 por su superficie rústica,
 viene a estas horas subiendo
 una sombra lenta y muda,
 Y ya por paso más fácil,
 o porque mejor le encubran,
 con la sombra más espesa
 de los peñascos se escuda.
 Cumplido manto la emboza,
 y aunque impedirlo procura,
 la malla y los acicates
 por debajo le relumbran,
 y a cada paso se siente
 el crujir de la armadura,
 cuyas piezas al moverse
 se separan y se juntan.
 Yo no sé qué de siniestro
 en tales sitios augura
 quien en tan lóbrega noche
 su fría soledad turba,
 y bien a lo que parece
 conoce el lugar sin duda,
 pues ni en lo áspero tropieza
 ni lo difícil le asusta;
 y avanza y gira a su tiempo
 con precisión, y segura
 su planta evita los brezos,
 y los pedregales cruza.
 Así de una en otra peña
 llegó trepando a la altura
 hasta tocar del alcázar
 las viejas murallas húmedas,
 donde apartando una piedra

que falso postigo oculta,
 iba a alzar con una llave
 la mohosa cerradura.
 Mas no bien la estrecha puerta
 tocaba, cuando la punta
 de una espada en la garganta
 de repente le aseguran.
 «¿Quién va allá?» le preguntaron,
 mas con repentina astucia,
 «el diablo!» contestó al punto,
 y con impensada furia
 dando sobre el que le amaga
 «¿quién va?» a su vez le pregunta.
 Quedaron, pues, cara a cara,
 aunque cada cual la suya
 recata cuidadosamente,
 y aprestados a la lucha.
 Mas el que amagó primero,
 ya por miedo o por cordura,
 bajando primero el arma
 así la cuestión excusa,
 diciendo: «De todo el muro
 es esta la puerta única.
 Sólo da entrada a esta torre,
 y vos conocéis la ruta.
 Que ibais a entrar está claro,
 con que de dos cosas una:
 o el galán de doña Luz
 sois, o en la sombra nocturna
 fiado, en la torre entrabais
 de oro y de alhajas en busca.
 Si lo primero, en mis manos
 tengo yo vuestra fortuna;
 si lo segundo, mis gentes
 apostadas en la hondura,
 dan con vos a una señal
 en la corriente profunda.
 Conque hablad pues.

—¡Norabuena!—

Y escuchadme: esta es la única puerta que lleva a esta torre y vos conocéis la ruta.

Que ibais a entrar me suspecho, con que de dos cosas una:

o el galán de doña Luz, o en la sombra nocturna sorprendido su secreto.

Si lo primero, me importa estorbar vuestra fortuna;

si lo segundo, uno es fuerza que en la eternidad se hunda.

Conque hablad pues.

—Norabuena, y o la razón se me ofusca

o al cabo de la cuestión nos encontramos en suma.

Vos sois el galán oculto.

—Y vos mi rival.

—Sin duda. Defendeos, pues.

—Primero fuerza es que aclaremos una.

—¿Cuál?

—La de con quién reñimos.

—Yo no me descubro nunca cuando riño por guardarme.

—Aparte necias excusas, señor valiente, que ha dado

con quien de razones gusta, porque me importa el asunto más de lo que se os figura

y si es tal vuestro secreto que en descubrirlo haya culpa, mi nombre es la garantía de que lo echáis en la tumba;

que el príncipe Godofredo.

—¿Vos, mi tío?

—¡Bondad justa de Dios! ¿Eres don Favila?

—Yo soy.

—¿Pero qué te turba?

¡Oh! de hallarme tan a tiempo da gracias a la fortuna,

que sé más de lo que crees, por mucho que te presumas.

Pero entremos, que no es justo platicar en pie y a oscuras.

Tras cuyas frases metiendo la llave en la cerradura,

desaparecieron ambos por la puertecilla oculta.

Su infortunio en maldecir, y en suspirar y gemir

se ocupaba la princesa, cuando oyó con mucha priesa

por el caracol subir.

Sobresaltóse advertida y asíó por dentro el cerrojo,

tal vez temió por su vida, que no hay precaución perdida

del rey contra el fiero enojo.

Dieron cautelosamente dos golpecitos por fuera,

mas doña Luz cautamente a oír aguardó prudente

la voz del de la escalera.

«¡Luz!» dijeron, mas tan quedo que no pudo conocer

el acento y tuvo miedo; porque tenía en Toledo

mucha traición que temer.

DON FAVILA

Abre, Luz, ¿no me conoces?

DON GODOFREDO

Despierta, si estás dormida.

DON FAVILA

Por dulce sueño que goces
desvelente, Luz, mis voces,
despierta, por Dios, mi vida!

A cuyo amoroso acento
respondiendo el corazón
de doña Luz, y un momento
dudando, abrió su aposento
al imán de su pasión.

Peró mirando turbada
a Godofredo con él,
recibióles reservada,
severa y disimulada,
siempre a su secreto fiel.

DOÑA LUZ

Tal vez, buenos caballeros,
con nobleza ya excesiva
venís de nuevo a ofrecerlos;
tal favor agradeceros
sabré yo mientras que viva.

Que aunque será, según creo,
por breve tiempo quizás,
lo grande de mi deseo
podrá suplir lo demás.

DON GODOFREDO

¡Qué farsa es ésta que veol
Luz, la brevedad importa,
responde: esta letra es tuya?

Quedó doña Luz absorta
cuestión tan precisa y corta
sin atinar cómo huya.

Y el tío, que esto previno,
a los ojos la ponía
el escrito pergamino,
que a dar en sus manos vino
allá en Alcántara un día.

Posaba convulsamente
en él la avara pupila
doña Luz; su tío enfrente
sonreía dulcemente,
y temblaba don Favila.

Al cabo rompió a llorar
la pobre madre culpada,
sin osarle preguntar
por su prenda abandonada
en los brazos del azar.

Y abriéndola con ternura
los suyos don Godofredo,
«¡Ven! (la dijo); está segura
esa prenda de ventura,
pero lejos de Toledo.

»Y abrazaos ¡vive Dios!
»que el cielo piadoso aprueba
»lo que hartó costó a los dos;
»que va de la culpa en pos,
»pero aborrece la nueva.»

Y los dos tiernos amantes
por tanto tiempo constantés,
en un cariñoso abrazo
lid olvidaron y plazo
en tan ansiados instantes.

Lloraban ambos al par
con lágrimas de ternura,
y ya próximo a llorar
el tío sin respirar
bendecía su ventura;
cuando oyeron de repente

de pobre instrumento: el son,
y entre el son de la corriente
del Tajo, alegre canción
entonada diestramente.

DON GODOFREDO

¡Ea! no excuse lo menos,
quien ha emprendido lo más,
id vuestra ruta serenos,
que mis caballos son buenos,
y os queda un amigo atrás.

DOÑA LUZ

¡Cómo, señor!, ¿Qué es aquesto?

DON GODOFREDO

Todo lo tengo dispuesto.
Y no hay remedio mejor
ni para guardar tu honor,
ni para evitar su arresto.

DON FAVILA

¿Y el rey?

DON GODOFREDO

Yo me quedo aquí.
Esposos sed ante Dios,
que, el rey Egica ante mí,
tendrá que ver que nací
el más justo de los dos.

CONCLUSIÓN

Estaba cercano el día;
la luna en el horizonte

escasa luz despedía
y a largos pasos se hundía
detrás del alzado monte;

cuando solo y descuidado,
en largo manto embozado
despacio entraba en Toledo
un hombre, que, bien mirado,
no era otro que Godofredo.

Y allá a lo lejos se vían
la extensa vega cruzando
varios jinetes que huían,
que más se desvanecían
cuanto se iban alejando.

Pasó Godofredo el puente,
y apenas apareció
la aurora en el rojo oriente,
firme el pie y alta la frente
en el alcázar entró.

Lo que pasó dentro de él
entre el infante y Egica,
nadie en Toledo lo explica
ni se halla en ningún papel.

Ello es que don Godofredo
de una hora tras el despacio,
volvió a salir de palacio,
y se ausentó de Toledo.

Y en el aire triunfador
con que dicen que salía,
bien claramente se vía
que llevaba lo mejor.

El rey desde su partida,
presa de oculto pesar,
cercano estuvo a exhalar
a sus rigores la vida.

Y en cuanto ésta le duró
ni al duque persiguió más,
ni el bello nombre jamás
de la princesa mentó.

Y aunque recias tempestades
 fueron a turbarles luego,
 de su retiro el sosiego,
 y el bien de sus soledades,
 del rey su tío a cubierto
 ellos allá en sus estados,
 vivieron muy bien casados,
 y esto es, ¡oh lector! lo cierto.

Y acaso en otra ocasión
 si tu favor me aseguras
 sabrás otras aventuras
 de doña Luz, que hartas son.

Mas si no son de tu gusto,
 lector, las que te conté,
 no hablemos más, porque a fe
 que no me coje de susto.

LEYENDA SEGUNDA

HISTORIA

DE

UN ESPAÑOL Y DOS
 FRANCESAS

CAPÍTULO I

DE CÓMO UN ESPAÑOL SE ENAMORÓ DE UNA
 FRANCESA

En un día de febrero,
 como a las tres de la tarde,
 del río Arlanza mirando
 los fugitivos cristales,
 y entre el camino de Francia
 y el río humilde paseándose,
 vñase a un hombre vagando
 por su solitaria margen,

hidalgo y rico a juzgar
 por su gentileza y traje.

En secretas reflexiones
 abismado y sin curarse
 de cuanto en redor pasaba
 seguía, cual si ocupasen
 su mente graves cuidados

o duelos su ánima graves.
 Parado estaba del puente
 cabe los altos pilares,
 cuando llamó su atención
 ruido y polvareda grandes

que alzaban muchos jinetes
 por el camino adelante.

Alargó, pues, el hidalgo
 sus pasos para encontrarles,
 bien fuese curiosidad
 o bien que les aguardase.

Salió al lindel del camino,
 y a la turba aproximándose,
 peregrinos vió y juzgóles
 gente de noble linaje.

Dos damas y un caballero
 eran, y con antifaces
 traían cubierto el rostro,
 costumbre de tiempos tales.

Caballos traían recios,
 cruces de plata, y por pajes
 quince jinetes armados
 del casco a los acicates.

Llegados ante el incognito,
 el caballero parándose
 díjole: «Dios sea loado,
 buen hombre.» Y él con voz grave
 repuso: «Loado sea

por siempre, buen caminante.
 —¿Por dónde voy al palacio
 del conde Garcé Fernández?

—¿Pensáis en él hospedaros?

—Sí, que pienso.

—Muchas calles

hay que cruzar, y yo mismo es mejor que os acompañe, si la atención no os enoja.

—Si ese camino llevaréis para ir a vuestros quehaceres, consiento, y Dios os lo pague.

—Voy también hacia palacio.

—Entonces echad delante.

Tomó el de a pie en este punto la vuelta a los arrabales, y sin que hubiesen los guardias ocasión de demandarle, sino de hacerle gran honra como a ilustre personaje, entró en Burgos por la puerta que a Santa María cae.

Y aquí, con los peregrinos que le seguían juntándose, conversación introdujo con palabras semejantes:

«¿Y a dónde es el derrotero?»

—A Santiago.

—Es una imagen

y una iglesia milagrosas.

¿Y de qué tierra se parten?

—Desde Tolosa de Francia.

—¡De agradecer es el viaje!

¿Es devoción o promesa?

—Es devoción, y eso baste, que habéis hecho tres preguntas sin que os preguntara nadie.

—Perdone el buen peregrino.

—Vaya el buen guía adelante.

Y en esto el de a pie teniéndose ante un edificio grande

alzado en una plazuela, dijo entre serio y afable:

«Vea lo que habla el romero, pues aquí es fuerza que pare quien a mi palacio llega a demandar hospedaje.

—¡Cómo! ¡Sois por vida mía...

—El conde Garci Fernández.

—El de Castilla perdón.

—El de Tolosa demande,

que anduvo el guía indiscreto

y hará el conde castigarle.

Pero pie a tierra, señores,

que esta es su casa.»

Y con tales

palabras ayudó el conde

a las damas a apearse;

y entrándose por sus puertas

con corteses ademanes,

las dió el brazo en la escalera

sin que ellas se le esquivasen.

—

Cómo entra amor en el alma en verdad que no se sabe,

pero ello es que él tiene llave para abrir el corazón;

y una palabra, un suspiro,

dicha o exhalado apenas,

son a veces las cadenas

con que ata nuestra razón.

Cadenas hechas de flores, de deseos y de antojos, forjadas en unos ojos de pudoroso mirar, o en unos labios de púrpura que sonríen tiernamente, ensayados diestramente en sonreír y en hablar.

¡Oh amor, qué bien escogistes
aunque niño, loco y ciego,
lugar do esconder tu fuego
y tu irresistible inán!

Porque ¿cómo recelarse
de unos ojos inocentes,
y de unas indiferentes
palabras que al alma van?

¡Ay! poco a poco se miran
y se escuchan poco a poco,
y nace un deseo loco
que, aunque aislado y sin valor,
tras él otro y otros trae,
que ardientes y decididos,
nos despeñan impelidos
por las simas del amor.

Así al conde de Castilla
labraba su desventura
la peregrina hermosura
que en su palacio hospedó;
y él, que esquivó los halagos
de castellanas hermosas,
en las redes codiciosas
de la francesa cayó.

Aspid fatal que introdujo
el mismo conde en su seno,
y cuyo dulce veneno
bebía con avidez,
tan ciego y desatentado,
que cuanto más le apuraba,
más el infeliz dudaba
que fuese poco a su sed.

Sí, porque ¿quién no le apura
ofrecido en rico vaso
que incita a beberle acaso
con su exquisito primor?

¿Quién fascinado no corre
tras unos ojos de fuego
que nos roban el sosiego,
la prudencia y el valor?

¡Y a fe que era encantadora
la dichosa peregrina!
Bellísima era Argentina,
y de prosapia real.

Y él, que vió sus ojos cándidos
sin los dobleces del velo,
creyó su azul como el cielo
signo de dicha inmortal.

Y vió una vez fascinado,
miró luego respetuoso,
amó después silencioso
y amó con ansia después;
primero dispuso fiestas,
luego presentes y galas,
y al fin de su amor en alas
cayó sin fuerza a sus pies.

Y una noche entre los mirtos
del jardín de su palacio,
cuando a solas y despacio
por fortuna la encontró,
tomó sus manos de nieve
y doblando la ródilla,
la corona de Castilla
loco de amor la ofreció.

«¡Oh bellísima Argentina!
(la dijo el rendido amante),
desde el fortunado instante
en que por dicha te vi,
mi voluntad, mi deseo
a más ventura no alcanza
que a la débil esperanza
de tenerte junto a mí.

De noche allá en mis delirios
tu imagen se me aparece,
y el alma se me estremece
con tan dichosa ilusión.
La luz que radia tu rostro
mi corazón ilumina,
y aun tu sombra ¡oh mi Argentina!
acrecienta mi pasión.

De día ansioso te busco,
bajo tus rejas paseo
y venturoso me creo
si de la reja a través
alcanzo tu sombra errante,
aun sabiendo ¡vida mía!
que mi amorosa agonía
ni te imaginas, ni ves.

Creí que podría un tiempo,
más que mi destino fuerte,
olvidarte o no quererte,
mas neciamente creí.
Yo te amo, sí; cada día
que por mi existencia pasa
mi pasión crece sin tasa,
y no hallo vida sin ti.

Y pues te brinda el destino,
¡oh bellísima francesa!
sé en Castilla la condesa,
la luz de mis ojos sé;
y piensa que en compañía
de quien tan fino te adora,
tú serás reina y señora,
yo tu esclavo viviré.

Y así diciendo el buen conde
las manos la acariciaba
y el rostro la contemplaba
con amorosa ansiedad;

y ella inmóvil y en silencio,
con angélica sonrisa
contemplábase indecisa,
mas confiada en verdad.

Sus manos le abandonaba
la hermosa sin defendellas,
y el conde estampaba en ellas
sus labios con harto ardor,
mientras la luna que huía
y las auras que sonaban,
prestaban luz y armonía
a aquella escena de amor.

Y quien sabe lo que pueden
la solitaria frescura,
la ilusión y la ventura
de una noche y un jardín;
quien ve el empeño del conde,
y la paz con que ella escucha,
el sí con que le responde,
imágnese por fin.

Un sí pronunciado apenas
fugitivo y balbuciente,
pero expresivo, elocuente,
espontáneo, abrasador.

Un sí cuyo eco encantado,
cuyo sonido improviso
abrió al conde un paraíso
de deleites y de amor.

Cayó Argentina en sus brazos;
dobló en su pecho la frente,
y un beso, aunque puro ardiente,
en ella el conde posó,
y la niña, no ofendida
mas cautelosa, apartándose,
de su buen padre, ausentándose,
el dulce nombre invocó.

pensó que andaría necio
 en negarla al castellano,
 que si no era un soberano,
 honrara harto a una mujer.

Tendió pues, la mano, al conde
 con cortesana sonrisa,
 y sentando por precisa
 y absoluta condición
 la voluntad de Argentina,
 contestó que él la otorgaba,
 puesto que en dársela obraba
 conforme a su obligación.

La boda, pues, acordóse,
 e impaciente don García
 casóse en Santa María
 aún no transeurrido un mes;
 Castilla y Tolosa hicieron
 en las fiestas competencia,
 y hubo festín y licencia
 muchas semanas después.

Vino a ofrecerse rendida
 a su nueva soberana,
 la nobleza castellana
 siempre a sus condes leal;
 y cumpliendo el de Tolosa
 en Santiago su promesa,
 volvióse a tierra francesa,
 siendo el gozo universal.

CATÍTULO II

DE CÓMO SE LAS HUBIERON LA FRANCESA
 Y EL ESPAÑOL

Mas ¡ay del necio que fía
 en la mujer y en el viento,

que cambian en un momento
 de rumbo y de fantasía!

Y ¡ay de quien fía en extraños,
 que aunque halagarnos pretendan
 preciso es que al fin nos vendan
 o con fuerza o con engaños!

Dos años y no cabales
 vivieron ambos esposos,
 tiernos siempre y cariñosos,
 alegres siempre e iguales.

Amábala el español
 con tan ciega idolatría
 que, antes que en ella, creería
 que hubiera mancha en el sol.

Y amábale la francesa
 con intensidad tan rara,
 que mejor se la juzgara
 favorita que condesa.

No había para él más gloria
 que su amor, y en tal exceso,
 que cambiara por un beso
 la más preciada victoria.

No había gusto para ella
 si con él no le partía,
 y el vulgo, en fin, los creía,
 nacidos bajo una estrella.

También lo creía el conde;
 pero al fin dió en un abismo,
 que ¿quién por otro responde
 si aun duda uno de sí mismo?

Vino dos años después
 desde tierras de Tolosa
 de los padres de la esposa
 con regalos un francés.

Para más ostentación
 de la amistosa misiva,
 vino con gran comitiva
 de gente de estimación.

Toda hidalga y opulenta,
que entre ella nobles venían
que provincias mantenían
con sus tropas y a su cuenta.

Trajeron mil invenciones,
refinamiento elegante
del lujo, heraldos delante,
pajes detrás y bufones.

Y, en fin, entre su equipaje
con esplendidez extraña,
hasta tiendas de campaña
para las siestas del viaje.

Cuyas cosas en Castilla
por gente sobria habitada,
tuvieron boga sobrada,
rayando en la maravilla.

Tomaron de ellos los trajes
por gusto de la condesa,
y armáronse a la francesa
de bufones y de pajes.

Diéronse mutuos festejos,
y fué con tanta porfía,
que cada cual ir quería
en lo liberal más lejos.

Su ventaja al conocer
en caballos los de Francia,
abrieron con arrogancia
un campo donde correr.

Con lo cual los burgaleses,
gente en los combates ducha,
abrieron campo a la lucha
de a pie contra los franceses.

Bajaron de la montaña,
de tal fiesta a los rumores
los más fuertes lidiadores
que daban honor a España.

Y al fin, más pronto o más tarde,
de mil diferentes modos,

de su bizarría todos
vinieron a hacer alarde.

Hubo castellanos nobles,
que en cabalgar muy maestros
con los franceses más diestros
ganaron apuestas dobles.

Y hubo muchos castellanos
que en lucha franca y leal
se la hubieron harto mal
de los franceses a manos.

Pero sobre todos uno,
gallardo Alcides francés,
luchó una vez contra tres
y no le rindió ninguno.

Mozo era de sangre noble,
chico de cuerpo, mas fiero,
como los vientos ligero,
y robusto como un roble.

Él fué siempre el vencedor,
y en la liza al presentarse
los demás, no retirarse
era sólo por honor.

Llamábase el tal Lotario,
y para amorosos lances
nadie le iba a los alcances,
pues rayaba en temerario.

Y aunque cortés y cumplido,
en su fortuna fiado,
jamás respetó sagrado
de padre ni de marido.

Hipócrita más que fiero,
con una segura táctica,
los medios ponía en práctica
más infalibles primero.

Iba tras de las devotas
a las iglesias rezando;
con opulentas tratando
gastaba con manos rotas.

Donde había un padre viejo

idólatra del honor,
por la palabra menor
el duelo era su consejo.

Donde familia pacífica
veía que, aunque retirada,
de oro y de bienes sobrada
le recibía magnífica,

él, con gravedad enfática
cada visita que hacía,
por lo grave parecía
una misión diplomática.

Y, por fin, de astucia extrema
dotado, el refrán usaba
que a cada paso encajaba,
cada loco con su tema.

Con esto y con ser al par
gran músico, no hubo dama
que al reclamo de su fama
no le viniera a admirar.

Él, de las galas francesas
llevaba la palma toda,
y él era el galán de moda
con las damas burgalesas.

La plática principal
de las más hermosas niñas,
eran las rondas y riñas
del amante universal.

Y todas de sus amores
anhelando ser objeto,
disputábanse en secreto
sus más mínimos favores.

Mas él, de su fiel fortuna
audaz siguiendo las huellas,
se olvidó de las estrellas
al postrarse ante la luna.

«¿Qué tienes, paloma mía?
preguntaba el conde un día

a solas a su condesa,
¿bien sabe Dios que me pesa
mirar tu melancolía!

Si tal vez por un descuido,
imprudente o no advertido,
vida mía, te ofendí,
perdón de hinojos te pido:
si no ¿qué te aqueja, di?

Comprender la causa quiero
del dolor que te atormenta;
ni esposo ni caballero
seré si no te prefiero
a las cosas de más cuenta.

No, Argentina, en mi condado
no hay objeto que me importe
lo que tu amor regalado;
dime, pues, ¿quién te ha enojado?

¿Algún chisme de la corte,
de alguna dama envidiosa
o de algún necio, me infama?
¿Pudiste olvidar, hermosa,
que tú a la par de mi esposa
has sido siempre mi dama?

Y cuando no hay en Castilla
otra como tú tan bella,
que pienses me maravilla
que en mí tu amor amancilla
ni casada ni doncella.

¡No por Dios, paloma mía!
¿El conde así vendería
el amor de su condesa?
Que lo imagines me pesa
más que tu melancolía.»

Tal dijo el conde a su esposa,
mas no logró una respuesta
que pusiera manifiesta
a sus ojos la verdad.

Pasó un día y otro día,
y a su mismo afán tornando,
volvió a porfiar, quedando
en la misma oscuridad.

Tornábala el pobre esposo
con la candidez de un niño
a ponderar su cariño
con minucioso placer.

Llamábala con los nombres
más sentidos y halagüeños,
sol, arcángel de sus sueños...
Cuanto halaga a una mujer.

Y tomando entre sus manos
su peregrina cabeza,
contemplaba su belleza
con alegría infantil:
y estático en sus hechizos,
el purísimo reflejo
de sus ojos le era espejo
de su sonrisa pueril.

Besaba su frente pálida,
sus párpados transparentes
y sus mejillas ardientes,
y sus labios de coral,
y los rizos olorosos
de su flotante cabello
suspensos por el cuello
en complicada espiral.

Y el triste de cualquier modo
y aun a su costa quisiera
una sonrisa ligera
de sus labios arrancar;
mas era empeño insensato!
El embozo impertinente
con que nublaba la frente
no pudo nunca apartar.

El, que como amante, ciego
por falso cristal veía,
capricho amante creía
lo que era abierto desdén,
y aguardaba a cada instante
la explicación de un misterio
que le robaba el imperio
en el alma de su bien.

Que más que advertido, amante,
juzgaba el mal de Argentina
hijo de duda mezquina
en su inalterable amor,
y, en la pureza fiado
de su tranquila conciencia,
aguardaba con paciencia
que saliera de su error.

Ella de continuo tétrica,
los sitios más solitarios
elegía por santuarios
de su secreto pesar;
y se la veía en la noche
cual sombra que arrastra el viento,
a solas con paso lento
por los jardines vagar.

A veces cabe una fuente
reclinada largas horas,
de las corrientes sonoras
adormida con el son,
sollozaba tristemente,
las secretas agonías
que envenenaban sus días,
royéndola el corazón.

A veces del pardo muro
perdida en la sombra oscura,
o entre la hojosa espesura

de la parra y del rosal, como sup
parecía que con alguien
conversación entablaba,
aunque qué y con quién hablaba
se comprendía muy mal.

Y el rumor de estos misterios
entre el vulgo propagado,
por el vulgo interpretado
con ruin malicia vulgar,
a mil fábulas audaces
crédito asaz infundía,
y a cada punto crecía
en la chusma popular.

Porque de antiguo Castilla,
ya escarmentada de extraños,
imagina siempre engaños
de la extranjera doblez;
y luego (decía el pueblo)
por más que nació condesa,
siendo al cabo una francesa
no hay que fiarse ¡pardiez!

El conde en tanto crecía
que la memoria de Francia
con el tiempo y la distancia
avivada sin sentir,
y la vista de sus gentes
y el recuerdo de su lengua,
a las manías presentes
la pudieron conducir.

Y en su bien sólo afanado
la aseguró que, acabada
una contienda empeñada
con el árabe Almanzor,
darían vuelta a Tolosa,
donde pronto espantaría

su oculta melancolía,
devolviéndole su amor.

Partióse, pues, el buen conde
contra Almanzor a campaña,
y fué con tan justa saña
y con valor tan audaz,
que aun humeando del moro
con la sangre harta de afrenta,
su campo feraz ostenta
Santisteban de Gormaz.

Que en aquel día glorioso
para el honor de Castilla,
ni quedó jinete en silla,
ni peón quedó de pie.
Allí cayeron a impulso
de las lanzas castellanas
las falanges africanas,
enemigas de la fe.

Y aun vienen alguna noche
los lobos en turba hambrienta
a hozar la tierra sangrienta
regada ocho siglos ha;
y aun pasan los calvos buitres
sobre el valle en banda espesa,
avarientos de la presa
reducida a polvo ya.

¡Gloriosa fué la jornada!
Mas ¡ay pobre don García!
Él solo lloró aquel día
la gloria que a España dió.
Más le valiera mil veces
caer en Gormaz con honra
que cargar con la deshonra
con que Burgos le acogió.

Sí, pasó bajo sus puertas
al doblar de los tambores

con más aplausos y honores
de los que él soñó jamás;
pero llegó a su palacio,
y al entrar por sus dinteles
sus merecidos laureles
maldijo, y su ser quizás.

Las puertas abrió de su alcázar
para recibirle abiertas,
mas nadie salió a sus puertas
para darle el parabién.
Y los siervos y las damas
que dejó en él en su ausencia,
esquivaron su presencia,
cual de su gloria en desdén.

En vano se entró iracundo
por sus puertas adelante
llamando con voz pujante
a su gente desleal;
sólo el eco que en las bóvedas
cóncavas se guarecía,
a sus voces respondía
con lamento funeral.

Rabioso decía: «¿Dónde
mi servidumbre se encuentra?»
Y el eco decía:—*entra*,
y entraba el conde en furor.
Decía con voz doliente:
«¿Qué es de mi esposa querida?»
Y el eco decía:—*ida*
con acento de dolor.

Y el triste Garcí Fernández
de sus amigos cercado,
su alcázar abandonado
pisando medroso va,
y su ánima vigorosa

de una sospecha asaltada,
en su pecho arrinconada
ni aun esperanza le da.

Volvió a los suyos y dijoles:
«¿No hay quien me dé una respuesta?»
Y el eco repitió—*esta*,
y él mirando en derredor
«¿quién, gritó, en mi casa propia
me mofa con arrogancia?»
Y el eco retumbó «Francia»
por el largo corredor.

Lanzóse por él el conde
por un instinto guiado,
cruzó el corredor aislado
y al oratorio llegó:
abrió la puerta con ímpetu,
y al tender dentro los ojos,
en torno al altar de hinojos
a sus siervos encontró.

«¿Qué es esto? dijo asombrado
el infeliz don García,
¿pensabais, pues, que vendría
mi palacio a conquistar?»
¿Por qué os acogéis al templo?
¿Qué es esto, gente menguada?»
Pero la turba callada
ni aun la vista osaba alzar.

Hasta que entrándose el conde
en la mansión religiosa,
y el semblante de su esposa
no alcanzando a ver allí,
así con ira del cuello
al que topó más cercano
y con la daga en la mano.
le dijo iracundo así:

«¿A dónde está la condesa?
 Di o mueres tras mi demanda,
 Y el eco murmuró —*anda*,
 porque la turba calló.
 «Hablad por Dios, dijo el conde;
 vuestro dolor ¿qué me arguye?
 ¿Dó está mi Argentina?—*huye*
 el eco sordo gimió.

Rompió en sollozos la gente,
 y humillada y temerosa
 dobló la faz vergonzosa
 con la tierra hasta tocar;
 y entendiendo don García
 todo el valor de su duelo,
 los ojos puso en el cielo,
 gimió... y los tornó a bajar.

En vano por consolarle
 sus amigos se afanaron,
 sus pueblos le vitorearon,
 y la gloria le aduló;
 él se encerró en su aposento,
 y en soledad noche y día,
 la razón y la porfía
 igualmente desoyó.

Al hacerle reflexiones,
 amigos, fieles y viejos,
 «no necesito consejos,
 respondió, sé cómo obrar.»
 Y aunque adusto y cabizbajo,
 bien en su faz se veía
 que algo resuelto tenía
 imposible de mudar.

CATÍTULO III

EN QUE SE CUENTA MALAMENTE UNA AVENTURA DIGNA DE SER MEJOR CONTADA

De un montecillo extraviado
 sobre la empinada loma,
 como escondida atalaya
 puesto entre Francia y Borgoña,
 hubo, según un cronista,
 allá en edades remotas,
 un castillo inhabitado
 de manos francesas obra.
 Perteneía, en los tiempos
 a que alcanza nuestra historia,
 a un segundón pendenciero
 de familia poderosa.

De modo que en su recinto
 roído por la carcoma,
 no había más que un alcaide
 con guardia holgazana y poca.
 Y como donde hechos faltan
 fábulas del vulgo sobran,
 de él relataban mil cuentos
 los pueblos a la redonda.

Todo invenciones acaso,
 mas siempre lo falso apoya
 alguna verdad oculta —
 entre mentiras de montaña
 Y es así que no hay castillo
 ruinoso, ni ermita sola
 donde mil negras visiones
 crédulo el vulgo no escondá,
 mas no hay una de esas fábulas
 imposibles y espantosas
 que no haya tomado origen
 de un hecho que el vago embrolla.
 Tal era nuestro castillo,
 mansión solitaria y lóbrega,

vivienda, según el pueblo,
 de fantasmas y de sombras.
 Jamás se abrían sus puertas
 sino a medias y a deshora;
 jamás por ellas entraban
 sino a lo más dos personas.
 Nadie por ellas salía
 tras conversación sabrosa,
 ni aun en busca de viandas
 de gente que existe propias.
 Todo lo cual era cierto,
 porque el alcaide en Perona
 almacenaba por años
 su provisión, que aunque corta,
 bastaba para su gente,
 que descuidada y ociosa,
 en la ciudad se ocupaba
 todo el año sin zozobra.
 Y en esto siempre sus amos
 hicieron la vista gorda,
 pues nunca anduvo la paga
 de la guarnición de sobra.
 Ellos se buscaban vida
 en la ciudad más gustosa,
 donde hallaban amos ricos,
 juegos, pendencias y mozas.
 Y en caso de una imprevista
 necesidad poderosa,
 siempre en el castillo hallaban
 casa grande y mesa sobria.
 Los años de novecientos
 y ochenta y seis (o era próxima)
 corrían, cuando una noche
 oyó el alcaide a deshora
 al otro lado del foso,
 producida en una trompa,
 aguda señal de aviso
 que redoblabá imperiosa.
 Bajó el puente y en el patio

entróse sin ceremonia
 un hombre que dijo a voces
 desde el caballo que monta:
 «¡Hola, alcaide! vuestros amos
 llegan mañana a estas horas.
 —¡Mañana! exclamó el alcaide,
 ¡válganos nuestra Señora
 del Hoyo! y están las gentes
 en la ciudad.
 —Nada importa,
 buen viejo, repuso el otro,
 los amos traerán su escolta,
 y a más el secreto encargan
 y grande.
 —Secretos... ¡oiga!
 —Y así, que todo esté listo,
 y nada de ir a Perona
 a gárlar como mujeres.
 ¿Ha entendido? punto en boca.
 Metió su jaco en la cuádra,
 tomó la escalera lóbrega
 de la torre y pidió al punto
 cena fuerte y cama cómoda.
 Y por más que ensartó el viejo
 unas preguntas tras otras,
 no le sacó más palabras
 que *estad listo y punto en boca*.
 Y no mintió el mensajero,
 pues de su lecho de rosas
 del día siguiente apenas
 se levantaba la aurora,
 cuando el señor del castillo
 sobre una yegua fogosa
 cruzaba el puente, seguido
 de unas catorce personas.
 Dos eran damas cubiertas
 con largos velos, las otras

criados, y gente de armas de faz amenazadora.

Y en verdad que su talante y aparición misteriosa, nada de bueno auguraban a hablar como gente de honra.

Tenía aquel castillo todo en redor del monte en que se alzaba, un frondoso y ameno parquecillo, donde un arroyo limpio murmuraba; y entre guijas bullendo, por entre árboles mil serpenteando, ya en remansos sus aguas deteniendo, ya por cuestras sus aguas despeñando, el parque por doquier iba cubriendo de gruesos chopos o de césped blando, dando al par su corriente cristalina música y sombra a la mansión vecina.

El espeso follaje y la fresca extensión de su ramaje entoldando la yerba en el estío, y en el invierno crudo guardando el valle contra el cierzo frío penetrante y agudo, a la paz y al reposo convidaban, y así a su rica amenidad venían y en su centro anidaban mil avejillas que hasta allí llegaban y contentas en él se guarecían. No había allí tocado, por fortuna, del hombre protector la torpe mano; y sin lesión alguna prosperaba en invierno y en verano.

En sus cuadros campestres, sin ayuda de riegos, ni semillas, a su capricho y voluntad brotaron mil rosales silvestres,

que del agua las márgenes bordaron con varia multitud de florecillas; y en medio de ellas sin pudor se alzaron, tal vez de sus colores envidiosas, amapolas y malvas temblorosas, romero y madreselvas amarillas. Ni tampoco faltaron en el vicioso césped escondidos los lirios por el sol descoloridos, los jacintos morados, las anchas hacederas, las pródigas junqueras, y las altivas y sonantes cañas rodeadas de mimbres y espadañas; y aun al pie de una peña, guarecidas del cierzo y de las ráfagas inquietas, se levantaron de perfume henchidas tempranas y odoríferas violetas.

Aquí, pues, una tarde ya cercano a su fin el claro día, al pie de una cascada que la corriente hacia por cima de una peña despeñada, en el mullido césped recostada una niña hermosísima se veía. La sien sobre la mano, sobre la yerba el codo, permanecía inmóvil, de tal modo que alguno la juzgara fácilmente de acertado escultor obra excelente trasunto de un modelo soberano. Sus dulces ojos, de tristeza llenos, fijos en la corriente fugitiva, no brillaban amantes y serenos, antes ¡ay Dios! de lágrimas henchidos, y a través de una lágrima ardorosa, miraban la corriente distraídos con expresión doliente y lastimosa. Y su frente nublada

con hondos pliegues de dolor suleada,
 su faz descolorida y ojerosa,
 y sus mejillas faltas
 de su matiz purísimo de rosa,
 demostraban bien claro
 que en su cándido espíritu inocente
 el pesar se cebó traidoramente.
 Ella en sus pensamientos embebida
 de su propio aislamiento se olvidaba,
 y el aura, estremeциéndole atrevidamente,
 los ligeros adornos
 con que cubierta su beldad llevaba,
 sus puros y bellísimos contornos
 descubría a traición cuando pasaba.
 Y el hombro torneado,
 y el trasparente cuello,
 y el pecho entre los rizos mal velado
 de su rubio cabello.

por la espalda y los hombros destrenzado,
 y sus menudos pies mal escondidos
 entre los pliegues de la suelta falda,
 deshechos a los soplos atrevidos
 del aura licenciosa,
 todo sin gran pesar lo descubría
 la vista cuidadosa
 de un viejo peregrino que subía
 por la empinada cuesta trabajosa.

Y aunque avanzaba el viejo
 cada vez con más prisa y más recato,
 la niña sin consejo
 no curaba, abismada en su amargura,
 los hechizos velar de su hermosura.
 Y así mientras el viejo peregrino
 por la cuesta subía,
 con cada pie menguando su camino,
 la hermosa niña sin temor yacía
 a sus solas llorando su destino.

Llegó por fin donde el arroyo manso
 para rodar mejor por la cascada

parándose tenaz labró un remanso,
 y con voz cariñosa
 y sonrisa halagüeña,
 dijo a la niña: «¿Qué haces, Blanca hermosa,
 tan sola en esa peña?»

Y en sí volviendo con su voz la niña,
 los ojos en redor tendió asombrados

Y «¿Quién me nombra?» preguntó risueña.
 —¿Quién sino yo, la replicó el viajero,
 que de tu mal dolido
 librate dél o consolarte quiero?

—¡Ay señor! dijo Blanca suspirando,
 que completo mi mal no habéis sabido
 cuando me estáis remedios augurando.

—¿Quién sabe, ¡pobre niña! si mi ciencia
 podrá alcanzar para tu mal remedio?

—¿Tan sabio sois?

—Tan sabio,
 que tal vez si me cuentas por tu labio
 todo el mal que padeces,
 creo tener para curarle medio.»

Quedó Blanca mirando al peregrino,
 tal promesa y palabras escuchando,
 y a su lado sentándose el buen hombre,
 desta manera a Blanca siguió hablando:
 «¿No es tu padre un hidalgo poderoso
 señor de ese castillo?»

Di ¿no es también tu madre
 esa hermosura de quien es esposo?

—¡Ay! ni él parece a la verdad mi padre,
 ni ella fué nunca sino monstruo odioso
 que me robó mi paz y mi ventura,
 envidiosa tal vez de mi hermosura.

—¿Conque es tan bella y tan...
 —No hablemos de ella.
 Que sólo con oír su nombre infandó
 se me estremece el corazón temblando,

y por ella no ceso
de vivir suspirando.
—¿Tan dañina ha de ser quien es tan bella?
—Creedme que lo es: por ella solo,
yo que nací contenta y virtuosa,
yo que siempre viví tranquilamente,
¡ay! de oveja inocente
me he trocado en serpiente venenosa.
Porque nací señora
y ella esclava me ha hecho,
menos que esclava, sí, que a cada hora
con el puñal agudo
de una injuria mortal me hiere el pecho.
Ella me hizo a mi padre aborrecida,
y así ¡ay de mí!, cuando a mi padre
[acudo,
él maldice colérico mi vida.
Porque todo su amor, por ella hurtado,
ella sola lo tiene, y avarienta
del cariño y del oro
que mi mísero padre la ha mostrado,
las tristes horas de mi vida cuenta,
de su amor heredera y su tesoro.
Y así paso la vida
viéndome a todas horas despreciada,
sin duelo castigada
mi belleza, si existe, y maldecida.
Y dan por hijas de una mente loca
las sentidas razones de mi boca,
llamándome, si mísera me quejo,
atrevida mozueta sin consejo.
Y los viles vasallos que me miran
tan sola y sin amparo,
no hallan en injuriarme algún reparo,
y olvidando el respeto que me deben
todos a la hija del señor se atreven.
Y yo ¡triste de mí! sin más consuelo
que llorar a mis solas con mi duelo,
de los míos mofada y los extraños,

sin esperar favor de tierra y cielo
huir contemplo mis floridos años;
y a solas me consumo,
y en lágrimas mi vida se deshace
cual flor que el rayo desvanece en humo.

Y así diciendo la apenada Blanca,
con iracunda mano
los bellos rizos de su frente arranca,
y ofende su semblante soberano,
maldiciendo a la faz del peregrino
la injusticia fatal de su destino.
Hasta que él, sujetándola los brazos
y teniéndola en nudo cariñoso
asida dulcemente,
con amorosa voz y acento amigo
la dijo así, teniéndola consigo:
«Serena ¡hermosa mía!
serena sí, tus ojos de paloma,
que ya feliz de tu ventura el día
por el oriente purpurino asoma.
Escucha ¡Blanca bella!
la voz enamorada
de tu libertador, y oírás en ella
tu alma acongojada
consoladora música encantada.

Yo nací ¡oh Blanca! en tierras muy re-
[motas
rico y feliz, pero la suerte avara
dicha muy breve me vendió muy cara.
Todas al fin mis esperanzas rotas,
juguete de la suerte me hallé un día,
y en brazos me lancé de la fortuna
de ella y de mí sin esperar ninguna.
Largo tiempo a través de las fatigas
erré cruzando el arenal del mundo,
ya por campo feraz rico de espigas,
ya por campo erial lleno de espinos,
ya por montaña estéril,

ya por valle fecundo
 surcado por arroyos cristalinos,
 del invierno arrostrando los furioses
 y expuesto del verano a los ardores.
 Pasé al fin por tu patria ¡Blanca hermosa!
 y al punto en que te vi, ciego y sin tino
 corriendo tras tu huella luminosa,
 perdí mi pensamiento y mi camino.
 Lancéme tras de ti, seguí tus pasos,
 atravesé la Francia
 y llegué de Borgoña a la frontera
 siempre en pos de tu rápida litera.
 Ahora responde ¡oh Blanca! Yo soy dueño
 de un país rico y fértil y lejano;
 esto que ves en mí todo es un sueño;
 este viejo disfraz con que me embozo
 encubre como ves un noble mozo;
 si me quieres seguir, esta es mi mano.

Y así hablando el fingido peregrino,
 el bizarro semblante
 de su postiza barba separaba,
 y su semblante juvenil mostraba
 de valor nobilísimo radiante,
 y la niña infeliz le contemplaba
 cual bella aparición que ante la vista
 el viento cruza y en el viento posa,
 y va sobre una ráfaga imprevista
 iluminando el aura vagarosa.

Con sonrisa pueril, con mano incierta,
 la creída visión contempla y toca,
 y a concebir no acierta
 una idea su mente, un ¡ay! su boca.
 Que la triste, al pesar acostumbrada,
 inaccesible al bien escucha y mira,
 y a la voz del placer embelesada
 tal vez por no ahuyentarle no respira.

Mas mientras ella goza
 con la idea del bien que aún no comprende

y el pensamiento con los ojos tiende
 por el azul espacio cristalino,
 siguió de esta manera el peregrino:
 «Blanca pura y hermosa!
 Yo te puedo tornar rica y dichosa:
 yo puedo sustraerte,
 llevándote conmigo,
 de una existencia triste y trabajosa,
 que acaso ¡ay Dios! te llevará a la muerte.
 Pero tu honra es primero,
 y pues nací con honra y caballero,
 obtendré de tu padre la licencia,
 o forzaré su gusto
 si a nuestro bien opone resistencia.
 —¡Ay! ¡si de él esperáis consentimiento,
 jamás le otorgará!

—Con tiempo y maña
 todo es fácil. Yo tengo un pensamiento
 que, ayudándome tú, ¡querida mía!
 o neciamente el corazón me engaña,
 o de tu libertad despunta el día.
 Escucha, Blanca, bien: en el sosiego
 de una tarde serena,
 cuando tu gente salga
 por la floresta amena,
 al compás de un laúd el peregrino
 cantará dulcemente
 los himnos del monarca penitente.
 Y la música ¡oh Blanca!
 es talismán que lo imposible vence
 y del alma más terca y más bravia
 el pensamiento más feroz arranca.
 Por una sola noche
 demandaré un albergue en el castillo,
 y sin que nadie a sospecharlo alcance,
 en el silencio de la noche umbría
 a solas con tu padre razonando
 lograré que consienta; y más llegando!

a saber con mi nombre
la razón de dejar la patria mía.

Y aquí corta el cronista
de quien copio esta historia,
el hilo de su cuento, y no hallo justo
poner yo lo demás de mi memoria.
Sólo nos dice al cabo de dos hojas
de inútil razonar, que ambos amantes
de una acacia a los pies se despedían,
jurándose por vida ser constantes
al amor que los dos se prometían.
Lo que el viejo hablaría no se sabe,
mas creo que sería bueno y mucho,
pues era en tales lancees harto ducho
el tal romero, y el negocio grave.

Ello es, caro lector, que anochecía,
y apartados al fin, con paso lento
cada cual a su albergue se volvía,
él al lugar a meditar su intento,
y ella a sus torres a esperar el día.

CAPÍTULO IV

EN DONDE VERÁ EL LECTOR, SI TIENE
PACIENCIA, EL FIN DE LA COMENZADA
HISTORIA

Era una noche del abril serena,
la luna en el zenit resplandecía
y el aura erraba de perfumes llena
que en las tempranas flores recogía.
De esas noches azules, deliciosas,
que sólo ideas de placer producen,
y que sólo para almas venturosas,
para escenas de amor voluptuosas
con fugitivos resplandores lucen.
Todo yacía en lánguido reposo

en torno del castillo solitario,
circundado de ambiente vaporoso
cuyo velo entoldaba misterioso
la lejana extensión del campo vario.
Todo en tranquila soledad yacía,
y sólo alguna vez, lánguido y lento,
partido en frases sin compás se oía
un pausado cantar que se perdía
por la tranquila cavidad del viento.
Y esta es la única voz que en muchos años
el nocturno silencio ha interrumpido
de este castillo triste abandonado,
y esta es la única voz que han repetido
de sus bóvedas hondas por los huecos
los recónditos ecos que se oyeron
ya a los acentos del placer extraños.

Las aves que se anidan
en sus rotas almenas
el insólito canto oyen medrosas,
los pardos ojos asomando apenas
por las grietas añosas;
y con el son extraño desveladas,
sus ecos por el aire desparcidos
alguna vez apoyan asustadas
con graves y monótonos graznidos.

Y el castellano en tanto
señor de aquella antigua fortaleza,
paga de un viejo trovador el canto,
haciendo ostentación de su grandeza.
Y le paga el cantor el hospedaje
dejando a un lado su bordón bendito
para cantar la historia de su viaje
mientras el huésped sacia su apetito.
En medio de un salón entapizado,
sobre mesa anchurosa y alta
y delante de una ancha chimenea,
magro tasajo humea,

y de las llamas al amor sentado
enfrente de la hermosa castellana,
el barón se harta del castillo dueño;
y da al placer el tiempo que es del sueño,
la voluntad torciendo soberana
con que Dios hizo al mundo,
cuando animado el caos do yacía
la negra noche separó del día.

A sus pies y en un pico de la alfombra,
de la llama a la sombra,
entonaba su cántico divino
un sonoro laúd pulsando diestro
el mismo misterioso peregrino,
que de figura y caracteres muda
de Blanca por amor, y que sin duda
en música y amor es gran maestro.
Las viandas gustaba
Blanca en silencio mientras él cantaba,
y si su padre el cántico aplaudía,
con recelosos ojos le miraba,
y en silencio seguía:
mas si el barón la copa le alargaba
el peregrino sin temor bebía;
y el barón al compás de las canciones—
doblaba sin pensar las libaciones.
Hasta que ya exaltada la cabeza
y alegre el corazón con el Borgoña
que a dejarse sentir acaso empieza,
perdió su gravedad mal simulada
rompiendo en poderosa carcajada;
y necia ostentación echando fuera,
interrumpió al cantor de esta manera:
«Dejad los salmos, que en verdad, buen
[hombre,
aunque santos son poco divertidos
para halagar con ellos
de un hidalgo que cena los oídos.
Decid, ¿cómo os llamáis?»—No tengo nombre.

—¿Qué ¿no os han bautizado?
—El nombre que me dieron
en la pila, señor, se me ha olvidado.
—¿También el suyo vuestra gente ignora?
—No hay de mi gente ahora
ni un individuo, todos perecieron
a manos de una peste asoladora.
—Mas con nombre o apodo
os han de distinguir de cualquier modo.
—Llámanme, gran señor, Juan del Desierto;
—Y es un nombre magnífico por cierto.
—Y otro no he de llevar, ¡por vida mía!
Hasta que un voto que ofrecí, cumpliendo,
con el nombre y la faz que antes tenía,
pueda a mi patria con honor volviendo
salir ufano ante la luz del día.
—¿Y cuál es vuestra patria?
—El desierto, señor. ¿Pues no os lo dije?
—¡Por Dios, que sois bizarro!
No alcanzo en el desierto qué os aflige.
Volváis o no volváis, en él ninguno
habrá que os eche en cara la abominable
mancha o desdoro a vuestro honor alguno
desde vuestro bautismo.
—Negocios son de casa y de familia
que se han de consultar consigo mismo.
—Tenéis razón, buen hombre,
porque así como así por un negocio
de familia también, no uso mi nombre.
—Gózome, pues, de haceros compañía
pareciéndome a vos, mas con permiso,
¿cuándo le cobrará su señoría?
—Por ser con vos galán, al mismo tiempo
que vos le recobréis.
—De esa manera
vuestro nombre postizo echad afuera,
que yo lo haré mañana antes del día.
—¡Que me place! brindad con ese vaso
para cantar mejor.

—En ese caso decid a quién el brindis se destina, o dadme vuestro nombre, será a ellos. —Brindad, pues, a Lotario y Argentina. —Lo merecen ¡pardiez! que son muy

[bellos.]
—

Y levantando las copas a la par ambos a dos al mismo tiempo brindaron todo apurando el licor.

Volver al canto en seguida el peregrino intentó, mas se trababa su lengua sin dar con otra canción.

Hasta que al dar a una estrofa un tono desgarrador, los párpados poco a poco sin concluir la cerró:

el cuerpo desfallecido tendiendo al dulce calor, y en sueños tal vez luchando con su enronquecida voz, a quien ahoga la estrecha difícil respiración.

Esto que vió del castillo el soñoliento señor, do entiende, dijo mirándole, «¡sigámosle voto a Dios!» Y asiéndose de su esposa para tenerse mejor,

«¡alímbrame!» dijo a Blanca, y en su cámara se entró. Quedó la estancia en silencio sin oírse al derredor

más que el chispear de los tizos y de las llamas el son. Mas apenas en la puerta

Blanca otra vez pareció, cuando el peregrino alzándose con rápida precaución, asiéndola de las manos hablóla en este tenor: «Blanca, esta noche conmigo otro peregrino entró, búscale y a este aposento tráemele al punto.

—Señor, ¡qué intentáis!

—Que no haya obstáculos en tu padre a nuestro amor.

Yo sé que tengo palabras con que ponerle en razón, y es un secreto que importa consultarle entre los dos:

—Pero...

—¿Me amas...? ¿Quieres necia a tu vida de dolor, a tus antiguos pesares volver para siempre?

—¡Ah! no. —Pues obedécele y calla, que te juro por mi honor que has de ser esposa mía tras esta conversación.

Y hablando así el peregrino blandamente la empujó y a la puerta la condujo cerrándola de ella en pos.

De este negro castillo abandonado en cómodo y recóndito aposento, triste y opacamente iluminado con la luz amarilla de escasa y embozada lamparilla, vino a esconder su amor la que antes fué condesa de Castilla.

¿Qué importa que su esposo
 lllore en su yermo y despreciado lecho
 la herida que ella le dejó en el pecho,
 si ella ríe su impúdica torpeza
 en brazos del amante licencioso,
 que goza en paz de su fatal belleza?
 ¿Qué importa, sí, que lloré y desespere,
 como ella con su amante nunca espere
 que sepa el infeliz su oculto asilo,
 para que nunca pueda
 ir a turbar su porvenir tranquilo?
 Mas ¡ay! que mal discurre quien mal obra;
 y al fin burlada su esperanza queda
 cuando tal vez la precaución le sobra.
 Ignoraba tal vez el mundo entero
 de la esposa perdida la morada;
 del pérfido galán el paradero,
 y Castilla indignada
 y la misma Tolosa avergonzada,
 las huellas les seguían,
 y topar con su rastro no podían:
 y Argentina y Lotario
 reposaban en blando y dulce sueño
 dentro de su castillo solitario,
 y ella apenas dormida
 del fuerte cuello de su amante asida,
 y a medias descubierta,
 leve sonrisa sobre el fresco labio,
 y en él palabra produciendo incierta
 de amante pensamiento concebido,
 con el cabello en rizos destrenzado
 y en la almohada tendido,
 y el pecho contornado levemente,
 tras el lino sutil y transparente,
 estaba ¡vive Dios! cual nunca hermosa,
 como nunca a la mente de algún niño
 la casta imagen del primer cariño
 en sueños se ofreció resplandeciente.
 Él reclinado entre sus brazos bellos

y tal vez harto de placer, dormía
 en su mullido cabezal hallando en ellos.
 Pero sonó a deshora
 confuso son de pasos por la estancia,
 y faltando la luz consoladora
 menguaba de los pasos la distancia,
 y una persona que llegaba a oscuras
 con pie callado y precaución traidora,
 del lecho asió las anchas colgaduras.
 «¿Quién va?», dijo Lotario despertando,
 mas no oyendo respuesta
 iba a saltar del lecho,
 cuando su golpe por su voz guiando,
 un agudo puñal llegó a su pecho,
 ante sus ojos vengador brillando.
 Lanzóse al punto la infeliz belleza
 un socorro a implorar desatinada,
 y en brazos del incógnito cayendo
 «¡amparadme!» gritó desalentada.
 Mas en la sombra sujetarse viendo
 transida de terror y maravilla,
 «¿quién está aquí?» pregunta vacilando,
 otra voz a la suya contestando:
 «¿Quién ha de ser? El conde de Castilla.»
 Cayó de hinojos Argentina al suelo
 con dolorosa voz y amargo duelo,
 piedad clamando al conde;
 pero él con ronca voz, «en vano esperas»,
 en la sombra responde,
 «que resolví tan bien tu desventura
 que, por no vacilar con tu hermosura,
 maté la luz porque a mis pies murieras.»
 Y animando su ofensa a su venganza
 se dispuso a cumplirla,
 de la infeliz mujer sin esperanza
 buscando el corazón antes de herirla.
 Siguióse un ¡ay! que se apagó en el
 [viento,
 y un momento después del golpe duro,

en su recinto oscuro
sólo guardaba sangre el aposento.

—
Cuando entró Blanca otra vez
de la cena en el salón,
tranquilamente sentado
al peregrino encontró,
que la barba sobre el puño
y el codo sobre el sillón,
una canción castellana
entonaba a media voz.
Tendió tras Blanca al sentirla
el ojo escudriñador:

—y viendo a su compañero
con ella entrar, sonrió.
Y a él dirigiéndose al punto
con siniestra precaución,
«¿cumplistes?» dijo, y el otro
«todo está ya—contestó.

A cuya respuesta, asiendo
de su capa y su bordón,
con voz reposada a Blanca
de aquesta manera habló:
«Blanca mía, todo lo hice
a medida de mi honor;
ya no te queda en la tierra
otro apoyo más que yo;
ya no se opondrá tu padre,
dueño mío, a nuestro amor.
Ya somos entrambos libres,
vamos pues donde otro sol
con más benéficos rayos
alumbre para los dos,
—¿Conque mi padre?...

—No puede
ya oponerse.

—Los pies voy
a besarle.

—Tente, Blanca, roquemi
que es con una condición,
—¿Cuál?

—Que se esparza entre el vulgo
con preparado rumor
que él no consiente, y que huyes
vencida a mi seducción.
Sígueme, pues, Blanca mía,
que te juro por mi honor
que si tus padres te vieran
mudarían de intención.

—¡Ay! yo no sé, peregrino,
qué encanto hay en vuestra voz
que a un mismo tiempo me halaga
y me hiere el corazón.

—Partamos, Blanca.
—Llevadme

donde gustáreis, señor;
vos sois quien solo en la tierra
cariño tal me mostró,
y no creyera en el cielo
a poder dudar en vos.

Y siguiendo el ciego impulso
de su puro corazón,
del bravo conde en los brazos
Blanca llorando cayó.
Tomóla en ellos el conde,
y en el más leve rumor
de sus pisadas poniendo
exquisita previsión,
del castillo atravesaron
uno y otro corredor,
unos y otros aposentos,
y uno y otro caracol.
Y así despacio llegando
a la muralla exterior,
el puente echaron, saliendo
de tan lóbrega mansión.
Cruzaron el parque aislado,

bordearon en derredor,
 un montecillo de abetos,
 y hallando tras un peñón
 dos caballos que sin duda
 el peregrino apostó,
 montaron a toda prisa,
 y al repentino aguijón
 de la espuela se lanzaron
 en un escape veloz.
 De ellos en breves instantes
 solamente se alcanzó
 la sombra, que de la atmósfera
 se atenuaba entre el vapor;
 y un punto negro por último
 al lejos se oscureció,
 quedando otra vez en calma
 la solitaria extensión.

Y cuando al día siguiente,
 ya casi al ponerse el sol,
 la gente que en el castillo
 quedaba se despertó,
 vió asombrada que su sueño
 tan tenaz fué en conclusión
 obra del fatal narcótico
 que el peregrino los dió.
 En vano desatentados
 por uno y otro salón
 en busca de ambos corrierón
 con iracundo furor;
 y al aposento llegaron
 de Argentina y del barón,
 sólo hallaron sus cadáveres,
 cuya vista daba horror.

CONCLUSIÓN

A pocas noches en Burgos
 luminarias se encendían,

dulces músicas se oían
 y alegres danzas doquier;
 y a las puertas del palacio
 la multitud agolpada,
 pedía desaforada
 la nueva condesa ver.

En tanto tras de los vidrios
 de sus calados balcones,
 de los suntuosos salones
 irradiando el resplandor,
 en cuadros de luz brillante
 en la plaza se pintaban,
 y mil sombras los cruzaban
 en tropel encantador.

Y esto que veía la turba
 el gozo ajeno envidiando,
 desde la plaza gritando
 seguía con doble afán,
 cubriendo a veces el ruido
 de sus múltiples acentos
 el son de los instrumentos,
 que dentro sonando están.

Se abrió por fin a sus voces
 un balcón en el palacio,
 colocáronse en su espacio
 dos personas a la vez,
 y conociendo a sus cosas,
 rompió a una voz de repente
 en un aplauso la gente
 espontáneo y sin doblez.

«¡Viva el conde de Castilla!»
 gritaba la muchedumbre,
 y allá del aire en la cumbre
 se oía el ¡viva! sonar.
 «¡Viva la condesa Blanca!»

gritando el pueblo seguía,
y allá en el viento se oía
¡Blanca! ¡viva! retumbar.

Y al son del aplauso ronco,
en el balcón recostado
así en tono sosegado
el conde a su esposa habló:
«Blanca, a la infame Argentina
»del mismo modo aplaudieron,
»y al cabo la maldijeron
»y al cabo la maté yo.

«Pues tan de lejos te traje
»para sentarte en su silla,
»haz que se olvide en Castilla
»quien la ocupó antes que tú:
»que de otro modo, condesa,
»de mi trono hereditario
»no serás más que un sudario
»el pabellón de tisú.»

Dió el conde un ósculo amante
en la mejilla a su esposa,
y los ojos ruborosa
la bella Blanca bajó;
aplaudió la turba al punto
tan cortés galantería,
y al son de su vocería
el conde el balcón cerró.

Siguió el placer con la fiesta
prolongado hasta la aurora;
y de Castilla señora
quedó Blanca desde allí.
Y de la torpe Argentina
borrada al fin la memoria,
se guareció de la HISTORIA
de donde a sacarla fuí.

Lector, si has visto con gusto
cómo mis lindas francesas
vinieron a ser condesas,
por un bizarro español,
léelas, cómpralas y apláudelas,
y los cielos son testigos
de que quedamos amigos
para mientras dure el sol.

LEYENDA TERCERA

MARGARITA LA TORNERA 31

TRADICIÓN

INVOCACIÓN

¡Espíritu sublime y misterioso
que del aire en los senos escondido
templas su voz, prestándole armonioso
eco gigante o soñoliento ruido;
arcángel cuyo canto melódioso
el orbe arrulla ante tus pies tendido,
inspira tú palabras a mi acento
gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?
Tú, cuya voz dulcísima murmura
en la quietud de la floresta umbría,
y del bosque salvaje en la espesura,
y en los rugidos de la mar bravía,
y en los murmullos de la sombra oscura,
y cuanto tiene inspiración o acento
tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiración me diera
y la armonía celestial y santa,
y la robusta entonación severa
de que carece mi mortal garganta?

Cruzar las lindes de tu azul esfera,
 medir audaz la inmensidad que espanta,
 no osara, no, mi pensamiento vano
 sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,
 María, de los mundos soberana,
 madre sin mancha, compasiva y bella,
 a quien adoro en ilusión lejana,
 cual faro santo que en mi fe destella,
 mi voz perdona, si mi voz profana
 osa hablar de tu amor y tu hermosura
 con lengua pobre, terrenal e impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,
 la gloria manchan de tu faz divina;
 indignos ¡oh celeste emperadora!
 son de mirar tu sombra peregrina;
 no merece mi lengua pecadora
 ser alfombra a tu planta cristalina,
 mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,
 que alee un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que lloráis! Oíd mi canto
 los que creéis en la virtud y el cielo:
 venid, almas transidas de quebranto,
 venid a oírme y hallaréis consuelo,
 veréis lucir tras la tormenta oscura
 un rayo de esperanza y de ventura.

I

EL PADRE Y EL HIJO

Dicen que en una ocasión
 (el año no hace a la esencia
 del hecho) había en Palencia
 un tal don Juan de Alarcón.

No era de Palencia el tal,

mas su padre residía
 allí, porque allí tenía
 crecidísimo caudal.

Gil era el nombre del padre,
 viudo desde Juan vivió,
 pues el muchacho nació
 dando la muerte a su madre.

Adoraba el buen don Gil
 en su hijo, y era don Juan
 el mancebo más galán,
 más generoso y gentil

que en Palencia se encontraba;
 siempre de amigos cercado,
 siempre de ellos festejado
 puesto que él siempre pagaba.
 Ello es cierto que por más
 que el padre le amonestó,
 un libro jamás abrió
 ni oyó un maestro jamás.

Pero en cambio era el mejor
 que había en todo Palencia
 para armar una pendencia
 o enmarañar un amor.

Arrinconaba a un maestro
 tirando la espada negra,
 y dicen que fué a Consuegra
 a desafiar a un diestro,
 y sacándole a reñir
 matóle y tomó su dama,
 con lo cual creció su fama
 lo imposible de decir.

Iba, pues, todos los días
 en auge, con sus extrañas
 y turbulentas hazañas
 hechas en las cercanías.

Pues, aunque áspero de genio
 e indolente, el tal don Juan
 era mozo muy galán
 y de ventajado ingenio.

Cada noche andaba en vela
por una nueva beldad,
y daba gozo en verdad
verle tocar la vihuela.

Cantaba que era delicia,
y sabía centenares
de endechas y de cantares
que rebosaban malicia.

Y tan joven, tan apuesto,
tan bello y con fama tal,
dueño de tan buen caudal
y a cualquier lance dispuesto,

era en todos los partidos
entre rondas y querellas
el cucú de las doncellas
y el coco de los maridos.

Que no hay una cuya reja
a su reclamo no se abra,
ni le esquite una palabra
dicha de paso a la oreja.

No hay casado cuyo sueño
su voz no turbe ó asombre,
ni marido que a su nombre
no frunza un tantico el ceño.

Y el buen don Gil, que sabía
las proezas de su hijo,
le amonestaba prolijo
cada noche y cada día.

Mas él seguía sin tino
dando brida a sus locuras
y diciendo: «que aventuras
buscar, era su destino».

Envióle a Valladolid,
mas fué en la Universidad
de rebeldes capataz
y de zambras adalid.

Él fué, haciendo mil papeles
en rondas y francachelas,

el alma de las vihuelas
y el terror de los bedeles.

Y causador de las bullas
y arrestos estudiantiles,
azotó a los alguaciles
y acuchilló las patrullas.

Quiso usar de rigor
con él, y sentó tan mal,
que un día en la catedral
se agarró con un doctor.

Tomaron otros la injuria
tan a pechos, que cerraron
sus cátedras, y aun hablaron
de don Juan con harta furia;

mas sus palabras contadas
ante él, en un claustro pleno
presentóse, y lo hizo bueno
con muchos a bofetadas.

Un canónigo muy viejo,
pariente suyo, le dió
quejas, a que él respondió
con insolente despejo:

«Que tenía el alma seca
de hablar de legislación
y que sentía intención
de quemar la biblioteca.»

En fin, no hallando más medio
de estar en seguridad,
mandaron que la ciudad
despejara sin remedio.

Él decidió resistir
la orden cuanto pudiera,
pero tan precisa era,
que al fin fué fuerza partir.

Salió, sí, de la ciudad,
pero a caballo y de día
con tal pompa y osadía
que fué escándalo en verdad.

Volvióse a Palencia, pues,

y en su caballo mejor. Las ovas la y
entró cual conquistador. Como a las tres.
la misma tarde a las tres.

Recibióle el buen don Gil
irritado y con razón;
pidióle el mozo perdón,
culpó su ardor juvenil,
pintóse muy ultrajado
por la estudantil canalla,
e hizo justa la batalla
a que le habían provocado.

Forjó un enredo chistoso
con el rector y una moza
que vino de Zaragoza
con oficio no piadoso;
y contó tan peregrinos
lances de entrambos, que el viejo
tuvo por mejor consejo
refrle sus desatinos.

Y como era de pensar
tras tan exótica risa,
diéronse ambos buena prisa
lo pasado en olvidar.

Tornóle el padre a su brazos
y perdonó en conclusión,
que al cabo los hijos son
de las entrañas pedazos.

Tornó a ser, pues, lo que era:
y quedaron finalmente
el padre tan indulgente
y el hijo tan calavera.

Viven el padre y el hijo
frente por frente a unas monjas
que un esquilón les repican
dos veces en cada hora.
Don Gil, que es hombre devoto
y acosado de la gota,

de tal vecindad se alegra,
mas de ella don Juan se enoja;
Dice el padre: «Aquí tenemos
misa, jubileo y honras,
pláticas y ejemplos santos,
que al cabo jamás estorban.»
Dice el hijo: «¡Qué demonio!
es una calle tan sola...
no hay en toda ella una reja
útil a cita ni a ronda.»

Dice el padre: «Esas benditas
están ganando la gloria
y encomendando al Eterno
sus vecinos... ¡Él las oiga!»
Dice el hijo: «Esas mujeres
se están como unas marmotas
toda su vida encerradas,
¡vaya una aprensión diabólica!»

Dice el padre: «El capellán,
que es doctísima persona,
me tiene continuamente
con conversaciones sabrosas.»

Dice el hijo: «Si a lo menos
hubiera una buena moza
a quien decir cuatro flores...
Serán unos cocos todas.»

Y el padre: «Nada me falta
para una vejez dichosa,
la iglesia y la plaza cerca,
casa y rentas que me sobran.»

Y dice el hijo: «Por último,
haremos una intentona
al ver si las enjauladas
son lechuzas o palomas.»

Y así el padre y así el hijo
distintos proyectos forman,
aquel con sus devociones
y estotro con sus devotas.

Don Gil reza y oye misas

tres o cuatro, una tras otra, la
y don Juan acecha atento
la morada misteriosa.
Va de continuo a la iglesia
y al pie del coro se apostea,
troneras y celosías
de día y de noche ronda.
Mas ni ve ni alcanza nada,
pues entre verjas y tocas
todas son blancas visiones
que a lo lejos se evaporan.
Si llama al torno: — ¡Deo gratias!
responde dentro gangosa
una voz que huele a vieja
y suena a campana rota.
Él pide agua de aljibe,
y escapularios y tortas
por echar una puntada
sobre si hay muchas o pocas.
Madres, ancianas o jóvenes,
y por más que a la rectora
alaba, y a las novicias,
y a la que el órgano toca,
y a las que cantan en coro,
y a la salmista que entona,
y hasta a la vieja beata
que afuera pide limosna,
Y es inútil su destreza,
nada adelanta ni logra:
siempre a sacar viene en limpio
noticias que no le importan:
Y la novena de Santa Ana,
el sermón del Padre Acosta,
la nueva casulla verde,
la falda de Santa Rosa,
que es viejo y que tiene gota,
pero que al hijo concluyen
por remontarle la cólera,

y al cabo sale diciendo:
*¡Bruja condenada y chocha,
que nunca responde acorde
ni dice cosa con cosas!*
Desistió, pues, del empeño,
mas fué temporada corta,
merced a un nuevo incidente
que al cabo picó en historia.
Llévle su padre a misa
un día casi a la aurora:
ya había en la iglesia gente,
aunque soñolienta y poca.
Oraba el padre de hinojos
en un pico de la alfombra
que disimulaba en parte
la humedad de las baldosas,
y él recostado en las verjas
del coro, en dulces memorias
dejaba vagar perdida
al ánima irreligiosa.
Ya sonreía afectado
por ideas seductoras,
ya el entrecejo fruncía
por negros recuerdos de otras:
y tan absorto se hallaba
con sus visiones gloriosas,
que ya alzaba el sacerdote
la sacratísima forma
y él, sin bajarse a adorarla,
en su quietud silenciosa
continuaba con escándalo
del pueblo que cree y adora.
Y a la verdad que no era
culpa enteramente propia,
pues parte habría del diablo
la malicia tentadora.
Ello es que él a sus espaldas
sintió señal cautelosa
que le arrancó de sus vanas

visiones encantadoras,
 y una voz que le decía
 limpia, argentina y sonora:
*«De rodillas, caballero,
 que están alzando la hostia.»*
 Y él advertido y curioso,
 de hinojos cayó en las losas,
 pero volviendo la cara
 al maestro de ceremonias.
 Era el tal una monjita,
 que al notar la codiciosa
 mirada del mozo en ella,
 de rubor se puso roja,
 bajó los ojos al suelo,
 sobre el pecho vergonzosa
 dobló la cerviz, y humilde
 tocó la tierra y besóla.

Mas encontrando al alzarse
 la mirada abrasadora
 del mozo clavada en ella,
 levantóse presurosa.
 Don Juan, advirtiendo astuto
 que se iba y que estaba sola,
 asíó la ocasión propicia,
 y a desvanecerse pronta.
 —¡Chist!, la dijo, con la mano
 llamándola. Hermana, oiga
 una palabra.

LA MONJA

¿Qué quiere?

DON JUAN

¿Sois tal vez la superiora?

LA MONJA

¡Yo, señor! Soy la tornera.

DON JUAN

¡La tornera! Sois muy docta
 para oficio tan servil
 y diestra remedadora
 de acentos, pues respondéis
¡Deo gratias!..., tan temblorosa,
 que más parece que vuestra,
 la voz de una setentona.

LA MONJA

Ved qué decís, caballero,
 que yo no he sido hasta ahora
 tornera, y lo soy este año
 por muerte de Sor Leoncia.

DON JUAN

¿Murió la pobre?

LA MONJA

Murió.

Mas mirad que se prolonga
 la conversación y...

DON JUAN

Es cierto:

si fuérais vos...

LA MONJA

Servidora

vuestra.

DON JUAN

Callada y prudente...

LA MONJA

Cuando la prudencia importa,
yo soy obediente y...

DON JUAN

¡Buena!
Si no despegáis la boca,
yo os prefiero a la abadesa.

LA MONJA

No hay abadesa, es priora.

DON JUAN

A la priora, es lo mismo,
para hablaros de una cosa,
de un secreto que interesa.

LA MONJA

¡Secreto!

DON JUAN

A la mayor honra
y gloria de Dios, y vuestra.

LA MONJA

¿Mía?

DON JUAN

Pues, y de las monjas.

LA MONJA

Decídmelo.

DON JUAN

Es imposible;
despacio ha de ser y a solas,
y pronto, pues urge mucho.

LA MONJA

¡Ay, Dios!

DON JUAN

¡Eso es!, ya medrosa
vais a publicarlo todo
y vais..., vaya, ¿tenéis hora
en que poder escucharme?
Porque es fuerza que persona
de la casa me segunde
la intención.

LA MONJA

Como no escoja
la de maitines...

DON JUAN

¿De noche?
Mejor es que ninguna otra.
¿Y en dónde os veré?

LA MONJA

En la reja
de esa capilla; me toca
velar esta noche.

DON JUAN

¡Buena!
No faltéis.

LA MONJA

Estaré pronta.

En oyendo la campana...

DON JUAN

Sí, mi casa está muy próxima.

La oigo bien.

LA MONJA

Pues hasta luego.

DON JUAN

Adiós, hermana..., ¡y memorial!

Salió la monja del coro,
don Gil con su pierna coja
salió acabada la misa,
y don Juan, el alma loca
de gozo, atisbó la reja
citada, y buena juzgóla
para el caso, en sí diciendo:

«La niña, ¡eh!, si será tonta?»

II

INSENSATEZ Y MALICIA

La media noche era dada,
y aun tocaban a maitines
los esquilonos agudos
con discordante repique,
cuando don Juan de Alarcón,
dichoso en amor y en lides,
tomaba punto en la calle,
despreciando la molición
de la cama, y sin cuidar

de que en el vulgo le tilden
la ronda, si se descubre
o hay lance que la complique.
Largo y toledano acero
bajo la capa se ciñe,
por si salen a campaña
curiosos o ministriles.
Por lo demás su disfraz
maldito lo que le aflige;
sólo de su traje y cara
en todos lances se sirve,
pues no le importa que nadie
le conozca, ni le mire,
por donde quiera que vaya,
pase, espere, oiga, o platique.
Por consiguiente, don Juan
impertérrito prosigue
esperando que la reja
o se ocupe o se ilumine.
Y está la noche a propósito,
pues pardas nubes impiden
a la encapotada luna
que en toda su fuerza brille;
de modo, que siendo a un tiempo
clara y nublada, despide
luz para quien luz desea,
sombra para quien la pide.
Todo en Palencia reposa
que es ciudad pobre, aunque insigne,
y alberga de labradores
gran parte y de gente humilde,
y es fuerza que, pues madrugan,
largas horas no vigilen.
Ni pasos, pues, ni rumores
de vivientes se perciben;
óyese sólo del aire
el son prolongado y triste,
y el ladrido de los perros
que ecos lejanos repiten.

Suena a lo lejos el órgano, esp ab
 y vienen a confundirse is abnor al
 con sus cláusulas, del viento o hay o
 las ráfagas invisibles, tolos y ogia
 que de las torres perdidas al abo
 en los calados sutiles a abn
 murmuran, silban o zumban,
 chillan, retumban o gimen.
 Horas medrosas son éstas
 en que la mente concibe
 larga turba de fantasmas
 que estorban aunque no existen.
 Horas que para sus juntas
 los espíritus eligen,
 y el vulgo para sus cuentos
 de apariciones y crímenes.

Mas sin acordarse de ellas,
 con ánimo osado y firme,
 aunque de aguardar cansado,
 y casi tentado a irse,
 de arriba abajo don Juan
 la calle embozado mide
 a la sombra de las tapias,
 y al compás de los maitines.
 Y ya en el centro del claustro
 cesado habían de oírse
 tiempo hacía, y ya el mancebo
 renegaba de la estirpe
 de la tornera, y de todas
 las monjas que a coro asisten
 en el mundo, cuando a espacio
 siente la ventana abrirse,
 y en la oscuridad confusa
 haciendo vista de lince,
 un vago contorno blanco
 tras de los hierros percibe.

DON JUAN

Hermana, ¡gracias a Dios!

Más de una hora me tuvisteis
 de plantón. ¡Dios os lo premie!

LA MONJA

¿Tardé mucho?

DON JUAN

(Vaya un chiste.)

No hay para que hablar ya de ello,
 puesto que al cabo vinisteis.

LA MONJA

¿Sabe lo que digo, hermano?

DON JUAN

No, Hermana, si no lo dice.

LA MONJA

Dirélo: cuando muchacha
 leí unos libros que escribe
 un tal Quevedo, que tienen
 a fe mía mucho chiste,
 y hay un lance en uno de ellos
 tan bonito... y que a decirle
 verdad se parece tanto
 a esta noche...!

DON JUAN

¿En qué, mi Filis?

LA MONJA

En que hay un mozo en la calle
 que sois vos, y viene a oírle

una mujer, que soy yo, y...
 Pero antes que se me olvide
 mirad, Filis no me llamo,
 sino Margarita.

DON JUAN

¡Miren
 qué nombre tiene tan lindo
 la Hermanal!

LA MONJA

¿Os gusta?

DON JUAN

Indecible
 gozo me da vuestro nombre,
 y admiro que signifiqué
 una cosa tan preciosa
 como quien le usa y recibe.

LA MONJA

¿Gasta lisonjas, hermano?
 Mas soy curiosa, decidme
 ¿y Filis, qué significa?,
 que ha poco me lo dijisteis.

DON JUAN

Esa es una pastorcilla
 muy bonita, de unos quince
 años, con dos ojos negros
 que en luz con el sol compiten,
 y con un cutis más blanco
 que las plumas de los cisnes,
 con un cuerpo más esbelto

que una palma, y más flexible
 que los juncos olorosos
 que en el agua echan raíces,
 y con dos manos más bellas
 que el nácar y los jazmines.

LA MONJA

¿Y dónde está esa muchacha?

DON JUAN

Es una niña invisible
 que en la idea solamente
 de los poetas existe.

LA MONJA

¿Y qué tengo yo que ver
 con Filis?

DON JUAN

¿Nunca os pusisteis
 delante de algún espejo?

MARGARITA

Sí, por cierto.

DON JUAN

Y la visible
 apariencia del cristal
 ¿qué os mostró?

MARGARITA

No es muy difícil
 de decir, era otra yo,
 otra monja.

DON JUAN

¿Mas no visteis
que era una monja muy bella,
aunque estaba un poco triste?

MARGARITA

¡Calla!, es verdad que lo estaba.

DON JUAN

¡Y sin los frescos matices
de un rostro tan joven!

MARGARITA

¡Vaya!

DON JUAN

Y ojerosa; y ¿no os hicisteis
cargo de lo mal que la iban
aquellos mil arrequives,
de tocas y de sayales,
y de mantos, que la impiden
mostrar el cuello de tórtola,
el alto pecho de cisne,
y los tornátiles brazos,
y las madejas sutiles
de los sedosos cabellos
que para nada le sirven?

MARGARITA

Hermano, ¡Jesús mil veces!
¡Jesús, qué cosas me dice
tan peligrosas! Empiece
lo que tenga que advertirme
del secreto.

DON JUAN

(¡Pobrecilla!)

Pues bien, Margarita, oídme,
Si conociérais un hombre,
como allá dentro os lo finge
vuestra mente, osado, joven,
cariñoso, irresistible,
y os dijeran que en el mundo
pasan sucesos horribles,
guerras y persecuciones,
muertes e incendios a miles
cometidos por contrarios
victoriosos e invencibles,
que demuelen las iglesias
y se teme que se avisten
dentro de poco en Palencia
y a todos nos aniquilen;
y ese mancebo os dijera:
ven, es forzado seguirme,
yo sólo puedo salvarte,
¡yo te amo!, ¿osarais seguirle?

MARGARITA

¡Dios mío!

DON JUAN

Si ese os dijera:
yo sé un lugar infalible
donde sin guerras ni duelos
y sin afares se vive,
con compañeros alegres,
entre damas y festines
prolongados en la noche
con funciones y con brindis,
y yo soy dueño absoluto
de esos lugares felices;

y tú, ¡Margarita mía! ¡luz de mis ojos!, tú triste en la soledad consumes tus auroras juveniles, y tus olvidados encantos... ¡Oh, alma mía!, presto sígueme, ven, huyamos, amor mío, huyamos de estos confines donde la muerte te aguarda y la desdicha reside; ¿qué diríais?

MARGARITA

¡Ay, hermano, no sé qué me da!..., decidme, ¿todo eso es cierto?

DON JUAN

Muy cierto; pero secreto imposible de revelar, porque todos quieren que todos peligren al mismo tiempo y sucumban, y a quien lo sabe persiguen con tormentos y castigos; con que, Hermana, por terrible que sea la tentación de hablar, cómo la resiste vea, porque si lo cuenta tal vez su vida peligro!

MARGARITA

¡Ay, Virgen santa!

DON JUAN

Y lá avisó que si a mi razón se rinde,

yo la sacaré del claustro antes que el mal se aproxime;

MARGARITA

¡Ay, sí, sí!

DON JUAN

¿Consiente en ello?

MARGARITA

Sí por cierto.

DON JUAN

¿Y será firme en resolución tamaña?

MARGARITA

Que si seré, ¡Dios me libre morir así entre las manos sangrientas de esos caribes que decís!

DON JUAN

Pensadlo a solas

y entraos, no nos atisben y nos frustren el intento. Adiós, Hermana.

MARGARITA

Él os guíe y os acompañe.

DON JUAN

¡Ea, adiós! Y si estáis pronta a seguirme,

yo os quiero mucho, y con tiempo
salvaros no es muy difícil.

MARGARITA

Adiós.

DON JUAN

Adiós.

Y a la reja
echó los cerrojos triples
la monja, y empezó el mozo
a todo trapo a reírse.

Abrió al fin y entró en su casa
con llavín de que se sirve;
acostóse, y rebujándose
la ropa hasta las narices,
apagó la luz, diciendo:
«Pues señor, bien: muchas hice,
mas ¡vive Dios, que esta última
será tal que me acredite!»

III

TENTACIÓN

Aún no cuenta Margarita
diez y siete primaveras,
y aun virgen a las primeras
impresiones del amor,
nunca la dicha supuso
fuera de su pobre estancia,
tratada desde la infancia
con cauteloso rigor.

Hija de padres, si nobles
desconocidos y avaros,

compró la infeliz muy caros
los gustos de su niñez,
y al cabo tornóse en humo
y en soledad para ella
la vida futura y bella
que se imaginó tal vez.

Siempre encerrada y oculta,
cuando en el mundo vivía,
sólo del mundo veía
la calle tras un cancel:
y no alcanzó, de su casa
fuera del triste recinto,
el mágico laberinto
que se extendía tras él.

Jamás pensó que las flores
que sus jardines eriaran,
los salones perfumaran
preparados al festín;
jamás pensó que las noches
que ella pasaba en su lecho,
tuvieran bajo otro techo,
más delicioso, otro fin.

Que las danzas bulliciosas,
las alegrías serenatas,
las mil quimeras dichosas
de la alegre sociedad,
aún no habían en tumulto
ido a tender en sus sueños
los dos lazos halagüeños
de amor y de vanidad.

¡Amor!, esa fantasía
vaporosa y encantada,
selva escondida, empapada
de armonía y de placer;
santuario de la ventura,

magnífico paraíso
donde ir vagando es preciso
tras un fantástico ser.

Un ser que huye y se engalana
con los colores del viento,
y se nos muestra un momento
en fugitiva ilusión,
y un ser que a pocos contenta
cuando por fin alcanzado,
deja el oropel prestado
y descubre el corazón.

¡Feliz quien halla en su centro
fresco pabellón tranquilo
de reposo, y no da asilo
en él a su *vanidad!*
La vanidad, luz fosfórica
que ilumina los espejos,
y causa con sus reflejos
del alma la ceguedad.

¡Inocente Margarita!
¡Fugitiva mariposa
que de esa luz engañosa
en torno girando vas!
Plega tus alas errantes,
y en tu inocencia dormida,
no pienses en otra vida
que te doraron quizás!

Mas, ¡ay!, que dulces palabras
sonaron en tus oídos
y los deseos dormidos
se revelaron en pos.
¡Ay!, ¿por qué en el mundo vano
a quien le da la inocencia,
no le da la resistencia
para defenderse, Dios?

La vida hermosa se finge,
y aunque en ilusión escasa,
ya en impaciencia se abrasa
de sentir y de gozar.
Y no es temor a los males
que don Juan la profetiza;
es que el placer diviniza,
y le adora a su pesar.

¡Pobre niña! Allá a sus solas,
ciega por un mal consejo,
por vez primera un espejo
eligió para su juez,
y recordó las palabras
de un seductor impudente,
y recordó la inocente
los días de su niñez.

Cuando su madre a deshora
de sus festines volvía,
y entre sueños la veía
sus adornos deponer;
cuando acaso desvelada
al son de los instrumentos,
sentía los aposentos
vecinos estremecer.

Y cuando acaso a escondidas
asomada a una ventana,
veía la turba profana
voluptuosa pasar;
y al brazo de los mancebos,
con el deleite más bellas,
asidas muchas doncellas
sonreír y platicar.

¡Oh!, que seis años monótonos
de soledad y convento
habían su pensamiento

reducido a un punto ruin,
a espacio tan miserable,
a círculo tan mezquino,
que era el claustro su destino
y el altar era su fin.

«Aquí está Dios», la dijeron
y ella dijo: «Yo le adoro.»
«Aquí está el torno y el coro.»
Y pensó: «¡No hay más allá!»
Y sin otras ilusiones
que sus sueños infantiles,
pasaron sus seis abriles
sin conocerlo quizá.

Pobre tórtola enjaulada
dentro la jaula nacida,
¿qué sabe ella si hay más vida
ni más aire en que volar?
Si no vio nunca sus plumas
del sol a los resplandores,
¿qué sabe de los colores
con que se puede ufananar?

Mas, ¡guay, que alcance a los lejos
del día la lumbre pura,
de la selva la frescura,
y el arrullo de su amor!...
¡Su nido será su cárcel,
su potro serán las rejas,
sus arrullos serán quejas,
y su silencio dolor!

Mas es tarde: Margarita
en la noche solitaria
oyó amorosa plegaria
y se despertó su afán.
Su corazón revelóse
con incógnitos afectos,

y odió los santos preceptos
a recordar a don Juan.

Y confundiendo en su mente
sus amagos y alabanzas,
ya en risueñas esperanzas,
ya en inocente pavor,
contemplándose al espejo
con la luz de la bujía,
así pensaba y decía
Margarita en su interior:

«¿Conque hay fiestas y banquetes,
y nocturnos galanteos,
y deliciosos paseos
de esta pared más allá?
¿Conque esta toca de lana
cambiada en perlas y flores
hará mis gracias mayores,
y más hermosa me hará?»

«¿Conque aquellas relaciones
de encantos que yo leía
y que apenas comprendía,
ni comprendo, ciertas son?
¿De aquellas magas fantásticas,
de aquellos bravos guerreros
y gentiles caballeros
la historia, no es ilusión?»

«Y se encuentran y combaten
por bizarras hermosuras
y corren mil aventuras
por agradecerlas mejor;
y ellas viven en palacios,
y vagan por sus jardines,
y celebran con festines
la ventura de su amor.»

«¡Oh!, ¡que ese hombre me lo ha dicho!
«Sí, sí, negros son mis ojos.»

«Y esta toca me da enojos
y me hace fea tal vez!...
«Él me lo dijo, ¡lisonja!
«Mas probemos, me la arranco:
«¡oh, como el armiño blanco
mi pecho!... ¡Blanca mi tez!
«Blancos mis brazos redondos,
mis mutilados cabellos
son de azabache... y en ellos
puesta aunque mal esta flor!...
«Cuán bien me va!... ¡oh, soy hermosa!...
«y encerrada me consumo,
y se pierden como el humo
mis días de más valor.»

Así desnuda al espejo
presentando su hermosura
Margarita, en su locura
deseó la libertad,
y acosada por tan varios
pensamientos tentadores,
los deleites seductores
amó de su vanidad.

Y desde esa triste noche
cabizbaja y distraída,
sintió su fe decaída,
estéril su religión;
y allá muy lejos del claustro
perdido su pensamiento,
para huir no tuvo aliento
la terrible tentación.

Y pasaron muchas noches,
y don Juan siguió viniendo
a la reja, y siguió oyendo
Margarita al seductor,
y con las dulces promesas

del galán adormecida,
suspiró por otra vida
de deleites y de amor.

Que era el mozo muy astuto,
y era muy cándida ella,
y era la monja muy bella,
y el rondador muy audaz;
las noches eran oscuras,
las citas muchas y en calma,
y el amor prende en el alma
con la chispa más fugaz.

¿Y quién explica, aun queriendo,
el efecto poderoso
con que un coloquio amoroso
cambia al fin un corazón?
¿Y quién los medios explica
con que nos sale al encuentro
un amor que enciende dentro
el volcán de una pasión?

¿Qué puede hacer Margarita
si lo ignora, aunque lo siente?
Como víctima inocente
ir, dejarse arrebatar,
hacer dentro de su pecho
sus creencias mil pedazos,
y de don Juan en los brazos
caer, al pie del altar.

Y cayó: que en una noche
por don Juan determinada,
debía la desdichada
con él la fuga emprender.
Y oyósele en la sombra
darse la cita postrera,
y acabar de esta manera
ya cerca de amanecer.

DON JUAN

No hay más medio, Margarita,

MARGARITA

Mañana, pues.

DON JUAN

Tanto monta
un día antes; estad pronta.

MARGARITA

¿Conque a las dos?

DON JUAN

A las dos.

MARGARITA

Por el huerto.

DON JUAN

Estaré a punto.
Traeré una escala pequeña
y al dar las dos me haréis seña.

MARGARITA

Y haré cuanto os plazca a vos.

DON JUAN

Pues, ¡adiós!

MARGARITA

Idos tranquilo
a dormir y hasta mañana.Y se cerró la ventana,
y entró en su casa don Juan;
y dicen que entre la puerta
quedó a la reja mirando,
su posición meditando
tal vez con algo de afán.Mas al fin dijo perdiéndose
por una escalera estrecha:«Pues, señor, es cosa hecha:
¡mas me ocurre una cuestión!
»Dineros..., ¡bah!, tiene padre
»dentro su alcoba una arquita,
»y ha un año que la maldita
»me está dando tentación.»¡Conque, don Juan, no hay cuidado!
»Vendrá Dios y medraremos.»
Y asiendo los dos extremos
de la sábana a la par,
con un movimiento rápido,
se hundió don Juan en su lecho,
y durmió tan satisfecho
que fue cosa de envidiar.

IV

¡Oh religión consoladora y bella,
feliz mil veces quien a ti se acoge
y el norte sigue de tu fija estrella,
y tu divina luz constante adora!
Que en la fiera borrasca asoladora
de esta vida de llanto y de pesares,

nunca extraviado perderá la huella
del mas allá que empieza en los altares.

Sí, misteriosa religión, tú tienes
consuelos para el triste, y alegrías
para quien cuenta sus tranquilos días
por venturas y bienes!
Tú tienes el azote del malvado,
la corona del justo,
la palma de la virgen inocente,
y esperanza del náufrago postrado,
y ánimo del soberbio delincuente,
siempre se ve brillar allá en la altura
el vivo lampo de tu lumbre pura.

Si Jehová soberano
indignado recorre el mundo inico
y aparta dél su poderosa mano
y las razas maldice
torpemente mezcladas,
de su Dios y su origen olvidadas;
si agita sus cabellos iracundos
y su carro de fuego airado lanza
por medio de los mundos,
y encima de las turbas insensatas
revienta las henchidas cataratas,
al justo salva, y luego
tornando compasivo a la bonanza,
de su ira celestial matando el fuego
en prenda de salud y de sosiego,
tiende el iris de paz y de esperanza.

Si elevado en el Gólgota pendiente
tinto en su sangre con horror expira,
a la precita gente
con tiernos ojos expirando mira,
y conociendo que quien tal le puso,
no merece perdón por parte suya,
a su Madre infeliz les encomienda,
«Vuestra Madre mirad», dijo muriendo,

«esa de mi bondad última prenda,
«si algún día vertéis sincero llanto,
«por vosotros pidiendo,
«para salvaros del azar tremendo,
«real protectora, os tenderá su manto».

Y a Ti, Madre amorosa,
los tristes ojos con afán volvemos
en la airada tormenta procelosa,
en Ti esperamos y en tu amor creemos,
y a Ti tornados a tus pies caemos.
Porque del Hijo santo
quien ha escupido en la divina cara,
arrepentido al cabo, ¿a quién mostrara
más que a la madre el doloroso llanto?
¡Ah!, ¿quién le comprendiera
ni quién capaz para enjugarle fuera,
sino quien puede de su dulce boca
con la dulce sonrisa
calmar la ira que el baldón provoca,
como disipa la apiñada niebla
el lento soplo de la blanda brisa?
¡Oh dulce Madre celestial y bella,
feliz mil veces quien a Ti se acoge
y el norte sigue de tu fija estrella
y tu divina luz constante adora!
¡Feliz mil veces, inmortal Señora!

Feliz Margarita bella,
cuya infantil confianza
de la luz de tu esperanza
no perdió nunca la huella.

V

LA DESPEDIDA
Es ya la noche aplazada
por don Juan, fría y oscura;

el aire revuelto angura
la vecina tempestad.
Ni un astro al azar perdido
en el cielo azul riega,
el aire que corre huela,
triste es la noche en verdad. Y

Todo en el convento calla;
por las bóvedas sombrías
de sus largas galerías
y ni un viviente, ni una luz.
Ninguna perdonó el soplo
del viento desordenado;
toda la tierra ha enlutado
la noche con su capuz. Y

De los laureles del huerto
las hojas mecidas suenan;
y el claustro vecino llenan
de ruido amedrentador,
que prolongado en la bóveda
y perdido en su hondo hueco,
sin cesar le arrastra el eco
de uno en otro corredor. Y

A veces por un instante
todo el ámbito ilumina
la claridad repentina
de un relámpago fugaz,
y en el momento en que todo
a la vista se presenta,
todo de formas aumenta
y todo cambia de faz. Y

Allá a través alumbrado
de un arco el contorno crece,
y un antro infernal parece
de cárdeno resplandor;
allí las verjas clavadas

en los pilares sujetos,
fugitivos esqueletos
representan con pavor.

Allá un tapiz suspendido,
sobre una puerta enrollado,
semeja un monstruo enroscado
que se arrastra en un rincón;
allí empinado en la losa
de algún fundador el busto,
remeda con fiero susto
gigantesca aparición.

Acongojada la mente
con tan varias ilusiones,
redobla las aprensiones
que la vienen a turbar;
y engañados los sentidos,
la lengua a invocar no acierta
favor, ni la planta incierta
se decide a caminar.

Estorbos mil al encuentro
nos salen a un punto mismo;
doquiera se abre un abismo
donde avanzamos el pie,
doquiera una sombra horrible
nos descarría y espanta,
y se anuda la garganta
y se acobarda la fe.

Noche medrosa era en suma
la elegida por el mozo,
aunque él obra sin rebozo,
remordimiento ni afán:
y atribulada en su celda
esperaba Margarita
el momento de la cita
postrimera de don Juan.

Su mente infantil, curiosa,
 ansiaba el dulce momento,
 mas vago remordimiento
 la roía el corazón,
 y recostada en su lecho,
 sin apagar su bujía
 luchaba, mas no podía
 con la loca tentación.

De aquellos seres fingidos
 por don Juan con la presencia
 se amedrentaba, en Palencia
 creyéndoles ya tal vez;
 y se fingía entre sueños
 a sus quietos moradores
 envueltos en los horrores
 en que cree su candidez.

Más apacible otras veces,
 su ilusión la presentaba
 mil sombras que engalanaba
 su imaginación pueril;
 y recorría entre sueños
 los encantados espacios
 de los mentidos palacios
 de su seductor gentil.

Blanca paloma perdida,
 próxima a tender su vuelo,
 para buscar otro cielo
 más diáfano en que volar,
 media el espacio inmenso
 que recorrer intentaba,
 y antes de alzarse dudaba
 si le podía cruzar.

Tal vez sentía su nido
 dejar allí abandonado
 do habría tal vez gozado

de su ventura mayor:
 mas ciega y enamorada
 y acaso falta de aliento,
 iba a lanzarse en el viento
 para seguir a su amor.

Pobre barquichuela débil
 que en pos de nave onlonada
 salía desesperada
 sin más norte que el azar,
 tal vez temía la triste
 que una tormenta futura
 la sorprendiera en la altura
 del no conocido mar.

Y aunque fiada en su breve
 tranquilidad engañosa,
 imprudente y orgullosa
 se preparaba a partir,
 temía que una vez suelta,
 botada a la mar bravía,
 fuera imposible la vuelta
 y el fondo su porvenir.

Mas, ¡ay, así estaba escrito!
 De oculto sino impelida,
 de su azarosa partida
 la hora precisa llegó:
 llegó, y al fin Margarita
 que oído prestaba atento
 oyó perderse en el viento
 los dos golpes del reloj.

Salió cautelosa y tímida
 de su celdilla temblando,
 a todas partes mirando,
 y a tientas guiando el pie;
 mas ya en la lucha postrera
 próxima a colmar su falta,

siente que el pesar la asalta,
y que renace su fe.

Al corazón se la agolpan
mil vagos remordimientos,
mil vagos presentimientos
de incomprensible pavor,
y en su creencia sencilla,
del Dios mismo a quien ofende
tal vez recibir pretende
perseverancia y valor.

Cruzó el solitario claustro,
bajó el caracol estrecho,
y a una ventana en acecho
quiso un instante posar;
la tempestad empezaba,
la lluvia espesa caía,
y el recio viento la hacía
sobre los vidrios botar.

«¡Qué noche!», dijo espantada,
«¡si habrá don Juan desistido!»
Mas percibiendo ruido
por las tapias del jardín,
esechó sobreecogida,
y en un postigo inmediato
la seña oyó a poco rato
que la avisaba por fin.

No esperó más: con pie rápido
ganó el último aposento,
deseando del convento
los límites trasponer,
y ya del sacro recinto
fuera la planta ponía,
cuando en una galería
una luz alcanzó a ver.

Detúyose a los reflejos
de aquella luz solitaria
y lágrima involuntaria
sus pupilas arrasó.
Soltó el cerrojo, asaltada
por una dulce memoria,
y al claustro precipitada
la pobre niña volvió.

Por imbécil o insensible
corazón vil que se tenga,
fuerza es que alguna mantenga
consoladora ilusión;
y por más que sea odiosa
la mansión donde se pasa
la vida, siempre a la casa
se apega nuestra afición.

Siempre, aunque sea una cárcel,
hay un rincón olvidado
de alguna vez se ha gozado
un instante de placer,
y al dejarle para siempre
conociendo que le amamos,
un ¡adiós! triste le damos
sin podernos contener.

Margarita, que encerrada
pasó en el claustro su vida,
a dar una despedida
tornó a su amado rincón;
porque en la virtud criada
y segura en su creencia,
uno buscó en su inocencia
su cándido corazón.

En un altarcillo humilde
en un corredor alzado,
de flores siempre adornado

y alumbrado de un farol,
de una Concepción había
primorosa imagen una,
a quien calzaba la luna
y a quien coronaba el sol.

Era el lugar retirado,
mas la escultura divina
tan bella y tan peregrina,
que era imposible pasar
por delante sin que un punto
el celestial sentimiento
de su rostro, el pensamiento
se gozara en contemplar.

Y aquél fué de Margarita
el rincón privilegiado;
ni una noche se ha pasado
mientras en el claustro vivió
en que allí no haya venido
humildemente a postrarse,
y en manos a encomendarse
de la que nunca pecó.

La pobre niña, agobiada
de soledad y fatiga,
buscó en su encierro una amiga
en quien creer y esperar;
y hallando aquella escultura
tan amorosa y tan bella,
partió su amistad con ella
y se encargó de su altar.

Cortóla preciosas flores,
la hizo ramilletes bellos,
puso escondidos en ellos
aromas de grato olor;
tendió a sus pies una alfombra,
y en un farol que ponía

conservaba una bujía
con perenne resplandor.

Allí fué donde alcanzando
aquella luz solitaria,
vino la última plegaria
con lágrimas a exhalar,
y allí a la divina imagen
con voz triste y lastimera
la dijo de esta manera
de hinojos ante el altar:

«Ya ves que al fin es preciso
que deje yo tu convento,
mas ya sabes que lo siento
¡oh Virgen mía!, por Ti.
«Y puesto que de él sacarte
no puedo en mi compañía,
no me abandones, María,
y no te olvides de mí.

«¡Ojalá entré mis Hermanas
hubiera otra Margarita
que con tu imagen bendita
obrara como ella obró!
«¡Ojalá esta luz postrera
que en esta noche te enciendo,
estuviera siempre ardiendo
mientras te faltara yo!

«Mas, ¡ay!, ninguna te quiere
como yo, y son mis angustias
pensar que estas flores mustias
a tus pies se quedarán,
y se apagará esa vela,
y se ajarán tus vestiduras,
y los que pasen a oscuras
tu hermosura no verán.

«Al fin yo parto, Señora;
 en mi confianza en Ti sabes,
 en prueba toma esas llaves
 que conservo en mi poder,
 «Guárdalas: otra tornera
 elige a tu gusto ahora,
 y el cielo quiera, Señora,
 que nos volvamos a ver.»

Así Margarita hablando,
 con lágrimas en los ojos
 ante la imagen de hinojos
 los sacros pies la besó:
 y dejándola las llaves
 y encendiendo la bujía,
 traspuso la galería,
 ganó el jardín y partió.

Quedóse el claustro recóndito
 por el farol alumbrado
 que dejó al irse colgado
 Margarita en el altar,
 y sólo se oyó tras ella
 el rumor del aguacero
 y el sople del aire fiero
 que bramaba sin cesar.

VI

A la mañana siguiente,
 y al revolver una calle,
 un mancebo de buen talle
 y resuelto continente
 con otro dió que volviendo
 la esquina del otro lado,
 con él se quedó encarado
 cual memoria de él haciendo.

Y al fin ambos contemplándose,
 a poco reconocidos,

se abrazaron decididos,
 en tal coloquio trabándose.

DON GONZALO

¡Por vida mía! Don Juan,
 ¿pues cómo en Valladolid?

DON JUAN

De paso para Madrid.

DON GONZALO

¿A las fiestas?

DON JUAN

Todos van.

DON GONZALO

Mas falta un mes todavía.

DON JUAN

Paréceme, don Gonzalo,
 que llegar pronto no es malo:
 ya sabéis que es mi manía,
 Doquier que de diversión
 barrunto un ligero asomo,
 lo menos para ir me tomo
 un mes de anticipación.

DON GONZALO

¿Y para qué tiempo tanto?

DON JUAN

Si la función sale huera,
 yo no me pierdo siquiera
 todo el mes que me adelanto.

DON GONZALO

A fe que razón os sobra
y a poder irme con vos...

DON JUAN

¿Tenéis que hacer, ¡vive Dios!,
más que ponerlo por obra?

DON GONZALO

Y mi tutor, ¿qué dirá?

DON JUAN

¿Pensáis que en este momento
mi padre estará contento?

DON GONZALO

Vos, pues...

DON JUAN

La pregunta está
de más: mas ved que os aviso
que si os venís a Madrid,
salir de Valladolid
dentro de un hora es preciso.

DON GONZALO

¿Cosa es tan desesperada?
Yo nada tengo dispuesto.

DON JUAN

¡Por Dios que es grave pretextol
Jamás dispongo yo nada
y logro cuanto deseo.

DON GONZALO

Los medios que usáis ignoro.

DON JUAN

Busco un puñado de oro,
tomo un jaco y ¡Laus Deo!

DON GONZALO

¡Ya! Jacos tengo yo dos,
mas dineros...

DON JUAN

¡Grande afán!
Vended el uno a un chalán
y echad en el otro vos.

DON GONZALO

Dadlo por hecho.

DON JUAN

Atended,
don Gonzalo, mejor fuera
tomar un coche si hubiera.

DON GONZALO

¿Pues qué tiene su merced
que le estorban los caballos?

DON JUAN

¿Qué sé yo? Tengo una yegua
que apenas anda una legua...

DON GONZALO

Se resiente de los callos,
¡ehl, pero como gustéis,
decisión es lo que importa.

DON JUAN

Pues la cuestión es muy corta,
mis dos caballos podéis
vender también y en un hora
yo tendré coche buscado,
pues va otro asiento ocupado.

DON GONZALO

¿Por quién?

DON JUAN

Por una señora.

DON GONZALO

¡Hablarais para la noche,
¡cuerpo de tal!

DON JUAN

Bien, pues, id,

y a las puertas de Madrid,
vos con oro y yo con coche,
dentro de una hora estaremos:
mas no digáis dónde vamos,
que somos dos y bastamos
para ir como merecemos.

DON GONZALO

Iré.

DON JUAN

La hora cabal.

DON GONZALO

Ya veréis mi rapidez:
allí estoy fijo a las diez.

DON JUAN

Pues eso es lo principal.

Y así diciendo, a buen paso
partieron a su destino
cada cual por su camino
y no en brazos del acaso.

Que eran amigos antiguos,
y en el tiempo que escolar
fué don Juan, para habitar
tomaron cuartos contiguos.

Por eso se conocían
tan a fondo ambos a dos,
y el uno del otro en pos
mil locuras emprendían.

Y aquí, lector, por no ser
en demasía prolijo,
que te imagines elijo
lo que pudo acontecer.

Pues los mil inconvenientes
que ambos de orillar tuvieron,
y el cómo se compusieron
para obrar tan diligentes,

te aseguro que se ignora;
mas lo cierto de este asunto
es que estuvieron a punto
al concluirse la hora.

Daba las diez el reloj.

y el coche les aguardaba,
y don Gonzalo llegaba,
a quien don Juan demandó.

DON JUAN

¿Qué hay, don Gonzalo?

DON GONZALO

—¿Cuánto?

—Sesenta doblones.

No pude de esos bribones

conseguir más caridad.

—¡Bah! Don Gonzalo, si os pesa

que el número sea tan vil,

yo traigo aquí más de mil

para ayuda de la empresa.

—Adelante, pues.

—Pues, ¡je!

Mayor, pica el ganado,

que el viaje será apreciado

conforme el camino sea.

Y al punto sin más azares

aprontaron el transporte

y echaron hacia la corte

de Olmedo por los pinares.

Eran seis meses después,

y trocada la fortuna

estaba ya para todos,

que todo el tiempo lo muda.

Lanzados del mar del mundo

entre la corriente turbia,

Margarita, don Gonzalo,

y don Juan, los tres a una

las heces de los deleites
apuraron con hartura,
repletos hasta el hastío
de sus delicias inmundas.

Pasado habían las fiestas,
que los reyes acostumbraban
a dar a sus pueblos cuando
su padre baja a la tumba.

Fueron las que el Conde-Duque
dió a Felipe Cuarto muchas,
y ellos corrieron en ellas
en brazos de la locura.

Mas de su oro disipada
la crecidísima suma,
y harto don Juan de la monja
que sus desvíos acusa,

dudosa de los dos mozos
la amistad, que poco dura
entre quien de ella pagándose
inconsiderado abusa,

del porvenir de los tres
el horizonte se anubla
y la discordia fermenta
dentro sus almas oculta.

Y tantas nubes preñadas
de descontento se agrupan,
que está la tormenta próxima
a desatarse con furia

al menor soplo del viento
que la impela o la sacuda.
¡Tan poco del mundo estéril
las satisfacciones duran!

Don Gonzalo, que debiera
mirar de don Juan la mucha
generosidad, mostrándole
ciega confianza mutua,

y hasta de su nombre usa
de su amistad poco a poco

afloja las ligaduras,
 Sus negocios le recata,
 de sus conquistas nocturnas
 no le da parte, y descubré
 a Margarita las suyas.
 De un lado atiza los celos,
 y de otro sospechas abulta,
 y en fin su próxima vuelta
 a sus hogares anuncia.
 Don Juan no lo siente y calla,
 porque don Juan no se cura
 más que de vivir gozando
 mientras que sus oros triunfan,
 Y don Gonzalo, que advierte
 que éstos están en las últimas,
 pretextos busca a sus solas
 para afean su conducta.
 Que es don Gonzalo hombre pérfido
 que la envidia disimula
 de quien es mejor que él,
 y cuya alma no renuncia
 a una venganza que siempre
 a medios mezquinos junta:
 Y entre estos dos espíritus
 maléficos que la turban,
 Margarita el hondo cáliz
 de las desdichas apura,
 Margarita, que engañada
 consintió y necia en la fuga,
 y salió exhalada al mundo
 de los deleites en busca,
 cual mariposa perdida
 por el aura que perfuman
 mil flores entre las cuales
 vaga errando de una en una,
 más que al apoyarse en ellas
 se estremecen y la asustan,

y aturrida y fatigada
 no osa parar en ninguna.

Hoy siente que la atormenta
 melancolía profunda,
 y uno tras otro sus días
 en el pesar se sepultan.
 Y ve sus mil ilusiones
 que al precipicio se agrupan
 del abismo de la nada,
 donde con mano insegura,
 de los bordes se mantienen
 en desesperada lucha,
 y unas tras otras al cabo
 sin remedio se derrumban.

«¿En dónde están (se decía)
 »los sueños de mi ventura?
 »¡Aquel país encantado
 »que exento estaba de angustias,
 »cuadro espléndido y magnífico
 »con una sola figura,
 »que era ese don Juan que ahora
 »duelos sobre mí acumula!
 »¿Por qué le he creído, ¡necia!,
 »por qué le he creído nunca?
 »¿Qué he encontrado yo en sus brazos
 »sino ficción y locura?
 »¿Qué me ha dado en sus caricias
 »a beber más que cicuta?
 »¿Qué espero de sus promesas
 »sino que jamás se cumplan?
 »Arrastrada entre sus vicios,
 »y entre sus orgías impuras,
 »su amor me devora el alma
 »y él se harta de mi hermosura!
 »Sí, por otro amor me deja
 »encerrada en esta oculta
 »mansión, mientras él va ciego

tras de quien su amor rehusa,
 tras esa beldad vendida,
 que abre a la codicia pública
 sus gracias, para que vaya
 a hojar en ellas la chusma,
 y cuyos torpes aplausos
 la envilecen y la ensucian,
 pues la apellidan a un tiempo
 celestial y prostituta.
 ¡Ah!, los celos me devoran,
 la envidia, el odio me abruman
 Yo le amo... y es imposible
 que su indiferencia sufra
 Él me sedujo; él mis ojos
 abrió a la luz de la culpa;
 yo era una pobre inocente,
 mi alma era cándida y pura,
 sus palabras me eran dulces
 como una lejana música,
 más ardientes que un volcán
 y más que una lanza aguda:
 ¿qué hiciera yo más que oírse las
 con idolatría estúpida?
 ¡Ay!, ¿quién pudiera tornarme
 a mi sencillez inculta
 y a mi inocencia del claustro?
 ¿Quién amansará la furia
 de este amor y esta conciencia,
 que para herirme se juntan?
 Y es cierto cuanto en su duelo
 la niña infeliz pronuncia,
 porque don Juan la abandona,
 En tanto ya de su hermosura,
 Mozo sumido en los vicios
 de juventud disoluta,
 todos los gustos le cansan
 si más de una vez los gusta.
 Y mientras hallaba encantos

su pasión, entonces única,
 de la bella Margarita
 en la virtud, su alma impura
 adoraba sus hechizos
 locamente, y más la lucha
 con su virtud empeñaba,
 aun de su victoria en duda.
 Pero al punto en que sus ansias
 que por eternas la jura,
 trasladó a su corazón,
 ya de su amor se disgusta,
 y, pues no espera otros nuevos,
 a sus placeres renuncia.
 Y sus caricias le cansan,
 y le enojan sus preguntas,
 y le fastidian sus quejas,
 y su compañía excusa,
 y ella acosada de celos,
 y herida de sus repulsas
 sus pensamientos acecha,
 y sus palabras estudia.
 A veces desatinada
 y colérica, le insulta,
 a veces los pies le besa,
 y a veces humilde y muda
 en cuantos gustos le advierte,
 darle contento procura.
 Mas él ni en una mirada
 su amarga aflicción la endulza,
 ni una palabra le dice
 que confianza la infunda;
 la espalda vuelve en silencio
 y tal vez con una injuria
 compensa sus atenciones
 que no la agradece nunca;
 y ella se queda llorando,
 y él sale, la faz ceñuda,
 tras una mirada incierta
 de la bailarina impúdica.

Y entre tanto don Gonzalo, como si
 que calla, mira y escucha, y
 cobra hastío de don Juan,
 cuya elegancia y bravura
 se llevan la primer parte
 en amores y en fortunas:
 y él tiene, más que le pese,
 que apechar con la segunda,
 que es cual todos los imbéciles,
 que con los pillos se juntan,
 un inferior que acompaña,
 o que divierte o que ayuda,
 pero al fin del sol del otro
 satélite que no alumbraba.
 Mas van tres meses que arden
 oculto el fuego, y en suma
 no puede cumplirse el cuarto,
 sin que a incendio se reduzca.

LANCES IMPREVISTOS

Era una noche de aquellas
 tristes, nubladas y lóbregas,
 en que la luz de los astros
 rasgar no puede la atmósfera:
 que un vapor se respira,
 que en vez de aliviar sofoca,
 y en que la calma parece
 de desastres precursora.
 Don Juan, en un negro acceso
 de calentura amorosa,
 y al ver que ni una sonrisa
 de la bailarina logra,
 dejó su casa llevando
 con él su riqueza toda,
 y resolvió por el juego
 tentar la fortuna loca.

Lanzóse, pues, en sus brazos,
 pero la inconstante diosa
 mostrábase como siempre
 la faz amenazadora.
 Quedábase ya tan sólo
 sus diez postrimeras doblas,
 cuando a una cuarta sin tino
 levantándose tirólas.
 La suerte fué aquella vez
 menos cruda que las otras,
 pues se cambió de repente,
 y él, que jamás la malogra,
 de oro y de amor insensato
 en la sed que le devora,
 todo de una vez lo arriesga,
 todo de una vez lo cobra.
 Y comprimidos los labios,
 las pupilas en las órbitas
 rodando desconcertadas,
 burlando la astucia, pronta
 de los jugadores pálidos
 a quien impone su torva
 mirada, el mozo impertérrito
 oro sobre oro amontona.
 Ya juegan sobre palabra
 y en vez de monedas foyas,
 y don Juan, que ve su suerte,
 las admite y las abona.
 Ansiosos la tientan todos
 una vez y otra vez y otras:
 mas siempre en vano, el manecbo
 va tan certero que asombra.
 En fin, don Juan, satisfecho
 de fortuna tan dichosa,
 se alzó, asomando a sus labios
 una sonrisa diabólica.
 Nadie le habló una palabra,
 ni saludó él a persona;
 guardó el dinero sin cuenta

y devolviendo las joyas nos sales y
tomó la puerta en silencio; que en
y aquellos a quien despoja entre el
le vieron por la escalera y el humo
sumirse como una sombra.

«Todo lo puede el dinero»,
dijo en la calle a sus solas;
«lo que al valor no se rinde
con la riqueza se compra.
«Veremos, pues, si con oros
«hacemos más que con horas.»
Y así hablando, en el teatro
compró silla y ocupóla.
Era ya tarde y la fiesta
de aquella noche era corta,
que daban una comedia
de Lope, sin otra cosa.
Estaba, pues, concluyéndose
cuando entró: más era otra
su intención que la de oírlo,
porque concluida toda,
fuése al vestuario, y con maña
llamando aparte a una moza
que él sin duda conocía,
la interpeló en esta forma:
«Toma esos ocho doblones
y a esa Sirena engañosa
a quien sirves, si te estimas,
«dirás lo que aquí me oigas.
«Y es: que hay un noble extranjero
«que, al verla tan seductora,
«volver no quiere a su patria
«sin un adiós de su boca.
«Que si mañana en su casa
«cenar con él no la enoja
«en presencia de un amigo
«y de una fiel servidora,

«recibirá mil doblones
«para recuerdo de la honra,
«Conque olvidarte procura
«de que yo soy la persona
«que irá a cenar, y no olvides
«que el amigo será un momia,
«que tú serás quien nos sirva,
«y que por cuenta redonda
«bien te dará cien doblones
«quien la da doscientos onzas.»

Y así acabando don Juan,
hasta los ojos se emboza
y parte añadiendo bajo:
«Hasta mañana a estas horas.»

Quedó la criada un punto
embebecida y absorta,
sin una idea en el alma,
ni una palabra en la boca,
viendo cómo por la entrada
de una escalerrilla angosta
el impetuoso don Juan
se hundía como una sombra.
Que siempre aturde y fascina
la vista de una persona
que tantos doblones gana,
y tan seria los derrocha.

En un lujoso aposento
y en derredor de una mesa
de viandas exquisitas
y ricos vinos cubierta
sentada entre don Gonzalo
y don Juan, está Sirena,
para ambos encantadora,
mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosa

danzante, que apenas cuenta veinte y dos años de vida, mas en el arte maestra. Y si va a decir lo cierto, la chica es como una perla, y fina como un coral, aunque hay una diferencia; que perla y coral con arte, con red y estación se pescan, y aquí sucede al contrario, pues la pescadora es ella.

Sirena la llama el vulgo, y en verdad que no hay sirena ni de voz más seductora, ni en los encantos más diestra.

Dice ella que tiene padres en Jerez de la Frontera, aunque esto de su progenie maldito lo que interesa; porque ella es cosa lindísima, y aunque de cuerpo pequeña, es acabada de formas, muy delicada y esbelta. Tiene los cabellos negros, la tez purísima y fresca, que puesta a distintas luces, puede ser blanca o morena.

Manos torneadas y puras, mirada brillante y tierna, y dos lindos piececitos

tan menudos que, a no verla usarlos tan fácilmente, y nadie a sus solas creyera que todo su cuerpo en ellos sin peligro se mantenga. Tal es la Sirena hermosa

con quien esta noche cenar en compañía algo libre en Alarcón y su colega;

y tales son las palabras que en tal punto se atraviesan, entre el vapor de los vinos y el humo de la opulencia.

SIRENA

¿Y a qué extranjero fingirías cuando extranjero no érais?

DON JUAN

Tu vanidad consultando, porque de lejanas tierras viniendo al son de tu fama más fácil te enyanecieras.

SIRENA

¿Y a qué fingirías tan pobre, dueño de tantas riquezas?

DON JUAN

Para probar si podían mis particulares prendas adquirirme lo que al cabo me comprarán mis monedas.

SIRENA

Quiere decir que de dos mal os salió una experiencia.

DON JUAN

Quiere decir que he tendido dos redes para una cierva.

SIRENA

Pero ella saltó por una.

DON JUAN

Pero en otra quedó presa:
y es muy distinto, querida,
ser de una u otra manera,
pues en la una hubo maña,
y en la otra maña y fuerza.

SIRENA

Quiere decir...

DON JUAN

Te equivocas,
la interpretación es ésta:
Si en las redes del amor
ineautamente cayera,
fuera conservada o libre
acaso por su inocencia:
pero a la fuerza rendida,
sin más azar ni defensa,
será olvidado en una hora
su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretación
del hecho y la diferencia,
de amor que gana y estima
y amor que compra, usa y deja.

Y a estas palabras mordidiéndose
la bailarina la lengua,
cambió de copa don Juan,
y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa,
durante la cual, repuesta,
con una sonrisa de ángel
al de Alarcón dijo ella.

SIRENA

Buen cazador sois, don Juan.

DON JUAN

Y vos excelente pieza.

SIRENA

¿Siguiérais mucho la pista?

DON JUAN

Hasta hallar la madriguera.

SIRENA

¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN

Yo atinara con la cierta.

SIRENA

¿Y si salir no quería?

DON JUAN

Yo me pondría en espera.

SIRENA

¿Por empeño?

DON JUAN

Por empeño.

SIRENA

¿Y durara?

DON JUAN

Hasta cogerla.

SIRENA

Figuraros, pues, que asoma.

DON JUAN

Me preparo.

SIRENA

¿Y si se entrega?

DON JUAN

Tiendo la mano y la cojo.

SIRENA

¿Y si muerde?

DON JUAN

Norabuena;

sóbrame a mí mucha maña,
y al cabo se hará doméstica.

SIRENA

Brindad, pues, y olvidad eso.

DON JUAN

¡A su orgullo!

SIRENA

¡A su obediencia!

DON JUAN

Espera: ¿quién canta ahora,
el amor o la Sirena?

SIRENA

El amor está vencido.

DON JUAN

¿Y la encantadora?

SIRENA

Muerta.

DON JUAN

En ese caso, alma mía,
brindemos y echarle tierra.

Brindaron ambos a un tiempo,
y las amistades hechas,
más estrepitosa y franca
a ser empezó la fiesta.
Bebe don Juan sin cuidado,
que el vino jamás le altera;
bebe don Gonzalo poco,
mas se turba su cabeza;
y sus más hondos secretos
sin rebozo manifiesta,
que el daño de los hiecos
por la alegría comienza.
Crujen los brindis sin número,
crece la orgía sin reserva
y ya ni voces ocultas
ni pensamientos se dejan.
De amor, y placer se trata,

y entre el son de las botellas
 crujen los besos perdidos
 y los requiebros penetran.
 De amor loco está don Juan,
 prendada de él está ella,
 don Gonzalo bebe y toma
 la callada por respuesta.
 Don Juan improvisa y canta,
 y al compás de su vihuela
 gira en danza voluptuosa,
 la bellísima Sirena,
 y en su sillón don Gonzalo,
 sentado y tendido a medias,
 como una sombra fantástica,
 embebido la contempla.
 Ella, sutil como el aire
 y como el aire ligera,
 gira en redor, pasa y huye
 como aparición risueña.
 Flota su falda plegada,
 sus cabellos se destreñan,
 radian sus ojos ardientes
 luz más viva a cada vuelta,
 y cuanto del baile rápido
 más los círculos estrecha,
 más los mágicos hechizes
 de sus perfecciones muestra:
 y el velo con que sus manos
 primorosamente juegan,
 la variedad de sus formas
 y sus encantos aumenta.
 Y según rápidamente
 le recoge o le despliega,
 le anuda, enlaza y con él
 o se cubre, o se rodea,
 la alegoría que finge
 graciosamente renueva.
 Ya es una Náyade errante;
 ya una Venus hechicera,

ya la Aurora fugitiva
 flores derramando y perlas,
 ya el Iris tornasolado
 y ya la Fortuna inquieta,
 Y su flotante figura
 en el ambiente deshecha,
 confundidos sus contornos
 por su rapidez aérea,
 ante los ojos parece
 mágica ilusión que vuela,
 sobre el rumor que producen
 sus vestiduras de seda
 y el perfume que despiden,
 a merced del aire sueltas,
 cuando en los muebles pasando
 ligerísimos tropiezan.
 Y gira y cruza y resbala
 y los sentidos no aciertan
 si de ello nace su impulso
 o el aire sutil la lleva.
 Hasta que al fin fatigada
 sobre un almohadón se sienta,
 más seductora que nunca
 y más que nunca halagüeña.
 Y mientras don Juan de besos
 y de caricias la llena,
 don Gonzalo les aplaude
 trastornada la cabeza.
 «Bravo, exclamó, oló falta
 Margarita.»—A cuya necia
 exclamación levantóse
 como un tigre Sirena,
 y con don Juan encarándose,
 desencajada y colérica,
 «¿quién es esa Margarita?»
 le dijo de rabia trémula.
 Quedóse un punto don Juan,
 sin acertar la imprudencia
 a componer a su amigo,

quien a carcajada suelta,
sin ver el fuego que atiza,
les añadió por respuesta:

«¡A fe que es linda muchacha!
Y ahora que se me acuerda,
pues en casa estará sola,
su compañía me peta.»
Y asíó su capa esto dicho,
corroborando la idea:

«Gonzalo, exclamó don Juan,
a no mirar que la lengua
os entorpece el Jerez,
ya os encontraréis sin ella.»

—Pues os digo que me agrada,
y pues su merced la deja,
pido, como prenda antigua,
para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedís,
llevaosla norabuena,
mas cuando al fin os fastidie,
a su convento volvedla.

—¿Conque es monja? ¡Vaya un lance!
Tengo yo una hermana legañada
en un convento metida,
para birlarla una herencia,
y aunque en mi vida la he visto,
sólo por recuerdo de ella
lo haré como lo decís.
¿Y a qué convento?

—A Palencia
y a las monjas de Jesús,
de donde es.

—¡Jesús me tenga!
—¡Calla! ¿Qué os da, don Gonzalo?

—Decidme, por vida vuestra,
don Juan, ¿cuál es su apellido?

—Cosa, don Gonzalo, es esa
que jamás la he preguntado.
Mas ¡voto val...! jance fuera!

¿No es Bustos vuestro apellido?

—Sí.
—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
inmóvil como una piedra,
y en carcajada ruidosa
rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan a poco,
diciendo: «¡Cosa como ella!
¿Quién demonios lo pensara?
Pero, en fin, ya es cosa hecha»,
y dobló las carcajadas
con la bailarina, mientras
de don Gonzalo se iban
coordinando las ideas.

El vapor al fin de la orgía
disipado con la fuerza
de su deshonra, arrojóse
sobre don Juan con fiereza,
mas sentóle éste los puños
en el pecho, y con la mesa,
la lámpara y la vajilla
vino don Gonzalo a tierra.
La bailarina se puso
por medio de ellos resuelta,
diciendo a tiempo: «¡Señores,
que están en mi casa vean!

—Don Juan, a la calle vamos.
—Vamos, don Gonzalo, fuera,
que es cosa que ya no tiene
mejor compostura que esa.»

Alborotóse la casa,
hubo lágrimas y quejas,
y el aposento asaltaron
los pajes y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo a raya,
añadiendo con firmeza:
«¡Atrás, canalla! y silencio!

y tú, amiga, ten paciencia,
que como escape con vida,
volveré cuanto antes pueda.

—Si sois valiente, don Juan,
cuando gustéis dad la vuelta.

—Advierte que no te pido
ni consejos ni licencia,
que yo te sigo la pista
por voluntad o por fuerza.

—Pues volved sin compañía
y encerrad a la manceba.

—Ten esa lengua de víbora
y no te pases en cuenta,
que de rendirse a venderse
hay una distancia inmensa.

Y así diciendo don Juan,
tiró un bolsillo en la mesa,
y dejó el puesto, encajándose
el sombrero hasta las cejas.

VIII

Ya era alta noche, en el nublado oriente
próximo estaba a despuntar el día,
el viento resonaba tristemente
y áspera lluvia gotear se oía.

Y la noche pasaba
y Margarita en soledad lloraba
la ausencia de don Juan que no venía.
Entreabierta tenía su ventana
la enamorada niña,
con la esperanza vana
de sentirle mejor cuando volviera,
y oyendo sus pisadas desde lejos,
y alcanzándole a ver con los reflejos
de un vecino farol presto le abriera;
y al conservado fuego se enjugara,

y los húmedos miembros arrevidos
al calor agradable restaurara.
Mas en vano a la reja
al percibir pisadas acudía,
en vano por la lóbrega calleja
los tristes ojos con afán tendía;
muchos alguna vez por ella entraban,
y unos riendo y otros disputando,
huyendo unos tal vez y otros cantando;
pasar bajo su reja los veía,
mas de ella a largos pasos se alejaban,
y con ellos don Juan nunca venía.

Hundida la infeliz en su abandono,
le suspiraba de amor por quién la olvidara,
por quien su amor pospone y su ternura
a una caricia sin pudor vendida
de la insolente bailarina impura.
¡Ay, pobre Margarita! Tú sentada
bajo la reja espesa,
aguardas a don Juan desesperada,
de dolorosos pensamientos presa;
tu amor por él de suspirar no cesa,
¡y ojalá no volviera, desdichada!

Peró ya acelerados
pasos de alguno al fin se percibieron,
cuanto próximos más precipitados,
y más cercanos cada vez se oyeron;
y por la calle oscura
vio Margarita un hombre que se entraba,
cuya negra figura
ante su misma puerta se paraba.
«Él es», dijo bajando, y no mentía,
que era en verdad don Juan el que venía.

Él era, sí, por el cruzado embozo
asomando el semblante macilento
con ceño torvo y fatigado aliento,
cubierta de sudor la osada frente,
y empuñando el acero refulgente
hasta el torcido gavilán sangriento,

«¡Dios mío!» dijo al verle Margarita; «el y mas con planta ligera dentro él sin contestar se precipita y la mirada de la niña evita, salpicando de sangre la escalera.»

Subió tras él la pobre acojorada, y la puerta tras ella asegurando, «traéis sangre, don Juan», dijo aterrada; mas don Juan si la oyó siguió callando, su roja espada ante la luz limpiando. Mudó después de gola y de vestido, se lavó, se enjugó, y echando al fuego el de sangre teñido, sentóse ante la llama con sosiego diciendo con acento decidido: «Margarita, a la aurora es preciso partir.

—¿Dónde? —Lo ignoro; abandonar la corte por ahora es lo esencial no más, en esta casa no es posible vivir.

—¿Pero qué pasa? —¡Oh! no es para subirse a los tejados; no es lo que viene ni un león ni un toro; poca cosa, señora, teniendo libertad, audacia y oro.

—Hablad, don Juan, mi amor es infinito. Nada es mi vida si salvar la vuestra logro con ella. Y lo que vi me muestra que vos necesitáis...

—¿Yo? ¡Qué locura! Gozadla vos, que no la necesito. Y serenad por Dios esa pavora que en el rostro mostráis, porque a fe mía que el asunto no es cosa, estando a punto tan cerca el oro y tan vecino el día. Oídmela en dos palabras, Margarita, y os contaré el suceso.

Ya a don Gonzalo conocéis, bien lo sabéis.

—Tenía una maldita cabeza el tal y la perdió esta noche, mas bebió con exceso y no es extraño que perdiera el seso. —¿Pero, en fin, qué es el caso? Que me tenéis violenta.

—Me habló de vos, y aunque detrás de un vaso me lo dijo, no fué tan de mi gusto que al contestarle yo, por un fracaso le entré el estoque por mitad del busto, y el alma se le fué tan de carrera que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera. —¿Le matasteis? Don Juan ¡sois un mal-

—Tal vez tengáis razón; mas bien mirado, como si no le mato al fin me mata, en matarle salí muy bien librado, que el caso era durillo, hablando en plata. En fin, bien está así, y pues ya esclarece, si no queréis hablar con la justicia de lo que a don Gonzalo pertenece, venid conmigo y adelante vamos. —Pues qué remedio no hay, don Juan,

—Pues echao ese oro en el bolsillo y vamos a buscar un par de potros, que como en campo libre nos veamos, maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta cerró el cuarto don Juan, tiró la llave, y en dos caballos cuyo brío sabe tomó a Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos días de camino,
al despertar la niña una mañana
de una posada en una alcoba, vino
al ruido de su voz, una villana,
y a tal punto entre dama y posadera
diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA

Dios guarde a su merced.
¡Hermoso día!

MARGARITA

¡Él os proteja, madre! ¿Tenéis hora?

POSADERA

No parece que sois madrugadora

MARGARITA

Pues ¿qué hora es?

POSADERA

Es casi medio día.

MARGARITA

¡Medio día!

POSADERA

¿Queréis el desayuno?

MARGARITA

¡Mas haceme la bondad primero

de decirle la hora al compañero,
que tiene el sueño a fe bien importuno,

POSADERA

Pero ¿de quién habláis?

MARGARITA

Del caballero

que ocupa ese otro cuarto.

POSADERA

No hay ninguno.

MARGARITA

¿Cómo no?

POSADERA

El pasajero que ahí había...

MARGARITA

Que vino ayer.

POSADERA

Con vos.

MARGARITA

Precisamente.

POSADERA

Montó a caballo al despuntar el día.

MARGARITA
No puede ser.

POSADERA

Miradlo.

MARGARITA

¡Dios clemente,
partió sin mí!

POSADERA

Yo me creí, señora,
que érais de su partida sabedora.

MARGARITA

¿Yo? ¡Justo Dios!

Y aquí de Margarita
se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente,
se murmuró la historia comentada
por el curioso vulgo maldiciente,
y cuando en sí volvió la desdichada,
sólo encontró a su lado
un hidalgo que acaso acompañado
de su mujer viajaba,
quien, viendo su hermosura, condolida
guardarla quiso la honra con la vida.
«Pobre joven, la dijo aquella dama,
cobrad valor, no os deís tan por perdida.
¿A dónde queréis ir?»

MARGARITA

¿Dónde, señora?
Saberlo me pluguiera;

yo iría solamente donde él fuera.
¿Sabéis de él?

LA DAMA

¿Quién es él?

MARGARITA

Ese viajero
que salió con el alba.

LA DAMA

¿Un caballero
mozo y galán?

EL CABALLERO

¿Sobre un caballo overo?

MARGARITA

El mismo, justamente.

LA DAMA

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA

¿De mi familia? No precisamente,
pero si yo supiera su destino...

LA DAMA

Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabéis su casa vos?

MARGARITA

¡Sí, es en Palencia.

LA DAMA

Hasta Dueñas venid, si os acomoda,
en nuestra compañía, y diligencia
para que os lleven a Palencia haremos,
de la mejor manera que encontremos.

MARGARITA

¡Ay señora, quien quiera
que seáis...!

EL CABALLERO

¡Levantad, por vida mía!
Cualquier noble español lo mismo haría.
Ea, venid, que enganchen y partamos.

LA DAMA

Enjugad esas lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero
de la infeliz y triste Margarita,
dejaron al momento la posada,
emprendiendo hacia Dueñas la jornada.

IX

AVENTURA TRADICIONAL

¿Do irá la tórtola amante
sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá más que a su nido
y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento

ni la llevará el destino
si no sabe otro camino
que el solo en que se extravió?

¡Ay! ¿Dónde irá Margarita
en su ciega inexperiencia,
dónde irá sino a Palencia
do tal vez está don Juan?
¿Porque quien logrará nunca
con descaminado intento,
que el humo no busque al viento,
ni el hierro busque al imán?

Era en el fin de una tarde
de junio, seca y nublada;
de un convento en la portada
sobre el gastado escalón
una mujer se veía,
como esperando el momento
en que abrieran del convento
el entornado portón.

A través de un velo espeso
con que el semblante cubría,
los ojos fijos tenía
con constancia pertinaz
en el balcón de una casa
situada frente por frente,
donde no asoma un viviente,
por más que mira, la faz.

Y la mujer sin embargo
aquel balcón contemplaba,
como quien algo esperaba
que apareciera por él.
Y el balcón siempre cerrado
y solitario seguía,
y a abrírsele no venía.
dueña, galán, ni doncel.

¿Qué hacías, pues, a tal hora si en tal mujer y tiempo tanto, mirando con tal encanto a aquel cerrado balcón?

¿Será cita?—Es imposible.
No hay más que un hombre en la casa que de años sesenta pasa, que es un don Gil de Alarcón.

¿Serán celos?—¡Qué locura!
¿Quién, ni de quién los tuviera si por una y otra acera la calle ocupan no más la casa del viejo hidalgo y de Jesús el convento?
¿Será espera?—A tal intento propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche se oscurece y encapota, y la lluvia gota a gota pronostica el temporal, y se oye al lejos el viento que en ráfagas cruza errante y va del turbión delante con el mensaje fatal.

Y la mujer, sin moverse ni hacer de la lluvia caso, del escalón no da un paso siempre mirando al balcón.

¿Quién es? ¿Qué busca? ¿Qué espera? Fatídica así ¿qué augura su misteriosa figura? ¿Es ente real o es visión?

¡Ay pobre amante olvidada!
¡Ay infeliz Margarita!
¡Quién comprenderá tu cuíta

ni compasión te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos en ese balcón fijando, y en vano estás aguardando lo que al balcón no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura es prenda que con envidia el cielo dió, y con perfidia por castigo a la mujer, y que quien cifra sobre ella el bien del amor ajeno, no acierta más que veneno en su delicia a verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes, y en *él* esperas por eso, cuando *él*, por un solo beso de cualquier nueva beldad, te viera expirar de angustia sin que le hubiera ocurrido darte un adiós ni aun fingido al pie de la eternidad.

Mas en tanto el viento arcecia, revienta el cóncavo trueno, y se desgaja de lleno el espantoso turbión; la calle se inunda en agua, la noche cierra, y los hombres invocan los santos nombres con miedo en el corazón.

Margarita amedrentada, buscando asilo seguro, acogiéndose al templo oscuro y se amparó del altar, y al postrarse ante él humilde, allá dentro de su mente,

mil recuerdos de repente
empezaron a brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
ella bordó aquella toca,
en aquella cruz su boca
puso mil besos y mil;
aquella alfombra en su tiempo
delante del coro estaba...

Toda su vida pasaba
por ella en sueño febril,

Toda en ilusión fantástica
su antigua y pura existencia
venía con su inocencia
su corazón a asaltar,
y dentro del pecho cándido
ir saliendo le sentía
de la penosa agonía
de su roedor pesar.

Y según bellos recuerdos
poco a poco iba encontrando,
poco a poco iba olvidando
la belleza de don Juan;
hasta que en santa tristeza
su alma inocente embebida,
suspiró por otra vida
sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,
el rumor santo y sonoro
de sus rezos en el coro,
y la paz de su jardín,
el consuelo de una vida
con Dios a solas pasada,
de amor y mundo apartada,
que son delirios al fin,

todo en tropel presentóse
a sus ojos tan risueño,

tan sabroso y halagüeño,
tan casto y tan seductor,
que en llanto de fe bañada
dijo: «Ay de mí ¿quién pudiera
volverme a mi vida austera,
y a otro porvenir mejor?»

En esto, allá por el fondo
de una solitaria nave,
con paso tranquilo y grave
vió Margarita venir
una santa religiosa,
cuyo rostro no veía
por una luz que traía
para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
tal vez la reconociera,
en su manto de manera
Margarita se envolvió,
que aunque de la monja incógnita
los pasos cerca sentía,

ella apenas la veía
hasta que ante ella llegó.

Pasó a su lado en silencio,
y Margarita, al mirarla,
extrañó no recordarla
ni su faz reconocer.

«Será novicia (se dijo),
«habrá al convento llegado
«desde que yo le he dejado,
«no puede otra cosa ser.»

La monja en tanto seguía
los altares arreglando,
y la seguía mirando
Margarita por detrás;
y hallaba en todo su cuerpo

un *no sé qué* de extrañeza,
que aumentaba su belleza
cuanto la miraba más.

Había cierto aire diáfano,
cierta luz en sus contornos,
que quedaba en los adornos
que tocaba por doquier;
de modo que en breve tiempo
que anduvo por los altares,
viéronse en ellos millares
de luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,
tan fosfórico y tan tenue,
que el templo seguía oscuro
y en silencio y soledad:
sólo de la monja en torno
se notaba vaporosa,
teñida de azul y rosa
una extraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,
a pesar de la distancia,
de las flores la fragancia
que ponía en el altar,
y, o un inefable sueño
la embargaba los sentidos,
o escuchaban sus oídos
música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,
y aquel olor de las flores,
y aquellos mil resplandores,
la embriagaban de placer;
mas todo pasaba en ella
tranquila y naturalmente,
cambiándola interiormente,
regenerando su ser.

Olvidó la hermosa niña
sus pasadas amarguras,
sintió en sí castas y puras
mil intenciones bullir,
mil imágenes de dicha,
de soledad y de calma
que pintaron en su alma
venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto
un éxtasis delicioso,
era un sueño luminoso,
un deliquio celestial;
un dulce anonadamiento
en que nada la oprimía,
y en donde nada sentía
profano ni terrenal.

Sólo quedaba en el alma
de Margarita un intento,
un impulso, un sentimiento
hacia la monja de amor,
que a su pesar la arrastraba
a contemplarla y seguirla,
a distraerla y pedirla
consuelos a su dolor.

Pues siente que es, Margarita,
un talismán su presencia
necesario a su existencia
desde aquel instante ya;
y su recuerdo divino
es a su dolor secreto,
un misterioso amuleto
que fe y religión le da.

Y en ella fijos con ansia
los ojos y el pensamiento,
la gloria por un momento

en su delirio gozó,
mientras aquella divina
aparición deliciosa
de la bella religiosa
ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,
y por la iglesia cruzando
pasó a su lado rozando
con sus ropas al pasar,
y sin poder Margarita
resistir su oculto encanto,
asióla al pasar del manto,
mas sin fuerzas para hablar.

«¿Qué me queréis?», con acento
dulcísimo preguntóla
la monja: «¿Me dejáis sola,
dijo Margarita, así?
—Si no tenéis más amparo,
contestó la religiosa,
en noche tan borrascosa,
venid al claustro tras mí.

—¡Oh! ¡Imposible!
—Si os importa
hablar con alguna hermana,
volved si gustáis mañana.
—Yo hablara...
—¿Con quién?
—Con vos.
—Decid pues.

—No sé qué empachó
la voz al hablar me quita...
—¿Cómo os llamáis?
—Margarita.
—¡El mismo nombre las dos!
—¿Así os llamáis?
—Sí, señora,
y en otro tiempo yo era...

¿Qué oficio tenéis?
—Tornera.
—¡Tornera! ¿Cuánto tiempo ha?
—Cerca de un año.
—¿De un año!
—Diez llevo en este convento
y en este mismo momento
cumpliendo el décimo está.

Quedó Margarita atónita
su misma historia escuchando,
y el tiempo a solas contando
que oyó a la monja marcar.
Su mismo nombre tenía,
y su misma edad, y era
como ella un año tornera,
y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último
Margarita a su semblante,
y de sí misma delante
asombrada se encontró;
que aquella ante quien estaba
su mismo rostro llevaba,
y era ella misma... o su imagen
que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita
sin voluntad, ni voz ni movimiento,
pensado el corazón y el pensamiento
bajo el pie de la santa aparición;
y así quedó, la frente sobre el polvo;
hasta que el eco de la voz sagrada
a el alma permitió purificada
ocupar otra vez su corazón.

Entonces, envolviéndola en su manto,
su cabeza cubriendo con su toca,

el dulce acento de su dulce boca
dijo a la absorta Margarita así:
«TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO
Y NO TE ABANDONÉ; VE TODAVÍA—
ANTE MI ALTAR, ARDIENDO TU BUJÍA:
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TÚ EN MÍ.»

Y a estas palabras retumbando el trueno
y rápido el relámpago brillando,
del aire puro en el azul sereno
se elevó la magnífica visión.
La reina de los ángeles llevada
en sus brazos purísimos huía,
y a Margarita huyendo sonreía,
que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire transparente
en la infinita y diáfana distancia,
dejando en pos suavísima fragancia
y rastro de impalpable claridad;
y al volver a su celda Margarita,
y volviendo a sus afanes de toruera,
tendió los ojos por la limpia esfera,
y no halló ni visión, ni tempestad.

Corrió a su amado altar, se hincó a ado-
[rarle,
y al vital resplandor de su bujía
aún encontró la imagen de María,
y sus flores aún sin marchitar,
y a sus pies despidiéndose del mundo
que en vano su alma devorar espera,
vivió en paz MARGARITA LA TORNERA
sin más mundo que el torno y el altar.

APÉNDICE

A

MARGARITA LA TORNERA

FIN DE LA HISTORIA DE DON JUAZ Y
SIRENA LA BAILARINA

I

A deshora de una noche
y a la entrada de una calle
nublada y oscura aquella,
ésta solitaria y grande,
aquella escasa de luces,
y ésta escasa de habitantes,
pues que sólo entre un convento
y un caserón viejo se abre,
venía sobre un caballo
un hombre que a tientas sabe,
sin duda, el sitio que pisa,
pues va sin ver adelante.
Anduvo cincuenta pasos,
y del caballo apeándose,
dió en la puerta dos seguidas
aldabadas formidables.
Sonaron primero en ella,
después en las cavidades
de lo interior retumbaron
y al fin las devoró el aire,
pasaron tras de los golpes
de silencio unos instantes,
hasta que de una ventana
se alumbraron los cristales.
Apareció detrás de ellos
una sombra vacilante
al reflejo de una luz,
y tras esto desdoblándose
las dos hojas de los vidrios,

con acento lamentable dijo una vieja: «¿Quién llama?» y el que llamó dijo: «Abre!» —¿Qué queréis?

—Abre, demonio, ¿no me conoces? que baje Damián por este caballo. —¿Él es? ¡Jesucristo, valme!» dijo la mujer en lo alto, y la ventana cerrándose, abrióse al punto la puerta, y a oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba de su casa de Palencia, sin otro mal ni dolencia que el exceso de su edad, don Gil de Alarcón, a solas con su confesor, espera su cercana hora postrera con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen la vida y la mengaban, los días sólo le acaban que ya han pasado por él, que es el tiempo una carcoma que todo a traición le mina, y con mano igual arruina la cabaña y el dospel.

Y aunque en paz con su conciencia muere don Gil, buen cristiano, aún hay un recuerdo humano que le angustia el corazón: hay una idea rebelde con fuerza a su mente asida, que lucha, no con su vida, mas sí con su religión.

Un hijo ¡ay Dios! que tenía, por quien se afaná viviendo, y por quien llora muriendo, y que lejos de él está: y al Dios en quien cree suplica, que por piedad le conceda un punto en que verle pueda por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido por su amor y sus virtudes, las negras ingratitudes en olvida de su don Juan, y darle el último abrazo, darle el último consejo, es no más del pobre viejo el acongojado afán.

«Padre, al confesor decía, Padre, me acusa una idea. —¿Cuál es?

—Que mi hijo me crea con él airado al morir. Nunca otro fin me propuse que su bien y su fortuna, ¡mas no hay esperanza alguna en que poder consentir!

En busca de los deleites, mozo a los deleites dado, él se partió de mi lado, y acaso teme volver. Acaso teme el enojo de su padre que le adora. ¡Ay Dios! en la última hora ¿qué puede de mí temer?

Sólo quisiera, os lo juro, en este trance tremendo

poder echarle muriendo
mi paternal bendición.
No hay locura que no olvide,
dolor que no le perdone,
ni recuerdo de él que encone
la ira en mi corazón.

Así decía el buen viejo,
de su don Juan acordándose,
cuando don Juan arrojándose
en sus brazos exclamó:
«Ya estoy aquí, padre mío,
ya estoy ante vos de hinojos;
tornadme, padre, los ojos
o muero de angustia yo.»

Y ambos a dos tiernamente
padre e hijos se abrazaban,
y ambos a dos sollozaban...
¡Cosa triste de mirar!
lloraba el padre de gozo,
lloraba el hijo de duelo,
el dolor con el consuelo
los dos gustando a la par.

Perdón le pedía el hijo
y le estrechaba asintiendo
el viejo, que al fin cayendo
sin fuerzas le dijo así:
«Hijo, levanta y escucha
mis postrimeros acentos,
que tengo pocos momentos
para disponer de mí.»

Sentóse a su lado el hijo,
y a solas los dos quedando
así el padre siguió hablando
a su fin próximo ya:

«Juan, voy a darte mi última
prueba de amor, y quisiera
que esta voluntad me fuera
bien cumplida.

—Lo será.

—Tuyo es cuanto yo posco,
sin más condición que una,
y Dios, Juan, te dé fortuna
para gozarlo sin mí.
¿Me juras obedecerme?
Responde, Juan, porque siento
que se me arranca el aliento.

¿La cumplirás?

—Padre, sí.

¡Por cielo y tierra os lo juro!
—Pues bien, junto a Torquemada,
en tu herencia vinculada
una casita hallarás
cercada de un huertecillo;
allí, Juan, mi cuerpo entierra,
y esta casa y esta tierra,
Juan, no las vendas jamás.

Si algún día (y nunca llegue)
tus dispendiosas locuras,
o imprevistas desventuras
te roban cuanto te doy,
ven a mi tumba escondida,
que en mi sepulcro al postrarte
mi sombra saldrá a ayudarte...
Y adiós, Juan, que a morir voy!

—¡Padre!
—¡Adiós, Juan, hijo mío!
Siento que estoy expirando,
adiós... y haz lo que te mandó,
porque Dios te ayudará.
Y esto dicho inclinó el padre

hacia su hijo la cabeza
y él la besó con terneza...
Pero no existía ya...

Tornóse desde este punto
aquel oculto aposento
solitario monumento
de un justo que en paz murió.
Huyóse el alma a los cielos,
y el vivo que allí quedaba
al Dios se la encomendaba
que ante su ser la llamó.

Y ya próximo al ocaso
el sol del día siguiente,
turba enlutada de gente
se vió Palencia volver,
y tras de todos un hombre,
que en pie en mitad del camino
quedó el lugar por do vino
estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,
su denso manto tendiendo
y a su mirada impidiendo
la distancia penetrar,
apartar le hizo la vista
de lo que estaba mirando,
y las espaldas tornando
viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día,
al campo este hombre salía
y del campo se volvía
poco antes de oscurecer,
y ante las puertas llegando,
los ojos atrás tornando,
quedábase atrás mirando
mientras alcanzaba a ver.

Todo en la tierra pasa,
todo muere, se extingue o se deshace:
el duelo y el placer tienen su tasa
del hombre breve en la existencia escasa,
flor que se agosta con el sol que nace.

Queda el dolor un día
dentro del corazón más amoroso
en lenta y profundísima agonía,
pero calma el dolor más riguroso
y el que más implacable parecía.

Que así va nuestra vida
caminando entre gustos y dolores,
como fuente silvestre que escondida
por el sombrío bosque va perdida
zarzas bañando y campesinas flores.

Así don Juan, con la memoria triste
del cariñoso padre acongojado,
vivió con su memoria
en soledad un tiempo retirado,
en jornada diaria
visitando su tumba solitaria.
Mas sintiendo ceder su amargo duelo
y el alma serenarse cada día,
volvió a la sociedad, y halló consuelo
en lo que un tiempo su placer tenía,
y el consuelo por puntos aumentando
se iba por puntos en placer tornando.
De su dolor testigos,
con respetuosas chanzas y caricias
a cercarle volvieron sus amigos
y se iba a su presencia despertando
su corazón, sediento de delicias.
Volvió a reír don Juan, volvió a sus ojos
la viva luz del gozo y la esperanza,
volvió la soledad a darle enojos
y su opulencia le tornó a la holganza.
Sus administradores

cuentas a darle con afán vinieron de la herencia feraz de sus mayores, y a sus ojos pusieron sus pingües rentas, por don Gil dobladas, con mil cuidadas y con mil sudores. Tendió don Juan los ojos satisfechos por el risueño porvenir, y el mundo talló tal vez con límites estrechos a su deseo libre y vagabundo.

«¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia, estos montones escondidos de oro, si en la oscura y pobrísima Palencia no me sirve de nada mi tesoro?»

«¿He de gastar en mantas mis doblones o he de hacer de continuo a mis queridas regalos de peludos bayetones? ¡Quedarán, vive Dios, agradecidas! Murió mi padre, ¡duéleme a fe mía!»

Pero no es menos cierto que yo también me moriré algún día, y si la vida a divertir no acierto, comprando mi placer con mi riqueza, ¿no se aprovechará de mi torpeza otro más listo cuando me haya muerto?

¡Adelante, don Juan, viven los cielos! Menos dicen que son con pan los duelos. No pasemos la vida en llorar como imbéciles mujeres: la riqueza gocemos adquirida y hagamos amistad con los placeres.»

Y aquí don Juan, saltando de repente ruidosa carcajada que sin duda excitada fué por recuerdo que acudió a su mente, siguió diciendo: «Y en verdad que ahora pillaré descuidada a mi antigua Sirena encantadora. Vaya, vaya, don Juan, duelos aparte y vamos a Madrid, donde a esperarte

saldrá sin duda alguna con los brazos abiertos la fortuna. ¡Madrid, sitio a propósito para amorosos y reñidos lances, de petardos y cábalas depósito, y tela de aventuras y percañales! Vámonos a Madrid; es un capricho, mas mi padre perdone, que a Palencia heredándole abandoné, que Madrid es mi patria, y está dicho. Damián, en este punto los caballos ensilla, y el claro sol al despuntar mañana que fuera nos encuentre de Castilla.»

¿Qué distancia en don Juan menester era para obrar y pensar de una manera? Todo era en él lo mismo. En un momento arregló sus negocios conforme al concebido pensamiento, y a las diez poco más de una mañana salió sobre una yegua jerezana más ligera que el viento, y tres días después desde la altura del cano Guadarrama, de Madrid contemplaba la llanura, donde sus nieves pródigo derrama.

III AVENTURAS DE NOCHE Y DÍA

En aquel mismo aposento de la casa de Sirena en que trabó don Gonzalo con don Juan una pendencia, tienen ahora trabada plática amorosa y tierna la ambiciosa bailarina y don Lope de Aguilera.

Ya sabes, lector discreto, ^{cuando hay} de muy atrás quién es ella; ^{en su} voy, pues, a darte noticias ^{de} del galán que hoy la corteja. ^{Porque} Es don Lope un mozo ilustre ^{de} a quien de la edad más tierna ^{de} sus padres en Salamanca ^{se} dedicaron a las letras; ^{de} Aplicóse él de tal modo ^{de} o lo hizo de tal manera, ^{de} que se plantó la golilla ^{de} de años veinte y dos apenas; ^{de} La curia escandalizóse ^{de} de tan imberbe colega, ^{de} teniendo a menos el lado ^{de} con justísima vergüenza; ^{de} Murmuraron los doctores, ^{de} y alborotóse la audiencia; ^{de} mas él les tapó la boca ^{de} con su suerte y sus riquezas. ^{de} Presentóse el noble mozo ^{de} con impávida insolencia ^{de} al tribunal, despachando ^{de} sus negocios con franqueza, ^{de} y sus vuelillos de encaje, ^{de} y sus hebillas con perlas, ^{de} y sus pajes ataviados ^{de} con magníficas libreas, ^{de} y apagaron los murmullos ^{de} e hicieron al fin domésticas ^{de} las voluntades agrestes ^{de} de la turba descontenta. ^{de} Tornóse el ceño en sonrisa, ^{de} y en cortesía la bafa, ^{de} en rendimiento el desdén ^{de} y la repulsa en ofertas. ^{de} Y en fin, el poder que el mozo ^{de} tener en la corte muestra, ^{de} cambió en baja adulación

la ojeriza golillesca; ^{de} mas él, después de humillarles, ^{de} dióles no más por respuesta ^{de} de alcalde de casa y corte ^{de} la que recibió real cédula. ^{de} Pues rico en merecimientos, ^{de} con tamañas excelencias ^{de} obtuvo o compró una toga ^{de} y grande fama con ella, ^{de} Dióse con brío a las leyes, ^{de} y aunque legislaba a tientas, ^{de} y dió brujas al santo oficio ^{de} y vagos a las galeras, ^{de} Dióle además la manía, ^{de} para adquirir pronta y buena ^{de} fama en la corte, de hacer ^{de} en las mozas una leva, ^{de} Echó, pues, infatigable ^{de} tras damas de vida incierta ^{de} que tienen por mayorazgos ^{de} lo que de vivos heredan; ^{de} para lo cual de alguaciles ^{de} tenía en campaña puestas ^{de} multiplicada falange ^{de} en tales ojeos diestra. ^{de} Mas aunque asaz blasonaba ^{de} y de rectitud justiciera, ^{de} y andaba en continuo acecho ^{de} con astuta diligencia, ^{de} del vulgo siempre maligno ^{de} murmuraban malas lenguas ^{de} que dejaba las bonitas ^{de} y desterraba las feas. ^{de} Mas esto alababan otros, ^{de} exponiendo en su defensa ^{de} que así celoso atendía ^{de} de la corte a la belleza, ^{de} Y andaba en esto muy justo, ^{de} pues la hermosura completa

cuanto hay necesario y útil
en esta vida terrena.

¡Pero lo que son las cosas
de mezquindad y de tierra!

La que más firme parece
por fragilidad se quiebra.

Este don Lope, que espanto
de las cortesanas era,

su oro gastaba en secreto
pródigamente con ellas.

Y a pesar de su faz torva,
de su voz ronca y severa,

y de su amor a las leyes
y timorata conciencia,

se le bailaban los ojos
al dar con una mozuela

morenilla y vivaracha,
desenfadada y resuelta;

y como hiciese su encuentro
por alguna callejuela

excusada y solitaria,
fingiendo tomar las señas

de cualquier casa, tendía
por el embozo tras ella

los encadilados ojos,
y ¡qué cintura! ¡qué pierna!

¡qué rizo tan bien tirado
alrededor de la oreja...

qué de perfecciones lindas
en la visión pasajera!

Mas no eran todas las gracias
del joven golilla éstas:

había otra que era en él
costumbre y pasión violenta.

Un vicio que conservaba
allá de su edad primera,

debilidad ya de antiguo
a la noble gente aneja.

Que era el amor desmedido

a las damas de comedia,
y en su falta a las graciosas,

además de las boleras.

Porque siempre apetece
lo que más lejos se muestra,

lo que menos encontramos
que a nosotros se asemeja,

lo de que tenemos menos
costumbre o naturaleza.

Por lo que vemos continuo
conjunciones tan diversas,

y voluntades tan locas
por las cosas más opuestas,

como enanos por caballos,
y robustos por recetas,

y jorobadas por bailes,
y los pobres por apuestas;

y duques por bailarinas,
y por payasos duquesas.

Que hay quien gusta de unas caras
barnizadas como puertas

y a merced del albayalde,
hechas blancas de morenas,

y de unos ojos que brillan
bajo dos postizas cejas,

y de unos ahuecadores
convertidos en caderas,

y de unos rizos espesos
añadidos con destreza,

y de un punto de que el sastre
forma pechos, brazos, piernas,

y cinturas a su gusto
y al de la flaca o la gruesa,

y da académicas formas
a gente de alambres hecha.

¡Qué diablos! cada cual halla
donde quiere la belleza,

y todo es farsa en el mundo
como dice la comedia.

Y si a don Lope esto agrada
 ¿a quién su gusto interesa?
 Al cabo con ellas anda
 trastornada la cabeza.
 ¡Qué pie tiene la Felisa!
 ¡Qué mirada la Lucrecia!
 ¡Qué movimientos Aurora!
 ¡Y qué voz la Berenguela!
 Pero sobre todas Diana,
 y sobre Diana Sirena.
 ¡Qué gracia en la pantomina!
 ¡Qué rapidez en las vueltas!
 ¡Y qué garganta! ¡y qué todo!...
 Desde el momento de verla,
 con la vara y la golilla
 el buen don Lope dió en tierra:
 ¡Y qué diablos hay que hacer!
 Somos hijos de flaqueza,
 las tentaciones son graves,
 y son cortas nuestras fuerzas.
 Cerró don Lope los ojos,
 y tomadas sus secretas
 medidas, abrió sus arcas
 a la danzante hechicera.
 Cruzáronse para el caso
 dos virtuosísimas dueñas
 corredoras de placeres,
 y lebreles de monedas;
 y en fin, por pasos contados,
 y por doblones sin cuenta,
 llegó el juez hasta las plantas
 de la bailarina bella.
 Tanto más, cuanto que a ser
 la cosa de otra manera,
 hubiera bailado un solo
 con música de la empresa.
 Pues los golillas de entonces
 en un dos por tres pudieran

hacer de un corchete un santo,
 y un testigo de una piedra.
 En tal estado se hallaban
 los asuntos de Sirena
 con don Lope, él visitándola
 y recibéndole ella,
 cuando una noche, a deshora
 y estando de sobrecena,
 cruzándose las sonrisas
 por detrás de las botellas
 en el más dulce coloquio,
 del aposento la puerta
 se abrió repentinamente
 y entróse don Juan por ella.
 Y diciendo *buenas noches,*
señores, y echando a tierra
 capa y chambergo, sentóse
 sin ceremonia a la mesa.
 Quedaron los tres mirándose,
 descolorida Sirena,
 don Juan con franco descaro
 y receloso Aguilera.
 Así estuvieron un punto
 y sin comprender apenas
 don Lope y la bailarina
 del de Alarcón la presencia,
 hasta que una carcajada
 de éste, a todo trapo suelta,
 cambió del todo por último
 la situación de la escena.
 Cesó de reír don Juan
 y dijo de esta manera:
 cada cual dando a su tiempo
 a sus palabras respuesta.

DON JUAN

«Sepamos con quién se habla,
 señor hidalgo. En Palencia

soy yo don Juan de Alarcón.
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE

Ya hidalgo me habéis llamado.

DON JUAN

No tengo aun más que sospechas
de que sois tal por el traje
y vuestra barba de a terciá.

Mas no es esa la pregunta:
alrededor de esta mesa,

¿qué nombre usa su merced,
sea en otra parte quien sea?

Mas veo que os recatáis
y os haré la delantera,

que es bien que antes os entere
de lo que acontece. Sepa

pues, señor mío, que asuntos
de mi familia y hacienda,

me obligaron de esta casa
a hacer una corta ausencia.

Ahora bien, sin más rodeos,
pues veis que he dado la vuelta,

el caso es que aquí sobra uno.
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?

Si es que compráis, declaremos
nuestra posesión en venta;

si lo debéis a la suerte,
la suerte entre ambos resuelva,

y o al que le toque la pierda,
o quien dé más se la lleva.

O de quererla los dos
a espada en mano, y afuera.

Elegid.

El juez que en tanto
todas sus razones, pesa

y en todo evento prefiera
no dar razón de quién sea,
dijo: «Convengo en tirarlo
al azar.

—Enhorabuena.»

Y echando don Juan al punto
la mano a las faldrigueras

dijo al sacarla: «Veamos,
yo dejo el puesto si acierta.

¿Hay pares o nones?
—Pares.

—Contad, pues, esas monedas,
y echó don Juan en un plato

nueve onzas en nueve piezas.
«Perdó, dijo el juez, y el otro

que adivina lo que piensa,
díjole: «Meted espadas

si los otros no os contentan.
—A poder en este instante

¡juro a Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente tenéis?

Declaradlo con franqueza,
que aunque siempre estoy a punto

de empezar una quimera,
cuando plazo me señalan

ninguno me mete priesa.»
Miróle el juez de soslayo,

y por bajo de las cejas
chispeándole los ojos,

tomó a espacio la escalera.
Oyéronse sus pisadas

irse alejando por ella.
y oyóse alzar la aldaba

y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA

¡Señor don Juan, qué habéis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN —

¿Pues quién es? ¿Es tu marido?

SIRENA

No.

DON JUAN

Ya vistas que le propuse para adquirirse tu amor, azar, dinero y valor; no hay, pues, de qué se me acuse.

SIRENA

¿Ay, don Juan, que lleva ese hombre la intención más depravada!

DON JUAN

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA

Cuando yo os diga su nombre temblaréis.

DON JUAN

¿Su nombre acaso es un volcán o una mina, que está ardiendo a la sordina y esperando nuestro paso?

SIRENA

Ese hombre a quien provocáis es el alcalde Aguilera.

DON JUAN

No me parece una fiera.

SIRENA

¡Ay de vos si con él dais!

DON JUAN

¡Y ay dél si conmigo dald! Mas niñerías aparte, puesto que vuelvo a encontrarte, di, niña, ¿cómo te va?

—Famosamente.

—¿Y Margarita?

—No sé

¡vive Cristo! ni quién fué la tal mujer.

—Bravamente.

¿Y don Gonzalo?

—¡Buen lance

el suyo! ¡Y qué bien riñó! Mas para otro mundo echó, y ya el diablo que le alcance.

—¿Le matasteis?

—¿Y qué hacer?

Se empeñó en hallar venganza a causa sin esperanza, ¡qué había de suceder! —¡Pobre muchacho!

—¡Eh! dejemos

en paz a quien ya no existe, y que no llegue lo triste, Sirena, a tales extremos. ¿Qué te importa don Gonzalo? Mientras yo contigo esté paréceme, por mi fe, que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos
a la luz de la bujía,
volvamos a nuestra orgía,
y... echemos estos cerrojos
por si acaso.

—Y esto hablando
don Juan, cerró bien las puertas,
llenó su vaso, y... no pudo
más alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
del viaje, abrevió la cena,
y en brazos cayó del sueño
tras de poca resistencia.

Apenas las nueve daban
de la mañana siguiente,
y don Juan con la Sirena
en pláticas bien alegres
concluido el desayuno
estaban entreteniéndose,
cuando interrumpió su gozo
inesperado accidente.
Pálida y despavorida
llegó la doncella Irene
diciendo: «¡Señor, salvaos!

—¿Qué dices, loca?
—Que vienen
a prenderos.

—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es éste?
—¡Ay! ¡Huid, don Juan, huid!
Y no extrañéis que os recuerde
la muerte de don Gonzalo.
—¡Vive Dios!

—Ved que quien quiere
prenderos es Aguilera.

—¡Éh! ¡Por vida mía! ¡Que entre!

—Ved que son muchos.

—No importa.

—Por Dios, don Juan.

—¡Bah! Tenere
siempre a mi espalda y dejarlos.

Y asiendo bizarramente
su larga espada don Juan,
a abrirles la puerta fuése!

Presentóse en ella al punto
don Lope con sus lebréles,
y grande acompañamiento

de curiosos y de gentes,

y en sus miradas de triunfo

bien claro don Juan advierte

el poder que la venganza

dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre don Juan

que a nadie en orgullo cede,

y así con desdén altivo

aguarda a que el juez empiece;

el cual con sonrisa doble,

que harto a burla se parece,

de esta manera le dice,

y don Juan a él de esta suerte:

«—¿Quién es don Juan de Alarcón?

—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

—Que se dé al rey.

—¿Con qué causa?

—Hoy su Majestad pretende

que en un sillón duradero

en su presencia se siente.

—Pues dadle al rey muchas gracias,

que yo no quiero de reyes

más que los bustos que corren

en sus monedas.

—No intente,

señor galán, resistirse, que en sangre teñidas tiene las manos, y de un tal Bustos he sido yo algo pariente.

—¡Hola! ¿Sabéis esa historia, y esa sangre os pertenece?

Pues no intentéis, señor gollilla, que con la vuestra se mezcle, porque quien vertió la una a verter otra se atreve.

—¡Ea, mancebo, ya basta! ¡Espada y persona entregue, o vive Dios!...

—Norabuena, por ella quien guste llegue, que por el puño la tengo.

—Pues a él, ministros, prendedle.

—Pues, señor juez, adelante, y salga lo que saliere.»

Así diciendo, don Juan con la cuadrilla arremete sentando en ella sin tino estocadas y reveses.

En vano se le antepone densa nube de corchetes, de escribanos y testigos; él tira siempre de frente, y en dos minutos despeja de bultos el gabinete, y huye espantada la turba, al rey invocando siempre.

Desmayóse la Sirena, rompió en clamores la Irene, y en un momento en la calle se arremolinó la gente.

Rejas y balcones se abren al ruido, y todos haciéndose

pregunta sobre pregunta, mas todos sin entenderse.

Quién huye despavorido sin saber de lo que teme, quién oye estúpido y mira, quién bravea sin moverse desde la calle entretanto, que nada ve ni comprende; Ayes y votos se escuchan, estoques por alto vense, y bocas abiertas dando órdenes que nadie atiende.

Miran todos a la casa por fuera de las paredes, como si a través pudieran ver lo que dentro sucede, y el dintel los alguaciles a pasar sin atreverse, se desgañitan de miedo, y al auditorio ensordecen.

Al fin, por sobre el gentío viéronse llegar jinetes atropellando la turba y armados hasta los dientes. Doblaron los alguaciles sus roncas voces al verles, y oyéronse maldiciones de la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala don Juan esgrime y revuelve contra tres que cara le hacen con el juez que se defiende; pues insultado Aguilera por él, y mofado al verse, tiró el bastón y echó mano al estoque bravamente.

Mas es muy diestro don Juan y en tal posición se tiene, que espada y daga empuñando

de tal modo les ofende,
 que no desperdicia un golpe
 ni un pie de terreno pierde.
 Da, cía, para, se cubre,
 amaga, recibe, vuelve,
 al uno tira de punta,
 al otro a revés le hiere,
 y al fin con un doble amago
 al de Aguilera sorprende,
 y en la tetilla derecha
 honda estocada le mete.
 Cayó don Lope, y los otros
 que por él lidian, al verle
 doblaron contra don Juan
 con rabia, aunque inútil siempre.
 Pues él que ve su venganza
 cumplida, y abajo siente
 caballos, tal les acosa,
 que al uno le desguarnea,
 derriba al de la derecha,
 y sobre el tercero llueve
 tal tropel de cintarazos,
 y con voz tan insolente
 les insulta y les confunde,
 que aturdidos los pobretes
 huyeron al fin mohinos
 y zurrados malamente.
 Entonces don Juan, que nunca
 su peligro desatiende
 ni pierde el tino en su ira,
 con mano asaz diligente
 cerró las puertas, y astuto
 buscó balcón que cayese
 a otra calle, y por las rejas
 descolgóse osadamente.
 Gritó un hombre que pasaba,
 pero no pudo dos veces,
 porque don Juan levantándose
 tendióle de un golpe inerte.

Miró, y eligió camino,
 se embozó bien, y metiéndose
 por una calle excusada,
 para su posada fué.
 Tomó el caballo en que vino,
 salió de Toledo al puente
 y echó a escape, encomendándose
 a su brío y a su suerte.

Echó la justicia mano
 de Sirena y de la gente
 que halló en su casa; crecieron
 los procesos como peste,
 y concluyóse la causa
 al concluir nueve meses,
 y en ella los que quedaron
 pagaron por los ausentes.
 Del juez y de don Gonzalo
 las averiguadas muertes
 en una sola sentencia
 se vengaron de esta suerte:
 Condenóse allí a don Juan
 a morir, si se le hubiere;
 mas nadie pensó en buscarle,
 como continuó acontece.
 A Sirena por diez años
 a reclusión, y por siete
 a la criada, mandando
 que al de Aguilera lo entierren.

*Conque se salva quien corre,
 y acierta quien se defiende,
 y está visto, la fortuna
 sólo ayuda a los valientes.*

Hundía el sol su disco refulgente
 tras la llanura azul del mar tranquilo,
 dando sitio a la noche, que imprudente
 presta con sus tinieblas igualmente
 al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en el ocaso al expirar el día
con su postrera luz reverberaba,
y del inquieto mar se despedía,
y de la tierra que a los lejos veía
que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase a Cádiz la opulenta
blanqueando débilmente entre la bruma,
sentada a flor del agua turbulenta
como queda después de la tormenta
témpano errante de perdida espuma.

Y aun se podían distinguir apenas
los altos y movibles masteleros
por cima y en redor de sus almenas,
y en alas de las ráfagas serenas
la voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
tragó la luz de la amarilla luna,
cuando en cóncavo son tronó imprevisto
cañonazo de leva, ronco aviso
de nave que invocaba a la fortuna.

Lanzóse una a la mar, y a toda vela
abandonando el puerto prontamente,
a par del viento favorable vuela,
y a la luz clara que en la mar riega
se la mira bogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
a su playa feliz llegar en ella,
y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: país de los placeres,
encantado vergel rico de flores,
vivienda de hermosísimas mujeres,
patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan; ¿a dónde iría,
el osado y amante pendenciero,
a prolongar su interminable orgía
y a gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí; porque en Italia mora
el amor, la molicie y la pereza;
a Italia, sí; donde el placer se adora
altares levantando a la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
cuánta ilusión de amor y de ventura,
lleva en su corazón, que nunca alcanza
fin a la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
atrás los muertos que dejó lidiando,
mas la suerte con él marcha propicia
cabo feliz a cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA..., ¿quiénes fueron?
Ya sus nombres le son desconocidos:
su amor y sus encantos se perdieron
un momento después de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
llena tras él de su memoria queda,
sólo volver a España le acomoda
cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

«Mientras es joven, dice, mientras lleve
deseo el corazón y oro el bolsillo,
lanzarse el hombre a los deleites debe
del sol de su fortuna al claro brillo.»

«El placer es mi Dios; mi alma desea
para sólo gozar larga la vida;
cuando sin oro y sin placer la vea,
como una inútil prenda envejecida,

«con estoica calma indiferente
despojaréme de ella, convencido
de que al que un aura de placer no aliente
le debe de bastar lo que ha vivido.»

Tal es don Juan, y tal el pensamiento
que a la risueña Italia le conduce;

Reñir, amar, beber, he aquí su intento;
gozar sólo es vivir, de ello deduce.

A Italia va don Juan; ¿y a dónde iría
en verdad el amante pendenciero
a prolongar su interminable orgía
y a gastar su existencia y su dinero?

IV

Fuese a Italia don Juan, lector querido,
y aquí cierra su historia su cronista,
que seguirle hasta Italia no ha podido;
lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusión para una his-
[toria
acabar en un viaje

la vida y la memoria
de su más importante personaje.

Decir que llegó a Italia, como dice,
sin añadir más dél, es un exceso
de historiador sin seso;

porque si al menos naufragar le hiciera,
bien la historia en naufragio concluyera.
Pero sólo nos dijo

a Italia fué, de donde yo colijo
que fué este historiador un calavera.

Yo que, ¡oh lector!, tus intereses miro,
y a darte gusto aspiro,

tras el fin de don Juan un año anduve
crónicas y memorias registrando,
manuscritos y sabios consultando,
mas nada de don Juan a manos hube.

Hasta que al fin pasando por fortuna,
y ha poco por Palencia,
topé con la ocasión más oportuna.

Un clérigo muy viejo,
en cuya casa por mi buen consejo
me hospedé aquella noche,
me contó como cosa verdadera,

y por los ojos de su abuelo vista,
una historia, que a fe que si no era
de don Juan de Alarcón, servir pudiera
para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,
con lo que el cuento de don Juan concluyo,
y aunque de su verdad no desconfío,
a Dios plazca, ¡oh lector!, que como al mío
concluya mi don Juan a gusto tuyo.

Seis años había durado
del bravo don Juan la ausencia,
y su memoria en Palencia
con ellos se había borrado.

Mientras él fuera de España
vivió, habíanse vendido
sus bienes, que habían venido
a manos de gente extraña.

Y en fin, el mozo expatriado
u oculto, no pareciendo,
fué poco a poco perdiendo
la hacienda que había heredado.

Siendo ella de las mejores
que en toda la tierra había,
está claro que tendría
infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
don Gil y don Juan, ninguno
puso impedimento alguno
a sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
la parte que le convino,
sin curarse del destino
de lo demás del caudal.

Y un hombre que se nombraba
de don Juan apoderado,
daba un recibo firmado
con la escritura y cobraba.

Nadie se volvió a meter en más averiguaciones ni en ver si los Alarcones podrían o no volver.

De ellos quedó en conclusión la casa donde vivieron, a la que siempre entendieron por la *casa de Alarcón*.

Cuatro paredones, esto es lo que guarda Palencia de su pasada opulencia por triste y último resto.

Y a vuelta de algunos años y de otra generación, todos serán de Alarcón a las memorias extrañas.

Tal es la vida, lector: quien mete en ella más ruido, cae más pronto en el olvido, y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada del turbio enero venía, por una dehesa que gufa de Palencia a Torquemada,

un hombre mal ataviado, cuyo traje y porte fiero le daban por extranjero, aunque no por muy honrado.

Traía el ceño fruncido, a través del cual brillaban dos ojos que a par miraban con insolencia y descuido.

Una daga milanesa y en los brazos se lanzaron por la cintura cruzada, y una larguísima espada en dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje igualmente convenía a hombre que más no tenía, o a un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido; su capa al hombro, y su fiera presencia, bien se pudiera tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona hay cierto aire de grandeza que inspira cierta franqueza y a su misterio aficiona.

En un camino el hallarle pavor infunde sin duda: pero si pasa y saluda vuélvese uno a contemplarle;

y siéntese que se aleje al ver tanta gallardía, a par que causa alegría que franco el paso nos deje.

En fin, el viajero es tal, que a todos cuantos le ven de lejos parece bien, pero muy de cerca mal.

Él en tanto, sin curar de quién pasa por su lado, iba con pie acelerado atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida tomó una senda que a un valle por las viñas se abre calle de antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado que está con yerba y ramaje no parece aquel paraje en verdad muy transitado,

él sigue siempre constante, como quien sabe el destino

a que conduce el camino
que se le extiende delante.

Siguió por entre los brezos
y el enredado zarzal,
con el pie o con el puñal
apartando los tropiezos,

y llegó al fin de la cuesta
do se veía en la hondanada
una cañilla olvidada
ya ruínosa y descompuesta.

Ya cubierto de amarillo
musgo y de yerba silvestre,
rodeaba esta campestre
casa un corto huertecillo.

Ya en él no había señales
de manos de jardinero,
y el plantío y el sendero
eran sin cultivo iguales.

Sólo en su centro se veía
sobre un monumento alzada,
de piedra una cruz labrada
que aun en pie se mantenía.

Paróse ante ella el viajero,
y ya por respeto fuese,
ya por temor que sintiese,
dejóse en tierra el sombrero.

Postróse después de hinojos,
permaneciendo un instante,
aunque sereno el semblante
con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
al cabo del cual alzándose,
con el sepulcro encarándose,
dijo así con triste acento:

«Padre, al morir me dijisteis:
«Si algún día tus locuras
«o imprevistas desventuras
«te roban cuanto te doy,

«ven a mi tumba escondida,
«que en mi sepulcro al postrarte
«mi sombra saldrá a ayudarte...
«Cumplióse así, y aquí estoy.

«Rompe, pues, sombra adorada,
«esa piedra que te esconde,
«y a mis suspiros responde
«momentánea aparición;
«dime, sí, que desde el cielo
«do mi padre habita ahora,
«no me lanza aterradora
«su terrible maldición.»

Calló aquí un punto, y besando
la lápida, con tristeza
inclinando la cabeza,
dijo alejándose ya:

«¡Quimeras!..., nunca los muertos
«salen de la madre tierra
«que avara en su vientre encierra
«el polvo que ser nos da.»

Entró así hablando el viajero
en la casa abandonada,
roída y desmantelada
por el tiempo destructor,
y no halló cosa en su centro
de que echar mano pudiera
ni aun para hacer una hoguera
y procurarse calor.

Los insectos y las aves
la ocupaban solamente,
y en los aires de repente
se lanzaron en tropel
al sentir bajo su techo
rechinar la antigua puerta,

que al entrar por ella abierta
dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono;
desde el suelo a la techumbre
vió el triste con pesadumbre
polvo y miseria no más:
y, doquier que los tendía,
sólo encontraban sus ojos
de otro tiempo los despojos
que no ha de volver jamás.

La lluvia que penetraba
por los techos derruidos
tenía ya enmohecidos
los aposentos doquier:
y en los viejos paredones
las vigas fuera de asiento,
amagaban de un momento
a otro momento caer.

Las puertas al empujarlas
desvencijadas cedían,
porque apenas mantenían
quicio en que apoyarse ya:
todo, en fin, amenazando
pronta y deplorable ruina,
hacia la tierra se inclina
y a hundirse en su nada va.

Y todo esto lo contempla
el viajero muy despacio,
como pudiera un palacio
magnífico examinar
un anticuario curioso,
o un avaro que allí viera
una joya que otro hubiera
perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
de no hallar lo que apetece,

contra sí mismo parece
que revuelve su furor,
y en la sonrisa sardónica
con que mira cada objeto,
se ve que le da en secreto
su vista intenso dolor.

Suelta a veces repentina
e histérica carcajada,
y a veces con voz airada
espantosa maldición:
y otras veces dulce y lánguida
melancolía le inspira
y tristemente suspira
su oprimido corazón.

A veces se creó que llora
y otras con voz insegura
preces por bajo murmura
que son conjuros tal vez,
y a veces con ira impía
jura, y maldice, y blasfema,
provocando un anatema
de Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
de exasperados pesares,
ni espera ya en los altares
ni fía en sí mismo ya:
y alguno dijera, viendo
su descompuesta figura,
que asentada la locura
dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
y puertas desencajando,
rompiendo y aniquilando
cuanto encuentra aquí y allí,
llegó hasta un salón oscuro

cuyo fondo daba entrada a otra fábrica apartada que no había visto hasta aquí.

Daba de la casa a un ángulo en que estriba un aposento que parece en su cimiento más seguro gravitar, y al que separa del resto de aquel edificio triste una puerta que resiste, y él pugna por desquiciar.

Mas no pudiendo, y no hallando ni llave ni picaporte, tentó hallar algún resorte que la moviera tal vez; y al cabo de ir apurando sospechas una por una, asíó un clavo por fortuna y se abrió con rapidez.

Daba la puerta a una estancia con escasa diferencia alhajada en opulencia de las otras a la par, aunque algo menos ruinosas, y al parecer en secreto preparada a algún objeto difícil de adivinar.

No había de aquel oculto y aislado aposento en torno más mueble ni más adorno que un antiquísimo arcón, cuya llave conservada en su propia cerradura, tal vez al secreto augura misteriosa solución.

Abrióla aquel hombre acaso esperando en su fortuna; alzó la tapa importuna, ansioso de ver si allí algún secreto encontraba que influyera en su destino, mas sólo halló un pergamino escrito, y decía así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS
TODO LO HABRÁS YA PERDIDO,
Y TENDRÁS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y A TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEZ TE DEJO,
Y CREE QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTE MEJÓR.

Quedóse don Juan atónito, pues no era otro el que leía, ni era otro el que escribía sino su padre don Gil: y sin apartar los ojos de aquel fatal pergamino, contemplaba su destino con arrebató febril.

Y vió que había en el techo una escarpia asegurada, y en el arcón enrollada miró la cuerda fatal; y desplegándose toda su existencia ante sus ojos, su insensato le dió enojos panorama criminal.

No había en él más que juegos, pendencias y desafíos, disolutos amoríos y crímenes por doquier.

Aquí el esposo ultrajado,
allí la justicia hollada,
acá la monja engañada,
la seducida mujer.

Asesinado el amigo
allá en la sombra moría
en su sangrienta agonía
maldiciendo su amistad:
allá la lívida sombra
del desdichado Aguilera
salía rabiosa y fiera
de la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
de riñas y seducciones,
en negras apariciones
mostrándose por doquier,
veníansele acercando
en muchedumbre siniestra
con el puñal en la diestra
su impía sangre a verter.

Todas, estrechando el círculo,
en redor suyo apiñadas,
venían desesperadas
a maldecirle a una voz,
cada cual con justa cólera
pidiéndole ansiosa cuenta
de alguna hazaña sangrienta
o de algún crimen atroz.

¡Ay!, delira el desdichado,
La sangre hirviendo en sus venas
le deja intervalo apenas
en que poder respirar:

Y ¡miseró don Juan!..., ¡miseró!,
a donde quiera que mira
ve un espectro que con ira
viene su alma a demandar.

¿Y su padre? No, no hay duda:
al ver de don Gil la letra
el cruel destino penetra
reservado para él:
y sintiendo la conciencia
que le despedaza el pecho,
dijo de pronto: «Esto es hecho».
Y asió con ira el cordel.

Hízole un lazo a una punta,
el arca arrastrando trajo
hasta ponerla debajo
de donde la escarpia está:
y atando un extremo en ella,
y en su cuello el otro extremo,
maldijo don Juan su estrella
a morir resuelto ya.

Colocóse sobre el arca,
disminuyó cuanto pudo
el espacio que del nudo
hasta su cuello quedó:
y entonces, segundo Judas,
con habla ya enronquecida,
así de la alegre vida
diciendo se despidió:

«Tenéis razón, padre mío,
»ya otra cosa no me resta;
»para una vida como ésta
»mucho mejor es morir.
»¡Tenéis razón! Gran regalo
»me dejáis, y le merezco;
»sea, pues, ya os obedezco.
»¡Abra Dios mi porvenir!»

Tras cuyas impías palabras,
con los pies la arca empujando,
quedó el misero colgando

blasfemando de su Dios:
mas no bien gravitó el cuerpo
en la escarpia, cuando al punto
hierro y cordel todo junto
cayó de su cuerpo en pos.

Desplomóse con estruendo
la carcomida techumbre,
y empolvada muchedumbre
de escombros bajó detrás.
«¡Malditos maderos viejos!»,
exclamó don Juan alzándose,
mas en su plan afirmándose,
dijo: «Un árbol valdrá más.»

Mas mirando al techo al irse
por azar, cuál fué su asombro
cuando pegado a un escombro,
otro pergamino vió,
que a un lado manifestaba
un cerrado cofrecito,
y en él se veía escrito
esto, que don Juan leyó:

PUES TUS VICIOS, ¡INSENSATO!,
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUÉRDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS
SERÁ FORZOSO QUE VENGAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZÁS.

CONCLUSIÓN

Tú creerás, lector amigo,
que don Juan, esto leyendo,
en cuentas entró consigo,
y por fin escarmentó:

también yo lo suponía,
pero, amigo, nada de eso,
porque aquel clérigo obeso
que esta historia me contó,

me juró como hombre honrado
que había después sabido
que este don Juan, perseguido
por la justicia otra vez,
se escapó con su tesoro,
y volvió a su antigua vida,
gastando en Francia su oro
con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
aquel venerable anciano
apretándome la mano,
acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo
¡oh lector de mis entrañas!,
que a quien tiene malas mañas...
el refrán se lo dirá.

LEYENDA CUARTA

LA PASIONARIA

CUENTO FANTÁSTICO

Un día en que mi mujer leía los cuentos
fantásticos de Hoffmann, y escribía yo a
su lado los míos, se entabló entre nosotros
el siguiente diálogo:

Mi mujer.—¿Por qué no escribes un
cuento fantástico, como los de Hoffmann?

Yo.—Porque considero ese género in-
oportuno en España.

Mi mujer.—No alcanzo la razón.

Yo.—Yo te la diré. En un país como el

nuestro, lleno de luz y de vida, cuyos moradores vivimos en brazos de la más íntima pereza, sin tomarnos el trabajo de pensar en procurarnos más dicha que la inapreciable de haber nacido españoles, ¿quién se lanza por esos espacios tras de los fantasmas, apariciones, enanos y gitanas de ese bienaventurado alemán? Nuestro brillante sol daría a los contornos de sus medrosos espíritus tornasolados colores que aclararían el ridículo misterio en que las nieblas de Alemania envuelven tan exageradas fantasías.

Mi mujer (interrumpiéndome).—Esa teoría será muy buena, pero en este caso ¿a qué género pertenece tu leyenda *Margarita la tornera*?

Yo.—Al género fantástico, sin duda.

Mi mujer.—Luego la teoría y la práctica están en contradicción.

Yo.—Entendámonos. *Margarita la tornera* es una fantasía religiosa, es una tradición popular, y este género fantástico no lo repugna nuestro país, que ha sido siempre religioso hasta el fanatismo. Las fantasías de Hoffmann, sin embargo, no serán en España leídas ni apreciadas sino como locuras y sueños de una imaginación descarriada; tengo experiencia de ello.

Mi mujer.—Acaso tendrás razón; pero yo quisiera que hicieras la prueba.

Yo.—Enhorabuena; mas con una condición. Que sobre ti vaya la responsabilidad del éxito.

Mi mujer.—Acepto.

Yo.—Tú me darás el argumento de la composición.

Mi mujer.—Y tú le tratarás con imparcialidad.

Yo.—Prometo escribirte como Dios mejor me dé a entender.

Mi mujer.—Pues escucha.

He aquí, amigo lector, la historia de mi *Pasionaria*, que está dedicada a mi mujer, de quien es original. Tú la juzgarás. Pero te suplico que no la leas tan sin cuidado que desfigures la belleza del argumento con la torpeza y desaliño de la ejecución.

JOSÉ ZORRILLA.

INTRODUCCIÓN

En un fresco valle ameno, de flores y árboles lleno, que a un jardín se parecía, un buen hidalgo vivía de pesadumbres ajeno.

De aquel albergue escondido la soledad deleitosa había un santuario sido donde pasó guarecido su larga vejez dichosa.

Soldado fué mientras pudo con el lanzón y el escudo; mas, su buen tiempo pasado, volvió a su valle ignorado a ser campesino rudo.

Allí dejó, a su partida para la empeñada guerra, en una esposa querida y una hija de ella tenida cuanto adoraba en la tierra.

Mas de la guerra al volver con sus heridas ufano, echó el buen hombre de ver

que honrado volvía en vano;
faltábale su mujer.

El pobre hidalgo la enviaba
nuevas suyas cada día
que una ocasión encontraba,
pero siempre se perdía
el mensaje, y no llegaba.

Murió, pues, la triste esposa
sin noticias de su suerte,
pues en lid tan azarosa
dar era difícil cosa
más noticia que la muerte.

Lloró su mala ventura
por largo tiempo el soldado;
mas todo el tiempo lo apura,
y el deleite y la amargura
tienen su fin señalado.

Vivo trasunto de aquella
perdida ya dulce esposa,
quedábale una doncella,
como su madre amorosa,
y más que su madre bella.

¿Y quién, ¡vive Dios!, no olvida
los desastres más prolijos
cuando la luz de su vida
llega a ver reproducida
en el amor de sus hijos?

La vejez desencantada
tal vez no goza con nada:
pero la más cruel historia
se borra de su memoria
si de hijos se ve cercada.

Así el valiente Robleda
todo su amor atesora
en la hija que le queda.
¡Ojalá Dios le conceda
larga vejez con su Aurora!

Aurora, sí, se llamaba
porque en la aurora de un día

con que un abril empezaba
nació, y el sol que apuntaba
con ella a la par nacía.

¿Y quién sabe si al preveer
su hermosura venidera
quiso el sol su estrella ser,
y vino la primavera
su más bella flor a ver?

Así suceder debió,
porque en aquella espesura
la bella Aurora creció
y dióla doble hermosura
cada aurora que pasó.

Rosa del valle frondoso
que del cierzo la guarece,
su cáliz abre oloroso,
bálsamo espárece precioso
en el desierto en que crece.

Sus primorosos colores
y su fragancia exquisita
vergüenza son de las flores
que aquellos alrededores
dan entre yerba marchita.

Y orgulloso y satisfecho
de guardar tan linda flor,
Robleda pide a su pecho
ámbito menos estrecho
para su ambicioso amor.

Toda su triste existencia
de auroras desventuradas
y de sangrientas jornadas,
de aquesta Aurora en presencia
sueño es de cuitas pasadas.

Y así en su albergue escondido
y en soledad deleitosa,
contra el pesar guarecido
pasa su vejez dichosa
el soldado encanecido.

En una de abril fecundo
 deliciosísima tarde,
 y en la orilla de un arroyo
 que cruza el ameno valle,
 bajo la sombra sentada
 de unos juncos desiguales,
 una hermosísima niña
 sola y distraída yace.
 Del manso arroyo contempla
 los fugitivos cristales
 que en las arenas del fondo
 reflejan su bella imagen:
 y hállase linda sin duda
 según lo que se complace,
 ya sonriendo con ella
 o ya con ella enojándose.
 A veces turbando el agua
 la borra por un instante,
 volviendo curiosa luego
 a ver cómo se rehace:
 y asoma sobre sus labios
 de purísimos corales
 vaga e infernal sonrisa
 de nuevo al verla formarse.
 Mirala atenta, esperando
 a que las aguas se aclaren,
 y a solas con su reflejo
 plática entabla muy grave.
 ¿Por qué me miras, le dice,
 cuando me inclino a mirarte,
 y si me aparto te apartas,
 y si salgo a verte sales?
 ¿No sabes que es mucho orgullo
 para una sombra tan frágil
 hasta quien la da la vida
 osar subir arrogante?
 ¿No sabes que con un soplo

romper y manchar me es fácil
 los ojos con que te atreves
 en los míos a mirarte?
 ¿Quién eres tú, necia sombra,
 para salir a encontrarme
 tras el quebradizo muro
 de tu trasparente cárcel?
 ¿Tú, pobre ilusión sin vida,
 sombra sin cuerpo palpable,
 que sólo a la sombra de otro
 puedes vivir arrastrándote?
 ¿Tú, que a mi solo capricho
 debes no más cuanto vales,
 puesto que nunca nacieras
 si yo a ti no me acercase?
 ¿Y todavía me miras?
 ¿Y te me ríes, infame?
 ¿Y me provocas sirviéndote
 de mis mismos ademanes?
 Para insolencia tamaña
 ya no hay paciencia que baste;
 toma, descarada, y sea
 cada granito un ultraje.
 Y así la hermosa diciendo
 por castigar a su imagen,
 tiraba al fondo del agua
 las arenas de la margen,
 Al ver la espuma que elevan,
 y al ver los innumerables
 circuillos que producen,
 y unos en otros quebrándose
 fugitivos de su centro,
 y en tumulto interminable,
 los unos van a perderse
 adonde los otros nacen,
 y entre la confusa tela
 de sus líneas vacilantes;
 al ver en el fondo turbio
 inquieta siempre su imagen,

con inocente sonrisa
y con infantil donaire,
«eso es, decía, ya vuelves,
necia sombra, a tus desmanes;
mas veremos por quién queda
tú a salir, y yo a borrarte.
Y arena tiraba al agua
con caprichoso coraje.
En tal entretenimiento
se la pasaba la tarde,
luchando contra su sombra
que aparecía constante,
cuando un mancebo que estaba
tras ella, con voz suave
y afectuosísimo tono,
díjola: «Aurora, ¿qué haces?»
Tornóse al punto la niña,
y ruborizada alzándose,
dijo bajando los ojos:
«¿Qué he de hacer más que esperarte?»
—Tan entretenida estabas
con el arroyo...

—Tirábale
las arenillas que cría
por venganza,

—¿En qué es culpable
para que así le castigues?
—Detesto sus falsedades,
y él me engaña.

—¿Qué te dice?
—Me copia todo el semblante,
y miente, sin duda alguna.
—¿Por qué?

—Porque a ser iguales
yo y el reflejo que pinta,
más en verdad te agrada-se.
—¿Pues quién te ha dicho, alma mía,
que yo no te le idolatre?

—Más a menudo vinieras
si así fuera a contemplarle.
—¿Acaso tardé?

—Lo ignoro,
cuando vienes nunca es tarde.
Pero cuando pasa un día,
y otro y otro, y aguardándote
paso horas y horas sentada
mirando por todas partes
sin que por ninguna lleguen
mis ojos a tropezarte,
¡ay, Félix, qué de recelos
me atormentan!

—¿Pues no sabes
que tengo yo, Aurora mía,
ayo, maestros y padre
que me acechan de continuo,
y que me es fuerza robarles
los minutos para verte,
sino para idolatrarte?
Cuando el castillo abandona
ya por caza ya por viaje,
es sólo cuando evadirme
de mi preceptor es fácil;
y sólo con mil pretextos
logro entonces engañarle
y no oír sus importunos
consejos inagotables.
Con él del noble ejercicio
de las armas salgo al parque,
el caballo se desboca,
salta la zanja y al valle.
Tanto, bien mío, me cuesta
verte unos cortos instantes,
mas no hay azar que no arrostre
por oírte y contemplarte.
—¡Ay, Félix!, siempre palabras
consoladoras me traes,

mas no sé qué falta en ellas
que nunca me satisfacen.

—¿Dudas acaso?...
—No en ti,

que no me atreviera amándote.

—¿Pues en quién?
—En la fortuna.

Tú tan noble...

—Y es bastante
garantía la nobleza

de mi encumbrado linaje
para cumplir mis palabras.

Y esto, Aurora mía, baste,
que me ofenden esas dudas.

—Siempre ese altivo lenguaje,
Félix, siempre te me enojas!

—¿Yo, Aurora mía, enojarme?
Contigo, mi bien, mi gloria,
jamás.

—Pues tu mano dame,
júrame que me amas mucho
y hagamos las amistades.

—Las manos no, el corazón.

—No puedo yo tanto darte.

—¿Pues qué, corazón no tienes?

—No, que ha venido a robarme
un mancebo muy gallardo.

—¿De veras?

—Sí, como un ángel.

—¿Y se le llevó?

—Sin duda.

—Como yo llegue a encontrarle...

—¿Se le pedirá?

—No a fe.

—¿Pues qué has de hacer?

—Arrancársele.

Y aquí cayendo la niña
en los brazos de su amante,

sonó un regalado beso
que devoró ansioso el aire.

«Aurora, dijo el mancebo,
mira al sol.

—¿Félix, te partes?

—¿Qué he de hacer? Expira el día.

—Es verdad, Félix. Mi padre
también estará impaciente.
¿Volverás pronto?

—Cuanto antes.

—¿Te acordarás de mí?

—Siempre.

—Mi existencia es solo amarte;
no tengo en mi corazón
mas que un altar con tu imagen.

—¿Se borraré?

—Nunca, Aurora;

pintada está con mi sangre
y por el crisol pasada
del fuego que en ella arde.

Y al dulce beso tornaron
en punto tal separándose,
y mientras verse pudieron
no dejaron de mirarse.

Subía aprisa don Félix
y con pasos desiguales
por la tortuosa vereda
que lleva fuera del valle;
y lentamente cruzaba

Aurora la opuesta parte
por la olorosa pradera
de que es su casa el remate;
y a cada paso volviéndose
y de lejos saludándose,
ambos a dos se juraban
como quien eran amarse.

¡Pobres niños que insensatos
juzgaban interminable

lo que era con sólo un soplo
 interrumpirles muy fácil!

II

Tendía sobre la tierra
 su oscuro manto la noche,
 de estrellas poblando el cielo
 en magnífico desorden.
 Lanzaba apenas la luna
 sus tímidos resplandores,
 como enamorada que abre
 recelosa sus balcones
 por ver al galán que espera,
 y que las sombras la esconden,
 mas cuyo contorno vago
 en la oscuridad conoce.

Todo en el valle reposa
 y con murmullos acordes
 entre las hojas susurran
 los céfiros jugueteros.
 El manso rumor del agua
 que entre los céspedes corre,
 mezclado con sus murmullos
 incesantemente se oye.

Perfuma el ambiente puro
 de las campesinas flores
 el grato y sencillo aroma,
 que ávida el aura recoge.
 Brotan del húmedo césped
 imperceptibles vapores,
 que de las ráfagas vuelan
 sobre las alas veloces:
 y la frescura se aspira,
 y los sentidos absorbe
 vaga languidez dulcísima
 que hace su deleite doble.
 El pensamiento perdido
 el ancho espacio recorre

en pos de mil imposibles
 encantadas ilusiones.

Los ojos alucinados
 con mil falsos resplandores,
 realidades imaginan
 sus increadas ficciones;
 y en el azul trasparente
 cuya extensión desconocen,
 sus errantes fantasías
 en su desvarío ponen.

Y un vapor que le atraviesa,
 un insectillo que indócil
 le cruza inquieto sonando
 sus alillas uniformes,
 una hoja que va en el aire
 sin hallar en qué se apoye
 y desprendida de un tronco
 acaso de savia pobre,
 por una visión la toman,
 que pasa ante ellos informe,
 suspiro tal vez de un hada,
 plegaria acaso de un monje.
 Noche azul, limpia y serena
 tras la cual se reconoce
 lo infinito del espíritu
 que con un soplo hizo el orbe.

En esta noche tranquila
 y en este valle, fué donde
 delante de una ventana
 de su alquería sentóse
 el bueno de Juan Robleda
 en un gran sillón de roble,
 asegurando los codos
 en sus brazaes enormes.
 Los ojos en tierra fijos,
 mohino el semblante noble,
 sumido el ánimo muestra
 en graves meditaciones.
 Jamás se le vió tan triste;

sin duda su pecho esconde
algun secreto funesto
que el corazón le corroe.
Secreto que en el silencio
es preciso que devore,
que en su corazón se entierre
y en su corazón se ahogue.
Mas él desea sin duda
que fuera de él se desborde,
reduciendo sus tormentos
a sentidas expresiones:
que otro las oiga y las sienta
como él las siente y las oye,
ya porque él lo necesita,
o ya porque a otro le importen.
Y esto sin duda resuelve,
porque dejando su inmóvil
posición, por la ventana
llamó a Aurora, y levantóse,
Entró la hechicera niña,
volvió a su sillón de roble
el padre, y entre los dos
plática tal entablóse:

ROBLEDA

¿Dónde has estado?

AURORA

En el soto.

ROBLEDA

¿Qué has hecho allí?

AURORA

Coger flores.

ROBLEDA
¿Y has cogido muchas?

AURORA

Muchas.

ROBLEDA

Ten cuenta con las que coges,
y no vayas a buscarlas
al parque de los señores
de Aracena, porque tiene
muy malos alrededores.

AURORA

Yo, señor...

ROBLEDA

¿Me has entendido?

No están mis ojos tan torpes
todavía que no alcancen
hasta el lindero del bosque.

AURORA

Duéleme, padre y señor,
que mi conducta os enoje;
mas yo prometo...

ROBLEDA

Hija mía,

no hay desdicha que no arrastre
tu padre por tu ventura,
ni mal que por ti no afronte;

mas no hay tampoco desdicha
que me desvele ni asombre
como el temor de perderte.

AURORA

¿Y a qué, padre, esos temores?
Aquí hemos siempre vivido
retirados: nuestra pobre
posesión respetan siempre
los bandidos y los nobles.
Mil veces me habéis contado
que allá detrás de esos montes
está la tierra turbada
con guerra y desolaciones:
que todo el mundo está henchido
de desventuras y horrores,
pero jamás han llegado
a nuestro valle sus voces.

ROBLEDA

¡Ay, que no es, Aurora mía,
tan peligroso el redoble
del atambor que convoca
para matarse los hombres,
como la voz engañosa
de esas mágicas pasiones
que viven en nuestro pecho
como huéspedes traidores!
Lides se vencen lidiando
y al fin, ya que no se logre
salir de una guerra siempre
felicés o vencedores,
la fuga salva, aunque manche.
¿Mas cómo de las traiciones
defenderse de enemigos
que a par con nosotros corren?
Bajas, Aurora, los ojos,

la faz ruborosa escondes;
¡ay de ti, luz de mi vida!
si freno al amor no pones.

AURORA

¡Callad, por Dios, padre mío!

ROBLEDA

Fuerza es decírtelo, óyeme:
todo lo sé, pobre niña,
esas desdichadas flores
que vas a coger al campo,
son las falsas expresiones,
los juramentos de amor
de un mozo a quien no conoces,
y de quien tú no has nacido
más que sierva. Y si no rompés
tan torpes lazos, si no echas
en olvido hasta su nombre...

AURORA

Padre, imposible. Se mezcla
en mis mismas oraciones.
No se aparta de mi mente
ni de día ni de noche.

ROBLEDA

Pues bien, Aurora, es forzoso
que desprendétele logres
del corazón: es preciso
que huyamos lejos de ese hombre.
Tú no naciste condesa,
no heredaste más blasones
que tu honor, y esa no es prenda
para pérdida de un golpe.

Venderé nuestra alquería.
Aurora, a partir disponte;
la distancia es el olvido,
y el tiempo allana los montes.

AURORA

Pues bien, padre, partiremos.
Conozco vuestras razones,
iremos donde gustáreis;
será un sacrificio enorme:
tal vez me cueste la vida;
el alma tal vez indócil
se resista de tal modo
que el aliento me sofoque,
pero primero es mi padre:
vuestros caprichos son órdenes
para mí; sí, padre mío,
mas dejadme que le lllore.
No extrañéis, no, que a los párpados
las lágrimas se me agolpen,
no me preguntéis la causa,
que será mentar su nombre.

Y aquí de hinojos Aurora
ante su padre se pone
diciendo: «Padre, partamos
antes que don Félix torne.»

III

Catorce días después,
de su alquería a la puerta
iba a montar a caballo
el bravo Juan de Robleda.
Ya estaba a su lado Aurora
sobre una jaquilla negra,
y un criado conueña
sobre una mula su hacienda.

Las crines tenía asidas
el soldado y el pie cerca
del estribo, cuando a ellos
vió con extraña sorpresa
venir un hombre en un potro
desbocado por la cuesta,
y a pique de despeñarse
por la tortuosa vereda.
Las compasivas miradas
clavó en él con ansia extrema
de que descendiera vivo,
lo que a la verdad no espera.
Mas gracias a su fortuna
mucho más que a su destreza,
por la orilla del arroyo
siguió su rauda carrera.
Pasó el lindero del soto
tan veloz como una flecha,
saltó la zanja del bosque,
cruzó el puente de madera,
y pasó por medio de ellos
sin ser dueño en su violencia
de contener de su potro
el impulso y la fiereza.
Era don Félix; Aurora
palideció a su presencia,
y el viejo esperó pregunta
para concebir respuesta.
«¿Partís?», preguntó don Félix,
con faz pálida y colérica,
y con altiva mesura
«partimos», dijo Robleda.

DON FÉLIX

¿Por mucho tiempo?

ROBLEDA

Por mucho,
si es mucho la vida entera.

DON FÉLIX

Los vasallos de mi padre
no pueden sin su licencia
abandonar sus estados.

ROBLEDA

Por eso fuí yo a obtenerla
de él mismo no ha muchas horas.

DON FÉLIX

¿Y os la dió?

ROBLEDA

Y gracias con ella,
Con que así, señor don Félix,
mire si paso nos deja,
porque la jornada es larga
y la mañana está fresca.

DON FÉLIX

No será mientras yo viva,
buen viejo, y tened paciencia,
que no ha de salir mi esposa
de donde su esposo queda.

ROBLEDA

¿Qué estáis hablando, don Félix?
¿Qué esposa o qué rayo es esa,
ni qué tengo yo que ver
con quien vuestra esposa sea?

DON FÉLIX

Más de lo que vos pensáis
mi mujer os interesa,

que os vengo a pedir a Aurora
para mi esposa, Robleda.

ROBLEDA

¡Está su merced sin juicio,
por Cristo vivo!

DON FÉLIX

Ello es fuerza;
yo la adoro, la idolatro;
todo el poder de la tierra
no me arrancará del pecho
esta pasión violenta.

ROBLEDA

Teneos, señor, teneos,
que se os desboca la lengua;
y aunque os amargue, es preciso
que oigáis la verdad sincera.

Don Félix, doy por supuesto
que ella os ama; doy que es cierta,
profunda vuestra pasión,
decidida y verdadera;
mas ella nació villana
y vos en estirpe regia,
sí, porque sangre de reyes
circula por vuestras venas.
Ved, pues, si podéis bajaros
hasta humillaros con ella,
o si ella puede subir
a vuestra altitud excelsa.

DON FÉLIX

Sí, puede, ¡viven los cielos!
que en la mujer no hay nobleza,

y en alas de la hermosura
 se encumbra hasta las estrellas.
 Cuando yo herede el condado,
 aunque segadora fuera
 la esposa que yo tomare,
 fuera siempre la condesa.
 Que si soy de sangre noble
 soy también...

ROBLEDA

Un calavera
 que os cansaréis en dos meses
 de una zafia lugareña,
 y la encerraréis, tirano,
 en alguna fortaleza
 para gastar en la corte
 vuestro oro con las ajenas.
 Creedme, señor don Félix,
 yo tengo mucha experiencia
 y sé lo que son las cosas;
 dejaos, pues, de quimeras.
 Cada oveja, ya sabéis
 el refrán, con su pareja.

DON FÉLIX

Pues bien, viejo testarudo,
 ya que me provocas, guerra
 te haré desde hoy, de tus brazos
 la arrancaré.

ROBLEDA

Y eso prueba
 bien claro que sois un vil,
 porque tan villana idea
 le ocurre sólo a un menguado
 que contra la ley atenta.

DON FÉLIX

Nada me importa tu cólera,
 me olvido de tu insolencia,
 y tú, Aurora de mi vida...

ROBLEDA

Don Félix, su merced vea
 que si da un paso hacia Aurora,
 la vida al punto le cuesta.
 La justicia de mi causa
 ha defendido mi lengua
 con honor; de vuestro arrojo
 mis pistolas me defiendan.

Así Robleda diciendo
 metióse con faz resuelta
 entre don Félix y Aurora,
 la mano en las armas puesta.
 Postróse a sus pies la niña
 de miedo en llanto deshecha,
 volvió a su acuerdo don Félix,
 y a punto tal por la cuesta
 aparecieron jinetes
 del conde con la librea,
 él mismo delante de ellos
 avanzando a toda rienda.

EL CONDE

¡Voto a San Dimas! ¿Qué es esto?
 ¿El sirvo contra el señor?

ROBLEDA

No busco de tal rigor
 para excusarme pretexto.
 Mas yo mi honor defendía,

y antes de volver atrás,
poco es de él, de Satanás,
señor, le defendería.

EL CONDE

¿Mi hijo a tu honor atentó?
Robleda, en verdad responde.

Al vuestro atentaba, conde,
a no impedirselo yo.
Pidióme, loco, la mano
de mi hija y se la negué.

EL CONDE

¿Eso pensó? ¡Por mi fe
que eres, Félix, un villano!

ROBLEDA

Yo se lo dije también,
mas a fuerza, dijo airado,
que obtendría de contado
lo que no de bien a bien.

DON FÉLIX

Pues bien, padre...

EL CONDE

Calle el necio.

Robleda, tú has peleado
en otro tiempo a mi lado
y siempre te tuve aprecio.
No, por mi vida, no es justo

que pagues solo la pena
de culpa que ha sido ajena;
no has de partir, es mi gusto.
La posesión te concedo
de todo el valle que habitas;
y ve si más necesitas,
que agradecido te quedo.
Y tú, niña, olvida a ese hombre,
que no es en verdad razón
que tenga tu corazón
quien no ha de darte su nombre.
Otro encontrarás mejor,
pues la dueña de este valle
marido es fácil que halle
si no conde, con honor.

ROBLEDA

La protección agradezco,
señor, mas es castigarme
a que me quede obligarme
en un lugar que aborrezco.

EL CONDE

Entiendo tu repugnancia,
Robleda, mas he curado,
de que vivas descuidado;
enviaré a Félix a Francia.

Y aquí el conde de Aracena,
volviendo el rostro a su hijo,
frunciendo el ceño, le dijo
con voz decidida y llena:

«Y ahora vos, caballero,
de hinojos ante ese anciano
pedidle a besar la mano.»

ROBLEDA

¡A mí, señor!

EL CONDE

Yo lo quiero.

DON FÉLIX

Padre y señor, si esto es para vos buen desagravio, con gusto pondré mi labio en sus manos, en sus pies. Mas ved que mi corazón...

EL CONDE (*interrumpiéndole*)

No hay más en ello que hablar. Yo dél os sabré arrancar tan indigna inclinación.

¡Hincaos: besad; muy bien! Ahora montad e id delante; mas id de mejor talante por la estrella de Belén!

Y si queréis desde ahora que mi cólera no estalle, olvidaos deste valle y no penséis en Aurora.

Dios sea contigo, Robleda, y ahora a escape, señores, que estarán mis cazadores esperando en la alameda.

Salió la gente del conde tras él a escape resuelto, pero no sin haber vuelto los ojos Félix a donde su Aurora, en llanto deshecha, recoge aquella mirada que acaso la desdichada como la última aprovecha.

Mientras los pudo alcanzar,

la vista sobre ellos tuvo; cuando perdido los hubo, no pudo con su pesar.

Huyó de su alma el valor que hasta allí la había asistido y al fin cayó sin sentido, ¡Tan tirano era su amor!

IV

Cumplió su palabra el conde y envió a don Félix a Francia, porque son tiempo y distancia grandes contrarios de amor. El conde está satisfecho y estálo también Robleda; Aurora es sólo quien queda abismada en su dolor.

Don Félix va caminando apesarado y mohino aliviando su camino con las memorias de ayer. Mas mozo ilustre que al mundo hoy sale por vez primera, ¿quién sabe si allí le espera felicidad y placer?

Siempre en el negro castillo de su familia encerrado, más fortuna no ha llegado ni más gloria a concebir; toda su ambición silvestre se redujo a sus vasallos, sus perros y sus caballos: eso fué su porvenir.

Mas si, dichoso en la corte y afortunado en la guerra,

fama se conquista y tierra
 con bien merecida prez;
 si el hidalgo de provincia
 allá en país extranjero
 venturoso aventurero
 medra en el mundo a su vez;

si, envuelto en el torbellino
 del lujo y de la grandeza,
 activo con su nobleza
 y fiero con su favor,
 avasalla a la fortuna,
 ¿quién de que viva responde
 en el corazón del conde
 del campesino el amor?

La juventud es la fuerza,
 la imprevisión la osadía,
 la juventud con un día
 de suerte amiga no más
 al golfo de la fortuna
 sin brújula y sin estrella
 se lanza, y boga tras ella
 sin volver cara jamás.

La felicidad no existe,
 la gloria es una mentira,
 mas sólo la gloria inspira
 hazañas de gran valer.
 La dicha es la incertidumbre
 en que estriba la esperanza,
 y porque nunca se alcanza,
 damos tras ella en correr.

En pos de esa lumbré falsa
 afanado siempre el hombre,
 acrecienta su renombre
 y acrecienta su ambición.
 Y así fué grande Alejandro,

y así inmortal vive Homero
 por su fortuna primero,
 después por su corazón.

Eso es el hombre, deseos,
 ambición, fortuna, gloria:
 eso es su vida, su historia,
 del hombre es siempre el valor.
 Mas la mujer... ¡desdichada!
 débil y hermosa nacida,
 el amor sólo es su vida,
 su porvenir el amor.

Mientras el hombre combate
 con la fortuna contraria,
 ella triste y solitaria
 orando por él está;
 el hombre egoísta, avaro,
 piensa en sí mismo primero,
 y el corazón todo entero
 ella entre tanto le da.

¡Pobre Aurora!, en vano tiendes
 los ojos desconsolados
 por los peñascos quebrados
 que fuera del valle dan;
 en vano pasas tus días
 de silencio y pesadumbre,
 de tu escasa incertidumbre
 acrecentando el afán.

«¿Si volverá, se pregunta
 todos los días Aurora.
 «¿Qué hará don Félix ahora?»
 En eso piensa no más.
 Verle venir a lo lejos
 a cada instante imagina,
 mas la ilusión peregrina
 no se realiza jamás.

En vano el viejo Robleda
 consuelo estéril la ofrece:
 su duelo no desvanece
 la verdad ni la razón.
 Si acaso muestra en sus labios
 al buen viejo una sonrisa,
 una lágrima le avisa
 de que pena el corazón.

Y pasa día tras día,
 consúmese hora tras hora,
 mas no consuelan a Aurora
 la razón ni la verdad:
 los días pasa en silencio,
 pasa las noches llorando,
 continuamente arraigando
 su amor en la soledad.

«No llores, mi bien, la dice
 desolado el pobre viejo:
 al fin es mejor consejo
 lo que se pierde olvidar.»
 Y ella responde: «Perderle
 ¿por qué ocultar que me pesa?
 Ya sé que mi suerte es esa,
 mas dejádmela llorar.

«Yo os prometí, padre mío,
 no verle más, no buscarle,
 mas no prometí olvidarle,
 que fuera imposible a fe.
 «Su imagen está con fuego
 en mi corazón grabada,
 y eternamente guardada
 en él la conservaré.»

«¿Y piensas, pobre inocente,
 que él conservará la tuya?»

«—Padre, quien quiera le arguya
 por la palabra que dió.
 «Él será mi pensamiento
 mientras me dure la vida;
 «si él, padre mío, me olvida
 «no he de culpárselo yo.

«Sólo su bien es mi anhelo,
 «y si a mi costa ha de hallarle,
 «quiera logrársele el cielo
 «si es venturoso sin mí.»
 Así a su padre llorando
 dice la infeliz Aurora,
 y el viejo oyéndolo llora
 porque el triste lo cree así.

Y en esta penosa calma,
 en esta intensa amargura,
 sin menguar su desventura
 pasaba el tiempo veloz.
 Afanábase Robleda
 en consolar a su hija,
 mas ella en don Félix fija
 desatendida su voz.

Pasaba el día la triste,
 al pie del cerro vecino,
 siempre mirando al camino
 con insensata avidez,
 continuamente sentada
 en la pradera florida
 donde le vió a su partida
 por la postrimera vez.

Y el desdichado Robleda,
 que ciego la idolatraba,
 veía bien que la ahogaba
 su inextinguible dolor:
 ¡Pobre viejo!, ¿con qué gusto

toda su sangre vertiera
para sofocar la hoguera
de aquel insensato amor!

V

En una tarde de julio
que los nublados embozan
del sol cubriendo los rayos
tras de su cortina lóbrega,
del arroyuelo a la margen
está la infeliz Aurora,
embebecida la mente
en lisonjeras memorias.
Pálida y desencajada,
aunque atractiva y hermosa,
aunque atractiva y hermosa,
piensa en que el año se cumpla,
y su don Félix no torna.
¡Un año! Y la pobre niña
aún siente devoradora
de su amor la eterna llama
que el tiempo apagar no logra.
Un año va a hacer que ausente
del dulce dueño que adora,
aún de su vuelta conserva
una ilusión mentirosa.
Aún sale todas las tardes
a contemplar a sus solas
la senda por do solía
bajar por entre las rocas.
Aún vuelve los tristes ojos
con esperanza engañosa
creyendo verle a lo lejos
doblar la empinada loma.
Y
Mas nunca llega don Félix;
jamás amiga persona
trae carta o noticia suya
a la enamorada Aurora.

Y ella, sin embargo, espera:
mas, ¡ay!, ¡esperanza loca!
El año entero se cumple
y su don Félix no torna.

Y estaba pensando en ello
meditabunda y llorosa,
cuando en el fin del camino
distinguir creyó una sombra,
que se deslizaba rápida
por la vereda tortuosa,
aclarando sus contornos
según la distancia acorta.
No es ilusión esta vez,
un bulto de humana forma
es la aparición. Los ojos
se le saltan de las órbitas.
¡Con cuánta ansiedad y ahinco
en el que viene los posa!
Sondear quisiera con verle
su nombre, su ser, su historia.
Y en tanto descendiendo al valle
la aparición venturosa,
que es un viejo peregrino
con su bordón y sus conchas.
Ágil y recio de miembros,
su larga edad no le estorba
para caminar, y apenas
sobre su bastón se apoya.
Cana la barba y crecida,
talante y faz majestuosa,
vaga sonrisa en los labios,
mirada escudriñadora

Tal era aquel extranjero,
de cuya agradable boca
oyó Aurora un «Dios te guarde»,
tras de sonrisa amistosa.
Y ella atenta contemplándole
por si tal vez le conocea,

volvió la cortesía
con un «vengáis en buen hora».
Quedaron ambos un punto
en actitud silenciosa,
trabando entrambos a poco
un diálogo en esta forma:

EL PEREGRINO

¿Qué haces en medio del campo,
con la tormenta tan próxima,
pobre niña?

AURORA

Ya lo veis:
llorar.

EL PEREGRINO

¿Y qué es lo que lloras?

AURORA

Mis desventuras, señor.

EL PEREGRINO

¿Tan joven y ya te acosan
al corazón las desdichas?

AURORA

Cada día se redoblan,
Mas perdonadme, extranjero,
si mi pregunta os enoja,
y a vuestra edad sin respeto
os interrumpo curiosa.
¿Venís de Francia?

EL PEREGRINO

Es mi patria.

AURORA

¿Y la habéis andado toda?

EL PEREGRINO

Toda la conozco a palmos
desde una punta a la otra.
¿Mas qué te suspende, niña?
¿Qué empacho pueril te estorba
finalizar tu pregunta?
Nada me has dicho hasta ahora.
Si acaso en Francia se hallare
alguna madre amorosa...

AURORA

No la tengo.

EL PEREGRINO

Algún hermano...

AURORA

Tampoco.

EL PEREGRINO

Alguna persona
querida... Tal vez la misma
ocasión de tus congojas.

AURORA

Pues bien, anciano, es muy cierto.
Hay una cuya memoria
de mí no se aparta nunca.

EL PEREGRINO

¿Un hombre?

AURORA

Sí.

EL PEREGRINO

sangre nacido?

¿De española

AURORA

En sus reyes
origen su sangre toma.

EL PEREGRINO

¿Pasó a Francia?

AURORA

Por mi culpa.

EL PEREGRINO

¿Le amabas?

AURORA

Mucho.

EL PEREGRINO

¿Y se nombra?

AURORA

Don Félix es de Aracena.

EL PEREGRINO

¿Altivo?

AURORA

Y galán.

EL PEREGRINO

¡Dichosa

la mujer que para suya
tan buen caballero escoja!

AURORA

¿Le conocéis?

EL PEREGRINO

Sí, por cierto,
que es conocerle gran honra.

AURORA

¡Hablad, por Dios!

EL PEREGRINO

La fortuna

le acude con mano pródiga.
Más liberal cada día,
de dicha y de honor le colma,
la Francia entera le aplaude,
y va su nave orgullosa
por el mar de los favores
navegando viento en popa.
El sabio rey Luis Onceno
con ciega pasión le adora;

En tanto avanzaba el lóbrego
nublado amenazador,
y ya a lo lejos se oía
de trueno el cóncavo son.
Zumbaba el viento arrastrándose
en torbellino veloz,
mas sin temprar de la atmósfera
el hálito abrasador.

Caían de cuando en cuando,
precuroras del turbión,
anchas y redondas gotas
que se tornaban vapor:
y amedrentadas las aves
de abrigo preciso en pos
cruzaban el aire denso
sin segura dirección.
Sólo el salvaje milano
con vuelo fascinador
suspendido se cernía
en la azulada región,
y a la impetuosa tormenta
precediendo sin temor,
giraba en círculos sesgos
graznando en áspero son.

La senda con lento paso
de su alquería tomó
Aurora, saliendo apenas
de su honda enajenación,
y por la arenosa margen
del arroyo saltador,
hasta el umbral de su puerta
meditabunda llegó.
Allí, arrancando un suspiro
del fondo del corazón,
«¿Qué hará don Félix?» se dijo
y a su aposento subió.

VI

Y yendo días y viniendo días,
y Aurora sin ceder en sus manías,
un año se pasaba y otro año
sin que entendiera nunca el desengaño.

Sueño no más creyendo al peregrino,
creía sin embargo en la firmeza
de don Félix, agüero sospechándolo,
más feliz esperando su destino
cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡Tal es nuestra locura!
Nunca creemos más de los agüeros
que la parte de bien y de ventura:
si allá en noche afanosa
negro, espantoso, aterrador ensueño
con tenaz pesadilla nos acosa,
su memoria azarosa
olvidar procuramos con empeño
cual creación del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusión blanca y risueña
nuestro reposo encanta,
al punto la juzgamos
de grato porvenir ilusión santa.
Así pensaba Aurora
la vuelta de don Félix esperando
fiada en su palabra engañadora;
siempre en su cierta ingratitud dudaba,
mas siempre en la fortuna
la fama y los honores que adquiriría
creía sin cesar, sin ver que fuesen
visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
del manso arroyo con afán sentada,
por la senda tendía
la vista enamorada,
creyendo que don Félix volvería.

Embebida en tan dulces pensamientos,
una tarde de julio calurosa,

descansaba la niña fatigada
 del arroyo a la margen arenosa;
 los ojos en el cielo
 en lágrimas de amor humedecidos
 distraída fijaba,
 sin fe ni objeto por su azul perdidos.
 La imagen de don Félix
 más que nunca amoroso,
 más que nunca galán veía acaso
 que a su valle volvía
 con ciego amor y presuroso paso:
 y ella, ufana a su vez con su hermosura,
 los brazos le tendía,
 ¡mas, ay, que la visión nunca venía!
 Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
 la efímera ventura
 deshacía de un soplo
 su secreta y fatídica amargura.
 Siempre se hundían sus dorados sueños
 en el mar de sus lágrimas, y al cabo
 sus delirios no más siendo la suerte
 que aguardaba dichosa,
 miraba al porvenir... y no veía
 más esperanza que la tarda muerte.
 ¡Pesadilla fatal que la oprimía!
 Y aquella bienandanza
 en que soñó a don Félix, la privanza
 que en Francia con el príncipe gozaba,
 todo cuanto la dijo el peregrino
 la idea de otro amor la emponzoñaba.
 Todo era en su opinión sueño y mentira,
 toda ilusión de su alma enamorada,
 mas ¡cuánta fe, cuánto placer la inspira
 su esperanza infundada!
 Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
 su dichosa ilusión tenaz conspira
 de su amor a que dude despechada!
 ¡Ay, desdichada Aurora,
 cuán arraigada la memoria guardas

del ingrato amador a quien aguardas!
 ¡Con cuánta fe tu corazón le adora!

Y así sin claro objeto
 y sin clara razón la pobre niña,
 presa infeliz de su dolor secreto
 enamorada llora,
 y del límpido arroyo en la ladera
 siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
 meditabunda y llorosa,
 cuando en el fin del camino
 distinguir creyó una sombra
 que deslizándose rápida
 por la vereda tortuosa,
 se aclara y se patentiza
 según la distancia acorta.
 Tembló de pavor al verla,
 que no es ilusión ahora
 de su ardiente fantasía,
 sino realidad odiosa.
 Es el mismo peregrino
 que ha vivido en su memoria
 dos largos años, imagen
 de un sueño amedrentadora.
 Él es, con su blanca barba,
 su paso y faz majestuosa,
 su indefinible sonrisa,
 su mirada escrutadora,
 con su sayo penitente
 y su bordón y sus conchas.
 Él es, sí: y a su presencia
 todo lo comprende Aurora;
 toda la verdad del sueño
 a su mente se la agolpa
 con el certero puñal
 de una exactitud diabólica.
 Don Félix, rico y dichoso,

cuya nave va orgullosa
 por el mar de los favores
 navegando viento en popa;
 heredero del condado
 que muerto su padre goza,
 querido del rey de Francia,
 celebrado en toda Europa
 por entendido y valiente,
 sin ayos que se interpongan...
 mas de su amor olvidado
 y enamorado de otra.

Todo esto en su mente bulle,
 todo esto el alma la acosa,
 como horrible desencanto
 de esperanza engañadora.

Y ella... ¡necia sin ventura
 que de firmeza blasona,
 conserva de quien la olvida
 la ingrata imagen que adora!
 Si aún era sueño dudaba,
 cuando a sus oídos próxima
 oyó una voz que decía:

«Dios sea contigo, Aurora»
 Rompió a llorar escuchándola
 la muchacha, y su congoja
 respetando el peregrino,
 tras larga pausa así hablóla:

«¿Aún vives, niña, y aún amas?
 ¿Y aún el raudal no se agota
 de tu llanto y de tu vida?»
 ¡Fortuna infeliz te toca!

AURORA

¿Conque es verdad que a don Félix
 protege fortuna pródiga,
 y en honores y riquezas
 consigue cuanto ambiciona?
 ¿Conque es verdad y no sueño

que ha dos años vuestra boca
 en esta misma ladera
 me dijo que amaba a otra?
 ¡Ah! quien quiera que seáis,
 hombre, o visión ilusoria
 que desde Francia venís
 no más que a apagar la antorcha
 de mi esperanza, volveos,
 tornad a esa Francia odiosa
 de donde venir no pueden
 más que sierpes ponzoñosas,
 Idos, buen viejo, y dejadme
 con mis pesares a solás;
 dos años ha que os conozco
 y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO

¿Y no me preguntas nada?

AURORA

Cuanto me digáis me sobra
 si Félix no vuelve.

EL PEREGRINO

Nunca.

AURORA

¿Conque es ella tan dichosa
 que en las redes de su amor
 para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO

Para siempre.

AURORA

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO

Ambos con furor se adoran.

AURORA

¡Fortunado de él!

EL PEREGRINO

Sin duda,
pues cuanto apetece logra.

AURORA

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO

Duquesa.

AURORA

¿Joven?

EL PEREGRINO

Mucho.

AURORA

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO

Toda alabanza es escasa.

AURORA

¡Ojalá Dios les dé toda
la dicha que les desea
quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO

¿No le amas ya, pues tan fácil
su ingratitud le perdonas?

AURORA

Cual nunca de sus recuerdos
el fuego ¡ay Dios! me devora:
Sí, *mas yo sólo a quien amo
deseo fortuna y gloria.*

EL PEREGRINO

¡Mas si él te ultraja!...

AURORA

En amarle
yo pago una deuda propia;
si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO

¿Mas no de otro amor celosa?

AURORA

No, si él es feliz con ella,
el no serlo yo; ¿qué importa?
¿Por qué la ventura ajena
querré turbar envidiosa?
No, que gocen y que nunca
les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
de sus lágrimas Aurora,
quedó al parecer tranquila.
Mas ¡ay! calma mentirosa,
porque dentro de su pecho
fermenta devoradora
la llama de sus pesares,
que no extingue ni sofoca
la virtud que la consuela,
pero que su amor no doma.

Absorto ante esta sublime
abnegación generosa,
al fin el viejo extranjero
dejó correr turbia, sola,
por su tostada mejilla
de amargo llanto una gota.
Y a Aurora tornando el rostro,
en cuya faz amorosa
distinto aspecto sus rasgos
y extraño carácter toman,
dijo así con voz dulcísima,
mas firme y fascinadora,
a la que Aurora no pudo
permanecer silenciosa:
«¿Ningún deseo te resta
que te se pueda lograr?»

AURORA

Sólo imaginarlo es dar
en necesidad manifiesta.

AURORA
EL PEREGRINO

¿Quisieras volverle a ver?

AURORA

Sí, siempre verle quisiera,

mas sin que él verme pudiera,
que fuera aguar su placer.

Sí, en ser eterno testigo
de su ventura me holgara,
pero sin que él sospechara
que estaba siempre conmigo.

Verle, oírle, noche y día,
poder cual ángel de Dios
ser continuo entre ellos dos
espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fe,
siempre amor, siempre ventura,
y encontrar mi sepultura
de su sepultura al pie.

Mas esto, buen peregrino,
¡ya veis que es delirio necio!
La voluntad os aprecio,
mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO

*No hay cosa que alguien no pueda
y nadie en la tierra sabe
lo que en lo posible cabe,
lo que en lo imposible queda.*

Esto contestó aquel viejo
a la propuesta de Aurora
a punto que por la tierra
se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
tan negra y tan tenebrosa,
que no alcanzaban los ojos
a la distancia más corta.
El viento lánguidamente
suspiraba entre las rocas
y alzaban triste murmullo
las casi agostadas hojas.
Con grande inquietud Robleda,

de gran pesar precursora,
de los elementos veía
la revolución medrosa.
Pavor sentía su alma,
de noche tan densa y lóbrega,
en que imagina su suerte
tan negra como la atmósfera,
Y ante una ventana abierta,
enterrado en su poltrona,
al cielo sin luz miraba,
con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
volverá a ver más, su Aurora,
su amor, la luz de sus ojos,
el aliento de su boca.
¡Ay padre infeliz! bien haces
en llorarla: llora, llora,
que no has de volver a verla,
porque el amor te la roba.

En vano, al ver que se pasan
de la noche horas tras horas,
por todo el valle la busca
con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
por las quebradas recónditas
con tristes voces la llamas,
cuando a tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
donde los restos reposan
del viejo conde, y preguntas
a sus gentes lo que ignoran.
En vano, sí, al pie del busto
que su sepulcro corona
con superstición sencilla
humildemente te postras.
En vano sus pies besando
de piedra insensible y tosca,
le ruegas que como en vida
vele por él y su honra.

En vano le dices: «Conde,
mira que es mi única joya.
Y aún vive tu hijo... ¡Levántate
entre el seductor y Aurora!»
La estatua no te responde,
ni dentro la huesa cóncava
aunque tus ayes retumben
encontrarán quien los oiga.
No, no. La buscas en vano:
ve, ya en el Oriente asomando
la aurora del nuevo día,
mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
grande voluntad la estorba
a tus fatigados brazos
volver bella y cariñosa.
Sólo te quedarán, buen viejo,
los ojos y la memoria,
para llorarla perdida.
Llora, desdichado, llora.

VII

En una selva del Garona a orillas,
de antiquísimos robles rodeado,
de recios chopos y hayas amarillas,
de almenas y de torres coronado,
un enorme castillo se levanta;
y el viajero mirando se amedrenta
tanto artificio y fortaleza tanta;
que es por demás su fábrica opulenta.
Profundos y anchos fosos le circundan,
cuyos cóncavos senos
las turbias aguas del Garona inundan;
y dos seguros y macizos puentes
de gruesas barras y cadenas llenos,
dos caminos franquean diferentes,
que a poco de la oscura fortaleza
se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
afrenta audaz de su estatura enana
y sus silvestres pabellones rudos,
la gigantesca torre
de los vigías se levanta ufana
ceñida de exquisita filigrana
que al encaje sutil parejas corre.

Allí a merced del ábrego tendida,
de remate sirviéndola, tremola
una bandera sola:
y esa bandera sobre el bosque erguida,
de aquella tierra protectora egida,
es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España
no era menguada y voluntaria presa
de la ambición y la doblez francesa;
y a la extranjera posesión extraña,
para lavar con sangre una mancha
podía en solo un sol con justa saña
tercios y buques aprontar Castilla,
y su fiero León pronto a la guerra
con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo
mostraba de un blasón en los cuarteles
de Aragón y Navarra los laureles,
los timbres de León y Andalucía
que siempre con acérrima hidalguía
a su Dios fueron y a su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza,
cansado de las cuitas cortesanas
y de sus necias ceremonias vanas,
en los brazos del ocio y la pereza
un conde joven y español vivía,
en bailes y festines repartiendo
las horas de la noche, y eligiendo
para la caza o la sortija el día.

Con él iba a la par su bella esposa,
y a celebrar sus bodas les seguía
comitiva de amigos numerosa,

llenando sus efímeros deseos
los más alambicados devaneos,
Séquito de escuderos y vasallos
y sumas de dinero nunca escasas,
proporcionaban cañas y torneos,
luchas de fieras, puestas de caballos;
y zambras de cristianos y de moros
ricamente dispuestas y vestidas,
y aun con gasto excesivo prevenidas
corridas hubo de navarros toros.
Admirados quedando los franceses
de ver un español que con destreza
rendía audaz de las pujantes reses
a un trapo y un estoque la fiereza.
Y así el señor don Félix de Aracena
gozaba en su castillo del Garona
de su reciente unión la enhorabuena,
de conde y duque doble la corona.
Y orgulloso además (que al cabo era
en España nacido),
de continua fortuna lisonjera
por demás protegido,
mozo, rico, y feliz con la que amaba,
de su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podría?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaría?

Era una noche azul, serena y clara;
resplandecía en el zenit la luna
sin que perdida nube la manchara
ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma
bullir entre los árboles se oía,
y allá del monte en la encumbrada loma
el manantial de la fecunda fuente
brillar al lejos con su luz se veía,
por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
del bosque espeso, a su raudal vecino

ensordecía el rápido Garona
 hirviendo sin cesar allá en la hondura,
 y su rugiente voz lanzando osado
 del monte enmarañado
 por la frondosa y lóbrega espesura.
 Ya dentro del castillo no sonaba
 el son de los alegres instrumentos
 que el oído a sus dueños regalaba,
 hartos de fiesta y de pesar exentos.
 Mas se vían aún por las ventanas
 cruzar las luces y la sombra errante
 de atentas camareras cortesanias,
 viejo escudero, o pajecillo amante
 que de la estancia oculta retiraban
 donde ya sus señores reposaban;
 y aunque ya no se oían de contado
 las báquicas canciones,
 aún se veía el servicio descuidado
 las mesas del festín en los salones.
 Y ya a su fin tocaba la carrera
 de la noche apacible
 y la luna a su hora postrimera
 cuando, en su rica y silenciosa estancia,
 bajo el dorado pabellón del lecho,
 la duquesa Clotilde con su esposo
 a impulsos del amor que arde en su pecho,
 en el lenguaje de la culta Francia
 así seguía diálogo amoroso:

CLOTILDE

No es, Félix adorado,
 mostrar que mancha en tu pasión sospecho
 tu historia demandar: te has engañado.
 Sólo intentaba, pues rebelde el sueño
 nos niega su benéfico beleño,
 entretener nuestra tenaz vigilia
 con divertida historia;
 y sin pensar me vino a la memoria
 recuerdos demandar de tu familia.

DON FÉLIX

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,
 toda sospecha ruin, y no te crea
 por ignorarla sin razón celosa;
 yo te la contaré tal como sea,
 aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE

Y yo la escucharé grata y atenta
 celebrando sus lances,
 sintiendo sus percances
 y teniendo a la par sus travesuras
 de su inexperta juventud en cuenta.

DON FÉLIX

Pues escúchame ya, Clotilde mía,
 juveniles locuras, y un momento
 de sonrisa que logren arrancarte,
 será mi recompensa y mi contento
 y si el cuento monótono te auxilia
 en brazos a caer de manso sueño,
 ese favor de más ¡oh dulce dueño!
 deberemos los dos a mi familia.

CLOTILDE

Empieza, Félix mío, que te escucho,
 y estoy por tu relato
 mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FÉLIX

Nací español; lo sabes por mi trato,
 franco y leal, y por mis nobles hechos:
 que no hay en mi país doblez ni engaños
 en palabras de nobles, ni en sus pechos
 miras serviles, cábalas, ni amaños.

Era mi padre conde de Aracena,
 para avaro heredero corto estado,
 mas posesión muy buena
 y herencia suficiente
 para heredero joven y valiente
 con humos y esperanzas de soldado.
 Pasé mi juventud en un castillo
 de Aracena, entregado
 a un preceptor escueto y amarillo,
 cuya cabeza vana
 de lógica encerraba más cuestiones
 que jirones y puntos su sotana.
 Éste me hacía leer la antigua historia,
 mucho inútil latín y mucho griego,
 de fárrago atestando mi memoria
 que yo aprendía y olvidaba luego.—
 Este viejo Fermín que habita ahora
 con nosotros aquí, franco soldado,
 como niño a tratarme acostumbrado,
 ducho en caballos y en combates diestro,
 cuando a pródiga edad hube llegado
 de armas y equitación fué mi maestro.
 Y puedes colegir, Clotilde mía,
 por tan ilustre y célebre colegio
 lo que la suerte de mi hogar sería.
 aunque en Dios y en verdad que tengo oído
 que mi padre vivía en aquel tiempo,
 de la corte y del rey muy mal querido
 por no sé qué opiniones de partido.
 Y aquí, bella Clotilde,
 tu indulgencia reclamo,
 ya que a tal confesión me avengo humilde.

CLOTILDE

¿Hay algún pecadillo
 de amor?

DON FÉLIX

Precisamente.

la ocasión de salir de mi castillo,
 que fué de esta manera.

CLOTILDE

¡Bravamente!

Pláceme el cuento así, franco y sencillo.

DON FÉLIX

Tenía entonces yo veinte y dos años
 fieros con mi selvática nobleza:
 los riesgos del amor me eran extraños,
 y con mil esperanzas y deseos
 tenía, de una vez y sin rodeos,
 fuego en el alma y aire en la cabeza.
 Allá en mi mente un mundo comprendía
 que no era el mundo real con largo trecho,
 pero era un mundo como ser debía,
 de mis ideas miserables hecho.
 Yo, reducido al círculo mezquino
 de mi desmantelado castillejo,
 de un valle a él vecino,
 y un pueblecillo viejo;
 sin más ocupación que los sermones
 del preceptor, católico latino,
 los perros, los caballos, los halcones,
 sin más servicios que correr la sierra
 al jabalí y al ciervo haciendo guerra,
 era un mozo en verdad muy decidido
 de quien con una dirección juiciosa
 se podía sacar muy buen partido.
 En este estado, pues, cruzando un día
 el vâlle ameno a mi mansión cereano,
 en una aislada casa o alquería
 encontré una doncella
 como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE

¿Bella?

DON FÉLIX

Menos que tú ¡Clotilde mía!
 mas de tu claro sol vívida estrella,
 hija de un militar viejo y lisiado,
 que había con mi padre en sus niñeces
 como valiente con honor lidiado,
 y aun salvado su vida varias veces.
 Yo, mozo y tan travieso,
 ella hermosa y tan pura,
 yo rico de alma y ella de hermosura...
 vine al fin a perder mi poco seso.
 La amé y me amó: con infantil locura
 de la pasión en brazos nos lanzamos,
 y dos años vivimos
 viéndonos siempre que ocasión hallamos,
 fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE

¿Y la amabas?

DON FÉLIX

La pobre zagaleja,
 sin duda por su padre sorprendida,
 me iba a huir sin razón ni despedida;
 me opuse a tiempo, mas mi padre atento
 me espía a su vez, y en un momento
 nuestro amor se rompió y nuestra cons-
 tancia, [tancia,
 enviándome mi padre a hacer fortuna
 a las campiñas de la alegre Francia,
 donde guerrero injerto en cortesano,
 la suerte amiga me tendió su mano,
 y la memoria del amor primero
 se borró con el tiempo y la distancia,
 aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE

¿La amas, pues, todavía?

DON FÉLIX

¿A quién después de ti, Clotilde mía?
 Mas ella la infeliz allí encerrada
 con las aves no más del valle oculto,
 acaso vivirá muy desdichada
 por culpa de un mancebo, que insensato
 la juraba un amor que era imposible,
 y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE

¡Y aún guardas su memoria inextinguible!

De su diálogo aquí los dos esposos
 dulcemente llegaban,
 cuando la bella historia les turbaron
 alaridos y gritos misteriosos
 que a la reja del cuarto en que se hallaban
 en repentina música estallaron.

Oíase a lo lejos
 rodar la tempestad, arrebatada
 en alas del revuelto torbellino,
 y en pos de los vivísimos reflejos
 del rápido relámpago rugía
 la poderosa voz del ronco trueno,
 que la nube sombría
 dentro guardaba del preñado seno.
 Del viento proceloso
 al vaivén vigoroso
 crujir se oían los tronchados robles,
 y de los puentes las cadenas dobles
 rechinar en los goznes sacudidos
 por el recio huracán estremecidos.
 «¿Oyes, Clotilde? preguntó don Félix
 a su aterrada esposa:

Sin duda se ha formado de repente
tempestad horrorosa.»

CLOTILDE

Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Félix, a ese rumor.

DON FÉLIX

Hace un momento
que en la enramada de la selva hojosa
tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE

¡Mas escucha!... parece
Félix, que esa ventana se estremece.

DON FÉLIX

El viento que se estrella
con estrépito en ella.

CLOTILDE

Eso será.

DON FÉLIX

Sí, a fe.

CLOTILDE

Mas parecía
que alguna voz humana...

DON FÉLIX

Pura imaginación, Clotilde mña:

sólo las aves pueden
llegar a esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las
[venas
de los esposos nobles,
y paso hallaban al aliento apenas
al oír el diabólico ruido
con que en aquella reja se efectuaba
un misterio a los dos desconocido,
mas cuya inmediación amedrentaba.

Tras aquella ventana parecía
que el espíritu negro de la noche
la tempestad horrenda dirigía.
Allí agitado el viento
en las caladas piedras estrellándose,
bramaba airado con salvaje acento
en las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
de angustiada mujer; ya murmuraba
como escondida fuente,
y a veces parecía
ofrse en realidad, no en apariencia,
diabólico concierto que auguraba
de seres invisibles
la cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
en desacorde son y grita horrible
detrás de aquella reja
el graznido fatal de la corneja,
de la hiena irascible
el áspero gruñido,
de la tímida tórtola el arrullo,
del pardo lobo el prolongado aullido,
y el aguado silbido
de la sutil culebra,
y el trémulo relincho del caballo,
y el canto triunfador con que celebra
su victoria o su amor el ronco galla.

De este tumulto a par se percibían
palabras cuyo bárbaro sonido
ofendía el oído,
y que mucho a conjurós parecían.
Ya era susurro sordo y soñoliento
al son de las abejas parecido,
ya era penado e íntimo lamento
arrancado a un dolor fiero y profundo,
ya el son ahogado del escaso aliento
del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
se perciben dulcísimos quejidos
de voz enamorada,
voz de mujer que trémula suspira
amorasas canciones
que ciego amor a su pesar la inspira.
Y esta voz mujeril tierna y amante,
de hondo misterio incomprendible henchida,

halagaba tal vez por un instante,
pero dejaba luego
de pena el alma y de pavor transida,
ya remedando interesante ruego,
ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
fatídicos clamores,
estas mil voces sin compás mezcladas,
formaban tan fantástico conjunto,
tan extraña y confusa batahola
que el más bizarro corazón si oyóla
olvidó su valor de todo punto.
Don Félix, aunque asaz supersticioso
y mucho a tal rumor amedrentado,
saltó por fin del lecho
y a la ventana se arrojó brioso,
y de santa fe fortalecido el pecho
de agudo puñal el brazo armado.
Abrió, y en el instante
repentino relámpago

el aire opaco iluminó brillante;
bocanada de viento revoltoso
al aposento pentró ostentoso;
las gotas de la lluvia desiguales
botaron de través en los cristales
desparramadas resbalando al suelo;
sin que se viera en la extensión lejana
de la nublada cavidad del cielo
más que las nubes que en tropel seguían
de la tormenta el fugitivo vuelo.
«Ya la tormenta pasa
(dijo don Félix en redor mirando)
y por Oriente el horizonte arrasa.»

CLOTILDE

¿Qué ves?

DON FÉLIX

La lluvia, que en verdad no
[escasa
en pantano cambió toda la tierra;
mas cesa ya.

CLOTILDE

Pues cierra,
Félix, que ese aire mata.

DON FÉLIX

Cierro y durmamos, que se acerca el día,
y si el aire las nubes arrebata,
mañana haremos a mis ciervos guerra
y otra vez tendrá fin la historia mía.

VIII

Amaneció el siguiente limpio, sereno y luminoso día coronado de sol resplandeciente, y dispuesta al placer la noble gente que en el castillo a la sazón había, se aprestó diligente para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones a escuderos y pajes y vasallos sus perros aprontar y sus caballos y las demás precisas provisiones. El rumor de la fiesta en un momento retumbó de aposento en aposento, y atronaron los largos corredores con apodos, con trompas y con gritos guías, palafreneros y ojeadores. Por los patios cundieron con gran tumulto y batahola fiera voces de mando y ruidos de quimera, y tumulto de gente aglomerada, y relinchos, y silbos, y ladridos en que rompió azuzada toda impaciente la trafla entera.

Al repentino estrépito don Félix y Clotilde despertaron, y al ver del sol los vivos resplandores dorar de las ventanas las junturas, al punto adivinaron la prisa de sus bravos cazadores. Ya del lecho a saltar iba don Félix cuando Fermín, su viejo camarero, leal aragonés encanecido en servicio del conde, y el primero que a empuñar le enseñó tajante acero y a domeñar un potro embravecido,

entró en el aposento alegremente con franqueza exclamando aragonesa: «¡Voto a Cribas! ¿Aún duerme aquí la gente? Levantaos, señor, y daos priesa, que no quiero que os llame negligente esa orgullosa multitud francesa.» Lo cual Clotilde oyendo díjole sonriendo:

«Fermín, ¿qué audacia es esa?» Y él contestó, la frase corrigiendo: «Perdone mi señora la condesa, francesa fué cuando doncella y sola, mas unida a mi amo es ya española.» Con lo cual las cortinas apartando, el buen Fermín a su señor sirviendo, pronto si no muy bien fuéle ataviando.

Y díjole don Félix:

«A esos señores di que nos esperan que partan cuando quieran.

—¿Cómo, señor, y estando en vuestra

[casa...?

—Obedece, Fermín, que el día pasa y nosotros al punto montaremos y a encontrarles iremos.»

Salió el viejo, y don Félix, ya vestida su esposa, abriendo la ventana, exclamó al cielo mirando: «¡Qué mañana tan hermosa! —Mas con lo que ha llovido, dijo aquella, debe de ser un cenagal el suelo.»

A cuya reflexión bajando el conde los ojos, tropezó con un objeto del que no osaba, mudó de sorpresa, volverlos a apartar... y la condesa, viendo que ni se mueve ni responde, llegóse y apoyándose en su hombro siguió su vista, y el objeto hallando que contemplaba, enmudeció de asombro.

Pura, olorosa, fresca y solitaria,
 en una grieta que en el muro había
 vegetaba una hermosa PASIONARIA
 que a los besos del aura se mecía.

Ocultas en el hueco sus raíces,
 sólo en el aire al parecer segura,
 mostraba sus riquísimos matices
 de la pared sobre la piedra oscura.

Nacida en el dintel de su ventana,
 y en medio de sus góticas labores,
 dijeran que la flor salía ufana
 a ser vista no más de sus señores.
 Para ellos es la esencia soberana
 que exhalan sus purísimos olores;
 sólo su mano alcanza a su guarida,
 y en su mano no más tiene la vida.

En un capricho de la esposa bella,
 en un deseo del galán esposo
 puso Dios el influjo de su estrella,
 y estriba en él su porvenir dudoso.
 Acaso adorne su beldad con ella
 si halla Clotilde su valor precioso,
 y él acaso la arranque y se la ofrezca
 como oportuno adorno le parezca.

Mirábanla los dos y no podían
 dejarla de admirar. ¡Qué hermosa era!
 Al sol sus verdes hojas se tendían,
 la flor de su capullo echando fuera,
 y una encantada tienda parecían,
 cuyos lienzos plegando una hechicera,
 el primoroso encanto que guardaba
 bajo su rico pabellón mostraba.

Y al mágico poder de sus conjuros
 sometida la flor por el encanto,

los tornasoles de la luz más puros
 reverberaba su oloroso manto.

Los del iris radiante eran oscuros,
 y no brillaban los del alba tanto
 como los que la flor mostraba en ella
 ante los ojos de la esposa bella.

Sí, a fe: los de Clotilde parecían,
 el espíritu y luz de sus colores;
 con más lujo y valor resplandecían,
 cuanto más la miraban, sus primores:
 de su cáliz así se desprendían
 más suaves y más puros sus olores,
 y a do Clotilde en rededor miraba
 girasol de sus ojos se tornaba.

Si tendía su mano hasta cogerla,
 oscilaba a su tacto estremecida;
 si acercaba sus ojos para verla,
 se esponjaba al favor agradecida;
 si llegaba con su hálito a mecerla,
 cobraba al recibirla doble vida,
 y era en fin de su antojo tributaria
 la encantada y silvestre PASIONARIA.

«¿Cuándo ha nacido esa flor?»
 dijo el conde a la condesa.

«¿No has sido de esta sorpresa,
 díjole ella, tú el autor?»

DON FÉLIX

¡No, a fe mía!

CLOTILDE

Yo pensaba

que tú la hubieras traído.

DON FÉLIX

No por cierto, ahí ha nacido.

CLOTILDE

Artificio la juzgaba,
¿pues cómo en piedra tan dura
flor de tal delicadeza?

DON FÉLIX

¡Extraña naturaleza!

CLOTILDE

¡Y más extraña hermosura!
¿Mas la tormenta pasada
cómo de ahí no la arrancó?

DON FÉLIX

Antes creo que brotó
con ella fecundizada.

CLOTILDE

¡Raro portentoso!

DON FÉLIX

Sí, a fe.

CLOTILDE

¡Y qué olorosa y qué bella!

D. FÉLIX (*alargando la mano para cogerla*).

Orna tu frente con ella.

CLOTILDE (*determiéndole*).

No la cortes, nó.

DON FÉLIX

¿Por qué?

CLOTILDE

Es que viva privilegio
que la quiero conceder:
páreceme que ha de ser
arrancarla un sacrilegio.
Pues ha venido a adornar
mi ventana flor tan bella,
ha de mantenerse en ella
y en ella se ha de agostar.
Sea un secreto su vida
velado a todo importuno;
no quiero que por ninguno
pueda ser apetecida.

DON FÉLIX

Sea, pues, como tú quieres.

CLOTILDE

Secreto es mío, lo he dicho;
ya sabes que en un capricho
se esclavizan las mujeres.

DON FÉLIX

No quiera Dios, alma mía,
que ese capricho te estorbe
quien corriera todo el orbe
por tu sola fantasía.

Viva esa flor hechicera
 cuanto así pueda vivir:
 y... ¡ha de pesarla morir
 siendo tú su jardineral!

Y así hablando los esposos
 al viejo Fermín llamaron,
 y ambos a dos afanosos
 cuidados muy oficiosos
 por la flor le encomendaron.

Y viendo en el encinar
 correr ya los ojeadores,
 para irlos luego a encontrar
 se mandaron ensillar
 sus dos caballos mejores.

IX

Tres jornadas duró la cacería,
 fecunda en reses y en azares varia,
 y al volver la condesa al otro día
 a visitar su linda Pasionaria,
 encontróla en la grieta todavía
 pura, olorosa, bella y solitaria,
 más frescos y brillantes sus matices,
 más a la piedra asidas sus raíces.

Las hojas de su verde enredadera
 profusamente en su redor brotaban,
 y muchas ya de la ventana fuera
 en sus ricas labores se enlazaban;
 pero entre ellas la flor única era,
 más capullos en ellas no apuntaban
 ni anunciaban sus galas exquisitas
 próximo el tiempo de ceder marchitas.

Y un día se iba tras otro,
 y más fresca y más lozana
 abría cada mañana

su tienda de hojas la flor,
 como amante cuidadosa
 que con el alba despierta
 y abre en silencio su puerta
 a la señal de su amor.

La condesa, que hechizada
 con su hermosa flor vivía,
 pasábase todo el día
 contemplándola crecer;
 y cada vez el ramaje
 de su libre enredadera
 más rico y sombrío era,
 más lujurioso doquier.

Por do en el muro encontraban
 o en la prolija moldura
 sus tallos un hendidura,
 prendían una raíz,
 y de ella brotando pródiga
 rama fecunda y lozana,
 entoldaba la ventana
 fresco y silvestre tapiz.

A par que se iba cerrando
 su enmarañado tejido,
 el tallo a la flor asido
 iba creciendo a la par,
 y del ameno follaje
 la flor colgada en el centro,
 del arco quedaba dentro
 entre uno y otro pilar.

Allí del sol y del viento
 y del turbión guarecida,
 se prolongaba la vida
 de la misteriosa flor;
 y allí conforme pasando
 iban los días por ella,

amanecía más bella,
y con hechizo mayor.

Y allí gozar dulcemente
larga existencia esperaba,
pues ella misma plantaba
donde vivir un vergel;
y allí sin duda orgullosa
a reinar sola venía,
pues ella se suspendía
su primoroso dosel.

Ufanos de poseerla
los dos amantes esposos
guardábanla cuidadosos
de todo extraño desmán,
y a fe que no se pasaba
un día en que veces ciento
no entraran en su aposento
de la flor con el afán.

Para velarla a las aves
de la ventana por fuera,
tendieron una ligera
y sutilísima red,
y nadie entraba en su estancia
ni de noche ni de día,
pues sólo a Fermín se hacía
tan señalada merced.

Allí pasaban las horas
los condes enamorados
con su flor embelesados
en sabrosa soledad;
e ibanse mientras sus huéspedes
del castillo despidiendo,
enojosa comprendiendo
o inútil su sociedad.

Así, olvidados y ajenos
de amistades e intereses,

iban pasando los meses
en su castillo feudal,
sin ver que pronto vendría
lluvioso el invierno y crudo,
y de su pompa desnudo
sería el campo un erial.

Acostumbrados sus ojos
a encontrar cada mañana
vegetando en su ventana
con nueva vida su flor,
tal vez identificóla
Clotilde con su existencia,
divinizando en su esencia
su porvenir o su amor.

Tal vez simpático afecto
hacia la flor la arrastraba,
y un ser oculto adoraba
en su capullo gentil,
y acaso algún amoroso
espíritu desterrado
creía en ella encerrado
con sencillez infantil.

La saludaba gozosa
cuando el capullo se abría
y al plegar le despedía
su nocturno pabellón,
como si en verdad pudiera
el de aquella Pasionaria
de algún alma solitaria
ser la extraña habitación.

El inocente capricho
su amante esposo reía,
a su loca fantasía
crédito dando tal vez,
pues era el amor su vida,

y en el amor hay instantes
en que vuelven los amantes
del niño a la candidez.

Mas ya el abrasado agosto
tras julio ardiente pasaba,
y nunca se marchitaba
ni envejecía la flor.
Plegaba todas las tardes
su capullo al caer el día,
y siempre a abrirle volvía
con más hechizo y primor.

Nunca brotaron sus ramas
otros capullos, y nunca
ni la tormenta la trunca,
ni la arrebata el turbión,
ni el crudo cierzo la huela,
ni la consume el rocío,
y el invierno y el estío
benignos al par la son.

«Señor (a don Félix dijo
el viejo Fermín un día),
a no ser vuestra, diría
que hay hechizo en esa flor.

—¡Hechizo, Fermín! ¿Qué dices?
—Cosa de encanto parece
porque ni mengua ni crece
ni muere nunca, señor.

Mi señora la condesa
con ella está enloquecida,
como a vos mismo la cuida
y quiérela como a vos.
No tiene empeño más grave,
ni cosa que más la importe,
y hacer a una flor la corte
no es cosa que manda Dios.

Honores, fausto y nobleza
por ella habéis olvidado;
por ella habéis enojado
a vuestros deudos también,
pues su amistad concibiendo
que os era enojo importuno,
desfilaron uno a uno
¡y ojalá que pare en bien!

—¿Qué quieres decir?
—Yo nada,
mas mucho el vulgo murmura,
y dan por cosa segura
que a la nigromancia os daís;
que no sois francés recordan,
y corren, aunque en secreto,
sospechas sobre el objeto
que en vuestro encierro lleváis. Y

Dicen que habéis sometido
por medio de un sabio o brujo
de los astros al influjo
el horóscopo del rey;
y si va por donde quema
del vulgo la vil malicia,
me temo que la justicia
nos encare con la ley.

Y en fin, señor, yo que embustes
no puedo sufrir en calma,
un día me rompo el alma
con el mejor del país,
y con tres zaragozanos
que meta entre esos franceses
hay una de aragoneses
que se estremece París.

—¡Bah! buen Fermín, no desbárres
soñando con tus paisanos.

—¿Y los tres zaragozanos
qué os sirven?

—¿Y qué son tres?

—Como el más imberbe de ellos
en un callejón se aposte,
ya sé yo que el gran preboste
con su ronda vuelve pies.

—Fermín, replicó don Félix,
decididos y tenaces

ya sé yo que sois capaces
de eso y más los de Aragón,
mas si metéis algún día
quimera con los paisanos,
os mando cortar las manos
sin otra averiguación.

Y esto escuchando, a una seña
de su señor, el camino
de la escalera mohino
tomó y humilde Fermín.
Quedóse a solas don Félix
con su flor y con su esposa,
y en su posición dudosa
empezó a pensar al fin.

Extranjero y largo tiempo
de la corte retraído,
y acaso el rey prevenido
estando ya contra él;
por bizarro y opulento
con muchos enemistado,
y de muchos envidiado...
era algo ruin su papel.

Audaz por naturaleza,
por español altanero,
valiente y buen caballero,
sufriera un desaire mal:

y en su honor y antigua fama
a mantenerse resuelto,
hubiérasele devuelto
al mismo rey por igual.

Mas existía otra causa,
otra razón, otro objeto,
otro escondido secreto
que le impedía partir;
secreto, sí, que hasta entonces
dentro de su alma escondido
había tal vez vivido
sin dejarse percibir.

Aquella flor que, gozando
de una frescura infinita,
jamás doblaba marchita
su primoroso botón;
aquella flor misteriosa
cuya inmediata presencia
tenía oculta influencia
en su propio corazón;

aquella flor cuya vista
era el placer de su esposa,
de cuya esencia olorosa
gozaba con tanto afán,
vió el triste que allá en el fondo
de su pecho enamorado,
había el poder cobrado
de un dañoso talismán.

De aquella flor peregrina
la hermosura le hechizaba,
en su presencia gozaba
incomprensible placer,
y al percibir de su cáliz
el mágico aroma, apenas
sentía dentro sus venas
la sangre inquieta correr.

De aquella flor a la vista,
sentía que en su memoria
se renovaba una historia
de mucho olvidada ya,
y en ella ardía un recuerdo
triste, eterno y solitario,
como luz que en un santuario
ardiendo perenne está.

Jamás tibiado habíase
con su esposa su cariño,
pero su historia de niño
jamás se le recordó
hasta aquella horrible noche
de repentina tormenta,
en que de su historia cuenta
Clotilde le demandó.

Indiferente y tranquilo,
en la siguiente mañana
abrió él mismo su ventana,
mas, la Pasionaria al ver,
sintió por la vez primera
con amargo sentimiento
aquel fatal pensamiento
en su mente aparecer.

Vago y sin fuerza hasta entonces
y allá en el alma escondido,
recuerdo tal había sido
un imperceptible imán,
de cuya robusta fuerza
jamás llegó a recelarse
hasta que quiso apartarse
del funesto talismán.

Él, de sí mismo con miedo,
juzgólo aprensión, capricho,
y él no se lo había dicho

ni aun a sí mismo jamás;
mas del buen zaragozano
Fermín la ruda franqueza
corroboró la certeza
de sus sospechas en más.

Entonces con claros ojos
la realidad contemplando,
fué don Félix empezando
la verdad a comprender,
por una parte alarmada
la suspicacia francesa,
por otra víctima y presa
de unos hechizos su ser.

De tantos ojos voraces
atentos a sorprenderle,
ocultarle y defenderle
fué cosa imposible al fin,
y de la flor el secreto,
por último divulgado,
por doquier fué interpretado
con la malicia más ruin.

Ya con amistad fingida
y con pretextos capciosos
llegaron varios curiosos
el castillo a penetrar,
del español envidiado
en la mansión o el semblante
buscando del nigromante
señales que denunciar.

Y algunos sabios fanáticos
con curiosidad sencilla
quisieron la maravilla
de la Pasionaria ver.
Mas enojado don Félix
de su impertinente audacia,

negóse con pertinacia
su permiso a conceder.

Arrastrólos sin embargo
la fe de su ciencia vana,
hasta acechar la ventana
donde existía la flor,
y viendo a los dos esposos
en ella continuamente,
tuvieron por evidente
un ser maleficiador.

Dieron al conde don Félix
por enemigo de Francia,
y adquirió tal importancia
esta opinión, que hasta el rey
llegó a recelar acaso
de aquel hechizo el influjo,
teniendo al supuesto brujo
vigilado por la ley.

Don Félix, que idolatraba
con toda su alma a su esposa,
sintiendo otra poderosa
llama en su pecho brotar,
airado contra sí mismo,
loca tentación juzgándola,
quiso de su alma arrancándola
la fe de su amor salvar.

Y un día en que ambos gozaban
la bella flor contemplando,
conversación entablando,
dijo don Félix así:

«¿No te parece, Clotilde,
que hay en esa Pasionaria
una magia extraordinaria
que nos alucina?»

CLOTILDE

Si;

yo cerca de ella un deleite
tan soberano percibo
que me parece que vivo
donde ella vive mejor.
Nada con ella echo menos
y en su presencia me place
sentir, Félix, que renace
más tierno por ti mi amor.

DON FÉLIX

No es tal mi dicha, Clotilde;
yo siento una incertidumbre,
una extraña pesadumbre
al contemplarla no más.
Paréceme que a su vista
nuestro amor se disminuye,
y la ventura nos huye
para no volver jamás.

CLOTILDE

Félix ¡tú pierdes el juicio!
¿Qué puede en nuestra ventura
intervenir la hermosura
de esa solitaria flor?

DON FÉLIX

No acierto, Clotilde mía,
de tal misterio el origen,
mas mil temores me afligen
y ... destruirla es mejor.

CLOTILDE

Eso no; cuando la vimos,
la acogí bajo mi amparo,

y quien la toque declaro
que atenta a darme un pesar.
Aquí esa flor ha nacido
y es mi deleite, mi encanto;
y aquí, Félix, por lo tanto,
cuanto pueda ha de durar.

DON FÉLIX

Sea, y no quieran los cielos
que ese capricho te estorbe
quien corriera todo el orbe
para buscarte un placer.

CLOTILDE

Ah, Félix mío, perdóname
si mi amor te la defiende,
¿mas en qué mi flor te ofende?
¿Qué puede en tu mal tener?

Mis ojos gozan mirándola
tan pura siempre y tan bella:
tengo mi capricho en ella
como mi amor tengo en ti:
tan poderoso es el mío
como es el otro constante.
¿piensas que menos amante
la flor ha de hacerme, di?

No; los gustos peligrosos
de la necia corte olvido;
helos ya sustituido
con su inocente primor,
y aquí en soledad tranquila,
en pura y campestre calma,
más no apetece mi alma
que su Félix y su flor.

Y así diciendo, en los brazos
cae Clotilde del conde;
y éste el semblante la esconde
alterado de placer.
Y así su enojo ahuyentando
con dulcísimas caricias,
tornaron a las delicias
del amor que les da el ser.

Y uno tras otro así fueron
los bellos días pasándose,
su dulce vida llevándose
de soledad y de amor.
Y al asomar por Oriente
la aurora cada mañana,
fresca, olorosa y lozana
se abría siempre la flor.

X

¡Ay del que necio en la fortuna fia!
¡Ay del que espera en el poder mundano!
El que vive feliz en un sólo día
otro tal vez igual espera en vano.
Sí, todo al fin el tiempo lo trastorna,
todo en la tierra por su mano pasa,
y el monte que hoy adorna
con espeso amenísimo follaje,
en breve espacio con furor arrasa,
sin que halle en él la yerba más escasa
el pájaro más ruin por hospedaje.
Y su golpe no quita
casco ferrado ni áurea corona,
ni su arbitraria enemistad se evita
con fuertes torres o tendida lona,
porque salva la mar con sólo un paso,
y a su soplo se hienden las murallas
y como en el fuego se quebranta un yaso.
No hay para el tiempo ni exención ni vallas.

Diez meses no serían tal vez cumplidos, y en dolor trocadas las dichas de don Félix se veían, su esperanza y sus glorias trastornadas.

Era un día de niebla húmedo y frío, todo era soledad, silencio todo el castillo sombrío.

No por sus anchas bóvedas sonaba rumor alegre de placer y vida, no clamorosa multitud se hallaba en sus largos salones reunida.

No, no; todo es ahora duelo y quietud, que el tiempo y la fortuna sientan allí su mano asoladora, y quien le habita llora sin esperanza alguna.

En un largo aposento del medio roble humeante, tendido en una antigua chimenea, el rostro macilento, y de pesar el corazón transido, yace don Félix en el hondo asiento de una poltrona hundido.

Las lágrimas que brotan de sus ojos indicios son de su dolor; estrecho paso sus labios dan a los gemidos que arranca de su pecho, y claros de la suerte los enojos se muestran en sus ayes doloridos.

Fermín, el buen soldado, mustio también y pálido el semblante, del fuego está delante junto al conde sentado, y acreditar sus pesadumbres puede a la igualdad del señor con el vasallo, pues sólo el infortunio la concede.

«No hay remedio, Fermín, dijo don Félix, lo doctores así me lo aseguran.

—Los doctores, señor, por si la yerran, casi siempre desgracias nos auguran.

—¡No, Fermín, es inútil esperanza! Ellos mismos confiesan que su ciencia no alcanza la muerte a detener.»

Y aquí callando tornó al llanto don Félix, y el anciano Fermín siguió llorando.

Y era razón llorar por la condesa, pues de dolencia inextinguible presa, aunque de tres doctores asistida, se hallaba en tal momento a las manos de un mal íntimo y lento próxima a despedirse de la vida. Y en aquel aposento, del esfuerzo postrero de la ciencia esperaban el fallo con dudosa impaciencia el mejor conde y el mejor vasallo.

Abrióse al fin la puerta que de la esposa al aposento daba, y la mirada incierta ninguno a ella dirigir osaba.

Tuviéronse en silencio los doctores al dintel con respeto al intenso dolor del noble esposo, en su gesto turbado y lastimoso mal ocultando su fatal secreto.

«Acercaos, señores, don Félix dijo al fin, daráme ayuda para arrostrar en calma mis dolores el Dios a quien suplico que me acuda en mis cuitas mayores. ¿Hay esperanza aún?»

—«La ciencia vana

de los hombres, señor, no encuentra algu-
[na.

«Sólo de Dios la ciencia soberana
«sabe qué sol alumbrará mañana,
«y ve de todos el sepulcro y cuna;
«fuera de esa esperanza, no hay ninguna.»

Cayó en su silla el conde desplomado,
y ocultando en las manos el semblante,
en su propio dolor quedó abismado.
Y aprovechando al punto aquel instante,
del cuarto los empíricos salieron
y del castillo, a do jamás volvieron.

Su fin tocaba el día,
y más densa la niebla encapotaba
la atmósfera; la noche que avanzaba
fría, lluviosa y lóbrega venía;
y sin fuerzas el viento no sonaba
en la enramada umbría.
En apartada alcoba
que alumbraba escasa lámpara, se queja
Clotilde hermosa a quien la vida deja,
y a quien la muerte para el mundo roba.
Desencajado el rostro y amarilla
la tez rosada y pura,
en sus radiantes ojos ya no brilla
la luz de la hermosura.
Sus labios sin color no se despliegan
con amorosa y celestial sonrisa
y sus ebúrneas manos ya no juegan
con sus espesos rizos,
que no mecerá más la mansa brisa
descubriendo los mágicos hechizos
del torneado cuello,
del pecho virginal y el hombro bello.
Aun tiene, amante, con su mano asida
de don Félix la mano,

y aun con escaso aliento
murmura su postrera despedida.
Y aún buscan en el lóbrego aposento
sus turbios ojos el objeto amado
de su alma enamorada aún no borrado.
El amoroso conde que la adora
junto a su lecho desolado llora,
y a las palabras de su amor responde
con palabras mentidas de consuelo,
porque no se le esconde
que a ver no volverá la luz del cielo.
«¿Por qué lloras, mi bien?» le preguntaba
la moribunda esposa,
y con voz cariñosa,
«no lloro» el infeliz la contestaba,
y así plática entre ambos se entablaba:

CLOTILDE

Si, sollozar te escucho.

DON FÉLIX

Tu mente débil te lo finge acaso.

CLOTILDE

No, Félix, no me engaño, te amo mucho,
y esta mano en tus lágrimas me abraso.
Leo en tu corazón.

DON FÉLIX

Clotilde mía,
del pensamiento aleja
tan tristes ilusiones.

CLOTILDE

Ay, Félix, es en vano tu porfía,
excusa ya ficciones,

falsas palabras deja,
 ya sé que llega mi postrero día.
 ¿Me amas aún?

DON FÉLIX

Mis lágrimas te dicen
 cuánto es mi amor; la eternidad entera
 escaso tiempo para amarte fuera.

CLOTILDE

Dime, ¿y mi flor? ¿Extiende todavía
 sus hojas ante el sol? ¿Han decaído
 sus brillantes colores?

DON FÉLIX

No, Clotilde, sus ramas han crecido.

CLOTILDE

¿Pero y la flor?

DON FÉLIX

Aún sola permanece
 y otro capullo en derredor no crece.

CLOTILDE

¿Cuánto tiempo hace ya que no la veo?

DON FÉLIX

Pocos días no más.

CLOTILDE

Años perdidos
 sin contemplarla que pasaron creó.
 ¿Se alcanza desde aquí?

DON FÉLIX

Tal vez corriendo
 tus cortinas, y abriendo
 la puerta de esa cámara vecina
 se alcance a ver.

CLOTILDE

Pues abre y que mis ojos
 la vuelvan a mirar, antes que cieguen
 de la muerte implacable al ser despojos.

Abrió en esto don Félix
 la puerta de la cámara en que estaba
 la flor maravillosa,
 y al gótico balcón donde brotaba
 tendió los ojos la doliente esposa.

Oscura estaba la noche;

los ojos más perspicaces
 no hubieran sido capaces
 su lobreguez de sondear.
 Tendió a la ventana el conde
 en las tinieblas la mano,
 mas abrió con ansia en vano
 sus ojos de par en par.

El más escaso reflejo
 no vió penetrar por ella,
 que no alumbraba una estrella
 del cielo la inmensidad.

Su negro manto en los aires
 las nieblas habían tendido
 y de la luna sorbido
 la trémula claridad.

Aún fresca, olorosa y pura
 la encantada Pasionaria

vegetaba solitaria
 en su enramado vergel:
 y aunque no pueden los ojos
 percibirla en la distancia,
 revela bien su fragancia,
 su eterna presencia en él.

«¿Dónde estás, dijo Clotilde,
 flor mía, que no te veo?
 Si comprendes mi deseo,
 déjate ver, linda flor:
 siento ¡ay de mí! que al buscarte
 los ojos se me oscurecen;
 muéstrate, flor, si merecen
 mis ojos ver tu color.»

A estas palabras, del lecho
 de la moribunda enfrente,
 se iluminó de repente
 tenue y fosfórica luz
 producida en las tinieblas
 de la oculta Pasionaria
 por la esencia extraordinaria
 y la mágica virtud.

Retrocedió amedrentado,
 la luz fantástica viendo,
 don Félix, y no sabiendo
 los ojos de ella apartar,
 ni a respirar se atrevía,
 cuando en el otro aposento
 con desfallecido acento
 oyó a Clotilde llamar.

Acudió el triste solícito
 al pie de su cabecera
 y allí de aquesta manera
 decir a su esposa oyó:
 «Escucha, Félix: sentada

la muerte á mi lado veo,
 mas un extraño deseo
 al sentirla me asaltó,

y dulcemente la vida
 mi espíritu abandonara
 si este deseo lograra.

—¿Cómo lograráte? Di.

—De ti tan sólo depende.

Mas que te cueste no es justo
 este capricho un disgusto.

—Acaba.

—¿Consientes?

—Sí.

—Pues mira, esa Pasionaria
 que fué mi encanto viviendo,
 pluguérame que muriendo
 fuera mi último placer.

De nuestro mal compañera,
 cual de nuestro amor testigo,
 que muera esa flor conmigo
 pues que me debe su ser.

Si apenas contaba un día
 euando quisiste ofrecérmela,
 sea su suerte la mía,
 Félix, arráncala hoy;
 ese es el favor postrero
 que ya de tu mano espero,
 cúmplemele, y al sepulcro
 tranquila y contenta voy.»

Quedó aterrado don Félix
 propuesta tal escuchando,
 la mano tender no osando
 a la misteriosa flor,
 los desenajados ojos
 fijos en ella teniendo,

y en las pupilas sintiendo
su mágico resplandor.

A comprender esta idea
su mente no se atrevía,
su voluntad resistía
su ejecución a emprender;
y aquel pensamiento solo
le tiene en duda tan fiera
como si a su impulso fuera
un crimen a cometer.

Sí, sometido al influjo
de un vértigo incomprensible,
sentía en sí una terrible
desusada conmoción:
de un ser incógnito, oculto,
secreto terror le asalta,
y conoce que le falta
valor en el corazón.

Que aquella flor que fué un tiempo
las delicias de su esposa,
cuya existencia preciosa
quiere hoy romper con afán,
ve el triste que allá en el fondo
de su pecho enamorado,
todo el poder ha cobrado
de un dañoso talismán.

De aquella flor a la vista,
siente que allá en su memoria
se le renueva una historia
de mucho olvidada ya,
y en ella vive un recuerdo
triste, eterno y solitario,
como luz que en su santuario
ardiendo perenne está.

¡Oh! no, imposible que él sea
quien aquella flor destruya;

su vida es la vida suya,
el suyo tal vez su ser.
No, imposible: sin su esposa,
él como ella necesita
aquella flor inmarchita
por compañera tener.

Será de su amor pasado
cuando ella falte, un objeto,
será un místico amuleto
que aliviará su dolor:
y de Clotilde el espíritu
identificado en ella,
siempre pura y siempre bella
será ella misma la flor.

En sus brillantes colores,
en su inmarchita frescura,
él hallará su hermosura,
su perdida sociedad.
Y en su castillo encerrado
para siempre noche y día,
no tendrá más compañía
en su larga soledad.

Mas ¡ay! que a la par Clotilde
desea arrancarla ahora
y el buen don Félix la adora
con toda su alma y su ser,
y es imposible que al cabo
su afán postrimero estorbe
quien corriera todo el orbe
para buscarla un placer.

Acostumbrada de antiguo
a encontrar cada mañana
al ir a abrir su ventana
con nueva vida su flor,
también identificóla

Clotilde con su existencia,
divinizando en su esencia
su porvenir o su amor.

Y aun en la misma ventana
su enredadera ceñida,
aún vegetaba prendida
la Pasionaria al dintel:
mas ya crecidos los tallos
de sus ramas, parecía
que desprenderse quería,
a su verde cuna infiel.

Y en la más larga pendiente,
ya dentro del aposento
yacía en el pavimento
sin arrimo y sin sostén,
como si, el fin contemplando
avanzar de su señora,
al suyo en la misma hora
quisiera llegar también.

Dijeran que, adivinando
el término de su vida,
la postrera despedida
quería a Clotilde dar,
y que, hasta su mismo lecho
subir intentando en vano,
tomó el lugar más cercano
a donde pudo arribar.

Y él la contemplaba trémulo,
y ella su flor le pedía,
y don Félix no sabía
en verdad qué resolver.
La flor seguía en la sombra
ante sus ojos brillando,
y él la seguía mirando
en acuerdo sin volver.

Al fin, la voz de su esposa
oyendo desfallecida
que adiós decía a su vida
clamándole por su flor,
sobre ella dió de repente,
y en la oscuridad asiéndola
—¡Sea, pues!, dijo, rompiéndola
con insensato furor.

A tal momento Clotilde
lanzó el último gemido:
y el conde, de horror transido,
en las tinieblas quedó,
al escuchar que su nombre
dentro del mismo aposento
otro conocido acento
tiernamente pronunció.

«¡Cielos!, exclamó espantado,
¿es realidad o deliro?
¿De quién era ese suspiro
que en las tinieblas oí?

—Félix, repuso en la sombra
aquella voz dolorida,
¿no me conoces, mi vida?
Yo soy, acércate a mí.»

Desatinado y atónito,
tomó una lámpara el conde,
y al sitio volviendo donde
la Pasionaria arrancó,
vió con estúpido asombro
el desconocido objeto
que el miedo y amor secreto
hacia la flor le inspiró.

Pálida, fría y sin aliento apenas,
enamorada aún y encantadora,

en lugar de la flor yacía AURORA
 en medio del oculto camarín.
 Contemplábala atónito don Félix,
 el misterio fatal no comprendiendo,
 y tendíale Aurora sonriendo
 los yertos brazos, próxima a su fin.

Y aun amoroso el rostro moribundo,
 díjole así con voz desfallecida:

«He estado junto a ti toda mi vida,
 y muero con mi amor cerca de ti.
 Velada a vuestra vista entre las hojas
 de una hermosa y silvestre Pasionaria,
 fui huésped de esa reja solitaria,
 y os vi felices y dichosa fui.»

«Siempre te amé; mas siempre cuidadosa
 miré más que a mi amor a tu ventura;
 tú no fueras feliz con mi hermosura,
 y en mí encerré mi generoso amor.
 Dios hizo que a este amor triste y sin pre-

fuera el amor de tu Clotilde unido,
 mas nuestro tiempo le pedí medido
 por el tiempo no más de aquella flor.

«No nos fué dado nunca conocernos,
 mas a la par vivimos y te amamos;
 ambas unidas a la tumba vamos,
 y te perdemos a la par las dos.
 Juntas morir nos otorgó el destino,
 y tú mismo, al cortar mi Pasionaria,
 cumpliste mi recóndita plegaria.
 Recibe, pues, mi postrimer adiós.»

Y a estas palabras la cerviz doblando,
 voló al cielo su alma enamorada,
 y en medio de la atmósfera nublada
 repentino relámpago brotó.

Las ramas de la verde enredadera
 en la estrecha ventana se inflamaron,
 y sus hojas ceniza se tornaron,
 que el agitado viento arrebató.

Tendió don Félix las convulsas manos
 ciego a su vista y de dolor transido,
 y privado de aliento y de sentido
 de la ventana al pie se desplomó.
 Y diz que en su castillo de Aracena,
 pocos años después triste vivía,
 y que a Aurora buscaba todavía
 por el ameno valle en que vivió.

Aun de su viejo castillo
 en una capilla oscura
 se encuentra la sepultura
 de su postrero señor,
 y en vez del busto de mármol
 y de inscripción funeraria,
 hay sólo una Pasionaria
 de mano de un escultor.

LEYENDA QUINTA

APUNTACIONES PARA UN SERMÓN

SOBRE LOS NOVÍSIMOS ²²

TRADICIÓN

AL LECTOR, EL AUTOR

Como lo vas a leer
 me lo contaron, lector:
 atañe al historiador
 lo cierto que pudo haber.

Lo que más le plazca de ello

crea tu razón discreta;
mas no olvide que al poeta
pertenece lo más bello.

Querer dar con la verdad,
fiándose en sus escritos,
es a yerros infinitos
asentir con coguedad.

Yo no pretendo enseñarte,
lector; a menos atento,
me daré por muy contento
si es que consigo agradarte.

Sólo a arrancarte un suspiro
o una sonrisa, aunque leve,
mi estéril pluma se atreve,
sólo a deleitarte aspiro.

Dejemos la verdad, pues,
que es la verdad siempre amarga
y lo cierto grave carga
para los poetas es.

Lo falso a lo verdadero
lleva ventaja infinita,
la mentira es muy bonita
y yo siempre la prefiero.

La razón fría y severa
no hallará esta fantasía
muy de su gusto, a fe mía;
pero piense lo que quiera.

*El pueblo me la contó
y yo al pueblo se la cuento;*
y, pues, la historia no invento,
responda el pueblo y no yo.

No hay en ella más verdad
que lo que Hartzenbusch ha escrito,
y yo por darme lo admito
importancia y gravedad.

Él, verídico escritor,
me garantiza esta historia.
pues yo soy, pese a mi gloria,
de mentiras profesor.

Yo vivo con la mentira,
lector, en público trato,
y confieso sin recato
que la verdad no me inspira.

Empiezo mi cuento, pues,
y si te agrada, lector,
no preguntes al autor
si mentira o verdad es.

INTRODUCCIÓN

QUE EL SEÑOR HARTZENBUSCH HA TENIDO
LA GALANTERÍA DE PONER A MI LEYENDA
QUINTA

Poco antes que en el Duero se sepulte,
cruza Pisuerga plácida campiña,
donde la rica mies, la rica viña
derraman sus tesoros a la par.
Descuella un monte allí: sobre su cumbre
un gigantesco torreón se eleva,
monstruo que con las víctimas se ceba
que le da el despotismo a devorar.

Agrio son de cadenas y cerrojos,
amenazas de bárbaros sayones,
súplicas, alaridos, maldiciones
llenan aquella lúgubre mansión.
Fortaleza la llama quien lejano
su mole ve sin registrar su centro,
llámala infierno quien suspira dentro,
cárcel la ley, su afrenta la razón.

Allí un anciano en miserable estancia,
más bien que calabozo sepultura,
sufrir de sus pesares la tortura
con el pie de la muerte en el umbral.
Pero en aquella frente consagrada
señales duran de lo que era un día,

centellea en su frente todavía
la llama del espíritu marcial.

Bajo el morado episcopal vestido
violento late el corazón de Acuña:
cuando su mano el pectoral empuña,
fué un acero tal vez lo que buscó.
¡PADILLA!, sin cesar suena en su labio,
y un ¡ay! le sigue y el prelado llora;
y es el audaz prelado que en Zamora
¡Santiago y libertad!, apellidó.

«¿Por qué, Señor, arrodillado dice
delante de un ebrúneo crucifijo,
por qué, Señor, tu cólera maldijo
la jornada infeliz de Villalar?
¿Era pendón de iniquidad acaso
la bandera del noble comunero?
Por defender el injuriado fuero
¿no es lícito la espada desnudar?

Si entronizado el codicioso belga
saqueaba el palacio y la cabaña,
y desangrando a la infeliz España
ríos de oro enviaba a su nación;
si reía en espléndido banquete
sirviéndole de música el gemido
de un pueblo que, por él empobrecido,
moribundo imploraba compasión;

si al pedirle justicia el triste padre,
padre a quien deshonró vil cortesano,
decía el extranjero al castellano:
cómprame la venganza y la tendrás;
¿debió Castilla tolerar su afrenta?
¿No debió armarse para entrar en liza
y gritar a la chusma advenediza:
«No reinará sobre mi suelo más?»

¿Condenaste, Dios mío, por mi culpa
la empresa que sino te fuera grata,

porque, soltando el báculo de plata,
del profano bastón el puño así?
No, que Samuel, ministro de tus aras,
también en sangre se bañó la diestra,
Joyada de tu templo hizo palestra,
Moisés armó los brazos de Levi.

Lo veo, sí; con nuestra ruin fortuna
Tú quisiste enseñar a las naciones
en dos tremendas útiles lecciones
lo que merecen, lo que deben ser.
Quéjese el pueblo que agobiado llora
sólo de sí porque obedece al yugo;
mas sepa, si combate a su verdugo,
que sin unión es fuerza perecer.

Perecieron por eso en el cadalso
los hijos de la gloria y de la guerra,
sus casas igualadas con la tierra
yacen cubiertas de ignominia y sal.
¿Por qué me ha perdonado la cuchilla?
¿Por qué esta cárcel mi vivir esconde?
Una voz pavorosa le responde:
«Porque te espera muerte de dogal.»

Ábrese con estrépito la puerta,
y precedido de villana tropa,
vestido un hombre de funesta ropa
resuelto avanza en la prisión el pie.
Vara sutil de magistrado lleva,
que en él parece látigo sangriento,
ningún rasgo de humano sentimiento
en su frente fanática se ve.

Sanguinaria la boca, sanguinarios
los torvos ojos de iracunda hiena,
con desplegar el labio ya condena,
con su mirada martiriza ya:
mudo, pasmado el infeliz Acuña

la decisión espera de su suerte,
no le acobarda la imprevisa muerte,
pero le aterra ver al que la da.

«En nombre de don Carlos os lo mando»,
grita a los suyos el feroz alcalde,
pero dicta sus órdenes en balde,
tiembla el esbirro, párase el sayón,
«Obedeced», el bárbaro repite,
los satélites claman: «¡Sacrilégio!»
Y acatando el sagrado privilegio
se lanzan en tropel de la prisión.

«No teme el vengador de la justicia,
dice el cruel, del hombre ni del cielo,
ese dogal tirado por el suelo
no quedará sin víctima esta vez.»
¡Ronquillo!, fué a exclamar el sacerdote,
pero apagó su voz el duro lazo
que estrechó con la planta y con el brazo
aquel verdugo en hábito de juez.

Por los tránsitos luego de la cárcel
su trofeo arrastró, dejando en ellos
con la sangre de Acuña y los cabellos
señalado el camino que llevó;
y a un corredor llegando guarnecido
de dorado arabesco pasamano,
a ver el espectáculo inhumano
testigos del sacrilegio llamó.

Y llegaron, y dijo: «Comuneros
que desdorar quisisteis la corona,
la clemencia de Carlos os perdona,
de Simancas salid, pero mirad.»
Y el cordel ominoso atando a un hierro,
lanzó al aire el cadáver palpitando...
Cayó la turba mísera temblando,
pasmada de terror y de piedad.

Alzóse un alarido que llenaba
del ancho patio el ámbito vacío;
sucedió al penetrante vocerío
misterioso susurro de oración.
Y oscilaban pendientes entretanto
del corredor los míseros despojos,
y el llanto que asomaba en muchos ojos
lo tragaba en secreto el corazón.

Pero el cáñamo vil con un crujió
turbó el piadoso fúnebre homenaje
y anunció desde el alto barandaje
nuevos horrores que mirar después.
Cruzaba el patio el bárbaro Ronquillo...
Sonó un golpe violento... Y de repente
de sangre salpicósele la frente
y vió el roto cadáver a sus pies.

«Esconda, dijo, su ignominia luego
la sepultura que a pedirme vino.
Comuneros, sabéis vuestro destino;
sed fieles al invicto Emperador.»
Y salió del castillo a lento paso,
con la mano enjugándose la cara
y agitando en el aire aquella vara
que sembraba el espanto y el horror.

I

Tal fué el alcalde Ronquillo,
y tal fué el fin execrable
del noble Acuña. La causa
sólo los cielos la saben.
Lidió por su libertad
como valeroso y grande,
mas vencieron los de Carlos
y es inútil lamentarle.
Su crimen fué ser vencido,
y fué el iracundo alcalde

su juez y verdugo a un tiempo,
 ¡caiga en él toda su sangrel
 En vano gritó Castilla
 contra el sacrilego infame,
 que estaba el rey de por medio,
 y fueron voces al aire.
 Dióse por traidor al muerto,
 y para más ultrajarle
 su infamia extendióse a todos
 los que su nombre llevaren.
 Dió el emperador por bueno
 a su juez, pródigo honrándole
 con su amistad, y él fué un tiempo
 su lebrél más formidable.
 Ansioso de distinguirse
 en su servicio, y mostrarse
 agradecido y celoso
 por los intereses reales,
 atropelló sin escrúpulo
 cuanto encontró por delante,
 sin que justicia o nobleza
 fuesen valla a sus desmanes.
 Que en él fué delirio al cabo
 lo que al principio coraje,
 y la sed de su venganza
 degeneró en insaciable.
 Era su presencia agüero
 de horrendas calamidades,
 y era su nombre un conjuro
 de desventuras y males.
 Seguíanle por doquiera
 en apiñada falange
 alguaciles y verdugos
 con hachas y con dogales.
 Donde fijaba la planta
 huellas marcaba de sangre,
 donde ponía los ojos
 iba la muerte a sentarse.
 Como destructor cometa,

como fantasma impalpable,
 en todas partes se hallaba
 sin distinción de lugares.
 Y un encuentro, una palabra
 casual o poco explicable,
 una plática en secreto
 o una señal poco fácil
 de comprensión, una muerte
 evocaba en el instante.
 «Comuneros son, gritaba,
 ¡a ellos, prenderles..., matarles!»
 Y nunca volvió sin presa,
 que era plan irrevocable
 no hallar jamás inocente,
 ni justiciar nunca en balde.
 ¡Ah!, no hubo español valiente,
 cuyo sueño no turbase
 alguna vez de Ronquillo
 la amenazadora imagen.
 Pues por dar con un rebelde
 pasara sobre el cadáver,
 poco es del mejor amigo,
 de su esposa y de su madre.
 Mas tan caduca es la vida
 y todo en ella es tan frágil,
 que se hunde lo más brioso,
 lo más encumbrado cae.
 Vecino a su hora postrera,
 tendido en su lecho yace
 llena de angustias el alma
 el desapiadado alcalde.
 Los ojos desencajados
 de las cuencas se le salen,
 como si espantados vieran
 mil espectros rodearle.
 La cólera y el terror
 pintados en el semblante,

pide al mismo tiempo auxilios
 mundanos y espirituales.
 A veces sobre su lecho
 iracundo incorporándose,
 «llamadme al rey», dice a gritos
 con feroces ademanes.
 A veces entre la ropa
 atribulado ocultándose,
 «que traigan un confesor»,
 dice con voz lamentable.
 Y corre desalentada
 su gente plazas y calles,
 unos en busca del rey
 y otros en busca de un fraile;
 mientras el vulgo enumera
 los infinitos desastres
 que lleva detrás el nombre
 del golilla agonizante.
 Y no hay en Valladolid
 una casa ni un linaje
 que con dudosa impaciencia
 la muerte del juez no aguarde.
 Parece que mientras viva
 sobre la tierra un instante,
 sus miradas y su aliento
 han de empozoñar el aire.

Que así mueren los impíos,
 sin ser llorados de nadie,
 y agobiados bajo el peso
 de su conciencia culpable.

II

Así en su lecho Ronquillo,
 ya casi a expirar cercano,
 un crucifijo en la mano
 y a su lado un confesor,
 su hora postrimera aguarda

en oscura incertidumbre,
 de su fe muerta la lumbre,
 vivo de su alma el terror.

Los recuerdos de una vida
 a la ambición consagrada,
 de crímenes mil sembrada,
 secretos entre Dios y él,
 hervían en su conciencia,
 y al exacto pensamiento
 se agolpaban en violento
 irresistible tropel.

Allí con faz iracunda
 se alzaba el fantasma fiero
 del bizarro caballero
 degollado en la prisión,
 y sus hijos y su esposa,
 víctimas del abandono,
 pedíanle con encono
 de aquella sangre razón.

Allí el engañado amigo
 y la mujer deshonrada,
 la inocencia condenada,
 la vendida rectitud,
 a recias voces pedían
 contra el culpable venganza,
 y de ella con esperanza
 asidos de su ataúd.

Revuélve el juez por doquiera
 los ojos desencajados,
 más por doquiera apiñados
 sangrientos fantasmas ve;
 doquiera una sombra pálida
 le recuerda una sentencia
 que dió contra su conciencia
 y contra justicia fué.

Y al través de cada pliegue
del cortinaje ostentoso
de su lecho, un horroroso
espectro aguardando está;
y en vano cierra los párpados,
que bajo forma distinta
en sus pupilas se pinta
más espantoso quizá.

Mas sobre todos Acuña
ante sus ojos se muestra,
con el báculo en la diestra
y en la siniestra el dogal,
clamando el buen caballero
por la honrosa sepultura
merecida a su bravura
y a su cetro episcopal.

Y en vano el mal juez le tiende
su mirada suplicante;
Acuña le está delante
con gesto amenazador,
y al rezo con que el alcalde
conjura la sombra santa,
Acuña el dogal levanta
que mata con deshonor.

«—Mi fama importaba poco,
dice el obispo insepulto,
si el crimen quedara oculto,
menos mi sangre en verdad.
Pero, ¿no viste, sacrilego,
que había en mí más que un hombre,
y que iba unida a mi nombre
mi sagrada dignidad?»

«—No, gritaba el moribundo,
no a mí esa cuenta me pidas:

la ley cortó vuestras vidas,
acude a quien la dictó,
Rebeldes, a muerte fuisteis
condenados, y en conciencia
será injusta la sentencia,
mas no quién la ejecutó.»

«—¡No!, reponía la sombra,
¡mientes!, si hacerte le plugo
su juez, jamás su verdugo
te nombró el Emperador.
¡Mientes, sí, dióte la vara
que aunque castiga no humilla,
mas no te dió la cuchilla
ni el dogal infamador!

«Cuando oscilaba mi cuerpo
colgado en el barandaje,
no recibí aquel ultraje
de tu rey, sino de ti.»
Y esto diciendo la sombra
de Acuña el dogal mostraba
y él con la visión luchaba
sin ahuyentarla de sí.

«—¡Huye!, el infeliz decía,
¡huye, delirio funesto!»
Y con terror manifiesto
la vista apartaba dél.
«¡Huye!», escondiendo la cara
entre las ropas, decía,
mas siempre, siempre veía
el mismo espectro cruel.

En tanto el sol su occidente
y el día su fin tocaba,
y a largo paso avanzaba
la noche lóbrega en pos:
y al miserable Ronquillo

le iba el aliento faltando,
cada vez más excusando
la memoria de su Dios.

—La vida es breve e incierta,
morir es negocio grave,
«la hora nadie la sabe»,
le decía el confesor;
mas él, sin oírle casi,
la moribunda mirada
tendía desesperada
de la puerta en derredor.

—¡Si hubiera, Padre, un menguado
de esos doctores, decía,
que cortara mi agonía
hasta que viniera el rey,
«le hiciera pesar en orol...
Mas toda es farsa su ciencia
y a su orgullosa impotencia
siempre el mal pone la ley.

«¿De qué le sirve el estudio
de esa facultad mentida
si se le huye la vida
y vence la enfermedad?»
—¡Pensad en Dios, replicaba
compasivo el religioso,
«buscad, señor, el reposo
en su incierta eternidad!»

Mas el alcalde impaciente,
siempre mirando a la puerta,
su atención mostraba incierta
entre el rey y el confesor.
Decíale éste: «Él reparte
con el justo su corona»,
y él decía: «Su persona
no tuvo adicto mayor.

«Mas me olvida, cuando siento
presa mi vida en un hilo
y él solamente tranquilo
«podiera hacerme morir!»
Y así Ronquillo diciendo
con superstición impía,
en el rey, ¡recio!, ponía
su esperanza y porvenir.

Decía el fraile: «¡Haced cuenta
que eso el diablo no os arguya!
—Con una palabra suya
me salvo», decía el juez.
Y oraba el buen religioso
por él fervorosamente,
y él murmuraba impaciente
una maldición tal vez.

Al fin abrióse la puerta
y entró por ella embozado
un hombre pálido, armado
de una espada y un bastón;
sobre cuya negra ropa,
de seda a un cordón asido,
de su cuello suspendido
brillar se veía un toisón.

Tendió por el aposento
rapidísima mirada
este hombre desde la entrada,
y con perezoso pie
llegó al lecho de Ronquillo
mientras el buen religioso
acercóle respetuoso
blando sitial y se fué.

Sentóse a la cabecera
del juez el recién llegado,
y con aliento apagado,
de este modo el juez le habló.

A cuyas frases el otro
sus razones exponiendo,
preguntando y respondiendo
diálogo tal se entabló:

EL JUEZ

Ya, príncipe y señor mío,
cercana mi muerte siento,
pero no es mi sentimiento
mayor el verme morir;
no es dejar mi casa y gente
sobre la tierra olvidada,
cuando por vos amparada
sé, señor, que ha de vivir.

Sólo una cosa quisiera,
¡oh, gran señor!, demandaros,
y por cuanto hay conjuraros
para obtenerla de vos.

EL REY

Sabes, Ronquillo, que siempre
tu amigo mejor he sido,
y sé cuán bien me has servido;
¡prémiate en la gloria Dios!

Cuanto por ello me pidas
ni amistad te lo dispensa,
con tal que no sea ofensa
del Señor; concluye, pues.

RONQUILLO

Es una bondad que aguardo
de tan magnánimo pecho.

EL REY

Ronquillo, dalo por hecho:
mas acaba, di lo que es.

RONQUILLO

Oídme, señor; yo expiré,
aunque pecador, en calma:
sólo me atormenta el alma
un peso que solo vos
podéis quitarme: la muerte
del obispo de Zamora.
La muchedumbre traidora
no temo, que le fué en pos.

No, aquella chusma rebelde
murió a las leyes conforme,
yo di a vuestro padre informe
de cuantas sentencias di:
mas la de Acuña me aflige,
librarme de ella deseo,
que por todas partes veo
aquel obispo ante mí.

Si vos, señor, compasivo,
de mi conciencia en descargo
quisiérais tomar a cargo,
de vuestro padre en lugar,
yo descansado muriera:
porque vuestro padre al cabo
mandó a Padilla y a Bravo
y a los rebeldes matar.

Y yo, señor, en Acuña
su ley imperial cumplía,
pues probé su rebeldía
y le sentenció por tal.

Y así diciendo el alcalde
que alentaba con trabajo,
miró al rey, que cabizbajo
meditaba en su sitial.

¡Miseria humana!, aquel hombre
que por su ciencia y sus leyes
aconsejaba a los reyes
y se aconsejaban de él,
supersticioso y fanático
quiso a otro hacer responsable
de lo que él solo culpable
obró, sin culpa de aquél.

Mas vió con gran desconuelo
que allí, en la ocasión más crítica
le abandonó su política,
que aun con Dios quiso emplear:
porque el rey, muy compungido
de no complacerle en esto,
le dijo con grave gesto
y voz tierna de escuchar:

«—Hijo mío: tú no puedes
concebir el sentimiento
que tengo en este momento
por no poderte servir:
mas si tomase a mi cargo
lo que mi padre pecara,
Dios me lo echaría en cara,
y ¿qué le iba yo a decir?

Responderle no podría
de lo que yo no supiera,
y Dios condenar me hiciera
en vuestro lugar a mf.
Harto hará cada nacido
en responder de lo suyo:
carga tú, pues, con lo tuyo,
y hable mi padre por sf.

Que si sus órdenes regias
como te las dió cumpliste,
tu deber, Ronquillo, hiciste,
y no hay por qué recelar.

Mas si a tu interés miraste,
sus órdenes excediendo,
que injusto es por ello entiendo
al Emperador culpar.

Y así diciendo con calma
al alcalde moribundo,
salió Felipe Segundo
de allí con rápido pie.
Y era este alcalde sin duda
hombre de grande importancia,
cuando hasta su misma estancia
Felipe Segundo fué.

Desde este fatal momento
y desde oyó tal respuesta,
fué la inquietud manifiesta
del desconsolado juez:
y a su confesor llamando
para acallar su conciencia,
acudió a la penitencia
humillando su altivez.

Al fin con señales santas,
y cristianos pensamientos,
recibió los sacramentos,
nombró heredero, y murió.
Y con suntuoso aparato
y gran pompa, se asegura
que le dieron sepultura
bajo al altar que él dotó.

Y a ver su tumba de mármol
en labores exquisita
y la riqueza inaudita
del recamado tapiz
con que colgaron la iglesia
desde el suelo a la techumbre,
en espesa muchedumbre
acudió Valladolid.

Era la noche del siguiente día en que murió Ronquillo: el túmulo en la iglesia todavía se alzaba, aunque entre mármoles yacía su cuerpo ya, y sus honras encargadas a los severos Padres franciscanos estaban con gran pompa preparadas. Del mismo rey por cuenta celebrarse debían, y sin duda ninguna que serían magnífica función, fiesta opulenta: pues era justo que quien tanto ruido en el mundo mortal metió viviendo, a la mansión bajase del olvido con pompa, con escándalo y estruendo. Un monje reverendo, de edad proveccta y elocuencia suma, la fúnebre oración tomó a su cargo, en que saliera, voluntad poniendo, obra maestra de su docta pluma. Tomó, pues, en la oscura biblioteca ancho sillón de suspendido cuero, mesa espaciosa con papel no escaso, volúmenes traídos para el caso, peñola blanda, y colosal tintero. Ojeó a San Agustín y a San Crisóstomo, y trajo a su memoria de sagrada oratoria cien sublimes y clásicos modelos, no sin costarle las ideas santas dentelladas de uñas unas cuantas, y alguno que otro refregón de pelos. Y así a veces el techo contemplando, leyendo a veces lo que estaba escrito con voz tan alta que rayaba en grito, y períodos a veces murmurando; y en el hondo sillón arrellanándose,

unas borrando y otras añadiendo, el bendito sermón iba saliendo. Y ya el buen fraile el parabién se daba notando que al epilogo llegaba, repasando renglones por renglones, descuidados conceptos y oraciones, limando sus períodos inconcisos, mezquinos o confusos; cuando dió de repente en sus oídos tremendo son de silbos y cadenas, y horroroso concierto de alaridos que la sangre de horror heló en sus venas. Huyósele la pluma de las manos, borrósele el sermón de ante la vista al son de aquellos gritos sobrehumanos y aquella serenata no prevista. Los ojos con pavor clavó en la puerta, trémulo el corazón, roto el aliento en la boca entreabierta, sin fe esperando su postrer momento. Y entretanto el estrépito crecía y más a cada punto se acercaba, y más horrendo cada vez se hacía y cada vez más próximo sonaba. Ya semejaba del airado trueno el repentino y cóncavo estampido: ya de desolación íntima lleno, largo, medroso y lúgubre gemido; ya por el ronco vendaval sin freno ancho y voraz incendio sacudido, y ya el fragor de la borrasca fiera con que la mar azota la ribera.

Giró la puerta al fin sobre sus goznes y dió paso su hueco a un enlutado que entró sin ceremonia y escoltado por multitud de incógnitas figuras fantásticas y feas, a cuyas repugnantes cataduras daban color sus azufradas teas.

Quedóse el pobre fraile anonadado,
 y encomendando a Dios su alma medrosa
 ante la negra aparición postrado
 cayó humilde de hinojos, Y
 lleno de miedo el corazón menguado
 y de cobardes lágrimas los ojos.
 Y el incógnito, viendo tal postura,
 díjole con voz dura:
 «No dobles, insensato, la rodilla
 al más ínfimo ser que alienta y sufre
 y ante la cruz de tu sayal se humilla.
 Levanta, miserable, de la tierra
 y guía a la capilla.

«do yace el cuerpo del maldito alcalde,
 que para tu sermón lo que allí veas
 no te será por Dios párrafo en balde.»

En vano el monje conjurar quisiera
 la aparición con la palabra santa
 de oración eficaz: inútil era
 su esfuerzo y voluntad, ni una siquiera
 pudo el triste arrancar de su garganta.
 Trémulo y cabizbajo echó delante
 de la turba infernal que silenciosa
 caminaba tras él poco distante,
 hasta dar en la iglesia tenebrosa.
 Por bajo de sus arcos ojivales
 pasaron lentamente en dos hileras
 aquellas cien fantasmas infernales,
 sin que en el templo cóncavo crujiesen
 sus misteriosas huellas,

sin que sus sombras proyectar se viesan
 sobre los muros, desprendidas de ellas.
 La luz iluminaba
 sus contornos tal vez, mas su figura
 no oponía a la luz compacta, oscura,
 su masa corporal: la luz en torno
 no se extendía, no, de su contorno,
 que el reflejo su cuerpo traspasaba.
 Vacilaba su forma a cada paso,

como se ve variar la de un objeto
 cercado de agua y a través de un vaso,
 y parecía que era solamente
 cada figura un árido esqueleto
 que con cuerpo aparente
 su desnudez disimular quería
 mas dar con la apariencia no podía.
 Así llegaron del alcalde muerto:
 a la tumba ostentosa,
 do escribieron en vano: «Aquí reposa»,
 pues tomando al morir un rumbo incierto,
 de la horrorosa duda
 entró su alma inmortal en el desierto.
 Cercó la turba el féretro, y la losa,
 de su jefe a la voz dócil girando,
 Y de Ronquillo mostró la pavorosa
 figura; a cuya vista el negro bando
 de espíritus que el féretro cercaba
 rugió iracundo al contemplar su presa,
 cual de la suya en torno en noche oscura
 de cuervos roncos la bandada espesa.
 El enlutado entonces, que mostraba
 la autoridad entre ellos, la voz fiera
 alzó en un pergamino que llevaba,
 leyendo en torva voz de esta manera:
 «Mirando los pecados infinitos
 con que manchó su vida y su conciencia
 el alma de este juez, y sus delitos
 no mereciendo de su Dios clemencia,
 y en la balanza igual de su justicia
 pesando mucho más que su inocencia
 la venganza, el orgullo y la avaricia,
 al cuerpo infame el Hacedor sentencia
 con el alma a sufrir males eternos
 por una eternidad en los infiernos.
 Y a estas palabras la infernal caterva,
 del vil cadáver con furor asiendo,
 iba a ensayar en él venganza acerba
 con ira horrible y tronador estruendo,

cuando a la voz de Satanás cediendo
el tumulto feroz, el triste monje
que el juicio eterno a su pesar veía
y desta manera oyó que le decía:
«Refiere tú en el púlpito mañana
lo que has visto esta noche, y quien osare
dudar de esta justicia soberana,
que en este muro nuestra huella vea
y ante esta marca se horrorice y crea.»

Y así diciendo, con su negra mano,
en la pared trazó círculo oscuro,
y un fuego roedor en polvo vano
trocó la piedra del macizo muro.
Y soplando después en la pavesa,
por el ancho y mefítico agujero
huyeron los fantasmas con su presa,
huella indeleble de espantoso bando
en el tostado boquerón dejando.

Quedó aterrado el santo religioso
al pie de la vacía sepultura,
mirando por el aire nebuloso
veloz huir la aparición impura;
hasta que al cabo, de terror transido,
desfalleció sin voluntad ni aliento
y cayó sin sentido
al desgarrarse airado el firmamento
de un trueno con el cóncavo estampido.

Rompió la tempestad: rasgó el nublado
su henchido vientre, y con fragor crujieron
el rayo de las nubes desatado
y el granizo con furia desgajado
que el paso audaz del huracán signieron.

Al iracundo estrépito inaudito
estremeciéndose la ciudad dormida,
Y a tal vez creyendo que la humana vida
tocaba con su término prescrito:
y al desorden ignoto

que, vió desbaratar los elementos,
tembló el malvado y se humilló el devoto,
volviendo ambos a Dios sus pensamientos.

Y diz que al otro día
todo Valladolid se despoblaba
y la tumba vacía
a contemplar venía,
y viendo el boquerón se santiguaba;
porque en su Dios la multitud creía
y a su Dios adoraba...

¡No era cual hoy la multitud impia!

Perdona, ¡oh buen lector!, si en un exceso
de humor fatal, con tan oscura tinta
pude contarte tan atroz suceso;
ni siempre alegre nuestra pluma pinta
de ciego amor el voluptuoso halago,
el bullicio del circo y los festines,
de blancos sueños el tumulto vago
y el aroma del templo y los jardines.
No siempre paz el corazón respira,
placer, y delicioso arrobamiento,
ni siempre suena en mi cansada lira
del placer y el amor el grato acento.

Tal es la tradición: así la cuenta
el pueblo por doquier, y así la escribo;
si como está, lector, te descontenta,
tu juicio al fin con humildad recibo.

LEYENDA SEXTA

LAS PÍLDORAS DE SALOMÓN

CUENTO

Vivía en cierto lugar
de la Extremadura un juez,
de ir llegando a la vejez
con grandísimo pesar.

Era el tal un hombre obeso,
de gran nariz, buen color,
formidable bebedor...
hombre, en fin, de mucho seso.

Hombre a quien nunca ablandaron
las desventuras mayores,
ni las palabras mejores
crédito con él lograron.

Hombre de peso y medida
que por los dedos contaba,
pero que no equivocaba
número alguno en su vida.

Juez tan recto y justiciero
que tendió con gran pericia
la izquierda a la justicia
y la derecha al dinero.

Y así solía decir:
«El que dinero no tenga
que no litigue, ni venga
justicia mía a pedir.»

«Porque si hacerla es mi oficio,
no he de ser tan majadero
que no sea yo el primero
que goce su beneficio.»

Y con este parecer
y con tan sana opinión,
era el oro su razón,
su porvenir el placer.

Vivir bien era su afán,
vivir y gozar sin tasa,
de modo que era en su casa
no el señor, sino el sultán.

No se escaseaba delicias,
ni se negaba placeres,
y su mesa y sus mujeres
fruto eran de sus justicias.

Egoísta hasta lo sumo,
voraz por naturaleza,
y de una rancia nobleza
embriagado con el humo,

era esté juez (sin rodeos)
un ricote de lugar
que nunca pensó en tasar
su ambición, ni sus deseos.

Tan satisfecho y casado
con sus propias opiniones,
como asido a los doblones
que le sudaba el juzgado,

jamás pensó en su egoísmo
que mirar por los demás
debía, ni vió jamás
a nadie como a sí mismo.

Jamás su opípara mesa
parásitos asaltaron,
ni sus sentencias fallaron
sino en razón de la presa.

Con más razón litigaba
quien más ofrenda exponía,
y mejor causa tenía
quien mejor se la pagaba.

Tal era, amigo lector,
este golilla extremeño,
que alcanzaba mucho empeño
en la corte, y gran favor.

Pues poderosa le auxiliaba
por su gran privenza en ella, in
una negocianta bella
allegada a su familia.

Mas es tan frágil, tan vana
la felicidad terrena,
que toda nos la envejeña
la desazón más liviana.

Gozaba este juez sin tino
sin más bien, ni porvenir,
dejándose en brazos ir
de su pródigo destino.

Mas había un pensamiento
en su cabeza empotrado
que le tenía agobiado,
desabrido y mal contento.

La idea de que *tan poco*
la vida mortal duraba,
era cosa con que andaba
el buen extremeño loco.

Pensar que al fin era ley
imposible de evitar
al de la existencia abandonar
de su mismo el patán que el rey,

y pensar que en un grosero
sayal áspero enterrado,
había de ser pateado
por algún sepulturero.

era un pensamiento cruel
que afanado le traía,
y apechugar no podía
el extremeño con él.

Continuamente al espejo
el semblante se miraba,
sobre la edad que mostraba
demandándole consejo.

Y porque de sus cabellos
no hubiese blanco ninguno,
arrancaba uno por uno
cuantos encontraba entre ellos.

Y en fin, si medio le hallara
de vivir un año más,
aun del mismo Satanás
las propuestas escuchara.

Consiguiente a esta manía
de tropezar con manera
para hacer más duradera
la vida mortal, tenía
con sólo un hombre amistad,
y esta amistad era un médico,
cronicón enciclopédico
de su oscura facultad.

Amigo de las botellas
como el golilla, testigo
de sus proezas, y amigo
por demás de las doncellas,

era el único mortal
que osaba delante de él
representar su papel
sin que él lo llevase a mal.

Él era quien de las multas
cargaba con el producto
por el seguro conducto
de sus continuas consultas.

Y con su docto consejo
y acertadas opiniones,
gastaba el juez sus doblones
para no llegar a viejo.

Y así la melancolía
de la vida iban matando,
en la noche prolongando
las bacanales del día.

Y así contentos los dos,
aunque con diversos fines,
con récipes y festines
iban del placer en pos.

El médico, del golilla
imperturbable verdugo,
iba sacándole el jugo
del juzgado a maravilla;

e iba creyéndose el juez
que con remedios tamaños
iba alargando los años
y esquivando la vejez.

Es una noche de marzo
turbia por demás y lóbrega,
en que con ira los vientos
desencadenados soplan.
Desiertas están las calles
de Medellín, y en la sombra
todo solitario yace,
todo tranquilo reposa.
Sólo el silencio interrumpe
la voz destemplada y bronca
del ábrego que se estrella
contra las murallas sólidas
y el agrio son con que giran

en las agujas mohosas,
las veletas al impulso
de las ráfagas sonoras.
Era ya tarde y estaba
la media noche muy próxima,
cuando en la casa postrera
de una callejuela angosta,
se oyeron voces confusas
de diferentes personas
que del portal se acercaban
por la cavidad recóndita.
Brilló la luz de la puerta
por entre las tablas rotas,
giró la llave y salieron
cinco hombres en faz de ronda.
Llevaba el uno delante
encendida una farola
con que alumbraba los pasos
de otro que, a distancia corta,
le seguía, y los demás
daban a este último escolta
embozados en sus capas
y asidos a sus tizonas.
Cruzaban así a buen paso
las calles una tras otra,
y ya tocaban al término
de su marcha silenciosa,
cuando al salir a una plaza
dieron de manos a boca
con la figura de un hombre
que la cruzaba a deshora.
Su aventajada estatura,
serena y majestuosa,
su tez y su barba negra
y el traje con que se adorna,
y su oriental origen pronto
y a claras voces preronan.
Mas no era de Medellín
la gente en trajes muy docta,

y así se quedó un momento
ante esta visión atónita

«—¿Quién va?, dijéronle.

—Un hombre.

—¡Buena razón!

—No tengo otra.

—¿Vuestro nombre?

—Es un secreto
que a mí tan sólo me importa.

—¿De dónde venís?

—Del mundo.

—¿Dónde vais?

—Donde me arroja
el impulso a que obedezco:
mi rumbo es la tierra toda.

Por ella camino siempre
sin consultar mi derrota.

Donde amanece principia,
donde anochece se corta,
e igualmente me cobijan
el alcázar y la choza.»

Quedó el juez meditando,
y con sus miradas torvas
tomando del extranjero
las señas más minuciosas.

Y al fin, como quien sospecha
idéntica la persona
con las señales que tiene,
repuso con voz de mofa:

«—Veníos, señor viajero,
a la cárcel por ahora,
y aclararemos mañana
respuestas tan misteriosas.

—Sólo la verdad he dicho
y no añadiré otra cosa.

—Mañana habéis de contarme
sin rebozo vuestra historia,
y si me engaño iréis libre,
si sois quien busco a la horca.»

A esta amenaza el incógnito
con sonrisa melancólica
dijo: «—¡Si fuera posible
esa promesa engañosa!
—Ya lo veremos mañana.

—Mañana, ¡ay!, saldrá la aurora
y a otros lugares la brisa
me arrebatará imperiosa.

—Eso será lo que sea
vuestra merced.

—En buen hora.

—Ea, asidle y registrarle,
y prevenir que no esconda
papel ni objeto que aclare
su relación sospechosa.»

De la mañana siguiente
rayaba la aurora apenas,
y ya el juez de Medellín,
asentado ante su mesa,
con ojos devoradores
registraba una cartera,
que en su pupitre tenía
cuidadosamente puesta.

Era un libro de memorias,
mas de tan antigua fecha
que ya de usarlas andaban
todas sus hojas revueltas.

Veíase que añadido
estaba en distintas épocas,
según el papel menguaba
y crecía la materia.
Y era indudable que el dueño
conocía muchas tierras,
muchas distintas costumbres
y muchas gentes diversas.
Porque en sus hojas se hallaban
corolarios y advertencias.

de los sucesos más célebres que en las historias se cuentan. En seis hojas de papiro escrita en latinas letras, estaba de Marco Antonio toda la historia secreta, su amor hacia Cleopatra, las lágrimas de la bella, su fuga de los romanos y su muerte lastimera. Más adelante unas notas, de oscuras cifras hebreas, con una imagen de Cristo, obra de mano maestra. Leíase en una parte: «Y oí de su boca mesma decir esto a Constantino de su madre Santa Elena.» En otra parte decía: «Copia de las cifras negras con que escribió en una gruta David su salmo cincuenta. Hízomelas ver su hijo cuando visitó esta cueva donde iba el Rey pecador a cumplir sus penitencias.» Y eran unos caracteres inteligibles apenas. Leíase en otra hoja: «En mil trescientos setenta de don Pedro de Castilla, en Burgos vi las exequias.» En otra parte una página de preguntas y respuestas, de el rey Luis Once de Francia y el dueño de la cartera. Aquí variaba el papel, y con pluma más moderna

la escritura ejecutada leíase toda entera. Había allí muchas firmas de personas de gran cuenta, de Luis Catorce de Francia, de Ricardo de Inglaterra, del emperador don Carlos de Alemania, y en pos de esta la del cardenal Cisneros y Carlos Doce de Suecia. Parecía que aquel hombre sabía todas las lenguas, Pues notas tenía escritas de su mano en todas ellas. Y era muy sabio sin duda, pues las artes y las ciencias igualmente sometía a su crítica severa. Pasaba el juez muchas hojas que probablemente eran aquellas que no alcanzaba su mezquina insuficiencia: pero con ansia indecible se apoderaba de aquéllas que escritas en castellano suministrábanle ideas. Sobre todo ávidamente devoraba las postreras, que estaban la mayor parte de historias y versos llenas. Muchas había de insignes desconocidos poetas, de quien por más que valieron huyó la fortuna adversa. Mas siempre del juez dejaba la imaginación incierta cuanto en las hojas leía de la confusa cartera, porque, esparcidos a trozos

en desordenadas piezas
sus misteriosos fragmentos
decían de esta manera:

PRIMER FRAGMENTO

Jamás me pararé: siempre a mis ojos
se extiende y a mis pies algún camino.
Por breñas, por pantanos, por abrojos
sin término vagar es mi destino.

He corrido sin ver por todo el mundo
más que miseria, ingratitud y dolor,
he sentido tal vez duelo profundo
por falta de un hermano vagabundo
con quien girar..., pero mejor voy solo.

Que en esa farsa insensata,
esa orgía que llaman mundo,
al plomo apellidan plata
y madre a la tierra ingrata
y hermosura al cieno inundo.

Y si es que brilla en el cielo
tan magnífico farol,
es porque, en vez de consuelo,
reverberando en el suelo
los ojos deslumbra el sol.

SEGUNDO FRAGMENTO

El mundo dijo a la hermosa:
«Puro tu honor guardarás.»
La hermosa dijo: «Soy débil.»
Y entonces la sociedad
encerró el honor en claustros,
y dorando su desmán
delante de los cerrojos,
alzó traidora un altar.

¿Qué debes, mujer, al mundo?
Guardó tu honor, bien está,
pero por darte la honra
te robó la libertad.
Cifó a tu cuello una toca
que fué para ti un dogal,
que en vez de ahogar tus pasiones
te las hizo acariciar.
Puso a tus puertas un templo,
un muro entre la ciudad,
celosías en las rejas,
locutorios para hablar:
y tú en tu largo abandono,
con descuido criminal,
profanaste el santo templo,
el muro pasaste audaz,
el mundo a las celosías
te sentaste a contemplar,
y abriste apenada tornos
que al mundo van a llevar
en primorosos juguetes
los suspiros de tu afán.

TERCER FRAGMENTO

¿Qué quieren esas nubes que con furor
[se agrupan
del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío
[ocupan
del zenit suspendiendo su tenebroso tul?
¿Qué instinto las arrastra? ¿Qué esencia
[las mantiene?
¿Con qué secreto impulso por el espacio
[van?
¿Qué ser velado en ellas atravesando viene
sus cóncavas llanuras que sin lumbrea
[están?

¡Cuán rápidas se agolpan! ¡Cuán ruedan y,
[se ensanchan
y al firmamento trepan en lóbrego montón
y el puro azul alegre del firmamento
[manchan
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los
[montes,
avanzan en silencio sobre el rugiente mar,
los huecos oscurecen de entrambos hori-
[zontes,
el orbe en las tinieblas bajo ellas va a que-
[dar.

La luna huyó al mirarlas; huyeron las
[estrellas:
su claridad escasa la inmensidad sorbió;
ya reinan solamente por los espacios ellas:
doquier se ven tinieblas, mas firmamen-
[to no.

En vano nuestros ojos se afanan por
[hallarle
del tenebroso velo que le embozó detrás,
que cuanto más los ojos se empeñan en
[buscarle,
se esconde el firmamento de nuestros ojos
[más.

¡Las nubes solamente!—¡Las nubes se
[acrecientan
sobre el dormido mundo!—¡Las nubes por
[doquier!

A cada instante que huye la lobreguez au-
[mentan,
y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus con-
[tornos

al brillo de un relámpago que aumenta la
[ilusión:
ya de volcanes ciento los inflamados hor-
[nos:
ya de movibles monstruos aligeró esua-
[drón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos
las desiguales copas y el campo desigual:
ya informes pelotones de objetos peregrini-
[nos
que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las
[guía?
¿Quién habla dentro de ellas con tan gi-
[gante voz
cuando retumba el trueno y cuando va
[bravía
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas a visitar los
[mundos
el Hacedor supremo del universo va,
y envuelto en sus vapores sus senos más
[profundos
estudia y sus cimientos por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda
con impotente saña caminará Luzbel,
y porque allí cegarle su resplandor no pueda
agolpará esas nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable
que circundó la cumbre del alto Sináí,
en tanto que el ardiente misterio impene-
[trable
que iluminó al Profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en So-
[doma
en inflamadas fuentes la cólera de Dios:
acaso sea alguna la que en los mares toma
las aguas de un diluvio que la acompaña
[en pos.

¡Señor, yo te conozco! La noche azul,
[serena,
me dice desde lejos: «TU DIOS SE ESCONDE
[ALLÍ.»

Pero la noche oscura, la de nublados llena,
me dice más pujante: «TU DIOS SE ACERCA
[A TI.»

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu
[manto
en esa ardiente nube con que ceñido estás;
el resplandor conozco de tu semblante
[santo
cuando al cruzar el éter relampagueando
[vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin
[colores
detrás de esos nublados que bogan en
[tropel;
conozco en esos grupos de lóbreos va-
[pores
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles hue-
[llas
del repentino trueno en el crujierte son,
las chispas de tu carro conozco en las
[centellas,
tu aliento en el rugido del rápido Aquilón.
¿Quién ante Ti parece? ¿Quién es en tu
[presencia

más que una arista seca que el aire va a
[romper?
Tus ojos son el día; tu soplo es la existencia;
tu alfombra el firmamento: la eternidad
[tu ser.

¡Señor!, yo te conozco, mi corazón te
[adora:
mi espíritu de hinojos ante tus pies está;
pero mi lengua calla, porque mi lengua
[ignora
los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles, prestadme vues-
[tro arullo;
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil
[rumor;
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz
[murmullo;
y cantaré a par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al arpa del poeta,
si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,
mi corazón henchido del fuego del Profeta
cantara, y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de
[las hojas
mecidas por las auras del oloroso abril,
más grata que del Fénix las últimas con-
[gojas,
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del
[torrente
que cruza del desierto la inmensa soledad,
más grande y más solemne que sobre el
[mar hirviente,
el ruido con que rueda la ronca tempestad.

Mas ¡ay! que sólo puedo postrarme con
 delante de esas nubes con que ceñido estás,
 porque mi acento débil en mi garganta
 cuando al cruzar el éter relampagueando
 [expira
 [vas.
 Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,
 y aunque mi vista impura tu aparición
 [no ve,
 mi alma se estremece, y ante tu faz de
 [hinojos
 te adora en esas nubes mi solitaria fe.

CUARTO FRAGMENTO

Quando sentí de tus ojos
 las miradas sobre mí,
 humildemente de hinojos
 ante tus plantas caí.
 Señor, tu soplo me impele,
 tu voz me sigue detrás,
 no hay nadie que me consuele
 ni me conozca jamás.

Muchos siglos viví, mas no envejezco,
 cada noche ¡ay de mí que oscura cierra,
 imagino que es mi última en la tierra,
 mas con el nuevo sol siempre amanezco.

Aquí perdí los estribos
 el buen juez, y empecé a dar
 furiosos campanillazos,
 con desatinado afán.
 «¡Jesús mil veces!, decía,
 si no lo comprendo mal,
 este hombre ha vivido siglos
 sin envejecer jamás.

Ya di con lo que buscaba.
 ¡Voto a Dios!, aquí está:
 este hombre tiene un secreto
 con que obra prodigio tal,
 y como instantes los años
 dulcemente se le van.
 De qué modo se compone
 para hacerlo me dirá,
 o por quien soy que esta noche
 con Lucifer va a cenar.
 ¡Lo hemos de ver a fe mía!
 ¡Lorenzo! ¡Justo! ¡Damián!
 —¡Señor!

—El preso de anoche
 idme corriendo a buscar,
 y a mi presencia traedle
 en diez minutos lo más.

Hízose así, y tan a tiempo
 que, este plazo al expirar,
 con el extranjero a solas
 el juez se encontraba ya.

EL JUEZ

De este lugar no salís
 mientras no sepa de vos
 vuestra edad, patria y oficio,
 qué buscáis aquí y quién sois.
 Responded, pues, francamente.

EL EXTRANJERO

Ya os dije anoche, señor,
 que es un misterio mi nombre
 que a no descubrirle yo
 no hay quien le alcance en la tierra
 ninguna interpretación.
 Yo voy sin fin caminando

de la tierra en derredor,
sin poder elegir sitio
en que fijar mi mansión.
Llego a poblado de noche,
descanso hasta el nuevo sol,
pero al despuntar el alba
«marchad», me dicen, y voy.
En vano el poder del hombre,
su capricho o su temor
torcer intentan el rumbo
que el cielo me señaló.
En vano a necias sospechas
abriendo su corazón,
en un lugar como espía,
en otros como traidor,
asegura mi persona
en una oscura prisión,
y ata mis pies fatigados
en un potro infamador.
Yo sé que a la nueva aurora
volveré a oír esa voz
que siempre me grita: «Marchad»,
y a cuyo mandato voy;
y entonces todo es inútil,
el torbellino veloz
de mi destino a otra parte
me arrastra sin compasión.
Este es mi oficio y mi suerte,
mi ser es éste, señor.
No pretendáis saber más
de lo que os digo.

EL JUEZ

¡Eso no!

En vano inventa tu lengua
tan insensata ficción.
Pese a ese fatal destino
que dices llevarte en pos,

si a mis preguntas te niegas,
tu fin verdadero es hoy.

EL EXTRANJERO

Las amenazas no pueden
torcer mi resolución;
mas ya que es tanto el atajo,
preguntad.

EL JUEZ

¿De dónde sois?

EL EXTRANJERO

De Jerusalén.

EL JUEZ

¿Qué años

contáis?

EL EXTRANJERO

Veinte y dos
siglos lo menos.

EL JUEZ

¡Es cierto

lo que decís! Conque vos
que contáis veinte y dos siglos.
Mas me falta la razón.

¡Hablad, hablad, explicadme
ese misterio, por Dios!

Yo he visto en esa cartera
que habéis llorado el dolor
de caminar siempre solo
extraño a toda afición.

ante el Judío de hinojos
de repente se postró,
y así llorando le dijo:
«—Dadme una corta porción
de esas píldoras, y os juro
caminar siempre con vos.
Yo nada tengo que daros
más que mi amistad, mi amor...»
Dadme cien años de vida...
Y...

—¡Callad, míseros!

—No,

no partiréis sin que logre...
—Pues bien, tomad esas dos,
y si os vale su asombroso
poder regenerador,
cien años os doy de vida
para que alabéis a Dios.

En esto se oyó en los aires
tronar la gigante voz
que dijo al Judío: «¡Marchad!»
y al punto mismo partió.

Cuando el golilla a sus solas
se encontró ya en su aposento,
turbósele el pensamiento
con una idea fatal.
«¿Si habrá atentado a mi vida,
dijo, con tal vil engaño?»
¿Si invención suya en mi daño
será esta trama infernal?

Y absorto en tan triste idea,
sombrió y meditabundo,
quedó en silencio profundo
y en profunda distracción,
a su oscura incertidumbre

solución buscando en vano,
las píldoras en la mano,
y el miedo en el corazón.

Decíase allá en su mente:
«¿Si yo algún medio alcanzara
que alguna luz arrojara
sobre la oscura verdad!»
¡Oh, si cien años de vida
me asegurara el comella!...
¿Mas si las trago y con ellas oír
me voy a la eternidad?

«¿Diréle al médico?... nunca.
Si la lengua no me muerdo,
¡por Dios! que el hombre no es lerdo
y se las sopla por mí!»
¿Iré al confesor?... tampoco.
Dirá que es cosa de hechizo
y acaso algún bebedizo
hará de ellas para sí.

«¿Qué hacer, Santo Dios? tomarlas
puede salir cara fiesta,
mas necedad manifiesta
no tomarlas puede ser.
¡Si las tomo y torno a joven!...
¿Mas si las tomo y estallo?
Probable a la par lo hallo.
¡Válgame el diablo! ¿Qué hacer?»

Y en duda tal se pasaba
un día tras otro día,
y nunca se decidía
por ningún partido el juez.
En contemplar a sus solas
sus píldoras se ocupaba,
y del cajón las sacaba
y las guardaba otra vez.

Al fin, tras largas vigili-
dijo una vez decidido:
«Más vale mal conocido
que dicha por conocer.
«Iré pasando la vida
como hasta aquí la he pasado,
y si obro como un menguado,
¡qué diablos! ¿cómo ha de ser?

«Pero, con una experiencia
quisiera al fin convencerme...
«con el médico que duerm-
todavía! ¡ea, valor!
«Está en su casa; no hay otro
diez leguas a la redonda;
cuando el efecto responda
sea en contra o en favor,

«nadie dará con la causa.
«Bahl salga lo que saliere
¡allá voy.—Y si se muere
¡vaya por los que él mató.
Y en una copa de leche
que junto al lecho vió llena,
el juez con mano serena
las dos píldoras echó.

Fuése tras esto el suceso
a esperar solo a su casa;
cada instante que se pasa
es todo un siglo de afán.
A cada paso que siente
por la torcida escalera,
cree que la noticia fiera
de su muerte a darle van.

Al fin después de tres horas
de afanosa expectativa,
llegó más muerta que viva

del médico la mujer,
con mil suspiros contándole
que en su aposento tendido
está su pobre marido
muy próximo a fenecer.

Turbóse el juez a estas nuevas,
mas cauto disimulando,
con la mujer razonando,
parte a su casa veloz;
y al llegar al aposento
que el terrible arcano encierra,
encontró al médico en tierra,
sin movimiento ni voz.

Cárdeno el rostro, morado,
los labios fríos, y lleno
de manchas que del veneno
señal evidente son,
estaba ya el miserable:
pero, vivo todavía,
débilmente le latía
oprimido el corazón.

Lloraba a voces la esposa,
y el juez, que no se apartaba
del médico, contemplaba
los progresos de su mal:
y cuanto más le miraba,
más y más se convenía
de que hacerse no podía
más por él que un funeral.

Y a media noche el gollila,
convencido firmemente
de que a la aurora siguiente
sería cadáver ya,
volvió a su casa diciendo
consigo mismo: «Eh? ¡Ya escampa!

«Si llego a dar en la trampa,
me largo por donde él va.»

CONCLUSIÓN

Después de una larga noche
de congoja y desazón,
que en lucha consigo mismo
el juez criminal pasó,
rindióse por fin en brazos
de sueño reparador

ya aunque acosado a las veces
por fatigosa visión.
Ya veía expirar al médico,
cuya moribunda voz

decía: *ese es mi asesino,*

ese, ese es quien me mató:

Ya le veía a deshora,

fantasma amenazador,

embozado en el sudario,

entrar por algún balcón.

Ya cercado se creía

de los hijos que dejó,

de la mujer y los deudos

que le venían en pos

el sustento demandándole

de que con él les privó,

cuya fatal pesadilla

le oprimía el corazón.

Al medio de su carrera

llegaba el siguiente sol,

cuando a unas desahoradas

voces el juez despertó.

Furiosos golpes se oían

en su misma habitación

a la puerta de su cuarto

redoblando con furor,

«¿Quién es?» dijo, y respondieron

de fuera: «Abrid, que soy yo.»

Hincóse el juez de rodillas,

traspasado de pavor,

y con angustia horrorosa

cuantos santos recordó

empezó a llamar a voces

en balbuciente oración.

El médico era en persona,

que no era de otro la voz.

«Voto a mil diablos, decía,

¿queréis abrir o me voy?»

—Vuelve, enemiga fantasma,

decía el juez, vuelve a Dios,

yo haré por ti penitencia;

—Pero, hombre, por San Zenón,

haced cuanto os diera gana,

¡pero abridme!

—¡Abrirte! no,

Vuélvete en paz al sepulcro.

—¿Perdido habéis la razón,

hombre dado a Barrabás?

¿No estoy diciendo qué soy yo,

don Lucas, vuestro médico

en cuerpo y alma?»

—¡Gran Dios!

—Abridme y oiréis cosas

que os parecerán ficción.

Abrió por último el juez,

¡pero cuál fué su furor

al ver el rostro del médico

vertiendo satisfacción

y rebosando alegría

y juventud y vigor!

Clavó en él una mirada

el juez con una expresión

tan desesperada y torva,

tan siniestra y tan feroz,

que el médico, percibiéndola,

dos pasos retrocedió.

«¿Conque es verdad, dijo el otro,
que vivo estáis?

—Sí, señor.

—¡Más vigoroso, más joven!

—Venía por ello yo
a pedirlos las albricias,
aunque ignoro la razón.

—La ignoráis, necio de mí
replicó el juez, pues yo no.

—¡Cómo, señor! ¿De un milagro?

—Yo he sido solo el autor,
y si queréis de mi saña
salvaros...

—En conclusión
¿qué es esto?

—Que os apartéis
de mi vista, o voto a Dios
que os voy a hacer mil pedazos
sin poder con mi furor.»

Y a estas palabras asiendo
de un larguísimo espadón,
iba a caer sobre el médico,
que echó por un corredor.
Un aposento tras otro
amedrentado cruzó

y dió por fin en la calle:
mas al tender en redor
los ojos despayoridos,
con espanto grande vió
que el juez se arrojaba a ella,
lanzado por un balcón.

Cayó en las piedras el triste,
y de tanta elevación,
que si intentaba matarse
con tino lo ejecutó.
Llegósele el podre médico,
movido de compasión,
mas era el golpe de muerte
e inútilmente acudió.

El juez le dijo, mostrando
en su rostro y en su voz
las más certeras señales
de honda desesperación:

«Soy el hombre más estúpido
que de mujeres nació.
»¡Maldita sea mil veces
»la ciencia de Salomón!»

A cuyas ruines palabras
el miserable expiró,
no comprendiendo el buen médico
tan extraña confesión.

Y dió por fin en la calle
 mas al fondo en redor
 los ojos desparpajados
 con espanto grande vio
 que el juez se arrojaba a ella
 lanzado por un balcón
 Cayó en las manos el juez
 y de tanta elevación
 que si intentaba matarse
 con tino lo escudo
 Llegóse el poder médico
 movido de compasión
 mas era el golpe de muerte
 e inútilmente acudió
 El juez le dió el moribundo
 en su rostro y en su voz
 las más correctas señales
 de honda desesperación
 «Soy el hombre más escabido
 que de mujeres he nacido
 Ya coronado de salomón
 la ciencia de Salomón
 A cuyas raras palabras
 el miserable expira
 no comprendiendo el gran médico
 tan extraña confesión.

le oprimió el corazón.
 Al medio de su carrera
 llegaba el juez
 cuando a su lado
 y como si fuera
 Farinos galgas le iban
 en su trémula estrofa
 a la puerta de la
 redoblante con fuerza
 «¿Quién es?» dijo y respondieron
 de juez: «Aírita, que soy yo»

—«Como te veré, dió el otro
 y con arrogancia
 —«Si señor
 —«Mas vístrosos, más jovial
 empezó a hablar
 —«Venís por esto yo
 a pediros las alhajas
 El marido
 cuando faltó la razón
 —«La ignoráis, amigo de mi
 «Voto a Dios
 —«Como señor, de un ministro
 —«Yo he sido solo el autor
 y la gloria de mi vida
 —«Pero, hombre, por sus
 heid con vos
 —«¿Qué os apartáis
 de mi vista?
 —«No es de ver a ínter
 hombre
 —«No es de ver a ínter
 a estas palabras
 de un juramento
 de a cam sobre el médico
 que está por mí corriendo.
 —«Aírita, y
 que os parecerá
 también

Abrió por último el juez,
 pero con su furor
 al ver el rostro del médico
 y volviendo a la
 y robando alegría
 y juvenil y vigor
 Clavó en él una mirada
 el juez con una expresión
 tan desesperada y torra,
 tan sinistra y tan firme
 que el médico, percibiendo
 las paces retrocedió

VIGILIAS DEL ESTÍO

PROPELITO

¡Cuán serena y pacífica levanta
en modesto fanal la tibia luna,
y con sus tintas de misterio encanta
cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece
en la extensión del campo solitario,
que se acerca o se va, que mengua o crece,
al soplo inquieto del ambiente variol!

¡Oh! tras el sol de peregrino día
de julio abrasador, que el alma enerva
cuando en lugar de luz rayos envía
que agostan flores, árboles y yerbal!

Se ensancha el corazón; el alma vive
del entrelazado en alas; y se encumbra,
y de astro en astro va, de nube en nube,
hasta que clara inspiración la alumbró.

Y esa es la mía: en la nocturna vela
de julio ardiente, el pergamino mío.

con nueva inspiración se encumbra y vuela
y estas son mis *Vigilias del Estío*.

Nada profano hay en ellas,
lector, no hay en sus renglones
más que viejas tradiciones
y acaso fabulas bellas.

No tienen más intención
que hacer humilde memoria
de nuestra pasada historia,
de nuestra fe y religión.

Y abrevio anuncios protijos.
Lector, dar poder en suma
cuanto salga de mi pluma
a tu mujer y a tus hijos.
¡Fálteme la luz del sol
si algo cupo ni extraño
que haya en mis escritos quísero!
Que al cabo nací español.

JOSÉ ZORRILLA.

VIGILIAS DEL ESTÍO 34

PROSPECTO

¡Cuán serena y pacífica levanta
su modesto fanal la tibia luna,
y con sus tintas de misterio encanta
cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece
en la extensión del campo solitario,
que se acerca o se va, que mengua o crece,
al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso día
de julio abrasador, que el alma enerva
cuando en lugar de luz rayos envía
que agostan flores, árboles y yerba!

Se ensancha el corazón: el alma sube
del entusiasmo en alas, y se encumbra,
y de astro en astro va, de nube en nube,
hasta que clara inspiración la alumbrá.

Y esa es la mía: en la nocturna vela
de julio ardiente, el pensamiento mío

con noble inspiración se encumbra y vuela
y estas son mis *Vigilias del Estío*.

Nada profano hay en ellas,
lector, no hay en sus renglones
más que viejas tradiciones
y acaso fábulas bellas.

No tienen más intención
que hacer humilde memoria
de nuestra pasada historia,
de nuestra fe y religión.

Y abrevio anuncios prolijos.
Lector, dar puedes en suma
cuanto salga de mi pluma
a tu mujer y a tus hijos.

¡Fálteme la luz del sol
si algo *impío* ni *extranjero*
que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo nací español.

JOSÉ ZORRILLA.

A MI AMIGO
DON CARLOS LATORRE

JOSÉ ZORRILLA.

EL TALISMÁN ³⁵

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Adora el pobre Genaro
a la hermosa Valentina:
correspóndele ella fina,
pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos a dos media
viejo y celoso un tutor,
y al cabo vendrá su amor
a concluir en tragedia.

Pues en la audiencia fogado,
y poderoso en la corte,
no hay empresa que no aborte
como en ello esté empeñado.

Toda Sevilla respeta
su ciencia, y teme su enojo:
que es el viejo hombre de arrojo,
y no hay quien le ponga meta.

Con fama de recitudo,
y harto hipócrita exterior,
es un hombre superior
en justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,
y el populacho le acata,

que es de cuna (hablando en plata)
columpiada en la bajaça,

y a su genio emprendedor
y a su ingenio y travesura
debe el verse en tal altura
y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen
por enemigo estos mozos,
y que agua todos sus gozos,
mas con su suerte se avienen.

Y ellos a amarse constantes,
y él a perseguirles fiero,
nadie cederá primero,
ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
rica Valentina y bella,
y el tutor prendado de ella...
mala esperanza concibo.

Cuanto nuevas ocasiones
imaginan los mancebós,
tanto el tutor halla nuevos
estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja
y el aya avizor elude,
luego a cerrársela acude
la cócora de la reja.

Si al volver del Arenal
por desgracia se hace noche,
la llevan dentro del coche,
pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque
todo el calor de Sevilla,
no haya miedo que el golilla
junto al vidrio la coloque.

Jamás del uno se aparta,
ni deja el otro la dueña,
que puede hacer una seña,
o arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro
la guarda el viejo y la esconde,
no encuentra lugar en donde
ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto
muda casa, mas se aburre,
pues por mucho que discurre
jamás consigue su objeto.

Y cuando más se imagina
seguro en algún rincón,
alcanza desde un balcón
a Genaro en la otra esquina.

Tal cariño, vive Dios,
en Valentina le asombra:
luego el mozo es una sombra
siempre de ella y dél en pos.

Y no hay medio de ahuyentarle,
pues son inútiles trazas
las súplicas y amenazas
con que ha querido ganarle.

De sus amagos y ofertas
sin temor y sin deseo,
pónole el mozo bloqueo
por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse
de sus tretas y asechanzas;
las más justas esperanzas
no llegan a realizarse.

Con negra intención traidora
y de su toga al amparo,
piensa el golilla en Genaro:
mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor
osó una tarde de hinojos
con lágrimas en los ojos
decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo,
al oír una repulsa,
juróla con voz convulsa,
por cuanto hay santo en el mundo,

no descansar un instante
hasta que a su amor sucumba,
o abrirla una misma tumba
con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella
Valentina enamorada,
cada vez más empeñada,
siguió sin temor su estrella,

y un día y otro pasaba,
y siempre que él la pedía
respuesta a su amor, oía
un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,
y en él perseguirles fiero,
nadie cederá primero,
ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,
rica Valentina y bella,
y el tutor prendado de ella,
mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro
a la hermosa Valentina,
mas el pagarle tan fina
tal vez la cueste muy caro.

I

Poscía no lejos de Sevilla
el tutor una quinta retirada
y alegre a maravilla,
de olivos y naranjos rodeada,
con un fresco jardín embellecida,
con prolijo primor enriquecida
y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos
de Valentina hermosa,
pensó acabar con sus amantes bríos
en estrecha prisión, larga y penosa.

La niña temerosa
a sus solas lloró su desventura,
mas cobró en su retiro fortaleza
la fe de su pasión, y más segura
ahondó raíces con mayor firmeza.

Cada día el tutor más apretaba
la molesta estrechez en que yacía,
pero más firme cada vez la hallaba
y más enamorada cada día.

Y a través de las rejas
a su Genaro enviaba Valentina
sus amorosas quejas,
en alas de la errante golondrina
que colgaba su nido
en el hueco roído
de una paredes viejas;
teniendo en su prisión por compañeros
los pájaros del aire
y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y día
a Genaro en sus rejas esperaba.
Genaro no venía,
que su cuita y su cárcel no sabía,
o su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,
pálidas con el llanto sus mejillas,
y el coral mustio de sus labios rojos,
oyen tan sólo el ¡ay! de sus enojos
las lejanas estrellas amarillas:
y a manos de su duelo y amargura
se marchita su cándida hermosura.

Mansa una noche y silenciosa estaba:
radiaba en ella espléndida la luna,
y su diáfana luz reverberaba
en el terso cristal de la laguna.
Gozábanse los ojos a lo lejos
por la extensión del campo solitaria
en la varia ilusión de sus reflejos,
que iluminaban la campiña varia:
y allá se distinguía
por la fértil llanura
del granado y naranjo la verdura,
y el campo igual, voluble y amarillo
de la pajiza mies ya sazonada,
y mucha parte en haces preparada
para el áspero trillo,
que de la caña inútil
va a separar el grano
auxiliado del céfiro liviano.

Lloraba como siempre su destino
la niña enamorada,
los ojos de Sevilla en el camino,
y en su Genaro el ánima extasiada:
y así con triste acento
daba sus ayes al nocturno viento:

«Triste de mí que lloro a

«sin que mis ayes lleguen
al corazón que adoro!
«Triste de mí, que me lamento en vano!
«Paloma cuyo arrullo dolorido
«llama a su blanco esposo, que ha caído
«de oculto cazador bajo la mano.
«muy lejos de su amor y de su nido.
«Triste de mí que imploro
ayuda de quien amo,
y sordo a mi reclamo
«aun si me escucha ignoro!
«Triste, triste de mí, que a solas lloro
«sin que mis ayes lleguen
al corazón que adoro!»

Y aquí llegaba de su amarga queja
cuando, a través de la cruzada reja
y entre la sombra oscura
que el olivar cobija en su espesura,
cual blanca aparición consoladora,
llegar bajo sus rejas vió a deshora
recatada de un hombre la figura.
Latió su corazón al percibirle
con doble libertad y doble vida,
y entre sus hierros con afán asida
los brazos le tendió para recibirle;
que ya le dijo el corazón bien claro
que aquella aparición es su Genaro.

VALENTINA

¡Cuánto por verte suspiré, amor mío!

GENARO

¡Y yo cuánto corrí por encontrarte!

VALENTINA

Yo no pensaba más que en tu desvío.

GENARO

Y yo en nada pensé más que en salvarte.

VALENTINA

¿Me amas, Genaro, aún?

GENARO

Más que a mi vida,
más que al ambiente que a tus pies respiro;
díerla alegre yo por bien perdida
por ahorrarte, mi bien, sólo un suspiro.

VALENTINA

¡Pobre Genaro! ¡Y yo que imaginaba
que tu amor hacia mí se amortiguaba!
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;
no fué desconfianza en tu cariño,
fué mi desolación, fué mi amargura.

GENARO

¡Oh Valentina mía!
Si no me amaras tú cual yo te adoro
no acertara a vivir un solo día.
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro;
Tú, Valentina bella,
eres la blanca estrella
que mi esperanza por la tierra guía.
Sí, tras de ti camino noche y día,
postrándome a besar tu casta huella.

VALENTINA

Ni yo puedo sin verte
pasar, Genaro, en soledad mi vida.

y si ha de ser sin ti, venga la muerte,
que yo la doy también por bien perdida
si no la he de gozar para quererte.

GENARÓ

Pues bien, si no hay fortuna
sin mi amor para ti, ni lisonjera
sin mí no alcanzas existencia alguna,
huye conmigo a la ocasión primera.
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera
si mi contraria suerte
más venturoso porvenir me abriera.
Yo nada puedo darte,
nada puedo ofrecerte,
mi Valentina, más que idolatrarte,
y amarte como a Dios hasta la muerte.
Harto, hermosa, lo lloro,
mas tal es mi fortuna, a pesar mío,
y mi destino tal; vivo y te adoro,
y de la suerte con tu amor me río.

VALENTINA

Sí, dices, bien Genaró,
tienes razón, mi corazón es tuyo.
De mi tutor avaro
en la ocasión primera
libre contigo donde quieras huyo.

GENARÓ

¡Oh tal resolución...!

VALENTINA

Genaró mío,
ya no puedo arrostrar mi desventura.
Callártela quería,

mas imposible es ya, porque desgarró
tan amargo pesar el alma mía.
Sabe, Genaró, que el infame viejo,
no satisfecho con gozar mi herencia
que administra sin tino y sin consejo,
aún tiene la insolencia
de ofrecerme un amor que me destroza
las entrañas de rabia y de pavora;
y paga mis desaires con usura,
y en mis pesares con furor se goza.

GENARÓ

¡Esto, cielo piadoso,
me faltaba no más! ¡Ah! pronto, huyamos;
aún me quedan amigos
que, pobres como yo, pero valientes,
de mi pesar y de mi amor testigos
aún querrán ayudarme diligentes.
¿Hay alguna ventana
que al campo dé, sin rejas que la guarden?

VALENTINA

Una hay, pero es, Genaró, empresa vana
porque es de un aposento
cuyo paso me impide gruesa puerta,
que sólo cada día, y un momento,
se ve una vez por mi tutor abierta.

GENARÓ

No importa, di cuál es, que ya habrá
de romperla o abrirla, [medo]
que a todo estoy resuelto y decidido.

VALENTINA

Desde este estanque puedes percibirla.

GENARO

Sin entrar al jardín puedo escalarla, y si me aguardas tú junto a esta puerta, yo medio inventaré de franquearla.

VALENTINA

¡Oh, sálvame, Genaro!, por amor de tu madre, si la tienes, por cuanto tengas en el mundo caro.

GENARO

Sí, Valentina, si en mi amor confías, mañana mismo en la callada noche o a manos, sí, de las industrias mías, o a la fuerza sino salvarté espero. Conozco a un capitán de una fragata, amigo fiel y noble caballero, que a bordo admitirá dos desdichados: y el suelo de la Italia protectora se abrirá a dos amantes expatriados; que a la Italia arribar será en buen hora. Daránme allí mi espada o mis pinceles, o la honrada fortuna del soldado, o la fortuna espléndida de Apeles: que todo con tu amor será sobrado.

Sonó en esto una llave, y percibiendo por las junturas, luz de una ventana, fué Genaro a la espesura huyendo, diciéndose los dos: «Hasta mañana.»

Quien en el cuarto entró de Valentina fué su tutor, el juez; porque Genaro, acechando a favor de la espesura, en la ventana vió clara y distinta aparecer del viejo la figura. Vióla tender los brazos,

y cerrar las vidrieras, y la luz interior ir a pedazos menguando, al entornarse las maderas. Vió la luz a través de las junturas largo tiempo brillar, y oyó acercándose la voz del juez inteligible apenas, ora con voces de dureza llenas creciendo, ora en murmullos apagándose. Oyó a la niña replicar a veces, y otras quejarse y prorrumpir en llanto, mas no entendió, por más que estuvo atento,

lo que dentro pasó del aposento. Mil veces quiso de su escucha en tanto su secreto romper sin miramiento; mil veces, al oír de Valentina el angustiado acento, su corazón anduvo entre el miedo y la cólera indeciso, y al jardín de saltar tentado estuvo, la mansión asaltando de improviso. Quedó en silencio al fin el aposento, faltó la luz de adentro, y no escuchando llanto, ni voz, ni paso, ni gemido, el infeliz galán fué alejando, recordando el acento dolorido con que su amada hermosa le dijo congojada y afanosa: «¡Ay, sálvame, Genaro, por amor de tu madre, si la tienes, por cuanto tengas en el mundo caro!» Y a este recuerdo los amantes ojos tornando a la ventana, «sí, dijo el triste, volveré mañana.»

II

Está la siguiente noche encapotada y oscura,

veladas entre nublados
 las estrellas y la luna.
 Yace la quinta en silencio,
 y no penetra ni alumbraba
 el resplandor más escaso
 de alguna lámpara turbia,
 ni de una puerta el encaje,
 ni las estrechas junturas
 de una ventana, que en sombra
 todo en redor se sepulta.
 Óyese sólo el murmullo
 con que en las ramas susurran
 las ráfagas desiguales,
 que los olivares cruzan.
 De la chicharra el chirrido
 allá a lo lejos se escucha,
 que la tormenta vecina
 con áspero canto anuncia:
 y el eco sordo y lejano
 del trueno, que en las alturas
 de nube en nube se arrastra,
 de nube en nube retumba.
 Allá en el negro horizonte
 por do la tormenta surca,
 de cuando en cuando un relámpago
 se inflama con luz sulfúrea:
 y a su esplendor fugitivo
 se aclaran en la llanura
 cuantos objetos la llenan
 en mansedumbre confusa.
 La media noche sonaba,
 y comenzaba la lluvia,
 cuando dejaba Genaro
 del olivar la espesura,
 seguido de dos mancebos
 que hicieron su causa mutua,
 resueltos a poner cabo
 a la más ardua aventura.
 Valientes como él son ambos

y como él desde la cuna,
 sin más apoyo en el mundo
 que su espada y su bravura,
 sin más porvenir que el tiempo
 ni otra hacienda que la tumba,
 más dignos como él entrambos
 de más pródiga fortuna.
 Con cautelosa prudencia
 pisando la tierra húmeda,
 hasta el estanque llegaron
 que con la casa se junta.
 Sobre él daba una ventana,
 ni baja, ni a tanta altura
 que no pudiera salvarse
 aunque difícil y mucha.
 Aquí, soltando su capa
 y colgando a su cintura
 sus preparadas pistolas,
 Genaro un punto calcula
 con la distancia, sus fuerzas,
 se empina, se encoge, duda,
 y abalanzándose osado
 saltó por fin y se ocultó.
 Quedó otra vez en silencio
 la escena en la sombra muda,
 y afuera los dos amigos
 nada oyen por más que escuchan.
 En tanto a solas Genaro
 en las tinieblas procura
 dar con puerta que le guíe
 a encontrar con lo que busca.
 Dentro de su pecho late
 con agonía profunda
 su corazón, a quien negros
 presentimientos asustan.
 Las solitarias estancias
 el ruido menor no turba,
 ni escasa luz ilumina
 la lamparilla más mustia.

El aire que a bocanadas por los aposentos zumba y que la cara le azota, claramente le asegura de que las puertas abiertas están: y parece en suma que su esperanza difunta. Llamara a veces intenta a los de fuera en su ayuda, mas teme engañarse, y teme que sus voces le descubran. Con planta perdida mide toda la estancia que ocupa, todas las paredes toca, y todos los trechos calcula. Dio al fin con un picaporte que alza con tiento, empuja, cede la puerta, y la tientas pasa el dintel, y por una abierta ventana se asoma, y mucho se ofusea. Es la del mismo aposento que a su Valentina oculta. Sí, reconoce las rejas y la encrucijada curva que hasta el olivar conduce, y que protegió su fuga cuando en la noche anterior en su visita nocturna sus pláticas la llegada del tutor rompió importuna. ¿Mas cómo allí no le esperaba su amor? ¿será que rehusa Valentina el pronto amparo que de él invocó en su angustia? «Valentina, ¿dónde estás? ¿no me conoces?» pregunta en la oscuridad Genaro:

mas su corazón se turba, y sus rodillas flaquean, y de desconsuelo suda, y al ver que su voz no tiene correspondencia ninguna, «¡Valentina mía!» exclama con desolada amargura, «¡Valentina mía!...» y sólo los ecos retumban. Los brazos tiende en la sombra, y se avanza a la ventura, mas nadie se arroja en ellos, nadie le responde nunca. Brilló un relámpago acaso, y a su rápida y sulfúrea llamarada, hirió un objeto que sus ojos, que el llanto anublaba. Tendió las manos al sitio donde le vió, y ropas húmedas tocó de un lecho, y un brazo de mujer. —Le asió convulsa su mano... ¡Dios infinito! ¿No hay un rayo que reduzca a ceniza tal cáliz apura? Aquel brazo frío asiendo el cuerpo a que se une busca, mas al arribar sus manos a la garganta desnuda, cayó Genaro en el suelo sin sentidos que le acudieran porque no halló la cabeza al tronco sangriento junta.

Pasaba en tanto la noche y el agua caía a mares, el espantoso nublado sobre la tierra rasgándose,

Cansados ya los amigos de Genaro de esperarle, y viendo que el tiempo corría y de la quinta no sale, por la ventana treparon en voz prudente llamándole. Mas viendo con harta asombro que no les responde nadie, asiendo de una linterna que al caso dispuesta traen, diéronla luz y se entraron el aposento adelante. Todos estaban desiertos; todas las puertas sin llaves; todo por tierra en desorden el ostentoso mueblaje; muchas cerraduras rotas, y rotos muchos cristales. Todo mostraba en la quinta de algún reciente pillaje o algún siniestro atentado las evidentes señales. Mas cuánto fué de los mozos el horror de intenso y grande al dar tras de pocos pasos en un cuarto donde yacía Genaro tendido en tierra y el suelo nadando en sangre y en una alcoba en un lecho de una mujer el cadáver! El cuadro de su ignominia si les achacan el lance, fué la idea que en su mente vino primero a aclararse. No era el amor de Genaro allí lo más importante, no era su vida o su muerte el resultado más grave, era su honor, pues si al cabo

por ladrones les tomasen, pagaran en un patíbulo lo que en sus almas no cabe. Asieron, pues, de Genaro por un resto bien laudable de una amistad generosa, mas que de poco les vale; porque no bien se inclinaron en brazos para elevarle (pues ni se mueve ni alienta), cuando a las voces de ¡injustos! ¡asesinos! y ¡ladrones! ¡a ellos! ¡prenderles! ¡matarles! el aposento asaltaron domésticos y jayanes, con hoces y podaderas, con asadores y sables. Sin que pudieran valerse, la multitud de ellos ase, de maldiciones e injurias y de improperios llenándoles. El crimen lamentan unos, claman otros por vengarle, y por doquiera retumban rezos, juramentos, ayes. Volvió Genaro a la vida con el tumulto un instante, cercáronle al punto todos, y él que ni entiende, ni sabe lo que pasa en torno suyo, con absortos ademanes miró, y con ojos estúpidos en silencio a todas partes. «¿Y VALENTINA?», este nombre de su duelo única frase, recuerda a todos a un tiempo todo el horror de aquel trance. «¡Mira!», dijo el juez cogiéndole de las manos, y arrastrándole

de su pupila hasta el lecho; *¡Dios mío!*, exclamó Genaro con la cabeza abrazándose de su hermosa Valentina que el juez le puso delante: *¡Dios mío!*, exclamó, y con ella segunda vez desplomándose, quedó al pie sin movimiento del destroncado cadáver.

Brilló una sonrisa horrible, aunque imperceptible casi, sobre los trémulos labios del tutor, y señalándole dijo: «Del crimen, señores, las pruebas están palpables: horrorízale esa muerte, pues la conoce, la sabe.»

¡Tal es la justicia humana, los juicios del hombre tales! La luz del próximo sol, por más radiante que sale, no pudo a los tres amigos iluminar el semblante, porque sus rayos no llegan al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza de la fe y la razón de su inocencia; mas, ¡ay!, de la justicia en la balanza poco pesa por cierto la conciencia.

Nada los dos del lance han comprendido, nada responderán, pues nada saben: lo que han visto dirán, lo que han oído, mas no habrá a quien agraven el crimen cometido.

¡A Genaro!, ¡imposible!, la adoraba, más luz ni pensamiento no tenía; sólo en ella pensaba, a ella tan sólo por doquier veía.

Mas, ¿qué ha de responder, pobre in- [sensato, a quien la luz de la razón no asiste? ¿Qué ha de decir el triste si ri oye, ni pronuncia, ni imagina más que el nombre fatal de Valentina? Sus ojos con estúpida mirada doquiera que los fija se mantienen y ni mira, ni ve, ni piensa nada.

Sólo un objeto que en su mente vive sus ojos y su mente ante sí tienen que su ser y su luz de ellos reciben: la pálida y castísima cabeza de aquella idolatrada Valentina, siempre de amor tesoro y de belleza; el objeto, ¡ay Dios!, de su mortal tristeza, pero siempre a sus ojos peregrina.

El rápido y terrible trastorno universal de sus ideas, sólo este objeto le dejó visible, y aquel contorno pálido y sangriento, aquel rostro agostado y macilento, tan sólo a sus sentidos perceptible, es la oculta razón de su demencia, y el móvil de su misera existencia.

Ya ante su vista, como blanco sueño, benéfica visión consoladora, se presenta risueño, y el pobre loco en su ilusión la adora.

Ya, cual sombra fatídica enojada en las nocturnas horas evocada, de Genero a los ojos se presenta en roncas voces demandando airada de su venganza dolorosa, cuenta y ante ella el pobre loco prosternado,

contemplando su sangre horrorizado,
se agita y se amedrenta.

Y los ayes que exhala en su despecho
el angustiado mozo,
estremeciendo el cóncavo y estrecho
y oscuro calabozo,
llegan del carcelero hasta el oído,
que a su voz suspirando estremecido
compadece su afán desde su lecho.

En vano a recio poste maniatado,
de sus amigos por piedad velado
está continuamente;
más fiero cada día y más demente
se torna el desdichado.
En vano demandáronle los jueces
declaración verídica y sucinta
de la fatal historia de la quinta;
por más que repitieron mil veces
la idéntica pregunta,
nunca más respondió que insensateces,
y de ellas nada el tribunal barrunta;
nada por él descubre ni adivina.
Y si por caso el que demanda nombra
a su bella y perdida Valentina,
ante él evoca su tremenda sombra,
y el infeliz Genaro en el instante,
largo a su nombre funesto enloqueciendo,
con sus gritos la sala ensordeciendo,
con su ademán y gesto delirante
demuestra lo que su alma está sufriendo:
y de su amada en su ilusión amante
la cabeza fatal tiene delante.
Los jueces, de su mal enternecidos,
compasivos le absuelven,
y a su prisión le vuelven
de donde salen pocos,
mas de donde él saldrá sin duda alguna
para dar, por su pésima fortuna,
en una jaula de hospital de locos.

¡Ay, pobre amante, cuyo amor tan raro
te obliga a recatar tu triste vida
con tu razón, y en tu razón perdida
tu salvación está! ¡Pobre Genaro,
que al hospital del calabozo pasa,
cuanto le cuesta caro
el hospedaje de su nueva casa!

III

Eran seis años después.

¿Quién diablos mentaba ya
ni a la hermosa degollada,
ni al loco del hospital?

Los bienes de la pupila
gozaba el tutor en paz,
y si a alguien pertenecían
no osaba de ellos hablar.

Que era el juez hombre de cuenta,
y en sus manos además
estaba el látigo puesto
de la justicia humanal.

¡Así las más de las veces
las cosas del mundo van!

Pero cortemos a tiempo
esta charla lenguaraz,
pues a los críticos toca
maldecir y murmurar,

ya que tienen la costumbre
de encontrarlo todo mal,
y yo a Dios gracias encuentro
que bien este mundo va
y... con mi cuento prosigo.

No lejos de la ciudad
de Córdoba, y de Sevilla
sobre el camino real,
había en mil setecientos,
año menos o año más,

un famoso ventorrillo
llamado de Sarmental.
Ventorrillo se llamaba
y con justicia en verdad,
pues a la altura de venta
no supo nunca llegar.
Era una mansión cuadrada
que con perfecta equidad
cerraba en sola una pieza
cocina, cuadra y pajar.
Es decir, que el ventorrillo
era, hablando en realidad,
un portal que a duras penas
podiera ser palomar,
donde a comer ni a dormir
se han detenido jamás
sino pobres peregrinos,
mendigos o gente tal.

En una tarde de marzo,
y, como dicho se está,
del año mil setecientos,
del ventorrillo al umbral,
dos mancebós platicaban
de continente galán.
Lloraban de gozo entrambos
hablándose con afán,
y tiernamente abrazándose
y tornándose a abrazar,
dándose pruebas continuas
del cariño más cordial,
preguntando y respondiendo
sin dejarse respirar.

EL UNO

¿Conque de Florencia?

EL OTRO

SÍ.

EL PRIMERO

¿Bueno del todo?

EL SEGUNDO

No, a fe;

por más que lo procuré
jamás me restablecí.
Muy débil quedóme el juicio,
y hay, Federico, ocasiones
en que tengo distracciones
que parecen maleficio.
Mas del trabajo a favor
mi cuerpo se robustece
cada día, y me parece
que voy de bien a mejor.

FEDERICO

¿Conque trabajas?

EL OTRO

Me afano.

FEDERICO

¿Y utilidad te reporta
tu trabajo?

EL OTRO

Nada corta,
que estudié mucho y no en vano.

FEDERICO

Siempre te fué la escultura
arte predilecto.

EL OTRO

Nombre
y honra me dió, y soy otro hombre
desde mi fatal locura.

FEDERICO

¿Mas cómo fué de ese mal
la curación?

EL OTRO

Muy sencilla;
al año y medio en Sevilla
me echaron del hospital.
Dijéronme... vuestra cura
se acabó y...

FEDERICO

¡Pobre Genaro!

EL OTRO

Yo, viéndome sin amparo,
acógime a mi escultura.

En los seis meses primeros
viví con suma escasez,
mas dióme una obra en Jerez
unos pocos de dineros.

Con ellos a Italia fuí,
y allí menos importuna
mi desdicha, hice fortuna;
mas me punzaba, ¡ay de mí!,
el deseo de volver
a mi patria de tal modo,
que al fin lo he dejado todo
sin poderme contener.

Dijeme: tengo algún oro
y alguna celebridad:

volvamos a la ciudad
donde está cuanto yo adoro.

Y héme aquí ya, Federico,
que vuelvo al fin a Sevilla
con mi escasa fortunilla,
y el arte a que me dedico.

FEDERICO

Contigo allí me tornara
de buena gana en verdad,
si urgente necesidad
volverme no me estorbara.

Pero mi madre me espera
que a morir próxima está,
y tal vez no llego ya
tan pronto como debiera.

EL OTRO

Pues, Federico, adelante
nuestro camino sigamos,
que a tu madre la robamos
un consuelo en cada instante.
Parte y que te ayude Dios.

FEDERICO

Si un día a vernos volvemos...

EL OTRO

¡Oh!, no lo dudes, seremos
hermanos siempre los dos.
Tú encarcelado por mí
sufristes...

FEDERICO

No hablemos de eso;
si estuve dos años preso
fué sin culpa, y ya salí.

EL OTRO

Siempre generoso amigo.

FEDERICO

Y siempre tuyo, Genaro,
pronto a partir sin reparo
cuanto posea contigo.

Y aquí con lágrimas tiernas
se tornaron a abrazar,
tomando con su caballo
su camino cada cual.

Y creo, lector discreto,
que no necesitas más
para saber quiénes eran
el que vuelve y el que va.

Sin embargo, si con esto
aún satisfecho no estás,
en lo que queda de historia
puedes el fin encontrar.

IV

En vano seis largos años
en tierra extraña de ausencia
Genaro entre las memorias
puso de su edad primera;
que las sombras que le manchaban
el cuadro de su existencia,
cuanto más tienen de antiguas,
tienen de firmes y negras.
El bello sol de la Italia
no pudo desvanecerlas,
porque las sombras del alma
la luz del sol no penetra.
Mientras entregado al arte

vivió Genaro en Florencia,
adormidos sus recuerdos
se hicieron sentir apenas.
Débiles fueron sus ayes,
cortas sus sentidas quejas,
porque el tiempo y la distancia
mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas,
entre torvas y halagüeñas,
de sus antiguos pesares
le asaltaban las ideas,
mas cual de cosas pasadas
se le ocurrían inciertas,
sin verdadero carácter
y sin forma verdadera.
Aquella frondosa quinta
entre cuya doble reja
de Valentina alcanzaba
la peregrina cabeza,
era un recuerdo amoroso,
no una aparición siniestra,
era un manantial feudo,
de deliciosa tristeza.
No veía el semblante amado
sobre la gola sangrienta
pidiendo a voces venganza,
no, que amorosa y risueña
se presentaba a sus ojos
su Valentina hechicera,
como la noche en que pudo
bajo su ventana verla.
Y aunque jamás de su alma
borrarse la imagen pueda,
como un amuleto místico
mantiénese dentro de ella,
y su espíritu acompaña,
mas conformidad perpetua
guarda con él, y aunque triste,
su espíritu no atormenta.

Y cuanto menos horribles
 de sus memorias le cercan
 las visiones, cuanto más
 se debilitan y atenúan,
 más de su antigua locura
 las fatales consecuencias
 desaparecen, y logra
 su ánima calma completa.
 Mas esto, ¡ay Dios!, fué en Italia,
 donde la gente y la tierra
 cuanto mira y cuanto siente
 de sus memorias le aleja.
 Mas al entrar en Sevilla,
 donde todo le recuerda
 sus infortunios pasados,
 se acrecentaron sus penas.
 Tornó a ser de sus memorias
 insensiblemente presa,
 y a trastornarse tornaron
 débilmente sus ideas.
 Al pararse de la cárcel
 ante las guardadas puertas,
 recordósele la causa
 por que fué encerrado en ella.
 Al pasar del hospital
 ante la fachada externa,
 estremeciósse al recuerdo
 de su abandono y miseria.
 Y aquella frondosa quinta
 a cuya reja en Florencia
 de Valentina alcanzaba
 sonriendo la cabeza,
 tornábasele en espejo
 de apariciones siniestras
 que trastornaban la suya
 con sus miradas horrendas.
 Huérfano y desconocido
 Genaro en Sevilla entera
 (pues hoy se oculta indolente

y antes no célebre en ella),
 sin un amigo tan sólo
 que distraerle pudiera,
 pasa una vida ignorada
 en soledad y tristeza.
 Y si habla es con Valentina,
 con Valentina si sueña,
 por Valentina si vive,
 y a Valentina si reza.
 Si día y noche afanado
 mármol desbasta y modela,
 a Valentina los trazos
 de su cincel representan.
 Ni piensa en su porvenir,
 ni en las relaciones piensa,
 que pueden, fama lográndole,
 honor lograrle y hacienda.
 En poco estima la gloria,
 y en menos su vida aprecia,
 y abandonado a sí mismo
 no ve lo que la rodea.
 En una mezquina casa
 de una oscura callejuela
 junto a la muralla vive,
 de la quinta la más cerca.
 El camino de Carmona
 continuamente pasea
 desde la puerta a la quinta,
 desde la quinta a la puerta.
 Tal vez volviendo a deshora
 el muro cerrado encuentra,
 y al raso pasa la noche,
 pues en el campo se queda.
 ¡Pobre Genaro! En su pecho
 con su soledad funesta
 al fuego de las memorias
 su amor antiguo fermenta.
 Y así tal vez poco a poco
 su mente se desordena,

su cuerpo se debilita,
y sus manías empiezan.

V

Mayo espiraba: y su postrero día
entre nubes de azul, púrpura y grana,
la cenicienta claridad tendía
de la primera luz de la mañana.

Para gozar sus rayos bienhechores
entrebriaban sus cálices las flores,
manso alzaban las ráfagas murmullo
en la hojarasca espesa,
variando de la luz los mil colores,
y a su tranquilo arrullo
despertaban los pardos ruiseñores.
Todo era calma, resplandor y vida
por la fértil llanura,
y la tierra en las sombras adormida
tornaba a despertar juvenecida,
debiendo al nuevo sol nueva hermosura.

Del oscuro aposento de Genaro
por la estrecha ventana,
la claridad temprana
penetrando pacífica y tranquila,
hirió, cobrando resplandor más claro,
del desvelado mozo la pupila.

Tal vez, cansado de nocturna vela
o de afanosos sueños agitado,
la recoge el mancebo alborozado,
con ojo avaro y delicioso empeño;
porque la vista de la luz consuela
las amargas memorias de su sueño.

Sacó Genaro de la ropa el brazo,
y abriendo de su reja más maderas,
del puro firmamento vió un pedazo
al mirar a través de las vidrieras.
Brotó en su labio celestial sonrisa,
la lumbre del placer brilló en sus ojos,

y ante el único Dios, sumo e inmenso,
de quien la gloria y majestad divisa
tras el azul extenso,
postróse humilde y le adoró de hinojos.

Llegó a él embriagando sus sentidos
el blando soplo de la fresca brisa,
y en ella los perfumes recogidos
al tocar en las ramas olorosas,
blancas acacias y encendidas rosas
en los vergeles con abril floridos.
Llegó a él el susurro deleitoso
de los copados árboles vecinos,
donde el gorrión inquieto y receloso
píos lanzaba pretendiendo trinos.

Llegó hasta él el son de la campana
que el alba anuncia y a asistir convoca
a su misa temprana,
y las pisadas rápidas o graves
de vecinos asaz madrugadores,
ya siervos, ya señores,
que abriendo puertas y volviendo llaves,
cumpliendo su destino o sus placeres,
iban a sus recreos o quehaceres.

«Hermoso día», murmuró Genaro,
y al avanzar su cuerpo a la ventana,
en talante le vino
la hermosura gozar de la mañana.
Vistióse, pues, alegre y presuroso
y al campo ameno enderezó el camino.

De la ciudad atravesó la puerta
vecina a su mansión, como solía
siempre que de ella cada vez salía,
con perezoso paso y ruta incierta,
Mas tomó como siempre ancho sendero
que a la quinta fatal conduce y guía,
donde tuvo y perdió su amor primero.
Cuanto por él sus pies adelantaban,
más los recuerdos de su amor crecían,

y en su fiel corazón se revelaban,
 do escondidos vivían.
 Sus ojos avarientos
 por cima de los olmos corpulentos
 ansiaban alcanzar el edificio
 donde tuvo su amor templo y sepulcro,
 donde fué de su amor el sacrificio;
 y en la lejana matinal neblina,
 que huyendo al sol turbaba el horizonte,
 imaginaba sobre el pardo monte,
 la blanca aparición de Valentina.
 El infeliz mancebo
 en su ilusión dichosa
 de nueva fe con el impulso nuevo,
 con sonrisa amorosa
 los brazos, ¡ay!, a la visión tendía,
 y palabras de amor la dirigía,
 mas al ir a abrazar tanta belleza,
 desvanecido su fantasma vano
 le presentaba su delirio insano
 su ensangrentada y lívida cabeza.
 Entonces, descarriado el pensamiento,
 y su mente en sus juicios mal segura,
 vacilaba un momento,
 y volvía un momento a su locura;
 y ciego y delirante
 se lanzaba veloz por la llanura,
 y en esta situación tan congojosa,
 alguna vez de su perdida hermosa
 la cabeza fatal le iba delante.
 Hasta que al fin, rendido a su fatiga
 donde más no podía se sentaba,
 y en penoso letargo reposaba,
 y a su juicio volvía:
 aunque siempre quedaba
 presa infeliz de su fatal manía.

En posición tan triste,
 con tales enemigos interiores
 y en hora tan temprana,

pasaba Genaro esta mañana
 por campiña feraz que mayo viste
 de césped blando y de silvestres flores.
 La alegría y belleza
 que ostenta por doquier naturaleza,
 sus negros y continuos pensamientos
 disipa, de sus íntimos tormentos
 su corazón librando y su cabeza.
 Dulce melancolía
 prueba su corazón tan solamente,
 y dulce y melancólica memoria
 de su amorosa historia
 guarda y halaga su tranquila mente.
 Las palabras sabrosas
 recuerda que su amada
 le dirigió amorosas
 en la ciudad, la reja o la enramada;
 ya en misteriosa cita,
 ya en cariñosa carta,
 o en oculta visita,
 que alma de amante en amorosa cuita
 de memorias de amor nunca se harta.
 Y así exhalando en apenado acento
 las ideas del triste pensamiento,
 las reducía a voces
 de nadie oídas, y del suave viento
 perdidas en las ráfagas veloces.
 «—¡Ay, Valentina mía,
 a quien espero en vida más dichosa
 encontrar otra vez, y en mejor día!
 Sólo de esta esperanza
 la luz en la existencia me mantiene,
 y sólo este consuelo
 a darme fuerzas y valor alcanza
 para creer en la equidad del cielo.
 ¡Ay!, ¡qué fuera de mí si esta creencia
 dentro del corazón se me apagara,
 y contigo gozar nunca esperara
 más larga y más feliz otra existencial

Imposible. Ese Dios de cuya mano
 brotó la creación y en un instante
 la alumbró con su soplo soberano,
 ese sol encendiendo rutilante:
 ese Dios cuyo afán, cuyo cariño
 paternalmente cuida
 del imperfecto ser que nace niño
 sin medios de guardar su débil vida;
 que el camino señala a los torrentes
 lo mismo que a los límpidos arroyos,
 abriendo a sus vertientes
 sulcos escasos o profundos hoyos;
 que da a los mares y a los campos galas
 y exquisitos primores,
 criando en sus espaldas y en sus senos
 peces los unos, y los otros flores,
 perlas aquéllos, nácar y corales,
 y éstos rosas y pródigos frutales,
 ambos de vida y de hermosura llenos:
 ese Dios que en los cóncavos espacios
 de los aires sutiles
 los astros y las aves sembró a miles,
 y en las noches oscuras
 sostiene con lanzadas de topacios
 su pabellón azul en las alturas;
 que para igual destino hizo perfecto
 el corazón del hombre y del insecto,
 que en ambos puso del amor la llama,
 y, al darlos una hermosa compañera,
 al hombre y al insecto dijo: *¡Amor
 tuya es mi creación, gózala entera!*
 ese Dios que con término y medida
 su señalado imperio
 marcó a la muerte y concedió a la vida,
 con leyes de oscurísimo misterio;
 es imposible que lo mismo mida,
 y concluya lo mismo
 con la flor o el insecto
 que vive o que vegeta

sin otra liga que el nativo afecto
 que a la tierra y raíces les sujeta,
 y con el hombre a quien fatal destino
 de su dicha terrena
 de abrojos y pesar siembra el camino.
 Es imposible, no.—Cuando él enciende
 en el hombre el fanal de la esperanza,
 más noble porvenir darle pretende,
 dicha más perenal al hombre alcanza.

En estos pensamientos embebido,
 se alejaba Genaro de Sevilla
 por sendero escondido
 en la umbría enramada,
 y de un arroyo por la amena orilla
 de césped tapizada.
 Y absorto en sus ideas de esperanza,
 y seguro en la fe de su destino,
 de un porvenir de amor y bienandanza
 seguía, sin pensar en su camino,
 a pasos avanzando desiguales,
 ya rápidos, ya lentos,
 que ciertas daban, a mi ver, señales
 de su desigualdad de pensamientos.

Alzó por fin los ojos
 tras largo andar, oyendo
 de agua cercana y mucha el ronco es-
 [truyendo,
 y entre espesos abrojos
 y antiguas yerbas que a su par brotaron,
 una arruinada ermita vió delante,
 que, ya de largos años olvidada,
 las lluvias y los vientos maltrataron.
 No lejos de sus restos esparcidos,
 de musgo y de maleza revestidos,
 y de impuros reptiles habitados,
 Guadalquivir corría,
 y al monumento viejo
 en su fondo de arenas ofrecía
 claro y seguro, aunque voluble espejo;

mostrando cuánto son breves y vanas las fortunas mundanas.

Aún quedaba en un nicho sobre la angosta puerta una imagen del santo su patrono, y en la capilla lóbrega y desierta un jirón del dosel do tuvo un trono. Aun del altar al pie podía verse inscripción imposible de leerse, nombres del fundador que allí yacía, sepultura olvidada como otras muchas que en redor tenía. Contempló su interior un breve instante Genaro, y a partir se disponía, cuando delante de sus pies vacía, de la nada humanal lección severa, Y destroncada en el polvo halló una solitaria calavera.

Palideció Genaro en su presencia y su fe vaciló, y la duda amarga se alzó en su corazón, y en su conciencia. «¿Y es esto, dijo, tras de vida larga en lo que para al fin nuestra existencia? ¡Ay de los hombres si esto solamente les queda de su espíritu y esencia!»

Y esta idea girando en su mente exaltada, de una a otra inducción le fué llevando en lucha pertinaz consigo mismo al tenebroso abismo de una duda infernal desesperada.

«Si esto somos no más, triste decía, ¿qué es de nosotros, Valentina mía? Purísima inocente criatura, del Hacedor privilegiada hechura, que en opresión viviste y en tormento, ¿qué premio alcanza tu virtud segura? ¿Qué consuelo a tu vida de amargura si eres polvo no más que esparce el viento?»

Y esta idea fatal le amedrentaba y a esta idea fatal desesperaba.

Con temblorosa mano y con ojos de lágrimas henchidos, sostenía y miraba al resto humano, cuya faz por el polvo consumida, falta de voz, de aliento y de sentidos, no podía decirle para ayuda de su espantosa duda el más allá de la afanosa vida.

Al fin, con voz doliente y lastimera dijo, al polvo volviendo la seca calavera: «¡Ay si de aquella en cuya lumbre vivo y por quien ser del Hacedor recibo memoria fueras, último despojo, calavera espantosa, con cuán sagrado afán te recogiera! Noche y día llevándote conmigo, ídolo de mi fe por donde quiera tú fueras siempre de mi amor testigo, tú de mi soledad la compañera, tú en mi desolación mi único amigo.»

Y fijando tristísima mirada en el despojo yerto, quedó su alma un instante anonadada en la duda por nadie penetrada del porvenir incierto. Hasta que al fin, lanzando hondo suspiro del doliente pecho, volvió a decir, pisando de la capilla en el umbral estrecho: «Quédate a Dios, jirón desconocido, y si cerca de ti viene algún día el desolado espíritu perdido que en tu centro vivía, dile que busque al de mi amante hermana en la región oscura y misteriosa donde van los espíritus que tiran

la cáscara mortal que les encierra
 en su penoso viaje por la tierra.
 Dile, dile que busque a Valentina,
 y postrado de hinojos
 ante su faz divina,
 mi soledad la cuente y mis enojos.
 Di que la ruegue por cuanto haya caro
 en la región del firmamento bella,
 que venga alguna vez de su Genaro
 a acrisolar la fe que estriba en ella.
 Que cruce el aire azul diáfano y raro
 desprendida en la luz de alguna estrella,
 y aunque en sueños no más me dé segura
 una prenda real de su ventura.»

Y así diciendo el infeliz mancebo,
 con tales ilusiones trastornado,
 saliendo del santuario abandonado
 su camino a emprender volvió de nuevo.

VI

De la noche de aquel día
 en muy avanzada hora,
 tranquilamente Genaro
 del sueño en brazos reposa.
 Ningún fatigoso ensueño
 el corazón le acongoja
 ni le contrista la mente
 visión atormentadora.
 Su respiración serena,
 que igualmente aspira y toma
 con medidos intervalos,
 con inflexiones monótonas,
 la paz de que en tal momento
 su triste espíritu goza
 en la soledad nocturna

bien claramente denota.
 Está la noche nublada
 y extremadamente lóbrega,

y el resplandor de la luna
 vapores densos ahogan.

Y está su aposento oscuro,
 aunque su ventana angosta
 abierta deja Genaro
 pues le despierta la aurora.
 Ni un solo rayo atraviesa
 por las infinitas bocas
 que ofrece a la luz y al aire
 la única vidriera rota,
 porque abismado en sí mismo
 Genaro su arte abandona
 y en el abandono viven
 desconocidas sus obras;
 pues, sin otra compañía
 que sus pesadumbres propias,
 al con sus pesadumbres vive
 y sus pesadumbres llora.

Y presa de estos pesares
 que su corazón agobian,
 de la escultura olvidado,
 sin emulación, sin gloria,
 sus ahorros de Florencia
 rápidamente se agotan
 y en una palabra, vive,
 mas con la miseria próxima.

Tal es en este momento
 la situación lastimosa
 del escultor, y tal era
 en estas nocturnas horas
 el reposo en que yacía,
 cuando aldabada sonora
 dada en su puerta, los ecos
 estremeció de su alcoba.

Abrió los ojos pesados,
 tendió la mirada atónita
 por cuanto en torno tenía,
 mas todo en torno era sombra.

La idea de la aldabada

aclearóse en su memoria
tras breve instante de atenta
reflexión calculadora.

«Jurara que habían llamado,
dijo entre sí, mas ¿qué importa?
añadió luego, sin duda
que de puerta se equivocan;
número tiene la casa,
conque que busquen la otra.»
Y al sueño tornó a aprestarse
envolviéndose en la ropa.

Mas no bien hubo en su lecho
tomado postura cómoda,
cuando segunda aldabada
hirió su puerta, y signióla
de la tercera a breve espacio,
con lo que al fin montó en cólera.
Saltó irritado del lecho

Y asomóse con faz torva
por la ventana, exclamando
con voz enojada y bronca:
«¿Quién es, a quién diablos busca?»,
y otra voz, dulce, armoniosa,
como el rumor de las aguas
y el murmullo de las hojas,

«yo», dijo desde la calle,
a cuya sílaba sola
en las venas de Genaro
helóse la sangre toda.

Con ambas manos asidas
de su ventana ambas hojas,
inclinada la cabeza
para que más prestos oigan
sus oídos, fijo, inmóvil
tras la reja, fatigosa
la respiración lanzando
por la mal cerrada boca,
con los espantados ojos
saltándole de las órbitas,

Y como escuálido fantasma
que miedo infantil aborta,

Quedó en su reja Genaro,
sin voluntad que le acorra,
dudando si es pesadilla
cuyo de sueño que le acongoja.

Así pasó unos momentos
y pasara muchas horas
de no venir a sacarle
del su hondísima zozobra
otra aldabada, cuyo eco
vibró en los espacios ronca.

Huyósele de los labios
involuntaria y dudosa
la pregunta de ¿quién llama?
tan imperceptible y ronca,
que casi en sus labios mismos
el aura voraz tragóla.

Mas como si hubiera sido
dicha con voz tan briosa
que en grito rayado hubiera,
obtuvo respuesta pronta.

Obtuvo un Yo soy, GENARO,
dicho con tan deliciosa
modulación, que más era
música embelesadora.

Era una voz de cuyo eco
las desconocidas notas,
en vez de ahogarse en el aire,
armonizaban la atmósfera.

Estremecidas las auras
las llevaban de una en otra
en círculos infinitos,
en interminables ondas.

Y unos en otros nacían
como unos tras otros brotan
del agua en la superficie
cuando se quiebra o se toca.

Era una voz que se oía

limpia, argentina, sonora,
vagando por los espacios
y atravesando las sombras,
lo mismo a inmensa distancia
que a la distancia más próxima,
lo mismo por las alturas
que por las calles más hondas.
Indefinible sonido
que bajo una esencia sola,
de la palabra y la música
guarda las delicias todas.

YO SOY, GENARO, dijeron
sus sílabas misteriosas:
mas la celeste armonía
que en el aire las prolonga,
toda una historia pasada,
toda una futura historia
de gustos y de pesares,
de desconsuelos y glorias,
encierra en las inflexiones
con que la voz vagarosa
los espacios estremece
con sus cláusulas armónicas.

Todo cuanto es, cuanto ha sido,
cuanto ambiciona y espera
como en ancho panorama
concibe Genaro en ellas.
Campo vastísimo le abren
allá en su mente revuelta
donde lo pasado bulle,
y sus recuerdos fermentan.
Llanura deliciosísima,
óptica espaciosa inmensa
que alcanza su vista absorta
desde atalaya dispuesta.
Mágico cuadro fantástico
de fertilísimas vegas,

de jardines encantados
y montañas pintorescas,
Magnífico Edén compuesto
con los mares y alamedas,
los templos y los palacios
de Sevilla y de Florencia,
Del turbio Guadalquivir
con las frondosas riberas,
los pescadores de Nápoles,
las lagunas de Venecia.

Esto, todo esto ve y oye
en la armonía secreta
de aquella voz celestial
que le espanta y le embelesca.
Lo oye y lo ve iluminado
con las fulgentes estrellas
y el resplandeciente sol
de la esperanza risueña:
colmado y embellecido
con la imagen hechicera
de su hermosa Valentina
que en todas partes encuentra.
A Valentina en el llano,
a Valentina en la selva,
a Valentina en la luz,
a Valentina en la niebla.
Su imagen todas las aguas
en su cristal reverberan:
en su murmullo su nombre
susurran las arboledas:
y en el delirio encantado
que su espíritu enajena,
sólo oye y ve a Valentina
en todo cuanto le cerca.
Valentina, dice el aura
que en el espacio se aleja,
Valentina, dice el eco
que en el monte la remeda,
Valentina en sus oídos

eternamente resuena, y el nombre de Valentina que en su redor gira y rueda en círculo eterno y mágico, en oscilación eterna, dentro de su mente nace y va a expirar dentro de ella.

Tal es aquella voz mística que del umbral de su puerta a su enojada pregunta YO SOY, GENARO, contesta. Todo esto es aquella voz que inmóvil tras de la reja embebecido le tiene asido a entrambas vidrieras, sin intención que le acuda, sin voluntad que le mueva, dudando si goza o sufre, si está despierto o si sueña. De tan dulce desvarío de fantasía tan bella, tras largo espacio, otro ruido volvió a sentir en su puerta. Mas no retumbante golpe de otra aldabonada recia: no de quien entrar pretende clara y perentoria seña; sino crujido de gonces sobre que las hojas ruedan, rumor de quien fácilmente abre voluntario y entra. Con grande asombro y pavora de la ventana por fuera sacó Genaro a este ruido la desgreñada cabeza, tendió a la calle los ojos a través de las tinieblas, mas retiróse al instante apalancando las rejas.

Volvió a ocultarse en su lecho, y aunque enmudece su lengua, y aunque el aliento recoge bien se conoce que tiembla, y bien se ve que sus ojos no engaña ilusión incierta, porque un ánima medrosa y una vigilancia atenta ruido de pasos cercanos fácilmente apercibieran, y aun sospecharan que alguno subía por la escalera.

Mas no producen, sentándose aquellos pasos en ella, rumor que la ira en el hombre excita con la sorpresa.

No es el recatado paso de quien, caminando a tientas, con taimadas intenciones furtivamente penetra; no es de cobarde enemigo la desconcertada huella que al mismo tiempo que avanza preparada a huir se acerca; no son los pies de un ladrón que aunque adelantan recelan, sino la planta segura de quien francamente llega.

Un paso medido y grave de planta firme y serena, pero no lenta y pesada, sino fácil, leve, aérea.

Al percibirla Genaro vecina a su estancia mesma, hundió, sudando de espanto, en las ropas la cabeza.

¡Genaro!, dijo la voz, y con su armonía angélica

llenó el aposento opaco
vibrando en él duradera.
Mas no respondió el mancebo,
porque su garganta seca
con el pavor de su alma
a la palabra se niega.

¡Genaro!, tornó a decirle
otra vez, y tan de cerca,
que ya en el cuarto inmediato
juzga afanoso que suena.

¡Genaro!, repitió al fin
aquella voz lastimera,
exhalando una armonía
tan melancólica y tierna
que a las entrañas llegaba:
«¡Genaro mío! ¿En qué piensas?
¿Tanta mudanza en un día?
Hoy has dicho a mi cabeza:
«Si fueras recuerdo suyo
¿con qué afán te recogerial
«Y llevándote conmigo
«noche y día por doquiera,
«de mi amor fueras testigo,
«solitaria calavera:
«tú fueras mi único amigo,
«tú mi única compañera.
«Esto me has dicho, Genaro,
«en una ermita desierta;
«y cuando tú anhelo cumplo,
«¿te asombras y no me esperas?
«¿Te llamo y no me respondes?
«¿Subo a encontrarte y te encierras?»

Alzó la frente Genaro
tales palabras oyendo,
mas a nadie en torno viendo,
volvióla en la ropa a hundir,
y a poco muy suavemente

sintió (y con la sangre yerta),
la mal encajada puerta
de su misma alcoba abrir.

Sintió por el pavimento
resbalar leve ropaje
y apartar el cortinaje
de su lecho percibió.
Y al misterioso contacto
de aquel fantasma invisible,
cambio asaz inconcebible
en todo su ser sintió.

Percibieron sus sentidos
con exquisita pureza,
y comprendió su cabeza
con cabal exactitud,
y exento de la locura
que su cerebro asaltaba,
por vez primera gozaba
perfectísima quietud.

Dulcísimo arrobamiento
sus potencias embargando,
fue poco a poco ocupando
su trémulo corazón,
hasta que el santo deliquio
cambiando su esencia impura,
niveló a la criatura
con la celestial visión.

Entonces, de entre las ropas
donde ocultarse creía,
su sentido percibía,
aunque imperfecto y mortal,
la suavísima fragancia,
el delicioso perfume
que del Señor se consume
en la mansión inmortal.

De sus rebufadas sábanas
por entre los claros hilos,
veían sus ojos tranquilos
el mágico resplandor
de la mística aureola
que la cabeza circunda,
y el alma de luz inunda
de los santos del Señor.

Entonces puesto al alcance
de aquella ilusión divina,
de su hermosa Valentina
ante el espíritu fué;
y elevado hasta el deleite
de su bienaventuranza,
su presencia real alcanza
aunque su esencia no ve.

Vago resplandor fosfórico
que el aposento ilumina,
del alma de Valentina
muestra la presencia allí.
Resplandor leve y purísimo,
sin foco de donde radie,
no producido por nadie,
comprendido sólo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
extendida y trasparente,
desvanecida igualmente
del aposento en redor,
que en ningún término expira
ni de ningún punto emana,
de una tranquila mañana
semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
bañado en su esencia pura,
un manantial de ventura

de positiva ilusión,
encuentra Genaro, y goza
dulcemente aquella esencia,
que presta nueva existencia,
nuevo ser al corazón.

En el espacio tranquilo
de aquel éxtasis solemne,
inexplicable, perenne,
prueba celestial placer;
e identifica su alma
con el ser de Valentina,
en cuya esencia divina
nada hay ya de la mujer.

Huyeron de sus afectos
los deseos mundanales,
los deleites terrenales,
la humanal inclinación,
Del amor casto y angélico
la llama que aún alimenta,
de impuro vapor exenta,
no es llama de vil pasión.

Es de su esencia la parte
más bella y más necesaria,
como su fe solitaria,
eterna como su fe;
es un amor indeleble
que Dios conservarla quiso
cuando su alma al paraíso
con su amor terreno fué.

Y de este amor perfectísimo
en los deleites perfectos,
en los divinos afectos,
en la santa realidad
embebecido Genaro,
en fruición misteriosa

con Valentina reposa
en invisible unidad.

¡Misterio que solamente
concebir Dios ha podido,
y a los justos concedido
únicamente por Dios!

¡Mística unión de dos almas
en que, sin violencia alguna,
gozan entrambas en una
todo el placer de las dos!

Y así las de Valentina
y Genaro se comprenden,
y sólo a sí mismas tienden
de sí mismas a gozar:
y así, sin auxilio torpe
de palabras ni sonidos
que toquen a los sentidos,
comunicanse a la par.

¡Ay!, ¿y quién pudiera ahora
prestar a mi lengua humana
la explicación soberana
de esta palabra sin voz?

¿Quién diera a mi voz terrena,
y a mi miserable pluma
la santa elocuencia suma
de esta palabra veloz?

¡Ah!, yo revelara entonces
en solo un breve momento
su divino pensamiento,
su concepto celestial;
y no como ahora tendría
que emplear largo período
para darla de algún modo
una explicación mortal.

Mas ya que es de nuestra mente
la comprensión tan mezquina,
lo que en esa voz divina
oyó Genaro diré,
no con los torpes sentidos
de su inútil cuerpo impuro,
por el conducto seguro
de su enaltecida fe,

«Vive y espera (esto dijo),
tras esta vida azarosa
otra vida hay más dichosa
y otro mundo en que vivir.
«El reposo de un sepulcro
no es el fin que nos espera,
esa es la puerta postrera
para entrar al porvenir.

«Tu adorada Valentina,
pasado su umbral, alcanza
sempiterna bienandanza,
vida eterna de placer.
«Dios por ella te perdona
de su justicia la duda,
porque tu crimen escuda
la miseria de tu ser.

«Vive, Genaro, y espera,
y por prenda de esperanza
de esa bienaventuranza,
de esa cierta eternidad,
de hoy más, pues tú la deseas,
de la cabeza peregrina
de tu amante Valentina
consuele tu soledad.

«Mientras contigo la tengas,
ese místico amuleto
de tu fe será en secreto

«el irresistible imán:
 «la enseña de tu fortuna,
 «el iris de tu esperanza,
 «de tu cierta venturanza
 «el seguro talismán.»

Todo esto fué la palabra
 de aquella celeste voz
 que en un instante Genaro
 en su éxtasis comprendió.
 Todo esto, que torpemente
 y en pasada confusión
 con tan profanos períodos
 pobremente he dicho yo,
 claro, luminoso, armónico,
 sabroso y consolador,
 sin pasar por los sentidos
 penetró en su corazón.
 Omnipotente palabra
 del lenguaje creador
 que rejuvenece el mundo
 en los labios de su Dios.
 De su engendradora boca
 celestial emanación,
 de su lenguaje viviente
 hábito generador,
 todo esto dijo la sabia
 palabra de bendición
 que de la alma Valentina
 el espíritu exhaló.
 Todo esto escuchó Genaro
 en el término veloz
 del misterio impenetrable
 de aquella revelación;
 y todo esto de tal modo
 su espíritu estremeció,
 desbordó su inteligencia,
 y exprimió su comprensión,

que sacudido hondamente
 su cuerpo, no resistió
 de este esfuerzo sobrehumano
 la violenta crispación.
 La fuerza con que su sangre
 al pecho se le agolpó,
 de fiebre devoradora
 con el insufrible ardor,
 le ahogó en la garganta estrecha
 la ardiente respiración,
 la luz del celeste encanto,
 de los ojos le robó,
 de los fallecidos miembros
 el extinguido vigor,
 y todas sus facultades
 de tal modo anonadó,
 que faltó quedó en su lecho
 de aliento y de sensación.
 Aún pudo muy débilmente
 percibir el resplandor
 que iluminaba el espacio
 al huir la aparición;
 aún en su mente asombrada
 un momento se pintó
 de su bella Valentina
 la purísima ilusión;
 y aun su sien calenturienta
 ligeramente orecó
 al elevarse en los aires
 con sus alas de crespón.
 Mas todas estas visiones
 sin voluntad ni color,
 cruzaron su fantasía
 en apiñado montón,
 como vagabundas sombras
 de ensueño fascinador
 que se perciben apenas
 desvaneciéndose en pos.
 Hasta que al cabo volviendo

a su reposo anterior, cayó en un sueño tranquilo poco a poco; y se volvió a oír en el aposento del olvidado escultor el monótono murmullo de su igual respiración.

VII

Rayaba apenas en el cielo el día, y entre nubes de azul, púrpura y grana la cenicienta claridad tendía de la primera luz de la mañana. Para gozár sus rayos bienhechores entreabrían sus cálices las flores, manso alzaban las ráfagas murmullo y en la hojarasca espesa, y a su tranquilo y deleitoso arrullo despertaban los pardos ruseñeros. Todo era calma, y resplandor, y vida, por la fértil llanura, y la tierra en las sombras adormida tornaba a despertar juvenecida, debiendo al nuevo sol nueva hermosura. Del oscuro aposento de Genaro por la rota ventana, la claridad temprana penetrando pacífica y tranquila le hirió, cobrando resplandor más claro del desvelado mozo la pupila. ¡Oh!, y fatigado de nocturna vela y por ensueño místico agitado, la recoge el mancebo alborozado, con ojo avaro y delicioso empeño, porque la vista de la luz consuela las oscuras memorias de su sueño.

Tendió a la reja el brazo, y abriendo las maderas

del cielo de Sevilla vió un pedazo al mirar a través de las vidrieras. Brotó en sus labios celestial sonrisa y la luz del placer brilló en sus ojos, y ante el único Dios sumo e inmenso de quien la gloria y majestad divina, tras el azul extenso postróse humilde y le adoró de hinojos. Llegó a él, embriagando sus sentidos el blando soplo de la fresca brisa, y en ella los perfumes recogidos al tocar, entre ramas olorosas, blancas acacias y encendidas rosas en los vergeles por abril floridos. Llegó a él el murmullo deleitoso de los copados árboles vecinos, donde el gorrión inquieto y receloso píos lanzaba pretendiendo trinos. Llegó hasta él el son de la campana que el alba anuncia, y a asistir convoca a la misa temprana, y las pisadas rápidas o graves de vecinos asaz madrugadores que abriendo puertas y volviendo llaves, ya siervos, ya señores, iban a sus recreos o quehaceres, cumpliendo su destino o sus placeres. «Hermoso día», murmuró Genaro, y al avanzar su cuerpo en la ventana, todo en su mente despertóse claro el nocturno pavor, la bella historia de la visión aérea y soberana que abrió en su corazón y en su memoria un santuario al amor, y otro a la gloria. Sintió dentro de sí de fe sincera y de noble ambición brotar ardiente un manantial inmenso; y cual se lanza el águila altanera que los aires cruzando indiferente

busca ambiente mejor, mejor esfera, íbale en que su osado corazón aliente, así Genaro remontóse en alas de inspiración valiente, y por primera vez juzgó su pecho a su gran corazón ámbito estrecho. Del sacro fuego a la insufrible llama dentro dél se encendió la sed de fama: se alzaron en un punto en su memoria, Fidias y Praxiteles, coronados de gloria y en tronos de laureles, y al impulso violento de claro e inspirado pensamiento empuñaron sus manos los cinceles. «¡Seal, exclamó: de mi cincel fecundo los vigorosos trazos quiero que adore el asombrado mundo: y aun cuando el fuego de mi amor ignore, quiero que, aborto de mis diestros brazos, la bella efígie de mi amor adore.» Y con osada mano hiriendo el mármol mudo, iba tornando en rostro soberano la tosca forma del peñasco rudo. Iban bajo el cincel apareciendo los contornos suaves de la cabeza hermosa de una virgen modesta y candorosa: en cuya casta frente, en cuyos labios que orla dulcemente la sonrisa cariñosa, en cuyos ojos que a la tierra inclina con modesta mirada, revelándose va la faz divina no como él débil escultor quisiera de su hermosa y perdida Valentina, sino la faz modesta y venerada de la Madre de Dios immaculada.

Y según el contorno apareciendo iba del rostro santo, del profano escultor iba creciendo el misterioso espanto. La osada inspiración su mano guía, mas el hierro a la mano no obedece, y rebelde el cincel a su porfía no traza los contornos que apetece, y la sagrada imagen de María de su hermosa en lugar sólo aparece. Pura, casta, esplendente, y perfectísima, la célica escultura pieza salió maestra y hermosísima, desmintiendo de humana criatura, ser obra, o concepción; soplo divino animaba su mármol insensible; y el rostro peregrino radiaba aun más allá de lo creíble la virtud y pureza del ser hermoso de quien es trasunto la marmórea cabeza, sin concepción creada en sólo un punto. Contemplábalas trémulo el artista, sin concebir apenas el prodigio que alcanza con su vista, y sentía la sangre por sus venas abrasada correr, y allá en su mente sentía al par bullir confusamente con íntima amargura el fantasma fatal de su locura. «¡Loco estoy, exclamó, con voz rabiosa. Sí, loco, ¡vive Dios! pues ya no veo lo que hay delante de mi vista ansiosa, ni mi mano incapaz es poderosa de trazar mi recóndito deseo.» Y con el mudo mármol encarándose, el cabello y la faz, dijo, mesándose: «¿Por qué, piedra traidora, lo que sin entusiasmo hice mil veces

con más profunda inspiración ahora te marca mi cincel, no lo obedeces? ¿Qué me importa esa obra peregrina que acaso me granjeara una corona, si no es lo que yo quiero una Madona sino un retrato más de Valentina?» Y a impulso del coraje que le inflama el profano deseo no alcanzado, dos encendidas lágrimas derrama que en el rojo carrillo le dibujan un sulco amoratado.

En esta situación, y en tal momento, le sacó de su amargo arrobamiento el paso acelerado de un hombre que subía por la escalera que a su estancia guía, y un acento para él bien conocido que gritaba su nombre y su apellido. Lanzóse hacia la puerta, mas antes que llegara, el picaporte arrancado de un golpe, vióla abierta, y con galán y cortesano porte, traje vistiendo decoroso y rico, presentóse a sus ojos Federico.

GENARO

¡Federico!

FEDERICO

¡Genaro!

LOS DOS

Mas, ¿qué es esto?

GENARO

¡Tantas galas en ti!

FEDERICO

¡Tú en tal pobreza!

GENARO

¿Es ya muerta tu madre?

FEDERICO

Por supuesto, mas viene de otra parte mi grandeza. Pero a fe que me espanta y maravilla... Genaro, ¿esto es estudio o es buhardilla? ¿De qué te sirven viajes y escultura? ¿No se aprecian tus obras en Sevilla? ¿De qué viene tu mal? Cuéntame, empieza: ¿es especulación o es desventura? ¿Qué te falta, Genaro?

GENARO

¡Ay!, la cabeza.

FEDERICO

¿Otra vez?

GENARO

Otra vez mi ruin locura me acosa más temible y más funesta, Federico, y morir sólo me resta.

FEDERICO

¿Morir?, ¡voto va Dios!, ¿y esa María que veo al concluir, del genio aborto, que la pasada edad envidiaría y que Canova contemplara absorto? Genaro, esa Madona es un prodigio; quien puede con sus manos crear esos prodigios sobrehumanos,

puede servirse de cinceles de oro,
y en la historia dejar grande vestigio
y abrir bajo sus plantas un tesoro.

GENARO

Pura casualidad; ¡ay, Federicol,
eso, de que tú encumbras la excelencia,
una prueba es no más de mi impotencia.
Un busto de mi amor hacer quería,
y cuanto más en ello me empeñaba,
más la Madre de Dios aparecía
y más de Valentina se alejaba:
a la mano el cincel no obedecía,
y lo que quiso ser, fué.

FEDERICO

¡Cosa braval

Mas dime, aquella caja tan preciosa,
¿qué contiene?

GENARO

¿Qué caja?

FEDERICO

Esa que tienes
al lado de tu cama.

GENARO

No la he visto.

FEDERICO

Tu locura, a fe mía, es muy donosa.

¡Con burlas te me vienes!

¿La tienes en tu propia cabecera

y no sabes siquiera

lo que guardas en ella, vive Cristo?

GENARO

No la vieron mis ojos hasta ahora,
te lo juro en verdad.

FEDERICO (tomándola).

¡Y cómo pesa!

GENARO

¡Cielos y qué primor!, ¡qué encantadora
labor! Ponla, por Dios, sobre la mesa.

FEDERICO

Abre bien la ventana.

GENARO

¡Jesús! ¡Qué obra tan bella y tan prolifal

FEDERICO

¡Ah, farsante Genaro,
cual se confiesa de tus manos hija
en el trabajo minucioso y raro!

GENARO

Te juro, Federico...

FEDERICO

¡Bah! no mientas.

¡Hola! y está a manera de santuario
cerrada por doradas puertecillas.

GENARO

¡Qué mezcla de materias opulentas!
El ébano, el marfil, la concha, el oro...

FEDERICO
 Genaro, esta cajita es un tesoro;
 ahora ya concibo tu pobreza:
 dentro de esta cajita has apilado
 cuanto oro con tus obras has ganado:
 ábrela, pues, veamos tu grandeza.
 Y con dulce sonrisa esto diciendo,
 Federico a la caja abrió el candado,
 y el ojo ansioso a su interior tendiendo
 quedaron sin aliento una gran pieza;
 y al dar Genaro en tierra desplomado,
 exclamó Federico: «¡Es su cabezal!»

Pálido, roto el aliento
 en la mal cerrada boca,
 inmóvil como una roca
 el pobre escultor quedó:
 y en la cabeza fijando
 la sorprendida mirada,
 en sonora carcajada
 Federico prorrumpió.

«¡Válgate Dios por amante,
 siguió diciendo Federico;
 que ha de ser pobre es bien claro
 quien su hacienda emplea así.
 ¡De plata has hecho su busto!
 ¡Ya se ve!, para fundirla
 tuviste que reunir la
 viviendo en Sevilla así.

«¡Voto a San Judas, Genaro,
 que es una insigne locura
 gastar en una escultura
 un hombre todo su haber!
 Si el afán de esa memoria
 aún te atormentaba el pecho,

de mármol hubieras hecho
 el busto de esa mujer.

«¿Qué más vale esa memoria
 hecha en plata que en madera?
 ¿Su imagen misma no fuera
 leño, mármol o metal?»
 Así Federico hablaba,
 mas Genaro no le oía,
 que el alma absorta tenía
 en el busto celestial.

Y era en efecto su busto,
 era su imagen divina,
 de la hermosa Valentina
 completo el trasunto fiel.
 Era su busto hechicero
 labrado en maciza plata,
 cuyo primor le arrebatara
 obra de inmortal cincel.

Jamás del hombre impotente
 acertó a crear la mano
 portento tan soberano
 de retrato más cabal.
 Nunca el pensamiento pobre
 de ser de mujer nacido,
 concebir ha conseguido
 ninguna escultura tal.

No hay faltas ni imperfecciones
 en la argentina cabeza;
 en semejanza, en belleza,
 no es la copia, es la verdad.
 No tiene el contorno duro
 que tienen las esculturas
 obra de las criaturas,
 su fría inmovilidad.

No; sus contornos despiden
 leve vapor, los circunda
 vaga luz, que les inunda
 en gracia, en vida, en calor.
 Se percibe al acercarse
 el grato olor del cabello,
 cuyos rizos de su cuello
 ondean en derredor.

Se ve que sus bellos ojos,
 aunque hechos de plata dura,
 como toda la escultura,
 reciben la claridad;
 y parece que en su centro
 reside aún, goza existencia,
 la mortal inteligencia
 de su muerta humanidad.

Parece que aun sus oídos
 están a la voz abiertos
 y los vocablos inciertos
 van de su labio a salir:
 y el cuerpo, detrás del busto
 tal vez Genaro imagina
 que va a sacar Valentina
 para volver a vivir.

A este dulce pensamiento
 su corazón inflamado,
 todo su cuerpo agitado
 de convulsivo temblor,
 de su Valentina hermosa
 fijo en la imagen estaba,
 y la insensata esperaba
 realización de su amor.

Con desiguales intervalos
 lanzaba el fogoso aliento,
 y el pecho calenturiento

se le hinchaba al respirar:
 y se le alzaba y sumía
 de su amor con la tormenta;
 cual su balumbo acrecienta
 bajo la borrasca el mar.

Mirábale Federico,
 y absorto de cuanto veía
 su éxtasis no comprendía
 ni su extraña agitación;
 mas al ver su arrobamiento
 ante la bella escultura,
 la fe de pasión tan pura
 respetó su corazón.

Interrumpir el silencio
 no osó el mozo atolondrado,
 y permaneció apoyado
 en el brazal del sillón:
 y los ojos de Genaro
 siguiendo su propia vista,
 respetaba del artista
 la sublime inspiración.

Éste parece que al alcance
 de alguna ilusión divina,
 tras la faz de Valentina
 ante su espíritu esté:
 y elevado hasta la dicha
 de su bienaventuranza,
 su presencia real alcanza
 y su misma esencia ve.

Y hasta el mismo Federico,
 profano a tan gran misterio,
 se ve sujeto al imperio
 del deliquio celestial:
 y en el busto que contempla
 con dulce e íntimo goce,

a su pesar reconoce
poder sobrenatural.

Vago resplandor fosfórico
el santuario ilumina
do el busto de Valentina
está, y su ser se ve allí
como luz tenue y purísima
sin foco de donde radie,
no producida por nadie,
comprendida sólo en sí.

Claridad diáfana, limpia,
extendida y trasparente,
desvanecida igualmente
del aposento en redor,
que en ningún término expira
ni de ningún punto emana,
de una tranquila mañana
semeja el temprano albor.

Y de esta luz circundado,
bañado en su esencia pura,
un manantial de ventura,
de positiva ilusión,
encuentra Genaro y goza
dulcemente aquella esencia
que da una nueva existencia,
nuevo ser al corazón.

En el espacio tranquilo
de aquel éxtasis solemne,
inexplicable, perenne,
goza celestial placer;
e identifica su alma
con el ser de Valentina,
en cuya esencia divina
ve el amor, no a la mujer.

Y de este amor perfectísimo
en los deleites perfectos,

en los divinos afectos,
en la santa realidad,
embebecido Genaro
y en fruición misteriosa,
con Valentina reposa
en invisible unidad.

Misterio que solamente
concebir Dios ha podido
y a los justos concedido
únicamente por Dios;
mística unión de dos almas
en que, sin violencia alguna,
gozan entrambas en una
todo el placer de las dos.

Ante el oscuro y recóndito
misterio del alma, calla
y con su razón batalla
Federico, sin caer
en lo que tanto Genaro
goza embebecido ahora,
ni en lo que en el busto adora
sí al arte, o a la mujer.

Tal vez sospecha que vuelve
a su pasada lócra
contemplando la hermosura
de aquel busto de metal,
y sospecha que esta caja
donde encierra cuanto adora,
es su caja de Pandora,
donde él custodia su mal.

Por fin, tras largo silencio,
aquel triste objeto caro
iba a apartar de Genaro
movido de compasión,
cuando él, del sillón de cuero

alzándose de repente
exclamó con voz potente
y acento de inspiración:

«¡Ea!, ya luce mi estrella
de bienandanza y de gloria;
iluminado por ella
seguro de hoy más iré:
no habrá mar que se me oponga,
no habrá sima que me espante,
marcharé siempre adelante
con las alas de mi fe.»

«Sí, dichosa Valentina,
ya no hay desdichas que tema:
en esta noche suprema
sopló tu espíritu en mí.
Yo oí la palabra santa
con que una ofrenda me hiciste,
y a fe que me la trajiste
preciosa y digna de ti.»

«Federico, en este punto
mi nueva existencia empieza;
gloria, tesoro, grandeza,
cuanto ambicione tendré.
Esta divina escultura
que crees obra de mi mano,
de mi ser guarda el arcano,
de los cielos obra fué.»

«Y mientras guarde conmigo
este místico amuleto,
de mi fe será en secreto
el indestructible imán:
la enseña de mi fortuna,
el iris de mi esperanza,
de mi cierta venturanza
el seguro talismán.»

Nada entendió Federico
de esta arenga inesperada,
sin duda no entendió nada,
pero con asombro vió
que en vez de volver Genaro
a su acceso de locura,
con mano firme y segura
su mazo y cincel asíó.

De su empezada Madona
púsose al punto delante,
y vió de uno en otro instante
la creación aparecer,
bajo la brillante forma
de una María sublime,
que a su casto pecho oprime
el Dios niño a quien dió el ser.

Brotaron bajo sus golpes
los contornos peregrinos
y los misterios divinos
del arte en su excelsitud;
y en el mármol insensible
parecieron las señales
de los goces inmortales
de santa beatitud.

Y el recato y la pureza
y la inocencia y la calma
que albergó dentro del alma
la que jamás delinquirió,
poco a poco fué mostrando
en su rostro y su postura,
la bellísima escultura
que el genio audaz concibió.

Y en verdad, lector benévolo,
que fuera terquedad fatua
la de pintarte una estatua

que no hemos visto jamás:
figúrate tú un prodigio
del genio humano y del arte,
y excuso de ponderarte
lo que te cansa quizás.

Primer aborto estupendo
del escultor de Sevilla,
fué su obra una maravilla,
fué su primer escalón
para subir a la cumbre
del alcázar de su gloria;
pero, lector, no es mi historia
de escultura exposición.

Preconizar no me incumbe
del arte las excelencias:
tócanme las consecuencias
de esta escultura exponer;
las relaciones que tuvo
con la historia de Genaro;
y ésta verás, lector caro,
en lo que vas a leer.

Eran diez meses después,
y las diez de una mañana
del revuelto mes de marzo:
en una anchurosa estancia
que seis opuestos balcones
en luz todo el día bañan,
y que adornan por doquiera
preciosos lienzos y estatuas,
y en cuyo centro, de mármol
un velador se levanta,
sobre el cual, y bajo un velo,
hay colocada una caja
que en la materia y la forma
de que es hecha y trabajada

parece que encerrar debe
alguna preciosa alhaja;
sentados están dos mozos
que con aquestas palabras
en este momento siguen
conversación empezada.

EL UNO

Pues, señor, todo eso es cierto,
y es cosa en verdad que pasma.

EL OTRO

Pues la cosa es muy sencilla.

EL PRIMERO

No la veo yo tan clara.

EL SEGUNDO

¿No ves el dedo de Dios?

EL PRIMERO

Déjate de bromas.

EL SEGUNDO

Calla,

si tu corazón rebelde
se niega a creer, y guarda
tu incredulidad impía
en el fondo de tu alma.

EL PRIMERO

Vaya, perdona, si a ofensa
mis palabras dieron causa.

EL SEGUNDO

No toques nunca ese punto,
y la llevas perdonada.

EL PRIMERO

Cambiemos, pues, de argumento.

¿Sabes que hoy día no se habla
más que del lujo extremado
con que vives y que gastas?

EL SEGUNDO

Donde hay del cielo una prenda
tan rica y tan soberana
como la que esa cajita
dentro de su seno guarda,
preciso es que todo muestre
que el don divino se acata:
y aunque más merece, al menos
el decoro no le falta.

EL PRIMERO

Sí, pero el vulgo murmura,
que tus razones no alcanza.

EL SEGUNDO

Tranquila está mi conciencia:
el oro que me costaran
los muebles y los tapices,
con que engalano mi casa,
débolo sólo a mis manos,
y el pobre que lo reclama
en nombre del Ser supremo
y de su miseria, lo halla.
¿De qué, pues, murmura el vulgo?

EL PRIMERO

A orgullo excesivo achaca
la soledad en que vives,
la austeridad que acompaña
tu semblante cuando escuchas
y tus frases cuando hablas.

EL SEGUNDO

Yo trato a quien me visita
como es justo que lo haga
con quien a honrarme se acerca
o de mi amistad se agrada.
Trato con respeto y mucho
a quien trabajo me encarga,
pues con el trabajo vivo
que con sus monedas paga.
Si no me doy a las fiestas,
a los paseos y farsas
y al estrépito del mundo,
no alcanzo por qué lo extrañan.
Mis obras son infinitas,
y siempre el tiempo me falta
para cumplir como debo,
trabajando la jornada
toda entera, mientras dura
la luz que me es necesaria.

EL PRIMERO

Ya..., pero...
Pero ya entiendo;
hay de vagos una cáfila
que diz que me conocieron
y me amaron en mi infancia,

que anduvieron a mi escuela,
 o cosa que se lo valga,
 que quisieran que yo hiciese
 de mi estudio una posada;
 que anduvieran largamente
 la botella y la baraja,
 que hubiera mozas acaso
 nada esquivas, que hubiera armas
 con que armar ruido y pendencias
 y desorden... ¡Noramala!

EL PRIMERO

Pero hay muchos que te admiran,
 que hicieran de buena gana
 contigo amistad, y me honran
 con la suya, noble y franca.

EL SEGUNDO

Si, sí, Federico mío,
 a ti te harán mucha gracia
 tus amigos, mas ¿qué quieres?,
 a mí no me gustan nada.
 Son todos, y en paz sea dicho,
 como eres tú mismo.

EL PRIMERO

Vaya.

EL SEGUNDO

Sí, lo que yo en ti tolero
 porque te amo con el alma,
 fuerame en ellos muy duro
 presenciar con tolerancia.
 Si tú pierdes tu dinero
 y pingüe herencia malgastas,

de tu tío la heredastes,
 y de ti nadie la aguarda.
 Si abusas de los licores,
 y con lengua acalorada,
 ruido y pendencias provocas,
 de ellas tus manos te saquen.
 Y en fin, a ti te divierte
 tal vida, y así la pasas.

EL PRIMERO

Mas si el despecho y la envidia
 sus corazones minaran
 y enemigos te se hicieran,
 y la turba deslenguada
 interpretando tus hechos
 menoscabase tu fama...

EL SEGUNDO

Federico, si a mi honra
 injustamente tocaran,
 dejara el cincel mi mano
 por la pistola o la espada,
 y a meterles volvería
 lo dicho por la garganta:
 porque el cristal de la honra
 vapor no admite ni mancha.

EL PRIMERO

Pues mira, Genaro, creo
 que, ya que así me desairas,
 para olvidar el desaire
 me vendrá pintiparada...

EL SEGUNDO

Una botella, ¿no es eso?

EL PRIMERO

Cabal. Con vino se apaga el fuego de los pesares.

EL SEGUNDO

Igual consecuencia sacas de todo cuando sucede.

EL PRIMERO

No me prediques.

EL SEGUNDO

Destapa.
Y poniéndole en la mano una botella lacrada, volvió Genaro a su asiento, a su cincel, y a su estatua.

Y así viven los dos, y así la vida para entrambos a dos dichosa corre: y derrochando su herencia Federico, conquistando Genaro oro y renombre. Amigos de la infancia, aún alimentan dentro del corazón su llama noble, y recios se conservan todavía de su franca amistad los eslabones. Víctima de recónditos pesares, o embebecido en celestiales goces, sólo es el mismo para él Genaro, para el resto del mundo es otro hombre. Severo, indiferente y silencioso, de virtudes austeras, no responde su corazón de las pasiones viles a la traidora voz y halago torpe.

El santo talismán que le protege fe le infunde y virtud, y día y noche al pie del talismán duerme o trabaja y su poder celeste reconoce. En misteriosa unión identifica su ser con otro ser que allí se esconde, y del busto de plata en la presencia se encanta con divinas ilusiones. De purísimo amor dulces miradas halla en sus ojos de metal inmortales, y en los labios del busto misterioso gratos acentos y murmullos oye. Las gracias de su muerta Valentina, vivas, puras, encuentra en sus facciones, y, sea realidad, sea demencia, renueva en aquel busto sus amores. Su presencia le da nuevo entusiasmo, nuevo amor a la gloria, audacia doble; y ardiente inspiración da a sus cinceles mágico acierto en mármoles y bronce. Basta para que emprenda arduas fatigas, para que el tiempo y el trabajo arrostre, que el argentino busto ante sí vea, y que más recompensa no ambicione. No tiene otra ilusión ni otra apetecer: toda en la imagen su atención se absorbe cual si fuera su misma Valentina, y todo a su memoria lo pospone. Y acaso el soplo del Señor alienta en aquel talismán, y a las regiones etéreas a su espíritu levanta por cima de los astros y los orbes. Fuente de luz y manantial de vida para el amante mozo, el velo rompe de su terrena humanidad y su alma en el dintel del paraíso pone. ¿Y qué es la inspiración? ¿Quién da a su el recio impulso gigantesco, enorme

con que se alza el artista y el profeta
sobre el polvo del tiempo y las naciones?
¿Qué es más que una ilusión?, menuda
[chispa
que en su mente febril brotando informe
llega a hoguera voraz; grano de arena
que empieza en grano y que concluye en

[monte.
Y así viven los dos; y así la vida
para Genaro y Federico corre;
y derrocha su herencia Federico,
y conquista Genaro oro y renombre.

Del revuelto mes de marzo
en la mitad de una tarde,
de sobremesa ambos mozos
familiar plática traen.

Con lisonjera sonrisa
y cariñoso semblante,
oye en silencio Genaro
los desatinados lances
que Federico le cuenta,
entre los vapores suaves
de su botella y su pipa
que le exaltan por instantes.

Porque Federico ahora,
que herencia considerable
goza, con todos los vicios
estrecha las amistades.

Pero poco acostumbrado
a sus resultas fatales,
aún le turba la cabeza
la botella, y aún le hace
mucho saliva el tabaco;
y aún entre las redes cae
de una cortesana astuta
como bien se las prepare.
Por eso inconsiderado

afecta por todas partes
las estragadas costumbres
de los altos personajes.
Levántase a medio día,
come a las seis de la tarde,
y en la mayor parte de ellas
concluye con embriagarse.
No como el vulgo soez
que da consigo en la calle,
sino como el vulgo noble
aristócrata, elegante.

La embriaguez no le produce
más efecto que alegrarle,
dar más fuego a sus pasiones,
y a sus palabras más sales.

Acrecienta su valor
y le enardece la sangre,
doblándole la afición
de aventuras y de lances.
En tal situación, y en esta
disposición formidable,
entreverando los sorbos
de risa con los arranques,
y las bocanadas de humo
que de los labios le salen,
hablaba el buen Federico
y el escultor escuchábale.

Llegaban a la mitad
de una aventura agradable,
que aumentaba de Genaro
la risa con cada frase,
cuando en la puerta del cuarto
un criado presentándose,
anunció a un desconocido
y dijo el dueño: «Que pase».

Calló Federico entonces,
tomando exterior más grave,
y levantóse Genaro,
componiendo su semblante;

Pareció a poco el incógnito, que era un viejo respetable, así aunque había en su persona no sé qué de repugnante. Eran blancos sus cabellos y negro todo su traje; persona de distinción según exterioridades. Entró en la estancia con calma, fríamente saludándoles, y preguntó: «Un profesor de escultura que...

—Delante le tenéis, buen caballero, dijo Genaro inclinándose.

¡Ah! ¿sois vos?

GENARO

Yo soy, sentaos: ¿y qué tenéis que mandarme?

VIEJO

Tal vez será muy difícil mi encargo.

GENARO

Si es de mi arte, confío llevarlo a cabo.

VIEJO

¡Oh! vuestra fama es muy grande! Todo el mundo me lo afirma,

y vuestras obras son tales que...

GENARO

Apartemos, caballero, corteses urbanidades.

VIEJO

Escuchadme, pues. Quisiera describiros el semblante de una mujer, que ya es muerta, ¡válgame Dios, y era un ángel! Yo os diría una por una sus señas y cualidades, y vos, haciendo un bosquejo...

GENARO

Caballero, eso no es fácil, pues todos los rostros tienen tan diferente carácter, que aunque fueran las facciones a la descripción iguales, tal vez la expresión saldría de la verdad muy distante.

VIEJO

Ya yo me lo imaginaba.

GENARO

En fin, podemos, si os place, vos ir diciendo, y yo a un tiempo dibujar, y a ver si sale. Vos miraréis mi dibujo e iréis diciendo: *Más grande,*

*más pequeño, más abajo,
más atrás, más adelante;
yo iré corrigiendo al punto
y haremos lo que se alcance.*

FEDERICO

¡Pues no va a ser mala droga!
Aunque estés toda la tarde,
y hasta la tarde del juicio,
apuesto que no lo haces.

VIEJO

¿Sois también pintor?

FEDERICO

También.

VIEJO

Mis ofertas son iguales
para ambos; si vos lo hacéis
yo os daré...

FEDERICO

¿Yo? ¡Pues ya es fácil!
Aunque me diérais más oro
que lo que en la plaza cabe.

VIEJO

¿Por qué?

FEDERICO

Porque a mí me sobra,
y no prostituyo el arte.

Y así hablando Federico
volvió la copa a llenarse
y echó tabaco en la pipa,
en la silla arrellanándose.
Con el semblante encendido
quedóse el viejo mirándole;
pero Genaro en tal punto
le dijo: «Cuando gustáreis.
Sentóse el viejo a su lado
y las señas apuntándole,
del retrato que se intenta
empezó a dar semejantes.

VIEJO

Una cabeza pequeña,
dividido en dos mitades
el cabello, y hecho rizos
en torno al cuello tornátil.
Perfectamente. La frente
serena, espaciosa; que alee
un poco menos el pelo.
Así... seguid.

GENARO

Adelante.

VIEJO

Cejas arqueadas, abiertas
sin entrecejo: ojos grandes
rasgados, negros y un poco
melancólicos y graves.
Largas pestañas. ¡Soberbio!
¡Perfectamente! ¡Cabales!

GENARO

¿Se parecen a los suyos?

VIEJO

Parece que estáis copiándoos.

GENARO

Seguid, seguid.

VIEJO

Un poquito
ojerosos, nada casi.

Perfectamente. Amiguito,

(A Federico con aire de triunfo.)

vuestra apuesta está en el aire.

FEDERICO

¿Conque va saliendo?

VIEJO

y perfecto.

Vaya,

FEDERICO

¿Sí, eh? ¡Qué diantre!

(Fumando con indiferencia.)

VIEJO

¿Está? (a Genaro.)

GENARO

Continuad.

VIEJO

Nariz

griega, de un perfil muy suave,
boca un poco desdeñosa.

GENARO

¿Así?

VIEJO

Así.

GENARO (agitado).

¿Contorno fácil
en los carrillos?... ¿dos hoyos
que al sonreírse se hacen
graciosísimos?... ¿la barba
con dos pequeños lunares
que apenas se ven?

VIEJO

Cabal.

¿Pero qué os da? Con el lápiz
vais arañando el papel:
¿vais el bosquejo a borrarne?

Así exclamaba el anciano
al dibujo abalanzándose,
mientras Genaro convulso
se agitaba dibujándole.

«No le rompáis», le gritaba
el viejo trémulo; «dádmele»;
y Genaro con voz ronca,
sofocada y anhelante,

«¿es eso?» gritó, el retrato
de su querida mostrándole.

«¡Es ella! ¡Es ella! exclamaba
el viejo, pero más grande,
de bulto es como lo quiero.

—Sí, vive Dios (levantándose
gritó Genaro), os comprendo:

queréis un bulto palpable, que os presente superficie para abrazarle y besarle.

¡Ira de Dios! ¿Esto, es esto lo que queréis? Y agarrándole por las muñecas, llevóle de su talismán delante.

Abrió furioso la caja y ¡oh pasmo! en lugar de hallarse con la cabeza de plata, hallaron bañada en sangre

la propia de Valentina, su parición formidable.

«Mi pupila!» exclamó el viejo aterrado arrodillándose.

«El juez!» exclamó Genaro, ¡eres tú, tú, miserable, tu asesino! ¡Sí, sí, el cielo te ha echado al rostro su sangre!»

Y cayó desvanecido sin voz, y sin vida casi.

Duró el silencio un momento, hasta que al fin, levantándose, se avanzó el viejo a la puerta, mas Federico atajándole le asió del cuello diciéndole:

«Conmigo irás, miserable, yo te llevaré arrastrando.

—¡Adónde! —A los tribunales.»

CONCLUSIÓN

Dicen que el escultor se sintió herido de enfermedad mortal desde aquel día, y a la par que su aliento se extinguía menguaba su sangriento talismán. Su amigo revolvió toda Sevilla, y a Genaro llevó cinco doctores,

mas a pesar de ser de los mejores, inútil fué por fin todo su afán.

Genaro sin dolor y sin angustia, se consumía lenta y dulcemente, como se extingue el agua en una fuente en el árido estío abrasador.

Ni drogas, ni remedios admitía, y con el mal oculto no atinando, del lado del enfermo retirando poco a poco se fué cada doctor.

Y un día que miraba Federico desde el balcón la plaza, de repente gran tropel de soldados y de gente vió por un callejón desembocar.

Era una *ejecución*. Venía el reo sobre un asnillo viejo maniatado, y un monje carmelita iba a su lado a quien no quiere el réprobo escuchar.

Sorbióse Federico un ancho vaso de exquisito Jerez que a mano estaba, y la escena confusa contemplaba al reo imaginando conocer.

«¡Voto a Dios! (exclamó, cuando subiendo clara su forma vió sobre el suplicio).

«¡Es el tutor!... ¡Pardiez! y está muriendo como un pagano vil... ¡Cómo ha de ser!

«Yo quise que sus crímenes pagara como era justo: pero si él no quiere morir como hombre y como perro muere, allá se las avenga el confesor.»

Y esto al decir, para borrar la odiosa repugnante visión del triste caso, echóse a pechos el segundo vaso, sin dejar una gota del licor.

Y entonces vió que al expirar el reo, cruzando el aire trasparente y claro,

las almas del tutor y de Genaro fueron al tribunal de Jehová. Un metéoro impuro en sus vapores el ánimo del viejo conducía, y de Genaro el ánimo subía cual nube blanca que en el viento va.

Por la extraña visión sobresaltado, rápido fué del escultor al lecho, mas vida ni calor halló en su pecho, ni encontró junto a él su talismán. Y a pesar del licor que le turbaba, encima de sus míseros despojos llanto vertieron sus hinchados ojos, pensó su pecho doloroso afán.

Jamás supo explicarse aquella idea: y él hundió en el misterio más profundo cómo salió Genaro de este mundo y el talismán de plata de una vez; y siempre que en su mente la memoria de la visión fatal se renovaba, dudando de sí mismo murmuraba:
«Los demonios tenía aquel Jerez!»

DOS PALABRAS DEL AUTOR

A DON CARLOS LATORRE

Querido amigo:

He aquí extendido sobre el papel el pensamiento del *Talismán*, de que tanto te pagaste cuando te lo anuncié. A ti, pues, va dedicado como pequeña muestra del aprecio en que te tengo; y ojalá que lo escrito te agrade tanto como te agradó su argumento.

Y aconséjote de camino, que no hagas

caso del sitio en que coloco esta dedicatoria; porque bien sea prólogo, o bien epílogo, siempre será la expresión sincera del cariño que te guarda tu amigo,

JOSÉ ZORRILLA.

EL MONTERO DE ESPINOSA

LEYENDA HISTÓRICA

Lector, si haces memoria y mis leyendas, por fortuna mía, has leído algún día, recordarás la historia de una linda francesa que a Burgos traje para ser condesa. De ella te voy a hablar: pues aunque en el séptimo lustro de su vida, todavía era hermosa, y muy querida, y de gente cabal galanteada.

Francesa fué, por consiguiente, a España si no enemiga a la verdad, extraña, que aunque es la patria tan abstracta cosa que a gozarla jamás ninguno llega, allá a su modo cada cual la juega cual la ve para sí más ventajosa. El más pobre mendigo en su miseria por lo menos quiere de su patria el amor llevar consigo, aunque sea no más para testigo de que en su patria de miseria muere. Esto es por lo que atañe al buen patriota que en cuanto al extranjero, los derechos de tal bizarro acota, do encuentra al ciudadano don dinero

mucho entonces de fe y de patriotismo, y al punto que lo atrapa, el oro y patriota caen en un abismo donde, por Dios, que no darán con ellos los mismísimos monjes de la Trapa, con oración, conjuro, ni exorcismo. Y en cuanto a nuestra España y los fran-

[ceses, bien claro la experiencia nos lo habla, lo poco que a sus garras defendimos lo salvamos a nado en una tabla.

Mas porque no imagines que lo dicho es hijo ¡oh buen lector! de algún capricho, voy a contarte, pues aquí interesa, lo que hizo en su condado de Castilla, madre del conde actual, la tal francesa. Lee, pues, y considera claramente lo que ha sido y será por mientras dure en nuestra España la extranjera gente.

Y permite de paso que te advierta, lector, que de nosotros esto mismo y aun más dirán acaso, y no sé yo si con razón, los otros. Pero tal es el mundo, y es un hecho, que cuando muchos a la par pleitean, por despechadas que sus causas sean todos se creen con el mejor derecho. Pero basta, por Dios, de digresiones, y entremos en materia, que el caso es grave y nuestra historia seria.

Gobernaba con próspera fortuna en Castilla el leal Sancho García, atropellando audaz la media luna, doquier que al campo por su mal salía. Aecchaban los moros sus fronteras

como tigres hambrientos; y veían desde lejos sus banderas, libres flotando al soplo de los vientos, y en la sangre teñidas de sus haces vencidas.

A merced de estos lances venturosos todo era gozo, y dicha, y bienandanza, por cuanto el linde de Castilla alcanza. Mas ¡cuánto son precarios y engañosos los augurios del bien de la esperanza, y cuánto ¡ay Dios! las dichas terrenales expuestas al impulso de los males, y sujetas a cambio y a mudanza! Oigamos, para prueba incontestable, lo que una noche hablaban a una reja y un paje de don Sancho y una amable y hermosa dama que de amor le escucha, plática dulce con paciencia mucha; y las palabras nos dirán de *Estrella*, lo que ignoraba aún *Sancho Montero*, que aquél era, lector, el nombre de ella, y éste el nombre también del caballero!

ESTRELLA

Pues bien, Sancho, ya que celos me pides con tal furor, fuerza es aclarar tu error. ¡Perdónenmelo los cielos! Un hombre me dices que entra de noche por mi ventana y sale muy de mañana; la causa tu furor encuentra para irritarte, es así; entra en mi aposento un hombre, pero que entre no te asombre, Sancho, que no entra por mí.

SANCHO MONTERO

¿Pues, cómo, mujer liviana,

si la verdad no contestas,
he de creer tus protestas
cuando es tuya la ventana?

ESTRELLA

Montero, vamos despacio,
que aunque la ventana es mía,
ni de noche ni de día
vivo yo sola en palacio.
Y no pongas en un potro
tu discurso, buen Montero,
por donde entras tú primero
puede después entrar otro;
y según, Sancho, a mi cita
vienes, el parque asaltando,
puede estar otro aguardando
hora para otra visita.

SANCHO MONTERO

Todo eso está bien, Estrella;
que los hombres somos dos
ya lo veo, voto a Dios:
mas si tú no, ¿quién es ella?

ESTRELLA

Secreto debiera ser
ese nombre, mas, Montero,
si tú lo quieres...

SANCHO MONTERO

Lo quiero.

ESTRELLA

Secreto lo has de tener,

y ni en tu última hora
lo digas ni al confesor.

SANCHO MONTERO

Lo juro.

ESTRELLA

Pues de tu error
es la causa mi señora.

SANCHO MONTERO

¿La condesa?

ESTRELLA

La condesa

SANCHO MONTERO

¿La madre de don García?
Tú mientes.

ESTRELLA

¡Por vida mía!

Que así me tratéis me pesa.
Considerad, señor Sancho,
que aun cuando yo lo negara,
con mi palabra bastara,
y aun os viniera muy ancho.

SANCHO MONTERO

Perdóname, dulce Estrella,
lo osado por lo celoso,
que me es en verdad penoso
pensar tal infamia en ella.

Que a fe que mal corresponde
a quien en desmán tamaño,
si no por su propio daño,
por honra de su hijo el conde.
El querer de una doncella,
si es casto, el amor lo escuda,
mas ella condesa, y viuda,
pide más recato, Estrella.
Y está en la ley prevenido:
si el hijo ha de gobernar,
la madre no ha de tomar
en su gobierno marido.

ESTRELLA

¡Ah, Sancho, que tú no alcanzas
lo que su amor me atribula,
porque es un amor que anula
aun sus mismas esperanzas!

SANCHO MONTERO

Estrella, no te comprendo.

ESTRELLA

Pues óyeme, Sancho, bien,
y el cielo me olvide, amén,
cuanto mal estoy haciendo.

Yo por servirla no más
y por velar su deshonra,
estoy prendiendo mi honra
en un cabello quizás.

Y por contentar su afán
presto, protegiendo a ese hombre,
con mi aposento mi nombre,
y corre por mi galán.

Mas no es esto, Sancho mío,
lo que el alma me atormenta,

que yo ayudara contenta
de una amiga un desvarío.

Mas yo arriesgo mi decoro
y arrostro, Sancho, tus celos,
¿y por quién abogo? ¡Cielos!
¿Por quién, Sancho? por un moro.

SANCHO MONTERO

Estrella, ¿te has vuelto loca?
¿Moro dices?

ESTRELLA

¡Ay de mí!

Ojalá no fuera así
lo que te dice mi boca.
Ese Muza embajador
del rey moro de Sevilla,
es el galán.

SANCHO MONTERO

¡Qué mancilla
para dama de su honor!
¡Un moro! Por Dios, Estrella,
que al conde lo he de contar.

ESTRELLA

Nos vas, Montero, a matar.

SANCHO MONTERO

¡Ay! ¿Quién te ganó por ella?
¿Quién puso en tu pensamiento
tan villana aberración?
¿Quién puso en tu corazón
tan torpe consentimiento?

ESTRELLA

¡Quién más que mi desventura!
Me acogió desde mi infancia,
y desde vino de Francia
no la he concebido impura.

No tengo madre, Montero,
y ella de tal me sirvió,
¿negarla pudiera yo
lo que hizo por mí primero?

Supo ella nuestro amor antes
y velándolo a su hijo,
«obrad prudentes, me dijo,
y sed dichosos amantes.»

SANCHO MONTERO

¡Fatal complacencia fué!
Mas ya es tarde, hasta mañana.
Dios quiera que tu ventana
grave pesar no nos dé.

Y partiendo el caballero,
cerró sus vidrios la bella,
siguiendo al través su huella
por un torcido sendero.

Está la noche tranquila
aunque embozada la luna,
y encapotado como ella
está junto al parque Muza.
En pardo alquicel envuelta
su conocida figura,
y bajo el casco escondida
su cabeza (que a la turbia
luz de una pálida estrella
conocería sin duda
el más topo en el turbante

si en él la llevara oculta),
la seña impaciente aguarda,
que le harán para que suba
las manos de quien espéra
asir amante las suyas.
De arriba a abajo pasea,
pero con tanta cordura
que ni sus pasos se sienten
ni de una a otra esquina cruza.
Sólo su amor le acompaña,
y sólo su amor segunda
con su audacia y con su alfanje
de una mujer la locura.
Locura, sí, porque es mengua
y rabia causa y angustia
que así en el cieno se arrastre
dama de tan noble cuna.
Locura, sí, porque vela
detrás de la colgadura
de su balcón la condesa,
que de tardanza le acusa.
Con gran cautela a los vidrios
(que no es extremada nunca)
continuamente se asoma,
de que ha de venir segura.
Y entre la luz y los vidrios
pasando, mientras calcula
el tiempo que huye, su sombra
sobre el cristal se dibuja.
Y en los iguales períodos
con que aparece y se ofusca,
se ve bien que se pasea
tal vez sin paciencia mucha.
Por fin, tornando a asomarse,
acaso vió lo que busca,
porque cerró la ventana
con golpe que prisa anuncia.
Faltó al punto la luz de ella
y apareció en la segunda

ventana, que está sin rejas, ¡y
 más abajo de la suya.
 Sonó una palmada a poco, y
 como está a poca altura,
 fácil halló la subida
 el enamorado Muza.
 Mas presto a bajar volviera
 si alcanzara por ventura
 a ver que un hombre aparecía
 en el punto en que él se oculta.
 Sí, guarecido en lo espeso
 de la oscuridad nocturna,
 a la ventana se acerca
 de otro hombre la sombra muda.
 Sombra que avanza despacio,
 pero con planta segura,
 como quien sabe la tierra
 por donde camina a oscuras.
 Al eco de sus pisadas,
 con desolación profunda
 una mujer sacó a medias
 la cara, que el miedo turba.
 A cuyo punto el que viene,
 con voz al caso oportuna,
 dijo, y en tono intermedio
 de afirmativa y pregunta:

SANCHO MONTERO

Estrella,

ESTRELLA

¡Sancho!

SANCHO MONTERO

¡Silencio!

ESTRELLA
 Por Dios, Sancho, disimula
 si es que has visto...

SANCHO MONTERO

Todo, Estrella,
 y estáme ahogando la furia.

ESTRELLA

¡Por Dios, Sancho!

SANCHO MONTERO

Nada temas.

No con fuerza, con industria
 espero cortar los hilos
 que tal escándalo anudan.
 ¿Por quién te pondrás, Estrella,
 por ella o por mí?

ESTRELLA

¿Eso dudas?

La vida diera gustosa
 con una palabra tuya.

SANCHO MONTERO

Pues bien, Estrella, si me amas
 y si confianza alguna
 te inspira la idolatría,
 que mi pasión te tribute;
 en vez de guardar la reja
 de una sorpresa importuna,
 guarda la puerta a su cuarto,
 y cuanto digan escucha.

Yo respondo de que nadie
por reja ni escala suba,
con tal de que me repitas
sus palabras una a una.

ESTRELLA

¿Y qué te importa?

SANCHO MONTERO.

Va en ello,
Estrella, nuestra ventura.

ESTRELLA

Enhorabuena.

SANCHO MONTERO

Ya tardas.

ESTRELLA

Guárdame, pues.

SANCHO MONTERO

Pues escucha.

Quedó junto a la ventana
Montero de centinela,
y junto a la cerradura
se puso a escuchar Estrella.
Abajo Montero inmóvil
permanece en las tinieblas,
y arriba por los resquicios
ella la vista endereza.

Él, allá abajo inmutable
como una estatua de piedra:
ella arriba con ansia,
toda arrobada de atenta.
Mas poco oír la permite
la bien encajada puerta,
y poco paso a su vista
da la cerradura estrecha.
Mas mucho puede un deseo
en cuyo logro interesa
grave peligro o bien grave
quien firmemente desea.
Así que al par aplicando
con oportuna destreza
ya el ojo para mirar,
ya para escuchar la oreja,
logró entender, si no cuanto
su curiosidad quisiera,
cuanto basta a quien importa
para que todo lo entienda.
Y las frases que a pedazos
hasta su escondite llegan,
con algunas adiciones
o supresiones, son estas.

CONDESA

¿No hay otro medio?

MUZA

No hay otro;
mientras él viva, condesa,
prendidos tenemos ambos
en un hilo la existencia.
Mi amor para ti es sin freno:
te adoro, sultana bella,
y si en decidirte tardas,
sin ti me parto a mi tierra.

No puedo más en Castilla
 permanecer sin sospecha,
 pues concluí mi embajada
 y va a encenderse la guerra.
 Mi rey en Córdoba tiene
 gente mucha y muy resuelta,
 que vendrá a poner de Burgos
 la corona en tu cabeza.
 ¿Qué me respondes?, decidete;
 dentro de tu casa mesma
 tú vives tiranizada,
 obedeces y no reinas.
 Privada de los placeres,
 de los saraos y las fiestas,
 por viuda al llanto y al luto
 las costumbres te condenan.
 Eres hermosa y amante;
 ¿por qué has de pasar por sierva
 donde, si quieres, mañana
 puedes mandar como reina?
 Así, nuestro amor logrado,
 ventajas logrará inmensas
 tu condado de Castilla:
 pues en paz con sus fronteras,
 tus pueblos tendrán tranquilos
 la paz que con ansia anhelan.

Calló aquí el moro, y tras grave
 meditación, la condesa,
 como quien duda en lo que habla,
 repuso de esta manera.

LA CONDESA

¿A qué ocultarlo, buen moro?
 Demasiado lo confiesan
 las lágrimas de mis ojos,
 y las voces de mi lengua.
 Yo te amo; poco a mis ansias

la corona es de condesa;
 para ceñirla a tus sienes
 ansiara imperial diadema.
 Pero si yo abro de Burgos
 a tus árabes las puertas,
 ¿cómo reinar en Castilla
 a no conquistarla entera?
 ¿Cómo estarán los cristianos
 sumisos a quien los venda?
 No, harán para rebelarse
 un fuerte de cada piedra.
 Tu rey querrá en la conquista
 llevarse la mejor presa,
 y si es una infamia todo,
 huir es la más pequeña.

MUZA

¿Huir, sultana, qué dices?
 ¿Adónde, infeliz, huyeras
 que esclava no te contaras
 si no te contaras muerta?
 ¡Huir! ¿Acaso por miedo
 de que traidora te hicieran
 a una patria que no es tuya
 pues no nacistes en ella?
 ¿Ignoras que esos villanos
 que ante tu faz se prosternan
 maldicen allá a sus solas
 tu noble cuna francesa?

CONDESA

¡Esclavos!

MUZA

Sí, esclavos tuyos,
 puesto que ellos son tu herencia,

y venderlos y comprarlos
justo es que a tu antojo puedas.

CONDESA

Sí, justo sería, ¡oh Muzal!
mas muy arriesgado fuera
tal intentar, porque al cabo
¡quién sabe el fin de una guerra!
Si no hay más medio.

MUZA

¡Ah sultana

más que tus ángeles bella,
más necesaria a mi vida
que el sol y el agua a la tierra,
aquí a tus plantas de hinojos
te juro, las manos puestas
sobre el corazón, que en vano
mi alma en huírte se esfuerza.
Es separarme de ti
llevarme a una muerte cierta:
luz de mis ojos, el mundo
sin ellos está en tinieblas:
sin freno en esta pasión,
te adoro, sultana bella,
y si en decidirte tardas,
morir sin ti será fuerza.

CONDESA

¡Ah no, muramos entrambos!

MUZA

¿Y el conde?

CONDESA

En Burgos se queda.

MUZA

¿Y quién de él si te reclama
nos salva?

CONDESA

¡Maldito sea!

Callaron ambos un punto,
y a poco rato en voz trémula,
dijo el moro, como quien
prenda involuntaria suelta:

MUZA

Si al cabo...

CONDESA

¿Qué?

MUZA

En este pomo
supremo licor se encierra,
que sirve sin más peligro
a quien le usa con destreza...

CONDESA

A ver.

MUZA

De un modo adormece,
y usado de otra manera...

A estas palabras oyóse
tras de la cerrada puerta

inesperado ruido,
y tras él de golpe abriéndola:
«Señora, el alba despunta,
dijo apresurada Estrella;
e interrumpida la plática,
el moro salió siguiéndola.
Partió silencioso Muza
saltando otra vez la reja,
y con el pomo en las manos
quedó a solas la condesa.

Iba a rayar el sol en el Oriente:
y la serena luz de la mañana
teñía suavemente
con brillantes matices de oro y grana
la diáfana extensión del horizonte,
la claridad tendiendo mansamente
por las laderas del lejano monte.

En un balcón que a los jardines mira
del palacio de Burgos en que mora,
sombria y melancólica suspira
la que en tiempo mejor fué su señora.
Ella es, sí, la condesa doña Blanca,
que a impulsos de secreto sentimiento
hondos suspiros de su pecho arranca,
y de sus labios los arranca el viento.
Bella matrona, por la edad no ajada,
aun muestra cuánto fué su edad primera
en gracia y hermosura aventajada:
aún brilla en sus miradas, hechicera,
la luz de la pasión, y aun a despecho
del pesar que la acosa,
tienen su bello rostro peregrino,
y sus torneados hombros y alto pecho,
el color del jazmín y de la rosa,
que envidia dieran al pincel de Urbino.
Hermosa, sí, se ostenta todavía

a pesar de la nube que encapota
su frente melancólica y sombría.
Sus miradas en tierra distraída
fija, sin ver lo que delante tiene,
y en turba al parecer descolorida
pasan por su memoria sus ideas
tardas en paso y en contorno feas.
Encendidos sus párpados, parece
que romper a llorar tal vez ansian,
y pálido el carmín que antes tenían
sus labios, que el amor ora enardece,
muestra, por Dios, (y ciegos lo verían)
lo que su inquieto corazón padece.
A veces, frunce receloso el ceño
cual si oculto terror la amedrentara,
y a veces gime, cual si horrible ensueño
su apesarado espíritu acosara.
A veces, reteniendo en su garganta
el conturbado aliento,
agitado su pecho se levanta
cual mar que turba desigual el viento;
y a veces tenuemente respirando,
toda la fiebre ahogando que le agita,
en sueño dulce, misterioso y blando
tranquilamente al parecer dormita:
todo en ella, por fin, está mostrando
que grave asunto con afán medita,
y que si acaso la razón la asiste,
prestarla fe su corazón resiste.
Largo tiempo pasó de esta manera,
hasta que al fin, saliendo de repente
de su enajenación, rápidamente
formó sin duda decisión postrera,
y al punto se quitó de la vidriera.
Falsa sonrisa en derredor vagaba
de sus fruncidos labios al quitarse,
y siniestra su faz amedrentaba,
amarga su expresión de contemplarse:
y con prudente voz llamando a Estrella

y a sus palabras dando astuto giro,
exhalando un suspiro,
plática tal enderezó con ella.

CONDESA

Mucho te he amado siempre, Estrella
[mía,
mis secretos más graves
siempre mi corazón del tuyo fia,
que de mi corazón tienes las llaves.
Que me sirvas espero,
leal correspondiendo a mi cariño,
en un negocio, que encargarle quiero.

ESTRELLA

Vuestra, señora, soy, y ya os he dicho
en otras empeñadas ocasiones
que ley es para mí vuestro capricho,
y los antojos vuestros son razones.

CONDESA

Óyeme, pues, Estrella,
que cosa es que me importa
y tiene ejecución fácil y corta.
El conde, mi buen hijo, don García,
secreto mal padece,
que descuidado más de día en día,
de día en día con peligro acrece.
Apuré las razones,
los argumentos agoté del todo
para hacerle tomar una bebida
que puede sólo resguardar su vida,
y de usarla con él no encuentro modo.
Un solo medio veo solamente:
tómela de tu mano incautamente.

ESTRELLA

¡De mi mano, señora!

CONDESA

¡Sí, por cierto;
él cree que es un secreto su dolencia
que juramos guardar en la conciencia
los médicos y yo, que la sabemos,
y sólo de nosotros se recela
que a su pesar curársela queremos,
y es inútil contigo su cautela.
¿Qué dices?

ESTRELLA

Yo, señora...

CONDESA

¿Desconfías
de su madre tal vez, mujer ingrata?
¿No le he llevado en las entrañas mías?
Por sospecha tan ruin, ¡viven los cielos!
que inaudito castigo merecías.

ESTRELLA

¡Oh! perdón, mi señora la condesa,
calmad vuestros enojos;
que en ocasión tan grave
la duda es natural en quien no sabe.
Mas hablad, disponed, toda soy vuestra
huérfana y pobre me ofrecí en la infancia
para sólo serviros, y de entonces
fuisteis mi madre vos, vos mi maestra.
CONDESA
Pues bien, que sea hoy mismo me interesa.

ESTRELLA

Mas la ocasión...

CONDESA

Muy fácil: en la mesa.

Yo el elixir derramaré en su copa,
tú se la servirás cuando la pida
y de este modo le darás la vida.

ESTRELLA

¿Yo se la he de servir...?

CONDESA

Seguramente.

Que la beba es de tí nuestra fortuna,
mas sin señal de inteligencia alguna,
con mano firme y con serena frente.
¿Entiendes?

ESTRELLA

Será así.

CONDESA

Pues así sea.

Y ayúdame a acostar, Estrella, ahora,
y cierra ese balcón, porque no sea
de una noche de amor puerta traidora.

ESTRELLA

Cerró y tranquila reposad, señora,
Y al vecino aposento
salió Estrella obediente.

Mas, ¡ay! que no avezada al fingimiento,
trémula fué, y el rostro macilento,
a dar en un sillón lánguidamente:
y en su errante mirada
velase en verdad su afán interno
y su pavora al crimen retratada.
Meditó largo tiempo silenciosa,
inmóvil e indecisa,
hasta que vaga y singular sonrisa
que la excitó una idea generosa,
tendió sus labios, y avivó su prisa.
Abrió una puerta, pues, con mucho tiento,
y por una excusada escalerilla,
cabo a poner a su secreto intento,
en la antesala dió del aposento
de don García, conde de Castilla.
Su paje favorito allí velaba.
Sí, allí Montero a la sazón se hallaba,
y a la llegada de su amante Estrella
en un sillón de roble dormitaba,
mas despertóse al percibir su huella.
«¡Hermosa!» dijo, y la tendió los brazos;
mas ella suavemente
esquivando sus lazos
peligrosos tal vez, rápidamente
con voz turbada, y con prudencia mucha,
apartóle diciendo: «Sancho, escucha.
Hízolo Sancho así, y al ir oyendo
lo que ella en baja voz le iba diciendo,
notábase más claro a cada instante
que el fuego del furor iba subiendo
desde su corazón a su semblante.
«¡Bien,» dijo el mozo al concluir Estrella:
Vete tranquila, que estaré presente;
y a punto tal tornándose la bella
por la misma escalera donde vino,
tornóse a su sillón tranquilamente
Montero, y a cumplir con su destino.

Y el sol por el firmamento,
a largo andar se venía,
cuando llamó soñoliento
desde su oscuro aposento
el conde Sancho García.

Montero, como le oyó,
de la mampara al dintel
atento se presentó,
y tras algo que le habló
cerróse dentro con él.

De la fatiga al quebranto
rendíase al sueño en tanto
en la antecámara Estrella
de su ama; mas ¡ay! que de ella
se huía tan dulce encanto.

A vueltas sobre su lecho
con el afán de su pecho,
hasta el aire que aspiraba
le parecía que estaba
emponzoñado y estrecho.

En vano el rostro agitado
del uno y del otro lado
acomoda entre la ropa:
los ojos se la han cerrado
con la imagen de una copa.

Y aunque sin luz los mantiene,
por mucho que los aferra,
su odioso contorno viene
a dar a sus ojos guerra,
y despechada la tiene.

Por más que en dulces memorias
su mente extraviar procura
y en sazonadas historias,
sus dichas torna ilusorias
la copa de su amargura.

No duerme, no, que al impulso
de un pensamiento cruel,
dentro del cuerpo convulso

se la desborda del pulso
toda su sangre en tropel.

Ideas mil en su mente
que fermentan en montón,
la atormentan fieramente,
y siempre el latido siente
del trémulo corazón.

No duerme, no, que en el alma
do la virtud no respira,
la paz del reposo expira
y airado el sueño retira
el bálsamo de la calma.

No duerme, no, la condesa:
que vela desesperada,
de remordimientos presa,
siempre anhelando ¡malvada!
lo mismo de que le pesa.

Le pesa, sí, mas no halla
otro remedio al amor,
que en su corazón batalla,
y lucha contra la valla
de su amancillado honor.

«¡No!, dice en su desvario,
ceder no sabré jamás,
por Dios que me sobra brío!
Ven, Muza, y si tú eres mío,
¿qué me importa lo demás?»

—
Tendamos, lector, un velo
sobre esta infernal pasión,
que de escudriñar me duelo
secretos que puso el cielo
del hombre en el corazón.

—
Con la sonrisa en los labios
y con la faz cariñosa

sentóse el conde a la mesa
 en cuanto llegó la hora.
 Con la sonrisa en los labios,
 aunque con la vista torva,
 sentóse a par la condesa
 en el lugar que la toca.
 El hijo en el puesto bajo,
 que aunque lleva la corona,
 ante su madre la olvida,
 y como a quien es la honra.
 La madre en el preferente,
 pues aunque parte no toma
 del condado en el gobierno,
 siempre en su casa es señora.
 Detrás del conde está Sancho,
 que la confianza goza
 de su señor, y le sirve
 con atención oficiosa.
 Tras doña Blanca está Estrella,
 que es la camarera sola
 que la sirve ha largo tiempo
 en la mesa y en la alcoba.
 Escancia Sancho el licor
 al conde con mano pródiga,
 y lo hace con la condesa
 Estrella con mano sobria.
 Bebe el conde cual lo exigen
 las fatigas que le agobian,
 la condesa cual permite
 el decoro en su persona.
 Él como hombre que pelea,
 caza y medita y trasnocha,
 ella cual madre de príncipes
 y como ejemplar matrona.
 Aunque larga en las viandas,
 mesa es en palabras corta,
 cosa en quien negocios tiene
 de grave interés, muy propia.
 Crúzanse, pues, las palabras

interrumpidas y pocas,
 en tanto que los manjares
 el apetito acogotan.
 «Sancho, dijo de repente
 el conde, escancia Borgoña,
 que aunque es licor extranjero,
 deja buen gusto en la boca.»
 Lo cual la condesa oyendo
 intervino presurosa:
 «Estrella, sírvele al conde;
 Sancho, tríncha tú esa lonja,
 que aunque de parte escogida
 no tiene punto de sobra.»
 Palideció un tanto Estrella
 asiendo al punto la copa,
 y asió del cuchillo Sancho
 con mirada eserutadora.
 Frunció doña Blanca un poco
 los labios, que descolora
 ligero matiz morado,
 señal de temor o cólera,
 y don García, sereno,
 con gravedad majestuosa,
 fijos los ojos en ella,
 el vaso llevó a la boca.
 Paró el euchillo Montero
 inmóvil sobre la lonja
 que dividía, y Estrella
 se estremeció de congoja:
 en tanto que doña Blanca
 con hondísima zozobra
 le contemplaba, sus ojos
 saltándola de las órbitas;
 y en este momento el conde,
 alargándole la copa,
 le dijo con voz tremenda:
 «Bebed primero, señora.
 —¡Yo!, replicó la condesa
 con voz descompuesta y cóncava.

—Vos mismas, le dijo el conde con voz iracunda y bronca.

Postróse Sancho de hinojos, sentencia tan horrorosa al escuchar, pero en vano, nada a don García asombra. De cólera y de venganza vértigo infernal le acosa, y todo su ser a su ímpetu se descompasa y trastorna. Todo recuerdo calmante, toda intención generosa, de la indignación a impulsos del corazón se le borra: y con el brazo extendido y faz amenazadora, a la condesa presenta resueltamente la copa.

«Señor!, exclamó Montero

—¡Vasallo! (en voz tronadora interrumpió don García), quien por infames aboga, sólo cavar su sepulcro junto a su sepulcro logra.»

Y a la condesa volviéndose, siguió diciendo: «Señora, venderle queréis al moro mi cabeza y mi corona, que con torpeza inaudita y amor sacrílego compra; a morir, pues, disponeos, como liviana y traidora.

—¡Hijo mío!

—No, apartad tal nombre de la memoria, y ¡voto a Dios! bebed pronto, que mi paciencia se agota.

—Hijo mío, por la santa esperanza de una gloria...

—Callad y apurad el vaso... Esa es la vuestra y no hay otra. Y aquí la condesa, viendo que es vana esperanza toda, desesperada y sañuda contra sí misma se torna. Radió en su fiero semblante horrenda expresión diabólica, relámpago del infierno que en su corazón aloja; y con firmeza que fuera en causa mejor heroica, apuró de un solo trago la preparada ponzoña. Cayó sin sentido Estrella, en oración fervorosa, Sancho encomendó su alma, y el conde con mano pronta arrojó contra las tapias el resto de la ponzoña. Quedó la condesa un punto, fantasma amedrentadora, frente a don Sancho en silencio; mas pronto el fatal Borgoña tendióla en tierra de espaldas, a fin desastrado próxima.

CONCLUSIÓN

Es una noche lóbrega y oscura: no ilumina la luna el firmamento, y en la atmósfera impura densos vapores amontona el viento. De espesos nubarrones por su turbado azul lentos avanzan preñados escuadrones que el aire sorben donde el aire alcanza. No corre ni una ráfaga perdida que temple de la atmósfera el bochorno.

y el aura de la tierra desprendida,
 exhalada parece de algún horno:
 y dijera que humea
 próxima a vomitar la oculta llama,
 si el relámpago pronto centellea
 y el ronco trueno en las alturas brama.
 En un balcón que a los jardines mira
 del palacio de Burgos, en qué mora,
 sombrío y melancólico suspira
 don García a deshora.
 Él es: y al recordar de doña Blanca,
 su muerta madre, el infernal intento,
 a hondos suspiros de su pecho arranca,
 que rechaza tal vez el firmamento.
 Y el llanto que en sus párpados se estanca
 y el semblante humillado y macilento,
 muestran que es ya su bárbara sentencia
 carcoma que desgarras su conciencia.

Sus miradas en tierra, distraído
 fija, sin ver lo que a sus ojos tiene,
 y en confuso tropel descolorido
 pasan por su memoria las ideas
 tardas en paso y en contorno feas.
 A veces frunce, receloso, el ceño
 cual si oculto pesar le atormentara,
 y a veces gime cual si en negro sueño
 fantasma aterrador se le mostrara.
 A veces, reteniendo en su garganta
 el desigual aliento,
 agitado su pecho se levanta
 cual mar que en tumbos desordena el
 [viento.

Y a veces tenuamente respirando,
 resistiendo la fiebre que la agita,
 en siniestro delirio divagando
 lánguidamente al parecer dormita.
 Todo al fin en el conde está mostrando
 que grave asunto con afán medita,

y se ve que su bárbara sentencia
 es el peso que abruma su conciencia.
 Muchas veces acaso en su abandono
 las leyes invocó que defendía;
 razón hallaba en el salvado trono
 que su venganza autorizar podía;
 pero siempre tras él con fiero encono
 salir la sombra de su madre veía,
 y la ley, la razón y el pensamiento
 cedían al tenaz remordimiento.
 Mas, tendamos, lector, un velo oscuro
 sobre este cuadro de venganza y duelo,
 que es caso, a fe, de comentarse duro
 que ya ha pesado en su balanza el cielo:
 caso, lector (y con verdad lo juro),
 cuya razón escudriñar no anhelo,
 pues pliegues son del corazón humano
 que intenta el hombre penetrar en vano.

Largo tiempo pasó de esta manera,
 y mucho más el conde así pasara
 si por bajo cruzar de su vidriera
 misterioso embozado no mirara.
 A la rápida luz de los relámpagos
 su bulto en las tinieblas perseguía,
 los ojos con afán desencajando
 si en medio las tibiéblas le perdía;
 mas siempre hallarle en el jardín rondando
 con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha,
 y espoleando el honor sus presunciones,
 pronto entendió que el embozado acecha
 de su alcázar o puertas o balcones.
 Y a poco, seña misteriosa oyendo,
 por una reja le alcanzó trepando,
 y en ira a él encaminóse ardiendo.
 Con silenciosa y recatada huella

llegó a la estancia de la hermosa Estrella, y luz viendo alumbrar la cerradura, la airada vista enderezó por ella.

Mas apenas la línea había cogido que la abertura con la luz marcaba, oyó como de gente que lidiaba dentro del cuarto temeroso ruido. Entre él y la bujía en un instante dos cuerpos a la par se interpusieron, que a poco en bamboleo vacilante a la par con estrépito cayeron. Lánzase dentro el irritado conde, y al ver el sitio donde la luz prosigue, la afilada punta les pone de su estoque a la garganta. Y *«¿quién se atreve, vive Dios!»*, pregunta, a cuya voz: *«¡Yo soy!»*, Sancho responde, que de ellos solamente se levanta.

CONDE

¡Qué es esto, Sancho!

SANCHO

Señor,

si es que lo hecho os enoja, sacadme con esa hoja el alma que os da el honor.

CONDE

Concluye, Sancho; ese hombre que tienes muerto a tus pies bañado en sangre, ¿quién es?

SANCHO

Muza, señor, no os asombre.

Sin miramiento al decoro que en vuestra casa se encierra, contando iría a su tierra vuestra deshonra ese moro. Yo le esperé y le maté; si os culpa su rey, señor, tratadme como traidor y entregadme, que yo iré; pues quiero de mejor gana que el moro traidor me llame, que oírle dar por infame a una noble castellana.

Tendióle el conde la mano tal oyendo, y replicó: Sancho, así quisiera yo todo el pueblo castellano. ¿Cuál es tu nombre?

SANCHO

Espinosa.

EL CONDE

¿Eres noble?

SANCHO

Hidalgo soy.

EL CONDE

Tu casa será desde hoy y tu familia famosa. Desde hoy serán mis monteros, y de lealtad por gala, dormirán en mi antesala sus bizarros caballeros. Y lléveme Belcebú

si temo a nadie en la tierra,
si en la paz son y en la guerra,
todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
que de su madre guardó,
excuso decirlo yo,
pues te lo dice la historia;
recuerdos hay todavía
que atestiguan opulentos
los muchos remordimientos
del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
que sus recuerdos exigen,
y es: que de él tienen origen
los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS

LEYENDA ORIENTAL

INTRODUCCIÓN

Envidiable es a fe don Luis Tenorio,
su riqueza envidiable y su fortuna:
en Cádiz vive, del comercio emporio,
y oro sobre oro comerciando aduna.
Joven, valiente y de encumbrado origen,
no es como otros mancebos altaneros,
que solamente su ambición dirigen
su orgullo a alimentar de caballeros,
y en banquetes y amores
consumen su salud y sus dineros;
y con mengua y baldón de sus mayores
mueren entre rufianes y acreedores.
No, ¡vive Dios!, don Luis lleva una espada
en el cinto prendida,
y aunque de sangre alguna vez teñida,

con infame traición nunca manchada,
siempre con honra la llevó ceñida.

Cortés, galán y afable,
pronto a satisfacer, jamás esconde
su faz al lidiador más formidable,
si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
noble viéndose ya por nacimiento,
que era mejor imaginó prudente
no alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
tan próspera le fué, tan halagüeña,
que no hay empresa alguna
en que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que a la mar botado
no torne al puerto de botín cargado:
ni hay cambiante en Europa ni banquero
que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nación remota
donde suya no aporte alguna vela,
y no le traiga de su tierra ignota
prenda de gran valor en joya o tela.

Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,
Venecia... el mundo entero
recorren sus pilotos cada día,
y siempre afortunados en sus viajes,
ni sufren de corsarios abordajes,
ni fiero temporal les descarria.

Mira Tenorio en su fortuna inmensa
de su excesivo afán la recompensa;
mas cuanto rico y noble generoso,
cual comerciante avaro u envidioso
no calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste o mendigo
que a sus puertas acuda inútilmente,
ni tiene un solo amigo
que con su bolsa en la ocasión no cuente.
Y si un colega el capital expone
y la fortuna ruin se lo devora,

la amistad de don Luis se lo repone, sin desear su mano bienhechora del que el favor recibe más usura que gratitud... y próspera ventura.

Tal es, lector, el hombre de quien hablarte quiero, y cuya historia espero que te suspenda el ánimo y te asombre. No hay en ella magníficas escenas de combates, y muertes, y sucesos estrepitosos llenas, ni por objeto mi leyenda tiene la fortuna y el bien de un grande imperio; *la reacción que dicen que conviene sufra la sociedad*; esto es muy serio, y no me siento yo con tanta fuerza para que el siglo ante mi voz se tuerza y varíe de faz nuestro hemisferio.

No es para mí tan colosal hazaña: la sociedad quien pueda regenerar, yo cantaré después cuando muriere la suerte que su afán diere a la España. Mas es un cuento asaz entretenido con puntas de moral, sana y sencilla, en Castilla aprendido, a manera contado de Castilla. Eso sí, miserable y reducido, obra infeliz, sin pretensión alguna, que sale encomendada a su fortuna, *cuento*, no más, sin humos de *poema*, que ese es, lector, mi intento y no va más allá mi pensamiento: divertirme y no más es mi sistema.

DON LUIS

¿Cómo tan pronto la vuelta? Explicaos, capitán.

EL CAPITÁN

Cosas son que os pasarán.

DON LUIS

Dad, pues, a la lengua suelta.

EL CAPITÁN

Es, pues, el caso, señor, que acerté en Alejandría, a entrar con el mejor día, y con el sino mejor.

Fuíme derecho al mercado, mas no bien puse allí el pie ¿con quién diréis que topé? Con el mercader pasado.

Asíome con mil extremos, y a fuerza o de voluntad metiome por la ciudad:

Venid, dijo, y hablaremos.

El calor es excesivo, capitán, y mientras pasa descansaréis en mi casa, donde veréis que os recibo con cuanto agasajo puedo.

—Yo respondí: *Y vos, señor, veréis a tan alto honor cuán agradecido os quedo.*

Entramos, pues, en su casa, ¡mas válgame Jesucristo! en mi vida había yo visto opulencia tan sin tasa.

¡Qué tapices y qué alfombras!
¡Qué joyas de tanto precio!
Quedéme, en fin, como un necio, la vista haciéndome sombras.

Llévome a sus almacenes,

y ved cuál me quedaría cuando oí que me decía:

«Cristiano, de cuanto tienes a tus ojos manifiesto, elige, y no me andes pareo: aquí has de cargar tu barco, que así lo tengo dispuesto.

—Señor, imposible. —No;

cuanto digas será en vano; no ha de ser nunca un cristiano más generoso que yo.

A tu amo por simpatía en tiempo ya muy remoto, enviéle con un piloto un corto regalo un día.

Hice yo esto nada más de su esplendidez prendado, y sin pensar de contado que se mentara jamás.

Pero en el año siguiente él con tu barco me envió un doble de lo que yo; admitilo cortésmente,

porque en verdad no creyera que intentaba desairarle, mas ganoso de pagarle cuando ocasión me viniera.

Excusándola él quizá, no envié más su barco aquí, mas hoy te sorprendo a ti y has de escoger ¡juro a Alá! lo que te plazca mejor para volverte al momento, sin llevar más cargamento que un presente a tu señor.

DON LUIS

Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis?

EL CAPITÁN

El partido no era malo y cargué con el regalo.

DON LUIS

¡Voto a San Gil! ¿Lo admitisteis?

EL CAPITÁN

Por supuesto; aunque en verdad imposible era excusarlo, porque él mismo hizo cargarlo, y me echó de la ciudad.

DON LUIS

Por Dios, capitán Gonzalo, que entiendo si no miras os arrojará a la mar con el barco y el regalo.

Cristiano y español siendo, sin mirar a mi decoro, ¿os dejáis ganar de un moro en bizarría?

EL CAPITÁN

Yo entiendo, señor don Luis, que si veis las joyas por vuestros ojos, calmaréis vuestros enojos y más justicia me haréis.

¿Qué diablos perdéis en ello? Vos cumplisteis como noble, y él, volviéndoos un bien doble, no os echa un cordel al cuello.

Y además si el moro...

DON LUIS

cuanto me digáis es vano;
no ha de ser nunca un pagano
más generoso que yo.

¡Esto, por Dios, me faltaba!
Y de este modo diciendo,
don Luis la vista frunciendo
por el cuarto se paseaba.

Y don Gonzalo, que vio
su negocio tan mal puesto,
salió del cuarto, y muy presto
con el presente volvió.

Y sin otras precauciones,
para salir de su empeño,
a los ojos de su dueño
empezó a abrir sus cajones;

lanzó con gran desenfado,
sin más mirar, por el suelo,
los rollos de terciopelo,
y las piezas de brocado.

Coronó de pedrería
un inmenso velador,
y mostró todo el valor
de lo que a don Luis traía.

Desenvolvió diligente
los en cajas y redomas
empaquetados aromas
exquisitos del Oriente.

Y don Luis, que aunque disgusto
y enojo además presume,
tan delicioso perfume
no pudo aspirar adusto.

Tendió los ojos en pos
del olfato, y de su afán
saliendo el buen capitán,
exclamó: «¡Gracias a Dios,
señor, que al fin de mi viaje

a ver las cuentas venís!
¿Qué tal, mi señor don Luis,
qué os parece mi equipaje?»

Aunque rédito mezquino
de vuestro enorme caudal,
¡no es tan pobre capital
para un capitán marino!»

Mostró en sus labios don Luis
una sonrisa agradable,
y al capitán dijo afable:
«bien prevenido venís.

Pero si yo, don Gonzalo,
a vuestro tesoro atento,
decid, ¿quedaréis contento
con la mitad del regalo?»

EL CAPITÁN

Vuestro es cuanto yo poseo
y mi deseo es serviros.

DON LUIS

Huélgome, pues de admitiros,
la mitad de ese deseo;
podéis, capitán, tomar
lo que os guste, y no andéis pareo:
mas preparad vuestro barco
para hacernos a la mar.

EL CAPITÁN

¿A la mar?

DON LUIS

Sí, don Gonzalo,
voy a aprontar un tesoro

para pagar a ese moro
por mí mismo su regalo.

EL CAPITÁN

¿Señor, estáis loco?

DON LUIS

No,

cuanto digáis será en vano;
no ha de ser nunca un pagano
más generoso que yo.

Casi un año después, al occidente
del faro colosal de Alejandría,
un buque de la España procedente
anclas echaba y velas recogía.
Vistasas banderolas,
adornaban sus altos masteleros,
y las móviles olas
reflejaban las armas españolas
que izaban los gallardos marineros,
y dos hombres de pie, sobre la popa,
del moribundo sol a los reflejos,
contemplaban callados a lo lejos
aquel puerto famoso,
del cual como de sueño vagaroso
se habla tal vez en la lejana Europa.
Y uno de ellos, acaso
rico de hacienda e instrucción no escaso,
traía a su memoria
de aquella poderosa Alejandría
la magnífica historia
que escrita en libros aprendió algún día;
y vagaban sus ojos,
y buscaban en vano sus deseos
los confusos despojos
del soberbio palacio

que elevaron allí los Tolomeos:
buscaban el espacio
que ocupó el Hipodromo,
y el Timonio y las célebres Agujas
de la bella amorosa Cleopatra,
y cien otros antiguos monumentos
transformados o rotos a las manos
del tiempo y de los árabes sangrientos.
Y en memorias tan mágicas su mente,
y en tan bellos recuerdos abismada,
no veía una barquilla que lanzada
surca hacia ellos la mar rápidamente.
Una lancha ligera
para una fiesta apercebida era:
y al estilo de Oriente engalanado
venía en ella un grave personaje
por remeros esclavos remolcado,
de súbditos humildes circundado,
que servil le rendían homenaje.
Y ya a distancia corta
llegar del buque anclado
la gran tripulación miraba absorta,
cuando al hombre en memorias abismado
que en la popa seguía distraído,
llegóse el capitán alborozado,
con rapidez diciéndole al oído:
«Don Luis, el mercader.

—¿Qué es, don Gonzalo?

—Que ese bote que viene hacia nosotros

os trae al mercader que hizo el regalo.

—Ved qué habláis, capitán.

—Don Luis, lo dicho:
ese es el mercader.

—Mas la noticia
de mi venida...

—Su atención es mucha,
y mucha su malicia.
Seguro estoy, don Luis, que no ha pasado
un día en que en la playa

no haya diestro vigías apostado
para vernos venir.

—¿Creéislo?

—¡Vaya!

Pero vedle que llega:

lo mismo que es su porte majestuoso
su corazón es noble y generoso.»

Y aquí la voz el capitán alzando,
mandó tender la escala, y tal empeño

y tal estimación viendo su dueño,
con sonrisa amorosa y rostro blando

los brazos tendió al árabe, que en ellos
los suyos enlazando,

con emoción oculta sollozando

los rizos le besó de sus cabellos.

Y con muestras de amor nada postizo,
títulos cariñosos prodigóle

en español purísimo y castizo,
y de aquesta manera al fin hablóle:

«Generoso español, ya me temía

que tu gallarda y singular nobleza

a este punto por fin te arrastraría.

Sí, siempre con certeza te esperaba

y a recibirte apercebido estaba,

y aposento en mi casa te tenía.

Ven, y ya que servirte

allí me ofrece mi dichosa estrella,

noble hospitalidad verás en ella.

Ven a mi casa, amigo,

y que tu gente toda

venga, si quieres, a la par contigo.»

Así el árabe dijo: y respondiendo

cortésmente don Luis a sus razones,

pasó a su lancha, a su amistad cediendo,
que el capitán llevase disponiendo

su equipaje tras él, y los arcones
en que sabía el capitán Gonzalo

que llevaba las tornas del regalo.

Lector, si acaso has leído
en mis viejas poesías
las que he puesto yo en olvido
orientales fantasías,

y si aún te acuerdas de aquellas
historias peninsulares,
que son en verdad tan bellas
como pobres mis cantares;

de aquel palacio en Granada
con jardines y con flores,
do hay una fuente dorada
con más de cien surtidores;

si aún te acuerdas de aquel moro
cuyo parque y señorío
coge, de encantos tesoro,
toda la orilla de un río;

donde la altiva palmera
y el encendido granado
junto a la frondosa higuera
cubren el valle y collado:

donde el robusto nogal,
donde el nópalo amarillo,
donde el sombrío moral
crecen al pie de un castillo:

y hay olmos en su alameda
que hasta el cielo se levantan,
y en redes de plata y seda
pájaros presos que cantan.

Aquel moro que promete
con altivez mahometana
en su oculto gabinete
dar a una esquivia cristiana,

riquísimos terciopelos
y perfumes orientales,
de Grecia cautiva velos
y de Cachemira chales;

blancas y sutiles plumas
para que adorne su frente,

más blancas que las espumas
que alzan los mares de oriente;
y perlas para el cabello,
y baños para el calor,
y collares para el cuello,
para los labios amor;

si aún lector, no has olvidado
las canciones que algún día
en honra y prez he entonado
del bello tiempo pasado,
glorioso a la patria mía;

del tiempo de aquel Boabdil
que lloró sobre el Genil
sin amparo que le acorra,
como una cobarde zorra
entrampada en un redil;

de las torres orientales
que levantando insolentes
sus agujas desiguales,
mecen las auras corrientes
en trémulas espirales;

y las cifras misteriosas
que, cual labor sin objeto
de esas cuadras ostentosas,
de crónicas amorosas
guardan el dulce secreto;

y los anchos sicomoros,
y los arroyos sonoros
que llevan marcas y nombres,
que no entendemos los hombres
y que comprenden los moros;

y las hondas galerías
que se esparraman sombrías
del palacio en el recinto,
en faz de intrincadas vías
de confuso laberinto;

y los mágicos retretes,
y los frescos gabinetes

do la sultana adormida
pasó gozando la vida
al vapor de los pebetes;

si de estos cantares míos
y de esta morisca historia
guardas idea o memoria,
¡oh buen lector! hasta hoy,
sólo una imagen mezquina
todo esto te representa
de la mansión opulenta
donde a conducirte voy.

Palabras no hay en mi lengua
ni fuerza en mi fantasía,
de la hermosa Alejandría
y del rico mercader,
para contar sin agravio
de la ciudad, o del moro,
de éste el inmenso tesoro,
de aquélla el fausto y poder.

Esos fantásticos sueños
de imponderable riqueza,
de voluptuosa pereza
y de embriaguez oriental,
veñase realizados
del árabe generoso
en el palacio ostentoso,
desde el magnífico umbral.

Y deslumbrados y atónitos
los ojos del sevillano,
su mente aspirando en vano
tal riqueza a comprender:
seguía absorto y hundido
en mágico arrobamiento,
por uno y otro aposento,
los pasos del mercader.

Los más preciosos tapices
doquier vestían los muros,
y los perfumes más puros,
humeaban por doquier.
Gozaba ansiosa la vista
los más brillantes colores,
el aura exhalaba olores
y henchía el alma el placer.

Condujo a don Luis el árabe
a un voluptuoso baño
que de agua llenaba un caño
destilada de azahar,
donde esclavas le sirvieron
refrescos en ricas copas,
y sutilísimas ropas
con que su cuerpo enjugar.

Con suave canto arrulláronle
de su ablución el sosiego,
y acompañáronle luego
a un oloroso jardín;
donde mostrando su huésped
cuánto agradarle desea,
previno, a usanza europea,
un opíparo festín.

Sirvieron profusamente
los más gustosos manjares,
con danzas y con cantares
acrecentando el placer:
y encomiándole lo mucho
que el de don Luis le interesa,
los honores de la mesa
le iba haciendo el mercader.

Mandó don Luis que trajesen
el presente que traía,
con que a devolver venía

al moro su antiguo don:
y éste, de amistad sincera
llenos en llanto los ojos,
fué a recibirle de hinojos
con grave satisfacción.

Con amorosas palabras
elegantes y sentidas,
gracias le dió repetidas,
y su presente encomió.
Y así, encendiendo sus pipas
donde aromas aspiraban,
mientras un punto reposaban,
tal plática se entabló:

DON LUIS

Pues solos, buen moro, estamos,
fuerza es que amigos hablemos.

EL ÁRABE

Sólo serviros debemos;
hablad, pues, que os escuchamos.
Luz ¡oh cristiano! y honor
verterá en mí vuestra boca:
de vos aprender me toca,
y héme ya atento, señor.

DON LUIS

Que me excuséis os suplico
ceremonias orientales:
amigos somos, e iguales.

EL ÁRABE

Si os place así, no replico.

DON LUIS

Ahora bien, por mi presencia nada ha de ostentarse aquí: vivamos como sin mí, suprimid tanta opulencia.

Quiéroos con sinceridad; si me queréis con nobleza, pienso que tanta largueza desfigura la verdad.

Derramar vuestro tesoro por obsequiarme no es justo: iréme, y con gran disgusto si dais en prodigar oro.

Sé que os servisteis mandar regalar mucho a mi gente, y el vulgo, azas maldiciente, podrá de ello murmurar.

EL ÁRABE

Murmure cuanto quisiere, mas pláceme antes de todo (porque amaros de este modo no en mí extraño os pareciere), explicaros la razón de esta amistad que os profeso.

DON LUIS

Ansioso estaba yo de eso.

EL ÁRABE

Pues estad con atención. Aunque de Siria nacido, bajo el abrasado sol, mucho pay de mí de español con la sangre he recibido.

Mi padre nació en la orilla del cristalino Genil, y lidió por Boabdil con las huestes de Castilla.

Al fin sucumbió con él, y con su hacienda cargando, pasó al África, llorando su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra, siempre con él inconstante, desventurado y errante anduvo por mar y tierra.

Paró por último aquí, dióse en el último tercio de su existencia al comercio, y en este tiempo nació.

Los españoles nacares con que lloró su fortuna, me arrullaron en la cuna al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia las sentidas tradiciones son las primeras lecciones, y aprendí yo de memoria.

..... (1)

Y así pasaban sus días en regalos y banquetes, prolongando sus orgías hasta el matutino albor. Mezclando el lujo de Oriente con la ilustración de Europa, su vida va viento en popa por el golfo del amor.

Las esclavas más hermosas

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandria compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzoso suprimir aquí.

escogidas en Circasia,
con todo el fuego que el Asia
enciende en su corazón,
allí a don Luis encadenan
con sus gracias seductoras,
y allí se le van las horas,
y con ellas la razón.

En el deleite adormido
y en la molicie, no piensa
en una riqueza inmensa
que se disipa por él;
y olvídase que su huésped,
por más que sea opulento,
derrama el oro sin cuento
por festejar a un doncel.

Esclavo de su indolencia,
de que resbala se olvida
tan torpemente su vida
de una en otra bacanal:
y que depuesto el decoro
de un caballero cristiano,
vive como un africano,
materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre
de su presente ventura,
tal vez su gente murmura
supersticiosa además:
y hasta el capitán Gonzalo,
de su placer compañero,
con su silencio severo
se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda
la boca de aquel abismo,
y en cuentas consigo mismo
a solas al cabo entró,

y una mañana, bajando
del árabe al aposento,
con irrevocable acento
su partida le anunció.

—¿Tan pronto os vais?
—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye
y cada instante me arguye
las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago a la vela;
mirad qué habéis de mandarme.
—¿Tan pronto queréis dejarme?
—Resuelto a partir estoy.

Súplicas, ayes, caricias
y especiosas reflexiones,
fueron vanas tentaciones
para el alma de don Luis.
Y el mercader, comprendiendo
que su afán sería inútil,
dijole al fin desistiendo:
«Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa
salir su merced pretenda
sin llevar alguna prenda
que le recuerde mi amor.
Venid, español, conmigo,
venid a mis almacenes,
y escogeréis de mis bienes
lo que os parezca mejor.»

DON LUIS

Para jamás olvidaros
me bastan vuestros favores,
que son las prendas mejores
de vuestro amor para mí.

EL MERCADER

Esas excusas efímeras
no tienen para mí peso.

DON LUIS

Buen moro, desistid de eso,
que no ha de ser.

EL MERCADER

Será, sí.

Sin una prenda elegida,
yo partir no he de dejaros:
la mano no he de soltaros
primero que la escojáis.
Venid.

DON LUIS

Os sigo a la fuerza
pues que me lleváis asido,
mas a ello estoy decidido
e inútilmente porfiáis.

EL MERCADER

Ya tenéis ante los ojos
cuanta riqueza poseo;
ahora decidle al deseo
que pida, y sin poquedad,
porque sin un don precioso
que no avergüence mi mano,
seguro estad, castellano,
que no os vais de la ciudad.

DON LUIS

Yo en permanecer en ella
por vos forzado consiento,

mas espieré el momento
de partirme y la ocasión.
Y de vuestro amor entonces
no una amistad cariñosa,
sino gratitud forzosa
guardará mi corazón.

Sí, la amistad verdadera
la voluntad sólo quiere,
y la voluntad prefiere
al máspreciado valor.
Vuestros dispendios me enojan,
y si hemos de ser amigos,
los cielos me son testigos
que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro
que aquí me mostráis admito:
lo ya hecho es infinito
y el oro me sobra a mí.
Vuestros pasados regalos
son ya excesivos, y en ellos
he visto dones tan bellos
como los que veo aquí.

Y en fin, de obrar libremente
os dejo absoluto dueño,
mas tan tenaz es mi empeño
que dél no me apartaréis.

EL MERCADER

Está bien, pues tal cuidado
os tomáis por mi tesoro,
cosa os daré que con oro
adquirir nunca podéis.

Y así el mercader diciendo,
con paso acercóse grave
a una puerta cuya llave

volviendo con rapidez,
mostró a la vista asombrada
del generoso cristiano,
un portento soberano
de lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron
en otra ninguna estancia,
tan deliciosa fragancia,
encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
pabellones de colores,
y preciosísimas flores
mirábanse en derredor.

Allí, en torno de los muros,
veíanse blandos lechos,
de frescos tejidos hechos
convidando a reposar.
Allí se oía el murmullo
de una fuente azafanada,
que en una taza dorada
se vertía sin cesar.

Allí a su riego crecían,
en ricos jarrones chinos,
los claveles purpurinos
que el Cairo tan sólo da,
y el tulipán soberano
que Estambul adora y cría,
y la flor que a Alejandría
siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
cuyo exquisito perfume
el aire jamás consume
ni le llega a evaporar,
por la cual diera una hermosa
de la nublada Inglaterra

cuanto mar cerca su tierra,
cuanto oro coge en su mar;

allí brotaba en cada ángulo
de la magnífica estancia,
llenando con su fragancia
toda el aura en derredor,
y los huertos más mezquinos
profusamente la abortan,
y las esclavas la cortan
para darla a su señor.

Allí del galán Tenorio
la deslumbrada pupila
desmenuzando vacila
tanta opulencia oriental,
y el agua, la luz, las flores,
los naturales primores
compiten con los mayores
de el oro, el jaspé y coral.

Aquellos lechos de plumas,
aquellos baños de plata,
la tornasolada y grata
claridad que reina allí:
los muebles que allí se ostentan
y de los que ignora el uso,
a don Luis tienen confuso
sin saber lo que es de sí.

¿Qué son estos aposentos
do lujo tal se atesora?
¿Qué santo espíritu mora
en este abreviado edén?
Así don Luis se decía,
contemplándolo prolijo,
cuando el árabe le dijo:
«Esto, don Luis, es mi harén.»

Es el harén; allí el árabe
 del vulgo envidioso oculta
 su más preciado tesoro,
 el colmo de su ventura.
 Bella mansión de deleites
 que sólo el amor ocupa,
 es el harén donde se hallan,
 santuario de la hermosa.
 Santuario donde profanos
 penetrar no osaron nunca
 los ojos de ningún hombre
 con la cabeza segura.

Allí están, no las esclavas
 que ante su señor se turban,
 sino las reinas que gozan
 con voluntad absoluta.
 Y Las mujeres que a los moros
 les place tomar por suyas,
 cual sus costumbres permiten
 y sus leyes no repugnan.
 Allí, bajo techos de oro
 y pabellones de plumas,
 para el placer se conservan
 encantadoras y puras.
 Baños de esencias suaves,
 su bello cuerpo perfuman,
 preciosas telas se visten
 y dulce son las arrulla.
 Negras cautivas las sirven
 que por doquier las circundan,
 para su capricho esclavas,
 para su servicio muchas;
 jardines tienen abiertos
 de frondosidad oscura,
 de alegres pájaros trinan,
 de frescas fuentes susurran;
 de los árboles altos
 la espesa sombra confusa,
 el aura abrasada templa,

y el sol entolda y ofusca,
 donde en hamacas de seda
 muellemente se columpian
 del céfiro acariciadas
 que en la hojarasca murmura.
 Donde en el césped mullido,
 al son de animada música,
 en danzas voluptuosas
 giran, se trenzan y anudan.
 Donde en los huecos que ofrecen
 mil artificiales grutas,
 sus bellos cuentos de hadas
 a oír y contar se juntan.
 Y allí, mientras la tormenta
 recia se desgaja en lluvias,
 y brilla con el relámpago
 y con el trueno retumba,
 con lámparas de alabastro
 allá en el fondo se alumbran
 y con cantares alegres
 a la tormenta conjuran.
 A una de aquestas mansiones
 de artificiosa estructura,
 alcázar de la belleza
 y red del amor, fué en suma
 donde el mercader condujo
 con gran silencio y mesura
 al rico don Luis Tenorio,
 que su intención no barrunta;
 y en una de estas mansiones,
 la más lejana sin duda,
 pero la más ostentosa
 que en sus jardines se oculta,
 fué donde encontró Tenorio,
 tal vez para su fortuna,
 cinco doncellas bellísimas
 cual él no las viera nunca.
 Las veinte y dos primaveras
 no cuenta acaso ninguna,

aunque veinte mil hechizos los lo y
 en cada cual se columbran.
 Nación y raza distinta
 su forma distinta anuncia,
 de su belleza el carácter
 y el traje diverso que usan.
 Gallarda, la georgiana
 ostenta medio desnuda
 sus académicas formas,
 su tez sonrosada y húmeda.
 Más perezosa, la india
 entre blancas vestiduras,
 su piel de azabache muestra
 sobre un almohadón de pluma.
 Los velos de oro que flotan
 hasta tocar su cintura,
 su triste mirar, su tez
 pálida como la luna,
 descubren a una italiana,
 que, aunque mucho disimula,
 por ver las playas de Nápoles
 cambiara cuanto disfruta.
 Sus rizos espesos de ébano,
 negros ojos que circundan
 largas pestañas, sus manos
 blancas, redondas, menudas,
 y su escaso pie que apenas
 a sostenerse la ayuda,
 descubren a una española,
 aunque su origen oculta.
 La dulce voz y el altivo
 acento con que pronuncia,
 y su perfecto contorno,
 su frente que el ceño anubla
 y el cuchillo que colgado
 lleva siempre a la cintura,
 por una celosa griega
 dan fácilmente a la última.
 Ante estas cinco bellezas,

que no conciben confusas
 la causa que a un extranjero
 hoy traiga a presencia suya,
 detúvose el mercader,
 y así a don Luis que le escucha,
 con voz resuelta le dijo
 que trecho no deja a dudas:
 «Estas hermosas doncellas,
 don Luis, mis esposas son,
 no me rehuséis el don
 que os quiero hacer de una de ellas.
 Yo para mí las guardaba;
 si enojarme no queréis,
 elegid la que gustéis
 para esposa o para esclava.
 Y ved que esto al excusar
 me vais a hacer una ofensa
 tan solemne y tan inmensa,
 que jamás podré olvidar.
 Elegid, pues.»

DON LUIS

Dios no quiera
 que nuestra amistad un día
 turbe por desdicha mía
 mi resolución postrera.

Una de ellas tomaré,
 y si al fin fuere gustosa,
 la tomaré por esposa,
 convirtiéndose a mi fe.

No sé que pueda apreciar
 de mejor modo este don.

EL MERCADER

Ni yo que mi corazón
 lo pueda nunca olvidar.

Y aquí, después de un minuto
 de meditación profunda,

entre las cinco sultanas
buscó Tenorio la suya.

Tendió su mirada incierta
poco a poco de una en una,
y asíó al fin de la española,
la de las manos menudas.

Ni una palabra, ni un gesto,
mostróle señal alguna
que del árabe anunciara
ni el gusto, ni la amargura.

Salió del harén en calma,
y al elevarse la luna
por el azul firmamento
alzando montes de espuma,
salió aquella misma noche
del puerto en que se asegura,
el barco en que van a Europa
don Luis y la gente suya.

Y el mercader desde el muelle,
con desolación profunda,
por el través de dos lágrimas
que sus pupilas le anublan,
quedó mirando las velas
que en precipitada fuga
se llevan cuanto idolatra,
y amor y amistad le hurtan.
Con ellas parte Zulima,
y el árabe en su hermosura
tenía puestos los ojos...
¡Mal haya a Dios su fortuna!

—
Secretos hay que debían
en el corazón quedar,
y en el corazón agarsarse
para no alzarse jamás.

Fiado en la buena causa
de su generosidad,
su secreto puso el árabe
en las manos del azar;
y la suerte, que de todos
se mofa al fin por igual,
atropelló su secreto
de su dicha sin piedad.

Don Luis eligió a Zulima,
la sultana que amó él más,
y con su amigo la bella
los mares cruzando va.

Las amorosas palabras
del sevillano galán
pronto la harán olvidarse
de su cariño quizá.

Pronto al mirarse señora,
pues nunca pensara tal,
un amo en él, no un amigo,
con desdén recordará.

Pronto al ver que mar y tierra
franco camino le dan,
del rico harén el recinto
como cárcel odiará.

Los bulliciosos placeres
de Europa y su sociedad,
pronto el vacío que esconde
su corazón llenarán.

Tal vez a su fe renunció,
pues gran tentación será
el interés de su dueño
y el ansia de libertad.

En vano tiendes los ojos
por el espumoso mar:

¿cuál esperanza te queda?
Zulima no volverá.

En vano por las estancias
de tu palacio oriental,
de las llamas con voz amante:
ya no te puede escuchar.

En vano sus veinte esclavas
velando en su cuarto están,
como si al fin le pudiera
ella otra vez habitar.

En vano en tus tristes sueños
continuo viéndola estás,
que al abrazarla te se huye
su vana sombra fugaz.

En vano ideas contarle
al noble español tu afán,
decirle cuánto la quieres,
pues si él te llega a escuchar,
cual tú de tu hermosa esclava
ya enamorado estará,
y antes perdiera la vida
que volvértela a enviar.

Y aunque, por ser como tú
tan generoso y leal,
devolvértela quisiera,
no lo llegara a lograr.

Ella es ya libre en España,
la ley la protegerá,
y no ha de querer a esclava
desde señora tornar.

Tal vez al impulso fiero
de este recuerdo fatal,
hasta la fe en que naciste
intentas abandonar:
y triste y meditabundo,

sin reposo y sin solaz,
tu tristeza es tu alimento
y tu esperanza la mar.

Mas ¡ay! consúmeme aquélla,
y ésta es tan poca y falaz,
que entre una y otra, por último,
te van a despedazar.

«Vuelve, ¡ay de mí! purísima gacela:
vuelve, vuelve a tu harén de Alejandría,
a cuyas puertas desolado vela
quien de tus ojos en la luz vivía.

Sin ti, se agostan mis pintadas flores
sin ti, los ecos lastimeros gimen;
no alegran mi jardín los ruiseñores,
ni brotan mis vistosos surtidores,
que les falta el placer con que se animen.

No están conmigo ya tus compañeras
¿sin ti qué me valían?
Junto a mí, de fastidio se dormían,
y las di libertad, y se alejaron
como garzas ligeras.
¡No las amé jamás, ni ellas me amaron!

Vuelve, hourí celestial, vuelve conmigo,
y al corazón me volverá la vida:
sin ti, no encuentro caridad ni abrigo,
mi riqueza sin ti yace perdida.
¡Ay! no conocerías si volvieras
lo que fué tu mansión, que en pocos años
se cambian las ciudades más enteras,
y naufragan las naves más veleras
por los mares extraños.

Misero y triste lloro
y en abandono y soledad me veo,

siempre agitado del fatal deseo
de morir a los pies de quien adoro.
¡Malhadada amistad! ¡Dura venida
de quien mi amor robándome, me olvidó!

Llanto amargo vertiendo, así decía
el mercader, y así se lamentaba
y su fortuna el infeliz veía,
que al crecer su dolor, se disipaba.

Tales son de la suerte los azares:
el que en fiestas y danzas y cantares
pasó un tiempo su plácida existencia,
hoy, presa del afán y los pesares,
la arrastra, ya vecino a la indignencia.
Descuidó su comercio en su amargura,
su crédito menguó de día en día,
y sus naves sorbió la mar bravía:
uno tras otro sus amigos viles
en su infortunio al fin le abandonaron,
y sus mismos esclavos le robaron,
y sus inmensos bienes
a manos de voraces acreedores
salieron de sus ricos almacenes.
La carcoma inmortal de su tristeza
minó su corazón, y la amargura
trastornó su razón en su cabeza,
y el árabe infeliz dió en la locura.

Su palacio y su harén pasó a otras manos,
y el que opulento y poderoso un día
asombró con su lujo a Alejandría,
escarnio fué tal vez de los villanos.

En vano el infeliz días y noches
de su antigua mansión en los umbrales
lamentando pasó como un mendigo
sus duelos y sus males:
no salió de una reja a los cristales
su cuita a consolar un solo amigo.

Y flaco, y vacilante y macilento,
estaba el mercader como una sombra
al pie de la pared del aposento
y donde otro tiempo holló morisca alfombra,
y do imperando resonó su acento.

Y así un día pasó tras otro día,
y año pasó tras año,
y probó cada día un desengaño,
hasta que el pobre, de vergüenza huraño,
huyó de Alejandría.

En una noche oscura, aunque serena,
sólo y a lento paso
se hundió en el mar de requemada arena
del árido desierto de la Libia,
donde sólo el zarzal vegeta escaso.

Y en su lejana soledad ardiente
perdiéndose su sombra poco a poco,
su memoria olvidó la ingrata gente
y a hablar no se volvió del pobre loco.

Cinco años pasado habían
don Luis, en fortuna próspera,
de su extendido comercio
los frutos en calma goza.
Vive en Sevilla y en ella
en rico palacio mora,
do la más alta nobleza
con sus visitas le honra:
vive en Sevilla, y con él
aquella Zulima hermosa
que a nuestra fe convertida
con él se casó y le adora.
Dejó el turbante de esclava
por una nupcial corona,
el harén por el palacio,
por Jesucristo a Mahoma.

Cambió el nombre de Zulima
por el nombre de Eliódora,
y quien en Asia fué esclava
vino a mandar en Europa.

Es una noche sombría
y una callejuela corva,
que acaba de San Francisco
en la plaza y desemboca;
y aunque no está aquella noche
avanzada en altas horas,
las calles tiene desiertas
el recio viento que sopla.
Las rejas están cerradas
en torno la plaza toda,
de modo que ni una luz
rasga la neblina lóbrega.
Sólo en los anchos balcones
de una casa grande y sola,
los cristales iluminan
mil clarísimas antorchas.
Óyese música dentro,
y al compás de bulliciosa
danza, retiemblan los vidrios
a pesar de las alfombras.
A través de ellos, de lejos
se alcanzan tumultuosas
las sombras de los que danzan
ir pasando unas tras otras,
una ilusión produciendo
tan fantástica y diabólica,
que desvanece los ojos
y el corazón acongoja.
En esta casa y al son
de esta música sonora,
que en quien la habita supone
placer, opulencia y gloria,
a lentos pasos un hombre

que las desdichas agobian,
en el portal penetrando
a la cancela se asoma.
Fatigado y macilento,
envuelve mal su persona
en harapos que rechazan
hasta el título de ropa.
Su frente, erguida otro tiempo,
hoy hacia la tierra encorva,
y bien se ve que a la tierra
la humillación se la dobla.
Y sus tostadas mejillas,
su mirada melancólica,
la voz que del pecho arranca
ronquecida y fatigosa,
bien a las claras demuestran
el dolor que le destroza
el corazón, donde hierven
sus penas harto recónditas.
Llamó a la puerta en voz baja:
y en voz amenazadora,
«¿quién va?», respondió un portero
que los dados abandona.
«¿Vive esta casa, y perdone,
don Luis Tenorio?

—Aquí mora.

¿Qué quiere?

—Hablarle un momento.

—¿Vos?

—Sí.

—¿Vos, lo que no logran
los nobles al mediodía,
queréis lograr a estas horas?
¡Bah! ¡Y ahora que está cenando!
¡Pues no faltaba otra cosa!
—Hacedlo, por Dios, amigo,
que no ha de pesaros.

—¡Oiga!

¡Traerá visita del rey

el perdiosero!... malliora
para vos; idos, buen hombre,
que el tiempo no está de sobra.

—Por cuanto amáis en la tierra
y por más que os sea incómoda
mi exigencia, id a vuestro amo
a decir que una persona
que ha atravesado buscándole
las montañas y las olas,
quiere tan sólo traerle
un amigo a la memoria.

—¡Es también amigo suyo!
¡Voto a San Gil, que me enoja
tanta insolencia! ¡Ea!, tome,
y agradezca la limosna.»

Y así diciendo, el portero
una moneda le arroja,
y las espaldas le vuelve
dando un portazo de cólera.

Quedó el miserable solo
con el carmín de la honra
sobre la faz, y en los párpados,
de llanto amargo, dos gotas.

«Despechado e indeciso,
un momento devorólas
como pudo, y de ira trémulo
la faz, y la vista torva,
dejó la casa diciendo:
«¡Maldita sea la hora
en que conocí tu nombre,
y oí la voz de tu boca!»

Y en el atrio de una iglesia
que halló a aquella casa próxima,
tendióse desesperado
hasta la vecina aurora.

Llorando pasó hartó tiempo
males y desdichas propias,
mas el cansancio rindióle:
y poco a poco en las losas
dejó tomar a sus miembros
posición menos incómoda,
hasta que en brazos del sueño
perdió sentido y memoria.

En esto, al atrio subiendo,
dos personas embozadas,
tiraron de las espadas,
furiosa lid emprendiendo.

Duró la riña un instante,
cayó sin un ¡ay! el uno,
y en un callejón moruno
entróse el otro adelante.

Y ni despertó el mendigo
ni se aproximó un curioso,
ni duelo tan misterioso
tuvo padrino o testigo.

Allí uno de ellos quedó,
y aunque en las sombras incierto,
que de un golpe quedó muerto
bien el alba lo mostró.

Ésta asomó entre arreboles
de púrpura como siempre,
para el dichoso y el triste
brillando indistintamente.
Lo hacía apenas el sol,
cuando a la voz de ¡Cogerle!
¡Matarle! ¡Villano! ¡Infame!,
los ojos abrió el inerte
mendigo, que vió al abríros
confuso tropel de gente
que en su redor se apiñaba,
aunque la razón no entiende.

Cruzaron al fin la turba
de la justicia lebreles
con sus varas en la mano,
y el tribunal en los dientes;
y amenazando prisiones
y olfateando a los pobretes,
por si faltan los culpados,
que no falten penitentes,
Y asiendo del miserable,
a quien dicen: «¡Esel jese!»,
con ira le demandaron,
mas sin que él los comprendiese:
«¿Quién mató a ese hombre?»

—Y de un muerto

pusieronle frente a frente.
«No le conozco, repuso
el hombre, con calma viéndole.
—¿Pues, cómo estabais con él?
—Si dádole hubiera muerte,
no me quedara a su lado.»
Y aquí irritada la plebe,
«niega, gritó; ¡que le maten!
todos lo han visto. ¡Prendedle!»
En vano tendió los brazos,
que le escuchasen pidiéndoles.
En vano a la resistencia
quiso apelar muchas veces;
teníanle bien asido
de los brazos los corchetes:
y habían ido llegando
del difunto los parientes
por él pidiendo justicia,
iracundos como sierpes.
Apenas muchos soldados
bastaron a contenerles,
y algunas manos lograron
llegar hasta el delincuente.
Mas aunque bien su persona
de la multitud defienden,

asió uno de la capa
andrajosa en que se envuelve,
y con ímpetu tirando
rasgósela de tal suerte,
que vieron todos los ojos
que bajo de ella mantiene
reuelto calzón morisco,
y jubón con puntas verdes.
«¡Moro!», exclamaron al punto,
y acreciendo doblemente
se hizo el tumulto más fiero
por moro al reconocerle.
Abriéronse las ventanas,
las puertas y los cancelos,
toda Sevilla por ellos
asomándose por verle,
para gritar los muchachos
a los pilares subiéndose,
y en los puestos y casetas
empinándose la gente.
Hubo sartas de insolencias,
y diluvios de moquetes;
codazos y pisotones
y sangrías de alfileres,
hasta que al fin por la plaza,
con lanzones y broqueles,
entraron por varias calles,
a son de clarín, jinetes.
Y despejando la chusma,
lograron a solas verse
con el difunto sus deudos
y el reo con los corchetes.

En esto don Luis Tenorio,
que a su balcón salió a verles,
bajo él al pasar el preso,
gritó a la justicia: «¡Ténganse!»
—¿Qué quiere el señor Tenorio?
preguntó un juez descubriéndose.

—Justicia!

—¿Y en qué servirle aquí la justicia puede?

—En dar libertad a ese hombre, que por Dios que está inocente.

—Ved lo que habláis.

—Está dicho,

el asesino no es ese.

—¿Pues, quién es?

—Yo, y me delato;

que suban pues a prenderme:

yo maté anoche a ese hombre

por ocultos intereses.

Enmudecieron de asombro

los que se hallaban presentes,

unos a otros mirándose

sin decidirse a creerle.

Los parientes del difunto

por poderoso temiéndole,

y admirándole en silencio

por generoso los jueces.

En esto bajó a la calle

don Luis, y camino abriéndose

hasta el reo, desatóle

con un abrazo, diciéndole:

«Subid, buen moro, a mi casa

y dejad que a mí me lleven

en vuestro lugar ahora,

que yo sabré defenderme.»

Tendióle el moro los brazos

sin saber qué responderle,

llamándole amigo suyo,

y estrechándole cien veces.

Lloraba al ver tal escena

enternecida la gente,

y por la plaza reinaba

triste silencio solemne,

cuando a interrumpirle vino otro impensado accidente.

Un caballero embozado

que estuvo de cerca oyéndoles,

sobre el semblante el sombrero

y el embozo hasta las sienes,

en medio de la justicia

presentóse de repente.

Desembozóse con brío,

y con voz serena y fuerte

dijo: «Yo soy el que buscan,

los demás son inocentes.

Yo maté anoche a don Tello;

testigos hay, que si quieren,

dirán que salir nos vieron

para reñir juntamente.

Nadie dará de esos dos

con la ocasión de su muerte,

y yo daré tales señas

que duda en ella no deje.

Señores, idos con Dios,

que si obrasteis noblemente,

no es justo que a pagar vayáis

lo que a mí me pertenece.»

Y así diciendo y la espada

de su cinto desciñéndose,

a manos de la justicia

se dió como delincuente.

Quedaron todos atónitos,

y la justicia y la plebe

sin concebirlo, admiraban

en silencio y juntamente

en don Luis lo generoso,

y en el otro lo valiente.

Y viendo tal hidalguía

en ambos a dos los jueces,

teniendo en don Luis el crimen

por falsedad evidente;

dieron su casa por cárcel
y con su palabra fuéronse.
Subieron los tres a ella,
y los soldados volviéndose,
volvió a llenarse la plaza
con los ociosos de siempre.

¿Qué más te importa saber
de este cuento? ¡oh buen lector!
Los abrazos que Tenorio
al de Alejandria dió,
del comerciante de Oriente
la magnífica oración,
el asombro del incógnito
que a don Tello Arias mató,
de Zulima, hoy Eliodora,
el consiguiente rubor
al encontrar otra vez
al dueño que abandonó,
y las dos mil zarandajas
con que imberbe historiador
emborronara papel
y cansara tu atención,
no son medios que acomodan
a mi actual pésimo humor,
para dar a mi leyenda
competente conclusión.
Basta que sepas que a ruegos
de Tenorio, se indultó
del difunto Tello Arias
al bizarro matador:
el cual a don Luis Tenorio
con fina amistad pagó
la vida que le debía,
rendido a tan gran favor.
Que el árabe convencido
de que la fe en que vivió,
la borrasca no calmaba
de su triste corazón,

a las aguas del bautismo
su calva frente dobló,
al sacro puerto acogidos
de la santa religión.
Confesó que era Mahoma
un impúdico impostor
y en lugar de las houries
los ángeles adoró.
Don Luis le dió por esposa
a su hermana doña Sol,
con la mitad de su hacienda
y el tesoro de su honor.
Vivió feliz cuantos años
la existencia le duró,
y aquí concluye mi historia,
¡oh carísimo lector!
Sólo me resta decirte
que presto se acomodó
a las costumbres de Europa,
y convino en que es mejor
que tener cincuenta esclavas
que maldicen su opresión,
tener una mujer sola
con cariño y con honor.
Y es más cómoda una cama
que el más mullido almohadón,
donde se quedan las piernas
en el suelo y sin calor.
Y es mejor dormir en ella
del vino la exaltación,
en deliciosos ensueños
de pasajero vapor,
que comer maíz en tortas
y el alcuzcuz y el arroz,
y emborracharse con opio,
trepando luego a un balcón,
para excitar en la mente
delirio fascinador,

que al cabo ataca los nervios
y oscurece la razón,
y torna a los hombres locos
o necios, que es lo peor.
Con eso, lector, si hasta ahora
gratos mis cuentos te son,

Dios me lo premie en el cielo,
demándemelo si no.
Conque si te placen, cómpralos,
y con la ayuda de Dios,
haremos cuantos pudiéremos
entre el editor y yo.

LA AZUCENA SILVESTRE
LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

Dios me lo premie en el siglo
 demandando si no me voy
 contigo si te pines, compañero,
 y con la ayuda de Dios, señor
 harémos cuantos prósperos viajes
 entre el oriente y el occidente

— ¿Y qué negocio es este, hijo?
 — ¡Tú me dices! ¿No te acuerdas
 que yo soy de la familia de
 los comerciantes de Oriente
 la magnífica oración
 el asombro del mundo
 que a San Tello Ariza me
 de Zúñiga, hoy Eludata,
 el consiguiente rubor
 al encontrar otra vez
 al dueño que alquilaba
 y las dos mil maravillas
 con que imbuerte historias
 embarruntar papel
 y cansarse de leerlo,
 no así me va que acortado
 a mi actual y viejo humor,
 para dar a los jóvenes
 competencia en el mundo
 Basta que sépa que a recoger
 de Yomoro, se me ha
 del difunto Tello Ariza
 el negocio maldito
 el cual a don José Tello
 con sus milésimas pagas
 la vida que le debe,
 rauda a un gran precio
 Que el hecho convencido
 de que la vida que vive,
 la hermosa no calaba
 de su triste destino,

que al cabo de los días se
 y cuando la vida se
 y tanto más pronto se
 y como, que es la vida,
 que sea, lo que se
 estas mis cuentas de con
 y en lugar de las horas
 las horas se van.

— Don Esteban te he por
 a un hermano de San
 con la ayuda de un
 y el honor.

— ¡Vaya! ¿Qué negocio es
 la vida se le duró,
 y aquí me voy a mi
 del mundo se torció!

— Solo me voy a decirte
 que pronto se acortó
 a las necesidades de Europa,
 y como se que se mejor
 que un y momento esclavo
 que me he en mi opinión,
 tengo una mujer sola
 con vida y con honor.

— ¿Y en una comoda una cama
 que se me quedan las piernas
 en el cielo y en el calor.

— Y es mejor dormir en ella
 del que la oxalación,

en el mundo me quedo
 de la vida se vapor,
 que como más en todas
 y el mundo y el mundo
 y me quedo en un
 y me quedo en un
 que me quedo en la mente
 del mundo me quedo.

LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

LA AZUCENA SILVESTRE

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

DON ANGELO SALVEMERA

DUQUE DE RIVAS

SEÑOR DE

San Mateo de Guadalupe

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EN QUE CONTIENE LA NARRACION DE LA
PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna,
que en arroyado líquido tiera,
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña: nada o vuelta;
cuando en ella se baña: nada o vuelta;
y alegre más que un sol de mañana
rota y errante y tímida gacela,
en gracia y virtud tal se cria,
la bellísima y equívoca María.

Y así no empalidos sus rostros abrillos,
de noble estirpe y a robusta nacida,
suya a devotos amos, hijos,

a los brazos del edro mojada,
y a zular de su cello con agrado
debatido perfumo embalsamado.

Cada en azules ondas de su frente
larga madeja de flotantes ricas,
y de líquido mirar, pura y honeste,
dos ojos se valva antojizos,
y en su blanca nariz transparente,
centro ambos a dos de sus besitos,
marchaba su amor dos hazuelos,
lucera ambos que rubó a los cielos.

Reposa al verla en alegría intona
su padre el buen Witodo, y la señora
ceñida aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Solo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz señora,
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Cinco años del varoal guartero,
única prenda de su muestra esposa,

LA ANUCENA SILVESTRE
LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

LA AZUCENA SILVESTRE 36

LEYENDA RELIGIOSA DEL SIGLO IX

AL SEÑOR

DON ÁNGEL SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

SU MEJOR AMIGO

JOSÉ ZORRILLA.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

EN QUE COMIENZA LA NARRACIÓN DE LA
PRESENTE HISTORIA

Más pura que la luz de blanca luna,
que en arroyuelo límpido riera;
más hermosa que el cisne en su laguna
cuando en ella se baña, nada o vuela;
y alegre más que en soledad moruna
y alegre más que en soledad moruna
y alegre más que en soledad moruna
suelta y errante y tímida gacela,
en gracias y virtud feliz crecía
la bellísima y cándida María.

Y aún no cumplidos sus catorce abrilés,
de noble estirpe y a reinar nacida,
ajena a devaneos femeniles,

velada por su bien, siempre servida,
flor era pronta a dar tallos gentiles
a los besos del céfiro mecida,
y a exhalar de su cáliz aún cerrado
delicioso perfume embalsamado.

Caía en anchas ondas de su frente
larga madeja de flotantes rizos,
y de inquieto mirar, mas inocente,
dos ojos revolvió antojadizos:
y en su blanca mejilla trasparente,
centros ambos a dos de sus hechizos,
marcaba su sonrisa dos hoyuelos,
luceros ambos que robó a los cielos.

Rebosa al verla en alegría intensa
su padre el buen Wifredo, y la corona
ceñirla aguarda de la tierra extensa
del condado feraz de Barcelona.
Sólo en su bien y en su fortuna piensa,
y honrada, sin rival, feliz matrona,
en tiempo incierto de la edad futura
su ambición paternal se la figura.

Único amor del varonil guerrero,
única prenda de su muerta esposa,

tiene Wifredo su cariño entero
 puesto no más que en su María hermosa:
 y único amor el noble caballero
 del alma de la niña candorosa,
 en una el alma de los dos se encierra,
 y uno para otro son todo en la tierra.

Su corona de conde ennoblecida
 con los laureles mil de mil campañas;
 su ciudad populosa defendida
 por su tendido mar y sus montañas;
 la mitad de los años de su vida,
 la memoria y la prez de sus hazañas,
 todo lo diera el caballero noble
 por ver de su hija la fortuna doble.

Lumbrera del fanal de su esperanza,
 riquísimo joyel de su cariño,
 manantial de su interna bienandanza,
 vuelve a su pecho el corazón de niño;
 se le roba a la guerra y la venganza,
 se le torna más puro que el armiño,
 se le lava de impulsos terrenales,
 se le inunda en delicias celestiales.

Por eso da su corazón sincero
 gracias humildes al Señor, y cuenta
 por eso día a día el caballero,
 y su esperanza en cada uno aumenta.
 Y bendice al Señor, que lisonjero
 a su vejez el tiempo representa
 de su edad concediéndole al otoño
 tan hermoso y purísimo retoño.

Mayor felicidad en esta vida
 el padre tierno concebir no sabe
 a otro mortal alguno concedida,
 más sagrada misión, cargo más grave:
 ella es para él, del cielo bendecida,

de su dichosa eternidad la llave,
 y del futuro en perspectiva bella,
 todo lo aguarda de su Dios y de ella.

¡Mas cuán falsas ¡ay Dios! y cuán livianas
 las cosas son de la mudable tierra!
 ¿Quién sondará las leyes soberanas
 que el misterioso porvenir encierra?
 La aura que arrastra en pos las hojas vanas
 la torre abate que al peñón se aferra,
 y las menudas ondas de los mares
 socavan las montañas seculares.

En una tarde del quemado estío
 que entolda nube negra y tenebrosa,
 de su palacio en el jardín umbrío
 la niña entre los céspedes reposa.
 De casto sueño dulce desvarío
 la divierte la mente candorosa,
 sonriendo el gozar su fantasía
 el purísimo labio de María.

La casta mano de marfil velada
 entre su espesa y negra cabellera
 bajo la sien tranquila colocada,
 y bajo seda fácil y ligera
 su modesta figura contornada,
 el pie breve no más dejado fuera,
 parece sobre el césped su figura
 ejemplar de bellísima escultura.

¡Y cuán bella y feliz es una niña
 que con sus dichas infantiles sueña,
 y sus caprichos inocente apiña
 de universo ideal soñando dueña!
 Con infantiles galas se le alinea,
 y en poblarle con fábulas se empeña,
 y le goza de fábulas henchido
 hijas de un corazón no corrompido.

Tal le gozaba y tan feliz se veía
de su sueño infantil con las visiones,
de su palacio en el jardín María:
mientras sobre ella en densos nubarrones
el nublado apiñándose crecía
y amagaba, al rasgar sus pabellones,
sobre la tierra, desplomar airado
todos los males de que va preñado.

Ya se sentía por su vientre oscuro
ronco el trueno rodar: ya se aspiraba
el aura ingrata del vapor impuro
que en su cargado seno fermentaba:
y cual dragón enorme, que seguro
ala invisible en el ambiente traba,
y avanzaba el nublado a paso lento
cerrando en sombra la región del viento.

Viéndolo el buen Wifredo, iba afanoso,
por el jardín buscando su hija amada;
mas de no amedrentarla cuidadoso
moviendo en su redor planta callada:
Ya su ojo paternal en el frondoso
césped la ve durmiendo desuadada,
y ya en su labio paternal bullía
el dulcísimo nombre de María;

cuando hondo, ronco y repentino trueno
el nublado al rasgar crujió estallante:
se alzó la niña, el corazón ajeno
de aquel peligro de que está delante,
mas al abrir los ojos fué de lleno
a herírse los relámpago brillante,
y exhalando agudísimo lamento
volvió en tierra a caer sin movimiento.

Tomóla al punto en los amantes brazos
y alzóla en ellos el varón robusto,
de pena el corazón roto en pedazos,

tremulo el cuerpo al repentino susto;
mas ni al calor de tan amigos lazos,
ni a su voz que le turba pavor justo,
vuelve la pobre niña dolorida
señal a dar de movimiento y vida.

Por medio del horrisono aguacero
que se desgaja ya, corre exhalado
con su hija, para él peso ligero:
y con nerviosa fuerza a ella abrazado,
pasa el jardín, el pórtico, el crucero,
revuelve el caracol mal alumbrado,
y en su cámara y lecho al cabo posó
carga para él tan dulce y tan penosa.

A sus brías voces acudieron
cuantos siervos tenía en su palacio,
cuantas damas en él su voz oyeron,
cuantos curiosos admitió su espacio:
y empíricos y sabios acudieron
en tomar cuyo auxilio no reacio,
Wifredo logró, en lágrimas deshecho,
volver la vida a su virgíneo pecho.

«¡Ay!», dijo la doncella, y exhalando
débil suspiro perceptible apenas,
abrió sus ojos en redor girando
miradas ¡ay! al parecer serenas.
Mas ambas manos con afán llevando
a las pupilas, de su llanto llenas,
volviólas a apartar la desdichada
gritando con pavor: «¡No veo nada!»

«¡Hija! (exclamó poniéndose delante
de sus ojos Wifredo) ¡hija del alma!
Mira, mira, ¡yo soy! torna el semblante,
mírame aquí...» mas con siniestra calma
la doncella hacia él tendió anhelante,
la vista no, la descarriada palma,

y al asirle, burlando su deseo,
repitió tristemente: «Nada veo».

Volvió iracundo la ensañada mano
el trémulo varón contra sí mismo,
los cabellos mesándose inhumano,
y como ser en quien sópló el abismo
el espíritu infernal, matando insano
la luz de la razón y el cristianismo,
al cielo alzó los inflamados ojos,
torpe o blasfemo murmurando enojos.

Mas pronto a su razón, más sosegado
el mísero volvió, y al mismo cielo
tornó a elevar los ojos humillado,
ambas rodillas oprimiendo el suelo.
Breve oración al corazón cuidado
prestó resignación sino consuelo,
y con doliente voz que al alma llega,
dijo a los que le oían: «Está ciega.»

¡Ay Dios! era muy cierto:
la lumbré centellante
del fúlgido relámpago
que despertar la hirió,
de sus hermosos ojos
mató la luz radiante,
y un velo de tinieblas
ante ellos extendió.

Los sabios más famosos
en vano convocaron:
los siervos de Mahoma,
los hijos de la Cruz,
los sabios de Judea,
al fin desesperaron
de dar a sus pupilas
la apetecida luz.

Hermosa como siempre
la cándida María,
fingiéndose esperanzas
de curación feliz,
al angustiado conde
prestárselas quería,
y le lograba sólo
hacer más infeliz.

Atento y cariñoso,
con paternal anhelo,
el brazo la ofrecía
y la guiaba el pie,
sirviéndola de día,
y al piadoso cielo
orando por la noche
con encendida fe.

«Qué día tan hermoso
debe hacer hoy», decía
la niña, el sol sintiendo
sobre su blanca faz:
y oyéndola Wifredo,
del párpado sentía
una abrasada lágrima
huírsele fugaz.

Y su silencio acaso
María comprendiendo,
las manos alargaba
sus ojos a tocar,
y en ellas de su padre
las lágrimas sintiendo,
decía: «¿Y por qué lloras?»
y echábase a llorar.

Erraban a las veces
en dulce compañía
por una y otra senda

de su feraz jardín,
y el amoroso padre
coronas le tejía
de frescas siemprevivas
y páldo jazmín.

Gozaba sus aromas
la niña, e inocente,
cediendo a los impulsos
de instinto femenil,
ornaba con las flores
su candorosa frente,
mostrándose con ellas
más linda y más gentil.

Y en las tranquilas noches
del abrasado estío,
a otro viajero acaso
volvían a escuchar,
ya bajo el verde toldo
del emparrado umbrío,
ya sobre el alto muro
que lame inquieto el mar.

¡Oh cuán sencillos tiempos!
¡Cuán grata es su memorial!
¡Cuán dulce y cuán sabroso
oír en nuestra edad
las mágicas leyendas
de su olvidada historia,
sus crónicas sacando
de añeja oscuridad!

Edad por dos pasiones
regida y dominada,
guiada por dos astros:
la gloria y el amor.
La España por aquella
de moros rescatada,

por éste la hermosura,
corona del valor.

La edad de los prodigios,
la edad de las hazañas,
sin duda fué: nosotros,
de corazón sin fe,
sus crónicas leemos
llamándolas patrañas,
y en ellas es do el dedo
del Criador se ve.

Entonces juntamente
sin crimen invocaba
su Dios y sus pasiones
el rudo corazón,
y el cielo justo a oírle
tal vez no se negaba,
porque mezclara rudo
la fe con la pasión.

Entonces era el justo
columna de justicia:
valiente y obstinado,
mas franco el criminal;
y ajeno aun en su crimen
de hipócrita malicia,
obraba malamente,
mas confesaba el mal.

Entonces se creía:
la religión severa
objeto de sarcasmo
jamás al necio fué,
ni la mentida ciencia
se la atrevió altanera,
de sus razones santas
a demandar ¿por qué?

Pastor el sacerdote
de su rebaño en vela,

guiaba e instrufa
la ciega multitud
y aquélla le escuchaba
siguiendo sin cautela
la senda señalada
por senda de virtud.

Porque de Dios la recta
virtud apetecida,
no está en el raciocinio,
que está en el corazón;
y el que en el suyo guarda
su fe bien defendida,
le sobran los sentidos,
le sobra la razón.

Por eso en la alta noche,
cuando en silencio y calma
del buen Wifredo todo
yacía en derredor,
enviaba al firmamento
las cuitas de su alma
en oración humilde
con sincero fervor.

Y oraba por su hija,
mientras cercana ella
en cámara vecina
oraba al par por él,
y entrambas las plegarias
del noble y la doncella,
subían a las plantas
del santo de Israel.

Como al pie del altar, del vaso de oro
de perfume oriental se exhala y sube
pura, ligera, y trasparente nube
que embalsama la regia catedral,

así a los cielos la oración del justo
sobre sus alas místicas se eleva,
y el soplo de los ángeles la lleva
de Dios hasta el regazo paternal.

Y la divina madre del Dios hombre,
al acoger benigna la plegaria
de la inocente virgen solitaria,
que invocaba su amparo en la aflicción,
al ángel vaporoso de los sueños
la enviaba, y en sus alas vagarosas
bello tropel de imágenes diechosas
descendía a su casto corazón.

CAPÍTULO SEGUNDO

DE LAS RAZONES QUE TUVIERON EL CONDE
Y SU HIJA PARA EMPRENDER UNA PEREGRINACIÓN
A MONTSERRATE Y LO QUE ALLÍ PASÓ

Y yendo días y viniendo días,
tras dos años de angustias y de afán,
y de buscar inútiles remedios
que no pudieron remediar su mal,
en una noche del templado mayo,
por la ribera del tranquilo mar,
a la pálida luz de la alta luna
el conde y su hija silenciosos van.
Las ondas transparentes murmurando
se vienen a sus plantas a estrellar,
rodando lentamente unas sobre otras
con eterna y monótona igualdad.
A lo lejos tal vez se divisaba
la blanca lona del bajel pasar,
y la canción del pescador se oía
llevada por la brisa desigual.
A veces se elevaba en la llanura

el ronco y melancólico graznar de las marinas aves que en la playa buscan mansión, sustento y libertad. ¡Noche serena, deleitosa noche a quien la puede sin dolor gozar; melancólica noche para el triste en cuyo pecho la aflicción está! Tristes ideas en su mente excita su nocturno silencio y soledad, y aun el consuelo que le inspira, junto de los recuerdos con la hiel le da. Y así una noche del templado mayo, por la ribera del tranquilo mar a la pálida luz de la alta luna Wifredo y su hija silenciosos van. Y acaso desde lejos percibiendo la forma de la virgen blanquear, y las armas lucir del caballero que la presta su apoyo paternal, creyeran que el espíritu doliente de náufrago infeliz que expelle el mar, en los brazos del ángel de las aguas encontraba el amparo celestial. Y acaso al ver en la nocturna niebla rodeando la lóbrega ciudad, creyeran que velándola vagaba el espíritu de ella tutelar.

Y así, sumidos en memorias tristes, iban vagando con pisada incierta por la ribera del tendido mar; cuando a la tibia luz creyó el guerrero negra figura distinguir quizá, que a lento paso hacia los dos viniéndose con cada paso se aclaraba más. Rápido impulso de temor muy vago sintió en su pecho varonil brotar, e incomprensible repugnancia interna al ser que llega junto de ellos ya.

Era un anciano, cuya blanca barba, cuyo cuerpo inclinado por la edad, movía a reverencia más que a miedo, ministro acaso del divino altar. Báculo tosco a caminar le ayuda, ciñe sus miembros áspero sayal, y al suelo vueltos los humildes ojos severa muestra y penitente faz.

«Padre, ¿quién llega?», preguntó María, sintiendo de aquel ser la vecindad, cual si pavor la diera el que llegaba no más que por instinto natural.

«Es un anciano, contestó Wifredo.

—No sé por qué desconocido afán al sentirle probé, padre.

—Hija mía, cálmate y calla, porque ante él estás.»

«Dios vele sobre ti, noble Wifredo», dijo llegando con humilde voz el viejo anacoreta. «Él os ampare», el conde cortésmente replicó.

Y trabando de aquí plática entrambos siguieron luego y a su vez los dos: y de este modo con sonrisa dulce el anciano extranjero la empezó.

«¿Cómo tan tarde en tan desierto sitio?»

WIFREDO

El aura por gozar de la estación.

EL ANCIANO

El aura de la mar es insalubre para su mal.

WIFREDO

¿Sabéisle?

EL ANCIANO

¿Y cómo no?

La fama de esa inmensa desventura
la España entera recorrió veloz.

WIFREDO

¡Ay de mí! ¡Y cuán en balde! En toda
[ella
remedio nadie a mí pesar halló.

EL ANCIANO

Las yerbas de la tierra y sus virtudes,
secas, Wifredo, e impotentes son
cuando en el mismo mal compadecido
su dedo paternal no pone Dios.

WIFREDO

Noches y días con fervor le ruego.

EL ANCIANO

Busca quien goce su feliz favor.

WIFREDO

Vos, anciano, tal vez...

EL ANCIANO

Tente, insensato:
para tanto intentar, ¿qué puedo yo,
pecador miserable? Hay en la tierra
otros más justos que lo harán mejor

WIFREDO

¡Ah, por Dios, explicaos!

EL ANCIANO

Los peñascos
de Montserrate en su áspero fragor,
la luz esconden que sus rayos toma
en las pupilas del potente Dios.

WIFREDO

¿En Montserrate?

EL ANCIANO

Sí, Dios manifiesta
el poder de una santa intercesión
con divinos portentos cada día.
Lleva, pues, a la hija de tu amor,
si la quieres sanar, a Montserrate:
y en la grieta más honda de un peñón
que en las nubes esconde su alta cresta,
el justo habita, y con el justo Dios.

Y así diciendo, el misterioso anciano
sus pasos adelante enderezó,
de la esperanza el bálsamo vertiendo
de María en el limpio corazón.
«¿Do vais?, dijo atajándole Wifredo,
en mi palacio reposad, señor,
y admitid a lo menos hospedaje
por esta noche.

—Es lejos donde,
las horas de la noche son muy breves
y todas me hacen falta», replicó
siguiendo su camino el extranjero.
Todavía insistiendo el buen barón,
«mis gentes, mis caballos, todo es vuestro»,
le dijo: y el anciano en ronca voz
«Basta, repuso, límites no tiene,
Wifredo, para mí la creación.
Y la raza del hombre toda entera
no podrá nunca lo que puedo yo.»

Y así diciendo, como arista leve
que arrebató del suelo el aquilón,
una sonora ráfaga pasando
al monje entre sus ondas arrastró.

Tembló María el percibir su rastro,
arrodillóse atónito el barón,
y de ir a Montserrate voto hicieron
a vista del prodigio ambos a dos.

Cual marinero errante, que perdido
su soberbio bajel, contra las olas
lucha a los restos del bajel asido
cercana viendo la ribera ya:
cual golondrina errante que los mares
cruza extraviada y la cansada pluma,
agita conociendo los lugares
donde a anidar acostumbrada está;

cual cierva que en la fuerza del estío
sedienta vaga por el bosque espeso
y el agua oyendo del cercano río
hacia él se lanza cuando el agua ve:
así impaciente la infeliz María
en alas del deseo y la esperanza,
llegar a Montserrate apetecía
con inspirada y religiosa fe.

Wifredo al par con la esperanza misma
el sol de la partida apresuraba,
y con la misma fe ver esperaba
la omnipotencia santa del Señor.
Inmensa suma de regalos y oro
y comitiva inmensa prevenía,
y un santuario fundar se proponía
y hacer del penitente un fundador.

«En medio de las peñas solitarias
monasterio suntuoso se levante:

memoria eterna que el prodigio cante,
señal eterna del favor de Dios.

«Bajo sus anchas bóvedas, eternos
«himnos de gracias al Señor resuenen,
«y sus campanas el desierto atruenen,
«el alma al cielo remontando en pos.»

Así exclamaba el piadoso conde
de su fe en el fervor,
con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Del fresco mayo en la postrer mañana
al despuntar el sol,
con su hija y comitiva numerosa
de la ciudad salió.

Por plazas y por calles se agolpaba
su inmensa población,
todos rogando por la hermosa niña
a la piedad de Dios.

Y así de Montserrate enderezaron
al áspero fragor,
y en la distancia del camino largo
la comitiva santa se sumió.

Aún se alcanzaba de las altas torres,
como leve vapor,
el polvo espeso que sus pies alzaban,
pero también al fin se disipó.

A Montserrate van. ¿Pero quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad
el que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?
Sí, Dios es Dios: y Dios tan sólo puede
romper el velo a la futura edad,

sólo a sus ojos el destino cede;
Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

II

Entre los rudos peñascos
que por la extensión desierta
de Montserrat, en las nubes
esconden sus altas crestas,
entre los cóncavos huecos
de sus oscuras cavernas,
guardada oculta y salvaje
de reptiles y de fieras:
en medio de aquellos valles
do en lagos el sol fermenta
los vapores que son nubes
empezando en leve niebla:
allí donde humanas voces
a los ecos no despiertan,
ni el humo de los hogares
en espirales se eleva,
de un gigantesco peñasco
en la socavada grieta
pasa sus días un hombre
en áspera penitencia.
Rústico sayo le viste,
e insípidas le alimentan
agua de un arroyo manso,
raíces de cruda yerba:
y a su escondida morada
diez años ha que no llegan
más que las águilas que hacen
su nido en aquellas peñas.
Una de techó le sirve,
y audaz la naturaleza
por un capricho inclinándola,
la colocó de manera
que el corazón más valiente
temblara entrar bajo de ella,

por miedo de que al hundirse
su sepultura no fuera.
Tosca cabaña de troncos,
espinos y ramas secas,
construyó allí el eremita
por su morada eligiéndola:
y allí los días y noches,
en soledad y abstinencia
pasando, el cielo conquista
y en paz a la muerte espera.
Y ni el alma de aquel justo
rumor mundano atormenta
con sus pasiones mezquinas
de vanidad y de tierra,
ni en sus santas devociones
sumida, jamás recuerda
los humanos devaneos,
ni las delicias terrenas.
En todo cuanto sus ojos
en torno suyo contemplan,
a Dios solamente mira,
a Dios nada más encuentra.
Las florecillas silvestres
que escasas tal vez vegetan,
los arbustillos que exhalan
campesino olor, la tierra
que da al gusano guardada
y sustento a aves y a fieras,
los mil vistosos insectos
que por la atmósfera vuelan
al sol tendiendo sus alas
que sus rayos transparentan,
todo, todo de su Dios
el poder le manifiesta,
y él le conoce y le adora
en sus obras más pequeñas.
Así pasa Juan Guarino
su virtuosa existencia,

siendo del cielo delicia
 y haciendo al infierno guerra.
 Y aunque en el uno fiado
 tal vez al otro desprecia,
 Satán, que es muy poderoso,
 fieros combates le apresta.
 Y aunque con astucia inútil
 de continuo le guerra,
 y con oración y lágrimas
 Juan de continuo le ahuyenta,
 es mucho lo que le irrita
 su virtud y penitencia
 para que Satán el campo
 de la tentación le ceda.
 Angel que bebió algún día
 del manantial de la ciencia
 con que el Hacedor supremo
 cuanto es y será penetra,
 del corazón de los hombres
 conoce bien la flaqueza
 y por su entrada más débil
 sus tiros sagaz asesta.
 Contrario irreconciliable
 del Dios cuya omnipotencia
 conoce, hollado y vencido
 por su poderosa diestra,
 ya que contra el mismo Dios
 volverse otra vez no pueda,
 en buscar imperfecciones
 sobre sus obras se empeña,
 y de sus manos el hombre
 siendo la obra más perfecta,
 de su despecho a la saña
 es la obra más expuesta.
 Y «¡Mío es el mundo!», exclama,
 viendo la locura ciega
 con que al pecado los hombres
 desbocados se despeñan.
 Mas cuando en medio su turba

un justo a encontrar acierta,
 por derribar a aquel justo
 olvida su raza entera.
 Y ¡ay si a impulso de su astucia
 o de su malicia inmensa,
 logra engañarle o vencerle,
 que tras la culpa primera
 tal vez le arrastra al abismo
 y a Dios insulta y blasfema!

Y así de aquellos peñascos
 entre las cóncavas grietas,
 entre consuelos y lágrimas
 que Dios y Satán le aprestan,
 pasa el justo Juan Guarino
 su virtuosa existencia,
 siendo del cielo delicia
 y haciendo al infierno guerra.

De las agudas montañas
 tras de las enhiestas lomas,
 una alborada de junio
 rayaba apenas la aurora.
 Ya el sol a través brillaba
 de nubes de azul y rosa
 con que al salir, los espacios
 del horizonte se alfombran:
 ya los purpúreos destellos
 de su lumbré creadora
 reflejaban del rocío
 en las cristalinas gotas,
 y en las aguas del arroyo
 y en las relucientes rocas,
 cuya superficie pulen
 los vientos que las azotan;
 ya a su influencia se veían
 de las quebradas recónditas
 elevarse trasparentes

nieblecillas vaporosas,
 y al reflejo de la lumbre
 que desde lo alto las dora,
 tomaban ricos cambiantes
 y tintas encantadoras:
 ya de sus lóbregas grutas
 a las escondidas bocas
 los reptiles asomaban
 a ver su luz bienhechora,
 y abajo en el valle oscuro
 las avecillas canoras
 himnos cantaban al alba
 despertando bulliciosas:
 cuando saliendo Guarino
 a la entrada de su choza
 y de rodillas poniéndose,
 al Dios que amanece adora.
 Mas con harto asombro suyo,
 rompiendo la pura atmósfera
 a sus oídos llegaron
 voces de humanas personas.
 Tendió la vista a la falda
 de las empinadas rocas
 y de gran tropel de gente
 las vió rodeadas todas.
 Todos los ojos se tienen
 hacia él, todas las bocas
 le llaman, todas las manos
 suplicantes se le tornan.
 Delante de aquella turba
 por una senda tortuosa,
 conduciendo un cortesano
 a una niña encantadora,
 subía a espacio acercándose
 a su cabaña. Medrosa
 el alma de Juan Guarino,
 juzgando farsa ilusoria
 de tentación infernal
 cuanto ve sobre las rocas,

siguió orando de rodillas,
 como quien sabe que logra
 vencer la oración constante
 las tentaciones diabólicas.
 Y en el espacio los ojos
 que le nublan ardorosas
 dos lágrimas penitentes,
 en su devoción se arroba,
 sin que de la gente el ruido,
 que ya de cerca le acosa,
 su pensamiento distraiga,
 turbe su oración devota.
 Virtud que sólo concede
 de Dios la misericordia
 a quien en él cree de veras,
 a quien de veras le invoca.
 Ante esta virtud sublime,
 ante esta fe religiosa,
 postraos enmudecidas,
 mundanas pasiones locas.
 ¡Callad y desvaneceros,
 necias y mundanas glorias
 que el nombre de inspiraciones
 os apropiáis mentirosas!
 Inspiración del que canta
 torpes y profanas trovas:
 inspiración del que pinta
 desnudez escandalosa:
 inspiración del que a mármoles
 da provocativas formas,
 ¡ja esta inspiración postraos,
 que es más santa que vosotras!
 DIOS ES EL GENIO: él inflama
 su inspiración vigorosa
 en las almas que con ella
 a altas hazañas se arrojan.
 DIOS ES EL GENIO: y donde él
 no enciende su luz radiosa,

ni hay inspiración ni hay genio,
no hay más que miseria y sombras.
Y esta inspiración divina
es la que Guarino goza
cuando María y Wifredo
ante él humildes se postran.
Y de este célico arrobamiento
es del que Guarino torna
cuando estas palabras oye
del conde de Barcelona.

«Hombre santo, en quien habita
el espíritu sublime
del Dios cuyo aliento solo
alimenta cuando existe,
mira a tus plantas y dúelante
dos seres a quien aflige
pena por el cielo impuesta
en su juicio incomprensible.
Relámpago repentino
cerró las puertas sutiles
del ver a los claros ojos
de esta doncella: y humildes
a suplicarte venimos
que otra vez los ilumines,
y del Dios en quien creemos
la grandeza patentices.»

JUAN GUARINO.

¡Apartaos, tentadores!
¡Vagos fantasmas, huíme!
Dios su poder no demuestra
por instrumentos tan viles.
Dios es grande, sí, muy grande:
mas prodigios tan insignes
no ha de fiar a mis manos
hechas de tierra y de crimen.
Dejadme, apartad.

WIFREDO.
En vano
vuestra humildad se resiste,
la voz del cielo a estas peñas
milagrosa nos dirige.

GUARINO.
¡Señor, si me da el orgullo
esta tentación horrible,
si este poder me atribuye
Satanás por afligirme,
o dadme fuerza, Señor,
y fe para resistirle,
o mostrad vuestro poder,
y que el soberbio se humille!

Así exclamó el penitente,
y a la doncella la voz
dirigiendo dijo: «Eleva,
mujer, en nombre de Dios,
al firmamento los ojos
y alúmbretelos el sol.»
Y obedeciendo María,
miró a los cielos, y vió.

Postróse el conde de hinojos
adorando al Criador:
la comitiva asombrada
por tierra se prosternó,
y elevando Juan Guarino
al cielo su corazón,
las manos al sol tendidas,
un punto en silencio oró.
Gozaba absorta María
de la luz el resplandor,
por todas partes mirando

con grata enajenación,
 y pasaban sus miradas
 en escrutinio veloz
 de una peña en otra peña,
 de una flor en otra flor,
 recordando con delicia
 las ideas que guardó
 de su ceguera en las sombras
 de la luz y del color.
 Lanzó el infierno un gemido
 de despecho y confusión,
 contra Guarino aprestando
 todo entero su furor:
 y el justo, que interiormente
 el ataque presintió,
 preparóse a resistir
 su más fuerte tentación.
 Y comenzando, avisado,
 por el contrario mayor,
 vuelto a Wifredo y su gente
 de esta forma les habló:

«Ya Dios de remediaros fué servido:
 de vuestra alma adoradle en lo profundo,
 y apartaos de mí, que con el mundo
 no puedo nada de común tener.
 Mis votos escucharos me prohíben,
 y está robando a Dios vuestra presencia
 el tiempo de oración y penitencia
 de que mi salvación ha menester.»

Así habló el justo y acogerse quiso
 al fondo de su gruta retirada,
 cuando María le atajó postrada,
 cayendo ante sus pies, hablando así:
 «La luz de Dios por mis cegados ojos
 entró en mi pecho, y a su luz divina
 la niebla del futuro se ilumina
 y leo lo que guarda para mí.

«Las inmensas riquezas de mi padre
 me elevarán un santo monasterio
 en medio del silencio y el misterio
 de esta extensa y desierta soledad.
 Yo eternamente en su recinto sacro
 alabaré de Dios la omnipotencia;
 y en él ha de acabarse mi existencia
 y ha de empezarse en él mi eternidad.

«De esta montaña, en cuya excelsa cum-

bré
 volví a gozar la luz del mediodía,
 no bajaré ya más; la planta mía
 otra tierra a pisar no volverá.»
 Tembló al oír el penitente austero
 tan gran resolución, al punto mismo
 el lazo viendo que el contrario abismo
 tendiendo astuto a su virtud está.

Presentóse a su mente la grandeza
 de su alta santidad; mundano orgullo
 brotando cual vapor en su cabeza,
 descendió a oscurecer su corazón,
 y un momento en la duda vacilando
 de la afanosa e interior pelea,
 calló, temiendo que vencida sea
 la recta fe por mundanal razón.

A María con lágrimas Wifredo
 postróse a suplicar, pero fué en vano:
 ella le dijo: «No, padre: no puedo
 a la voz de los cielos resistir.»
 Tornó el padre a insistir y a negarse ella,
 la religión y el mundo largo trecho
 combatiendo de entrambos en el pecho.
 Pero túvose el mundo que rendir.

Y alzando entre los peñascos
 de la desierta montaña

cabe la de Juan Guarino
 otra rústica barraca,
 y el conde y los suyos yéndose
 a la ciudad más cercana,
 en la soledad dejaron
 a la doncella con lágrimas.
 Wifredo desde aquel punto
 las órdenes necesarias
 para alzar el monasterio
 expidió por la comarca.
 Cundió por ella el prodigio,
 y a Barcelona llevándola
 la fama, la celebraron
 con fiestas y luminarias.

CAPÍTULO TERCERO

QUE TRATA DE UN MISTERIO QUE SE ACLARA
 MÁS ADELANTE, Y EN OPORTUNO LUGAR.

I.

En tanto, allá en las alturas
 de las peñas solitarias,
 el ermitaño y María
 al cielo en unión alaban.
 Y la doncella de hinojos
 ante la imagen sagrada
 de la Madre del Dios niño,
 las horas orando pasa,
 y el eremita en su choza
 con toda la fe de su alma
 dando por tales favores
 a Dios acciones de gracias.

Era del día siguiente
 la hora apenas del alba,
 cuando el penitente austero
 salía de su cabaña.

Ya en el césped de la roca
 de hinojos María estaba,
 bendiciendo al Dios que alumbraba
 la luz que el oriente baña.
 Y suelto el cabello rizo
 por la mal cubierta espalda,
 cuyas hebras de azabache
 mece revoltosa el aura,
 al cielo alzados los ojos,
 ambas las manos cruzadas
 sobre el pecho, y el semblante
 alumbrado por la blanca
 luz de una aurora de junio,
 que entre nubes de oro radia,
 parecía la doncella
 imagen leve y fantástica,
 que crea el sueño de un niño
 sin comprenderla ni amarla.
 Los ojos de Juan Guarino
 la vieron, y contemplándola
 quedaron por un instante
 con indecisas miradas.
 Pidióle al verle la niña
 su bendición, y él al dársela,
 sobre la hermosa cabeza
 tendió las enjutas palmas.
 «Orad, la dijo, y velad,
 porque muy rudas batallas
 que sostengáis será fuerza
 contra Satán...» y apenada
 repuso ella: «Padre mío,
 Dios por vuestros labios habla
 sin duda, y en vuestro pecho
 su fuerza depositada
 tiene; guiadme, instruídme,
 y si batallas me aguardan,
 enseñadme a resistirlas,
 acostumbradme a afrontarlas.
 —Si haré, mi deber es este,

Y si en mí el Señor derrama
su luz, y su omnipotencia
su fe en mi pecho no apaga,
sobre el ángel de tinieblas
ha de apoyarse tu planta.

Y así diciendo Guarino,
de la doncella se aparta,
perdiéndose de las peñas
entre las hondas quebradas.

De mil varios pensamientos,
de mil sensaciones varias
su espíritu atormentado
por el monte caminaba;
y apoyándose en un pino
en una nudosa rama,
por el desierto callado
el buen penitente avanza.
¡Penoso es, duro, terrible
el viaje que hacer nos manda
la justicia del Señor
cuando a la tierra nos lanza!

Terribles son en el mundo
las tentaciones mundanas,
y allí en contra de los hombres
mucho Satanás trabaja.

Pero, ¡con cuánta más furia
su infernal poder desata
contra el alma que del mundo
en el desierto se guarda!

Todo le desencadena,
toda su astucia nefanda
contra la virtud del justo
empeña por derrocarla.

Traidores lazos le tiende,
viles amaños le fragua,
de variadas formas se viste,
de varios modos le asalta.

Dios le dejó gran poder
e infinita perspicacia,
y el espíritu satánico
aborrece nuestra raza.
¡Ay de aquel cuyos sentidos
tan alerta no se hallan
que con alguna quimera
el espíritu le engaña!
Tiéndale el Señor su mano,
porque, si el Señor le falta,
será su virtud despojo
de la diabólica audacia.

La punta de alto peñón
el eremita doblaba
que de un abismo a la boca
sobresalía inclinada,
cuando al apoyar el pie
sobre la vereda escasa,
faltóle un punto la tierra:
las manos extendió rápidas,
mas lejos de todo apoyo
ya el cuerpo se despeñaba,
cuando sintió que le asía
con ayuda inesperada
una mano vigorosa
que a la muerte le robaba.
Fijó los pies en seguro,
y volviendo la faz pálida,
vió a otro severo ermitaño
que a tenerse le ayudaba.
Hízosele a Juan Guarino
allí su presencia extraña,
mas dióle sinceramente
(después de a los cielos) gracias:
y entendiendo la extrañeza
que Juan Guarino mostraba,
entabló de esta manera
el otro ermitaño plática.

ERMITAÑO

Veo que mi presencia en estos sitios
os extraña, ¡oh Guarino!

GUARINO

Sí, en verdad:
diez años ha que los habito, y solo
en ellos siempre me cref.

ERMITAÑO

Ya va
más de un invierno que sus rudas peñas
a mí también habitación me dan.

GUARINO

Nunca os he visto, ni noticia fuve,
santo eremita, de fortuna tal.

ERMITAÑO

Algo lejos de aquí me hice una choza
y de ella salgo rara vez.

GUARINO

¿Quizá
sitio buscáis mejor?

ERMITAÑO

No; vengo a veros,
que la fama hasta allí me fué a llevar
la nueva del prodigio que habéis hecho,
y venero tan grande santidad.

GUARINO

Dios fué servido a mis mortales ma-
[nos
por un momento su poder prestar.

ERMITAÑO

Y yo vengo a adorarle en sus prodigios.
¿La feliz criatura, dónde está?

GUARINO

En esas rocas su morada ha puesto,
do quiere un monasterio edificar.

ERMITAÑO

¿Y así la abandonáis?

GUARINO

Dios es muy grande,
mas débil es mi corazón mortal;
me alejo del peligro.

ERMITAÑO

Juan Guarino, a
injuria a Dios tan ruin debilidad.

Quien muestra en vos su grande omnipo-
[tencia

¿su auxilio en el combate os negará?

Por vos estos desiertos, lo preveo,
de austeros monjes a poblarse van,
y flores fragantes que del mundo impuro
van el árido campo a embalsamar.
Por vos, Guarino, sus ejemplos santos
muchas almas al cielo volverán,



muchos impíos sus contritos ojos
al piadoso cielo han de elevar.
¿Y por no arrostrar vos peligro escaso
de que os guarda vuestra alta santidad,
vais a dejar que la mujer voluble
ceda inexperta al tentador Satán?
Si él la recuerda la mundana pompa,
todo el terreno bien que deja allá,
acaso sus designios olvidando
a ese mundo otra vez quiera tornar.
Y entonces ¡ay! en vez de monasterios,
en vez de monjes que a morar vendrán
sus claustros y estas rocas, en su seno
lloraremos nosotros nada más,
estériles palmeras infecundas
que ni sombra ni flor podremos dar.

Así hablaba el anciano y sus palabras
con respeto y dolor oía Juan,
y le daba en el fondo de su pecho
la razón imposible de negar.
Batallaba la suya acongojada,
suspensa entre el peligro y la verdad,
sin acertar a sacudir su espíritu
el peso enorme de tan hondo afán.
«Volved a vuestra gruta, le decía
el venerable viejo, id, y soplad
el fuego santo que la enciende el alma
y a su alma débil fortaleza a dar.
¿Qué puede la hermosura, ¡oh Juan Gua-
rino! atractivos tener a ojos que están
a contemplar de Dios acostumbrados
la hermosura y la lumbré celestial?
Id y venceos: conquistad del todo
para el cielo de Dios su alma inmortal,
y si a la vuestra Satanás se acerca,
como quien sois con su poder lidiad.
Ese es vuestro deber.»

Dios le dejó GUARINO
Yo lo conozco,
santo ermitaño, y mi deber real
veo que Dios para intimarme os manda
y obedezco su voz.

ERMITAÑO
Aún haré más:
pondré bajo esta peña mi cabaña,
a mi choza venid en vuestro afán,
y de la loca tentación el peso
dividiremos ambos por mitad.

Postróse ante sus plantas Juan Guarino,
y sintiendo sus fuerzas aumentar
a la voz del anciano venerable,
cedió humilde a su justa voluntad.
Quedó el viejo en el borde de la sima,
viéndole hacia su gruta caminar,
su figura elevándose sombría
encima del peñasco colosal.
Es un anciano cuya blanca barba,
cuyo cuerpo encorvado por la edad,
a reverencia mueve más que a miedo,
ministro acaso del divino altar.
Báculo tosco a caminar le ayuda,
ciñe sus miembros áspero sayal,
y al valle vueltos los sombríos ojos
severa muestra y penitente faz.
Pero la negra sombra que proyecta
sobre la roca cuando el sol le da,
mancha siniestra en el peñón dibujá
de contornos horrendos de mirar.
Sombra que vida en su interior parece
tener... ilusión óptica quizás.
Al fin, tras el peñón desapareciendo,
volvió todo al silencio y soledad.

II

A más de la mitad de su carrera
ya en el cóncavo azul llegaba el sol,
cuando, a los pies del venerable anciano
prosternado con honda confusión,
escuchaba Guarino, él conminándole
de esta manera con airada voz:

«Miserable de tí! Tu infando crimen
del mundo nos va hacer la execración,
siendo por tí el escándalo del mundo
y objetos de la cólera de Dios.

Esa mujer, al acusarte, entera
traerá la raza humana en derredor
a maldecir la hipócrita malicia
que encerraba tu torpe corazón.

El prodigio real que por tus manos
piadoso Dios y omnipotente obró,
a diabólica magia atribuido

será sin duda, sí. Mira el baldón
con que cubres, ¡infame! estos desiertos
santuarios otro tiempo del Señor.

—¡Ay! ¡ay de mí, exclamaba Juan Guarino
con eco del más íntimo dolor,
todo el infierno a castigarme es poco
a lavarme de crimen tan atroz.

—Pues piensa, le decía el otro anciano,
piensa en el modo que podrá mejor
ocultar a los ojos de la tierra
ejemplo de tan vil profanación,

al menos porque en todos no recaiga
la pena que uno solo mereció.

—¿Y eso me aconsejáis? ¿Y es éste el modo
de ayudarme a arrostrar la tentación?

—¿Y qué puede tenerte, miserable,
en la senda del mal y del error?

Cubre al menos tu crimen en la sombra
del misterio, y al menos desde hoy

evita de tu crimen el escándalo,
peccado que maldice el Salvador,
Tal vez el vulgo crédulo, engañado
por tu virtud hipócrita anterior,
en un milagro más creyendo estúpido,
te tribute mayor veneración.
Borra astuto su rastro de la tierra,
engaña al universo por tu honor,
y piensa bien que volverá su gente
mañana y urge que lo enmiendes hoy.»

Y así diciendo, el eremita anciano
de hinojos en las peñas se postró,
abismado dejando a Juan Guarino
en horrenda y febril meditación.
Veíase que dentro de su pecho
empeñada traían con furor
espantosa batalla sus pasiones,
desgarrando su triste corazón.

Y en el borde sentado del peñasco,
fijo, inmoble, en silencio... ¡Daba horror
contemplar su semblante contraído
de sus hondos tormentos expresión!
Así Guarino batallando a solas
dos largas horas de pesar pasó,
y dos horas el monje venerable
sin entibiar un punto su oración.

Al fin Guarino, cual peñada nube
que arrebató en sus alas el turbión,
con rauda paso y con temblor convulso
del anciano en silencio se apartó.
Dejó aquél su postura penitente,
sus miradas de Juan tendiendo en pos,
vaga sonrisa contrayendo el labio,
sus ojos infernal satisfacción.

Ya a Guarino perdido entre las peñas
no se alcanzaba a ver, mas el siguiente

cual si a través del monte le alcanzara mirándole con íntima atención.

En ella unos minutos pasó el monje, de ellos al cabo a parecer volvió

Guarino descompuesto y alterado, diciendo al monje con horrenda voz:

«Viejo, todo está hecho; no habrá escán- [dalo:

¡Maldito el día que nacer me vió!»

Ronca, histérica, horrible soltó entonces el monje repentina careajada, que de Juan en el ánima espantada como afilado acero penetró.

Volvió la vista atónita hacia el sitio do vió al volver al eremita santo, y su vista y su sangre heló de espanto lo que a su lado en su lugar halló.

Gigantesca, satánica figura de inmensas alas que ante el sol tendía y el resplandor del sol oscurecía, sus fieros ojos en su faz clavó. Sobre el monstruoso labio le mostraba sonrisa de desprecio triunfadora, y con solemne voz aterradora en sarcástico tono así le habló:

«¿Quién trajo esa mujer a este desierto?

»¿Quién de sus ojos apagó la lumbre?

»¿Quién a par con la inmensa muchedum- [bre

»el milagro de Dios reconoció?

»¿Quién encendió un volcán en tus en- [trañas

»de furiosa y carnal concupiscencia?

¿Quién diez años de llanto y penitencia

inutiliza en un instante? Yo.»

Dijo Satán, y las enormes alas en la nublada atmósfera tendiendo, por el espacio se perdió diciendo: «¡Maldito el día que nacer te vió!» Y los cóncavos ecos de las peñas al bronco son de su garganta heridos, repitieron su voz estremecidos, y estremecido el monte vaciló.

Quedóse el penitente al borde de la roca sentado, sin aliento, sin voz, ni voluntad, sumido en la amargura; y por su mente loca rodaban las ideas en ronca tempestad.

Confuso torbellino de espíritus impuros escucha imperceptibles zumbar en torno de él; sus labios se resisten a preces y conjuros, y el aire que respira le amarga como hiel.

«¡Diez años de virtudes,
»de austera penitencia,
»diez años de esperanzas,
»de lágrimas y afán
»perdidos en un punto!
»¡Cedió mi resistencia
»a la tenaz astucia
»del tentador Satán!

»¡He cometido un crimen
»horrendo, abominable!

«Un crimen que no tiene
 «disculpa ni perdón...
 «¡Soy presa del infierno!»
 Decía el miserable
 mirando hacia el abismo
 con bárbara intención.

«Dios es muy compasivo»,
 decía su conciencia;
 «mi culpa es infinita»,
 decía su razón:
 Y entre la muerte fácil
 que tiene en su presencia
 y el arrepentimiento
 vacila el corazón.

CAPÍTULO CUARTO

DONDE VERÁ EL LECTOR UN CAPRICHOS
 QUE TUVO EL AUTOR AL ESCRIBIR LA
 PRESENTE LEYENDA.

¡Ay triste del viajero que pierde su camino
 por el espeso bosque donde extraviado fué!
 ¡Ay triste del que el cielo de su feliz destino
 con negros nubarrones encapotarse ve!

¡Ay triste del que siente que airado tor-
 [bellino
 la lámpara le apaga de su dudosa fe!
 Y ¡ay triste del que sufre, cual sufre Juan

[Guarino,
 tribulaciones tales de la montaña al pie!
 El día entretanto pasando declina
 cercano al dudoso crepúsculo ya:
 con rayos postreros el sol ilumina
 la faz de Guarino, que inmóvil está.

Cualquiera que de lejos le mirara
 tan inmóvil yacer sobre el peñón,

por efigie sin vida le tomara,
 por sueño vano, o ideal visión.

Él, sus ojos sombríos errantes
 fijos tiene en ocaso, sin ver
 los destellos del sol fulgurantes,
 que se va el horizonte a sorber.

Y la pena de su alma
 embrutece su razón,
 y en siniestra y fría calma
 paraliza el corazón.

Cual suele tras sombrío
 espeso nubarrón
 brotar en el estío
 mefítico vapor,
 que deja nuestro espíritu
 sin fuerza ni vigor;
 cual pesadilla odiosa,
 que en sueños nos acosa
 girando en fatigosa
 perpetua confusión,
 sin que podamos débiles
 calmar su agitación.

Tal su ánimo al peso
 de crimen secreto
 prensado y sujeto
 con miedo se ve,
 y a impulso de asombro
 que infúndele pánico,
 el soplo satánico
 ni espera ni cree.
 Y solo y sombrío,
 inmóvil, callado,
 al borde sentado
 del peñón está,
 la sima profunda

mirando indeciso,
 por sino preciso
 teniéndola ya.
 Y en tanto que siento
 pesada la vida,
 ay, al ánima olvida
 y al cielo quizá,

sepultando
 su áurea lumbre
 tras la cumbre
 el sol va,
 sus postreros
 resplandores
 tembladores
 dando ya.

Sobre el cárdeno
 horizonte
 a que el monte
 pone fin,
 se despida
 de la tierra
 que ha en la sierra
 su confín.

Y se mira
 ola ancha hoguera
 o de su esfera
 vacilar:
 más radiantes
 y más bellos
 sus destellos
 al finar.
 Y solo y sereno
 Y sus rayos
 por las crestas
 de las cuevas
 al tender,

del prado hacen
 por la alfombra
 su ancha sombra
 negrecer.

Rojas nubes
 le coronan,
 que amontonan
 en redor
 los vapores,
 que pasando
 va creando
 su calor.

Y sus pliegues,
 más espesos
 y más gruesos
 cada vez,
 entoldando
 en masa densa
 van su inmensa
 brillantez.

Poco a poco
 su cerrado
 y agrupado
 nubarrón,
 en su centro
 da al sol puro
 un oscuro
 pabellón.

Poco a poco
 descolora
 y devora
 su arrebol,
 y así el día
 roba al orbe
 cuando sorbe
 todo el sol.

Queda envuelto
de este punto
todo junto
en luz igual;
y en el cárdeno
horizonte
sobre el monte
cardinal,

jirón rojo
desgarrado
del cerrado
pabellón,
queda suelta
nube roja
que acongoja
al corazón.

Banda torva,
que tendida
por la corva
loma hendida
de las peñas,
va rasando
por las breñas
de la cumbre,
y apagando
las centellas
de la lumbre
que da el sol.

Lienzo rojo
que demuestra
de alto enojo
la siniestra
señal santa:
y en pos suya
se adelanta
y en pos suya

Y a cada
a cada
de sus
se levanta;
con él viene,
con él gira,
cuando nace,
cuando expira:
con él hace
su camino
matutino
o vespertino
de él perpetuo
girasol.
Nube hermosa
que se inclina
la colina
a trasponer,
circundando
su camino
purpurino
rosicler.
Nube errante,
pasajera,
vagarosa
do contempla
Juan Guarino
el destino
que le espera.
Que expirante,
congojosa
e indecisa
a su labio
la sonrisa
postrimera
le arrancó;
y el agravio
a su Dios hecho
en el fondo de su pecho
con su luz iluminó.
Luz postrera

de esperanza,
que ir ligera
Juan alcanza
desde el monte,
su alma ajena,
no de pena,
mas de fe.

De la cresta
de la roca
más enhiesta
puesto al pie,
contemplando
cual con blando
movimiento
surca el viento
se le ve,
mientras rota
informe, vaga,
su derrota
va acortando
pie tras pie.

Palidece,
se enrarece,
se consume,
desaparece...

Ya se sume,
ya se fué.

Y noche
sombra,
tras día
fugaz,
aleja
su alma
de calma
y solaz.

Y feas,
y varias,
contrarias
ideas
están
su mente
quemando,
doblando
su afán.

Y el cielo,
y el suelo
velando
se va:
la noche
se cierra;
la tierra
pavura
de oscura
le da.
Y en tanto
que acude
al llanto
quizá,

cuanto
existe
niebla
triste
puebla
ya.

Las sombras
más densas
y extensas
doquier,
sus velos
desplegan

y ciegan
el ver.

Y la tierra
toda inunda
la profunda
lobreguez;
montes, valles
y collados
sepultados
a su vez.

Espesas nubes
que apiña el viento
al firmamento
robando van
su luna pálida;
las luces bellas
de sus estrellas
muertas están.

Y en vez de los ojos
sirviendo el oído,
ya sólo es el ruido
quien guía los pies,
al alma infundiendo
sus vagos rumores
extraños temores
de mundo que no es.

Y se oye por las peñas
sonar en las montañas
de fieras y alimañas
los pasos o la voz,
mostrando en sus sonidos
sus cóncavos gruñidos,
sus ásperos graznidos
ya agudos y ya graves
las fieras y las aves
su natural feroz.

Y a cada tenue lamento,
a cada salvaje son
de ave o fiera, de agua o viento,
se estremece el corazón.

¿Y quién podrá en tal momento
dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
por medio tan denso nocturno vapor?
¡Quizá entre las peñas perdido el camino
sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque ¿quién los senos abrir del destino
podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía
que su remordimiento al hombre da!
Quizá a Guarino al despuntar el día
sentado en el peñón encontrará,
de sí mismo espantado todavía,
muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
monte, llano, río, desierto y ciudad
en lóbrega noche, doquiera dormido
cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
resuena por los senos de las montañas ya.
Y sólo tal vez se oye el susurrar del viento
o el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día
y la rosada lumbre de la aurora
tornó a ahuyentar la umbría
nocturna oscuridad: encantadora
con nueva juventud, con nueva vida,
tornó naturaleza

a mostrarse de nuevo enriquecida y con doblada belleza.

Y el día entraba apenas, cuando a lento cansado caminar, por la aspereza subía la montaña Wifredo, y de María a la cabaña llamó llegando con pausado acento. Mas nadie dentro respondió: María ausente estaba de ella.

Llamó a la de Guarino, mas ¡ay! estaba sola como aquélla.

Siguió el conde a la altura subiéndolo. Desde allí se descubría gran trecho de montaña y de llanura, mas no alcanzó a Guarino, ni a María.

A voces los llamó, mas a sus voces respondieron no más ecos lejanos, cuyos sonos livianos se llevaron las ráfagas veloces.

A su gente llamó desesperado, corrió el pueblo exhalado: sus siervos, sus vasallos, sus amigos por doquiera los montes recorrieron: en lo espeso del monte se metieron, pero en vano en los montes se cansaron: ¡ay! con el rastro de ninguno dieron.

Presa el conde de amargo sentimiento y de fiebre ardorosa, cercano de su muerte vió el momento, y a manos de su horrenda desventura llevóle a su corte populosa, su enfermedad rayando en la locura.

Y el vulgo maldiciente se perdió de una en otra conjetura, haciendo cada uno más oscura la historia y la razón de este accidente, y cada uno a su antojo a Dios o a Satanás atribuyendo la oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO QUINTO

DE LA EXTRAORDINARIA ALMAÑA QUE LOS MONTEROS DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS PEÑAS DE MONTSERRATE.

Un día y otro día, de púrpura y de grana entre vistosos grupos de nubes y arrebol, igual, indiferente nacer cada mañana para el alegre vemos y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina la creación entera, en torno de ella vueltas infatigable da, mas cuanto con su lumbre fecunda en la postrera, tornándolo en estéril en la siguiente va.

Él cubre los vallados de flores y verdura: él hace escaso arroyo lo que ancho río fué; él da a los secos árboles fructífera espesura: él cría el gusanillo, que los corroe el pie.

Y al que hoy dejó llorando en abandono y duelo, mañana encuentra alegre y venturoso ya:

y al que dejó olvidado
 en su placer del cielo,
 mañana ve que hundido
 en el dolor está.

Las unas tras los otros,
 los días y las horas
 del mísero Wifredo
 pasando van así:
 las últimas acaso
 de calma precursoras,
 que el bien ni el mal eternos
 jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra
 por diferentes modos
 concluye todo luego,
 varía sin cesar,
 y al cabo en nuestros males
 nos consolamos todos
 de lo que ya ha pasado
 con lo que va a pasar.

Seis años se pasaron,
 y con la edad se fueron,
 si bien de sus pesares
 los torcedores no,
 los males que al sepulcro
 cercano le pusieron,
 y aun sus recuerdos casi
 el tiempo adormeció.

Sí, que aunque guarda entera
 el alma de Wifredo
 las lúgubres memorias
 de su pasado mal,
 no vienen como un día
 ministros de ira y miedo
 a perturbar sus sueños
 en círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
 con lágrimas ardientes,
 que abrazan sus mejillas,
 la prenda que perdió:
 cesaron sus extremos
 esfuerzos impotentes
 en pos de lo que airado
 su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
 tenaz melancolía
 le prensa el amoroso
 paterno corazón:
 más grata si más triste
 le aduerme cada día,
 memoria, no esperanza,
 recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
 pacífica y tranquila
 en medio de su pueblo
 que, idolatrando en él,
 a distraer sus penas
 en derredor apila
 atenta a su consuelo
 su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
 en danzas y cantares
 los senos del palacio
 llenando sin cesar,
 de su señor ahuyentan
 los íntimos pesares,
 que sólo puede el tiempo
 rodando consolar.

Con corazón sencillo
 leales los pecheros
 sus brazos y sus tierras

le vienen a ofrecer:
y extrañas fieras y aves
le cazan sus monteros,
que de lejanas tierras
le vienen a traer.

De su señor amigos
los graves cortesanos,
ancianos peregrinos
le salen a buscar,
que el ocio y el fastidio,
del corazón tiranos,
con mágicas leyendas
le vengan a ahuyentar.

Y así la vida pasa
pacífica y tranquila
en medio de su pueblo
que, idolatrando en él,
para atenuar sus penas
en su redor apila
atenta a su consuelo
la muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias
el buen conde adormecido,
yacía en silencio hundido
en un cómodo sillón,
contemplando vagamente
en la inmensa chimenea
la llamarada que humea
con el húmedo tizón;

vino a distraer su oído,
hiriéndole de repente,
confuso rumor de gente
de su casa en lo interior,
y confusión y tumulto

y pasos y gritaría,
que se iba acercando oía
por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
y a aquel son extraño atento,
la puerta del aposento
abriendo, al dintel salió,
deteniéndose asombrado
al ver que sus corredores
gente en tropel, con clamores
tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
los artesanos y arqueros,
los nobles y los pecheros,
en revuelto pelotón,
avanzaban lentamente
por sus estancias adentro,
fija la vista en el centro
de la inmensa reunión.

«¿Qué es esto?—exclamó Wifredo
un paso a ellos avanzando.
¿Quién entra aquí así turbando
la quietud de mi mansión?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
una osada rebelión?»

¡Vive Dios! Ea, explicaos.»
A cuyas voces airadas
quedaron paralizadas
las voces, quietos los pies.
Y el conde, viendo que nadie
confestaba, de un montero
asiendo que iba el primero,
le dijo: «Explícate, pues.»

«Señor, dijo éste turbado, la conde
la rodilla hincando en tierra,
no es movimiento de guerra
lo que veis, no es rebelión:
es que en Montserrat cazamos
tres días ha una alimaña,
que creímos por lo extraña
digna de vuestra atención.

Miradla. Y así diciendo,
la multitud dividiendo,
ante los ojos del conde
la alimaña presentó.
Y en redor de ella y Wifredo
círculo extenso formando,
la alimaña contemplando
la muchedumbre quedó.

Jamás miraron sus ojos
una bestia más extraña,
ni en los ámbitos de España
la halló hombre alguno jamás:
ni de su forma recuerdo
guardó nadie en su memoria,
ni de ella en escrita historia
habló algún sabio quizás.

Era del jervo y del mono
término, o compuesto acaso.
Del jervo tenía el paso,
del mono la formación.
La mirada melancólica
su interior pena exprimía,
y sus miembros encubría
largo y espeso vellón.

Ni mostraba a los amagos
ruda y salvaje fiereza,

ni a los hombres extrañeza,
ni a las caricias placer.
Mas de pavor con extremos,
constantemente esquivaba
su mano, si la llegaba
a halagarle una mujer.

Absorto miraba el conde
aquel ser desconocido
dentro la jaula encogido,
insensible al parecer;
y por más que le miraba
y por más que discurría,
la raza desconocía
más de qué pudo nacer.

Mandó luego a sus moneros
que en su salón le pusieran
y allí libertad le dieran
para ver su condición:
pero la bestia, su jaula
no abandonó un solo instante,
permaneciendo constante
en la misma posición.

CAPÍTULO SEXTO

DE LA EXTRAÑA METAMÓRFOSIS DEL
ENJAULADO MONSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
la relación cundiendo
de aquel monstruo cazado en una roca,
y así se fué extendiendo
por Cataluña entera,
relato extraño haciendo,
quitando y añadiendo
del caso cada cual a su manera.
Y de todo el condado

por ver el monstruo a la ciudad venía el pueblo apresurado; y el conde permitía que el palacio invadiera, y el monstruo contemplara, y su curiosidad satisficiera.

Llegaba, le veía, se admiraba en silencio el vulgo: se salía y a su hogar se volvía o absorto, o satisfecho, y contaba después a sus vecinos lo que en la capital había hecho, jurando que era el monstruo de los más peregrinos.

El buen conde entretanto conservaba al tal monstruo en su aposento, y a su tranquila condición atento, la jaula noche y día abierta le tenía; pero jamás el monstruo la dejaba, aunque claro Wifredo conocía que cuando él de su cuarto se ausentaba, de su jaula salía, y por el cuarto en derredor andaba. Consideraba el conde cada vez con más duda y extrañeza su incógnita para él naturaleza.

Su forma casi humana, su sobriedad extrema y mansedumbre, la adquirida costumbre de estar al parecer de buena gana en su jaula metido y acurrucado siempre y encogido: su inteligencia rara y la expresión de su velluda cara; sus manos y sus pies del hombre semejantes, traían confundido

al conde, que del ser desconocido no podía marcar raza ni nombre. Ni caricias y halagos, ni castigos y amagos, pudieron arrancar de su garganta ni en su exterior marcaron un gesto de amenaza ni un gemido. Los criados tal vez le maltrataron, y los perros de caza, que alguna vez a donde estaba entraron, con ademán furioso a la jaula llegaron. Él, empero, ni hostil, ni temeroso se mostró: indiferente sufría y silencioso tranquila y mansamente. Poco a poco esta calma y extraordinaria abnegación, hicieron de Wifredo en el alma incomprendible sensación, y al cabo de curiosa extrañeza pasó a ser compasión; hizola luego costumbre la continua compañía, y al cabo la costumbre pasó a ser afición, luego cariño; y vino al fin un día, en que el conde pensó con pesadumbre que apartarse tal vez fuerza sería. La monstruosa alimaña por su parte también mostraba una afición extraña. Sumisa a sus antojos, admitía contenta sus caricias, y a veces notó el conde lágrimas desprendidas de sus ojos. Mostraba claramente su alegría cuando el conde hacía ella se llegaba, y tristeza en sus ojos se veía si de ella se apartaba;

y cuando el conde hablaba, como si le entendiera, le atendía. Mil veces la memoria de la hija que perdió tan tristemente le asaltaba la mente; y el amoroso corazón transido con el pesar de tan amarga historia, ponía al conde mustio y abatido y lloraba a sus solas tristemente. Contemplábale el monstruo de hito en hito y lloraba también, y su semblante mustio bañaba en expresión doliente. Muchas veces, delante de sus nobles amigos, de su desdicha y su dolor testigos, recordaba aquella hija malhadada, encanto de su vida, por él tan ciegamente idolatrada y a su paterno corazón perdida. El monstruo entonces trémulo, encogido en medrosa postura y en el hueco más lóbrego escondido de su jaula, mostraba una amargura que natural hubiera parecido en otro ser que comprender pudiera del paterno dolor la causa entera. Y en aquellos momentos, su dolor expresando con sonos guturales, semejaban su voz y sus lamentos ayes de una persona que llorando, las palabras ahogando y exhalara suspiros naturales en quien está su angustia sofocando. Esta rara tristeza, que afinidad secreta y misteriosa con la tristeza paternal tenía entre el conde y el monstruo, fácil cosa

de entender es, que entre ambos vino al fin a doblar la simpatía. Y acostumbrado el conde de la sumisa fiera a la salvaje sociedad, tenía entre los animales destinados a su servicio o diversión, el puesto e importancia primera. Y por temor que alguno la ofendiera, los lebreles estaban atraillados, los neblíes y halcones enjaulados; y de aquesta manera, en su casa y su condado manteniendo en paz con sus cuidados, iban días y meses transeuriendo.

Una mañana fresca y luminosa del florecido mayo, en que el sol de su luz en cada rayo un hilo vibra de color de rosa, y el trecho que su luz abarca y ciñe de este color purísimo se tiñe, en una galería que da al jardín de su palacio, y tiene para él una escalera, y comunica del conde con el gótico aposento en un hondo sillón arrellanado, el buen conde Wifredo goza el ambiente puro y perfumado, tranquila el alma y el semblante ludo. Las hojas de los árboles frutales orean susurrando los botones de las flores tempranas y señalan el lugar en que más tarde brotarán odoríferas manzanas, rojas cerezas y ácidos limones; y al manso soplo de la errante brisa tomando movimiento

sobre los tallos las abiertas flores,
 embalsaman el aura, y el aliento
 que Wifredo respira
 se inunda en salutíferos olores.
 Los nuevos ruiseñores,
 generación de aquella primavera,
 sus alas y sus picos ensayando
 le regalan la vista y el oído,
 tímido vuelo alzando
 en derredor del nido,
 y en la garganta armónica probando
 el canto no aprendido.
 Las leves mariposas
 sus alas de colores
 estremecen vagando entre las flores;
 y las pardas abejas codiciosas,
 el néctar de sus cálices libando,
 vuelan en torno de ellas susurrando.
 Mil insectos distintos,
 mil diversos reptiles,
 conforme cada cual a sus instintos,
 llenan auras y céspedes a miles:
 y el agua que se escapa
 del estanque horadado
 en transparentes hilos
 y en gotas cristalinas,
 los pies fecunda de frondosos tilos,
 lilas blancas y rosas purpúreas,
 que orlando los linderos
 de los anchos senderos
 y en cauces desiguales,
 con las fuentes vecinas
 van a mezclar sus líquidos cristales.
 Y a ésta del mundo incógnita armonía
 y vida universal y movimiento,
 el conde en el sillón en que yacía
 allá en su puro corazón sentía
 nueva vida bullir y nuevo aliento.
 Y en dulces esperanzas divertido,

del porvenir oscuro en las regiones,
 tenía el pensamiento entretenido
 en pos de mil quiméricas visiones;
 e iba de ellas en pos tan abstraído,
 que ni aún sintió a sus pajes,
 que llegando uno a uno
 su servicio a ofrecerle, uno tras otro
 en silencio quedaron,
 y a distraerle sin osar ninguno
 detrás de su sillón se colocaron.
 Sus miradas tendían
 la dirección buscando
 que las miradas del señor seguían,
 y en las ramas y flores se perdían,
 objeto allí de admiración no hallando.
 ¡Ay triste del que necio sus miradas
 por un jardín en primavera extiende,
 y que sea a otros ojos
 de admiración objeto no comprende!
 En tal instante, el conde rodeado
 de sus callados pajes, y tendido
 sobre su ancho sillón: junto a la puerta
 del corredor traído
 el monstruo acurrucado
 en su jaula entreabierta,
 apareció por el jardín, viniendo
 a su señor, la joven jardinera,
 un ramo hermoso a su señor trayendo
 de las primeras flores
 que hizo dar al jardín la primavera.
 En casilla apartada
 y en una punta del jardín alzada,
 a aquella jardinera daba el conde
 con su esposo morada.
 Rústico el jardinero inteligente
 cultivaba el jardín, eternamente
 asido de la azada,
 del hacha y de la corva podadera,

dejando a su mujer más despejada de los demás negocios encargada. Ella, pues, aunque pobre y campesina cuando moza soltera, dulcificó sus rústicos modales, y era lo cortesana que pudo ser jamás una villana. Agradecida a su señor, y atenta a mantenerse de él siempre en la gracia, su obligación tenía en mucha cuenta. Y los primeros frutos, y las primeras flores, a su señor venían en tributos, ya en primorosos ramos y hacedillos, ya en pintados y frescos canastillos; y en dulce paz y en íntima armonía esta pareja así feliz vivía, y a sombra del palacio ornaba más y más y enriquecía del jardín el espacio, donde a par de las plantas de cultivo su rubia prole sin afán crecía en sus dos revoltosos muchachuelos, de su madre a la par retrato vivo. De ellos con uno en brazos, que apenas meses seis aún no cumplía, la jardinera al corredor subía, tendiendo él sus rosas manecitas a las flores del grueso ramillete, y ella, sonriendo, emfalas qué bonitas, junto al rostro al ponérselas diciendo. Contemplábala el conde complacido llegar a él con el infante en brazos, y el ramo de sus manos admitido, tendió los suyos al hermoso niño con expresión de cándido cariño. Mas el alegre infante, sin fijar en el conde su mirada,

tornó atento el semblante a la fiera en su jaula acurrucada. Dormía el monstruo al parecer, sumido en su quietud estúpida, y el niño le miraba distraído sin que de la afanosa jardinera ni del risueño conde a los halagos el parvulillo su atención volviera. A la tenacidad de esta mirada en el monstruo clavada, la suya al par siguiéndola tendieron cuantos en torno había a la fiera enjaulada. Ya el monstruo no dormía: como si la mirada del infante en la suya inflamara oculto fuego, sus ojos abrió luego, y en los del niño los clavó anhelante, permaneciendo inmóviles sus pupilas cual si ante el niño se sintiera ciego. Entre ambos atracción tan misteriosa llamando al punto la atención entera, del conde y de los suyos, en silencio aguardaban el fin a que vendría esta atracción del niño y de la fiera. Mas a pocos momentos de estar el uno sobre el otro fijo contemplándose atentos, ¡cuánto el asombro universal sería oyendo al niño, mudo todavía, que con sonora voz al monstruo dijo: *Levántate, Guarino: harto te abona ven el juicio de Dios y tu conciencia «tu larga penitencia; vuelve, pues, a tu ser: Dios te perdona.»* Y el monstruo, su prisión abandonando y su salvaje estupidez perdiendo, la antigua humana forma recobrando, se arrodilló, a los cielos extendiendo

Aquel santo eremita que los ojos
de María a la luz a abrir volvió,
aquél a cuyas fervidas plegarias
tan singular prodigio obró el Señor,
en lugar de velar por la ovejuela
que a su cuidado inérme se entregó,
de lobo inhumano se tornó contra ella,
en su sangre bañándose feroz

EL CONDE

¡En su sangre!

GUARINO

Vertida gota a gota
fué, y el vil asesino he sido yo.

EL CONDE

¡Miserable de til, toda la tuya
saciar no puede el vengativo ardor
en que la mía oyéndolo se abrasa.

GUARINO

Tal vez para saciarla quiso Dios
ponerme en vuestras manos, exigiendo
la venganza de crimen tan atroz.

EL CONDE

¡Monstruo!, ¿qué fué lo que instigarte
a delito tan vil? [pudo]

GUARINO

Oíd, señor,
y antes de dar mi sangre por la suya

sabed toda mi horrible confesión:
y doble la vergüenza de contárosla
la pena que la culpa mereció.

EL CONDE

Habla, y abrevia tu relato infando;
y calma para oírte me dé Dios.

GUARINO

Vos en la soledad de las montañas
me dejasteis vuestra hija: pensé yo
que diez años de duras penitencias
habrían de mi frágil corazón
hecho castillo inexpugnable, y ciego
confié de mí mismo en el valor.
La misma santidad de vuestra hija,
su noble y celestial resolución,
y el gran milagro que por mí reciente
obró Dios, me sedujo y me animó.
Santa, pero mujer, joven y hermosa,
debí de encomendarla al Salvador
que la guardara bien, y huir en ella
la infernal escondida tentación;
mas yo, necio de mí, con falso orgullo,
con inútil y estúpido fervor,
en la fe y la virtud por mantenerla
mi virtud y mi fe Satán hundió.
Permanecí junto a la hermosa niña,
dando a su fe primero admiración,
y después admirando su hermosura
que allí el infierno por mí mal envió.
Mi vista, que en el trécho de diez años
en los cielos no más, en la oración,
o en la tierra con llanto penitente
fervoroso o humilde se fijó,
a contemplar su terrenal belleza
tornóse con impúdica atención,

y el fuego de infernal concupiscencia dentro de mis entrañas se inflamó.

EL CONDE

¡Basta, basta! Comprendo el fin horrible de esa historia fatal.

GUARINO

Santo temor, sopló expirante de virtud dos veces de la inocente hermosa me apartó, y otras dos veces me arrastró hacia ella la astucia del demonio tentador; y al vértigo carnal de su apetito sucumbiendo mi imbécil corazón, víctima de mi torpe desvarío su virginal pureza sucumbió.

EL CONDE

¡Revelación horrenda!

GUARINO

Horrenda, pero todavía la culpa fué mayor.

EL CONDE

¿Has hecho más aún?

GUARINO

Cometí el crimen, y, en cuanto mi maldad le consumó, sus consecuencias en tropel bullente aglomeró en mi mente la razón,

y Satanás poniéndose a mi lado me hizo entender y calcular su horror. Los otros penitentes solitarios que habitaban las peñas como yo me trajó a la memoria, y que inocentes de mi culpa a ser iban de ella en pos, sólo objeto de escándalo, y del mundo a cargar con la injusta execración. «Ve, me dijo el demonio, mira, infame, »a donde tu maldad te despeñó. »Al acusarte esa mujer, entera »traerá la raza humana en derredor »a maldecir la hipócrita malicia »que en tu impúdico pecho fermentó. »Ese milagro real, que por tus manos »piadoso Dios y omnipotente obró, »a diabólica magia atribuído »va con razón a ser. ¡Mira el baldón »con que cubres, infame, estos desiertos, »santuarios otro tiempo del Señor! »Esconde de los ojos de los hombres »ejemplo de tan vil profanación, »al menos porque en todos no recaiga »la pena que uno solo mereció: »o al renegar de sus ministros viles »renegará su santa religión. »Cubra al menos tu crimen el misterio, »engaña al universo por tu honor; »no excuses otro crimen, si te salva, »y haz penitencia luego por los dos.» Esto el infierno me inspiraba, y esto que yo escuchaba de su falsa voz, de una falsa vergüenza en mi conciencia hizo brotar el humo embriagador. Un pensamiento atroz, pero seguro, a mi mente febril se presentó; y por sino fatal yendo arrastrado a ponerlo en sangrienta ejecución,

privé de la existencia a la inocente
a quien privé primero del honor.

EL CONDE

¡Bárbaro!

GUARINO

Y en las rocas enterrándola,
huí de Montserrat cuando el sol,
sumiendo en el Océano sus rayos,
el velo a las tinieblas desplegó.

EL CONDE

En vano te busqué por las montañas.
Mas hoy...

GUARINO

Fuí, de mí mismo con horror,
a la sagrada capital del mundo
mendigando mi pan; cruzé veloz
ríos y montes, y llegando a Roma,
del rebaño de Cristo ante el pastor
prostrado, de mis crímenes nefandos
hice entera y contrita confesión.
El pontífice santo, del Eterno
en la tierra vicario, mi dolor
y mi arrepentimiento contemplando,
con estas condiciones me absolvió.
«Vuelve (me dijo) a Montserrat; pero
vuelve a morar en su áspero fragor
cual bestia, no cual hombre: dobla al suelo
tu frente como bruto: y posición
manteniendo de tal, de cuatro remos
sirve para andar en vez de dos.
Y en penitente soledad tu vida

«pasa en el monte en tal degradación,
«hasta que un tierno infante de seis meses
«de ello te absuelva en nombre del Señor.»
Yo, obediente al pontífice supremo,
me volví como bruto a mi mansión
de Montserrat: de velludas lanas
mi macilento cuerpo se cubrió,
y destruída en mí la humana forma
cual monstruo me trajeron ante vos:
ante quien el milagro prometido
para fin de mi pena, se cumplió.
Ahora, señor, pues aplaqué a los cielos,
que escarmienten en mí será razón
los hombres, y en la tierra a su justicia
aplaque, quien su ley atropelló.

Postró el penitente humilde

su venerable cabeza
hasta el suelo, en que sus plantas
el conde ofendido asienta,
y así en silencio quedaron
uno en pie y otro por tierra;
uno al castigo ofreciéndose
y otro apreciando la oferta.
Pero al cabo el noble conde,
pesando allá en su conciencia
la justicia de su causa,
la inmensidad de la pena,
la razón de su venganza,
y la prez de su nobleza,
rompió el silencio diciendo
con voz conmovida y trémula:
«Alzad, Guarino, que no es justo
que se muestre más severa
que la justicia del cielo
la justicia de la tierra.
Mi honra habéis ultrajado,
allí do con más pureza

se anidaba; con mi sangre habéis rogado las peñas de Montserrat; mas de ambas la mancha injuriosa y fea lavado habéis con las lágrimas de cristiana penitencia. Yo os perdono como el cielo; yo vuelvo a las desiertas y montañas, y vida triste pasad penitente en ellas. Mas quiero una sola cosa rogáros, única prueba que exijo de vos. Guarino del perdón en recompensa. Mostradme el oculto sitio de aquellas fragosas sierras en donde yacen los restos que de mi María quedan.

Los que de mi estirpe nacidos su tumba tienen dispuesta en más suntuoso lugar que el que sus restos encierra. —Vuestros criados, señor mandad que conmigo vengan que en el lugar en que yacen tengo cavada una cueva donde cual fiera he vivido lamentando mi fiereza. Sobre el césped que la cubren al brotó, y entre él se conserva de los tiempos respetada, una silvestre azucena, símbolo de su desdicha y pendón de su inocencia, por los cielos levantado, mantenido en nombre de ella. —Yo mismo iré allí a honorarla. —Señor, pues que pronto sea. —Partamos al punto.

—Vamos. Y antes que una aurora vuelva a alumbrar el oriente, saldréis con tan santa empresa.

CAPÍTULO OCTAVO

LA AZUCENA SILVESTRE.

«Cual marinero errante, que perdido su soberbio bajel, contra las olas lucha, a los restos del bajel asido cercana viendo la ribera ya; cual golondrina errante que los mares cruza extraviada, y la cansada pluma agita conociendo los lugares donde a anidar acostumbrada está;

cual cierva que en la fuerza del estío sedienta vaga por el bosque espeso, y el agua oyendo del cercano río hacia él se lanza cuando el agua ve: así impaciente el padre de María, en las alas de una última esperanza, partir a Montserrat apetecía con paternal y religiosa fe.

«De entre las yermas rocas se levanta su despojo mortal, y en sitio digno salmos la iglesia a su memoria eante, y ore por su alma al compasivo Dios. Bajo las anchas bóvedas del templo sus funerales místicos resuenen, y las campanas su recinto atruenen y álcese al cielo mi oración en pos.

Así decía el piadoso conde transido de dolor,

con tamaños intentos emprendiendo
su peregrinación.

Y del florido abril una mañana
al despuntar el sol,

con Guarino y escasa comitiva
de la ciudad salió.

Unos pocos jinetes enlutados
segufándole en montón,

y unos cuantos obreros que la tierra
a cavar destinó.

Un monje, que al hallar el cuerpo, su alma
encomendara a Dios,

iba al par en silencio en medio de ellos
envuelto en su ropón.

La multitud encima de los muros
en silencio a mirarlos se agolpó,

rogando ansioso por el triste padre
y por su hija al Señor.

Así de Montserrat enderezaron
al áspero fragor,

y en la distancia del camino largo
la triste comitiva se sumió.

Un punto aún desde los altos muros,
como leve vapor,

el polvo de sus pies se percibía,
pero también al fin se disipó.

A Montserrat van. ¿Pero quién sabe
lo que les guarda en su honda soledad.

El que posee del corazón la llave,
el que puede medir la eternidad?

Si Dios es Dios; y Dios tan sólo puede

romper el velo a la futura edad; sólo a sus ojos el destino cede; Dios es la luz, la fuerza y la verdad.

Rayaba en el oriente
la claridad temprana

del alba trasparente
de la fresca mañana

del día a aquel siguiente,
cuando el conde a la falda de las rocas

de Montserrat llegaba con su gente.
El penitente Juan sus pasos guía,

humillado al recuerdo vergonzoso
del delito que allí cometió un día,

y como iban subiendo,
al conde el monje se acercó diciendo:

«Señor, desde este cerro, que festigó
fué en día más dichoso

de la piedad de Dios para conmigo,
de mi crimen después y mi castigo,

solos ambos quisiera,
que subiendo siguiéramos

y solos cabo a nuestra empresa diéramos.
Entre estas cavidades,

penitente primero y luego fiero,
escándalo de aquestas soledades,

largos años viví, y la edad futura
pluguérame que nunca conociera

el sitio de mi horrenda desventura.
Resto de orgullo humano,

que el mortal corazón mísero encierra,
sea tal vez, mas me dará tormento

saber que se hace público en la tierra
mi culpa, mi castigo y mi aislamiento.

Temó la tentación del diablo astuto
y sé por experiencia

el trecho que marcó la omnipotencia
del racional al bruto.»

Wifredo, su caballo deteniendo y al monje con respeto contemplando, así le dijo con acento blando: «Sea como queréis; vos, que ante el trono de Dios sois perdonado, no habéis de ser por mí más castigado, ni pasara de aquí con vos mi encono. Secreto es vuestra historia que de mi labio no saldrá, escondida viviendo eternamente en mi memoria. Diré que el cielo, de mi triste vida tal vez compadecido, a mí os ha conducido para templar del alma la amargura, el lugar escondido mostrándome en que está su sepultura. Pues si por vuestro crimen inaudito debiérais ser de mi venganza objeto, por la mano de Dios estáis bendito y lo sois para mí de honra y respeto. Guiad y solos vamos, solos su sepultura cavaremos, y si algo de sus restos encontramos hasta aquí a conducirlos bastaremos.» Y así diciendo el conde, y al instante mandando detener allí la gente, solo siguió adelante en pos del milagroso penitente, y ambos entre las breñas se metieron y a los ojos de todos se perdieron. Sereno estaba el día; el sol que por los cielos avanzaba con purpurada luz resplandecía y la tierra en sus luces se bañaba, y todo por la tierra sonreía. El tomillo oloroso, la madreselva espesa, la ancha amapola en su capullo aún presa, el silvestre jacinto

que a la margen sonora crece del arroyuelo y en su fresco color apenas tinto, el áspero majuelo, la todavía verde zarzamora y el enredado endrino, compañero del boj y del espino, el retorcido enebro y la retama que en medio crecen de la amarga grama, aromaban los valles silenciosos, y prestaban colores y verdura a los lomos frágiles de aquellos montes, cuyas hondas grietas en las piedras escuetas labra el agua que cae desde la altura. La tierra, por doquier juvenecida, por el sol fecundada, de nueva y creadora primavera se tornaba a mostrar con nueva vida y con nuevo vigor robustecida, con verdura mayor engalanada. Nueva generación de mariposas y de varios insectos zumbadores ensayaban su vuelo en las hojosas matas espesas de silvestres flores. Los blancos conejuelos, los alegres y libres cervatillos, de su fuerza primera iban ya haciendo alarde en la carrera; triscando entre las zarzas y majuelos, despuntando la grama y los tomillos y horadando las faldas arenosas de los secos y blandos montecillos, al instinto cediendo que se encierra en su naturaleza montesina de socavar la tierra. En la enramada verde que, a una fuente vecina que entre las peñas al brotar se pierde,

toma jugo en la linfa cristalina,
 la nueva cría de ligeras aves
 silba, gorjea y trina;
 y el ronco cuervo, que con vuelo lento,
 se cierne mansamente sobre el viento,
 grazna con notas ásperas y graves,
 la estación de las flores
 presintiendo contento.
 Naturaleza entera
 brillante resplandece
 ufana por doquiera,
 anunciando la hermosa primavera;
 y, todo en ella juventud y vida,
 todo en ella armonía, luz y aroma
 sólo al placer convida.
 Y desde la ancha y verde y fresca loma
 donde está detenida
 la comitiva de Wifredo entera,
 por la vega extendida
 y escarpada montaña
 goza la perspectiva placentera
 que desde allí se alcanza embebecida.
 En tanto su señor va lentamente
 por las peñas trepando
 detrás del silencioso penitente,
 que por la soledad le va guiando,
 el sitio en que pecó triste buscando.
 La luz y la alegría
 de la naturaleza,
 de ambos se aviene mal con la tristeza
 y la razón que allí les conducía;
 y sumido en sus propios pensamientos
 marchaba cada cual a pasos lentos.
 Sube el monje la diestra asegurada
 en nudoso bastón con que se ayuda,
 y cruza el conde la hojarasca ruda,
 báculo haciendo de su larga espada.
 Así por senda que tortuosa lleva
 de un aislado peñasco hasta la cima,

llegaron al lugar en que su cueva
 labró Guarino, y cuyo centro estima
 en más que los palacios colosales
 que labraron del mundo los señores,
 y que vienen a ser tan solamente
 los nichos y las cifras sepulcrales
 que sus nombres mortales
 guardan un día más entre la gente.
 Entre los huecos cascos
 de los hendidos lomos
 de dos duros peñascos
 que las lluvias hendieron,
 de intención de mirarles con asomos,
 una grieta se abría,
 que caverna de fieras parecía.
 Un pico del peñón algo avanzado
 sobre su ancha abertura,
 del viento y de la lluvia resguardado
 un trozo de terreno mantenía;
 que de tupido césped alfombrado
 de la gruta a la entrada se veía.
 Y de la estéril roca
 por estrecha hendidura
 bajaba de la cueva hasta la boca
 un rico manantial de agua tan pura,
 que, a través de sus líquidos cristales,
 de la piedra en que cauce se formaba
 se contaban las vetas transversales,
 que el paso de la linfa había ido
 puliendo en su caída, de manera
 que en vez de piedra tosca se dijera
 que en la concha mejor se había bruñido.
 La sonora corriente
 de esta escondida fuente,
 hallando entre los céspedes descanso
 en el llano terreno
 que estaba de ellos lleno,
 formó entre aquellas yerbas un remanso;
 y entre ellas a su curso abriendo calle,

dejando aquel lugar verde y fecundo, iba a perderse en la mitad de un valle de los montes formado en el profundo. De este remanso el centro formaba un montecillo por el agua cercado, seco, verde y aislado, por aquel manantial fecundizado, que, de las altas rocas guarnecido, cubierto por el pico adelantado sobre la cueva oscura, por la fuente regado y en la pendiente rauda concluido, era un bello paisaje en miniatura. Y de aquel montecillo en el altura cubierta de verdura, fresca, olorosa, amena, brotaba una purísima azucena, la cual, aunque era flor sola y silvestre, más que en jardín cuidado brillaba hermosa en su rincón campestre que estaba con su aroma perfumado. Sus blancas hojas a la luz tendidas, su simiente encerrada en los martillos que de su centro se alzan amarillos, su tallo verde, fresco, alto, flexible, mecido por el aura que perdida a aquel rincón llegaba imperceptible, dándola oculto movimiento y vida, hacían de la cándida azucena un animado ser, sólo habitante, sólo genio y señor de aquella escena.

Al llegar de la gruta ante la boca, en que aquella hendidura escondida en la roca guardaba de este sitio la hermosura, y do la entrada de la cueva toca, postróse de rodillas Juan Guarino; y absorto el noble conde,

viendo el primor que esconde aquel sitio desierto y campesino, se detuvo un momento embebido en gozar el suave aroma de la flor de aquel grato apartamiento. «He aquí (exclamó Guarino, derramando lágrimas) el lugar en que escondido mi delito lloré, sobre la tierra do fué mi doble crimen cometido. He aquí, señor, la tumba en que reposa la hija de que os privé: bajo la altura de ese montón de tierra y de verdura, duermen los restos de la más hermosa e inocente criatura: y esa blanca azucena tal vez del jugo de su sangre pura el jugo bebe que su cáliz llena. Cuando en fiero tornado, a esta montaña me volví desde Roma peregrino a cumplir penitente mi destino, había aquí brotado el manantial bullente y cristalino que tenía cercado el lugar a su tumba señalado. La azucena sobre él ya abierta estaba, y cual lugar sagrado que el Señor me vedaba, por mí en mi penitencia respetado fué, y con mi llanto de dolor regado. Yo he visto en esa flor siempre inmarchita una futura prenda de esperanza por el cielo bendita: y en esa flor, a quien jamás alcanza el fin que a todas dió naturaleza, de la mujer a mi maldad rendida el símbolo miré de la pureza, atropellada sí, mas no perdida. Único amor del triste solitario, su única compañía en el desierto,

única luz del tenebroso csario
 del mundo para el cual vivía muerto,
 único paso a mi esperanza abierto,
 mi corazón en ella ha concentrado
 cuanto fe y cuanto amor ha conservado.
 Única prenda que me liga al mundo,
 solo recuerdo de la edad pasada,
 tras del amor a Dios es el segundo
 en mi alma, con mis lágrimas lavada,
 el amor a esa flor inmaculada.
 Yo creo ver en ella
 vivir a la hija que lloráis: yo creo
 que su alma pura y bella
 vive dentro del cáliz conservada;
 y entre sus hojas su semblante veo;
 y oigo sonar su voz cuando se mece
 entre sus blancas hojas,
 y si el tiempo a mis ojos la agostara,
 tanto cuanto lloré por el pecado
 que dentro de esa tumba la encerrara,
 sobre el tallo truncado
 de esa azucena mística llorara.»

Y así diciendo, el infeliz Guarino,
 por tierra prosternado,
 de aquel último bien se despedía
 tanto tiempo por él idolatrado,
 la sepultura en que raíz tenía
 a destruir él mismo preparado.
 Y el conde embebecido
 en lo que al labio de Guarino oía,
 en pie junto a él seguía
 inmóvil, silencioso y distraído.

Wifredo de repente,
 de esta meditación saliendo, dijo
 con decidida voz al penitente:
 «No perdamos, hermano,
 el tiempo neciamente;

esta tumba cavemos
 y apartemos de aquí su resto humano.»
 Y obediente Guarino,
 resignado con calma a su destino,
 con la azada en la mano
 resuelto se llegó a la verde altura
 do la hermosa azucena
 marcaba la campestre sepultura.

Y Wifredo a su vez, la aguda pena
 del corazón paterno
 desahogando en dos lágrimas espesas,
 gotas que lanza al manantial interno
 que inextinguible en sus entrañas mana,
 de otro azadón asiendo, se dispuso
 lo que resta a buscar de lo que un día
 fué de sus ojos luz, fué su María.

Con el secreto intento
 de que aquella azucena perfumada
 quedara, a ser posible, respetada
 en el lugar en donde tiene asiento,
 por el opuesto lado comenzaron
 del fúnebre montón do está arraigada;
 mas apenas hundieron
 en tierra el azadón, de ver echaron
 que el verde montecillo que creyeron
 tierra compacta y dura,
 blanda y recientemente removida
 estaba, y seca y leve mantenida
 entre el agua, y debajo la verdura
 que la tienen cubierta y circuida.
 y cuanto con más tiento la tocaban,
 más fácilmente por entrambos lados
 sus golpes a la par desmoronaban
 la tierra, y los arbustos que arraigados
 en ella vegetaban.

Lejos de sí los instrumentos rudos
 arrojaron, y a impulso de un instinto
 igual, hundieron en la blanda tierra,

y a apartarla empezaron cuidadosos con sus dedos desnudos. Pronto dieron sus manos con un oculto objeto de la tierra distinto: mas, suave al tacto, con calor, con vida, no era el objeto oculto el esqueleto de enterrada mujer, a quien los años y la tierra tendrían consumida. El secreto terror y afán interno heló la voz en su garganta, y ambos, apartando en silencio el polvo leve, descubrieron, y entrambos asombrados, dos pies, que como el ampo de la nieve mantenía la tierra conservados. Un ligero color rosado y puro bajo su piel se percibía apenas, y a través de la piel el trazo oscuro se veía de sus venas, cual si la vida aun de sangre líquida las mantuviera llenas. De aquellos pies purísimos la planta verticalmente inmoble, que siempre en los cadáveres espanta, lejos de dar horror, a la mirada solamente exponía la perfección, pureza y hermosura de una obra de escultura diestramente pulida y acabada. El grato anhelo, la interior zozobra que ambos a dos sintieron, seguir les hizo la empezada obra; y apartando los céspedes y tierra, en silencio siguieron hasta que el tronco entero descubrieron, que envuelto en sus vestidos apenas por el agua humedecidos, y apenas arrugados por la tierra en que estaban enterrados,

envolvían el cuerpo de María, que dormida y no muerta parecía. Escondida no más de su belleza quedaba la bellísima cabeza y la garganta blanca, donde una herida fresca se descubría desde la cual arranca la raíz de la cándida azucena, que sobre el sitio en que descansa brota: y que fuerza será cuando el semblante descubran, que la flor se arranque rota. Comprendiéndolo al par ambos, a un tiempo las manos detuvieron y arrasados en lágrimas los ojos ante aquellos para ambos sagrados y bellísimos despojos, gran trecho sin acción se mantuvieron. Mas el conde por fin, de irresistible voluntad impelido, con un postrer esfuerzo despejando el rostro aun escondido de su María hermosa, vió de la virgen la figura entera, cuyo labio animaba dulcísima sonrisa placentera: cuya tez inmarchita coloraba animado color de nieve y rosa, y en cuyos tenues párpados cerrados trasparente se vía la pura luz que a su través lucía en sus ojos, aún iluminados, con la lumbre vital que dentro ardía. Mas en tanto la flor fragante y pura que sobre ella crecía, y de la muerta virgen en el cuello sus raíces asía, por el suelo truncada por entre el césped húmedo yacía, roto su tallo, pero no manchada.

Tendió el conde sus manos
 a la prenda de su alma idolatrada,
 y a la caída flor el penitente,
 cuando ésta de repente,
 por invisible mano arrebatada,
 se perdió en el azul del manso ambiente,
 y la pura región del vago viento
 armonizó una música divina
 que venía del alto firmamento
 detrás brotando de su azul cortina.
 El celestial compás de aquella santa
 misteriosa armonía, llamó al cielo
 la atención de Wifredo y de Guarino;
 y al ver el cuadro mágico y divino
 que les mostró su descorrido velo,
 se borró de María en la garganta
 la señal de su herida;
 y a ver la aparición en luz radiante
 que en medio de los aires suspendida
 de su vista mortal está delante,
 tornó a su corazón la dulce vida.

Por el sol coronada,
 de las estrellas fúlgidas vestida,
 de la luna calzada,
 y de ángeles en hombros conducida,
 la Madre del Cordero inmaculada
 sonreía a los tres, que arrodillados
 y absortos contemplaban
 la divina visión embelesados.
 La Purísima Madre del Dios niño
 en sus manos más blancas que el armiño

la azucena silvestre mantenía,
 y con celeste acento
 que empapó la montaña en armonía
 de son más apacible, grato y lento
 que el murmullo del bosque, el mar y el
 con sonrisa hechicera [viento,
 dijo, vuelta a los tres, de esta manera:
 «Donde no hay voluntad tampoco crimen;
 »ileza, pues, la virginal pureza
 »María conservó, y en la aspereza
 »de los montes siete años penitentes
 »de otro castigo al matador redimen
 »en los juicios de Dios omnipotentes.
 »En medio de estas peñas se levante
 »sombrió monasterio,
 »que del Señor las maravillas cante:
 »otra vez a arraigar esa azucena
 »vuelva en las rocas de perfume llena,
 »prenda y señal de celestial misterio:
 »y cuando en el sepulcro preparado
 »vuestro despojo corporal se suma,
 »sobre el sepulcro de los tres cerrado
 »la azucena silvestre se consuma.»

Expiró de la Virgen el acento:
 y, cesando la célica armonía,
 la mística visión deshizo el viento.
 Volvió a brotar la flor, y a un tiempo ante
 [ella
 cayeron bendiciendo su destino,
 el noble conde, la feliz doncella,
 y el santo penitente Juan Guarino.

EL DESAFÍO DEL DIABLO

LEYENDA TRADICIONAL

EL DESAFÍO DEL DIABLO

INTRODUCCIÓN

Nació don-
para monja destinada,
mas salió al m-
y no fué elección feliz.

Con demasiado devoto
corazón, en su preñez
hizo su madre tal vez
un desatinado voto.

Porque fué tal el tormento
que antes de nacer la dió
Beatriz, que se tomó
por ella y con fundamento.

Y ella, a impulsos del fatal
dolor, a Dios hizo ofrenda
de aquella azarosa prenda
de la dicha maternal.

¿Mas por qué a Dios ofrecer
lo que otro ha de cumplir?
¿Quién pueda precioso decir
lo que otro ha de querer?

Ello es una aberración;
mas ello es cierto también
que así muchas madres son,
y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí,
en mal de que bien salieron,
por sus hijos ofrecieron.
¡Tantos malos hay así!

Pero ¡oh lector! felizmente
en los tiempos que alcanzamos
de estos sucesos no hallamos
ejemplos tan comúnmente.

Aunque tú te acordarás,
por vano que haya el seso,
que pasaban con exceso
diez o doce años atrás.

¿No era duelo ver un chico
de seis años excediendo
por la calle, y ya armado
un hábito dominico?

¿O veía a los guardapieses
de una freya montañesa,

EL DESAFÍO DEL DIABLO

UN TESTIGO DE BRONCE

LEYENDAS TRADICIONALES

EL DESAFÍO DEL DIABLO 37

LEYENDA TRADICIONAL

INTRODUCCIÓN

Nació doña Beatriz para monja destinada; mas salió al mundo inclinada y no fué elección feliz.

Con demasiado devoto corazón, en su preñez hizo su madre tal vez tan desatinado voto.

Porque fué tal el tormento que antes de nacer la dió Beatriz, que se temió por ella y con fundamento.

Y ella, a impulsos del fatal dolor, a Dios hizo ofrenda de aquella azarosa prenda de la dicha maternal.

¿Mas por qué a Dios ofrecer lo que otro ha de cumplir?
¿Quién puede preñal decir lo que otro ha de querer?

Ello es una aberración; mas ello es cierto también que de estas cosas se ven, y así muchas madres son.

En vez de ofrecer por sí, en mal de que bien salieron, por sus hijos ofrecieron. ¡Tantos malos hay así!

Pero ¡oh lector! felizmente en los tiempos que alcanzamos de estos sucesos no hallamos ejemplos tan comúnmente.

Aunque tú te acordarás, por vano que hayas el seso, que pasaban con exceso diez o doce años atrás.

¿No era duelo ver un chico de seis años enredando por la calle, y ya arrastrando un hábito dominico?

¿O asida a los guardapieses de una fresca montañesa,

hecha una santa Teresa
una chica de once meses?

Así Beatriz anduvo
toda su infancia; así oía
las razones noche y día
que para el hábito hubo.

Y así pasaron sus bellos
y primeros ocho abríles,
entre juegos infantiles,
sin ver lo que iba tras ellos.

Hasta que al fin una noche,
lujosamente ataviada
y de flores coronada,
la metieron en un coche.

Ella, al mirarse tan linda,
con errado pensamiento
juzga que sólo el convento
con dicha y flores la brinda.

Y el ser monja no la pesa
si siempre ha de ser querida,
como cuando recibida
fué por la madre abadesa.

Quedóse en el locutorio
su madre; y la superiora
llevóla, pues era hora,
a cenar al refectorio.

Allí todas a porfía
las madres la acariciaron,
la dieron y la otorgaron
cuanto en gana la venía.

Así doña Beatriz
quedó a monja destinada

y en el convento encerrada;
mas ¿fué dentro de él feliz?

¡Ah! Fueron unos tras otros
sus dulces años huyendo,
nacer en su ánima haciendo
el deseo y la razón;
y huyéronse una por una
las deliciosas visiones,
las dichosas ilusiones
que adoró su corazón.

Sintió dentro de él entonces
desconocido, insufrible,
un deseo incomprensible,
una triste vaguedad
que turbaba eternamente
sus oraciones, sus sueños,
con recuerdos halagüeños
de otro mundo y de otra edad.

Del órgano delicioso
entre la santa armonía,
otras música oía
de más alegre compás:
y de los santos ejemplos
en las sagradas memorias,
el germen de otras historias
más seductoras quizás.

Y ella, bulliciosa un tiempo,
y alegre y entretenida,
silenciosa y distraída
y triste a andar empezó;
y oculta allá de su celda,
en un rincón solitario,
el idolo en formas vario
de la libertad amó.

Presentáronse a su ardiente
y exaltada fantasía,
y los gustos a que algún día
renunció sin grande afán;
y vió con mortal tristeza
que ahora los apetece,
¡ay!, porque de ellos carece,
porque vedados la están.

Aquella verde y frondosa
ribera fresca de un río,
que paseaba en el estío
de la luna al resplandor;
aquella fuente escondida
del soto entre los jarales,
en cuyos frescos raudales
su sed templaba y su ardor;

aquellos anchos balcones,
sin reja y sin celosía,
que allá en su casa tenía
la calle para mirar,
y a través de cuyos lienzos
podía tranquilamente
el tumulto de la gente
y el aire libre gozar;

todos los dulces recuerdos
de su deliciosa infancia,
dorados por la distancia,
más caros a su ansiedad,
hervían en su memoria,
despertando sus pasiones
las primeras emociones
de su juvenil edad.

Y en la orilla de aquel río,
y en redor de aquella fuente,
y entre la turba de gente

que veía por su balcón,
tal vez alcanzaba errando
una visión hechicera
cuya sombra pasajera
turbaba su corazón.

«¡Ay!, exclamaba la triste,
contristada y dolorida:
¡cuán monótona es mi vida,
cuán sin gloria y sin placer!
¿Qué es para mí el universo,
si yo, cual ave entre redes,
estoy entre esas paredes
condenada a nunca ver?»

¿Qué valen las maravillas
que Dios sembró por su suelo,
si sólo alcanzo del cielo
un jirón escaso y ruin,
y el cántico pasajero
de algún pajarillo errante
que se detiene un instante
en las ramas del jardín?»

Así en el fondo del claustro
donde cautiva moraba,
allá a sus solas pensaba
la olvidada Beatriz.
Y así corriendo los años
se prepara, aunque la pesa,
a quedar monja profesa
y a no ser nunca feliz.

Mas ¡ay!, que oculto veneno
de estas memorias amargas,
prensadas de horas tan largas
en la larga soledad,
en su corazón fermenta,
y del corazón brotando

va en su cuerpo germinando
 peligrosa enfermedad.

Profunda melancolía
 el corazón la devora,
 víbora desgarradora
 que con él ha de acabar:
 y lenta e inextinguible,
 que sin descanso la deja,
 fiebre ardorosa la aqueja
 imposible de atajar.

Hierve en sus venas la sangre
 sin alivio de un momento,
 acosan su pensamiento
 mil delirios en tropel:
 asaltan su fantasía
 mil imposibles antojos,
 y llanto vierten sus ojos
 más amargo que la hiel.

Las drogas de los empíricos
 no pueden con su dolencia:
 ninguno logra la ausencia
 de su recóndito mal.
 En vano su ciencia apuran,
 sus elixires destilan
 en vano, nunca aniquilan
 aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! Consumida
 por fuego íntimo y secreto,
 busca en vano un amuleto
 contra tal desolación:
 mas en vano los doctores
 con sus brevajes la afligen,
 si del mal está el origen
 en su ardiente corazón.

¿Quién ocasiona sus lágrimas?
 ¿Quién la arranca sus suspiros?
 ¿Quién ¡ay! tan fatales giros
 a sus desvarios da?
 «¡Lejos de mí en los accesos
 grita de su calentura,
 Vuestra vista es mi tortura;
 ¡quién de vos me librará!

¡Lejos de mí, lejos, lejos!
 Fieros espectros con tocas,
 que con hipócritas bocas
 me predicáis la virtud,
 y con fraternales manos
 me estáis preparando un traje
 con que más horrenda baje
 despechada al ataúd.

¡Lejos! Dejadme tranquila;
 me estáis ahogando... dejadme;
 abrid la reja, aire dadme,
 quiero el aura respirar...
 Y así Beatriz diciendo
 se desespera y se agita
 con violencia inaudita,
 con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
 la debilita y la extenua,
 y el hondo letargo atenúa
 de su delirio el ardor;
 y las madres, aterradas,
 conjuran con oraciones
 de sus horrendas visiones
 el tropel fascinador.

Sus padres (que al cabo lo eran)
 con intento más humano
 otro médico mundano

resolviéronse a llevar,
y a pesar de los obstáculos
que las monjas opusieron,
una tarde consiguieron
hasta la celda llegar.

El doctor, hombre de graves
conocimientos científicos,
condenó los específicos,
y las drogas condenó;
y enterado de los síntomas,
con la fría indiferencia
del oficio y de la ciencia,
tal plática ocasionó.

¿Qué edad tiene esta muchacha?

Quince años.

¿Ha profesado?

Aún está en el noviciado.

Pues remedio tiene aún.

Decid cuál.

EL DOCTOR

Uno tan solo:
si adoptarlo no se quiere,
esta muchacha se muere.

LA ABADESA

Decidnos cuál, y según...
Si no es algún sortilegio
o algún infernal conjuro...

EL DOCTOR

Madre, aquí no hay nada impuro
¡por vida de Barrabás!
Yo tengo un coche a la puerta;
la vestimos al momento
y la saco del convento.

LA ABADESA

¡Sacarla, Jesús!

EL DOCTOR

No hay más.

LA ABADESA

¡Sacarla dice! ¡Qué audacia!
¡Extraer una novicia!
El rey nos hará la justicia;
no será.

EL DOCTOR

¿Cómo que no?
Enfermo a quien tomo el pulso

y a quien remedio consigo,
se salva o muere conmigo.

LA ABADESA

Yo haré...

EL DOCTOR (*interrumpiéndola.*)

Quien hará soy yo.

(*Al padre*). Señor mío, ¿tener hija
queréis o no? Vamos claros.

EL PADRE

Sí, sí.

EL DOCTOR

Pues fuera reparos
y agarrad de ese colchón.

EL PADRE

¿Qué vais a hacer?

EL DOCTOR

A llevármela.

EL PADRE

¿Y el poder de la abadesa?

EL DOCTOR

Si la chica no es profesá,
nada puede en conclusión.
Conque asid de esas dos puntas
o vámonos y que muera.

Y hablando de esta manera,
entré el padre y el doctor,
a pesar de todo el claustro,
de su hija Beatriz asieron
y en el coche la pusieron;
y las mulas, con vigor
arrancando, les sacaron
de la grito y confusión
con que el coro de las monjas
a despedirles salió.

Y desde aquí, tras aquesta
necesaria introducción,
toma principio la historia,
¡oh carísimo lector!
Y esta no es fábula vieja
hallada en un cronicón;
no es fantástica leyenda
de que soy el inventor.
Es, tal cual voy a escribirla,
del pueblo una tradición,
de boca de un pueblo oída,
siendo un viejo el narrador,
y la cual voy a contarte
como a mí me la contó.

PRIMERA PARTE

I

En el fondo de un valle
por en medio del cual ancha vertiente
abre a las turbias aguas de un torrente
honda y torcida calle;
torrente en el invierno
y arroyo en el estío,
en julio despreciado, y en diciembre
con honores de río;
cercado de peñascos y maleza
por ambos horizontes,

y hundido entre dos montes
de fértil aspezeza:
en este valle, pues, y estas montañas
poseía don Lucas de Hinestrosa,
padre de Beatriz, quinta escondida,
saludable y frondosa,
y en el sitio mejor de ambas Españas
sentada y construida.

En Córdoba la bella,
ciudad moruna de recuerdos rica,
y cuyas calles estrechas
y cuyas casas de ladrillos hechas
el gusto actual critica;
mas cuya situación encantadora,
cuyo nombre halagüeño
como memoria de agradable sueño
el Moro aún en el desierto adora.

En aquellas montañas formidables
habitadas un día
por viejos ermitaños venerables,
y habitadas primero
por derviches fanáticos, es donde
don Lucas de Hinestrosa
a Beatriz esconde,
y allí, donde la cándida novicia
el aire y agua saludable goza
a su nociva enfermedad propicia.

Allí a lo menos desde la alta cumbre
libres pasean sus avaros ojos
extenso campo; y varia muchedumbre
de objetos mil distintos,
de la naturaleza mil antojos
alcanzan por los mágicos recintos
de aquellos naturales laberintos.

Allí goza del cielo
cuanto abarcan entrambos horizontes
y largo campo del vistoso suelo.
Allí en la extensa vega
que ancho el Guadalquivir fecunda y riega,

ve cubrir la magnífica campiña
el apareado olivo siempre verde,
la rubia mies y la fecunda viña,
y la extendida pita
sembrada en los vallados,
y la roja amapola que se agita
dando aroma y color a los sembrados:
y las hojas pegadas
de los higos de tuna,
de los lagartos con pasión amadas,
y de la sorda abeja acariciadas.

Y ve los anchos sotos
y las verdes dehesas,
donde encerradas en campestres cotos
dan crías retozonas y travesas
las generosas yeguas cordobesas.

Y ve la hermosa Beatriz, pasmada,
desde aquellos peñascos donde habita,
la población morisca coronada
por la bella y más célebre mezquita
a los jinetes moros conquistada.

Y ve a sus pies en la montuosa tierra,
teatro un tiempo de azarosa guerra,
brotar continuamente,
cercados de silvestres florecillas,
ya el manantial de rumorosa fuente,
ya corpulentos robles,
ya enlazada a las hayas amarillas
con reios brazos y con nudos dobles,
la cariñosa yedra
cuya oculta raíz nace en la piedra.

Allí el aire tranquilo se embalsama
con los gratos olores
que la feraz frondosidad derrama:
y se respira pura
el aura salutífera que impregnan
con su aroma las flores,
las fuentes con vapores y frescura.

Allí la limpia atmósfera armonizan

las pasajeras aves
con cánticos suaves
que los sentidos con el alma hechizan.

Y allí pasa Beatriz el tiempo breve
de la estación florida,
rápida imagen de la corta vida
que en la tierra habitar acaso debe;
y allí pasa sus días a lo menos,
ya que no entre placeres bulliciosos,
alegres y serenos
y libres, y con sueños deliciosos.

Su padre la acompaña,
y el doctor la visita,
y en dulce soledad vive sin cuita,
al mundo entero y al convento extraña.

El oro de don Lucas de Hinestrosa
sus caprichos y gustos la proviene, Y
y con su vida Beatriz se aviene,
y lejos del convento muy dichosa.

II

Apenas anochecía;

la luz apuntaba apenas
de melancólica luna
en una noche serena,
cuando en sabrosas memorias
y en ilusiones risueñas

embebida está Beatriz
de su alquería en la puerta.
Cómodo sillón la ofrece
la espesa y mullida yerba,
y el son del aire la arrulla
que la acaricia y refresca.

Sobre la rodilla el codo,
la frente en la palma puesta,
sin dirección las miradas
y sin norte las ideas,
está en una de esas horas

de misteriosa pereza,
de tranquilidad y calma
en que nada nos inquieta,
nada nos place ni turba
y nada nos interesa;
ni se sufre ni se goza,
ni se quiere ni se piensa.

De esta abstracción melancólica
que la absorbe las potencias
y la embarga los sentidos,
y el ánima la enajena,
vino a sacarla a deshora
una voz sonora y recia
que la dijo: «Buenas noches,
y a la que respondió ella
con un ¡ay! que a un tiempo mismo
miedo indicaba y sorpresa.
¡Silencio! el recién venido
exclamó, y la manó asíéndola
dijo: enemigos me siguen,
pero es preciso que pierdan
mi rastro, y que yo del monte
por la espesura me meta.

BEATRIZ

¿Y qué queréis?

EL HOMBRE

Un instante
de descanso, por las breñas
para seguir mi camino:
y si mis contrarios llegan,
un rincón en que ocultarme
mientras pasa la tormenta.

Y así aquel hombre diciendo,
entró con libre franqueza

en la alquería, y tendióse
sobre un sillón de baqueta.
Signióle Beatriz absorta,
y entre turbada y resuelta,
sacó un velón encendido
que puso sobre una mesa;
y hacia el incógnito intruso
tendió la mirada incierta,
mas apartóla encontrando
la suya clavada en ella.
Subióla a entrambas mejillas
el carmín de la vergüenza,
y quedó ante el forastero
de pie, y silenciosa y trémula.
Yo no sé qué es lo que tiene
una mirada serena,
fija, osada y sostenida
que se lanza de la negra
pupila de un ojo ardiente,
por bajo fruncida ceja
que oculta el camino cierto
que aquella mirada lleva,
y la intención que recata,
y el sentimiento que expresa
cuando sabe uno que está
sobre su semblante puesta:
pero ello es cierto que a veces
está mirada nos quema
con el fuego que despide
y con su peso nos prensa.
El rostro se nos enciende,
los oídos nos chispean,
y aunque no nos atrevemos
otra mirada a oponerla,
sentimos que está en nosotros
posada, y el alma inquieta
anda recelosa dentro
del corazón dando vueltas.
Tal está la pobre niña

haciendo que hace una trenza
del cordón del delantal
que en los dedos se la enreda,
mientras los ojos del hombre
siguen clavados en ella,
sin apartarse un momento,
sin pestañear siquiera.
¿Qué piensa el desconocido?
¿Cuál será la consecuencia
que de su examen deduzca?
¿Será propicia o siniestra?
¿Por qué no se desemboza
y franco el semblante muestra?
¿Será deforme o hermoso?
Tal vez de un bandido sea,
tal vez de un infortunado.
¿De ambos quizá!... Todas estas
preguntas y conjeturas
se hace la muchacha, mientras
la contempla él de hito en hito.
Mas solución ni respuesta
para ninguna en sus datos
ni en las palabras encuentra.
Mas no duró mucho tiempo
su zozobra; una tos seca
del incógnito la puso
a sus palabras atenta.
Alzó Beatriz poco a poco
y volvió a él la cabeza,
y él, que la intención conoce
y advierte lo que desea,
viendo además que ya acaso
a ser descortés empieza,
con ella al cabo la plática
entabló de esta manera.

EL HOMBRE

¿Cómo os llamáis?

BEATRIZ

Beatriz

de Hincerosa.

EL HOMBRE

¿De esta tierra
sois natural?

BEATRIZ

No, señor.

EL HOMBRE

¿De dónde, pues?

BEATRIZ

Madrileña.

EL HOMBRE

Buen país para quien puede
vivir en la corte.

BEATRIZ

¿En ella
no habéis nunca estado vos?

EL HOMBRE

Sí, a fe mía, pero ciertas
conveniencias personales
me echaron a las riberas
que baña el Guadalquivir:
mas decidme, si indiscreta

no es la pregunta, ¿esta quinta
que estáis habitando es vuestra?

BEATRIZ

De mi padre.

EL HOMBRE

¿Y por qué causa,
siendo tan niña y tan bella,
en la soledad del monte
y en sus muros os encierra?

BEATRIZ

Porque mi salud lo exige,
y los doctores esperan
que sus aguas y sus aires
muy pronto me restablezcan.

EL HOMBRE

¿Qué mal padecéis?

BEATRIZ

Ninguno
ya; tres meses en la sierra
me han aprovechado mucho:
mi salud casi es completa.

EL HOMBRE

¿Y quién aquí os acompaña?

BEATRIZ

Mi padre y un' aya vieja,

con tres criados que cuidan de la casa y de la huerta. Aunque esta noche he oído que es muy probable que venga mi hermano Carlos; mi padre bajó a esperarle a la vega.

Hubo aquí un punto de pausa, tras del cual, como si hubiera sonado la hora precisa, u oído palabra o seña que aguardara, el forastero alzóse y fué a la puerta.

BEATRIZ

¿Ya os vais?

EL HOMBRE

Sí, más molestaros no quiero con mi presencia. Nadie hay sobre mi camino, Beatriz, y partir es fuerza.

BEATRIZ

En verdad, señor hidalgo, que a mí en nada me molestaré y si es que no os incomoda de padre aguardar la vuelta, pasar en esta alquería toda la noche pudiérais.

EL HOMBRE

Gracias; el sitio a que voy está, Beatriz, muy cerca, y fuera de allí me importa que sorprendirme no puedan.

Sin embargo, si algún día mi suerte fatal se trueca y puedo con libertad pasearme por la tierra, espero volver a veros si es que me otorgáis licencia.

BEATRIZ

Cuando gustéis: aunque juzgo que es cosa difícil esa.

EL HOMBRE

¿Por qué?

BEATRIZ

Porque a fin de agosto a mi convento me llevan.

EL HOMBRE

¿A vuestro convento?

BEATRIZ

Sí.

EL HOMBRE

¿Sois monja, pues?

BEATRIZ

No profesé,

todavía, soy novicia desde mi infancia más tierna, que así lo ofreció mi madre antes de que yo naciera.

EL HOMBRE
 ¿Y vos os vais a ser monja
 tan sólo por su promesa?

BEATRIZ

Esto ha de ser.

EL HOMBRE

Pero vos
 no vais, Beatriz, contenta.

BEATRIZ

Algunos años lo estuve;
 mas me puse tan enferma
 después, que fué necesario,
 porque allí no me muriera,
 sacarme del monasterio.

EL HOMBRE

Y decidme, ¿qué edad era
 la vuestra cuando a él os fuisteis?

BEATRIZ

Tendría ocho años apenas.

EL HOMBRE

Tiranos padres tenéis
 si en tal proyecto se empeñan,
 y a ser hoy mi poder otro
 jamás se lo consintiera.

BEATRIZ

¡Vos abrazarais mi causa!

EL HOMBRE
 Fuera mala o fuera buena.

BEATRIZ

Con mi padre os empeñarais...

EL HOMBRE

Y le hablara en buena lengua,
 tan clara y tan comprensible
 que por tenaz que anduviera
 pronto le convencería.

Pero son vanas ofertas,
 Beatriz, porque en este punto
 yo propio amparo y defensa
 necesito; mas si un día
 en trance fatal os viérais,
 o en amarga desventura,
 y me veis lejos o cerca,
 venid a mí; que si un hombre
 puede con brío o destreza
 sacaros de aquel mal paso,
 no ha de faltar quien se atreva.

Esto dicho, el forastero,
 sintiendo que por la cuesta
 sube gente, a largos pasos
 metióse por la maleza.
 Y al cabo de unos minutos
 asomaron por las cercas
 el de Hinestrosa y su hijo,
 y en su mula pelinegra
 el doctor, que ganó un pleito
 contra la madre abadesa,
 y con Beatriz y su padre
 sincera amistad conserva.

III
DON LUCAS.—DON CARLOS, *su hijo*.—El
DOCTOR y BEATRIZ cenando en el co-
medor de la alquería.

CARLOS (*al Doctor*.)

¿Y qué tenemos con eso?
Porque ese hombre sea valiente,
¿le ha de sacar su valor
del alcance de las leyes?

EL DOCTOR (*a Carlos*.)

Mancebo, a lo que imagino,
poco de esto se os entiende;
los soldados que le siguen
le respetan o le temen.

CARLOS

Si me contaréis a mí
los milagros del hombre ese,
cuando he vivido con él
más de un año. Diez y siete
tenía cuando su casa
abandonó y sus parientes,
y sentó plaza.

EL DOCTOR

Es exacto.

CARLOS

A los veinte y tres y meses
dió a un capitán de estocadas
en un duelo.

EL DOCTOR

Ciertamente,
también es verdad.

CARLOS

Fué preso
y presentado a sus jueces,
y la sentencia era clara,
y le condenaron a muerte.

EL DOCTOR

Mas os habéis olvidado,
señor cronista, que fué éste
el motivo único y solo
para que al día siguiente
se alzase su compañía,
y a ella otras cuatro se uniesen,
pidiendo a voces su vida
y jurando defenderle.

CARLOS

Todo obra de sus amigos.

EL DOCTOR

Lo que prueba que los tiene,
que los soldados le amaban,
y que positivamente,
pues saben hoy que es su mismo
compañero, le protegen.

CARLOS

Vaya, vaya, buen doctor,
que si quisiera quien puede,

antes de veinte y cuatro horas
habría quien le prendiese.
Y el valor no le escudara,
porque sabéis que es patente
que jugó su patrimonio,
y que dejó muchas veces
muertos en el campo a hombres
por quien llora aún mucha gente.
Y, en fin, que tras muchos lances,
pobre y perseguido viéndose
por la justicia, a los montes
vino al cabo a guarecerse,
y uniéndose a los bandidos
ha venido a ser su jefe.

EL DOCTOR

Y eso prueba, amigo Carlos,
clara y terminantemente,
que es un hombre de valor,
y que alma de sobra tiene
para habérselas con todos
por astucia o frente a frente.

CARLOS

Y prueba que es un bandido
que su fortuna merece,
y que quien asirle pueda
hace un servicio eminente
a su patria: y si yo mismo...

EL DOCTOR

Señor guapo, no lo deje
por tan poco; en este instante
buena ocasión se le ofrece
para el caso: él no está lejos;
con que por el monte trepe,

seguro en él de encontrarle,
y si es hombre, de cogerle.

CARLOS

Y ya se ve que lo fuera,
seor galano.

EL DOCTOR

Seor imberbe,
no hace cuatro horas aún
que estuvo cerca, y, o mienten
las señas de los paisanos,
o ese sendero de enfrente
tomó, pasando delante
de vuestra puerta.

DON LUCAS (a Beatriz.)

¿Qué tienes,
Beatriz? Te has descolorido,
trémula estás...

EL DOCTOR (levantándose y yendo hacia
Beatriz y pulsándola.)

¿Qué sucede?

A ver, a ver, en efecto
es un vapor.

DON LUCAS

¿Ven ustedes
lo que hacen con sus disputas
y sus historias imbéciles
de desafíos y cárceles
y de bandidos y duendes?

EL DOCTOR

Don Lucas, tenéis razón.

Bah, Beatriz, no te alteres de oír que ha pasado cerca ese bandido.

DON LUCAS

Y ya vuelve.

EL DOCTOR

Es un hombre como todos, y aunque prendas no le duelen cuando juega en contra de hombres, no es así con las mujeres, que es muy gallardo y buen mozo. Un vaso de agua traedme con un poco de vinagre: esto no es nada: ea, bebe. No tiene nada de extraño, todavía está muy débil.

DON LUCAS

Juana, Ramón, luz al cuarto de la niña y que se acueste.

EL DOCTOR

No es preciso.

DON LUCAS

¡Pobrecita!

¿Va mejor? ¿Cómo te sientes?

BEATRIZ

Ya se me ha pasado, padre: fué un vahido solamente.

IV

¿Es cierto? ¿Y aquel hombre que sentado con Beatriz estuvo fué el bandido? ¿Es a quien tanto Carlos ha ultrajado y a quien tanto el doctor ha defendido?

Infame desertor de sus banderas, jugador, libertino y pendenciero, lleva sobre él las leyes más severas... y parece no obstante un caballero.

Es buen mozo y galán con las mujeres, según dice el doctor, y en desaffos siempre triunfante; en varios pareceres puede andar su virtud, mas no sus bríos.

Quiérenle sus soldados, le respetan los mismos que condenan sus extrañas proezas: los bandidos se sujetan a obedecer su voz en las montañas.

Valiente en el ejército, valiente ante el severo juez que le condena, mira el peligro con serena frente, y aguarda el porvenir con faz serena.

Mas si un día, Beatriz, os veis acaso en un trance fatal, pedidme ayuda; si un hombre os puede echar de este mal no faltará jamás quien os acuda.

Tal oferta a Beatriz hizo partiendo por el sendero que a los montes guía, si su suerte se cambia prometiendo volver ante sus ojos algún día.

Su semblante no vió con el embozo Beatriz, ¿mas qué importa su semblante,

si ya la inclina hacia el gallardo mozo
su oferta liberal y su talento?

No fuérais al convento, la previene,
a poder yo estorbarlo; y el convento
así sin fuerzas ni salud la tiene,
y es a él volverla de su padre intento.

Luego el único ser que la es extraño,
el sólo que la dan por enemigo,
el sólo es que se duele de su daño,
y se la ofrece valedor y amigo.

¿Y qué estrella fatal ponerla pudo
al claustro destinada aún no nacida?
¿Tiene ella un corazón seco y desnudo
de afecciones al mundo y a la vida?

Tal en su lecho Beatriz pensaba
y en tales reflexiones se perdía,
y más la idea del convento odiaba
cuanto el tornar a él más cerca veía.

Y en estos pensamientos
su espíritu embebido,
cayó del sueño en brazos
la triste Beatriz:
y entre sus negras sombras
la sombra del bandido
se muestra, de ventura
cual precursor feliz.

Los pálidos fantasmas
de sus penosos sueños,
que en pesadilla odiosa
la asaltan en tropel,
le tornan en alegres
espíritus risueños,

que giran y que bullen
en derredor de aquél.

No alcanza su semblante
por bajo del embozo,
mas sus brillantes ojos
sobre el embozo ve,
y al fuego de sus rayos,
henchido de alborozo,
el corazón la late
cobrando nueva fe.

La oferta generosa
que con osado aliento
la hizo al despedirse
su acento varonil,
resuena en sus oídos
como de manso viento
el plácido murmullo
en el pintado abril.

Ya en sueños imagina
que expuesta en el desierto,
y abandonada y triste,
y descarriada va,
y en el lejano monte
por el camino incierto
la sombra bienhechora
para guiarla está.

Ya sueña que a la orilla
de rápido torrente
la tienen los bandidos
para arrojarla en él,
y en medio de la turba
parece de repente,
y tornáanse las peñas
magnífico vergel.

Y ¡ay, triste de la hermosa
que en los delirios fía
de sueños que embelesan
su mente juvenil
De su soñado cielo
la arrojan algún día
en el hediondo cieno
del apetito vil.

¡Ay triste de la niña
que confiada adora
el ídolo que crea
su ardiente corazón!
El frío desengaño
bajo su templo mora,
y seca con su soplo
la bella creación.

Amor entra en su alma
como galán rendido,
un porvenir mintiendo
pacífico y feliz;
mas de ella apoderado
se torna en un bandido...
¡Ay! ciérrale tu alma
¡oh hermosa Beatriz!

Un vago pensamiento
que sin violencia nace,
en hondo sentimiento
transformase traidor.
Después deseo ardiente,
si se desprecia, se hace,
y al fin concluye siendo
desatinado amor.

Y

El viejo don Lucas
a Córdoba fué;

su amigo el empírico
marchóse también.
Don Carlos habita
la quinta este mes,
y en ella se queda
Beatriz con él.

Su hermano es un hombre
nacido en Jerez,
que escupe torcido,
que mira a través,
que siempre murmura
de cuanto oye y ve,
y más que su hermano
parece su juez.

Jamás de su parte
se quiso poner,
ni de su convento
traspuso el dintel
durante su larga
dolencia cruel:
dijeran que el mozo
su sangre no es.

Doctor es en leyes,
y lo hace tan bien
que a toda la curia
mantiene en un pie:
no hay falsa escritura,
ni falso poder
para él que legales
razones no dé.

El más escribano
de cuantos se ven,
que saben un pleito
de un átomo hacer,
con él siempre en falso

asienta los pies!...
Que no hay quien alcance
su maña y doblez.

Doctor es en leyes,
mas por San Ginés!
que nunca con nadie
guardó buena ley.
Calcule el discreto
cuán feliz va a ser
su cándida hermana
con este leblrel.

No su hermano,
su tirano
sólo es;
un espectro que la espanta,
y doquiera se levanta
donde va a fijar los pies.

En su espía
transformado,
noche y día
va a su lado,
no la deja
por doquier.
No respira,
no oye o mira,
nada intenta
que él no sienta,
que él no logre
oír y ver.

¿Qué hace en tanto
Beatriz?
Sufrir y calla.
Con su espíritu
batalla,
y en su llanto

melancólico
se ve bien que no es feliz

¿Qué hay oculto
que atormentó
su alma cándida,
inocente?
¿Tal vez siente
su conciencia
la presencia
de un gusano
roedor?

¿Es el miedo de su hermano
lo que causa su dolor?
No: es un vago pensamiento
sin contornos ni color,
que en más hondo sentimiento
va cambiándose traidor.

Quiera Dios que la halague
tan sutil y tentador,
que tras él la niña vague
hasta dar donde la trague
la honda sima del amor.

VI

En una de aquellas noches
sombrias y melancólicas
en que todo en torno calla
y todo en torno reposa,
en que tardía la luna
por el horizonte asoma
entre cenicientas nubes
que su luz pálida entoldan,
y en que a renovar convidan
dulces y antiguas memorias
el aislamiento del alma,
la soledad silenciosa,

la tranquilidad del mundo
y el misterio de las sombras;
noches serenas de agosto
en que se vive y se goza,
y de que nunca se olvidan
las sabrosísimas horas;
en una, pues, de estas noches
más oscura que las otras,
de pechos en su ventana
está Beatriz absorta
en secretos pensamientos
y consigo mismo a solas.

El codo en el antepecho,
la sien en la palma apoya
de una mano, y la otra mano,
dejada a voluntad propia,
arranca el menudo césped
que en el antepecho brota
con la humedad de la lluvia
y en la unión de las baldosas.

En su arrobamiento dulce,
sin intención que conozca,
sin voluntad que la acuda,
sin anhelo y sin zozobra,
nada escuchan sus oídos,
en nada sus ojos posa,
su corazón nada espera,
sólo pensar es su obra:
sólo en meditar se ocupa;
¿mas en qué piensa? Lo ignora.

Sucédense sus ideas
en cadena nunca rota;
nacen unas do otras mueren,
do las unas se evaporan
las otras se patentizan
más o menos luminosas,
y sin razón ni trabajo
su inquieta mente las forja

cual brotan de un manantial
una, diez, ciento, mil gotas.
Ninguna en la limpia peña
se atropella ni se estorba,
ninguna se precipita
sin tiempo, ni se desborba;
sino que todas a un tiempo
el limpio arroyuelo forman,
y como salen de un caño
arroyo se truecan todas.
Así Beatriz medita
en su ventana a deshoras
de la noche, y así estando
adormida en vaporosas
infantiles ilusiones,
creyó en la empinada loma,
saliendo de las malezas,
distinguir una persona.
El corazón a su vista
con violencia latióla;
los ojos clavó en el bulto
cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue,
mas cuyos pasos se notan
poco a poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazoleta angosta
que de la quinta delante
hace la tierra escabrosa,
paróse como dudando,
mientras a favor de esta corta
pausa, pudo Beatriz
examinar su persona.
Era de alzada estatura,
de presencia muy airosa,
y andar resuelto y seguro:
su traje casi a la moda
de mil setecientos quince;

gabán cuya manga angosta
 ciñe al brazo con gran vuelta
 que en la muñeca se dobla.
 Pequeña falda y con cuerpo
 que a la cintura se abrocha
 con un corchete de acero;
 ancho calzón que abotona
 por ambos lados, y que ata
 por encima de la bota;
 larga espada, gran sombrero,
 y en la cinta dos pistolas,
 y de una vez cercenando
 descripciones enfadosas,
 facha a lo Felipe quinto
 (que es la edad de nuestra historia).

Tal es el hombre que espera
 en la estrecha plataforma
 que hay delante de la quinta,
 y las señas que le toma
 Beatriz, que a salvo verle
 desde su ventana logra,
 aunque ésta es harto elevada
 y la claridad muy poca.
 Alzó él repentinamente
 la cabeza, y retiróla
 la muchacha, mas no anduvo
 en retirarla muy pronta
 que no lo notara el hombre;
 y sin duda conocióla,
 porque dijo con voz cauta:
 «¿Por qué ocultarse, señora?
 ¿Por qué de un sincero amigo
 recatar la faz hermosa,
 cuando él en su corazón
 tiene estampada una copia?»
 Salid, pues, a esa ventana,
 Beatriz encantadora,
 que no veréis más que un hombre
 que más placer no ambiciona

que el de oír el dulce acento
 de vuestra divina boca.»

Qué es lo que pasa por ella
 Beatriz no entiende ahora;
 de esta repentina y franca
 declaración amorosa,
 no comprende Beatriz
 las palabras seductoras;
 lo que escucha la enloquece,
 lo que sospecha la azora.
 La voz que ha oído es la misma
 que oyó otra noche más próxima
 cuando con dulces palabras
 le hizo ofertas generosas.
 Él es, el bandido, ¡cieelos!
 ¿Qué ha de hacer? Pues que la nombra,
 la ha conocido, y es fuerza
 que a sus palabras responda.
 Esto pensaba la niña,
 cuando más recia y sonora
 sonó la voz del de abajo,
 aunque siempre respetuosa,
 diciendo: «Si las palabras
 con que os he hablado os enojan,
 no os asoméis para darlas
 contestación enojosa;
 pero asomaos si os place
 para recibir, señora,
 del hospedaje las gracias;
 o que tenéis a deshonra
 imaginaré si no
 recibirlas de mi boca.»
 Lo cual Beatriz oyendo,
 grosería parecióla
 no dar alguna respuesta
 a quien su callar sonroja.
 Salió, pues, a la ventana,
 y a no estorbarlo la sombra,

mostrara el rostro modesto
 más rojo que una amapola,
 Salió, mas quedóse muda,
 pues de puro vergonzosa
 no atinó con las palabras
 para la respuesta propias.
 Lo cual mirando el de abajo,
 de esta manera atajóla,
 a la ventana acercándose
 para que mejor lo oiga.

ÉL

A mejorar mi fortuna
 que volvería ofrecí,
 mas me parece jay de mí!
 que os es mi vuelta importuna.

ELLA

Yo creo, buen caballero,
 que siempre causa un placer
 tornar un amigo a ver.

ÉL

Que tal me juzguéis espero.
 Yo por mí puedo jurar,
 sin hacer ofensa a Dios,
 que desde partí de vos
 no pensé más que en tornar.
 ¿Y vos pensasteis en mí?

ELLA

Muchas veces me acordé... *(Se interrumpe.)*

ÉL

¿Os acordasteis? ¿De qué?

ELLA *(Con candidez.)*

De que estuvisteis aquí.

ÉL

¿Y os acordasteis de más?

ELLA

¿Y de qué más me acordara,
 si el embozo de la cara
 no separasteis jamás?

ÉL

Tenéis, Beatriz, razón,
 y de esta descortesía
 esta noche suponía
 que me otorgarais perdón.

ELLA

Por mí perdonado estáis:
 pero a fe que me alegrara
 de haberos visto la cara.

ÉL

Y ¿por qué lo deseáis?

ELLA

Porque yo siempre he vivido
 como al claustro destinada,
 dentro del claustro encerrada,
 y allí nunca he conocido
 nadie cuyo corazón
 fuera conmigo sincero,

y habéis vos sido el primero
que me ha mostrado afición.

ÉL

¿No habéis amado jamás?

ELLA

A Dios y a mis padres sí,
que a ninguno conocí
que me interesara más.

ÉL

Pues yo os juro, Beatriz,
que a lograr yo interesaros
y mi amor comunicaros,
fuera el hombre más feliz.

ELLA

¿Conque me amáis?

ÉL

Sí, a fe mía;

de veros desde el momento
no tuve otro pensamiento
ni de noche ni de día.

Por veros un solo instante
no conociera temores
a los peligros mayores
que encontrara por delante.

ELLA

Callad, callad.

ÉL

Oigo ruido.

ELLA

Van poco a poco una llave
volviendo... mi hermano es ese;
santos del cielo, amparadme.

ÉL

Pedid sólo a Dios por él,
si es que os maltrata cobarde.

ELLA

¡Ay! Huid, que os va a matar.

ÉL

Me conoce lo bastante
para tenerme respeto.

ELLA

No. Idos.

ÉL

Vóime, si os place.

Hízolo así el misterioso
galán, ligero alejándose
como un gamo, y se perdió
por entre los matorrales.
Más trémula e insegura
que las hojas de los árboles,
quedó en la reja Beatriz
sin atreverse a quitarse.

Abrió a muy poco la puerta
 su hermano, y a todas partes
 mirando y viendo a su hermana,
 dijo airado: «¿Qué haces?
 —Nada, turbada repuso.

CARLOS
 ¿Con quién hablabas?

BEATRIZ
 Con nadie.

CARLOS
 Pues jurara que oí voces.

BEATRIZ
 Sería el rumor de el aire.

Tosió Carlos, y entre dientes
 murmurando airada frase
 que ella no oyó, dijo recio:
 «Ea, a cerrar y a acostarse.»
 Cerró Beatriz las maderas,
 mas al postigo quedándose,
 vióle tomar el sendero
 que el forastero tomó antes.
 Siguiéronle con afán
 sus ojos, mas un instante
 bastó a que se le ocultaran
 los espesos matorrales.

SEGUNDA PARTE

VII

Después de más de una hora
 de muy zozobrosa espera,

los ojos de Beatriz
 alcanzaron, de la espesa
 sombra del monte saliendo,
 y avanzando por la senda,
 dos bultos que más se aclaran
 como a la quinta se acercan.
 Conforme fueron llegando,
 fué su mano dando vuelta
 al postigo por do mira,
 y cuando ellos a la puerta
 se pararon de la quinta,
 oculta en la sombra ella,
 ve y oye de la ventana
 por una rendija estrecha.
 Su hermano y el otro son;
 y entrambos con voz resuelta,
 exige el uno, y el otro
 resiste, desoye y niega:

EL BANDIDO

Carlos, piensa lo que haces.

CARLOS

De más lo he pensado.

EL BANDIDO

Piensa

que son ciertas mis palabras
 y seguras mis promesas.
 Yo tengo en la corte amigos,
 y uno a cuya voz primera,
 el rey ha de dar por buenos
 mis delitos y proezas.
 Héle salvado dos veces
 la vida en liza sangrienta,
 recibiendo una lanzada

que me hizo quedar en tierra,
y a él estaba dirigida;
y en el punto en que yo quiera
en nombre de aquella lanza
valerme de sus ofertas,
todo ha de ser olvidado,
todo, ¿lo entiendes?

CARLOS

Muy buenas
serían tus esperanzas
como realizables fueran.

EL BANDIDO

Pues bien, hay más todavía:
Toda la provincia entera
de mis asaltos nocturnos
con ira y pavor se acuerda;
los comerciantes más ricos
aún inútilmente esperan
cantidades que en sus cajas
como déficit se cuentan.

CARLOS

¡Tú propio de ello te alabas!

EL BANDIDO

Escúchame y ten paciencia.
Yo nací rico, lo sabes;
los juegos y las pendencias
en fiestas y en medicinas
sorbieron toda mi hacienda.
Soldado fui, y honra tuve;
si una palabra en mi ofensa

del rey abajo me dijo
alguien, le arranqué la lengua.
Me desterraron y hui;
mas me agobió la miseria,
y tolerarla no puede
quien no nació para ella.
Acógime a las montañas,
juntéme con gente fiera
de la sociedad lanzada
por sus costumbres perversas.
La educación y el valor
diéronme ventaja inmensa
sobre estas hordas salvajes,
y bien con maña o con fuerza,
hoy a mi voz obedecen
y me veo a su cabeza.
No se ha dado golpe en vago;
imensurables riquezas
han venido a mi poder,
mas ¿sabes lo que hice de ellas?
Con el oro que yo robo
otra persona comercia,
paga y mantiene mi gente,
y con secreto almacena
todas las prendas robadas
anotando nombre y señas
de sus dueños, a quien deben
volver cuando me convenga.
Yo no supe vivir pobre;
¿quién fiarme una peseta
sabiendo quien soy querría?
Y en situación tan extrema,
lo que de grado no hallara
pensé en hallarlo por fuerza.
Todo el mundo me prestó
lo que en verdad no quisiera,
y a todo el mundo le debo
por mi valor mi riqueza.
Ahora bien, Carlos, respóndeme:

Yo estoy pronto a dar mis cuentas
y a volver el capital
con que he rehecho mi hacienda;
el rey me ofrece un indulto,
y gracia de una bandera
si al servicio de las armas
quiero volverme... Contesta,
Todo en gracia ha de caer
en obsequio a la manera
con que ha sido hecho: ¿tu hermana
podrá entonces ser la prenda
de la dicha que me alcance?

Nunca.

CARLOS

EL BANDIDO

Carlos, mira y piensa
que en ello va mi fortuna
y aun mi virtud venidera.

Nunca.

CARLOS

EL BANDIDO

Veo, miserable,
tu mezquindad manifiesta;
veo que aún no has olvidado
la bailarina francesa.

Ni la olvidaré jamás.

EL BANDIDO

Tienes el alma más negra
que la crin de mi caballo.

Si la memoria conservas,
ella eligió entre los dos.

Lo sé.

EL BANDIDO

¿De qué, pues, te quejas?

CARLOS

Basta, César; buenas noches.

EL BANDIDO

Atiende, Carlos, espera.

CARLOS

Es inútil cuanto digas.

Ya has oído mi respuesta
y no olvido ni perdono.

EL BANDIDO

Entonces, Carlos, recuerda
que te fié mis secretos
y guardarlos me interesa.
No abuses de ellos.

CARLOS

Haré
lo que mejor me convenga.

EL BANDIDO

Mas al mirar tu interés,

vé también mi conveniencia,
 porque uno con otro al cabo
 tendremos que arreglar cuentas,
 y ¡ay del que alcanzado queda!

CARLOS

A sí cada cual atienda.

EL BANDIDO

A sí cada cual... comprendo
 tus miserables ideas,
 la inmensurable avaricia
 que tu alma mezquina alberga.
 No es el voto de tu madre
 lo que al monasterio lleva
 a Beatriz; de don Lucas
 no es, no, la invencible y terca
 preocupación; tú sólo
 viva en el claustro la entierras.
 Tú, sólo tú, que en el oro
 el móvil de tu existencia
 tienes puesto: sí; tú, Carlos,
 que apeteces sus haciendas,
 y para unir las en ti
 las intrigas no escaseas
 ni escrupulizas los medios.
 Mas vive, Carlos, alerta.

CARLOS

Y alerta tú, miserable,
 vive también, porque llega
 el día de la justicia.

EL BANDIDO

Ten, Carlos, la torpe lengua,

que si llega el de la tuya
 y es de Dios justicia recta,
 no sé yo cuál de los dos
 llevará peor sentencia.

CARLOS

Sin apelar a ese fallo
 jueces hay sobre la tierra.

EL BANDIDO (Con desprecio.)

Jueces hechos de abogados
 como tú, que se reservan
 la justicia para sí,
 y para el prójimo piedras.

CARLOS

Sea por fin como fuere,
 no ahondemos más la materia,
 y que piense cada cual
 como mejor le parezca.
 Y acabando de una vez,
 sea el motivo cual sea,
 ya mi sórdida avaricia,
 ya la maternal promesa,
 ha de ser monja mi hermana
 o cuanto valgo me cuesta.

EL BANDIDO

Pues de una vez acabando,
 Carlos, fuere la que quiera
 mi razón, ya el odio a ti
 o mi amor para con ella,
 tu hermana no será monja
 o me cuesta la cabeza.

CARLOS

Pues si estimas un aviso
y en los hombros te interesa
conservarla, desde ahora
por esta quinta no vuelvas.

EL BANDIDO

Sea, Carlos, como quieres,
y si es que la tuya aprecias,
no habites mucho esta quinta,
que es muy fragosa la sierra,
y al bajar alguna vez
por resbaladiza senda,
puedes tropezar y hacerte
pedazos entre las peñas.

CARLOS

Conozco el piso.

EL BANDIDO

No fies,
y adiós, Carlos.

CARLOS

Adiós, César.

Echó César por el monte,
atrancó Carlos su puerta,
cerró Beatriz el postigo,
y quedó muda la escena.

VIII

Todo lo oyó Beatriz: todo lo sabe,
y en lágrimas deshecha

lo irrevocable de su mal sospecha,
concibe al fin lo que en su hermano cabe.
Ve su avaricia y la fatal venganza
que en César tomará, su amor primero
no olvidando jamás, con la esperanza
de a su hermana perder y al bandolero.
Todo lo sabe, sí; que en noble cuna
arrullado el bandido,
de enemiga fortuna
vejado y perseguido,
sus bienes y sus grados ha perdido,
sus virtudes tal vez una por una;
mas no, ¡por Dios! que noble todavía,
de una pasión purísima instigado,
recuerda con honor que fué soldado,
recuerda su valor y su hidalguía;
y los medios buscando, a la carrera
volver intenta de la edad primera.
Él se batió animoso
por su patria y su rey: íntima, franca,
conserva con un noble poderoso
ilesa su amistad, y ésta le arranca
del deshonor en que olvidado vive
si admite sus propuestas,
y por viejo favor, favor recibe.
La larga cicatriz de la lanzada
por aquél recibida,
al noble impone obligación sagrada
de pagarle la vida con la vida;
y a su honor tornará y a su grandeza,
y las fieras hazañas
de que el héroe fuera en las montañas,
miradas a través de su nobleza,
y a través de su ingenio y del indulto,
ya no serán por crímenes tenidos
sino por hechos de gigante bulto;
y tornará al ejército si quiere,
y tornará a la corte,
o vivirá feliz si le pluguiere

en el lugar donde morar quisiere
con elegida y cándida consorte.

Así pensaba a solas en su lecho
la hermosa Beatriz, y así crecía
el escondido amor que está en su pecho,
aumentando o calmando su agonía.

Y las dulces palabras del bandido,
y de su voz el mágico sonido,
y la bizarra y varonil figura
de aquel gallardo rey de la espesura,
y la grata memoria
de su variada y novelesca historia,
de sus juegos antiguos y amorios,
apuestas, desafíos,

y otros lances más serios
velados en recónditos misterios,
todo a su mente vivo se presenta,
y todo ello acrecienta
la oculta simpatía

que ya por él sentía
desde la noche que a la quinta vino
por los montes huyendo del destino.

Y todo esto, que atiza
el fuego de un amor que aún no concibe,
el objeto a sus ojos diviniza
que a su pesar en su memoria vive.

Y con su imagen sueña,
y en delirio amoroso
como espíritu errante y luminoso
la contempla vagar de peña en peña,
ab un porvenir mintiéndola dichoso.

«Ven, la dice, tendiéndola los brazos,
el fantasma hechicero,
ven; las torpes cadenas haz pedazos
del tirano poder que te sujeta,
y en brazos del perdido bandolero
encontrarás la libertad completa.»

Y sueña que la toma
la amiga aparición sobre sus alas,
y va de loma en loma,
y va de cumbre en cumbre
a la pálida lumbré
de luna vaporosa
viendo la creación maravillosa;
y descubriendo en los hendidos cascos
de los rudos y altísimos peñascos,
los frescos manantiales transparentes
que lanzan por las peñas sus vertientes,
y en los valles frondosos
tornados en arroyos caudalosos,
o en fuentes cristalinas,
fecundan florecillas peregrinas
y espesas arboledas
de extendidos pinares y alamedas.
Y en medio del espacio la parece,
do el aire se refresca y se enrarece,
que alcanza de esmeraldas y topacios,
pagodas y palacios;
y las nubes con mágicos celajes
figuran sutilísimos encajes,
ejércitos de sombras caprichosas,
ya fieras, ya graciosas,
que cruzan en diversos pelotones
del aire azul las cóncavas regiones.
Todo esto enamorada
sueña tal vez, llevada
en brazos de la sombra que la hechiza,
de la bella visión que diviniza.
Mas, ¡ay! que allá a lo lejos,
de un astro ensangrentado a los reflejos,
en nubarrón de cárdenos colores,
preñado de vapores,
de su camino en la mitad se lanza
el pálido fantasma de su hermano,
y rompe sus delirios de esperanza
con enemiga e iracunda mano,

y agitada despierta
de la efectiva realidad incierta.

¡Ay triste... triste Beatriz que adora
un delirio no más! ¡Cuántos dolores
te va a traer la venidera aurora
tras esos pensamientos seductores!
¡Ay pobre Beatriz! suspira y llora.

¿Qué hace entre tanto Carlos?
¿Sueña también exaltación futura?
¿Tendrá al fin que dejarlos
realizar sus amores, su ventura?
¿Cederá del bandido
al genio emprendedor? ¿Teme su enojo?
Témelo, sí; mas, corazón torcido,
pérdida hipocresía
a oponer va su arrojo,
y en su destreza y sus años fia.
Cerrado en su aposento,
cuando aún apenas amanece el día,
en planta pone su traidor intento;
y a la sed de venganza que le agita
el corazón cobarde le palpita.
En sus labios, que el miedo descolora;
brilla sonrisa atroz; honda revelan
sus pardos ojos intención traidora,
y las miradas de sus ojos hielan.
Difícilmente toma
la desigual respiración, y el pecho
que corroe del crimen la carcoma,
presta al aire sutil ámbito estrecho.
Y le tiembla la mano
mientras guía la pluma
con que el intento que emprendió villano
en billete fatal traza y consume.
Dos veces le leyó después de escrito,
dos veces le dejó sobre la mesa,

hasta que halló que en el papel maldito
su voluntad con su dición expresa.
Otra vez todavía
le repasó al cerrarle,
y a cada doble que al papel hacía
aún tornaba un momento a repasarle.
Cerró el billete al fin, púsole oblea,
y a un jayán despertando
que en cercano aposento está roncando
y en quien peligro no hay de que lo lea,
«toma, le dijo: ¡a Córdoba volando!
Lleva a mi padre ese papel al punto:
y cuenta con que abrevies el camino,
que si en horas no llega a su destino
y no logro mi afán, eres difunto.»
Partió el jayán, y decidido fuese
a obedecer sumiso,
mas que al jaco que monta harto le pese
el trotar cuesta abajo y por mal piso.
Desde la alta ventana a que se asoma
vió Carlos doblar la enhiesta loma,
un «Dios con bien te llevé» murmurando
y un segundo billete comenzando.
Más breve y más conciso que el primero
fué aquél, y con más prisa concluido,
aunque con más cuidado conducido
a manos del bizarro bandolero.
Un ladino mancebo, tosco astuto,
largo en malicias si de porte bruto,
se encargó del mensaje,
preparando con tiento en su memoria
una fingida historia
del término y motivo de su viaje.
Cuyas dos cosas juntas,
carísimo lector, como que tienen
de misterios sus puntas,
al caso en este número no vienen;
y a más siendo (a mi juicio) más perfectos
los relatos y escritos

do las causas se ven por los efectos, porque excusan prefacios infinitos, informarte prefiero, y se me antoja, a vuelta de esta hoja de lo que sucedió con los billetes, y a ello es fuerza, lector, que te sujetes aunque la relación quede algo coja.

IX

En la noche de aquel día, noche negra y melancólica, en que todo en torno calla y todo en torno reposa: en que tardía la luna por el horizonté asoma entre cenicientas nubes, que su luz pálida entoldan, y en que a renovar convidan dulces y antiguas memorias, el aislamiento del alma, la soledad silenciosa, la tranquilidad del mundo y el misterio de las sombras, de pechos en su ventana está Beatriz absorta en secretos pensamientos y consigo misma a solas. El codo en el antepecho, la sien en la palma apoya de una mano, y la otra mano, dejada a voluntad propia, arranca el húmedo césped que en el antepecho brota con la humedad de la lluvia y en la unión de las baldosas. Mas no cual la noche última hoy en lo que piensa ignora, no se elevan sus ideas

en cadena nunca rota, naciendo unas de otras mueren, y donde unas se evaporan las otras patentizándose más o menos luminosas, cual brotan de un manantial una, diez, ciento, mil gotas; no, que esta noche bien sabe lo que piensa y lo que llora. Todo el día en su aposento se estuvo encerrada y sola pretextando una dolencia, mas de su hermano la cólera temiendo y las invectivas; y Carlos, que al plan que forja mucho su ausencia conviene para que no lo conozca, pretextando al par negocios, pasó la jornada toda encerrado en su aposento, devorando su zozobra. Así todo el día tuvo libre Beatriz, y en penosas reflexiones malgastándola, hasta que la noche lóbrega por la enmarañada sierra tendió su manto de sombras y ella salió a la ventana. Zumbaba en las ramas sorda la voz del viento, doblando y estremeciendo las hojas, y los picos de las peñas a lo lejos, y las copas de los árboles fingían mil visiones espantosas; enormes masas sin luz, en cuyas enormes formas la imaginación mil fieras apariciones coloca.

De este nocturno paisaje
la relación misteriosa
con sus ideas contempla,
y no tan encantadora
la sonrió su esperanza
cual pensó la noche próxima;
y el mar de su porvenir
más recio viento alborota.
Las palabras de su hermano,
la resolución briosa
del bandido, guerra abierta
entre ambos a dos denotan.
Ofensas hay de por medio
que su hermano no perdona;
secretos hay que el bandido
defenderá a toda costa.
Monja ha de ser (dijo Carlos)
aunque cuanto valgo exponga.
Si va mi cabeza (dijo
el otro) no será monja.
Nada la dijo su hermano
en palabras injuriosas,
en denuestos o amenazas;
aún no ha expresado su cólera,
ni aún se ha puesto ante su vista,
lo que prueba que recóndita
lleva la hiel preparada
de una venganza traidora.
Así Beatriz medita
en su ventura a deshoras
de la noche, y así estando
cercada de pavorosas
aunque fundadas visiones,
creyó en la empinada loima,
saliendo de las malezas,
distinguir una persona.
El corazón a su vista
con violencia latióla;
los ojos clavó en el bulto

cuyo contorno en las lóbregas
tinieblas no se distingue,
mas cuyos pasos se notan,
poco a poco aproximándose
por la vereda tortuosa.
Llegó por fin; era un hombre;
y en la plazeleta angosta
que delante de la quinta
deja la tierra escabrosa,
paróse como dudando;
al verle, la sangre toda
de Beatriz, aterrada,
al corazón se la agolpa.

EL BANDIDO

Me esperabais.

BEATRIZ

No, por cierto,
y la Virgen piadosa
me olvide si esta venida
no es un gran pesar ahora.

EL BANDIDO

¿Cómo pesar? ¿Y la carta?

BEATRIZ

¡Carta!

EL BANDIDO

Expresiva, amorosa,
aunque indicando temores
y augurándome zozobras,
Leal vuestro mensajero

me la entregó en mano propia, señalando el mismo sitio que anoche y la misma hora.

BEATRIZ

Mirad que yo no os entiendo.

EL BANDIDO. (*Mirando en derredor.*)

(Habrá moros en la costa y disimula por eso.)

BEATRIZ

Vuestra merced se equivoca, yo no escribí carta alguna.

EL BANDIDO

Aunque no entiendo, señora, el empeño de negármelo cuando son justas congojas las que la oculta venganza de Carlos os ocasionan, decid qué queréis de mí.

¿Qué es lo que os place que oponga contra sus pérfidos planes, si con maña artificiosa

le contrarreste, o la fuerza con la fuerza corresponda?

Vuestro esclavo soy, y el serlo tengo a suerte tan dichosa, que nada puede arredrarme por la que mi alma adora. Conozco de vuestro hermano la condición ambiciosa, y la suerte que os aguarda si sus intenciones logra.

Si la fortuna le ayuda, libertad y hacienda os roba, pues vuestro encierro y clausura sus negros proyectos colma.

Iba contestar Beatriz a ofertas tan generosas y agradecidas palabras, cuando a las aterradoras voces de ¡asírlle! ¡matarle! como aparecidas sombras por la puerta de la quinta salieron varias personas con arcabuces y sables, con puñales y pistolas. «Ese es! ¡Ese es!», exclamó don Carlos con voces rónicas, y se le echaron encima con voracidad rabiosa. Hízose atrás el bandido empuñando su tizona, y lanzando un grito agudo que vibró largo en la atmósfera. El eco en largo gemido lo llevó de roca en roca de las ásperas montañas por las soledades cóncavas, y al punto entre los peñascos esta señal poderosa hizo brotar seis bandidos que de distancia harto corta hicieron una descarga oportuna y peligrosa. Cayó Beatriz sin sentido, sin que humano ser la acorra, y trabóse en la maleza liza sangrienta y dudosa. Iba a la par por momentos aumentándose la tropa

que por instancias de Carlos iba llegando de Córdoba, y creciendo su cuadrilla, como en las grutas más hondas se internaban los bandidos con precaución previsora. Ofase entre el tumulto la voz recia y vigorosa de los jefes que mandaban, y la voz aterradora de los que heridos gemían con las postreras congojas. Mas se retraen los bandidos que la peor parte logran, y los soldados avanzan aunque en marcha cautelosa. De mata en mata, de árbol en árbol, de roca en roca, ganan los unos la tierra que los otros abandonan; y así seguían trepando por las cuestas montañosas, cuando cesó de repente la liza tumultuosa. Como obedece a un conjuro turba de duendes diabólica, cual desaparecen al soplo de un torbellino las hojas, cual leve montón de espuma que se sume entre las ondas, hundiéronse los bandidos entre la espesura lóbrega. Hicieron alto los otros temiendo emboscada próxima, comentariando las causas de tan extraña maniobra. Dueños del campo se quedan, mas parece su victoria, más que triunfo, vencimiento,

pues nadie traspasar osa a la otra parte del monte, ni nadie la suerte próspera con voz alegre celebra de las armas vencedoras. Volviéronse recelosos por las gargantas tortuosas de la montaña a la quinta; y antes de apuntar la aurora, sin atreverse a seguir del bandido la derrota, con dos o tres prisioneros se tornaron para Córdoba. Y en vano los tribunales a los presos interrogan; fieles a su capitán van en silencio a la horca.

X

En rápida barquilla de flores coronada, las cristalinas ondas surcamos al nacer, y el ánima inocente navega confiada en cándida ignorancia sin riesgos que temer.

¡Ay! ¡Es tan bello entonces el mar! ¡Tan engañoso sus limpias aguas dora reverberando el sol! ¿Quién no se augura entonces un día tan dichoso, cual bello es su tranquilo y espléndido arrebol?

Mas ¡ay!, ¡cuál son del hombre los vanos pensamientos,

los planes de ventura,
de dicha y ambición!
Eternamente mira
fallidos sus intentos,
y sólo alcanza sombras
su pobre corazón.

Borrascas de la vida,
las sórdidas pasiones
de la ventura humana
se lanzan sobre el mar.
Del porvenir el faro
espesos nubarrones
sorben, y va la nave
sin rumbo y al azar.

¿Quién guía su barquilla
perdida y maltratada
por las tinieblas densas
de la tormenta atroz?
¿A qué remota orilla
podrá desconsolada
llegar del marinero
la moribunda voz?

Los vientos arrebatan
sus lúgubres lamentos,
mas no para que lleguen
a oídos de piedad;
los llevan para ahogarlos
en medio de los vientos,
para aumentar con ellos
la horrenda tempestad.

Todo en redor es noche;
en vano el ojo anhela
la luz hallar lejana
de un astro tutelar;
tinieblas ve tan sólo;

ni un astro, ni una vela
por el nublado cielo,
por el furioso mar.

¿Adónde está, hacia dónde
la abandonada orilla?

¿Adónde la esperanza
que nos lanzó a salir
de la segura playa?

¡Ay misera barquilla,
ya Dios tan sólo sabe
cuál es tu porvenir!

¡Tal es de las pasiones,
el lóbrego misterio!

¡El mar desconocido
de nuestra suerte tall
Amor nos lleva a ciegas

por su escabroso imperio,
llamando paraíso
lo que es un arenal.

Así camina a ciegas
la niña enamorada,
así Beatriz navega

el mar de su pasión,
batida de los vientos,
de escollos circundada,
en su barquilla frágil
sin vela y sin timón.

Las viles asechanzas
de su ambicioso hermano

la minan su ventura,
la acechan por doquier.

¿Qué hará, mansa paloma,
en garras del milano?

¿Contra el injusto mundo
que hará, débil mujer?

Un voto (que hizo al cabo
superstición impía)
a odiosa la condena
y eterna reclusión...
Cuando ella, enamorada,
lamenta noche y día
el ídolo perdido
que adora el corazón.

¿Qué ha sido de don César?
¿Quién fué, ¡contrario infame!
de la nocturna cita
el miserable autor?
En vano es que le busque,
en vano que le llame:
acaso las montañas
son tumba de su amor.

¡Terrible fué el combate!
Tremendo era el ruido
que por las huecas peñas
crujía sin cesar:
de las descargas recias
el cóncavo estampido
no puede de su mente
ni oídos desechar.

¡Ay! vió los prisioneros;
ha visto los heridos;
mil veces de la lucha
oyó la relación;
no dan los vencedores,
no tienen los vencidos
noticias del que adora
su triste corazón.

Las noches pasa enteras
velando en su ventana,
los ojos en la selva

por si le ve llegar;
y acláranse las sombras,
y apunta la mañana,
y a quien aguarda ansiosa
no llega a su pesar.

Si la ama cuando sabe
que abandonada queda,
cuando su amor oculto
tal vez le confesó,
¿será que desprenderse
de sus promesas pueda?
¿Será que sólo quiso
escarmentarla? ¡Ah, no!

Que oyó las decididas
palabras generosas
que dirigió a don Carlos
de su ventana al pie,
cuando dejar ansiando
sus cuevas montañosas,
pidió su mano en prenda
de su futura fe.

Y así camina a ciegas
la niña enamorada,
así Beatriz navega
el mar de su pasión,
batida de los vientos,
de escollos circundada,
su mísera barquilla
sin vela y sin timón.

¡Tal es de las pasiones
el lóbrego misterio,
el mar desconocido
de nuestra suerte tall
Amor nos lleva a ciegas
por su escabroso imperio,

y llama paraíso
lo que es un arenal.

XI

Al cabo de unos días, en la estancia
de la triste Beatriz, Carlos entró,
severo el gesto, pálido el semblante
y alegre el corazón.

Que aunque pesar, vigilia y sufrimiento
remeda con hipócrita exterior,
recóndito placer mora en su alma,
colmando su traición.

Con gesto frío, con desdén altivo
que muestra que le infunde sólo horror,
y sin volver el rostro por no verle,
Beatriz le recibió.

Y él en pie en la mitad del aposento,
ella hundida en el cóncavo sillón,
entre el hermano y la infeliz hermana
tal plática cruzó.

DON CARLOS

Ya ves que el tiempo se pasa,
y dice el doctor que ya
tu salud completa está.
¿Qué hacemos en esta casa?

BEATRIZ

No disimules, hermano,
lo que pretendes de mí,
que estoy hecha a ver en tí
más que un amigo un tirano.

DON CARLOS

¡En mí, Beatriz! ¿Qué razón...?

BEATRIZ

Deja esa humildad, que es vana
para quien de esa ventana
oyó una conversación.

DON CARLOS

¡Qué dices!

BEATRIZ

Lo cierto digo:
ha de ser monja, dijiste,
pese a quien pese.

DON CARLOS

¿Lo oíste
tú?

BEATRIZ

Sí, por ese postigo.

DON CARLOS

Pues bien, ya no hay disimulo,
pues lo oíste, eso ha de ser,
que tú no te has de oponer
al santo voto calculo.

BEATRIZ

Mucho me abrieron los ojos
sus razones, y por eso

que siento en mí te confieso
de no ir al convento antojos.

DON CARLOS

¿Qué es lo que hablas, Beatriz? 38

BEATRIZ

Joven y hermosa, a mi ver
me figuro que he de ser
en el mundo más feliz.
Justo es consagrarse a Dios
con un corazón leal,
pero se parte muy mal
un corazón entre dos.

DON CARLOS

¡Le amas, infame!

BEATRIZ

Sí, le amo.

Desde que vi tu falsedad,
de su amor mi voluntad
escuchó el dulce reclamo.
Terrible es la tentación
y en mí resistir no cabe,
mas Dios es benigno, y sabe
que hizo flaco al corazón.
Un vértigo irresistible
mi mente débil trastorna,
y en otra mujer me torna
un talismán invisible.
Amparo en mi duelo imploro,
mas en alas del deseo,
por todas partes le veo,
en todas partes le adoro.

DON CARLOS

¡Oh vil corazón de tierra,
que consagrado al altar
no quieres impío ahogar
el amor que en ti se encierra!
¿Sabes que el convento es
tu fatalidad, tu sino?
Es el único camino
que tē se abre ante los pies.
Cuantos mundanales lazos
le interpongas ¡insensata!
ese poder los desata,
sí, los hace mil pedazos.
Corre, pues, del mundo en pos,
mas mira, necia mujer,
cómo se muestra el poder
y la voluntad de Dios.

Y así Carlos diciendo, unos papeles
a Beatriz atónita entregó,
y al recibirlos su abrasada mano,

tembló su corazón.

Asaltóla fatal presentimiento,
y una ojeada veloz
echando a los papeles, la sentencia
del bandido leyó.

Preso en su fuga en ominosa cárcel
fué sepultado y condenado en pos,
y en el día siguiente ser debía
puesto en manos del fiero ejecutor.

Los ojos a la fecha del impreso
la desolada Beatriz tendió,
y desplomóse en tierra sin sentido.
La fecha era tres días anterior.

XII

Treinta días después, una mañana, en una estrecha celda del convento donde estuvo Beatriz, agudo acento sonó de una campana.

Y a su cóncavo son estremecidas dos personas que había en su recinto, en un suspiro lúgubre y distinto dieron señal de conservar sus vidas. Más de una hora de silencio triste dentro del aposento ambas pasaron, severo el hombre y la mujer llorosa; más de una hora lenta y silenciosa la campana esperaron.

Una mujer y un hombre los que aguardaban eran; ella en espeso velo velar quiere su faz y desconsuelo, y en consecuencia callaré su nombre. El hombre era un mancebo que, embozado sin ceremonia alguna hasta los ojos, mostraba los enojos que tal vez le traían acuitado, en su inquieta mirada y en su postura incómoda y forzada. De la campana al son él fué el primero que se alzó de su silla, y la faz melancólica, amarilla de don Carlos mostró bajo el sombrero. Fijó en su compañera una de sus miradas confusas y taimadas, entre desconfiada y altanera, y con pausada voz y bronco acento así la dijo, y contestóle ella de grave reflexión tras un momento.

DON CARLOS

¿Conque profesas por fin?

BEATRIZ

Es la voluntad de Dios.

DON CARLOS

¿Y te sometes con gusto?

BEATRIZ

Con santa resignación. Cuanto estorbarlo pudiera de delante me quitó, abrió bajo de mis plantas la senda de salvación, y el rumbo de mi destino tan claramente marcó, que no tuve voluntad ni excusa en tal elección. Amor sentí solamente por un hombre que murió, y por el cual siempre hubiera vacilado el corazón.

Tal vez en este momento, al elegirme un señor, tornárame a él si viviera; mas no es dura imposición la que de este amor exige el destino vengador, si me condena a vivir en silencio y oración, rogando por él al cielo que mi inocencia miró. Y esto baste, hermano mío, de este asunto entre los dos; olvido al umbral del claustro lo que en el mundo pasó. Sed, pues, hermano don Carlos, en él tan dichoso vos

como en mi celda encerrada
ser dichosa espero yo.

Yo os perdono los pesares
de que habéis sido ocasión,
todo cuanto a mí me toca,
el mal que a él hicisteis, no.

DON CARLOS

Fué guerra noble y leal,
suya la provocación:
tuvo más suerte o más tino,
y yo vencí y él cayó.

BEATRIZ

Callad, hipócrita vil,
callad, lengua de escorpión,
no le vencisteis cual noble,
le vencisteis cual traidor.

DÓN CARLOS

¡Beatriz!

BEATRIZ

Basta: vendrá un día
en que a la par él y yo
os demandemos su muerte
ante el tribunal de Dios.

DON CARLOS

No faltaré a responderos.

BEATRIZ

Basta, hombre sin corazón;

quede desde este momento
todo el mundo entre los dos.
Yo cumplo así de mi madre
el voto, y guardo mi honor,
y vos cumplís los deseos
de vuestra enorme ambición.

Y en esto oyéronse pasos

en el largo corredor
do estaba abierta la celda,
y entraron en procesión
con blandones en las manos,
grande aparato y rumor,
las monjas con el obispo
que a la monja apadrinó,
y el coro de los cantores
y el padre predicador.

Y tras muchas ceremonias
y tras de larga oración,
llevaron a Beatriz
al ara en que profesó.

Nadie preguntó en la iglesia
si tenía vocación
para monja la novicia,
o si iba gustosa o no.

Hubo por oír y ver
las ceremonias mejor,
alfilerazos de a tercia,
grita, vaivén y empujón.
Mucha música de orquesta,
mucho chantre de honda voz,
muchos chicos, muchos calvos,
muchos mozos de intención
muy profana, y de curiosos
incomparable montón,
muchísima irreverencia
y muchísimo calor.

Y con esta tumultuosa,
solemne inauguración,

vió el pueblo una fiesta más
y Beatriz monja quedó.

XIII

Quedó monja Beatriz, lector querido,
y aunque triste, tranquila
a su suerte con fe se ha sometido,
y en ella no vacila.
Los usos del convento
no la molestan ya, ni el abandono
del claustro apesadúbrala un momento.
De santa calma y de virtud modelo,
olvidada del mundo,
vive esperando en el futuro cielo.
Delicioso y suave, aunque profundo,
recuerdo de pesar tal vez la acosa,
y aunque al silencio y la oración acude,
la sombra de don César amorosa
no aleja ni sacude
de su mente exaltada y calurosa.
Mas ¡ay! visión de su alma solamente
en su memoria solamente vive,
sólo ella la concibe
para adorar en ella eternamente.
Mas muerto ya el galán, de su memoria
por apartar no lucha
su desdichada historia,
y de su corazón la voz escucha.
Y en su oración acaso solitaria,
tal vez la niña ignora
si cuando atenta ora
a él o por él dirige su plegaria.
Así pasa la vida
la hermosa Beatriz, a su fortuna
con calma sometida,
y al mundo vil sin conservar ninguna
afición corrompida.
Y así un día en el coro,

en hora bien temprana,
salmos al son del órgano sonoro
elevaba a la Virgen soberana,
y con intensa devoción oía
los divinos oficios, y los ojos
en el lejano altar fijos tenía;
cuando como una sombra que evocaba
de la tumba saliera,
la figura de un hombre recatada
cruzó la nave, y rápida mirada
fijó en los ojos de la monja, y fiera
convulsión asaltó de la novicia
el corazón medroso;
y algún atento observador dijera
que su vista fatal la maleficia.
El hombre misterioso
se arrodilló del coro ante la reja,
y aunque vuelto de espaldas, el embozo
su contorno real mirar no deja,
muestran que es noble y mozo
la rizada guedeja
que asoma sobre el cuello,
y el puño que se alcanza de su espada,
con primor cincelada,
de su señor en él la cifra y sello.
Los ojos de la monja
si fuego en vez de luces despidieran,
la espalda del incógnito abrasaran,
y a fe que presto su atención llamaran
y a los suyos ojos se volvieran.
Inmóvil, afanosa
en batalla interior, más no expresada,
más de una hora mortal la niña hermosa
de hinojos se mantuvo, y su mirada
no se apartó del hombre misterioso
que oraba ante la reja silencioso.
Mil lisonjeros sueños,
mil bellas fantasías,
mil fútiles manías

la mente la asaltaban,
 y el débil corazón la estremecían
 con mentidos delirios halagüeños.
 Mas los oficios ya se concluían,
 y del coro las monjas se alejaban,
 y el hombre estaba en su lugar de hinojos
 y Beatriz en él fijos los ojos.
 De devoción exceso lo juzgaron,
 y la madre abadesa
 dió de no interrumpirla orden expresa,
 y en el coro a Beatriz sola dejaron.
 El embozado entonces,
 apoyando en las verjas una mano
 para ponerse en pie, dejó profano
 un billete caer sobre la alfombra
 delante de la monja, y la ancha nave
 volvió a cruzar como evocada sombra.
 Así maquinalmente
 el billete Beatriz, y aquél parándose
 delante del umbral, desembozándose,
 su faz mostró a la monja de repente.
 Dió un grito Beatriz hondo y doliente,
 a lós hierros del coro abalanzándose;
 mas en el punto mismo,
 levantando el tapiz huyó el incógnito
 cual si sorbido hubiérale el abismo.
 ¡Con cuánta afán leía
 un momento después allá en su celda
 el billete Beatriz! Y aún no quería
 dar a la realidad asentimiento,
 porque en su pensamiento
 la realidad amarga no cabía.
 Mil veces le leyó y otras mil veces
 tornó a su negra duda,
 hizo y dijo un montón de insensateces
 sin razón que la acuda.
 Ya sin tino reía, ya de sí mismo
 ya doliente lloraba, ya
 ya con íntimo afán desesperaba,

y a voces su destino maldecía
 y la faz se mesaba.
 «¿Conque vive?, decía,
 ¿vive? ¡Necia de mí! ¡Y en este encierro,
 mientras él por el siglo me buscaba,
 labré mi tumba y preparé mi entierro!
 Lláname desleal, pérfida, ingrata,
 y de mí se despide.
 ¡El pesar o la cólera me mata!
 ¡Y parte! Y el misterio de su muerte
 no explica en su papel... ¡Cielos tiranos,
 con qué estrella nací! ¡Cuán dura suerte
 me dan vuestros decretos inhumanos!»
 Y así Beatriz diciendo,
 y con furia inaudita,
 el billete en pedazos esparciendo
 en un hondo sitio se precipita,
 contener no pudiendo
 la extraña convulsión con que se agita.

Mil proyectos insensatos,
 mil ideas de esperanza,
 el despecho y la venganza
 ofuscando su razón
 le traen al pensamiento,
 y la ira y la amargura,
 y el coraje y la pavora,
 la roen el corazón.

Profunda melancolía
 a traición se le devora,
 víbora envenenadora
 que con él ha de acabar,
 y lenta e inextinguible,
 que ni respirar la deja,
 fiebre ardorosa la aqueja
 que se aumenta sin cesar.

Hierve en sus venas la sangre y
sin alivio de un momento,
acosan su pensamiento
mil delirios en tropel:
asaltan su fantasía,
mil imposible antojos,
y llanto vierten sus ojos,
más amargo que la hiel.

Y después de largas horas
de buscarla en el convento,
la hallaron en su aposento
casi fuera de razón,
y temiendo por su vida,
su palidez contemplando,
remedios amontonando
en su torno en confusión.

Las pobres madres atónitas,
con los deseos mejores,
enviaron por sus doctores
con precisa prontitud;
mas una sola palabra
de Beatriz no sacaron,
ni de sus drogas lograron
probar la oculta virtud.

Los miserables empíricos
no aciertan con su dolencia,
nadie logrará la ausencia
de su repentino mal;
y en vano su ciencia apuran,
sus elixires destilan
en vano; no, no aniquilan
aquella fiebre infernal.

¡Pobre niña! Consumida
por fuego íntimo y secreto,
busca en vano un amuleto

contra tal desolación;
mas en vano los doctores
con sus brebajes la afligen,
si del mal está el origen
en su ardiente corazón.

¡Ayl! ¿Qué saben quién su llanto
ocasiona y sus suspiros,
ni quién tan fatales giros
a sus desvaríos da?

¡Lejos de mí, grita a impulso
de su horrible calentura.

¡Vuestra vista es mi tortura!
¡Quién de vos me librará!

¡Lejos de mí! ¡Lejos, lejos!
diferos espectros con tocas,
que con hipócritas bocas
me predicáis la virtud,

y con fraternales manos
me habéis tejido este traje
con que más horrenda baje
despechada al ataúd.

¡Lejos, dejadme tranquila
me estáis ahogando... aire dadme,
abrid las rejas... dejadme
el ambiente respirar...

Y así Beatriz diciendo
se desespera y se agita
con violencia inaudita,
con iracundo pesar.

Hasta que al cabo la fiebre
la debilita y la extenua,
y en un letargo se atenúa
de su delirio el ardor.
Y las madres aterradas,
conjuran con oraciones

de sus horrendas visiones
el tropel fascinador.

Mas ¿quién sabe lo que puede
de una pasión el arrojó?

Como a impulsos de un antojo
de enfermo que la asaltó,
pálida como un espectro
a la mañana siguiente
en el coro de repente

Beatriz se presentó.

Hincóse junto a la reja,
grave devoción fingiendo
y las miradas tendiendo
por el templo desde allí,
y en un pilar apoyado
con semblante de tristeza,
vió al misterioso embozado
aunque grave y sobre sí.

¡Y quién medir osaría
hasta qué término alcanza
el arrojó y la esperanza
de una rebelde pasión!
Nadie; es un libro cerrado
de quien nadie sabe el uso:
secretos son que Dios puso
del hombre en el corazón.

XIV

Una semana después,
y en noche sombría y triste,
mientras doblaba en la torre
el esquilon de maitines,
por un callejón estrecho
y lóbrego, donde límites
tiene el convento, y do' Hegan

las tapias de los jardines,
ponía un hombre una escala
sobre ellas, y a que le inviten
con seña quedó esperando
de aquella escala a servirse.
Favorécele la noche,
que es tan oscura, que impide
que las tinieblas rasgando
ni un astro en el cielo brille.
Aspero viento de octubre
azota la tierra, y gime
próxima lluvia anunciando
con neblina imperceptible.
Todo en la ciudad reposa,
ni un viviente se percibe
por las calles, ni una luz
que turbia las ilumine.
Sólo a lo lejos se escuchan
las agudas y sutiles
notas del canto del gallo,
y el ronco son que al oírle
lanzan ladrando los perros
y que los ecos repiten,
y no hay en el barrio entero
quien por el barrio vigile.
Medrosas horas son éstas,
y que el espíritu afligen,
porque despiertan los vanos
sueños que en el alma viven.
Horas en que mil fantasmas
se levantan invisibles,
y alrededor nuestro vagan
y que nuestra fe persiguen,
por ver si logran acaso
que la fe nuestra vacile
con el pavor y el recelo
que al corazón comuniquen.
Horas medrosas son éstas,
porque siempre las eligen

los que crímenes proyectan
 para sus juntas y crímenes.
 Mas sin pavor ni recelo,
 con ánimo osado y firme,
 el de la escala la calle
 con pasos pausados mide.
 De cuando en cuando parándose,
 hasta el aliento reprime
 por sí oye lo que sin duda
 espera que ha de advertirle.
 Mas ni la calma le enoja,
 ni la neblina, que sigue
 calando sutil su capa:
 ni en sí pueden descubrirle
 piensa, según lo tranquilo
 que permanece, el repique
 oyendo del esquilón
 y el eco de los maitines,
 que viene a ahogarse en los aires
 que hiende apenas sensible.
 Señal cautelosa en esto
 sonó dentro los jardines
 del convento, y de la escala
 empezó el hombre a servirse.
 Recogióla desde arriba,
 y comenzando a escurrirse
 del lado opuesto, la calle
 dejó enteramente libre.

Y en un retirado asiento,
 escondido entre unos árboles,
 entre sentada y tendida
 una mujer triste yace.
 Y el hombre que por las tapias
 saltó, a sus pies arrojándose
 así la dice, y así ella
 en los brazos estrechándole.

ELLA
 ¡Conque es verdad que no has muerto!

ÉL
 Sólo un hombre tan infame
 como tu hermano, pudiera
 tan gran falsedad contarte.

ELLA
 Mas yo leí tu sentencia.

ÉL
 Sí, pero tres días antes
 carta de indulto el rey quiso,
 como yo esperaba, enviarme.

ELLA
 ¡Ay necia, que le he creído!

ÉL
 Espero que sincerarme
 no necesito contigo
 de mis hechos ni mi sangre.

VII
 ELLA
 No, César, que los conozco
 desde una noche escuchándote,
 os sorprendí en mi ventana,
 pidiendo a Dios que me amases
 como yo te amaba a ti
 de verte desde el instante.

DON CÉSAR

¡Maldita sea, Beatriz,
mi fortuna miserable!
Si entonces mi entendimiento
el porvenir penetrase,
no con tu hermano mi tiempo
pasar en pláticas tales.
El corazón a estocadas
valiera más traspasarle.
¡Oh! mi conciencia está libre.
Mis hazañas criminales
como chistes se celebran;
poseo riquezas grandes
y un valor tradicional
que de mucho me preave;
yo tengo patria y amigos;
mas ¿qué todo ello me vale
si el único bien que anhelo
es sólo el que no me cabe?
¡Ah, te engañaron, Beatriz,
y a mí debieron matarme!

BEATRIZ

¡Me aterra, César! ¿Acaso
mi monjío es mal tan grave
que no queda medio alguno...?

DON CÉSAR

¡Oh, calla, inocente! Nadie
puede romper tus cadenas
con motivo semejante.
Si la voluntad de todos
en este negocio entrase,
yo lo compusiera en Roma
a costa de mis caudales;
pero opuesta tu familia

más que a tu amor a tu enlace,
y expuestos de ese don Carlos
a los ardides cobardes,
es imposible del todo.

BEATRIZ

Tú quieres desesperarme;
tus palabras son efugios
sólo para abandonarme.

DON CÉSAR

Calla, Beatriz, que me ofendes:
no hay sacrificios capaces
de contener mi ardimiento
cuando de tu amor se trate.

BEATRIZ

Pues bien, huyamos de aquí,
César, de este infierno sácame,
donde sabiendo que vives
imposible es sujetarme.
Yo misma, sí, con mis manos,
sin que mucho tiempo tarde,
me dará muerte, si pronto
no me matan mis pesares.
Sé, César, que son ahora
mis intentos criminales,
mas no me culpen a mí,
sino a la suerte implacable.

DON CÉSAR

¡Pero y los votos!

BEATRIZ

Son nulos,
pues los pronuncié ignorante,

despechada de perderte,
de la voluntad sin parte.

DON CÉSAR

¡Ay Beatriz, todo el mundo
no pudiera, no, aterrarme
con su justicia impotente,
ni sus leyes despreciables;
no hay peligros en la tierra
que me arredren ni me espanten;
mas creo en el cielo, y temo
contra su ley rebelarme!

BEATRIZ (*levantándose*).

Ya me lo temía, ¡imbécil!
¡Adiós para siempre, parte!

DON CÉSAR

Aguarda, Beatriz, escucha.

BEATRIZ

Ya a espacio podrás hallarme.

DON CÉSAR

¿Adónde?

BEATRIZ

En la eternidad,
a donde voy a esperarte.

DON CÉSAR

No ¡vive Dios! despechada
no has de quedar, ni marcharme

podré yo falso creyéndome,
ni así enojada dejándote.

Habla, ¿qué quieres? ¿Qué exiges?

Los horrendos peñascales
de Córdoba están abiertos,
si las fronteras distantes;
si no hay tiempo a otras regiones.

lejanas para llevarte,
volveré a ser bandolero.

¡Elige, pues, si te place!

BEATRIZ

¡Ah! tú eres, sí, te conozco
en tus ofertas leales;
tú eres, sí, tú eres mi César,
siempre generoso y grande.
Vamos, pues.

DON CÉSAR

Hoy imposible:
nuestra fuga que prepare
deja, o disponte a morir,
malogrados esos planes
de felicidad futura.

BEATRIZ

¿Cuándo, pues?

DON CÉSAR

¿Cuándo? Cuanto antes.

BEATRIZ

Mañana mismo.

DON CÉSAR

Mañana.

Yo haré que nada nos falte: los
caballos, oro y amigos
que las espaldas nos guarden.

BEATRIZ

Adiós, pues, y hasta mañana,
que ya las hermanas salen
del coro, y curiosa acaso
vaya alguna a visitarme,
de mi salud cuidadosa.

DON CÉSAR

Ve, y mañana alerta estate.

Cruzó la monja el jardín,
y el bandido, asegurándose
de la pared por la escala,
volvió a bajar a la calle.
Quedó otra vez en silencio
todo allí, y volvió a escucharse
en la oscuridad tranquila
el son del agua y del aire.

XV

Si debe temer al cielo
quien en nombre suyo jura,
por un objeto de tierra,
promesa mundana y sucia,
¿qué no ha de temer quien votos
a faz del cielo pronuncia,
y temerario los rompe
y con voluntad segura?
Así los sabios lo dicen,

y las sacras Escrituras
cuentan ejemplos que muestran
de Dios la venganza justa.
No hay nadie que a Dios iguale,
y con ningún ser, en suma,
lo que se le ofrece a Dios
puede dividirse nunca.

Es la apalabrada noche
para la resuelta fuga
de Beatriz, y la hora
señalada el reloj anuncia.
Don César está en la calle
a la sombra de la única
puerta que hay en toda ella,
y entre dos postes oculta.
Beatriz en la misma hora
con planta medrosa cruza
del gótico monasterio
las galerías oscuras.
Su misma acción criminal,
que su conciencia la acusa,
el corazón y la mente
la amedrentan y la turban.
Flaquéanle las rodillas,
y con la congoja suda,
y mil temores la asaltan,
mil diabólicas figuras
presentándola a los ojos
que feas sombras la anublan,
y de medrosas memorias
recordándola ancha turba.
Una bujía en la mano
lleva, que apenas alumbra
sus pasos, porque vacila
al soplo del aura húmeda,
y cuyo esplendor escaso
traigan, consumen y ofuscan

las gigantes dimensiones de las estancias que ocupa. Llegó por fin poco a poco, a merced de su luz turbia, al coro que abandonado yace en soledad profunda. Ante un altar do hay un Cristo de primorosa escultura, una lámpara de plata esparce luz moribunda, y a sus trémulos reflejos en muchedumbre confusa, cuantos objetos se alcanzan se confunden y se ofuscan. Una llamarada a veces todos los mezcla y los junta, de modo que se recela que las bóvedas se hundan; y otra llamarada a veces, con su claridad sulfúrea, los aleja de tal modo que se pierden en la hondura de la masa de tinieblas en que los cerca y sepulta. Fuerza es que a la pobre monja respeto y pavor infunda este lugar, con el miedo que sus creencias abulta. Mas con un violento esfuerzo sobre su misma pavora, avanzó al medio del coro hacia la puerta que busca. Involuntario respeto, fe que el corazón la impulsa en semejante momento, y antigua costumbre justa, la hicieron arrodillarse ante la santa escultura del divino Redentor.

Mas ¡cielos! ¡Cuál fué su angustia cuando al querer levantarse, sintió que una mano enjuta la asía por los cabellos; y una voz oyó más ruda, más poderosa que el eco, que con el trueno retumba, que la dijo: «¿Dónde vas?» enojada e iracunda.

Cayó Beatriz en tierra, sin sentidos que la acudan, y apagándose la lámpara, todo quedó en sombra muda.

Pasaba en tanto la noche, y allá en la calle don César, hora tras hora aguardando pasaba la antigua seña. Mas nada en torno se oye, nada en los jardines suena más que el rumor de las ramas que agita el viento que arrecea. La lluvia cae aumentándose tan furiosa y tan espesa, que aun a pesar del embozo la faz le azota y le ciega. Noche de angustia y de duelo, terrible noche es aquella en que hasta los elementos a sus proyectos atentan. Por fin, de esperar cansado, y viendo ya al alba cerca, juzgó que para otra noche su fuga la monja deja. «Mañana volveré, dijo, en los oficios a verla y explicará este misterio una carta o una seña.»

Y así pensando, embozándose y precavido hasta las cejas, obedeció a abandonar se, dispuso en tanto la lóbrega callejuela:

mas al llegar a la esquina, otro embozado que llega de la otra parte a doblarla casi por la misma acera:

«¿Quién va?», dijo echando mano al estoque.—«Sea quien quiera, pasad por vuestro camino, que estorbároslo no intenté.»

—Yo conozco vuestra voz.

—Y yo conozco la vuestra.

—No me ayuda la memoria a poder reconocerla.

—Ni a mí tampoco, aunque siento que la sangre se me altera tan sólo con escucharla.

—Mas ¡voto a Dios, tú eres César!

—Y tú Carlos.—Sí.—Defiéndete.

—Y tú también, porque acierta mi corazón el motivo porque en tal sitio te encuentras.

—Por tu hermana solamente que te maldice en su celda, y que de toda su vida te pedirá un día cuentas.

—No serán mientras yo aliente realizadas sus ideas.

—Habla menos y da más, que se agota mi paciencia.

—Ven, pues.

—Voy y Dios te ayude, que pues nos junta lo aprueba.»

Chocáronse con estrépito las hojas en las tinieblas,

y comenzaron las manos y donde acabaron las lenguas.

Con ira riñe don Carlos, y con coraje don César,

y ambos muestran igual brío, y entrambos igual destreza.

Ni el uno ni el otro cedén, ni pierden un pie de tierra;

clavados están los dos por las plantas a las piedras.

Cansado don Carlos ya de ver tan igual pelea,

todo a un golpe lo aventura con cólera manifiesta:

mas una fiera estocada al tirar contra don César,

y huyendo éste, y dando en vago, fuéle el cuerpo tras ella.

Y el enemigo, que a tiempo ventaja tal aprovecha,

pasóle de parte a parte, y dió blasfemando en tierra.

Brotó espumosa la sangre por las dos bocas opuestas

que en la espalda y en el pecho dejó el ancho hierro abiertas,

y el espíritu don Carlos lanzando a la par por ellas,

quedó en la calle sin vida, y huyó vengado don César.

XVI

CONCLUSIÓN

A la mañana siguiente y apenas despuntó el sol, ya don César a la puerta del convento se apostó:

y apenas abrió el portero
 el claveteado portón,
 en un rincón de la iglesia
 cual siempre se colocó.
 La hora de los oficios
 vibró lenta en el reloj,
 y doblaron las campanas
 con desusado clamor.
 Fueron al coro las monjas
 saliendo de dos en dos,
 y colocándose fueron
 de un féretro en derredor;
 y en vez de salmos alegres
 de los justos en loor,
 los salmos de los difuntos
 cantaron en ronco son.
 Sus solícitas miradas
 por todo el coro tendió
 don César, mas quedó al punto
 petrificado de horror.
 La sangre cesó en sus venas
 de hervir, y en el corazón
 como tímpano de hielo
 toda a un tiempo se agolpó.
 Espesa niebla en los ojos
 con rápida oscilación
 le confundió los objetos,
 y al cabo le mareó.
 «Es ella!», dijo espantado;

y entendiendo con pavor
 todo el horror del suceso,
 ante las verjas cayó.

La muerte de Beatriz,
 con religioso temor
 un hombre, al volver en sí,
 ya en la calle le contó.
 Y aunque dió a toda la historia
 profana interpretación,
 en ella entendió don César
 el llamamiento de Dios.
 Bañado en amargo llanto,
 a los pies de un confesor
 el espantoso relato
 depuso de su pasión.
 El amor de Beatriz,
 con el rapto que intentó,
 y la muerte de don Carlos
 hecha en la noche anterior,
 y traspasada su alma
 de hondísima contrición,
 a las montañas de Córdoba
 desesperado volvió.
 Mas no pensó en habitarlas
 como oculto saltador,
 sino como penitente
 pidiendo al cielo perdón.

UN TESTIGO DE BRONCE 39

LEYENDA TRADICIONAL

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

DE CÓMO UN NOBLE MANCEBO, ACOSADO POR UNA PESADILLA, SE DESPERTÓ UNA MAÑANA, BENDIJO A DIOS Y RECIBIÓ UNA CARTA; CUYAS TRES COSAS DAN CONVENIENTE PRINCIPIO A LA PRESENTE LEYENDA.

Un claro sol de junio en el oriente comenzaba su curso una mañana, sereno y esplendente, el azul del zenit tornando en grana. Fecundidad lozana ostentaba doquier naturaleza con la verdura que cubría el prado, y con la amarillez que a la corteza daba del fruto aún no sazornado, y a la espiga del trigo en el sembrado. A los rayos del sol despertadores, empezaban los sueltos jilguerillos, los mirlos y los pardos ruiseñores, a elevar escondidos en las ramas su armoniosa voz: y entre las flores empezaban mil varios insectillos a extender sus alitas de colores. Naturaleza, en fin, rica y fecunda derramaba doquiera

los preciosos tesoros de que inunda la terrestre mansión la primavera, que huía ya con rápida carrera. En medio de este inmenso panorama de belleza, de luz y de armonía que el nuevo sol a iluminar salía, y que mundo se llama, uno de los mil puntos alumbrados es el punto no más que en este día, por los hechos en ella relatados, necesita marcar la historia mía. Corte entonces severa de Felipe segundo, digna Valladolid entonces era del católico rey dueño del mundo. La gala y la nobleza, la virtud y riqueza, y la fe de la gente castellana, encerraba en su seno su ancho recinto, que la corte lleno tenía con su sólida grandeza. Sólida, sí, porque Castilla ufana podía ver entonces su bandera por mil apartadísimos lugares tremolar altanera, respetada en las tierras y en los mares. Es verdad que se usaban por entonces, y aun andaban en boga, con los autos de fe y el santo oficio, las hogueras, los tajos y la sogá;

mas también es verdad que astuto el vicio burlaba su poder, oculto asilo en las casas recónditas hallando, y adorado y tranquilo seguía como siempre prosperando y en el mundo reinando:

pero con la ventaja no pequeña de que al creyente que en virtud vivía, la torpe desnudez no le ofendía, con que hoy el vicio sin pudor se enseña. Mas volvamos al día y a la hora en que Valladolid del sueño alzaba la frente, y con la luz de nueva aurora al afán de la vida se tornaba.

Y como cualquier hecho que se cuente se debe de narrar lógicamente, las partes de que conste no embrollando, inútiles noticias segregando, de modo que el oyente lo entienda desde luego claramente; dejaremos aparte toda la población, que no hace al arte de nuestra narración; y en la persona que toma en ella la primera parte, desde momento tal nos fijaremos y la historia de vez comenzaremos.

De una casa, con humos de palacio, en la ancha calle de Santiago sita, de un rico camarín en el espacio y en un lecho blandísimo, se agita en brazos de penoso horrible sueño, el noble mozo de la casa dueño. La ropa descompuesta tiene a los brazos enrollada y cuello, su agitación mostrando la funesta razón oculta de ello. El no usado desorden del cabello, el sudor que le inunda la ancha frente,

los agitados labios que pronuncian frases sin ilación, confusamente, que su espíritu acosa fieramente pesadilla tenaz bien claro anuncian. Y aunque a pintar de lo íntimo de un sueño las quimeras fantásticas renuncian poetas y cuentistas comúnmente, las que en éste bullían tengo empeño en extender sombría y vagamente, cual extendiendo se iban en su mente las truncadas palabras anudando, que el gallardo mancebo que soñaba imaginaba con su afán luchando que su pesada lengua pronunciaba.

Acerquémonos, pues, hasta su lecho y oigamos lo que dice y lo que pasa con su imaginación y allá en su pecho.

«¿Qué es esto? De vapores la atmósfera

[cargada
sobre mi frente pesa: ¡la siento en derredor
en raudos torbellinos rodar arrebatada,
aprensándome las sienes con infernal dolor!

»¿Qué es esto? ¿Delirio? ¿Qué espíritu ho-

[rriendo
suspension en los aires me eleva tras sí?

«Mi estrecha garganta se va comprimiendo,
no veo, no siento, no aliento... ¡ay de mí!

»¿Esto es que el fin de mi existencia toco?

»¿Esto es sin duda que se muere así

«la última idea en el cerebro loco

«girando en espiral que expira en sí?

«Esto es ¡ay! que arrojado en el viento

«a su nada el espíritu va,

«y anudado en el último aliento

«nuestro cuerpo arrebatado quizá.

«Sin duda, eso es: y yo expiro

«rodando en el aire, a la par

lanzando el extremo suspiro,
lanzado sin fin a rodar.

«Sí, voy rondando en el viento,
condenado hasta expirar

«tan horrible movimiento
«a seguir y a no parar;

«Y en giro interminable
rodando sin piedad,

«caeré en la interminable
sombria eternidad.

«Se irá enrareciendo
el aire tal vez,

«y yo iré cayendo
con más rapidez.

«Cual hoja suelta
que lleva el viento,

«a cada vuelta
«vóy más violento;

«casi no siento
«cómo las doy;

«ciego, desmayo:
«ya como el rayo

«rápido voy.

«Ya no siento
«cómo giro;

«ya no hay viento
«en mi redor.

«No respiro,
«veo que expiro,

«ya es mi aliento
«vago, lento,

«violento
«como último

«estertor.

«Ya ruedo
«sin tino:

«ni puedo
«camino
«buscar,

«ni sé
«si acaso

«podré
«mi paso

«parar.

«Ya vago
«perdido;

«su lago
«el olvido

«me extiende
«al pie.

«Y en vano
«me afano;

«no hay tino,
«ni hay mano

«que ayude
«me dé.

«Sin duda
«caeré!

«Lo creo
«lo sé.

«Lo veo
«Mi sino

«tal fué!

«Cierto,

«Sí;

«Yerto

«Voy;

«Cai.

«Muerto

«soy!
«Nada
«hay
«aquí.
«Ay!
«Fuí.

Aquí con un esfuerzo repentino,
hijo de la afanosa agitación,

con que tal pesadilla le oprimía, el vacío
 espantado el mancebo despertó.
 De el camarín por el recinto oscuro
 tendió los ojos trémulo, el horror
 del sueño desechar aún no pudiendo
 ni apartar la verdad de la ficción.
 Consigo mismo hablando, y con sus manos
 reconociendo el lecho en derredor:
 «¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Dónde estoy, Dios
 [mío?
 ¿Qué vértigo letal me trastornó?
 Mi fatigado cuerpo aún tembloroso
 bañado siento de mortal sudor.
 Impetuoso y rugiente torbellino
 creí en verdad que me arrastraba en pos,
 por el vacío rápido girando
 cual átomo que arrastra el aquilón.
 Hirviente mar de cenagosas ondas
 me esperaba al caer; denso vapor
 me quitaba el aliento y los sentidos...
 Di al fin en aquel mar y me sorbió.
 La bóveda ondulante de sus aguas
 cerróse sobre mí con lento son,
 y en su bullente inmensidad oscura
 la negra eternidad comprendí yo.
 Pero soñaba, sí; tocan mis manos
 mi lecho... sueño fué ¡gracias a Dios!
 Era una fatigosa pesadilla
 de una noche de estío, y ya pasó.
 ¿Qué hora será? Por las maderas creo
 que percibo del alba el resplandor.
 La luz despejará mi fantasía,
 la luz serenará mi corazón.»
 Esto pensando se envolvió en su bata,
 y en silencio al balcón se dirigió,
 de donde viendo la ciudad y el campo
 a la primera luz del nuevo sol,
 amanecer y comenzar el día
 embebido y absorto contempló.

Y a fe que es espectáculo halagüeño
 la tierra ver con el primer albor
 y luminarse y despertar, creciendo
 de nueva vida el movimiento y son.
 ¡Y cuán bello es el día que amanece,
 y que contempla libre de pavor
 de su ensueño fatídico el mancebo,
 sonriendo a su plácida impresión!

Ve
 que
 lento
 soplo
 blando,
 dando
 va,
 Parda
 nube
 tarda
 sube:
 tinta
 roja
 pinta
 y da
 al cielo
 fulgor
 y al suelo
 color.
 La niebla
 que puebla
 la hueca
 región,
 se trueca
 ahogada
 en lumbré
 rosada
 que dora
 la cumbre

del verde peñón.
 La brisa,
 sonora
 se pierde indecisa,
 y suave
 su son al ave
 levanta,
 que canta canora
 la aurora,
 que extensa
 colora la inmensa
 creación.
 Amanece:
 la luz vaga,
 según crece,
 desvanece los alientos
 de vapor
 que de la noche
 ha pasado ha dejado
 en derredor.
 La tierra entera
 saluda al día
 con la hechicera
 grande armonía,
 que en diferentes
 puros acentos
 a su arrebol,
 alzan contentos
 árboles, fuentes,
 aves y vientos
 alborozados
 con los dorados

rayos nacies del nuevo sol.
 Ya entero su disco
 se ve en el espacio:
 el valle y el risco,
 la choza, el palacio,
 la corte, el aprisco,
 bañó su esplendor.
 Y ardiente cruzando
 la reja entreabierta,
 y al hombre llegando
 le dice: «Despierta,
 bendice al Señor.»
 Por rejas, miradores,
 postigos y terreros,
 sus mil respiraderos
 franquea la ciudad.
 Ya parten los obreros,
 ya van los labradores
 y bajan los pastores
 al llano y los oteros
 do tienen sus labores
 o el pasto más feraz.
 Ya por las abiertas rejas
 doquier se ve a las mujeres
 sus domésticos quehaceres
 oficiosas emprender;
 y aumenta el ruido, y se escucha
 de los hombres el acento,
 y se extiende el movimiento
 de la vida por doquier.
 Reflejan al sol los tejados
 de fresco rocío mojados;
 inunda las calles la luz:
 caballos y carros que cruzan
 por entre la gran multitud,
 el polvo al pasar desmenuzan
 doblando el rumor e inquietud.
 Ya se vuelve el martillo y la sierra

y la voz del que vende a escuchar,
y otra vez desvelada la tierra
el silencio y la calma destierra
y otro día comienza a pasar.

Ya en luz el universo resplandece;
la noche entre sus nieblas arrastró
los sueños con que el alma desvanece,
y la sangre en las venas enardece,
y el aliento sofoca, y entumece

los miembros del que insomne se agitó.
Las vanas quimeras del sueño, la mente
del joven delante del día lanzó,
y libre y sereno su espíritu siente
que calma tranquila le dió nuevamente,
y nueva existencia la luz le inspiró.

Entonces rebosando su pecho en alegría,
inspiración cristiana llevando su alma en

[pos,
las auras aspirando del sol del nuevo día,
los ojos elevando al que su luz envía,
así exclamó de hinojos ante la luz de Dios:
«Señor, yo te conozco: tu omnipotencia creo:
«lo mismo en las tinieblas centellear te veo
«que al extender el alba su espléndido

[arrebol.
«Tu faz ante mis ojos doquiera resplandece:
«Señor, yo te bendigo cuando la noche
[crece,
«Señor, yo te bendigo cuando amanece el
[sol.]»

Y arrebatado así por la influencia
de nuestra santa religión cristiana,
bendecía al Señor su inteligencia,
rezando su oración de la mañana.
Que entonces los gallardos caballeros,
aunque dados a juegos y amorfos,
y llevando a la cinta los aceros,
y empeñados en locos desafíos

del siglo en que vivían a costumbre,
sabían mantener de igual manera
las modas de la vana muchedumbre
y la fe de sus padres verdadera.
Entonces, aunque había
protestantes y herejes
que amenazaban desquiciar un día
la religión de sus seguros ejes,
por convicción o por iluso vicio,
cada cual en su fe se mantenía,
no desdeñando de ella el ejercicio;
los ritos de su fe firme siguiendo,
por su creencia con valor muriendo.
Así fueron los nobles castellanos
de nuestra edad pasada,
y, aunque en sangre tal vez tintas sus

[manos,
por su Dios y su rey desenvainada
ciñeron siempre con honor la espada;
y en el campo a la par como en el templo,
de piedad y valor fueron ejemplo.
Uno de ellos y tal el joven era,
actor primero que a la escena sale
en esta nuestra historia verdadera,
(que, salva su verdad, bien poco vale).
Sangre corre de Vargas y de Osorios
por sus venas, y heroicas acciones
le dan más precio aún que sus blasones,
aunque merecimientos bien notorios
los hicieron ganar a sus pasados,
de alta virtud y de valor dechados.
Tal era, y a empezar se disponía
de su persona el especial aseo,
para asistir en hora conveniente
al decoroso empleo
que en la corte asistía,
cuando en su cuarto entrando de repente
el paje que inmediato le servía,
puso en sus manos blasonado pliego,

que, según en su sobre prevenía, debía ser obedecido luego. Abrióle, pues, y visto el contenido, a su paje mandó que le vistiera y que a salir con él se dispusiera: porque su tío don Miguel de Osorio, alcalde por el rey de casa y corte, a las nueve le cita a su juzgado, y caso debe ser muy perentorio, y mucho es fuerza que a su honor importe cuando con prisa tanta es de él llamado. Con que asiendo su acero, requiriendo la capa y el sombrero, para cualquiera trance apercebido, de su paje seguido, salió de su palacio el caballero.

CAPÍTULO II

DE LAS AMISTADES QUE SE HICIERON EN CASA DEL ALCALDE DON MIGUEL DE OSORIO

Es don Miguel de Osorio un juez muy [grave, con puntas de altanero,preciado de que sabe interpretar la ley como el primero. Juez de grande experiencia y en verdad profundísimo letrado: a la jurisprudencia con el alma entregado, y de su profesión enamorado. Juez íntegro y severo, respetado doquier, doquier temido por todo el pueblo entero en quien jurisdicción le han concedido. La inquisición y el rey en su destreza y en su severidad del todo fían la paz de la ciudad; y no hay cabeza

de enemigo, ladrón, vago o hereje que un día u otro día entre sus manos de verse al cabo asegurado deje. Sutiles comisiones, misteriosas prisiones y políticas causas concluidas con suma discreción tiene a montones, y sabe él solamente más secretos, a más ajenas vidas confesadas a él, o sorprendidas por él, que los más anchos y discretos confesores tal vez tienen oídas. Mil veces él en arduas ocasiones se encargó voluntario de causas muy oscuras y enredadas, al fin abandonadas por otros sapientísimos varones, porque contra razón fueran falladas con sentencias a ley bien ajustadas. Pues suele haber culpables tan diestros, y tan diestros escribanos, que habiendo pruebas casi incontestables que les ponen los crímenes palpables, no pueden ser ante la ley probadas, y los reos se van de entre las manos contra razón sus causas despachadas, aunque según los códigos humanos. Mas don Miguel de Osorio en todas ellas con prodigioso estudio y perspicacia, del misterioso crimen fué las huellas siguiendo, y dando al fin con eficacia cabo feliz a la verdad oculta, justicia y protección al inocente y castigo ejemplar al delincuente. Tal es el juez ante quien es llamado el gallardo mancebo, su sobrino, que hemos visto dejar apresurado su casa, enderezando su camino de su tío al juzgado.

No se hizo esperar mucho el noble mozo, y apartando el sombrero y el embozo, entrando en el despacho del letrado, la expresión franca de respeto y gozo que a su faz asomó, cambiósese en ceño, otro mancebo al encontrar sentado allí con beneplácito del dueño. Púsose en pie el hallado por honra del venido, pero si fué el saludo recibido por Osorio tal vez, no fué acusado. Y era sin duda comprendido juego, porque el que tal desaire recibiera, aunque mostró en su faz de la ira el fuego ni un movimiento más hizo siquiera: y claro se veía que ninguno de entrambos se extrañaba de lo que el otro hacía, y que un misterio entre los dos había. Todo esto advirtió el juez en el momento, y atajando la voz de su sobrino que iba a brotar del labio, la puerta aseguró del aposento. Y volviendo a tomar en su poltrona arrellanado asiento, y la toga que envuelve su persona sobre sí acomodando, con sosogada voz, mas no severa, a decir comenzó de esta manera: «Presumo, y lo concibo, caballeros, que os es extraña semejante cita, y que en mi casa el reunido haberos explicación para ambos necesita después de lo que entrambos ha pasado, y os lo voy a explicar por de contado. Antiguas y arraigadas disensiones en nuestras dos familias heredadas, han tenido hasta aquí las relaciones de nuestras dos familias mal paradas.

Nuestros pasados reyes no se atrevieron a mediar en ellas, de la nobleza atentos a las leyes que hasta aquí permitieron a los nobles arreglar a su antojo sus querellas, o hacer su agravio y sus enojos dobles. Nuestros padres nacieron enemigos: se odiaron por tradición no más, y se injuriaron tenaces, y sin juicio se batieron doquier que se encontraron. Unos a manos de otros sucumbieron, y el profundo rencor con que nacieron a sus hijos legaron. De nuestras razas, ya ramas postreras nosotros tres, también hemos guardado la sinrazón y enemistad enteras. Con el maldito objeto de sostener nuestro rencor secreto, nuestros padres tan sólo se empeñaban en adiestrarnos en reñir: ponían armas en nuestras manos desde niños; y al cabo conseguían hacer de sus presentes sucesores lo que de ellos sus muertos ascendientes, unos espadachines imprudentes para quien fuese hallar competidores casi imposible entre los más valientes. Tal en mi juventud yo mismo he sido, y tal sois hoy vosotros, que do hallado os habéis, habéis reñido, y si vivís se lo debéis a otros. Mas cansado ya el rey de que esto dure tantas generaciones, ordena que se apure el manantial de tales disensiones. Su majestad se mete por padrino vuestro, señor don Juan, y su derecho sobre vos recordando, porque os tuvo

en la pila al nacer; y que no dudo que respetéis, os da por satisfecho: y yo por satisfecho a mi sobrino Y dando a la par, su Majestad unidos quiere que hoy a sus pies seáis conducidos.

Quiere que la ciudad juntos os vea, y pues nacisteis nobles verdaderos y sois en lo demás tan caballeros, por vosotros su pueblo nunca crea que un odio tan villano capaz sea dos nobles de cambiar en bandoleros, siempre puestos en trance de pelea.

La majestad del rey así lo exige, la población entera lo desea, y a mí con él su majestad me elige mediador y padrino competente entre vos y mi sobrino.

Ved, pues, señores, lo que hacéis, y el lustre recordad del blasón de nuestra casa, pues si adelante vuestro enojo pasa y hacéis así que el gusto real se frustre, el rey ha de tomarlo tan a pecho que os habrá de pesar lo que habréis hecho.»

Así habló el juez, y se quedó esperando de alguno de los dos una respuesta que su intención pusiera manifiesta, y ellos unos momentos meditando.

Al fin el joven don Germán de Osorio, dejando su sillón franco y atento, tomando a su enemigo, con notorio placer le dijo y amistoso acento:

«Contrarios nuestros padres nos hicieron; vivimos hasta aquí como enemigos porque así sus enojos lo quisieron, mas ya que media el rey y ellos murieron, pongo a mi honor y al cielo por testigos de que depongo aquí mi encono insano; mi valor conocéis y mi hidalguía;

si a vos no os está mal, por parte mía, y caballero don Juan, he aquí mi mano.» El mancebo a quien iba dirigida tan generosa oferta, un punto breve quedar ante él la permitió extendida, como quien a admitirla no se atreve o duda si ser debe o no admitida. Tuvola Osorio quieta el mismo punto, aunque al ver que en tomarla se dudaba cuando él con tal franqueza la alargaba, pálido se quedó como un difunto; pensando que otra vez al recogerla en la espada no más puede ponerla. Mas don Juan antes de ello la suya adelantó, e hidalgamente aceptó la amistad de que era prenda. Y el juez, de entrambos mozos exigiendo palabra de cesar en su contienda, despidióles a entrambos, prometiendo que en muestra del agrado soberano admitidos serían aquel día en su presencia y a besar su mano.

Y así fué; y el prudente don Felipe, al mediodía, ante la corte entera mostró su complacencia a los mancebos, y un tanto suavizó su faz severa al dar un parabién público y franco a los amigos nuevos. Juntos salieron de palacio, y juntos mostráronse los dos en varios puntos de la ciudad, el blanco doquiera siendo de los ojos todos, recibiendo doquier enhorabuena por el dichoso fin de tantas penas, de tan yanos rencores dimanadas, tan largos años a rigor llevadas, y de gente tan noble tan ajenas. En amistosa unión así anduvieron ambos durante la jornada entera:

y juntos a un festín se reunieron celebrando la paz de esta manera. La noche que extendía su manto de tinieblas por el mundo, les dividió, espontáneo y profundo sentimiento mostrando de alegría por la nueva amistad que les unía. Con lo cual fué don Germán de Osorio a la casa del juez, donde asistía las horas de la noche, y una dama a visitar don Juan a quien servía. Mas con el juez a don Germán dejemos, caro lector, y tras el otro vamos; y cuán instables son comprenderemos las cosas de la tierra que habitamos y el corazón del hombre en quien fiamos.

CAPÍTULO III

Alrededor de la Antigua (1)

y en una calleja angosta de las que a dar al Esgueva van, y con puentes le cortan, en una casa que esquina hace a dos callejas corvas, una hacia la Plaza Vieja y hacia las Angustias otra, vivía en aquellos tiempos la hermosura peligrosa de una morena de veinte, dándola una tía sombra. Nació esta red de las almas en las quebradas de Ronda, de una pasión y una sangre mixtas de cristiana y mora. Un capitán mal cristiano y una esclava de Mahoma,

(1) Nuestra señora la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

cautiva del capitán, la dieron ser, si no honra. Y viendo cuál fué con ella la naturaleza pródiga, pusieronla, y con justicia, el bello nombre de Aurora. Aurora fué de las gracias, que a porfía unas tras otras mostraba según crecía en su gallarda persona. Esbelta como una palma, ligera como una corza, flexible como una espiga que el más leve viento dobla: con dos ojos que a los astros con su resplandor enojan; con una voz más que el aura simpática y armoniosa, y con una alma más périda, más temible y más traidora que los escollos ocultos de la mar bajo las ondas; era la astuta rondeña de cuantos mirarla logran imán de los corazones y corsario de las bolsas. Dejóla su padre, muerto en un desafío en Loja, con unos cuantos doblones en haciendilla bien corta. Usurpóselo un su primo, y ella a ver si la recobra vino a la corte, entretanto, viendo si heredar puede otra. Mas tan diestra como bella, y como hechicera hipócrita, ganar se ha sabido fama de discreta y virtuosa; y si sale es sólo a misa,

y embozada y jamás sola;
 si la visitan, son siempre
 damas que crédito gozan;
 si la festejan galanes
 con músicas y con rondas,
 si billetes la dirigen,
 o la siguen, o la abordan
 en la calle, o en las gradas
 al salir de la parroquia,
 ella ni el velo levanta,
 ni lee un papel, ni se asoma
 a escuchar a la ventana
 los cantares que la entonan.
 Su tía es quien los despacha
 después de veinte y cuatro horas,
 y cuando de quién es él
 con maña oculta se informa.
 Mas como han hecho una vida
 tan recogida hasta ahora,
 más no han llegado a sus puertas
 que mozos de barba intonsa,
 estudiantes, militares
 de larguísima tizona
 y retorcido bigote,
 muy amigos de camorras,
 muy dados a francachelas
 y fiestas estrepitosas;
 todos de amor tan holgados
 como encogidos de bolsa.
 Y esta escondida sirena,
 esta bella Circe incógnita,
 tan recatada del mundo,
 es la dama misteriosa
 a quien visita don Juan
 y a quien don Juan enamora,
 de la encapotada noche
 con el favor de las sombras:
 y lo que ha hecho el tal don Juan
 para hacerse con la hermosa

tan buen lugar, y adquirir
 tales derechos, se ignora.
 Sólo uno de los galanes
 desairados, en la Lonja
 dijo un día paseando
 que vió a don Juan a la hora
 de anochecer con la tía
 hablar largo rato a solas,
 a un lado de la plazuela
 do su calle desemboca,
 y que a otro día la vieja
 compraba galas y joyas
 a su sobrina en las tiendas,
 pagando en muy buenas onzas.
 El cómo nadie lo sabe,
 lo cierto es que don Juan goza
 de gran favor con la dama
 y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
 del día en que sus discordias
 terminaron de una vez
 Osorio y él, y en la propia
 ocasión en que en la casa
 del juez, y entre gente docta,
 mantenía don Germán
 pláticas no muy sabrosas
 para mozos de sus años,
 mas que mantener le importa,
 pues que las más de las noches
 acude allí aunque le enojan,
 don Juan en el aposento
 mismo de la encantadora
 rondeña, a sus pies sentado,
 escuchaba de su boca
 dulces palabras de amor,
 y respiraba el aroma
 que de la flor de sus labios
 al abrirles se evapora.

Aunque las que en este punto cruzan, a fe que no forman tan enamorada plática: pues la de su amor acorta la relación de sus odios que en amistades se tornan. Mas sus palabras oigamos, pues lo permite la historia.

AURORA

¿Y ese Osorio que dices es sobrino del juez del mismo nombre?

DON JUAN

Sí, mas con ese ceño, Aurora, ¿de esa paz qué mal predices?

AURORA

No lo sé, mi don Juan; pero de ese hombre me temo que te meta en más empeño, con la paz asentada, que con la saña y división pasada.

DON JUAN

¿Mas cuál es la razón de tus temores? Dila si alguna tienes, que me holgara conocer la intención de esos traidores, ¡y vive Dios!...

AURORA

Don Juan, no así te azores.

DON JUAN

¡Oh! donde al uno de los dos hallara...

Escúchame primero.

DON JUAN

¡Le matara!

AURORA

Yo nada sé, don Juan, de positivo, mas la ocasión de mis sospechas oye, y acaso en ellas mi razón apoye sólido fundamento: pues yo te amo, don Juan, y por ti vivo, y favores sin cuento de ti en mi duelo y orfandad recibo, te diré en lo que estriba el temor que sobrado acaso manifiesta mi cuidado, porque el tuyo también despierto viva.

DON JUAN

Acaba, en fin, por Dios.

AURORA

Ese maneebo

Osorio, con quien paces tan repentinas haces me vió en misa una vez, siguió mis huellas, y al umbral de esta casa vino a parar guiándose por ellas. Paseó la calle al pie de mis balcones alguna noche, y en las altas horas me hizo entonar canciones y músicas, de amor acusadoras. Yo le iba a despedir por importuno.

cuando una noche en medio de su fiesta de su rondalla interrumpió la orquesta, como cortada para azar alguno. Curiosa de entender lo que pasaba, por el postigo me asomé entreabierto. y vi que entre los músicos estaba con sus rondas el juez, y a su sobrino del brazo se llevaba y al oído le hablaba; y desde aquella noche nunca vino. Uno de sus ronderos, viejo criado de mi anciana tía, nos dijo lo que el juez dicho le había.

DON JUAN

Acaba, Aurora, ¡qué le dijo, acaba!

AURORA

Que la dama que así galanteaba era la dama a quien don Juan servía. Mi pleito desde entonces no prospera, porque de Osorio el juez pasó a las manos, donde anudando vuestra historia entera, arguyo yo, don Juan, de esta manera: Conocieron la dama que su enemigo ama, y encima de su rastro se pusieron, los intereses de ella entorpecieron, y al mismo tiempo que sus huellas siguen y acechan, si no es ya que les persiguen, por mediación del rey la paz pidieron. En mal, pues, de don Juan o de su dama algún misterio entre los dos se trama. Ellos son dos en su familia, sólo quedas tú de la tuya, el tío tiene gran favor con el rey, y del rey viene la mediación... me temo que es un dolo que don Miguel de Osorio te previene.

DON JUAN

Ese fuera el azar hasta hoy más grave, pues ellos la amistad solicitaron.

AURORA

Mas si el caso pintaron de otro modo, ¿quién sabe? Esto no es más que suponerlo todo, don Juan, mas de esta paz, os lo confieso, me extraña mucho la ocasión y el modo.

Y de éste fué calculando y trayendo a la memoria mil apariencias contrarias la andaluza previsoras; y de este modo don Juan en su ánima recelosa empezó a sentir que entraba lenta la sospecha y sorda. Vió que de casa del tío hasta la de la que adora sólo median pocas calles, y esas además muy cortas. Vió que el pleito de la chica ventajosa faz no toma en el despacho de Osorio, y poco a poco fué torva la faz mostrando don Juan: la voz expiró en su boca poco a poco, y vese, en fin, que mil quimeras que abortan de su dudoso cerebro en su corazón se agolpan, de los sucesos pasados despertando las memorias. Y en semejantes ideas su alma embebida y absorta,

a media noche don Juan dejó a la Circe de Ronda, a pasos lentos cruzando por las callejuelas lóbregas que rodean de la Antigua la solitaria parroquia.

SEGUNDA PARTE

La lobreguez de la noche tiene ya con sus tinieblas aquella ciudad dormida por todas partes envuelta. Del manto azul de los cielos ni un girón percibir dejan los vapores que interpuestos brotan entre él y la tierra: y el murmullo de la vida apagado por doquiera, todo es calma y todo sombra, todo calla, y se ve apenas algún farol expirante que ante alguna imagen cuelga, y el rumor sólo se escucha de las aguas del Esgueva, que cruzan por la ciudad con débil corriente lenta por entre los guijos ásperos que entorpecen su carrera. Sólo en una de las muchas curvas que a trazar le fuerzan los edificios que le abren paso, con la luz siniestra de un farol que ante una imagen suspendido reverbera, se ve un trozo de una calle y el río que la atraviesa. Un puentecillo de un ojo

reúne dos callejuelas que vuelven a dividirse en cuanto de él se libertan. La una, solitaria, lóbrega, mal empedrada y estrecha, la parroquia de la Antigua casi en su mitad rodea. Sobre el agua, al otro lado de otra parte de la iglesia, y en el muro que hace cara al río y la calle a medias, hay en un nicho una efigie del Crucificado puesta dentro de un escaparate, que entre cristales se cierra; y allí es donde está el farol que sobre el agua refleja, un círculo de luz parda trazando con su luz trémula. Y allí es donde a largos pasos en aquella noche misma, llegando dos embozados, con diabólica fiereza se trabaron a estocadas en sacrílega contienda; y a la luz de aquel farol que avisa allí la presencia del Hacedor de la vida, contra las suyas atentan. Nadie, despertando al ruido de sus cuchilladas recias abrió su ventana, nadie, dando a deshora la vuelta de galanteo o tertulia, llegó al lugar de la escena, y no hubo tampoco ronda que a dividirles viniera. Ellos por espacio largo continuaron su pelea

con tenacidad furiosa
y profana irreverencia.
Al fin se oyó de uno de ellos
la voz que dijo con fuerza:
«Déjale, déjale!» y luego:
«¡Ah traidor, maldito seas!»
A estos dos gritos, que oídos
sobre el rumor del Esgueva,
fueron desde el lecho por
el llavero de la iglesia,
se abrieron de una ventana
las encajadas maderas,
y mirando a todas partes
apareció por entre ellas,
cubierta de un gorro blanco,
de aquel hombre la cabeza.
Mas nada debió de ver,
puesto que a cerrar volviéndolas,
quedó otra vez en silencio
la calle, el río y la iglesia.

CAPÍTULO IV

POR EL QUE COMPRENDERÁ QUIEN ATENTO
LEYERE QUE AQUEL POLVO TRAE ESTE LODO.

Iba don Miguel de Osorio
en la mañana siguiente
para empezar sus tareas
a sentarse a su bufete,
cuando entrándose el portero
del juzgado de repente,
dijo: «Perdonad, señor,
que así atrevido penetre
sin orden en vuestro cuarto;
pero el caso es muy urgente.»

EL JUEZ

¿Qué hay, pues?

EL PORTERO

Un pesar muy grave.

EL JUEZ

¡Hablad en fin! ¿Qué acontece?
¿Qué es ello?

EL PORTERO

Traen el cadáver
de un hombre, y según parece
murió en la calle esta noche
asesinado vilmente.

EL JUEZ

¿Han cogido al asesino?

EL PORTERO

No, señor.

EL JUEZ

Pues bien: que dejen
depositado el cadáver
en esa iglesia de enfrente;
que llamen al escribano;
que al doctor busquen, y a verle
pasaremos al momento.

EL PORTERO

¡Ah, señor!

EL JUEZ

¿Qué más sucede,
vive Dios, que estáis tan trémulo

y asustado! Si supiereis
algo de lo sucedido
esta noche en esa muerte,
declararéis y *laus Deo*.
Mas ¿a qué mil diablos vienen
esas lágrimas ahora?
¿Era el muerto algún pariente
vuestro?

EL PORTERO

¡Ay señor, ojalá!

EL JUEZ

Concluyamos, pues, imbécil,
de una vez: que entre la ronda
o quien quier que le trajere.

EL PORTERO

Le trae la vuestra, señor.

EL JUEZ

Que pase, pues.

EL PORTERO

No se atreve
ninguno a daros tal nueva.

EL JUEZ

Pero ¿qué misterio es éste?
Para informarme que un hombre
ha muerto por mano aleva,
declarar y entablar de ello

la causa correspondiente,
¿qué teme nadie de mí?
¿Por qué no han de osar mis gentes
darme noticia del caso
que a mi juzgado compete?

EL PORTERO

Señor, porque es conocido
vuestro el muerto.

EL JUEZ

Y aunque fuese
mi mejor amigo, soy
juez, y me imponen las leyes
la de administrarlas justo,
por más pesar que me cueste.
Conque decídes que pasen,
y el muerto a la iglesia lleven,
si es que no se le conoce
y de familia carece.

EL PORTERO

¡Ay señor! un noble tío
tiene no más.

EL JUEZ

¡Dios clemente,
qué horrible luz en mi alma
habéis hecho que penetre!
Ese muerto...

EL PORTERO

Es don Germán,

¡Mi sobrino!

EL PORTERO

¡Contenedle,

Dios santo!

EL JUEZ

¿Dónde está? ¿Dónde?

¡Dios piadoso, sostenedme!

Y así don Miguel de Osorio salió descompuestamente por sus cámaras, gritando y sin poder contenerse. Ya estaba todo el zaguán y la escalera de gente llenos, en torno del muerto que en hombros varios sostienen. Llegaron al mismo tiempo los doctores: e impaciente el triste juez por saber pormenores que apetece, entre ira y duelo a pedirles empezó públicamente. Testificó el escribano; declararon los corchetes; reconocieron los sabios el cuerpo pausadamente: llamóse un maestro de armas a que declare si puede con cuál fué hecha la herida, y todos atentamente, cumpliendo con su conciencia, testigos e inteligentes, después de bien meditado

caso tal, están contestes en que el mozo ha sido muerto con espada alevemente. En el izquierdo costado una sola herida tiene que no pudo recibir en aquel sitio batiéndose, pues que tenía su espada empuñada fuertemente.

Luego a traición le mataron por la izquierda acometiéndole, mientras con otro reñía que le atacaba de frente. Quién le mató y por qué causa, es un misterio que envuelven las sombras de aquella noche, y que descubrir no pueden suposiciones ni indicios, sin que la opinión se arriesgue de quien suponga o indique lo que en las tinieblas duerme. Pero don Miguel de Osorio, cuyo pesar no entorpece su perspicacia de juez, ni su experiencia le tuerce jamás el juicio, en su alma una sospecha hervir siente, que más incremento toma cuanto más él la revuelve. Al fin enjugó las lágrimas de sus ojos, convenientes órdenes dió a sus criados para que el cuerpo se entierre de don Germán, y suntuosos funerales se celebren; y encerrándose en su cuarto de sus rondas con el jefe, hombre de mucha destreza en rastrear los delincentes,

misteriosas instrucciones le dió, y pronto despidiéndole, sus cotidianas tareas emprendió tranquilamente. Bien revelaba el semblante lo que el corazón padece, mas él ahogó sus pesares, al cumplir con sus deberes.

A las nueve de la noche de esta jornada fatal, de Aurora en el aposento, con ella estaba don Juan. Ella en un sillón de brazos, él a su pie en un sitial, ella como nunca hermosa y él como nunca galán, trabada amorosa tienen conversación, de la cual conviene oír lo que resta desde el punto en donde están.

AURORA

• Mas, don Juan, de esa manera mis asuntos irán mal.

DON JUAN

Ya dejaremos aquí quien de ellos pueda cuidar. Yo soy rico, y yo te adoro: ahijado del rey, me da honras que yo no ambiciono, pues que puedo conservar con mis rentas y mi brazo mi honor y mi libertad. Un hombre, pues, como yo,

bien en la corte no está: si su favor aprovecha, porque se le han de envidiar, y a quien algo le codician siempre vive con afán; si desperdicia el favor que puede fácil lograr, porque con quien se le ofrece por fin le malquistarán. Por todas estas razones, y otras muchas además que yo me sé, determino, querida Aurora, viajar.

Soy de mi familia el único, gracias a Dios; un leal y viejo criado hace mis haciendas prosperar, y quiero que alguien me ayude a gastar su renta anual.

Ni tengo amigos, ni quiero a yagos alimentar: mas no me siento hacia el oro aún con desprecio tal, que le renuncie y sea monje, o que se lo quiera dar a los pobres, que son gente que no lo agradecerá, pues pienso ejercer primero sobre mí mi caridad.

Ahora, bajo este supuesto te digo, que abandonar quiero unos años la corte y aun nuestra España quizá. Viajar solo es diversión que poquísimos solaz proporciona, y es muy duro no tener con quien hablar. Tú eres sola en este mundo.

Mi tía.

AURORA

Es un carcama!

que necesita reposo, y a Ronda se volverá con renta que yo le dé para ir al sepulcro en paz. Conque he pensado llevarte conmigo, Aurora, en lo cual, según lo que se me alcanza, nada al cabo perderás. Irás hasta donde quieras, y do te canses quedar te puedes, y desde allí a España te tornarás; puesto que es justo que pague ida y vuelta mi caudal.

AURORA

Mas ¿por qué con tanta prisa el partir determináis?
¿Qué mal estamos aquí?

DON JUAN

Ello ha de ser; tú verás, pues, lo que más te conviene, porque yo no puedo ya el fastidio de la corte por más tiempo soportar. Si yo no vivo a mi antojo sin que rey ni autoridad a darme venga consejos; que yo al fin no he de tomar; si no dejo este prestado

carácter de gravedad, si no riño, y rondó, y juego cual fuere mi voluntad, con las rentas que me sobran y todo el favor real, de fastidio y de inacción, creo que me he de secar.

Y he aquí que te he hablado con franqueza y con verdad mi intención, y en ella estoy tan resuelto, y tan tenaz voy a mantenerme en ella, que de tu amor a pesar, si seguirme no te place, por despedido me da.

AURORA

Pero, don Juan,

DON JUAN

Con el alba

parto.

AURORA

Tal tenacidad da a entender que para ello razones grandes habrá.

DON JUAN

¡Sí, por Dios! La alegre vida que llevo, mi mocedad aprovechando, los lances a que mil veces lugar di con juveniles ímpetus que no modero jamás,

sé que han sido consultados con el santo Tribunal, que un día u otro es preciso que me venga a amonestar, lo cual, por más que sea en balde, sé que me molestará.

Y aquí iba ya de su plática el libertino don Juan, cuando dos aldabonadas le vinieron a turbar que asentaron a la puerta de la casa en donde están. Abrió el mozo la ventana diciendo airado: «¿Quién va?»

—La justicia, respondieron.

—Venga la justicia en paz, repuso don Juan: mas ahora ¿qué negocio aquí la trae?

—Una prisión que esta noche tiene en vos que ejecutar.

—¿En mí?

—En vos, y las personas en cuya compañía estáis.

Abrid, pues, a la justicia o a las resultas mirad.»

Quitóse de la ventana don Juan, y vuelta su faz a Aurora, que sin aliento yacía sobre el sofá,

dijo: «En vano es resistir: si os tenéis de qué acusar, mirad si hay parte que paso franquee a la vecindad, mientras que yo los detengo mal que pese a Satanás.»

Mas viendo que en vez las dos de asir con celeridad de uno u de otro partido,

se soltaron a llorar, dijo: «A mí no me conviene contra el santo Tribunal hacer armas, porque nada pueden contra mí probar.»

Y en la escalera llamando al paje que con él va, mandóle a los que venían francas las puertas dejar.

Entró el jefe de las rondas del juez Osorio, y el tal, al mancebo saludando con cortés urbanidad, díjole: «Siento teneros, siendo quien sois, que tratar así, mas daos, señor, preso por su majestad.»

Don Juan, que no vio libreas del santo Oficio, y a más conoce perfectamente a quien hablándole está, le dijo a su vez con tono de amenaza: «Meditad lo que vais hacer, buen hombre, porque si os atropelláis y una sinrazón conmigo cometéis, os va a pesar.

Yo soy noble, y como noble dependo de autoridad competente a la nobleza, y el rey llevarálo a mal.

—Señor, dentro de un momento os podéis justificar delante del mismo rey, que es quien me ordena así obrar.

—¿El rey me manda prender?

—Por el juzgado especial del juez don Miguel de Osorio.

—En ese caso guaid;
 Pero estas damas...
 —En tanto
 aseguradas no más
 quedan, que estéis preso vos;
 pero si por libre os dan,
 mañana mismo con vos
 quedarán en libertad.
 Y esto diciendo, y tomando
 el estoque de don Juan,
 mandó el jefe de la ronda
 una litera acercar
 que dejó de aquella casa
 esperando en el portal,
 y hacia el juzgado volvieron
 sus pasos a enderezar.

CAPÍTULO V

EL REY Y DON MIGUEL DE OSORIO

EL REY

Igual a vos en nobleza
 es, don Miguel; y el valor
 de la estirpe en que ha nacido,
 a la en que nacisteis vos.
 Iguala, si no aventaja.
 Él su palabra empeñó
 delante ayer de mi corte,
 y no merece el honor
 de quien es la torpe mancha
 de tan fea inculpaición.
 Creedme, Osorio, aquí os ciegan
 la cólera y el dolor,
 y os disculpo la osadía
 mirando a vuestra aflicción.
 Comprendo bien cómo en ello
 el pesar os arrastró,
 y desde el primer momento

en vuestra imaginación
 a don Juan, contrario vuestro,
 supusisteis el autor
 de su muerte; pero de ello
 ni tenéis justa razón;
 ni presentáis una prueba:
 conque miradlo mejor,
 y pues podéis en justicia,
 y cual sabio diestro sois,
 emprended de este atentado
 la justa averiguación.
 Para todo os autorizo,
 y puesto que también vos
 sois a par el ofendido,
 sed el juez y el vengador.

OSORIO

Señor, no os di concluyentes
 pruebas, no: tenéis razón,
 sé que jamás lograré
 con las que tengo hasta hoy
 convenceros de lo cierto:
 mas considerad, señor,
 que llevo ya muchos años
 de juez, y que tengo yo
 la experiencia que me guía
 y me alumbrá la razón.
 Don Juan es ahijado vuestro,
 su padre siempre os sirvió
 con lealtad, e indulgente
 tal vez con el hijo vos,
 no veis a don Juan como es
 sino como ser debió.
 Nació noble, sí, a la sombra
 de vuestra real protección;
 como a tal honra cumplía
 con esmero se crió,
 mas no olvidéis que las gentes

a quienes su educación se fió, fueron contrarios de mi raza, y en su pro del noble mozo aguardaban mucho bien de su favor. Por ello tal vez las prendas de que el Señor le dotó, por igual no cultivaron; y atendiendo al exterior, se cuidaron poco o nada de su joven corazón. Porque, aunque sintáis ofro, sabedlo al cabo, señor; don Juan es un libertino a quien se disimuló atendiendo a que vos érais su padrino y protector. Vos, señor, de su conducta nunca habéis visto sino su gracia y su gentileza, su osadía y su vigor; y los que en vos conocían hacia él tal predilección, tal vez para daros gusto os le pintaron mejor. Mas yo sé su vida entera, y sus secretos me son conocidos lo bastante para insistir, sin temor de ofender la majestad, en mi grave acusación.

EL REY

Osorio, bien pueden ser buenas pruebas para vos las que para los demás sólo conjeturas son. Sé que para osar a tanto

sin duda que os asistió grave causa, y que lo hacéis tras sería meditación. Ya os dije, pues, que os otorgo autoridad superior a la que os compete en esto, pero en consideración tened la persona en quien echáis mancha tan atroz, y no obréis contra persona de quien os respondo yo. Averiguad, inquirid cuanto vuestra previsión y vuestra experiencia alcancen justo y recto: pero no sin fundamento palpable lleguéis hasta la prisión de don Juan, pues siendo vuestro contrario, murmurador el vulgo os lo ha de tildar si sale una sinrazón. Por orden mía a Don Juan esta noche se prendió; que entre, y en vuestra presencia yo mismo declaración le tomaré, y os protesto que si un crimen cometió tan villano, de las leyes caerá en él todo el rigor.

Esto del rey don Felipe en la oculta habitación entre él y el alcalde Osorio aquella noche se habló: y mientras que en la real cámara en esta conversación tan hondamente empeñados estaban ambos a dos, en la próxima antesala

don Juan en calma esperó
 a que saliera el alcalde
 para optar al mismo honor.
 Y no en balde: en el real nombre
 a llamarle el juez salió,
 y con sereno talante
 en la regia habitación,
 delante del mismo juez
 altivo don Juan entró,
 y a los pies del rey postrándose
 dijo: «Me dicen, señor,
 que en nombre vuestro me prenden,
 y aunque no sé la razón,
 a daros cuenta de mí
 heme aquí pronto, señor.»

EL REY, DON JUAN, EL ALCALDE

EL REY

Don Juan, don Germán de Osorio
 murió anoche: en una calle
 a la espalda de la Antigua
 hallaron hoy su cadáver;
 y a la enemistad mirando
 que con él tuvisteis antes,
 os acusan de su muerte.

DON JUAN

Señor, antes de cuidarme
 de mi defensa, os suplico
 que exijáis pruebas palpables
 del crimen de que me acusan,
 puesto que si es quien lo hace
 don Miguel de Osorio, tío
 del muerto, no puede parte
 y juez ser en un delito
 en que no hay pruebas bastantes.

EL REY

¿Negáis, pues, que fuisteis vos
 quien le mató?

DON JUAN

Sincerarme

no necesito, señor,
 según veo: en semejante
 caso nos pusimos ambos
 mil veces, y siempre iguales
 salimos, dejando en duda
 el éxito del combate:
 que ambos éramos valientes,
 y ambos éramos leales.

EL REY

Según declaran peritos,
 un traidor debió matarle
 por la izquierda, mientras otro
 le atacaba por delante.

DON JUAN

Yo jamás he acudido
 a traiciones semejantes,
 ni para cita o pendencia
 llevé en compañía a nadie.

EL REY

Anoche a vuestra posada
 volvisteis, don Juan, muy tarde.

DON JUAN

Puedo probar donde estuve
 hora tras hora.

EL REY

Sé sabed
que hasta las once en la casa
de unas damas os hallasteis
que en el mismo barrio viven.

DON JUAN

Mas fui después bien distante
de allí a casa conocida
de todos.

EL REY

Dónde.

DON JUAN

A la calle
de Santiago, y a la casa
del oidor Palomares.

EL REY (al alcalde.)

¿Que está poco más o menos
frente de la vuestra?

OSORIO

Casi
frente a frente.

DON JUAN

Y bien pudisteis,
cuando de ronda os marchasteis,
verme; en su balcón estábamos
por el calor.

OSORIO

No era fácil
que os distinguiera, la noche
era muy lóbrega.

EL REY

Tales

son sus señas, que engañado
podéis estar vos, alcalde.

OSORIO

Señor, bien pudiera ser,
que todo en lo humano cabe;
mas no lográis convencerme,
y no habré de retractarme.

DON JUAN

La enemistad que me tiene,
señor, no puede ocultarse,
y puede ser que si yo
su acusador me tornare...

OSORIO

Vos mi acusador, ¿de qué?

DON JUAN

De lo que a mí me imputasteis.

OSORIO (al Rey.)

¿Señor, oís?

DON JUAN

Es sabido
que debíais heredarle,

y aunque pasáis por ser hombre
de una conducta intachable,
de costumbres muy severas,
de generosidad grande,
yo también pasé por noble,
sin que hasta hoy se me negase
valor que está bien probado,
y me acusáis de cobarde;
perdonad, pues, si os acuso
de avaro, señor alcalde,
pues las pruebas que alegamos
ambos a dos son iguales.

EL REY.

Ya veis que os devuelve, Osorio,
la acusación y el ultraje
con razones de igual peso.

OSORIO.

Señor, para sincerarme
de esa acusación, tendremos
pruebas más incontestables,
testigos de entero crédito
y cuentas harlo cabales.
Negar, no es probar que es falsa
la acusación.

DON JUAN.

Creo en balde
vuestro empeño, señor juez,
si testigos que declaren
no tenéis, ni prendáis rastro
que me descubra o delate
como autor de tal delito.
Fui su enemigo, las paces
se hicieron de orden del rey

ayer mismo aquí, y ¿quién sabe
si otro enemigo escondido
halló ocasión de vengarse,
dando por cierto que a mí
su obra habrían de achacarme?

¿De una estocada traidora,
decís, y entre dos matáronle?
Hallad, si podéis, el otro

que tuvo que acompañarme,
y si él dice que por mí,
y mientras yo por delante

con él reñí, por detrás
él le asesinó cobarde,
aún faltará que nos prueben

que yo le dije que obrase
de este modo, o por su antojo
dió en vileza semejante.

Porque decir que a un Osorio
así ha podido matarle
un solo hombre, dándole a él

tiempo para prepararse,
cosa es que creerán no más
que mujeres, o patanes,
que no conocen por zafios

de las armas los achaques.
EL REY.

Alcalde Osorio, bien dice:
y pues se encontró el cadáver
con la espada todavía

empuñada, es indudable
que sucumbió defendiéndose
que sólo un hombre matarle

con golpe tal no ha podido;
y que siendo en este lance
necesarios dos, y habiendo

sólo uno, es fuerza que baste
de injustas acusaciones;

echad, pues, por otra parte, y en paz dejad a don Juan, que os perdona lo que errasteis, o osorio

En paz se vaya, señor; mas que en su vida no aparte de la memoria, que yo he de encontrar al culpable o he de morir en la empresa: con que a su alma demande si está culpable o si no, porque aunque diez años pasen, yo tengo de dar con él y para Dios nunca es tarde.

Y así el alcalde diciendo, del aposento se sale, dejando al rey y a don Juan bruscamente: «Dispensarle debéis, dijo don Felipe, porque sin juicio le trae el duelo por su sobrino. Pero es de los más sagaces hombres que existen, don Juan, y al fin es fuerza que indague la verdad, si la sabéis, decidla y será más fácil perdonaros, confesando, que cuando el juez os ataje. —Señor, llegado a tal punto, dijo don Juan, no me cabe más deber para cubrirme de imputación tan infame, que el de callar y pedir pruebas ciertas y legales. Me acusa, pues que demuestre su acusación, o el ultraje

me satisfaga, que en ello tan villanamente me hace.

CAPÍTULO VI

EN DONDE SE DEMUESTRA QUE EL JUEZ ERA HOMBRE QUE LO ENTENDÍA

Terrible y fatigosa fué la noche que el juez consigo mismo pasó luchando; y triste y angustiosa pesadilla interior, su ánimo acosa. Su probada experiencia, su pericia y su gran conocimiento de los hombres y el mundo, han dado a su conciencia ciego, íntimo, profundo, formal convencimiento de que sólo don Juan de su sobrino pudo ser el incógnito asesino. Pero por más que en su agitada mente revuelve los indicios y sospechas, de que asaltada sin cesar la siente, conoce que es su fuerza insuficiente y que en el aire están fundados y hechas. Al preguntar el rey al caballero, y al contestar don Juan a sus preguntas, ha comprendido bien su ojo certero, que tras de su semblante noble y fiero la astucia y la maldad estaban juntas, y que temblaba el corazón culpado tras la serena faz del acusado. «Si del crimen capaz no hubiera sido, decía el juez, ¿hubiérale ocurrido que otro por ambición lo que él por ira hubiera cometido? ¿La mano de un solo hombre no ha podido causar herida tal? ¡Sueño, mental En los lances de un duelo

no hay imposible golpe: no hay certera comprensión que desmienta o asegure lo que en manos no más está del cielo. No... si un hombre bizarro se defiende, y un raudo esfuerzo, del que triunfo espera, le falla, o un tropiezo cualesquiera del enemigo ante los pies le tiende, ¿quién dice que un traidor a salva mano, si una venganza desleal pretende, que al más perito incomprendible sea como él ejecutarle no le vea?

¿Quién es el que asegura que al hidalgo en las armas más maestro, acometido en una noche oscura por quien, si débil más, siendo más diestro, con una estratagema prevenida, conociendo del otro la nobleza, no le puede quitar, por vil destreza, con la serenidad la noble vida?

¿Quién afirmar podría que el más noble y valiente caballero, de cólera embriagado, y en el apuro del combate fiero, del triunfo con la sed no intentaría lo que él mismo, a pensarlo a sangre fría, mirara como bárbaro atentado?

Y de este modo Osorio discurría inventando maneras y ocasiones, tomando y desechando a un tiempo mismo por buenas y por vanas sus razones. Revolvía afanado en su memoria los recuerdos que inquieta le atraía de su azarosa juventud la historia: los azares y golpes de fortuna que oyó contar, o presenció en la guerra, que en tiempo antiguo y conquistada tierra se vió a hacer obligado con el Emperador: y una por una

las lecciones contaba que del maestro en la niñez tomaba, y los distintos golpes que había en ellas recibido y dado, mas con el golpe matador no daba.

Al fin, en tal vigilia y en tal desasosiego la aurora le cogió: del lecho fuera despechado saltó; vistióse luego, y a la calle salió, calma buscando en la frondosidad de la pradera, y en el ambiente perfumado y blando que deja tras de sí la primavera.

Pálido, distraído, sin objeto ni término cruzaba las calles y las plazas, absorbido en la idea fatal que le acosaba.

Bajó del Espolón a las Moreras, y mil veces cruzó desatinado del uno a otro lado, hasta que del Pisuerga en las riberas se tendió fatigado.

Callado, melancólico y sombrío, distracción no encontrando ni consuelo en las ondas monótonas del río, tornó los ojos suspirando al cielo.

Y en el diáfano azul que el sol de oriente bañaba en resplandor, buscaba en vano un rayo que a su mente inspirara un impulso soberano.

Así por largo trecho contempló vagamente, al son de los latidos de su pecho, las nubes, que extendiendo lentamente sus contornos formados de vapores, pasaban impelidas por el viento, cambiando de contornos y colores y manchando el azul del firmamento;

y en tanto así que en la inacción yacía, pasaba el tiempo y avanzaba el día. Mas he aquí que instigado por feliz pensamiento repentino, se levantó agitado y blandiendo la vara con que muestra la noble autoridad de su destino, a manera de espada, a cual a un ser invisible acometiendo, marcó lanzando un grito una estocada en el aire, soltó una carcajada, y echó de la ciudad por el camino, de este modo diciendo: «Déjeme Dios de su divina mano si no cae en la red ese villano.»

Tornó a su casa; entróse en su aposento y el ropón y la vara abandonando, hizo que le sirvieran al momento traje común, que sin insignia alguna de autoridad ni mando, sobre él no fuera la atención llamando. Ciñóse a la cintura largo y templado estoque toledano, y cambiando del todo su figura, tornándose de juez en cortesano, con gentil apostura y sereno semblante, y hacia la casa de don Juan tomando las calles adelante, llegó a su puerta, y recibido en ella, do se hallaba don Juan, se entró arrogante.

DON JUAN

¿Quién a mi cuarto llega de este modo?

OSORIO

Soy yo, señor don Juan, y en dos palabras vais a entenderlo todo.

Anteanoche Germán murió en la calle, y a mí se me ha metido en la cabeza que nadie más que vos pudo matarle; no hay prueba que atestigüe del hecho la certeza, ni hay modo de que nada se averigüe. Mas como quier que sea, y en vista de que el reo no parece, tanto mi duelo y mi coraje erce, que yo os vengo a sacar a la pelea.

DON JUAN

Señor juez...

OSORIO

Señor mío, yo también soy Osorio; y el postre de vuestra raza vos, yo de la mía, el uno contra el otro en este día nuestro odio y nuestro brío mostrando, uno de entrambos de la vida es preciso, don Juan, que se despidan. Conque así, sutilezas apartemos e inútiles excusas, y salgamos al campo y acabemos. Mozo sois y valiente; y aunque empieza el cabello un poco a encanecer sobre mi frente, no ha perdido por ello mi corazón y brazo la firmeza que requiere nuestro odio y mi nobleza.

DON JUAN

Miradlo, señor juez, maduramente; vos sois quien viene a provocarme al duelo, y yo, porque ninguno torpemente

sospeche acaso que me dais recelo,
y porque sois el agresor, el trance
admito solamente.

OSORIO

Bueno está: protestad lo que quisiereis,
que yo por satisfecho
del todo me daré, como os batiereis,
y echad la culpa sobre mí de lo hecho.

DON JUAN

Ved que os repito, Osorio...

OSORIO

Concluyamos:

si no admitis el duelo, no os extrañe
que doquier que os encuentre
a cuchilladas por cobarde os entre.

DON JUAN

[Vive Dios!

OSORIO

Así os quiero.

DON JUAN

Vamos.

OSORIO

Vamos.

Y tomando en la calle al caballero
que primero encontraron, por padrino,

con largo paso y continente fiero,
al campo enderezaron el camino.

Por fuera del Campo Grande,
y a sombra de las paredes
de su cerca, están con brío
Osorio y don Juan batiéndose.
Es hombre el juez de buen brazo,
y grande experiencia tiene
de las armas, y aunque diestro
es don Juan, recio y valiente,
el juez le busca las vueltas
tan sagaz, y le acomete
con tal prisa, que don Juan
con trabajo se defiende.
El padrino, que contempla
en silencio el duelo, teme
por el mozo, aunque tal vez
ve en Osorio que no quiere
quitar a don Juan la vida
que ha podido ya dos veces.
Con vigor se baten ambos,
mas don Juan terreno pierde
de tal modo, que la espalda
casi junto al muro tiene.
En aquel trecho del muro
se abría precisamente
un postiguello excusado,
al huerto perteneciente
de los padres capuchinos:
y allí es, a lo que parece,
donde Osorio a su contrario
quiso llevar diestramente.
El padrino, que a don Juan
vió cerca de los dinteles
del postigo, a tropezar
próximo si no lo advierte,
y a caer por un percancee
del terreno, fué a ponerse

de aquel lado, porque entrambos
a terreno igual viniesen.

Mas en el instante mismo
en que él empezó a moverse,
y hacia el lado de don Juan
ganó la vuelta, con fuerte
voz exclamó el diestro juez:
«¡No le asesines, detenté!»

A esta voz volvió don Juan
por la derecha, y metiéndole
el juez su espada de pronto
por el costado al volverse,
dijo: «Esta fué la estocada
que a don Germán dió la muerte,
y tal se la disteis solo,
aunque hecha entre dos parece.»

Don Juan, al oír al juez
este hablar tan de repente,
y la espada por su taza
asegurada sintiéndose,
palideció, y sin aliento
quedó del Osorio enfrente.

Quiso mediar el padrino,
que nada de esto comprende,
dando por vil el combate
y acabado malamente;
mas envainando su estoque
el alcalde, e imponiéndole
silencio, dijo al mancebo:

«Don Juan, la vida debéisme,
pues si hago encarnar mi espada,
por ahí os entra la muerte;
mas sólo quise marcaros,
don Juan, y poner patente
que esa estocada es la vuestra.
Negadlo ya si pudieréis.»

Y de esta manera Osorio
con firme ademán diciéndole,

dándoles a ambos la espalda
se alejó de ellos riéndose.

CONCLUSIÓN

EL REY

Osorio, no os canséis: será posible
como vos lo decís, mas no indudable
cual la ley lo requiere:
y me habéis de encontrar inexorable.

OSORIO

Sea, señor, pero de vos apelo...

EL REY

¿De mí? ¿Y a quién?

OSORIO

Al tribunal del cielo.

Hay un Dios, cuya ciencia es infinita;
cuya suma justicia es infalible;
cuyo castigo el más sagaz no evita
y que al justo protege,
y ante cuyo poder fuerza es que ceje
el humano poder, y en quien confío
que si aquí la razón está en mi abono,
la declare por fin en favor mío.

EL REY

Mas yo no alcanzo...

OSORIO

Si don Juan me jura
sobre los sacrosantos Evangelios,

y al lado de la abierta sepultura
de mi sobrino don Germán de Osorio,
que no tuvo en su muerte parte alguna,
y evoca su cadáver por testigo
en el nombre de Dios, doy por notorio
que es inocente, y sobre mí tan sólo
como calumniador caiga el castigo.

EL REY

Sea como decís: mas ¡vive el cielo
que si jura don Juan, como os lo digo,
moriréis en vez suya,
sin que atienda en tal caso mi justicia
razón alguna que por vos argualab

OSORIO

Acepto la partida,
señor: mas creo en Dios sinceramente,
y si Dios me abandona claramente
perderé, no la fe, mas sí la vida.
Porque os juro, señor, que si llegara
a faltarme esta fe sólo un momento,
por no caer en la duda me matara.

EL REY

Pues aprontad lo que haga a vuestro in-
[tento
para que preste ese hombre juramento:
mas si con prueba tal no da aún certeza,
acepto por la dél vuestra cabeza.

Y con palabras tales
despidió el rey Felipe al juez Osorio;
y de el juicio de Dios fallo inconcuso
a aquel sangriento caso apeteciendo,
cada cual a aceptarlo se dispuso.

sobre Y apenas aquella noche
tendió su manto de sombra
por las animadas calles
de la ciudad bulliciosa,
cuando de un gótico templo
en una capilla lóbrega,
lentamente se reunían
hasta unas doce personas.
El obispo diocesano,
vestido cual la católica
Iglesia requiere en sus
sacrosantas ceremonias,
estaba junto a un sepulero
sentado en una poltrona,
y a su izquierda el juez Osorio
con su golilla y su toga.

Don Juan estaba también
allí, apartado en la sombra
de un ángulo, con altiva
expresión irreligiosa.

Los demás eran dos pajes
del obispo, y las muy doctas
personas de dos canónigos,
y curas de la parroquia.

Pasaron breves momentos
de quietud tan silenciosa
entre aquellos personajes,
y el reloj marcó la hora
de las siete de la noche:
en cuyo punto, con torva
faz entró el rey don Felipe
en la capilla. Con honda
reverencia saludáronle
todos, y a todos con corta
inclinación de cabeza,
contestando: «¿Están ya todas
las cosas dispuestas?», dijo,
y a un sí, de la voz sonora

del obispo, replicó el rey: «Manos a la obra.» Con la regia dignidad que resalta en su persona, marcó a cada cual el sitio, y obligación que le toca. Púsose el obispo en pie; alzaron la suelta losa del sepulcro que hay en medio de aquella capilla gótica; y descubierto el cadáver de don Germán, por las hojas de los santos Evangelios abriendo un misal, y antorchas aproximando a sus páginas, con tono que no denota ira ni piedad, el rey dijo a don Juan: «Hoy evoca don Miguel de Osorio el alma de este mozo, a quien traidora mano mató, en contra vuestra, porque acción tan alevosa os atribuye, y del cielo la justicia protectora, porque muestre si culpado estáis o inocente, invoca. Si con una mano puesta en las sacrosantas hojas de estos santos Evangelios, y en el cadáver la otra, juráis que no fueron ellas de su asesinato autoras, y no hay antes un testigo que declare en vuestra contra, quiere don Miguel de Osorio que recaiga en su persona el castigo que las leyes por calumniador le impongan. Jurad, pues, señor don Juan:

»y de los cielos la cólera invocad contra el culpable, que en el misterio se emboza, y el testimonio del cielo, para quien oculta cosa no hay en la tierra, que el velo de su misterio descorra.» Dijo el rey: y dió don Juan un paso adelante, pronta obediencia al rey mostrando y la serenidad propia de quien inocente está: tendió una mano a las hojas del santo libro, expresión dando a su rostro diabólica, y extendiendo lentamente hacia el cadáver la otra, para hablar tomaba aliento, cuando recias, secas, cóncavas, dos aldabadas se oyeron que una mano vigorosa dió en la puerta de la iglesia, cuyas aldabadas roncadas ahogaron de las palabras los sonidos en su boca. Por un instantáneo impulso, de una universal zozobra interior, quedaron todos inmóviles, con recóndita pavora, esperando ver quién llega así a tales horas. Un paje del rey a poco entró con respetuosa atención, yéndose al rey y anunciando la persona de un embozado, que dice que allí su presencia importa por testigo de la muerte de don Germán. Quedóse atónito

la gente con tal anuncio,
y una sonrisa sardónica
contrajo los labios pálidos
de don Juan, como quien honda
convicción tiene de que es
imposible que deponga
nadie en esto con verdad,
por ser aquesta una historia,
como enredada improbable,
como oculta misteriosa.

Mas entrando a tal punto en la capilla
un sombrío embozado,
dijo al rey don Felipe de Castilla,
al ataúd de don Germán llegando: «TO
«Yo fui el sólo testigo
de la muerte de ese hombre:
y que es don Juan el asesino digo:
puesto que él no osará de Dios en nombre
lo contrario jurar aquí conmigo.»
Dijo así el embozado:
y el son ignoto que su voz produjo
en el pecho espantado
de cuantos allí estaban, desusado
pavor hondo introdujo.
El anciano prelado,
de agitación recóndita movido,
preguntó con acento decidido
a don Juan, que aterrado
contemplaba al incógnito embozado:
«¿Juráis o no?... y don Juan, en un acceso
de satánico orgullo y osadía,
tal vez de confianza con exceso,
sobre el sagrado libro del cristiano
tendió la abierta mano:
pero posada apenas la tenía

sobre aquella evangélica Escritura,
cuando la mano descarnada y fría
cuanto inflexible y dura,
del embozado incógnito sobre ella
de repente cayendo,
y apartando el embozo,
hizo exhalar al libertino mozo
un ¡ay! mortal, desesperado, horrendo.
Cayó ante aquel incógnito de hinojos
el mísero don Juan: y en el testigo
misterioso y potente
claváronse a la par todos los ojos,
y a todos el misterio fué patente.
Aquella en que se envuelve larga capa
no un ser humano tapa:
cubre sólo de un bronce una figura,
emboza solamente una escultura.
Inmóviles, absortos, sin aliento
mostrando en los semblantes su pavora,
quedaron los presentes un momento
presa todos de un mismo pensamiento.
Y entonces aquel ser, a quien divino
aliento y ser anima,
así exclamó con sobrehumano acento:
«Jamás se invoca en vano
el favor de los cielos soberano:
en una calle a mi mansión contigua
murió Germán: testigo del villano
crimen fui yo: mas véngale mi mano;
yo soy el Crucifijo de la Antigua.»

Quedó muerto don Juan: de la capilla
desapareció en un punto la escultura,
y movido de la alta maravilla
el juez Osorio abandonó a Castilla
y murió de un convento en la clausura.

UN CUENTO DE AMORES

ESCRITO EN COLABORACIÓN DE

D. UN CUENTO DE AMORES

INTRODUCCIÓN

Más allá de Villodrigo y más acá de Colada, yendo de Madrid a Burgos, desde el camino se alza una linda tierra adentro, con una cierta iglesia solitaria sobre un cerro, y que parece una pobre ermita abandonada. Mas no es así: pues del cerro en la contrapunta falda, y entre otros muchos cerrillos que el terreno designan, hay tendido un pueblecito que se oculta a las miradas, y cuyo dueño es un señor avaro guardado. Su nombre es harito poético, aunque no está en ningún mapa ni se ha en ninguna historia. Villadentro le llaman,

Anchos arroyos le cruzan, y no son cuyas parteras aguas reverberan las tulerías, y a la salida del pueblo, y entre la espesa enramada de un bosquecillo de sauces, y de algunos cientos de olmos que sobre ellos se levantan, yacen de un viejo palacio las enriquecidas tapias. El Palacio fué en los días de sus róflas portadas, y conserva, aunque ya borradas, sus nobles escudos de armadura, y en los severos contornos de su destruida fábrica, se ve la forma que Herrera a sus edificios daba. Las cuatro cuadradas torres ya de sus siglos faltan,

UN CUENTO DE AMORES

UN CUENTO DE AMORES ⁴⁰

ESCRITO EN COLABORACIÓN DE

D. JOSÉ HERIBERTO GARCÍA DE QUEVEDO

INTRODUCCIÓN

Más allá de Villodrigo y más acá de Celada, yendo de Madrid a Burgos, desde el camino se alcanza, que a poca distancia, una cierta iglesia solitaria sobre un cerro, y que parece pobre ermita abandonada. Mas no es así: pues del cerro en la contrapuesta falda, y entre otros muchos cerrillos que el terreno designalan, hay tendido un pueblecito que se esconde a las miradas, mas cuyo fecundo seno en rocas guarda tesoros avaro guarda. Su nombre es harto poético, aunque no está en ningún mapa, ni se lee en ninguna historia; Villaldemiro le llaman,

Anchos arroyos le cruzan, con cuyas parleras aguas reverdecen las laderas y los montañuelos enanas; y a la salida del pueblo, entre la espesa enramada de un bosquecillo de sauces que en los arroyos se bañan, y de algunos cientos de olmos que sobre ellos se levantan, yacen de un viejo palacio las enmohecidas tapias. Palacio fué: en los dinteles de sus roídas portadas se conserva, aunque ya borrados sus nobles escudos de armas; y en los severos contornos de su destruída fábrica, se ve la forma que Herrera a sus edificios daba. Las cuatro cuadradas torres ya de sus ángulos faltan,

y tejas cubren los techos
 que cubrieron las pizarras.
 Rotas maderas ocupan
 los huecos de las ventanas
 que ocuparon algún día
 bellas vidrieras pintadas.
 Tras ella cuelgan sus telas
 las cazadoras arañas,
 donde sin duda otro tiempo
 ricos tapices colgaban,
 Hoy sirven los aposentos
 de graneros: sus labradas
 techumbres son el asilo
 de las golondrinas: lavan
 sus ropas en el estanque
 de su parque las zagalas;
 y en las yerbas, día a las flores
 que dió algún día reemplazan,
 se apacentan las ovejas,
 y los pastores descansan.
 En vez de amantes endechas
 cantadas al son de un arpa,
 se oyen la de un caramillo
 las campesinas fonadas.
 Mas todavía el viajero
 y el vago artista, que pasan
 por junto al viejo edificio,
 a contemplarle se paran.
 Y aunque de feudal grandeza
 no excita memorias altas,
 ni bien del décimoséptimo
 siglo la noble arrogancia,
 casi recuerda, los ojos
 aun con placer lo repasan.
 Aún del pintor y el poeta
 en las pensadoras almas,
 gratas ideas excita
 que deleitan si no encantan.
 Aún queda un vago misterio

entre sus viejas murallas
 que anima dulces memorias
 de edades mejor pasadas;
 y aún puede dar este valle
 y este abandonado alcázar
 risueño paisaje a un lienzo
 y a un libro leyenda grata.
 Yo, pues, que aunque escaso en número
 y pobre azaz en palabras,
 gusto de añejas historias
 y hallo placer en contarlas,
 por los puntos de mi pluma
 a extender sobre estas páginas
 voy una historia de amores:
 que si a escribir la alcanzara
 como yo me la imagino,
 bien valiera el escucharla.
 Es una historia sencilla,
 de la centuria pasada,
 del tiempo de don Felipe
 de Borbón, quinto en España.
 Cuadro tranquilo y risueño
 que a pedazos se engalana
 con flores que en el paisaje
 la poesía derrama.
 Historia que, no anhelando
 volar por regiones altas,
 de la rastrera paloma
 se contenta con las alas:
 y no aspirando a elevarse
 con el soplo de la fama,
 se dará por muy servida
 si, en un libro encuadernada,
 sirve tal vez del invierno
 en noche aterida y larga
 para entretener un punto
 a alguna doncella cándida,
 o algún hastiado viejo;
 o tal vez, si es que a ser tanta

alcanzase mi fortuna,
a alguna elegante dama
que con su lectura olvide
de algún galán la tardanza.

CATÍTULO I

Próximo el sol a su ocaso, barroj
y entre cárdenos celajes
y nubes de oro y de púrpura
y amagando ya ocultarse,
vestía en rayos oblicuos
la tibia luz de la tarde
por los cerros que aprisionan
de Villaldemiro el valle.
La sombra del montecillo
a cuyo pie el pueblo yace,
se iba haciendo, aunque no aprieta,
cada momento más grande.
Y ya del astro del día
los postrimeros raudales
de luz, doraban apenas
las puntas de algunos árboles,
desde cuyo alto y espeso
y ameno y fresco follaje,
le despedían con trinos
y con gorjeos las aves.
El aura que mansamente
oreaba sus ramajes,
mecía las verdes hojas
con armonía agradable.
Del pastor que recogía
su ganado, encaminándose
a su aprisco, se escuchaban
a lo lejos los cantares.
Y el cencerro de los mansos
con su son ronco y salvaje;
el ladrido de los perros
de los rebaños guardianes;

la voz de los labradores
que tornan de sus afanes
platicando, o con sus voces
alarmando sus hogares,
y avisando a sus hijuelos,
que al confín del pueblo salen;
y el son de los esquilonos
que a las oraciones tañen,
con el agudo repique
que lento propaga el aire;
el humo que en él se pierde
escapando en espirales
por los huecos que en las chozas
vez de chimeneas hacen,
cuyos vapores azules,
con el sol transparentándose,
formas fantásticas toman
cuando en su luz se deshacen;
y el color cárdeno y rosa
que de ocaso derramándose
al empezar el crepúsculo,
refleja por todas partes
de la tierra que abandona,
a este campestre paisaje
dan armonía tranquila
y tono halagüeño y suave.
Sumióse completamente
el sol, y el fanal errante
de la luna en su creciente
fue poco a poco animándose,
y el aun incompleto círculo
de su misteriosa imagen
se reflejó poco a poco
en las aguas del estanque.
Se alzó la nocturna brisa,
y el aura purificándose,
con su soplo hizo a las flores
abrir un punto los cálices.
Brotó su escondido aroma,

y en el aura derramándose,
 con campesino perfume
 llenó el pintoresco valle.
 De esta manera, una noche
 del mes de mayo empezándose,
 y la cual es el principio
 de la acción de mi romance,
 por el estrecho sendero
 que del palacio adelante
 pasa, y cruzando el sotillo
 de melancólicos sauces
 que le cerca, baja a espacio
 forastero caminante,
 jinete en un potro negro
 y hacia el lugar acercándose.
 A la puerta del palacio
 que sobre la senda cae,
 una mujer en silencio
 le contempla aproximarse.
 Bajó el viajero la cuesta
 y el bruto, en lo llano hallándose,
 alzó relinchando el trote
 mostrando su noble sangre,
 y entró por bajo los olmos
 con tan poderoso arranque,
 que el prudente caballero
 tuvo al fin que refrenarle.
 Llegó en esto del palacio
 ante la puerta, y mirándose
 frente a la mujer, que en ella
 seguía inmóvil mirándole,
 le dijo en tono cortés
 ligeramente inclinándose:
 «¿Podéis hacerme mérced,
 buena mujer, de indicarme
 alguna casa en que quieran
 por esta noche hospedarme?»
 La mujer, que continuaba
 a sombra de los umbrales

casi oculta, y sus facciones
 sin que percibir dejase,
 le respondió, con atenta
 voz: «No será eso muy fácil,
 señor caballero: el pueblo
 no tiene para hospedaje
 posada alguna, no siendo
 jornada a ninguna parte.
 «Flor», dijo adentro una voz,
 y ella dijo: «Aquí estoy, padre.
 —¿Quién es?, preguntó el de adentro.
 —Un forastero.
 —¿Qué trae?
 —Mucha fatiga, y un poco
 de plata que acaso alcance
 para pagar de esta noche,
 si le encuentra, el hospedaje.
 Esto dijo el caballero
 sobre las crines echándose
 de su caballo, al de adentro
 dirigiéndose, y no en balde:
 pues a los pocos momentos,
 con un candil alumbrándose,
 salió al umbral de la puerta
 un anciano venerable
 que le dijo, de hito en hito
 sin dejar de examinarle:
 «Caballero, pues por tal
 os da vuestro porte y traje,
 aquí no hay posada alguna
 do os admitan; mas si os place
 recuperar vuestras fuerzas
 para seguir vuestro viaje,
 en esta mansión humilde,
 de cuanto en ella se hallare
 sirviéndoos, echad pie a tierra
 y entrad: mas dejando aparte
 el dinero, que con oro
 no se pagan voluntades.

—Quien quier que seáis, anciano, el cielo la vuestra os pague; que es generosa y la aprecio en todo cuanto ella vale.»

Y así diciendo el viajero, de su caballo apeándose, entró en la casa, el anciano hacia las cuadras guiándole.

Mostróle un pesebre y heno con que poder establecerle, colgó el candil en un clavo, y al forastero acercándose, a desensillar el potro comenzó atento a ayudarle; mas no era el recién llegado extraño a quehaceres tales, pues lo hizo tan fácilmente y en tan rápidos instantes, que hizo que cortés el viejo su destreza celebrase.

Agradecióselo el mozo, mas sin dejar de ocuparse del potro, que le era objeto de minuciosos afanes.

Le echó una traba a las manos, porque no se maltratase; su noble capa en los lomos el sudor para guardarle, y una palmada en el cuello cariñosamente dándole,

volvióse al anciano huésped diciendo: «Cuando gustáreis.»

Echó adelante el anciano con el candil alumbrándole, y el viajero, de la cuadra dió media vuelta a la llave.

Relinchó el caballo: el dueño dijo alto: «¡Quieto, Brillante!»

Y tomó la ancha escalera, en el palacio internándose.

CATÍTULO II

Después que hubieron cruzado por tres solitarias piezas que en los dueños de la casa acusaban indigencia,

pues adornos no se veían ni aun casi muebles en ellas; alumbrando al forastero

llevó el viejo ante una puerta, a través de cuyos quicios se veía luz; y abriéndola

ante el mozo: «Entrad», le dijo haciéndole reverencia.

Entró el viajero en la estancia y halló en su centro una mesa como de labriego franca,

como de pobre modesta. Limpio mantel la cubría,

que aunque de trama grosera, en su extremada blancura a la nieve se asemeja.

Platos de vidriado barro, y cubiertos de madera,

con vasos de asta la cubren y blanco pan, que aún humeaba.

Dos taburetes de roble y un gran sillón de vaqueta ocupan entrambos lados

y el sitio de cabecera: y una muchacha, que cumple diez y siete años apenas,

de pie al lado del sillón, que el viejo se siente esperar. Mas éste, hacia el caminante la canecida cabeza

tornando, de aquella silla le brindó la preferencia. Ocupóla a su pesar el forastero; a su diestra sentóse el viejo, y la niña tomó lugar a su izquierda. Bendijo la mesa el viejo con breve oración secreta, y a una voz de la muchacha entró un jayán con la cena. Y como en toda la historia es ésta la vez primera que juntos sus personajes y con buena luz se encuentran, contemplémoslos despacio, mientras ellos también se enteran unos de otros en silencio antes de tomar franqueza. El viejo es hombre robusto, que aunque raya en los sesenta, en su exterior todavía ágil y sano se muestra: los años por él pasados, trabajos y acaso penas, han dejado en sus facciones largas e indelebles huellas. Su ancha calva, y de su barba las lacias y blancas hebras; las arrugas de su frente despejada, alta y serena; las miradas de sus ojos donde clara reverbera la calma de la honradez, y la luz de la inteligencia; y sus palabras comedidas y sus muy graves maneras, reclaman en favor suyo el respeto y deferencia. Y aunque entre toscos ropajes

su noble persona envuelta, al través del burdo paño algo de grande revela.

El forastero es un mozo que años veinticinco cuenta; con un semblante expresivo y una gallarda presencia. Sus negros ojos, que brillan bajo sus arqueadas cejas; su frente tranquila y ancha, su nariz algo aguileña, su boca algo desdeñosa, y su tez algo morena, en él fácilmente acusan la osadía y la nobleza. Sus blancas manos, su riza y cuidada cabellera, su bien cincelado estoque y una riquísima piedra que en un primoroso anillo engastada, al dedo lleva, prolijamente declaman su noble sangre y riqueza.

La muchacha que a su lado y frente al viejo se sienta, es una rosa de abril, llena de aroma y belleza; es un lucero humanado, un ángel sobre la tierra. como en sus versos amantes suelen decir los poetas. Sus negros ojos, que adornan largas pestañas espesas, cuya sombra se dibuja en su tez rosada y fresca; el delicado contorno de su virginal cabeza, en que de negros cabellos cuidan dos ricas madejas

que en su vértice recoge
 en dos abultadas trenzas:
 la sonrisa imperceptible
 que en sus labios juguetea:
 su cuello, en cuya piel suave
 y blanca, se trasparenta
 el puro azul enramado
 de sus delicadas venas;
 y la expresión peregrina
 de candidez y modestia
 derramada en sus facciones
 y en sus modales, demuestra
 que no es su fina hermosura
 hija de tan pobre aldea,
 ni flor tan pura han podido
 crear aquellas laderas.

Tales son los personajes
 que toman parte en la escena
 de esta historia, y que trabaron
 plática de esta manera.

EL VIEJO

¿Conque solo? ¿Y dónde bueno?
 si no es pregunta indiscreta.

EL FORASTERO

Sin cierto rumbo camino;
 donde me arrastra mi estrella
 voy, pues me es indiferente
 cualquier lugar de la tierra;
 de uno he salido en el cual
 a disgusto mi existencia
 se arrastraba, y fuera de éste
 viviré en paz en cualquiera.
 Y aunque en el lugar que dejo,
 personas y cosas quedan

que amo mucho, han de pasarse
 años antes de mi vuelta.

EL VIEJO

Pesares o fantasías
 veo ¡oh joven! que os aquejan,
 que queréis en vuestro pecho
 guardar. Mas enhorabuena
 y en paz sea dicho, y oídme
 sin que con esto os ofenda.

El mundo engaña a los jóvenes
 con muy sutiles quimeras,
 y tal vez con algún sueño
 vuestra mente se enajena.
 Continuamente en la vida
 viento revoltoso reina

que a lo que a una vuelta ensalza
 lo derriba en otra vuelta;
 y hay ideas que los mozos
 en su corazón engendran
 con pretensión de montañas
 y son granillos de arena.
 Mirad, pues, atentamente
 lo que vais a hacer, no sea
 que de la arenilla huyendo
 tropecéis en rudas peñas.

EL FORASTERO

Comprendo y estimo en mucho,
 señor, las palabras vuestras,
 pues fácilmente se dan
 por hijas de la experiencia.
 Mi alma, aunque en cuerpo de mozo,
 escucha siempre y respeta
 de la sabia ancianidad
 las palabras y prudencia.
 Mas no habéis dado en el blanco:

mi alma, de pasión ajena,
tras quiméricos fantasmas
desatinado no vuela.

Y porque, en fin, no creáis
que son necias mis respuestas,
y vuestro consejo excuso,
os relataré completa
mi historia en breves palabras
y me juzgaréis por ella.

EL VIEJO

Antes de que la empecéis,
tomad, caballero, en cuenta
que yo no os la he demandado,
y que tal como ella sea,
vais a confiarla a personas
a quien conocéis apenas.

EL FORASTERO

No olvidéis tampoco vos
que pues sin saber la vuestra
voy a fiaros mi historia,
no es cosa que me avergüenza.
Hacia vos, señor, me atrae
simpática deferencia,
y sé que no abusaréis
de lo que os fíe mi lengua.

EL VIEJO

No a fe: mas tal vez...

EL FORASTERO

Señor:
si los rastros que reflejan
vuestra alma en vuestro semblante

y que hoy a tal confianza
me impelen, son engañosos,
no hay verdad sobre la tierra.
Hablaré por mil razones:
por ver lo que me aconseja
la vuestra; por si tal vez
vuestra voz alivio presta
a mis cuitas, y a lo menos
por mis recuerdos siquiera.

EL VIEJO

Yo os agradezco, buen joven,
vuestra urbanidad atenta,
y haré a vuestra simpatía
la justa correspondencia.

Diciendo así, a la muchacha
con imperceptible seña
mandó el viejo retirarse:
y abandonando la mesa,
con un gracioso saludo
salió cerrando la puerta.
Quedó un momento el viajero
sus claveteadas maderas
contemplando, cual si aún
a través pudiese verla.
Sonrióse el viejo; entendiendo
por su expresión sus ideas;
y echando en los vasos de asta
el licor de una botella,
dijo: «Os escuchos; y el otro
empezó de esta manera:

EL FORASTERO

Familia de ilustre sangre
entre los nombres asienta
de sus varones el mío:

y harto sobrado de hacienda,
 y harto colmada de honores,
 de España es de las primeras.
 Mis padres viven: si tienen
 más virtudes que flaquezas,
 pues su hijo soy, no me toca
 tacharlas ni encarecerlas.
 A Francia, que en ciencias y artes
 es hoy de Europa academia,
 y adonde gloriosamente
 el rey Luis catorce impera,
 me enviaron a que cursase
 sus más célebres escuelas,
 en que adquirí yo opiniones
 que hoy mantengo con firmeza.
 Fatigaron mi cerebro
 escolásticas tareas,
 y desengaños y azares
 avanzaron mi experiencia.
 Portéme como español
 en seis años que en aquella
 corte estuve: estudié mucho,
 reñí poco, que fué prueba
 de juicio, porque en verdad
 sangre ardiente y extranjera
 doquiera en aquel país
 halla sazón de contienda.
 Por fin, con nombre sin tacha,
 y harto atestado de letras,
 di vuelta a España, y al techo
 de mi mansión solariega.
 Recibieronme mis padres
 con las caricias más tiernas,
 y el rey me admitió al servicio
 de su persona. Mis rentas
 me daban lujo; lo noble
 de mi alcurnia, y mi opulencia,
 me dió muchos envidiosos,
 mas también fortuna inmensa:

mis estudios y mis viajes
 y mi educación francesa,
 y mis trajes a la moda,
 y mi suerte al fin, con llenas
 manos sobre mí vertían
 dichas y venturas: y era
 del rey casi el favorito
 y el mimo de la grandeza.
 Mi padre, al ver mi fortuna,
 se decidió a no perderla,
 y se ingenió de tal modo,
 que logró que una princesa
 de sangre real, me otorgara
 su mano con real licencia.
 Infanta es, y hermosa acaso;
 mas aunque con sangre regia
 emparentar siempre es honra,
 tal vanidad no me tienta.
 Mi pensamiento es distinto
 y mi opinión bien diversa,
 y en las horas solitarias
 en que a los hombres desvelan
 afanes del porvenir,
 y con lo futuro sueñan,
 soñaba auroras de dicha
 en menos sublime esfera,
 y a costa de mi ventura
 no anhelé tamaña alteza.
 Yo ansié con una mujer
 más virtuosa que bella,
 más amorosa que rica,
 y más casta que princesa,
 partir mi amor respetuoso,
 al mi favor y mi opulencia,
 si quier sus solas virtudes
 al matrimonio trajera.
 Vi, pues, que iba hacerme esclavo
 en vez de esposo: con fuerzas
 no me hallé para hacer a otro

de mi libertad ofrenda, y me negué a tal enlace y enojé a mi parentela. Montó en cólera mi padre, y vino mi familia entera sobre mí, cual si ello fuese causa de alguna vergüenza. Todos sus futuros planes, viendo fallidos, con terca tenacidad se empeñaron en probarme la excelencia de tan ventajoso enlace, y en rendir mi resistencia. Mas en vano, pues cansados de sus disputas eternas, de la furia de mi padre, que en no escucharme se cierra, y decidido a no ser de este afán víctima necia, dispuse secretamente de una parte de mi herencia; tomé un caballo una noche, y de la corte, y paterna casa, me ausenté discreto para dar trecho a que venza el tiempo, tal vanidad y la razón tal demencia.

Esta es mi historia, señor, esta es también la postrera resolución que he tomado de mi porvenir acerca. Mi posición, mi fortuna, y la avanzada edad que pesa sobre mis padres, en fin, mi exigencia que me establezca. Mas rico soy, y no busco la mujer que doble mis rentas; soy noble y poco me importa que mi mujer sea plebeya;

mujer virtuosa, quiero, pura, religiosa y tierna, consuelo en la adversidad, y en la dicha compañera. Mujer quiero que aunque se haya educado en la pobreza, el alcázar de su honor con fe y convicción defienda; mujer quiero que cumplir sus obligaciones sepa, para mí y para mis hijos casta esposa y madre buena. Tal la quiero; y pues en esto todo el porvenir se arriesga, y de esta elección depende la fortuna venidera, si tal no la hallo, la vida así en soledad perpetua pasaré, si quier me hereden quienes mi nombre no tengan.

EL VIEJO

Por Dios que os honran, mancebo, opiniones tan opuestas, a las que ahora en el mundo por los hombres se profesan. Bien haya los buenos años dedicados a las ciencias que os han puesto el corazón en opiniones tan rectas.

EL FORASTERO

Dejad, buen viejo, por Dios, alabanzas que no aciertan a dorar la oscura mancha que mi conducta manbrea, de abandonar mis hogares, aunque preciso lo sienta.

EL VIEJO

No os lo abonaré yo nunca, mas siempre con indulgencia veré a quien su honor estima más que el oro y las grandezas. Y al fin, mirándolo bien, tal vez disculpa merezca, pues pende del matrimonio aún la salvación eterna.

EL FORASTERO

Quédese aquí.

EL VIEJO

Aquí se quede; mas para que no os parezca que correspondo mezquino a la confianza vuestra, os diré en cuatro palabras mi historia.

EL FORASTERO

Jamás hubiera osado sobre ella hacer os pregunta alguna indiscreta; mas os confieso en verdad que os oíre con complacencia.

EL VIEJO

Os comprendo: habéis notado que hay en mí cierta extrañeza, que con mi ser de labriego casa mal y se despegar, y acaso me hayáis tenido

por algún noble que encierra en esta vetusta fábrica vida de misterios llena. Mas no: mi historia es sencilla y de asombros tan ajena, que os parecerá monótona; mas donde os canse se deja.

Y aquí, cruzando los brazos y apoyándose en la mesa el joven, y en el anciano fijando mirada atenta; brillando la calma en éste y en el otro la impaciencia; comenzaron a escuchar y a decir de esta manera.

CATÍTULO III

INSOMNIO

I

«Nací de hidalga familia, mas no de tan noble origen que deba hoy llorar el verme en condición tan humilde. Marino en mi juventud, perdí sus buenos abriles errando sobre los mares que a la culta Europa ciñen. Serví con honra a mis reyes en los lejanos países donde me arrojó mi estrella o la fuerza irresistible de los vientos, que me echaron a muy remotos confines. Una horrorosa borrasca estrelló contra las Sirtes una noche nuestra nave.

¡Qué noche! A un mástil asíme,
 y con las ondas luchando,
 defendí la vida triste
 que creí que me restaba
 con esfuerzos increíbles.
 Recogíome una fragata
 de ingleses, y que avernirme
 tuve a navegar con ellos
 hasta las playas de Chile.
 Un rico español prendóse
 de mí, y me empleó en servirle
 en negocios de comercio;
 y tan bien sin duda lo hice,
 que quiso en haciendas suyas
 colono constituirme.
 Conocí allí una mujer
 de las que en aquellos límites
 del mundo crían los cielos
 para que el sol las admire.
 Me enamoró su hermosura,
 me correspondió, y uníme
 con ella en sagrado nudo:
 y henos aquí ya felices.
 Vivimos así dos años,
 y, al fin de ellos, fué indecible
 mi placer al verme padre
 de esa muchacha que visteis
 a vuestro lado esta noche.
 Nació cuando imperceptibles
 los rayos del sol naciente,
 con purpurinos matices
 teñían las verdes puntas
 de las palmeras flexibles.
 Nació en un día de abril,
 cuando empezaba a cubrirse
 el prado fértil de flores
 y las lagunas de cisnes:
 y en memoria de aquella alba,
 que haga Dios que nunca olvide,

Flor-del-Alba la llamaron;
 y el Dios que el fruto bendice
 de un amor casto, ha querido
 que su nombre justifique
 su hermosura y su virtud,
 que con su beldad compite;
 mas como al fin en la tierra
 dicha completa no existe,
 su madre murió cuando ella
 cumplía los cinco abriles.
 Sin ella aquel paraíso
 me fué destierro insufrible,
 mi hacienda carga enojosa,
 árido desierto Chile.
 Devolví, pues, sus terrenos
 a aquel español insigne
 a quien los debí; con oro
 quiso en vano seducirme;
 en abandonar a América
 vió mi voluntad tan firme,
 que al fin me abrazó diciéndome:
 «Ve en paz, y que Dios te guíe.»
 En oro me dió el valor
 de mis bienes: conducirme
 quiso hasta uno de sus buques
 que me esperaba, y me hice
 a la vela en él, trayendo
 mi hija y mis memorias tristes
 a España, donde con mi oro
 en la corte establecíme.
 Mas viendo que las delicias
 de sus ruidosos festines
 y tumulto me aburrían
 en lugar de divertirme,
 y que mi hija Flor crecía
 en belleza, y que sutiles
 los ejemplos de la corte
 es fuerza al cabo que minen
 la virtud de las mujeres,

que no pueden eximirse
de las torpes seducciones
de juventud algo libre:
compré a un marqués arruinado
estos terrones, y vine
a gozar entre sus muros
la renta escasa que rinden
cuatro tierras que he comprado
de estos valles en los lindes.

Aquí, olvidado del mundo
y en soledad apacible,
habito con Flor-de-Alba
las estancias que permite
habitar este palacio,
que amaga bien pronto hundirse;
aunque no será tan presto
que nuestros ojos lo miren.
Esta es mi historia completa,
que a mi vez contaros quise
la vuestra para pagaros:
y ahora, buen joven, que oísteis
lo que soy y lo que tengo,
que os ofrezca permitidme
lo que puedo y lo que valgo,
si de algo todo ello os sirve.
Cama os mandé prevenir
y aposento: si a él seguirme
gustáis, venid, que ya es tarde
y acaso el cansancio os rinde.

Y así diciendo el anciano
con halagüeño semblante,
echó del joven delante
con una luz en la mano.
Y como el mozo veía
que la franca explicación
de tan clara insinuación
oposición no admitía,
dejó su cómodo asiento
y se dispuso a seguir

al viejo, hasta el aposento
que le mandó prevenir.
Salieron, pues, de la estancia
el uno del otro en pos,
perdiéndose así los dos
en la sombra y la distancia.

II

Estaba el aposento destinado
para el joven viajero,
en un ángulo aislado
de aquel viejo edificio colocado.
Para llevar a él al caballero,
cruzar el viejo le hizo
uno tras otro cuarto abandonado,
y uno tras otro oscuro pasadizo;
por los cuales al ir notó el mancebo
el estado ruinoso en que se hallaba
la mansión que su huésped habitaba.
Las rotas o gastadas escaleras,
las empolvadas bóvedas sombrías,
entre cuyas maderas
se filtraban aún en gotas frías
de las pasadas lluvias las goteras;
las doradas molduras,
por la humedad y el polvo carcomidas;
las puertas de mohosas cerraduras
no usadas largo tiempo, y derruidas
de su marco y dintel las esculturas:
todo lo reparó; mientras callado
su hospedador por ella le condujo,
y aquella soledad y aislamiento
mala impresión en su ánimo produjo,
y aun en su corazón por un momento
misteriosos recelos introdujo.
Dejéle en fin en su aposento solo
el venerable anciano,
y toda idea de traición o dolo

desechó al contemplar de su semblante la candidez, y al estrechar la mano que le alargó al salir, dulce reposó deseándole atento y cariñoso. El joven, sin embargo, con precavido examen, cauteloso, en su cuarto registró por donde quiera que el pie pudo fijar, tender la mano y dar campo a los ojos: todo era limpio allí, si no rico: blando lecho con mullido vellón y lienzos hecho, que grato olor a limpios exhalaban, a dormir convidaban; y descendiendo en pliegues desde el techo, las ventanas y puertas adornaban blanquísimas cortinas, con gusto puestas, aunque no muy finas; toscos sitiales, perchas necesarias a uso de quien se viste y se desnuda; encendida y templada lamparilla, todas, en fin, las fruslerías varias con que a un huésped ayuda una fina atención, del buen anciano allí previno la oficiosa mano. Abrió, pues, su maleta el caballero, y echando a un lado su empolvado traje y las botas de viaje, su espada dejó a su lado diestro colocada, y en la cama metiéndose, largo sueño a gozar tranquilo y blando se dispuso en las ropas envolviéndose. Pronto vagos delirios e ilusiones fantásticas se alzaron en su mente: vaporosas visiones que cerniéndose en alas invisibles, bajan continuamente, del pacífico sueño precursoras, a derramar benéfico beleño

sobre el mortal que siente en altas horas con silencioso pie venir al sueño. Todos entonces en tropel callado los objetos que vimos en el día toman cuerpo en la loca fantasía, y en confuso montón desordenado, llenas de ligereza y poesía, revestidas de formas celestiales, nos excitan ideas que adoramos el sueño a conciliar, mas de las cuales jamás a despertar nos acordamos. Mas entre estos delirios del insomnio que aduermen al cansado caballero, entre esta multitud de sombras leves precursoras del sueño verdadero, hay un bello fantasma más visible, mucho más vaporoso, más ligero, que le acuerda amorosa y vagamente la encantadora imagen apacible de otro viviente ser visto primero. Y esta imagen purísima, alba y bella, que entre las pardas sombras del insomnio como lirio entre céspedes descuella, como entre zarzas purpurina rosa, como entre nubes rutilante estrella, como entre toscas y comunes aves de real pavón la pintoresca pluma, cual regio buque entre pequeñas naves, como rayo de sol entre la bruma de nebuloso lago, es la amorosa sombra de una mujer cándida, hermosa, a quien logró mirar tan sólo un punto, cuya presencia saboreó un momento; mas cuyo bello y celestial trasunto indeleble conserva el pensamiento. Y esa mujer con quien despierto sueña, ese delirio que al dormirse adora, y cuya aparición encantadora el sueño dél en alejar empaña;

esa mujer cuya ilusión divina
 por rechazar de su memoria lucha,
 pero cuyo recuerdo le fascina,
 y a quien a su pesar mira y escucha;
 es *Flor-del-Alba*, a quien a amar empieza,
 ángel en su beldad, flor en pureza.

Así el amor callando se desliza
 en nuestro corazón libre y tranquilo;
 y con el filtro del amor se hechiza
 a una ilusión así prestando asilo.
 Como ilusión la admite: ella, traidora,
 la hoguera oculta del amor atiza,
 su belleza ideal la patentiza,
 y al verla el corazón tan seductora
 con la ilusión falaz le fanatiza,
 y al fin ciego de amor la diviniza,
 y en el altar de la pasión la adora.

Y así como un recuerdo vagaroso,
 por la puerta no más de un pensamiento
 disfrazado, traidor, mudo, alevoso,
 del viajero en el alma en tal momento
 entra amor a robarle su reposo.

CAPÍTULO IV

MÚSICA

Apenas de estas quimeras
 que en la mente se acumulan
 del que tranquilo se duerme
 y a dormirse en paz le ayudan,
 en la del joven viajero
 se iban lentas una a una
 disipando, a cada instante
 apareciendo más turbias;
 apenas del blando insomnio
 las vaporosas figuras
 dejaban a sus sentidos
 del sueño en la paz profunda

y su tranquilo reposo
 gustaba, cuando la muda
 soledad turbó a deshora
 grata y acordada música;
 y del maneebo llegando
 al oído en lid oculta,
 con su sueño fué ganándole
 el sitio que en él ocupa.
 Tornaron a producirse
 otra vez las inseguras
 fantasías del insomnio,
 y muy pronto entre su turba
 incolora, tornó a alzarse
 la imagen radiante y pura
 de *Flor-del-Alba*, más bella
 y luminosa que nunca.
 Pronto el corazón amante
 (que por acercarse pugna
 al hechicero fantasma
 que parece que le busca)
 soñando cree que realiza
 mil esperanzas absurdas.
 Ya la trasparente imagen
 de la adorada hermosura
 cree que a su lado descende,
 y de sí mismo tan junta,
 que con que extienda los brazos
 la puede tener segura:
 ya al amoroso fantasma
 ve que una y otra vez cruza
 por la alcoba en que reposa,
 y cree que el rumor escucha
 de sus pisadas, y el roce
 de sus leves vestiduras.
 Ya que a la trémula llama
 de la lámpara que alumbra
 su aposento, le contempla
 con amorosa ternura,
 y con su aliento purísimo

le orea, porque le infunda su amor el divino aroma que el blando aliento perfuma. Ya en una transición rápida de que los sueños abundan, la mujer se trueca en ángel, el ser terrenal se ofusca tras de su célica esencia: de tornasoladas plumas brotan alas de sus hombros que a sus espaldas se agrupan, formando un fondo nevado, sobre el cual de su cintura, de sus brazos y su cuello los contornos se dibujan. De un arpa de oro que al lado tiene, y cuyas cuerdas pulsa, hace brotar ricas cláusulas de embriagadora dulzura. El alma amante con ellas en armonía se inunda, y a las etéreas regiones arrebatada se juzga; mas vibran de tal manera las notas con que preludia en el alma del dormido, y le hieren tan agudas y tan íntimas, que pronto será fuerza que interrumpan la influencia soporífica del sueño que le subyuga. Y así es: los lentos párpados abre al fin; con mano ruda ase del cómodo lecho las plegadas colgadas; y aun mal despierto—¿Quién va?— con ahogada voz pregunta. Nadie responde: al reflejo de la lamparilla mustia,

reconoce el aposento que como huésped ocupa. Mas todavía del sueño piensa que el sopor le abrumba; pues dél recordando a espacio las imágenes confusas, de Flor-del-Alba y del ángel al recordar la hermosura, el son del arpa recuerda; y cree que se perpetúa el ensueño, pues de un arpa oye el acorde, no hay duda. Por más que tenaz dar crédito a sus sentidos rehusa, interrumpe el son de un arpa la tranquilidad nocturna, y una voz suave cantando con sus cláusulas se ayuda. Del dulce canto atraído, y a indagar quién le produzca impelido el caballero, sentó la planta desnuda en el pavimento frío, y con precauciones sumas entreabriendo la ventana por la que se oye la música, asomóse poco a poco por sí a quien canta columbra. Mas en vano: desde el zenit con pálida luz la luna platea un huerto, en que reinan el abandono y la incuria. Su tierra, fértil un día, cubre enredada espesura de silvestre yerba, y claro se ve, que el dueño renuncia como a reponer su casa a labrar la huerta inculca. Ésta en su origen fué patio,

pero recibió cultura
 cuando sus antiguos dueños,
 al dar en peor fortuna,
 sembraron en cuanta hubieron
 no poseores de mucha.
 Este huerto o este patio
 que altas paredes circundan,
 forma el centro de la fábrica
 de este edificio, que anuncia
 próxima ruina doquiera
 por infinitas roturas.
 Sólo de las cuatro torres
 que le ciñen, en la una
 se habita, pues el revoque
 de sus paredes lo acusa.
 Y en esta torre frontera
 a la en que el joven procura
 desde su ventana ver
 de la misteriosa música
 el origen, hay abierta
 otra ventana; mas cuya
 interior habitación
 a su avara vista hurtan
 de un enramado jazmín
 la espesa rama fecunda,
 y una estrecha celosía
 en que las ramas se anudan.
 Allí está, pues, la cantora
 de entre la fresca espesura
 de aquel toldo de jazmines
 y florecillas menudas,
 brota aquella voz suavísima:
 y de allí en sus alas húmedas
 la esparce el aura de mayo
 por la trasparente anchura
 de los cóncavos espacios
 que el aire diáfano azula.
 De allí parte aquella voz,
 y si es de una criatura

humana, Naturaleza
 al dársela la hizo única,
 pues la formó de los tonos
 con que armónicos la arrullan
 los ruiseñores del bosque,
 las fuentes que le fecundan
 los ecos que les remedan
 en las escondidas grutas,
 y el aura que entre las hojas
 suelta y lasciva susurra.
 Tal es la voz que la calma
 de la muda noche turba.

Voz que encierra
 en el concento
 de su acento
 celestial,
 cuantos ecos
 de alegría,
 de victoria,
 de agonía,
 y de gloria
 juntaría,
 si se oyera
 toda entera,
 la armonía universal.

Voz que gime
 congojosa;
 voz sublime,
 vagarosa,
 que levanta
 misteriosa
 melancólica canción,
 Voz sonora
 que a par canta,
 y a par llora
 los delirios
 apacibles,

los martirios
insufribles
de un amante corazón.

Blando son
que el viajero
con aliento
retenido,
oye atento
y embebido
en su balcón:

Y antes que suene en su oído,
de aquella nocturna endecha
va la música derecha
a arrullar su corazón.

Vago encanto
con secreta
simpatía
le sujeta
de aquel canto
a la armonía:
y aunque ciego
no comprende
la razón,
siente luego
que la calma
de su alma
pierde ciego
y le enciende
dulce fuego,

al oír la voz lejana,
que a través la celosía
de la florida ventana,
el mágico son le envía
del arpa y de la canción.

Escuchábala embebido
con intensísimo gozo

el aventurero mozo
de su entreabierto balcón,
sin reparar de la noche
en el insano rocío,
y en el aire húmedo y frío
propio aún de la estación.

Escuchaba él y seguía
de sus armónicas frases
los melodiosos compases
y maestra ejecución;
y cuanto más escuchaba
aquel acento encantado,
más se creía engañado
por una vana ilusión.

Escuchaba, y comprendía
más claro a cada momento,
que aquel primoroso acento,
y aquel sentido cantar,
rebotando de armonías
y poesía galana,
de una garganta villana
no se podía lanzar.

No es ese el canto monótono
cuya armonía sencilla
de los campos de Castilla
ronco entonces el labrador:
no es esa la endecha tosca
que alza en la fiesta campestre
el labriego, al son silvestre
de la gaita y el tambor.

Es el cántico suavísimo
de una voz rica, argentina,
que vibra, gorjea y trina
con limpieza sin igual;
canto profundo, inspirado

tierno, sonoro, vibrante,
que oye absorto el caminante
por su bien o por su mal.

Y elevado en una escena
que embellecen la oportuna
tranquila luz de la luna,
del misterio la ilusión;
parece un himno celeste
por un ángel entonado,
y en el aura acompañado
por las arpas de Sion.

Tal lo juzga el forastero
que embecido lo escucha,
mientras con la fuerza lucha
de su mágica impresión;
y tanto al cabo se hechiza
con el cantar peregrino,
que al impulso repentino
de curiosa impresión

abrió el balcón entornado:
mas con este movimiento
cuanto logró, en un momento
perdió la necia ambición:
porque notando sin duda
su presencia impertinente,
cesó repentinamente
la misteriosa canción.

Volvió desconsolado
el forastero a su lecho,
el pensamiento ocupado
con la música que oyó:
y tras de inquieto desvelo
que agitaron halagüeñas
mil imágenes risueñas,
cansado al fin se durmió.

Y alto estaba ya el sol del nuevo día
cuando el mancebo despertó, al sonido
del acento del viejo conocido,
que a llamarle venía.

El mozo de la cama saltó al punto,
y entrándose en la cámara el anciano,
las ventanas abriendo,
al mancebo gentil tendió la mano:
plática tal los dos entreteniendo.

EL VIEJO

Acaso no habrá sido
tan cómodo mi lecho
como en el que a dormir estaréis hecho;
mas en fin, ¿cómo en él habéis dormido?

EL FORASTERO

La dulce paz y hospitalario techo,
señor, de vuestra casa
sólo comodidades me ha ofrecido.

EL VIEJO

Perdonad que en estancia semejante,
de la parte que habito tan distante,
os haya así alojado;
que el edificio están tan mal tratado
que no pude en los cuartos de adelante
sitio hallar para vos acomodado.

EL FORASTERO

Mucho tiempo hace ya, y os lo aseguro,
que noche no gocé tan deliciosa:
y el aposento hallé de tal manera,
que si preciso caso me obligara
esta casa a habitar, yo os suplicara

que vuestra autoridad me permitiera que en él siempre habitara.

EL VIEJO

Sin que ese caso y precisión viniera, yo os le ofrezco de grado: permaneced el tiempo que os pluguiere, que en ello seré yo siempre el honrado.

EL FORASTERO

No plazca a Dios que por antojo mío molestia os ocasiona: yo os lo agradezco, pero parto.

EL VIEJO

Fío

que si a emprender volvéis en tiempo al-
por estos pobres valles otro viaje, [guro
y os hace otra vez falta un hospedaje,
no olvidéis que aquí siempre tenéis uno.

EL FORASTERO

Y yo a mi turno fío que el habitado espacio de este antiguo palacio recuerde alguna vez el viaje mío.

EL VIEJO

¡Si, a fe! Mas el almuerzo preparado nos aguarda.

EL FORASTERO

Y Brillante impacientado, también el suyo aguardará.

EL VIEJO

le fué ya su ración. Servida

EL FORASTERO

¡Tanto cuidado!

EL VIEJO

Obligación no más de huésped. ¡Ea! Venid, que todo al fin se hará a medida de vuestra voluntad, a lo que creo; y aunque más pronta acaso de lo que apeteciera mi deseo, yo os haré la más franca despedida rogando a Dios que os ilumine el paso.

Y hablando así la cámara dejaron, y el oscuro camino que trajeron cuando de noche al camarín vinieron, volviendo a hacer, al comedor bajaron.

CAPÍTULO V

DESPEDIDA

Una hora después, y hallándose en el cuarto en que la cena les sirvieron por la noche, del almuerzo en sobremesa, despidiéndose el mancebo del viejo y de su hija bella, de este modo habían trabado la conversación postrera.

EL VIEJO

¡Ea, pues! Yo no he sabido perder la costumbre añeja

de marino, y aun celebro
 un viaje o amistad nueva
 con un generoso brindis:
 en la amistad cuando empieza,
 y en los viajes, como es justo,
 a la ida y a la vuelta.
 Conque así, llegad el vaso
 y vaciemos la botella
 última de tostadillo
 que dió de sí la bodega.

EL FORASTERO

Por mí, buen anciano, os juro
 de buena fe, que quisiera
 que la amistad que hoy trabamos
 fuera entre los dos eterna.

EL VIEJO

Nada puede ser eterno
 sobre la faz de la tierra:
 pero contad con la mía
 mientras dure mi existencia.

EL FORASTERO

Dios os la guarde, señor,
 hasta que cumplidos sean
 cuantos votos hayáis hecho
 sobre la edad venidera.

EL VIEJO

Sólo uno, si no le logro,
 amargará mi hora extrema,
 que es dejar la hija que tengo
 niña, sin estado y huérfana.

EL FORASTERO

Señor, no le cumple a un mozo
 que tan pocos años cuenta,
 por mucho que le disculpe
 su poder o su nobleza,
 en ocasión semejante
 hacer semejante oferta;
 mas dispensad si me atrevo
 a prometeros, que mientras
 respire don Pedro Téllez
 y tener con honra sepa
 un techo que le cobije
 y un doblón que le mantenga,
 no faltará a vuestra hija,
 si otras mejores no encuentra,
 ni casa en que viva honrada,
 ni espada que la defienda.

EL VIEJO

¡Que os tome Dios vuestra noble
 generosidad en cuenta,
 don Pedro Téllez! Y ahora
 que la ocasión se me rueda,
 a unas palabras de anoche
 pláceme daros respuesta.

DON PEDRO

Decid.

EL VIEJO

Creo que dijisteis
 que simpatía secreta
 vuestra alma hacia mí atraía;
 y yo de la mía en prueba
 quiero que sepáis que tengo
 tal fe en la hidalguía vuestra,

que a pesar de ser tan joven puede ser que no eligiera otro que a vos, a mi muerte, para encomendarle de ella.

DON PEDRO

Predilección tan honrosa no sé cómo os agradezca; mas es la elección muy pronta y acaso no esté bien hecha.

EL VIEJO

¡Oh! quien vivió tanto tiempo como yo, tiene experiencia de que rostros y apellidos abonan a quien los lleva. Pero noto que hemos hecho la conversación muy seria, y hemos pasado los límites acaso de la prudencia. De todos modos, mancebo, servido habrá mi franqueza, para que hayáis comprendido lo que mi alma os aprecia.

DON PEDRO

Y al menos habrá la mía servido de daros muestra de lo mucho que desde hoy vuestra sangre me interesa. Y ya que, como habéis dicho, satisfecho en esta aldea vivís con vuestra hija hermosa y con vuestra escasa hacienda, permitid que os deje al menos, para que os traiga en mi ausencia

a la vuestra mi memoria, de mi amistad una prenda.

EL VIEJO

Para acordarme de vos, basta con vuestra presencia, haber visto tan honradas nuestra casa y nuestra mesa; y por lo que a prendas toca me hacéis dar en la sospecha de que vais nuestro hospedaje a pagar de esa manera.

DON PEDRO

¡No, por Dios! Díjeos el nombre de mi casa solariega, díjeos quién soy y que gozo de favor y de opulencia, y ofrecido os he el desquite de este hospedaje, en adversa ocasión, si así os pluguiere; mi paga pues ha sido esa.

EL VIEJO

¡Oh, de ese modo explicándolo!

DON PEDRO

No dudo de que os convenza.

EL VIEJO

Efugios son cortesanías...

DON PEDRO

Lo serán, muy norabuena, mas como tienden a hacer

nuestra amistad más estrecha, la obsequio
dejados pasar en gracia al por la obsequio
del buen intento que llevan. obsequio
Tanto más, cuanto que en vos, obsequio
no empleándose la prenda obsequio
que os quiero dejar aquí, obsequio
si no en vuestra hija, es fuerza obsequio
que no voluntaria dádiva obsequio
sino tributo parezca, obsequio
que en aras de la hermosura obsequio
nada os doy, todo es ofrenda. obsequio
Y por fin, como algún día obsequio
decís que acaso suceda obsequio
que sin vos (y a Dios no plazca) obsequio
a ampararse de mí venga: obsequio
no es demás que para entonces obsequio
pueda tener manifiesta obsequio
una prenda que reclame obsequio
mi obligación y mi deuda. obsequio

EL VIEJO

Tanta es vuestra cortesía,
caballero, al ofrecerla,
que vendrá a dar la repulsa
en desatención grosera.

DON PEDRO

Con este permiso, pues,
tendedme, niña modesta,
la hermosa mano en que os deje
este anillo, cuya piedra
no encontrará quien la tase
de hoy en vuestra mano puesta;
no por lo que vale en sí,
sino por estar en ella.

Y así diciendo don Pedro,
tomóle una a la doncella,

entre sus dedos torneados
el rico anillo poniéndola.
Tiñó en carmín encendido
las mejillas de azucenas
Flor-del-Alba: quiso el viejo
impedir que puesta fuera
la sortija; mas fué tarde,
pues lo hizo con tal presteza
don Pedro, que fué antes casi
el darla que el ofrecerla.

EL VIEJO

Mal tales prendas en manos
de una labradora sientan;
ni es justo que las acepte
quien no puede en recompensa
dar otra a aquel de quien viene.

DON PEDRO

Mas será a mi ver ofensa
que ella rehuse aceptarla
por prestaros obediencia.

EL VIEJO

Si a ofensa habéis de tomarlo,
a elección de Flor se queda.

FLOR-DEL-ALBA

Yo siempre la llevaré
en vuestra memoria puesta:
mas tiene razón mi padre,
pues ha de ver con vergüenza
que no pude yo pagárosla
con otra que digna fuera
de la que me dais.

DÓN PEDRO

Excusa

buscado habéis bien pequeña.
El más mínimo favor
de una hermosura, no hay prenda
que pague en su valor justo:
y si del favor en muestra
me dais una florecilla
cultivada en vuestra huerta
por vos, un clavel temprano,
una extraviada violeta,
un jazmín, o una hoja sola
de un tiesto o enredadera,
que tengáis, como otras suelen,
de vuestro cuarto en la reja,
yo me daré por pagado,
y aun me atrevo a hacer apuesta
de que antes perderéis vos
la sortija, que yo pierda
de la flor que me dais verde,
las caídas hojas secas.

Y aquí el mancebo galán,
reparando la severa
faz del viejo, y el rubor
de la muchacha, a la escena
puso fin, diciendo a tiempo
de dirigirse a la puerta:
«Mas ya basta, avanza el día,
y de este sitio me alejan
necesidad y deber,
que en mi viaje al par me empeñan.
Y un cuarto de hora después,
partíendose de la aldea
de Villaldemiro, el mozo
daba al palacio la vuelta,
para tomar el sendero
que por el soto atraviesa;

cuando al ir del edificio
rodeando por la cerca,
cayó un ramo de jazmines
ante él, y sobre su senda.
Recogió al potro la brida
y levantó la cabeza;
mas cuando vió la ventana,
sintió cerrar sus vidrieras.
Bajóse a tomar las flores,
tornó a cabalgar, y mientras
se alejaba a lentos pasos,
fija la vista en la reja
misteriosa, oyó una voz
que entonaba detrás de ella
la canción que oyó de noche
diez horas hacía apenas.
Al generoso bridón
volvió a refrenar las riendas,
y permaneció escuchando
la lejana cantinela,
en meditación profunda,
su imaginación inquieta
con los lances de la noche
y del día, andando a vueltas.
Cruzó sin duda su mente
luminosa alguna idea
que a decisión repentina
le impelió; pues las espuelas
aplicando al potro, a escape
le hizo cruzar la pradera,
y desapareció perdiéndose
del soto entre la arboleda.

CAPÍTULO VI

II

Partió el forastero
por siempre quizás,

y un día tras otro
 pasándose va.
 Tornó en el palacio
 cual siempre a reinar
 sombrío silencio,
 monótona paz.
 Tornó Flor-del-Alba
 el curso a empezar
 que los mil quehaceres
 domésticos dan,
 los días enteros
 volviendo a pasar
 cual flor conservada
 en fuerza de afán,
 cerrada en el viejo
 doméstico hogar.
 Tornóse al misterio
 que dos años ha
 rodea el palacio,
 do ocultos están
 el viejo y su hija
 sin que hagan jamás
 más viaje que a misa
 el día al rayar.
 La niña en las fiestas
 al prado no va,
 del baile campestre
 ni un punto a gozar.
 Y el viejo atraviesa
 tan sólo el lugar
 los días de fiesta
 cuando al templo va.
 Doquiera, y con todos
 eterna e igual,
 conserva severa
 reserva tenaz.
 Con él en el pueblo
 tener amistad
 ninguno ha logrado:

mas nunca en azar
 arduo, ni en peligro,
 ni en enfermedad,
 llegó uno a su puerta
 consejo a tomar
 o a pedir remedio,
 que en urgencia tal
 sin ser socorrido
 volviera pie atrás.
 El viejo con todos
 atento y cordial,
 los males ajenos
 diestro en aliviar,
 siempre era él el árbitro
 juicioso y capaz
 de hacer las discordias
 a todos cesar.
 Y pobres y tristes
 de su caridad
 van en sus desdichas
 consuelo a buscar.
 Acaso no hay uno
 que a solas y allá
 en su alma no piense
 de aquel hombre mal;
 o envidie su suerte,
 su tranquilidad,
 o le odie porque hace
 su suerte ignorar;
 pues siempre la humana
 condición fué tal.
 Mas todos le acatan,
 y todos a par
 su ciencia aprovechan,
 y todos están
 en que hay de aquel hombre
 en la gravedad
 de su faz tranquila
 y noble ademán

un sello de oculta superioridad.

El mozo más rico, o altivo, o audaz, no supo a su hija amante llegar.

Aquella belleza que cubre el sayal de moza villana

como a las demás zagalas que habitan el mismo lugar:

aquella muchacha que puede a lo más a pobre heredera

de un pueblo igualar, de quien a las otras diferencia no hay

sino en que posee un campo erial y un viejo palacio

a medio arruinar; tiene en la expresión de su bella faz,

en su aire de cándido pudor virginal, y en todo su porte,

cierta majestad que asaz la distingue del tono vulgar,

de la gracia tosca que en lo general de las más apuestas

mozas de lugar, selvajes contornos presta a la beldad.

Y acaso no hay una que a solas, y allá en su alma, de aquella

belleza ideal, no halle alguna falta de que murmurar.

Mas no habrá ninguna que a rivalizar se atreva con ella;

ni alguna osará de la Flor-del-Alba suponerse igual.

No hay una que honrada no se crea asaz, si de deferencia

alguna señal de la hermosa niña consigue alcanzar,

por mucho que de ella murmure detrás. Por más que la quieran

defectos buscar, y activa la juzguen,

y de vanidad la culpen, no hay una que si ante el umbral

del viejo palacio acierta a pasar, y allí Flor-del-Alba

por acaso está, no cambie con ella

saludo cordial, y amable sonrisa que quiera indicar:

que tiene la niña con ella amistad.

Y así en el aldea pasándose van los días de mayo:

y así en soledad el padre y la hija,

el débil torzal

de la vida humana
 hilan sin cesar;
 dichosos gozando
 la felicidad
 de aldeanos que viven
 sin oro ni afán.
 ¿Mas qué humana vista
 puede penetrar
 por un muro espeso
 cual por un cristal?
 ¿Quién ver lo que dentro
 se puede encerrar
 de aquel edificio,
 de cuyo portal
 ninguno del pueblo
 podido ha pasar,
 ni más que de fuera
 lo ha visto jamás?

II

Desde el forastero
 de allí se partió,
 apenas semanas
 pasáronse dos.
 Ni a oírse en aquellos
 contornos volvió
 noticia del joven;
 ni tardo pastor
 que el hato de noche
 al pueblo tornó,
 ni el guarda del campo
 más madrugador,
 volvió a oír el paso
 del potro veloz,
 que al irse de todos
 fué la admiración.
 Del soto le vieron
 salir: con vigor

increíble vieron
 que a escape subió
 la cuesta postrera
 de las que en redor
 circundan el valle
 do yace hasta hoy
 la aldea escondida:
 y desde el peñón
 donde el arquitecto
 la iglesia fundó,
 le vió el campanero
 como exhalación
 tomar el camino
 de Burgos; en pos
 de sí nube densa
 dejando el bridón
 de polvo, entre cuyas
 sombras se perdió;
 como una evocada
 lejana visión
 que se hunde en las ondas
 de espeso vapor.
 La luna entre nubes
 velada, alumbró
 la tierra a intervalos,
 con tibio fulgor,
 en noche cargada
 que a un día siguió
 de esos que nublados
 amasa el calor.
 Pesado está el aire:
 todo a su impresión
 perezosa en lento
 letargo cayó.
 La brisa no mece
 ni rama ni flor:
 no suena en los sáncos
 ni arrullo ni voz,

tórtola acuitada,
 pardo ruiseñor,
 Todo en torno calla,
 y sólo su son
 monótono lleva,
 un murmurador
 arroyo, que cruza
 por la población,
 y baja desde ella
 por cauce que abrió,
 a dar del palacio
 en frente al portón,
 en un ancho estanque
 que allí se cayó.
 Éste vuelve a darle
 su curso y su son
 por el lado opuesto
 a aquel por do entró;
 y el arroyo, hinchendo
 de verde frescor
 el soto, se pierde
 libre y juguetón,
 de los altos olmos
 en el espesor.
 Al sueño, cansado,
 en paz se entregó
 el pueblo: no brilla
 de luz resplandor
 por entre los vidrios
 de reja o balcón,
 más que la del mustio
 perenne farol
 que alumbraba devoto
 la iglesia de Dios.
 De su torre gótica
 con ronco clamor
 dió once campanadas
 moderno reloj;
 cuando al pie del pardo

fuerte murallón
 que el viejo palacio
 cerca en derredor,
 y bajo la reja
 por donde cayó
 el ramo de flores
 delante el trotón
 del joven viajero,
 cuando se partió;
 alzó repentino
 deleitable son
 vihuela punteada
 con diestro primor;
 y a poco a sus tonos
 concertada voz
 así entre la sombra
 nocturna cantó:

«Flor-del-Alba, que con ella
 compites en resplandor,
 y a la lumbré que destella,
 como tú tan pura y bella
 no halla en la tierra otra flor;
 tu lecho de flores deja,
 mira que el alba refleja:
 desvélate ¡oh Flor!
 que llama a tu reja
 la voz del amor.»

Tus hojas abre y da al viento,
 su perfume embriagador,
 para que en él tome aliento
 quien no tiene otro alimento
 ni otro ambiente que tu amor.
 Mira que el alba refleja;
 tu lecho de flores deja:
 desvélate ¡oh Flor!
 que llama a tu reja
 la voz del amor.»

Con estas palabras
 callando la voz,
 el aire a lo lejos,
 sus ecos ahogó,
 quedando en silencio
 y en sombra en redor
 el campo, como antes
 de aquella canción.
 A poco en el muro
 confuso rumor
 de hierro y vidrieras
 movidas se oyó:
 y hallando la luna
 un roto girón
 que en medio una nube
 el viento rasgó,
 vertió repentino
 fugaz resplandor.
 Su tibio reflejo
 el muro alumbró
 a par alumbrando
 la escena de amor;
 que arriba en la reja
 patente se vió
 el rostro de un ángel,
 y abajo al cantor
 contemplando inmóvil
 la blanca visión.
 Allí Flor-del-Alba
 que su reja abrió:
 aquí Téllez, ciego
 por ella de amor.
 Aquí él, a quien trajo
 su ardiente pasión;
 allí ella, que amante
 su vuelta esperó.
 Tal vez uno a otro
 tendían los dos
 los brazos amantes;

y acaso la voz
 de entrambos buscaba
 la frase mejor
 que a ser alcanzara
 del alma expresión,
 cuando vaga sombra
 la esquina dobló,
 viniendo hacia Téllez
 con paso veloz.
 La reja al sentirle
 la niña cerró:
 la luna a embozarse
 con nubes volvió,
 sombreando del campo
 la muda extensión;
 y el mozo, mostrando
 un noble valor,
 el paso al que viene
 sereno atajó,
 los dos entablando
 tal conversación:
 «¿Quién va?—dijo el mozo.
 Y el otro:—Yo voy.
 —¿Quién sois?
 —Os pregunto
 lo mismo yo a vos.
 —Soy... un caballero.
 —Yo también lo soy.
 —Yo don Pedro Téllez.
 —Y yo don León
 de Alba.
 —¡Vos!
 —Sin duda.
 —¡Un Alba! ¡Gran Dios!
 ¿Qué es esto?
 —Un misterio
 cuya explicación
 pronto en este punto
 a daros estoy.

—Hablad.

—De mis pasos veníos en pos, que siempre estaremos a solas mejor.

Y echando hacia un lado el muro dejó.

Signióle don Pedro, en su corazón sintiendo a aquel hombre secreto pavor.

Debajo de un ancho frondoso llorón,

del soto en lo oscuro aquél se sentó.

Don Pedro imitóle, y el otro con voz

severa, le dijo: «Prestadme atención».

—Murió nuestro buen rey Carlos segundo dejando de sus reinos la opulencia a Felipe de Anjou, a quien esta herencia le costó guerrear con medio mundo.

Los nobles españoles en bandos se partieron, según que los derechos concibieron de pretendientes varios

que, de la Francia amigos o contrarios, el trono hispano a disputar salieron.

Pues entre estas familias divididas dieron al fin por su opinión sus vidas.

Dos hubo nobles que partiendo tierra, el feudo y amistad que los unía —

cambiaron con furor en saña impía.

Más bien que por defensa de sus reyes, más que por sus derechos,

y por salir por las antiguas leyes del suelo patrio, su bandera alzaron

por ir a hincar en los contrarios pechos las aguzadas lanzas que empuñaron.

La que por don Felipe alzó banderas, siempre amparada por mejor fortuna,

de la contraria raza por doquiera las vidas fué segando una por una.

De la otra en recompensa, de sus servicios derramó la inmensa riqueza reunida

del último heredero que restaba en la por ellos siempre perseguida

persona errante y misteriosa vida.

El dendo y parentesco que ligaba a ambas a dos familias comprobaron,

y de aquesta manera de enemiga fortuna venidera

la hacienda en una de las dos juntaron.

Reinó por fin en paz Felipe quinto, y la familia aquella, vencedora

que fuera en esta malhadada lucha, siempre fué noble por su honor é instinto:

con el rey alcanzó prianza mucha, y todavía la conserva ahora.

Pero de la otra raza que vencida fué por la suya, un individuo solo,

un mancebo no más quedó con vida.

Mas proscrito, sin resto de esperanza, de cuanto hubo en la tierra despojado,

fué a América huyendo despechado cual de la proscricción, de la venganza

del enemigo bando encarnizado.

Allí arrastró su mísera existencia con inconstante y desigual fortuna,

ya en triste medianía o indigencia hasta que en fin tranquilizada España,

de los bandos distintos licenciada por fin la inútil tropa, y aplacada por fin la antigua saña,

a España dió la vuelta, y viento en popa
 ancló en el mar que a Barcelona baña.
 Ahora bien, entended, don Pedro, Téllez:
 las familias rivales
 son las nuestras: entonces y hasta el día
 los destinos fatales
 fueron, y sin piedad para la mía.
 Conozco bien que vos, mancebo apenas
 de cinco lustros, de la guerra impía
 parte no fuisteis; pero todavía
 vuestro padre, que es causa de mis penas,
 de la contienda instigador primero,
 vive, y no puede la de su heredero
 mezclarse con la sangre de mis venas.
 Mi casa os dió su hospitalario techo
 buena ofreció ocasión a mi venganza:
 os condujo el infierno; mas no avanza
 a tan baja traición mi noble pecho;
 mas que nunca, don Pedro, se os olvide
 que un mar de hirviente sangre nos divide.
 He aquí todo el misterio de mi casa;
 he aquí mi historia entera.
 Y ahora que conocéis mi verdadera
 posición, a estas rondas poned tasa,
 y a la honra de ambos con mejor manera
 arreglad la conducta venidera.

Y así concluyendo
 con tal relación,
 el viejo, el camino
 que trajo tomó,
 cual sombra movable
 de una aparición,
 que en humo al tornarse,
 con hondo terror
 nos huela el medroso
 mortal corazón:
 así la del viejo
 desapareció.

en la que trazaba
 su vieja mansión,
 Con ojos absortos,
 con mudo dolor,
 partir y perderse
 don Pedro le vió.
 Y en vano quisiera
 con resolución
 el paso atajarle,
 el correr de él en pos
 y exigir completa
 nueva explicación:
 negaban sus fauces
 el paso a la voz;
 inerte, embargada,
 sentía la acción.
 Y así, bajo el peso
 del secreto atroz
 que el viejo en su historia
 le patentizó,
 quedó anonadado,
 sin ira y valor,
 y a solas el triste
 con su corazón.

III

En círculo eterno
 con giro infernal,
 su pecho colmando
 de angustia y afán,
 formando en su mente
 eterna espiral,
 que acaba de empiezas,
 y vuelve a empezar,
 y turba y marea
 y rueda tenaz
 en mágico círculo
 que vértigos da,

del mozo en la mente
 comienzan a dar
 las negras ideas
 que crea su mal,
 mil vueltas que al cabo
 confúndenle más.
 La historia es del viejo
 terrible verdad:
 de sangre fermenta
 entre ambos un mar.
 Lejos tantos años
 del suelo natal,
 lo supo él tan sólo
 de oírlo contar.
 Él, rico de ciencia,
 campeón de la paz,
 que ve de la vida
 en el campo erial
 tan sólo una flor
 fecunda no más,
 la flor que produce
 la fe conyugal,
 la paz del tranquilo
 doméstico hogar;
 él, que por doquiera
 buscándola va,
 que deja por solo
 su aroma gozar
 riquezas, honores,
 privanza real,
 y cuanto en el mundo
 se puede envidiar:
 él, que huye dejando
 princesa imperial,
 por no ver en ella
 la felicidad:
 que ve de su dicha
 la flor ideal
 fragante a sus plantas

su tallo elevar,
 y a asirla se mira
 tan próximo ya,
 ¡ay! ve que es sólo ésta
 la flor celestial
 que al campo en que arraiga
 no puede arrancar.
 Del viejo ofendido
 calcula además
 la altiva y heroica
 generosidad.
 Sí; él triste a una aldea
 se vino a llorar,
 su sangre vertida,
 su hurtado caudal;
 su dicha con que otros
 gozándose están.
 Y cuando podía
 venganza tomar,
 pues a él a sus manos
 le trajo Satán
 (como él se lo dijo
 con harta verdad,
 contar esperando,
 con un crimen más),
 le ofrece en su lecho
 la seguridad;
 le sienta a su mesa,
 le sirve leal,
 y en paz reciéndole,
 le deja ir en paz,
 y él ¿cómo le paga
 tan gran lealtad?
 De amor insensato
 se deja arrastrar
 por Flor, con quien nunca
 unirse podrá.
 ¡Oh! ¡Hallar en tal caso
 gentileza tal

en tal enemigo,
y ciego atentar
a la honra de su hija
en su alma beldad,
es ser de una infame
vileza capaz!

IV

Y con tales pensamientos
batallando sin cesar,
midiendo las consecuencias
que aquella casualidad
para el venidero tiempo
a su porvenir traerá,
no ve que vuelan las horas
el apenado galán.
Pegado se está en un tronco
del soto en el valladar:
y distraídos sus ojos
como por oculto imán,
atraídos a los muros
del palacio sin variar
de dirección, enclavados
en el edificio están.
La lobreguez de la noche
que en cerrada oscuridad
envuelve toda la tierra,
ver no le permite ya
más que una masa de sombra.
Porque rauda tempestad
por el espacio avanzando
ahogó el nocturno fanal
de la luna, que camina
de los nublados detrás.
Con ráfagas desiguales
empieza el aire a agitar
las ramas, que pronto el raudal
torbellino arrancará.

Ya está encima, la veleta
de la torre casi va
desde el monte en que se eleva
con las nubes a tocar.
Brilla un relámpago enorme,
y a su roja claridad
se ilumina todo el valle
por un instante fugaz,
y en este mismo momento
el reloj que empieza a dar
las tres de la madrugada,
con sus ecos de metal,
atrayendo de las nubes
la inmensa electricidad,
hizo la tormenta horrible
sobre el valle reventar,
rasgóse el preñado vientre
del nublado: el vendaval
lanzóse fuera, amagando
las campiñas arrasar:
brotó la lluvia a torrentes,
fué la tierra un cenagal,
los arroyos en un punto
hizo en torrentes cambiar:
y cada valle fué un lago,
cada cuesta un manantial,
cuyos raudales inmensos
no osa la tierra tragar,
porque no pueden sus porós
con tan gigante caudal.
Y sus pesares don Pedro
dándose prisa a apartar,
olvidando el mal del alma
con la aflicción corporal,
lanzóse sobre los lomos
de su potro, y con afán
ambos a dos acicates
aplicándole a la par,
arrancó a escape tendido

con tanta velocidad
que en su ímpetu parecía
arrastrarle el vendaval.

El día siguiente
purísimo el sol
cual siempre con lumbré
serena radió.
tormenta de estío;
temprano calor
formóla, y en furia
ligera pasó.
El cierzo deshizo
su pronto turbión,
con soplo pujante
llevándola en pos;
y seca la tierra
sus lluvias sorbió
después de pasado
su inmenso aluvión.
Del sol a los rayos
tornóse en vapor
gran parte, que al punto
el aire llevó.
Tornaron los campos
con nuevo vigor
a alzar las espigas
que el viento abatió;
tornó a embellecerse
con nuevo verdor
la yerba y el césped
que el agua embarró.
Tornaron los olmos
el grato rumor
a alzar de sus hojas
que el aura enjugó:
y oyendo en sus nidos
su lánguido son,
las aves, que el fiero

nublado espantó,
la luz saludaron
con dulce clamor
lanzándose al viento
con vuelo veloz.
La atmósfera entonces
más pura quedó,
sin mancha de nubes
su azul extensión.
El pueblo a sentirse
con vida tornó.
Cediendo al instinto
su buen corazón,
a ver los sembrados
salió el labrador:
de fieles podences
seguido, el zurrón
repleto, a los sotos
volvió el cazador.
Y abriendo el aprisco
do se guareció,
tornó sus rebaños
al monte el pastor.
Y así de la vida
al ruido y acción
por campos y pueblos
la tierra tornó.
Tan sólo el palacio
del viejo mansión,
gozar de aquel nuevo
placer no mostró.
En todo aquel día
ninguna se abrió
de las anchas rejas
del muro exterior,
ni nadie pasando
vió abierto el pontón,
ni nadie a sus dueños
asomarse vió.

Y así pasó un día,
y corrieron dos,
y así la semana
completa pasó.
Tan sólo el domingo,
cuando el esquilón
del templo a la misa
del alba tocó,
acudió a la iglesia
con su padre Flor,
y luego a cerrarse
la casa tornó.

Tildóse en el pueblo
de extraña aprensión
del viejo un retiro,
tan nuevo: y echó
por muchos caminos
la murmuración,
mas de ellos la causa
ninguno explicó.

Y así pasó en tal misterio
del verano la estación,
y un templo alzado al Silencio
el palacio semejó:
de toda amistad antigua
y de toda relación
con las gentes del lugar
el viejo se retiró.
Sólo salían al templo
con la aurora el viejo y Flor,
y según al encontrarlos
algún curioso notó,
iba el viejo como nunca
con torva faz, e iba Flor
tan pálida y melancólica
como si en su corazón
llevara un grande pesar,

o la mano del Señor
de una enfermedad la hubiera
cargado con la aflicción.

CAPÍTULO VII

FLOR-DEL-ALBA

Pasaron los ardientes
calores del verano:
del álamo las hojas
amarillean ya.
Las eras están limpias
y recogido el grano:
la fruta sazónada
para cogerse está.

De la fecunda viña
entre las anchas hojas,
crecidos los racimos
empiezan a pintar:
las uvas de los negros
empiezan a ser rojas:
los blancos, trasparencia
comienzan a tomar.

Se acerca la vendimia:
de todos los lugares
anuncian los peritos
que llegan a sazón.
Los cuévanos se aprestan,
se limpian los lagares,
se ajustan los obreros
que llegan en montón.

Que al suelo castellano
para vendimia y siega
en bandas numerosas,
buscándose jornal,

de Asturias y Galicia
la muchedumbre llega,
dejando de sus riscos
el áspero erial.

El ruido y movimiento
su turba forastera
con danzas y cantares
aumenta por doquier;
y en tanto que los días
de su trabajo espera,
se apresta a las de afanes
con horas de placer.

¡Oh cuán alegre tiempo!
No hay época más grata
al corazón sencillo
del franco labrador:
ni oyeron cortesanos
tan dulce serenata
como el lejano acento
del buen vendimiador.

¡Qué hermoso el campo entonces!
¡Cuál brilla en armonía
el verde de los campos
con el celeste azul!
Las noches son serenas,
y el resplandor del día
parece que se templa
con trasparente tul.

El aire, atravesando
por la feraz campiña
cubierta de verdura,
a los sentidos trae
el fresco y deleitoso
perfume de la viña,
y la hoja que temprana
del álamo se cae.

No tiene aura más pura,
vivífica y salubre,
de las primeras flores
la mágica estación,
que la que trae septiembre
y expira con octubre
de sus airados vientos
entre el rugiente son.

Este es el tiempo bello
fecundo en poesía,
y pródigo en deleites,
del genio inspirador.
Sus auras son, cargadas
de aromas y armonía,
el soplo con que al mundo
anima el Criador.

Sí, sí; la brisa fresca,
fugaz, murmuradora,
que arranca en el septiembre
la postrimera flor,
la ráfaga es que anima
la llama creadora
que en nuestras almas puso
la mano del Señor.

Sí, siempre fué el otoño
mi dulce primavera,
de poesía y flores
mi pródiga estación;
y aspiro yo con ansia
su ráfaga postrera,
y en ella es donde bebo
mi nueva inspiración.

Sí, ven, brisa de otoño,
y aunque tus roncadas alas
el arboleada yermen

que cobijó un edén,
aunque en zarzales tornes
de mi vergel las galas,
¡oh brisa de septiembre!
consoladora, ven!

Ven a templar el fuego
del abrasado estío,
ven a mi lira muda
cantares a inspirar.
Ven a rasgar las nieblas
do al pensamiento mío,
el perezoso agosto
sepulta a mi pesar.

Ven, ven: pues si tu soplo
los árboles despeja
de su opulento y verde
y ameno pabellón,
también es cierto, ¡oh brisa!
que en pos de cada hoja,
arrancas un instante
de pena al corazón.

Yo siempre te he querido;
constante y confiado
hete aguardado siempre
con invariable fe:
mil veces por tu vuelta
con ansia he suspirado:
¡oh brisa de septiembre!
jamás te olvidaré.

Ven; ya para gozarte
se explayan mis sentidos;
mis labios entreabiertos
para aspirarte están:
atentos se preparan
a oírte mis oídos,

y aguarda que le orees
mi rostro con afán.

¡Oh cuánto me embelesa
tu desigual murmullo,
y cuánto me enamora
tu vagabunda voz!
¡Cuán dulces pensamientos
halagan con tu arrullo
mi mente, cual tú vaga
y como tú veloz!

Mis ojos te imaginan
en medio el remolino
que de agostadas hojas
y polvo desigual,
elevas revoltosa
en medio del camino
en tosca y momentánea
y rápida espiral.

Y juzgo que te veo
entre la blanca tropa
de hadas y de silfos
que van en tu redor;
las orlas arrastrando
de tu flotante ropa,
y aun percibir sospocho
tu cuerpo sin color.

Ya pienso que graciosa,
versátil, hechicera,
vestida de una nube
como tu ser sutil,
cabalgas en el viento,
emanación ligera
de la frescura antigua
del bosque y del pensil.

¡Oh cuánto me embelesa
de los torcidos troncos
mirar de una alameda
que a desnudarse va;
huir una tras otra
entre suspiros roncós
las resonantes hojas
descoloridas ya!

El río que susurra
bajo las verdes cañas;
el aura que se aduerme
entre una y otra flor;
el sonoro arroyo
que corre entre espadañas,
no igualan tus rumores
con su gentil rumor.

En ese incomparable
monótono lamento
con que despide el árbol
sus hojas que se van;
con que llorando implora
la compasión del viento
que al paso le deshoja
sin comprender su afán:

acaso no halla el vulgo
más que el rumor penoso
del aire y de las hojas
que arrastra en pos de sí;
mas sus compases vanos,
lenguaje misterioso,
palabras escondidas
contienen para mí.

Sí, brisa, en tus murmullos
y en tus errantes giros,
entre las secas ramas

alcanzo a comprender
de espíritus ocultos
la voz y los suspiros,
con que a mi ser responde
su misterioso ser.

No son las mentirosas
efímeras visiones
que en ti la fantasía
poética fingió:
no son las ilusorias
sublimes creaciones
en que inspirada aborta
la poesía, no.

Espíritus son esos
con pensamiento y vida,
¡oh brisa! porque siento
sobre tus alas ir
los plácidos recuerdos
de la niñez perdida,
las bellas esperanzas
del tardo porvenir.

Tú tiendes a mis ojos,
cual vasto panorama,
cuanto mi ser espera,
cuanto en mi ser pasó:
delante de mis ojos
tu aliento desparrama
los íntimos deleites
en que me embriago yo.

Las auras olorosas
del lujurioso mayo,
mi espíritu adormecen,
enervan mi valor.
Mi pensamiento embarga
letárgico desmayo,

y ¡ay necio del que entonces
recuerde al trovador!

Del sol de julio el fuego
inspira solamente
al moro que dormita
tendido en el harén:
y acaso allá de América
la perezosa gente,
tranquila en sus hamacas
le gozará también.

Mas yo no cuento nunca
por horas de mi vida
las horas del estéril
estío asolador:
a mí comienza el año
con mi estación querida:
yo vivo cuando mueren
el árbol y la flor.

Yo cuento solamente
por horas de mi vida
las en que siento ¡oh brisa!
sobre tus alas ir
los plácidos recuerdos
de la niñez perdida,
las bellas esperanzas
del tardo porvenir.

Tú solo eres, otoño,
mi tiempo verdadero,
mi edad, mi primavera,
mi inspiración, mi Edén:
envidia tengo entonces
de Pindaro y de Homero...
¡ven, brisa de septiembre,
para mi gloria, ven!

¿Mas dónde me arrebatas
mi loca fantasía?
¿Adónde va buscando
belleza y poesía
perdida de los vientos
sobre la azul región,
cuando la misma brisa
me llevaré delante
del dulce y melancólico
poético semblante
de Flor, que la respira
con vaga distracción?

Del muro solitario,
abierta la ventana,
de amor y de hermosa
como ilusión ufana,
su suave y expresivo
contorno deja ver:
y allí desde la altura
la distraída niña,
aspira el aromado
vapor de la campiña,
que con las brisas viene
sus rizos a mecer.

La sien sobre su diestra
reclina, que doblada
mantiene su cabeza
bellísima inclinada,
con expresión tranquila
de dulce languidez:
y embebecida en vagos
o tristes pensamientos,
está en uno de aquellos
pacificos momentos
en que reposa el cuerpo
y el ánimo a la vez;

en una de esas horas
de indefinible calma,
en que tristeza dulce
nos adormece el alma,
y plácidos recuerdos
fermenta el corazón:
en una de esas horas
de insomnio y poesía,
cuyo beleño blando
en su aura nos envía
tan sólo del otoño
la mágica estación.

Sonrisa melancólica
sus labios hermosea;
con sus flotantes rizos
el aura juguetea,
lasciva acariciando
su rostro juvenil.
Mas nubla la tristeza
sus ojos de paloma
y a sus mejillas puras
la palidez asoma,
sus rosas marchitando
con tintas de marfil.

Tal vez pesar secreto
su corazón abruma:
tal vez alimentada
sin tiempo la consume
efímera esperanza,
recuerdo engañoso.
Mas niña que en sus bellos
abrilés apetece
la soledad, y llora,
medita y palidece,
el mal que la atormenta
no es más que mal de amor.

La tez de Flor-del-Alba
amor es quien marehita,
amor es el impulso
que a contemplar la incita
el campo ilimitado
del hondo porvenir;
medita, y ambos ojos
por la erial campiña,
llorando sus enojos,
tiende la pobre niña;
vese acuitada y huérfana
y ansia por morir.

CAPÍTULO VIII (1)

I

UN AÑO DESPUÉS

En una estrecha y oscura
y torcida callejuela,
de la coronada villa,
por do Manzanares lleva
su corriente tortuosa,
tan pudibunda y modesta
que más que el agua del río
se ve del fondo la arena:
en una calle, dijimos,
por lo estrecho, callejuela,
y más oscura y torcida
que el laberinto de Creta,
hay una casa de pobre,
aunque muy limpia apariencia,
que parece de artesanos
acomodada vivienda;
mas la gente que la habita,
tal vez por causas secretas,

(1) Aquí entra lo que ha escrito en este cuento
el señor García de Quevedo.

al trato con sus vecinos
 con tanto tesón se niega,
 que las comadres del barrio,
 aún las más duchas y arteras,
 que a descifrar un enigma
 al diablo se las apuestan,
 que gentes serán aquéllas,
 y eso que ha ya más de un año
 que a fijarse allí vinieran.
 Un viejo son y una joven,
 según los curiosos piensan
 del andar y la apostura
 de los dos, cuando a la iglesia
 parroquial, por las mañanas
 a misa van; mas no aciertan
 a descubrir ni su clase,
 ni sus medios de existencia,
 ni sus rostros, que embozado
 él en una capa negra,
 y ella en manto muy cumplido
 el talle y la cara envuelta,
 jamás vislumbrar dejaron.
 —Y esto es lo que a las comadres
 más enfada y desespera—
 Y ensartando a troche y moche
 mil conjeturas diversas,
 hay quien supone al anciano
 personaje de gran cuenta,
 que disfrazado se encubre
 la ley temiendo severa,
 de algún horrendo delito
 por evitar la sentencia.
 Quién dice que es un avaro
 recién venido de América
 que oculta inmensos tesoros
 bajo hipócrita pobreza;
 y no falta quien de espía

acusándole, asevera
 que fué un tiempo muy su amigo
 allá en la corte de Viena.
 Y aquí es de escuchar el coro
 de las maldicientes viejas,
 que en los dos desconocidos
 su impotente saña ceban;
 y ensalzando al rey Felipe
 hasta la azulada esfera,
 juran con ardiente rabia
 contra la gente tudesca.
 Mas las opiniones todas
 en una cosa concuerdan;
 y es que al dejar al anciano
 por su joven compañera,
 todos suponen a una
 que debe de ser muy fea,
 y pues que va tan tapada,
 al menos bisoja o tuerta.
 Juicio común de los hombres,
 que creen que les hace ofensa
 quien oculta propias cuitas
 de indiferencias ajenas,
 y vengan culpas soñadas
 con calumnias verdaderas.

II

EL ENCUENTRO

Desempedrando la calle
 en una andadora yegua
 que del Betis cristalino
 nació en la verde ribera,
 cuando el moribundo rayo
 del sol se vislumbra apenas
 en los extremos remates
 de las más altas veletas,
 el dios Marte en la apostura,

si de bondad no tuviera
 clara expresión amorosa
 su pálida faz morena,
 a trote largo va un mozo
 de veinte y ocho años a treinta;
 y al desusado ruido
 que al chocar sobre las piedras,
 producen las herraduras
 de la trotadora yegua,
 acuden a sus balcones
 en ruidosa competencia,
 hombres, mujeres y ancianos,
 y chiquillos y mozuclas.
 Mas no mira el pasajero
 que causa gran extrañeza
 en el apartado barrio
 su noble y marcial presencia;
 y en pensamientos profundos
 sumida el alma, las riendas
 sobre las trenzadas crines
 al aire flotando sueltas
 va cruzando, cual si el sino
 dirigiese su carrera,
 estatua ecuestre animada,
 por la circunstante escena.
 Mas al pasar por delante
 de la misteriosa puerta
 de aquella casa que excita
 curiosidad tan intensa,
 a una exclamación gozosa
 que pronunció una voz tierna,
 lleno de asombro el viandante
 alzó la noble cabeza;
 y mientras con diestra mano
 el brioso animal refrena,
 las espesas celosías
 por atravesar se esfuerza,
 con miradas que un abismo
 de indómito amor revelan.

Entreabrióse la ventana,
 y más hermosa que estrella
 que al triste náufrago anuncia
 el fin de horrible tormenta;
 más plácida que la luna
 cuya blanda luz riela
 sobre las olas de un lago
 en noche clara y serena,
 más bella que la esperanza
 y como la dicha bella,
 asomóse un breve instante
 una mujer; la sorpresa
 embargó la voz del mozo
 un punto, mas luego: «Es ella»
 exclamó: — la celosía
 cayó; mas una ligera
 señal de la hermosa joven,
 en su sencillez compleja,
 dijo al mancebo: «No tardes
 en volver, que aquí te esperan».
 Y en el lenguaje expresivo
 de su mirada resuelta
 contestóla él: «No haré falta».
 Y clavando ambas espuelas
 en los lucientes ijares
 de la trotadora yegua,
 va por la calle torcida
 corriendo a toda carrera.

III

LA CITA

Cubre la tierra y los aires
 de temerosa pavora,
 la tétrica soberana
 de las tinieblas profundas.

Entre apiñados celajes
 que con su sombra la enlutan

y sin una sola estrella
que clara a su lado luzca;

fanal pálido y sin brillo,
cual la llama moribunda
de distantisimo faro,
sigue su curso la luna.

Duerme tranquilo el magnate
sobre su lecho de plumas;
y en su mal jergón el pobre
acaso en sueños se burla

del cansancio y la fatiga,
del frío y del hambre ruda,
y al despertar ¡infeliz!
le aguardan nuevas angustias.

Todo duerme o todo calla,
y ni una mosca nocturna
viene a turbar con su vuelo
aquella calma profunda:

cuando a deshora, embozado,
por la callejuela oscura,
sube un hombre, con pisadas
que a duras penas se escuchan.

Mas de aquella misteriosa
casa, al llegar a la altura,
paróse la sombra viva
en actitud de quien busca:

y luego, cual si en las hondas
tinieblas que lo circundan
mirar pudiesen sus ojos,
y librarle de sus dudas;

desembozóse, apoyando
contra la pared vetusta

los hombros, mientras las manos
con suma destreza pulsán

una española vihuela;
y con voz de gran dulzura,
tal de la noche callada
el hondo silencio turba:

«Flor-del-Alba, encantadora,
que excedes en hermosura
la del día;
oye, del alma, señora,
el canto de mi amargura
y agonía.

Despierta, señora mía,
oye el acento angustiado
de mi queja;
o muerto me hallará el día,
contra los hierros clavado
de tu reja;

despierta, mi bien...» Y el canto
del enamorado expira;
que en lo oscuro,
con crudo, celoso espanto,
moverse otra sombra mira
junto al muro.

Y arrojando el instrumento,
y requiriendo la espada
decidido;

va más ligero que el viento
contra la sombra callada,
sin ruido.

«—¿Quién va? ¿Quién es él? ¿Qué busca?
pregunta la voz sonora
del amante.

—Pregunta es esa muy chusca,
señor don Pedro; en mal hora
vuestra errante

estrella os trajo a mi nido,
que yo día y noche velo
mi tesoro.

Y cuidad que no descuido,
¡sino guardo con desvelo
su decoro!

—Su padre seréis, sin duda,
y a tal nombre mi coraje
me abandona:

por eso mi lengua muda
no responde a vuestro ultraje...

—Quien blasona

como vos, de bien nacido,
de valiente y generoso,
no así artero
del enemigo dormido...

—¡Sellad el labio injurioso,
caballero!

Si entre las sombras oísteis
cantar sentidas endechas
a mi amor,

nunca acusarme debisteis,
ni herirme así con sospechas
de traidor.

Sólo vos tenéis la culpa
deste arrojó temerario
que os aía:

sirva a mi alma de disculpa
este volcán incendiario
en que expira.

Fiel amaré hasta la muerte
a Flor-del-Alba, os lo juro
al por mi nombre;

¡que nada puede la suerte
contra el amor firme y puro
de tal hombre!

—¿Os jactáis de caballero,
y así labráis el dësdero
de una dama,
sin averiguar primero,
cual cumple a vuestro decoro,
si ella os ama?

¡Oh don Pedro!, sois muy mozo,
mas yo a vuestra edad tenía
más prudencia;

y os declaro sin rebozo...
—¡Perdonad al alma mía
su impaciencia!

¡Oídme sólo un instante,
y os doleréis, es seguro,
de mi amor!

—Bien: ¿y de aquí en adelante
me obedeceréis? —¡Lo juro
por mi honor!

—Venid, pues, dijo el anciano,
y de una linterna oculta
haciendo lucir los rayos
que las tinieblas alumbran,

abrió la ferrada puerta
de la mezquina casucha,
y al portal angostó entraron,
dejando las hojas juntas,

detrás Téllez y él delante,
como dos sombras confusas,

quedando la callejuela
muda como antes y a oscuras.

CAPÍTULO IX

ESPERANZAS

Como el cansado náufrago
que en tempestad bravía,
lucha en las olas tórbidas
cercano a la agonía;
y la impotente mano
esfuerza al triste en vano,
más que rendido, trémulo
de susto y de pavor;
mas si de pronto, fúlgida,
de próxima ribera
brilla una luz, el ánima
recobra que perdiera,
y el brazo ya rendido
al mar tiende atrevido,
nadando en curso rápido
al faro salvador.

Tal en el hondo piélago
del mar de nuestra vida,
cuando del mal la indómita
tormenta embravecida
ruge con furia insana
contra la raza humana,
fluctúa el hombre, férvido
ansioso por morir.
Mas si a deshora límpida
cual la naciente aurora,
surge de pronto al mísero,
del bien anunciadora,
iris de eterna alianza,

la plácida esperanza;
con nuevo brío esfuérzase
el triste por vivir!

Sin ti, dulce esperanza, compañera
del hombre, en este mundo engañador,
¿cuán poca la virtud, cuán poco fuera
el genio, a sostener nuestro valor!

Tú eres el don más alto que del cielo
la mano del Criador hizo al mortal;
todo perece en nuestro triste suelo,
todo, menos tu influjo celestial.

Hija de Dios, de su bondad esencia,
eres blanda como Él, como Él divina;
del sumo manantial de su clemencia
brotaste pura fuente cristalina.

Bálsamo del dolor inconsolable,
brisa refrigerante en la agonía,
eres al poderoso y miserable
lo que a los campos es la luz del día.

La luz que alumbró, el fuego fecundante
en el cual la creación enardecida,
se ostenta fuerte, hermosa y rozagante,
llena de gracia y juventud y vida.

Contigo, alma esperanza, el mar del
[mundo] animosos surcamos los mortales;
que crudo no hay dolor, ni mal profundo
do viven tus consuelos celestiales.

Y en el abismo del dolor eterno,
mansión del torvo arcángel maldecido,
si penetraras tú, no hubiera infierno;
¡que sólo es infeliz quien te ha perdido!

EXPLICACIONES

De la pequeña linterna a la luz incierta y pálida, van entrambos caballeros, Téllez detrás, delante Alba. Y atravesando el oscuro corredor y la empinada escalera, suben ambos sin hablar una palabra; que cuando los pensamientos se enseñorean del alma, como más se siente entonces, menos entonces se habla. Al fin el viejo una puerta abrió, y en estrecha sala, de muebles y colgaduras bastante pobres ornada, entraron; y en una silla dejando el viejo la capa, y ofreciendo a Téllez otra, con dura y triste mirada: «Ahora bien, don Pedro, dijo, ya escucho vuestras palabras.» El joven, con gran mesura, aunque en voz robusta y clara, empezó de esta manera: «Cuando estuve en vuestra casa de Villaldemiro, os dije, según creo, por qué causa iba huyendo decidido, de amigos, familia y patria; seis meses hará que aquella dama de regia prosapia, que mi padre, más amante que cuerdo, me destinaba, casó con un archiduque

de la corte de Alemania; y el mismo tiempo ha que os busco por los ámbitos de España. Anteayer volví a la corte llena de dolor el alma, y al borde, por Dios os juro, de una acción desesperada; cuando esta tarde, por dicha, descubrí en una ventana de esta casa al bien que adoro, a mi amor, ¡a Flor-del-Alba! No queráis, pues, ser más duro que la suerte: ¡a vuestras ansias os rendid!

—¿Quién?... ¿Yo, don Pedro, cometer la acción bastarda, de unir a sangre enemiga la sangre de mis entrañas? Mal me conocisteis, joven; ¡nunca perdonan los Albas! Y antes prefiero ver muerta a mi Flor idolatrada, que consentir, ¡duro oprobio!, en que se unan vuestras razas.»
—¡Pero, señor!

—¡Nada escucho!

—Pensad...

—Pienso que fué harta mi bondad. ¿Queréis que olvide tanta sangre derramada?...
—Se derramó en buena guerra.
—La fortuna hereditaria de mi Flor, que vuestros deudos...
—Os la devuelven intacta.
—¿Cómo?
—Mirad estas letras; para vos fueron selladas, y detrás de vos corrieron conmigo, por toda España.

En ellas, el rey Felipe
Quinto os devuelve su gracia,
vuestrós títulos y honores,
vuestras haciendas y casas:
mi padre y yo esto pedimos
para vós, al buen monarca;
ved si consentís ahora
en mi unión con...

—¡Flor-del-Albal,
gritó gozoso el anciano,
¡Flor, Flor!... Ven aquí, muchacha,
despierta y vistete presto,
¡que gran sorpresa te aguarda!
¡Sois todo un hombre, don Pedro!
¡Flor-del-Alba! ¡Flor-del-Alba!

III

FELICIDAD

Bello es el astro rey del claro día,
bellísima su luz fecundizante;
bella es la reina de la noche umbría
con su pálida luz, su brillo amante;
¡pero más bella aún, más seductora,
es la mujer que el corazón adora!

Bello es el césped del ameno prado,
bellas son del pensil las gayas flores,
y el campo de la nieve, nacarado,
y del iris los fúlgidos colores;
¡mas mil veces más bella, más querida,
es la mujer amor de nuestra vida!

Dulce es oír sonando en la espesura
del céfiro la voz, como un gemido,
y el arrullo en que pinta su ternura
la cariñosa tórtola en su nido,
y el murmurio apacible de las fuentes,
y el lejano mugir de los torrentes:

y el rumor de las olas que golpean
la embarcación, que en calma va indecisa,
cuando las lonas cándidas flamean
al blando soplo de expirante brisa;
mientras allá en la popa el marinero
alza al cielo su canto lastimero.

Y el canto de los tiernos ruiseñores,
y el confuso balar de los ganados,
y la voz de expertísimos cantores
al compás de instrumentos acordados;
y las primeras voces de cariño
que trémulo pronuncia el tierno niño:

y el cantar que compone mil cantares
confuso, inexplicable en su armonía,
que la tierra y los vientos y los mares,
alzan al Criador al fin del día...
Pero más dulce aún, más acordada,
nos es la voz de la mujer amada.

Grato al activo corazón del hombre
es ganar por sí mismo fama y gloria;
muy grato es escribir su propio nombre
en el eterno libro de la historia;
grato es nacer en elevada cuna,
gratos son el poder y la fortuna:

gratísimo es salvar a un fiel amigo
que a nosotros clamó en su mal andanza;
y aún más grato humillar a un enemigo,
que inmenso es el placer de la venganza;
¡pero es más grata aún y apetecida
la posesión de la mujer querida!

¡Amor, amor del alma immaculado,
raudal copioso, en la virtud fecundo,
don del Omnipotente, el más preciado,
sumo poder, generador del mundo!

¡Cuán feliz quien de ti no desespera
a la mitad de la vital carrera!

Tú solo siembras de olorosas flores
el áspero sendero de la vida:

al que sostienes tú, ¿qué los rigores
son de varia fortuna, maldecida,
si basta a guarecerle el seno amante
de la mujer, en su favor constante?

IV

A las voces del anciano
acudió Flor presurosa,
y al ver a Téllez, el alma
de placer llena y zozobra,
quedóse extática, muda,
entre risueña y llorosa.
Turbado también don Pedro
al ver la mujer que adora
presentarse ante su vista
mucho más que antes hermosa,
allá entre dientes balbucia
de política una fórmula;
hasta que el viejo, impulsando
suavemente a su hija absorta,
dijo al dichoso manecbo:

«¡Y bien!, ¡abraza a tu esposa!
Y las dos almas amantes,
que el placer casi acongoja,
creyendo un sueño su dicha,
a un tiempo ríen y lloran:
sus alientos se confunden,
sus labios casi se tocan,
mientras que el prudente viejo
conociendo que incomoda,
vuelto a las pobres paredes,
en sordo y ciego se torna.
«—¡Ay, Téllez!...

—¿Por qué suspiras?

—Aquella mansión dichosa
en que por la vez primera
te vi...

—¿Qué?

—No es nuestra ahora.

—¿Por qué?...

—Vendíola mi padre.

—Mas la compró otra persona.

¿Quieres volver? —Si es ajena...

—¿Y si esa razón no importa?

—¿Cómo así?

—¡Porque es de un dueño
que con el alma te adora!

—¿Qué, el castillo...?

—Y sus terrenos
son tu regalo de boda.

—¿Iremos allá?

—Muy presto.

—¿Cuándo?

—¡A la próxima aurora!

CONCLUSIÓN

Serena, embalsamada, fresca y pura,
es del florido abril una mañana;
el padre Sol de la celeste altura
con majestad esplende soberana:
y el aura que se queja en la espesura,
y de avejillas mil turba galana
que pía blandamente entre las flores,
celebran la estación de los amores.

¡Salve, tres veces salve, primavera,
estación del amor, yo te saludo!
¡Cuánto, ¡ay!, por ti esperando desespera
el mendigo infelice que desnudo
juzga eterna del tiempo la carrera,

en los rigores del invierno crudo;
y a tu dulce calor vuelve a la vida,
y el duro padecer acaso olvida!

Tú vistés con tu manto de verdura
el monte y la llanura, el bosque y prado,
devuelves al arroyo su tersura,
al céfiro su aliento embalsamado;
tú en nuestro corazón de la ternura
vivificas el fuego ya apagado;
¡que al presentarse mi estación querida
vuelve el mundo al amor, vuelve a la vida!

Yo te saludo, sí; mi humilde acento
se pierde en la vastísima armonía
que alzan la tierra, el mar y el vago viento
cuando destierra el sol la noche umbría;
¡cuán grato es escuchar aquel concento
que al expirar del moribundo día,
alza a su Dios la creación entera,
grata por ti, mi gaya primavera!

Todo tiene una voz: el bruto, el ave,
las ramas y las flores y el capullo;
mugén del mar las olas en voz grave,
la fuente en placidísimo murmullo;
allá en las lónas de la inquieta nave
expira de la brisa el blando arrullo,
y al cielo azul en múltiple sonido
del canto universal sube el ruido.

Era de abril florido una mañana
serena, embalsamada, fresca y pura,
y entre fajas de azul y de oro y grana
brillaba el padre Sol en el altura;
la clara fuente que entre guijas mana
de una verde enramada en la espesura,
de guija en guija alegre va saltando
grato frescor a la campiña dando.

Y luego serpeando se extravía
por tortuosa y áspera vereda,
volviendo a aparecer, so la sombría,
copuda y amenísima alameda
que hacia un palacio fastuoso guía
semioculto en la fértil arboleda,
y cuya planta el bosque así domina
como el roble a la frágil clavellina.

Y encerrado en un marco de esmeralda,
no lejos del espléndido castillo
de un empinado cerro en la ancha falda,
se mira un pintoresco pueblecillo
y en la cima del cerro, y a la espalda
del pueblo, contrastando en lo sencillo
con el solar altivo castellano, allá
pobre se mira alzar, templo cristiano.

Modesto, pero limpio: en la blancura
de sus tapias, imagen muy sencilla
de aquella religión sublime y pura
que predicó el Cordero sin mancilla;
en cambiantes vivísimos fulgura
el sol vivificante de Castilla,
proyectando en los árboles añosos
que le cercan, mil discos luminosos.

El cerro y la llanura, cuanto abarca
la vista en derredor, surge lozano
en la antes aridísima comarca
de aquel rincón del suelo castellano:
llano y monte y castillo la honda marca
llevan de alguna poderosa mano
que mostrárseles quiso protectora,
de su antiguo esplendor restauradora.

En torno del castillo, en mil cañadas
murmuran las corrientes cristalinas,
que corrían en turbidas quebradas

ha poco: rubicundas clavellinas,
pálidas azucenas nacaradas,
renúnculos y rosas purpurinas,
cercean en derredor las mansas fuentes
mirándose en sus linfas transparentes.

Por bajo los espesos emparrados,
y a la sombra de amenos bosquecillos
de mirtos olorosos y granados,
gorjean mil pintados pajarillos:
triscan sobre la yerba de los prados
balando los inquietos cabritillos,
mientras tendido en la esmaltada alfombra
los vigila el pastor allá en la sombra...

Y allá del cuadro en el fondo
el castillo se dibuja,
cerrando la perspectiva
con su imponente estructura.

De su puerta, cuyas hojas
hasta entonces estaban juntas,
enlazadas de las manos
salen hasta dos figuras.

Un galán son y una dama,
ésta, de rara hermosura;
de aquél la morena faz
benigna a un tiempo y adusta.

Revela un pecho animoso
y un alma toda ternura;
y en su talle compitiendo
van fuerza y gracia confusas.

¡Cuán hermosa es Flor-del-Alba!
¡Cuán extrema es la apostura

del enamorado esposo!
¡Cuán de ambos la ventura!

Andando van, y ni miran
las flores, ni el canto escuchan
de las trinadoras aves,
que suena entre la espesura.

Uno al otro se contemplan
con atención tan profunda,
que al mirarlos se diría
que son dos almas en una.

Apoya Flor en el cuello
de Téllez la diminuta
mano, mientras él rodea
con el brazo su cintura.

Humedecidos los ojos,
no con lágrimas de angustia,
sino con el dulce llanto
del amor y la ternura.

Y sus labios se sonríen
y por besarse se buscan,
y ella se embriaga en su amor,
y él se embriaga en su hermosura.

Mientras que allá entre la sombra,
la faz del anciano oculta,
al contemplar tanta dicha
de gozo se desarruga.

Y en tanto el sol prosiguiendo
va en su carrera fecunda,
al través de una mañana
de abril, aromosa y pura.

IRA DE DIOS

POEMA BÍBLICO

CANTO PRIMERO IRA DE DIOS

POEMA BÍBLICO

Canto de Dios la omnipotente
la justicia de Dios omnipotente:
justicia suma y a piedad extraña
que ejercida por Él con tiempo gente
sobre el polvo salustioso que levanta
el Muerto mar con torcida corriente,
la mara colosal dejó Él insipio
de su justo y excelsa poderío.

Esprita de Dios, que eterno vive,
En principio ni fin; Tú que, cupo y trono,
al Padre igual y al Hijo, no recibes
ni das al ser de vuestro ser divino;
Tú que en el libro de la ciencia escribas
las memorias del tiempo y del destino;
lejos a mí mirar, que si Tú me inspiras,
tardo seré de las celestes luz;

Ya el cenizo de los montes de Júdeas
y otras negras pedregales, abén me valen
a un río turbio, que sus pozos cañas,
honda y desierta y silenciosa calle
dele esta río en mundal amplex.

mar, de su fuerza que, halla
su curso fin y término el desierto:

donde el Jordán troza el mar
[Muerto.

Salen a puntas arenas movedizas,
que el segundo Jordán juevas fecunda,
pues bajo del lago las colinas
ruina de Pentapotis inundó.
Allí se donde sus lotidas corrientes
el lodo amasan en que el mar se levanta,
y de están las impudicas mercedes
de las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas escóricas montañas
n infecundias arenas han, podido
formetear ni nutrir en sus entrañas,
floc campesinas ni corral tupido;
ni allí hicieron pastores sus carniques,
ni ganados jamás los han podido,
ni buscaban sus cobitos las gacelas,
ni surcaban su mar perdidas velas.

No se pasó jamás un solo momento
de aquellas ricas en las calvas crestas

la poca subsistencia elevellinas,
pálidas y ocultas que se abren,
reticadas y rotas purpurinas
cercan en derredor las suaves fientes
mirándose en sus lindes transparentes.

Por bajo los repases emparrados,
y a la sombra de amancobos
de milia ociosa y grande,
reclinados en las manos
trigan sobre la yerba de los pedres
balando los impudicos melindres,
mientras faldado en la ramada
alumbra el vigile el pastor allí en la sombra.

IRA DE DIOS

Y allá se en el cielo
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

De la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

De la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

De la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

De la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

Andando van, y ni mira
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista
de la tierra se alista

IRA DE DIOS

POEMA BÍBLICO

CANTO PRIMERO

Canto de Dios la omnipotente saña,
 la justicia de Dios omnipotente:
 justicia suma y a piedad extraña
 que ejercida por Él con torpe gente,
 sobre el polvo infructífero que baña
 el Muerto mar con fétida corriente,
 la marca colosal dejó al impío
 de su justo y excelso poderío.

Espíritu de Dios, que eterno vives
 sin principio ni fin; Tú que, uno y trino,
 al Padre igual y al Hijo, no recibes
 ni das el ser de vuestro ser divino:
 Tú que en el libro de la ciencia escribes
 las memorias del tiempo y del destino,
 baja a mi mente, que si Tú me inspiras
 bardo seré de las celestes iras.

Ya al confín de los montes de Judea
 y entre negros peñascos, abre un valle
 a un río turbio, que sus pies rodea,
 honda y desierta y silenciosa calle.
 Sólo este río su caudal emplea

un lago en mantener, do es fuerza que halle
 su curso fin y término el desierto:

y allí es donde el Jordán traga el mar
 [Muerto.

Sobre aquellas arenas movedizas,
 que el sagrado Jordán jamás fecunda,
 yacen bajo del lago las calizas
 ruinas de Pentápolis inmunda.

Allí es donde sus fétidas cenizas
 el lodo amasan en que el mar se funda,
 y do están las impúdicas moradas
 de las cinco ciudades condenadas.

Nunca aquellas estériles montañas
 e infecundas arenas han podido
 fermentar ni nutrir en sus entrañas
 flor campesina ni zarzal tupido:
 ni allí hicieron pastores sus cabañas,
 ni ganados jamás las han pacido,
 ni buscaron sus sombras las gacelas,
 ni surcaron su mar perdidas velas.

No se posó jamás un solo instante
 de aquellas rocas en las calvas crestas

buitre cansado o golondrina errante:
 ni de sus cuevas lóbregas e infestas
 solitario león fué el habitante:
 ni por sus lomas ásperas y enhiestas
 arrastróse jamás buscando asilo
 sierpe sagaz, ni verde cocodrilo.

Nunca las ondas de su extenso lago
 perfumada meció lánguida brisa,
 ni alzó murmullo soñoliento y vago
 en ellas columpiándose indecisa.
 Eterno acento del eterno extrago,
 de aquellos valles la existencia avisa
 de eterna tempestad el eco ronco
 que en el ancho arenal expira bronco.

Nada, nada hay allí que tenga vida:
 ni flor, ni insecto, ni bajel ni fiera
 mantiene aquella tierra corrompida,
 revuelto mar y lóbrega ribera.
 En esta tierra inerte y maldecida
 pesa de Dios la mano justiciera,
 y un paraíso a la delicia abierto
 en su comparación es el desierto.

Mas no fueron lo que hoy en algún día
 este valle, este mar y estas montañas;
 no fueron siempre al ruido y la alegría
 de población y de cultivo extrañas:
 un tiempo fué que mayo las vestía,
 no de musgo y silvestres espadañas,
 mas cercadas de bosques protectores
 de rubias mieses y olorosas flores.

Entonces la cubrían sus vallados,
 y sus fecundos cerros coronaban
 alamedas y huertos y ganados,
 que las vecinas tierras envidiaban:
 reyes tenía, y pueblos, y soldados,

que con armas y leyes la guardaban,
 y de sus armas y sus leyes fruto
 de las vencidas recibió el tributo.

Cobijábala entonces limpio cielo
 fecundador y azul, que allí vertía
 calor, que más feraz tornaba el suelo;
 lluvia, que sus corrientes mantenía;
 aura, que al labrador siendo consuelo,
 daba a sus selvas mágica armonía,
 a sus plantas vigor, jugo y colores,
 salud a sus robustos moradores.

Allí brotaba el cerro incorruptible,
 el limonero allí de frutas de oro,
 el umbrío moral al sol sensible,
 del olivo y la vid el gran tesoro.
 Y daban por doquier sombra apacible
 y gala a la campiña, el sicomoro,
 el nogal, y los nópales azules,
 las palmas y los recios abedules.

Y como en cercas, huertos y jardines
 por afanoso dueño cultivados,
 veíanse allí crecer en los confines
 de sus silvestres cotos y vallados,
 purpúreas rosas, pálidos jazmines,
 rojos claveles, alhélis morados,
 renúnculos, violetas y jacintos,
 en ser iguales y en olor distintos.

De su aroma atraídos y frescura
 y nacidos en medio de las flores,
 revolaba, meciendo su aura pura,
 de insectos multitud, cuyos colores,
 inquietud, y susurro y galanura
 aumentaban del campo los primores,
 con sus alas y sonos dando al viento
 música dulce y manso movimiento.

En los espesos árboles sus nidos
colgaban contentísimas las aves,
los ojos recreando y los oídos
con plumas varias y gorjeos suaves:
y entre el rumor de arroyos escondidos
se mezclaban, ya plácidos, ya graves,
al continuo balar de las ovejas
y al sordo murmurar de las abejas.

Era entonces, en fin, un paraíso
de la rica Pentápolis el suelo,
y lo fuera por siempre si en aviso
tuviera siempre su temor al cielo:
mas provocarle a la venganza quiso
con torpe rito y con inmundo anhelo,
y el cielo se cansó de su insolencia
y fulminó sobre él fiera sentencia.

Pródigo el sumo Dios vertió en su seno
gracia, placer, fertilidad y vida,
pero sus dones convirtió en veneno
la raza de aquel suelo corrompida.
Dios le dió un corazón sencillo y bueno,
y en sencillez inculca mantenida
fué su raza leal, sencilla y buena,
a desdichas y crímenes ajena.

Pero cambió su ser con la ventura,
creció con la riqueza su osadía:
a las tierras vecinas dió pavura
el poder el mostrarlas que tenía,
y adoró su poder: y en su locura
olvidando a su Dios su altanería,
de abominables culpas se hizo rea
Pentápolis, baldón de la Judea.

Todo lo trastornó; todo lo puso
en distinto lugar do fué criado,

con dañada intención y torpe abuso
todo, al fin, convirtiéndolo al pecado.
Los ojos apartó su pueblo iluso
del Dios que con piedad le había mirado,
y levantando altares a sus vicios
ofreciéndoles inmundos sacrificios.

Vallas no tuvo ya, no sintió freno:
fué su Dios el placer, su ley el gusto:
cuanto le deleitara dió por bueno,
cuanto sirviera a su placer por justo:
y el corazón y el pensamiento lleno
de su torpeza, sin pudor ni susto,
la raza de la impúdica Sodoma
vergüenza fué de la impudente Roma.

Gomorra, Seboín, Segor y Adama,
de su tierra hermosísimas ciudades,
frutos podridos de la misma rama,
la siguieron al par de sus maldades:
y a par ganando abominable fama,
alcanzaron a ser sus liviandades
con rito vil y torpe ceremonia
escándalo a la misma Babilonia.

La mujer, que del hombre compañera
nació, su fe para alentar en vida,
más fácil para hacerle y llevadera
su existencia entre duelos consumida;
en la abominación fué la primera,
y cuanto débil más, más atrevida
patentizó con vil desenvoltura
a los ojos del crimen su hermosura.

Callaron, ¡ay!, cediendo a sus caricias,
dudas, remordimiento y pareceres;
porque hijas de esta tierra de delicias
nacidas al amor y a los placeres,
de su amor ofreciendo las primicias,

era la liviandad de sus mujeres
del hombre rudo al apetito ciego
segura red, e irresistible fuego.

Por sus pasiones viles dominado,
y hecho, por fin, de sus sentidos siervo,
de su celeste origen olvidado
y en su abandono y ceguedad protervo,
en el ara del templo profanado,
dando a su solo Dios pesar acerbo,
colocó a la mujer audaz el hombre
y de su mismo Dios prestóla el nombre.

Y admirando en la lumbre de sus ojos,
y en la espiral de sus flotantes rizos,
de su amoroso ceño en los enojos,
y en su grata sonrisa, mil hechizos,
adoró su capricho y sus antojos,
y sus dotes adoró más quebradizos,
y tomando por dioses sus mujeres,
divinizó con ellas sus placeres.

Divinizó las notas de su acento,
divinizó los besos de su boca,
divinizó el aroma de su aliento:
y en la embriaguez de su licencia local
ajeno a todo noble sentimiento,
su impía adoración juzgando poca,
arrollado el pudor, roto el decoro
dijo: «La hermosa desnudez adoró.»

Y no fué parte de su cuerpo bello
de que un ídolo infame no se hiciera:
su breve pie, su alabastrino cuello,
su pecho, que al marfil envidia fuera,
las perfumadas trenzas del cabello,
cuanto al pudor nombrándose ofendiera,
dando inauditos de torpeza ejemplos,
se adoraron por calles y por templos.

Cansáronse el buril y los cinceles
en grabar tan groseras alusiones;
premio fueron las palmas y laureles
de las más execrables invenciones:
expiró en los tormentos más crueles
quien sus ritos llamó profanaciones,
y elevaron doquier en pedestales
de su creencia inmunda las señales.

Con estos jeroglíficos impuros
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las plazas, y las calles y los muros:
y no quedaron ojos inocentes,
ni oídos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros impudentes,
ni encerró nada más aquel recinto
que infamia imbécil y brutal instinto.

Los vicios desde allí virtudes fueron,
los vicios desde allí se alambicaron,
y en cuantos vicios abarcar pudieron
con vértigo carnal se encenagaron.
Con cuantos atractivos concibieron
la torpeza del vicio engalanaron;
y en la más terrenal idolatría,
desbocada Pentápolis corría.

«¡Orgía!, ¡orgía!», los réprobos gritaban:
«¡orgía!, ¡el placer es nuestro dios!», decían:
y blasfemos cantares entonaban,
y en festines opíparos bebían;
y con ardientes vinos excitaban
el fuego en que sus ánimas ardían,
y expiraba en los anchos arenales
el ruido de sus largas bacanales.

Ningún delito entre ellos era nuevo,
ningún refinamiento o torpe aliño
que pudiera al placer servir de cebo:

y títul era la bestia, el leño, el niño,
y la viuda, la virgen y el mancebo...
Mas tente, pluma, que en maldad te tiño
y a llevarte adelante no me atrevo:
que a lo que el mismo Dios volvió sus ojos,
diera en mi voz al universo enojos.

Volviólos, sí, su creadora lumbre
negando a tan impúdica torpeza:
apartólos de aquella muchedumbre
que, profanando su mortal belleza,
del vicio en la asquerosa podredumbre
enfangó su feroz naturaleza,
dejándola sin freno y sin cuidado
desbocada correr tras el pecado.

Se hundió en lo más recóndito del cielo
apesarado Dios cuanto ofendido,
haciendo entre Él y los humanos velo
del aire y del espacio indefinido:
y al pensar a la raza de aquel suelo
en aplicar castigo merecido,
su espíritu asaltó santa tristeza
cediendo a su piedad su fortaleza.

Que no fué nunca el Dios de los humanos,
el Dios que al ruego se resiste y huye,
y la obra bella de sus propias manos
con caprichosa sinrazón destruye.
No es nuestro Dios el Dios de los tiranos
que con la fuerza al corazón arguye,
sino es el Dios que la inocencia abona,
y oye al que ruega, y al que cree perdona.

No es nuestro Dios el Dios de la ven-
[ganza
que se goza en el mal y el duelo ajeno,
y sofoca la luz de la esperanza
convirtiendo su bálsamo en veneno.

No es Dios el Dios a quien jamás se al-
[ganza
ebrio de su poder, de su ira lleno,
sino el Dios que despeja el ceño adusto
benigno oyendo la oración del justo.

Es nuestro Dios el Dios de las piedad-
[des,
es el Dios del consuelo y la indulgencia;
el Dios a quien, si enojan las maldades,
desarman la humildad y penitencia:
es el Dios que perdona las ciudades
de diez justos no más por la inocencia,
el Dios que el crimen sin piedad castiga,
pero es el Dios que castigando obliga.

El soberano Dios justo y severo
que el rayo al fulminar de su justicia,
al torpe criminal muestra primero
la inmensa gravedad de su malicia;
el Dios que llama al corazón sincero
del pecador cuyo perdón codicia,
para que al conocer su omnipotencia,
con ruegos le desarme y penitencia.

Dios es el Dios que con afán prolijo
formó la creación, y viendo luego
la maldad de los hombres, los maldijo,
su raza en extinguir pensando ciego:
mas escuchando de su excelso Hijo
antes de destruirla el santo ruego,
dijo, mostrando su infinito encono:
«A precio de tu sangre les perdono.»

Y se efectuó el misterio sacrosanto
de nuestra redención. Rotas y abiertas
le lloraron las peñas con espanto
de tamaño rigor: mas las inciertas
moradas del Edén a precio tanto

dejaron otra vez francas sus puertas,
y la raza maldita y condenada
fué con la sangre de su Dios lavada.

CANTO II (1)

De Hebrón en la comarca bendecida
hay un valle amenísimo y fecundo,
que la nación de Jehová escogida
llamaba de Mambré: no encierra el mundo
en su extensión del hombre conocida,
ni en la que hasta ora sólo el mar profundo
viera, y a do jamás pie vacilante
llegó de peregrino o navegante,

ningún país do con mayor largueza
derramara el Señor sus bendiciones;
pródiga allí mostró naturaleza
en pompa singular todos sus dones:
uniendo a la hermosura la riqueza
míranse allí a la par las estaciones,
y otoño, primavera, flor y fruto,
unido al hombre ofrece su tributo.

Allí el nogal junto a la palma crece,
y el oloroso cedro y manso tilo,
y el plátano flexible se estremece
a la sombra del álamo tranquilo:
allí el haya frondosa amante ofrece
a la sencilla tórtola un asilo,
y el sauce, el tamarindo y sicomoro
con el árbol se ven de frutos de oro.

El fuerte olivo de inmortal verdura
crece lozano al margen de la fuente,
la prolífica vid en la espesura
gime bajo su fruto transparente;
mientras allá en la espléndida llanura,

(1) Este canto es del señor Quevedo.

al blando soplo de fugaz ambiente,
las doradas espigas a millares
se mecen cual las olas de los mares.

Al borde suena aquí de la quebrada,
del buey el melancólico mugido,
bajo la sombra allí de la enramada
de las mansas ovejas el balido;
y al volver por la tarde a la majada
pueblan el aire en múltiple sonido
pastores y ganados y cencerros
y el honrado ladrido de los perros.

En este valle tan feraz y ameno,
lejos del aire corruptor mundano,
y a su amargura y crímenes ajeno,
vivía en aquel tiempo un buen anciano:
de años cargado y de riquezas lleno,
padre más bien que duro soberano
de sus siervos, el rey de los pastores,
tenía allí su tienda entre las flores.

Llamábase Abrahán—en el lenguaje
que usaba entonces la nación hebrea,
Padre de muchos—. Cuando en tardo viaje
vino allí de la tierra cananea,
así le habló el Señor: «De tu linaje
saldrán reyes ilustres de Judea;
más que reyes aún, saldrá el Mesías
cuando se cumplan los fijados días.»

Y el patriarca esperaba el cumplimiento
de las promesas de su Dios seguro,
y su vida pasaba en curso lento
como las ondas de arroyuelo puro:
jamás manchó su vida turbulento
el crimen, ni agitó deseo impuro
las aguas cristalinas de su alma
que reposaban en tranquila calma.

Delante de su tienda
so la enramada umbría,
cuando del mediodía
más vivo es el calor,
está Abrahán sentado
en plácido sosiego;
mas súbito un gran fuego
ante sus ojos vió.

Alza la vista al punto
por ver de dónde vino,
y un rojo torbellino
miró cerca de sí;
de cuyo oscuro centro
salieron tres varones,
que ven sus emociones
con blando sonreír.

Entonce el buen anciano
con susto se levanta,
y la insegura planta
dirige hacia el Señor;
diciendo: «Si tu esclavo
halló en tus ojos gracia,
debajo de esta acacia
descansa, por favor.

Para tus pies divinos
traeré el agua más pura,
y aquesa tierra impura
yo mismo lavaré;
y de mi tienda humilde
bajo el amigo toldo,
cocido en el rescoldo
mi pan os partiré.»

Entonces los tres varones:
«Haz como has dicho», dijeron;
y entró Abrahán, presuroso,
so el hospitalario techo.

Y dijo a su esposa Sara:
«Tres satos amasa presto
de flor de harina, y haz panes,
y cuécelos bajo el fuego.»

Y corriendo a la vacada,
cogió un hermoso becerro,
diólo a un mozo, el cual al punto
lo mató y cociólo luego.

Y manteca y leche pura
tomó también, y dispuesto
ya el festín, sirviólo él mismo
a los fúlgidos viajeros.

Luego que hubieron comido,
dijo así el mayor de entre ellos:
«Descubrirte quiero ahora
mis designios sempiternos.

Pentápolis torpe se lanza
en manos del crudo Abdalón;
la puse en mi eterna balanza,
su crimen el peso inclinó.

Sodoma su grito ha aumentado;
Adama se goza en su error;
dobló Seboín su pecado,
y Gomorra pesó sin temor.

Desciendo a su fértil llanura,
y allí por mis ojos veré
si la obra satánica impura
del crimen colmó su altivez.»

Y saliendo, el camino tomaron
de Sodoma hacia el fértil confin;
mas no mucho de allí se apartaron
que Abrahán, resolviéndose al fin:

«¿Destruiré, gran Señor, tu justicia,
en injusta sacrilega unión,
del impío la torpe malicia
y del justo el leal corazón?»

Lejos, lejos, Señor, de tu mente,
una acción tan indigna de Ti;
¿verteráse la sangre inocente
porque viva entre el vicio infeliz?

Si justos en Sodoma hallas cincuenta,
¿tendrán igual fortuna
que la impía muchedumbre turbulenta
que en el pecar se auna?

—Si hallo cincuenta justos en la impía
ciudad, ten por seguro,
que no enviaré la muerte y la agonía
sobre el malvado muro.

—¿Y si hallas cinco menos? —Su recinto
perdonaré clemente.

—Y si faltaren diez, ¿será distinto
el fin de tanta gente?

—Perdonaré también. —¿Si quince ha-
de menos en la cuenta?

—Perdonaré por ellos mil millares!

—¿Y si hallas sólo treinta?

—¡También! Mas Abrahán con rudo
siguió de aquesta suerte: [ahinco,

«—¿Y si sólo se encuentran veinte y
les enviarás la muerte? [cinco,

—Por veinte, o quince, o diez, si los
tú mi palabra toma; [reúnes,
por amor de los diez serán impunes
los vicios de Sodoma.»

Mas cuando el claro sol anuncie al mundo
que nace un nuevo día,
caerá entera en el bátrito profundo
Pentápolis impía.

CANTO III

Faltó la luz de los divinos ojos
en la comarca de la tierra impura
y el sol la iluminó con rayos rojos
de sangriento color; por su llanura
barrió sus mieses, árboles y abrojos
ráfaga ardiente. Por doquier angura
la lobreguez en que la tarde cierra
la enemistad del cielo con la tierra.

Pronto los gigantescos nubarrones,
que aglomeró tempestuoso el viento,
robaron a los ojos las regiones
de la extensión azul del firmamento.
Pronto impotente el sol sus pabellones
no pudo atravesar, y en tal momento
a mitad de la tarde expiró el día
por el recinto de la tierra impía.

Sobre ella sólo el colosal nublado
se cernía en los aires suspendido,
el cerco de su suelo condenado
dejando con su sombra oscurecido.
Mas dejando a la par iluminado
el terreno en redor no maldecido,
reinaba sólo en la comarca impía
noche temprana, pero en torno el día.

Tal fué la marca y funerario velo
que le puso el Señor, la gran sentencia
al fulminar sobre el infame suelo
que despreció su paternal clemencia.
Y separada así de tierra y cielo

y decretado el fin de su existencia,
al santo ejecutor de su destino
llamó a sus pies el Hacedor divino.

Al eco de su acento poderoso
vaciló el universo estremecido,
y al eco de su acento, presuroso
voló a sus pies el ser desconocido
que evocaba su voz: ser pavoroso
a cuyo brazo el orbe sometido,
una señal del Criador espera
para incendiar la creación entera.

¡Oh, tú, cuyo fanal mis pasos guía,
de cuya luz inextinguible mana
el raudal de la sacra poesía,
genio radiante de la fe cristiana!
Tú inspira aliento a la garganta mía,
da tu vigor a mi palabra humana
para hacerme escuchar de los mortales
al cantar los misterios celestiales.

En un confin recóndito del cielo,
de una selva viviente circundado,
denso y confuso y misterioso velo
que le tiene del orbe separado,
hay un alcázar de azabache, oscuro,
que en un hondo torrente ensangrentado
la sombra pinta de su inmenso muro
en contornos de sangre reflejado.

Jamás el aura de perfume henchida,
que en los jardines del Edén murmurá,
en tal lugar estremeció perdida
del rudo bosque la hojarasca dura;
ni el sol radió con fugitiva lumbre,
ni sonó por la lóbrega espesura,
ni retumbó en la cóncava techumbre
más que el rugir de la corriente impura.

El aire denso, sin color e inmoble,
que aquel recinto por doquier rodea
hace el pavor de quien se acerca doble
y doble el caos a quien ver desea:
sólo se alcanza entre las altas puntas,
que el recio vendaval nunca cimbrea,
entre dos torres del alcázar juntas
un faro que en la sombra centellea.

Ni ser alguno penetró el misterio
que guarda allí la ciencia omnipotente,
ni se sabe cómo es aquel imperio
donde nunca se oyó rumor de gente;
ni arcángel sabio ni profeta diestro
de este sitió alcanzó confusamente
más que la lumbre del fanal siniestro
y el estruendo medroso del torrente.

En este bosque oculto y solitario,
en este alcázar negro y escondido,
donde nunca llegó pie temerario,
ni descansó jamás ojo atrevido,
ni más sol alumbró que el rayo rojo
del fanal en sus torres suspendido,
tiene el Señor las areas de su enojo
y el horno de sus rayos encendido.

Y allí vive un espíritu terrible
que al son de aquellas aguas se adormece,
y a los ojos de Dios sólo visible,
al acento de Dios sólo obedece.
Arcángel vengador, del cielo asombro,
cuando deja el lugar do se guarece,
el rayo ardiendo y el carcaj al hombro
pronto a la lid ante su Dios parece.

Espíritu sin fin ni nacimiento
la eternidad existe en su memoria:
Él sólo del sagrado firmamento

entera sabe la infinita historia:
y al sólo ruido de sus negras alas,
a su sola presencia transitoria.
del firmamento en las eternas salas
se suspenden los cánticos de gloria.

Aborto del furor omnipotente,
Arcángel torvo que las vidas cuenta,
vela de Dios el arsenal ardiente
y los ultrajes del Señor asienta.
El carro guarda allí cuya cuadriga
relincha con la voz de la tormenta,
y allí está con su lanza y su loriga
la copa en que su cólera fermenta.

En ella hierve con fragor horrible
el ancho vaso hasta los bordes lleno,
el tremendo licor incorruptible
de las iras de Dios; y en su hondo seno
se fermenta la esencia del granizo,
y de la peste el infernal veneno,
y el germen del relámpago pajizo,
y el espíritu cóncavo del trueno.

Allí está el aire que el contagio impele,
el zumo allí de la cicuta hendida,
la sed del tigre que la sangre huele,
y de la hiena la intención torcida.
Y allí bulle en el fondo envenenado
la única de furor lágrima hervida
con que lloró Luzbel desesperado
su venturosa eternidad perdida.

En aquel arsenal inexpugnable,
instrumentos de la ira omnipotente,
germinan en rebaño formidable
las mil desdichas de la humana gente.
Y los vicios en torpe muchedumbre
se apiñan a beber la luz caliente

de aquel fanal de cuya viva lumbre
es el sol una chispa solamente,

De allí se lanza con horrible estruendo
a ejecutar la voluntad divina
el misterioso espíritu tremendo
que en este alcázar funeral domina.
Arcángel fiero, portador de enojos,
ase la copa, y por doquier camina,
el aire inflaman sus airados ojos
y las estrellas con los pies calcina.

Con él va la tormenta; el trueno ronco
bajo sus alas cruje; desgrena
de armas y quejas con estruendo bronco
la guerra detrás de él va despeñada:
y asidas a las orlas de su manto
van tras él, con la muerte descarnada,
la peste, el hambre, y el amor, y el llanto,
y la ambición de crímenes preñada.

El espacio a la vista palidece
y entolda su magnífica apariencia:
el disco de la luna se enrojece,
y mancha el sol su fulgurante esencia.
Doquier las nubes, que su sombra evitan,
se chocan y se rompen con violencia,
y cometas doquier se precipitan,
présagos, ¡ay!, de la fatal sentencia.

A su soplo la mar se encoleriza,
y con gigante voz muge y atruena,
la planta de sus pies torna en ceniza
la limpia concha y la esponjosa arena.
El monte huella y la cerviz le inclina;
pisa en el valle y de feter le llena;
y en la ciudad que a perecer destina
vierte el licor fatal y la envenena.

Y ese el arcángel fué que inexorable
 lanzó al desnudo Adán del paraíso,
 y de su raza en él junta y culpable
 fijó a la vida término preciso.

Él arrancó en el Gólgota empinado
 el jayl postrero que exhaló sumiso
 el Dios que de la mancha del pecado
 borrar la sombra con su sangre quiso.

Él turbó la insensata ceremonia
 del pueblo santo ante el becerro impuro:
 sentenció a Baltasar y a Babilonia
 con tres palabras que pintó en el muro:
 inspiró al receloso Ascalonita
 el degüello fatal, y abrió seguro
 nicho a Faraón, que con su gente habita
 del indignado mar el fondo oscuro.

Él llevó el fuego de Alarico a Roma,
 llevó a Jerusalén a Vespasiano,
 en una noche convirtió a Sodoma
 en lago impuro y en vapor insano;
 rompió las cataratas del diluvio
 cegadas al impulso soberano,
 y encendió las entrañas del Vesubio,
 que busca sin César otro Herculano.

Y ese será el espíritu tremendo
 cuya gigante voz sonará un día,
 y a su voz de la tierra irá saliendo
 la triste raza que en su faz vivía.
 La creación se romperá en sus brazos;
 y cuando toque el orbe en su agonía,
 cuando a su soplo el sol caiga en pedazos,
 ¿qué habrá ante Dios? La eternidad vacía.

Tal fué el arcángel que la voz oyendo
 del sumo Dios, su habitación dejando
 y a la voz del Señor obedeciendo,

a los pies del Señor partió volando:
 y el espacio un instante oscureciendo
 y los puntos un punto dislocando,
 en la mitad de las celestes salas
 al gritar: «Heme aquí», plegó las alas.

De la Salén divina a su presencia
 suspendióse la gloria de improviso.
 Reverberó en su faz la omnipotencia,
 y el justo la cerviz dobló sumiso.
 Postrósele en redor con reverencia
 todo ser morador del Paraíso,
 y al misterio terrible quedó atento
 en silencio y pavor el firmamento.

Rasgóse el pabellón de pedrería
 que de la Trinidad cerca el santuario,
 y el germen de la luz que se escondía
 bajo el tapiz viviente del Sagrario
 vertió la lumbre del eterno día
 desbordada a un impulso involuntario,
 y alumbró el firmamento de tal modo
 que su inmenso esplendor lo cegó todo.

Cual oscuro tizón expiró luego
 ahogado entre su luz el sol brillante:
 puntos de sombra, sin color ni fuego,
 fueron los astros de su luz delante:
 y todo ojo inmortal quedó al fin ciego
 en tan supremo y temeroso instante:
 y todo, en fin, cuanto creado estaba
 con la luz del Señor reverberaba.

Un cuerpo solamente resistía
 el resplandor de la infinita hoguera:
 una sombra no más manchar se vía
 la luminosa creación entera.
 Una no más permanecer podía,
 y a un espíritu sólo dable fuera

resistir a su fúlgido dominio:
el ángel del dolor y el exterminio.

Él nada más fatídico levanta
su aterradora y colosal figura,
entre tanto esplendor y gloria tanta,
triste, medrosa, funeral y oscura.
Sólo él espera con inmoble planta
al Dios que llena el orbe de pavora:
sólo él no tiembla cuando Dios respira,
sólo él de frente su semblante mira.

Abriéronse las puertas eternas
del sagrario de Dios, en cuyo interno
no entrarón ni aún los ojos inmortales
de los electos de su amor paterno.

Abriéronse, y llegando a sus umbrales
así hablaron el ángel y el Eterno:

«—Señor, ¿qué mandas? —Mi balanza
[toma.

—¿Qué he de pesar? —Los vicios de So-
[doma.»

Obedeció el arcángel, y poniendo
la clemencia de Dios y la esperanza
en un plato y en otro el fardo horrendo
de Sodoma, alzó al aire la balanza.
Cedió el platillo de Sodoma, y viendo
que el otro el peso a equilibrar no alcanza,
dijo el ángel: «Pentápolis es mía»,
y Dios: «Perezca la ciudad impía.»

Tornó a entrar el Señor en su sagrario,
tornó a plegarse el misterioso velo
que de la Trinidad cerca el santuario,
y volviendo a elevar su torvo vuelo
el arcángel fatal, a su ordinario
curso volvió naturaleza y cielo,
y el sol que en occidente se sumía
a Sodoma marcó su último día.

CANTO IV

I

LOT

Vivía en aquellos tiempos
en la opulenta Sodoma
un varón prudente y justo
con dos hijas y su esposa.

Lot le llamaban sus gentes,
y el extranjero las otras
de la ciudad; que nacido
era en comarcas remotas.

En *Ur*, tierra de caldeos,
brilló su primera aurora,
y cuando a fijarse vino
en la ciudad populosa,

era ya de edad provectora:
y trajo hacienda no poca;
y en toda aquella comarca
que las amarillas olas

del Jordán, plácidas riegan,
y fertilizan y abonan,
jamás se vieron manadas
tan bellas y numerosas

cual las de aquel extranjero,
que de regiones ignotas
llegó a avecindarse un día
en las tierras de Sodoma.

Las lanas de sus ovejas,
que por llanuras y lomas
triscaban, eran más puras
que la cándida corona

de nieves, que el sol de mayo
con mil cambiantes colora,
del Líbano en la alta frente
que con las nubes se toca.

Las mieles de sus colmenas
más que de Hiblea sabrosas,
excedían en fragancia
a los más ricos aromas.

Y, en fin, de sus heredades
los zagales y pastoras
y damas, unos esclavos
y egipcias siervas, remonta

a número tal, que cuando
caminaba hacia Sodoma,
y al caer la tibia tarde
plantaba sus tiendas todas,

en las riberas que bañan
del Jordán las mansas olas,
a esperar de un nuevo día
la resplandeciente aurora,

más que simple caravana
de estirpe o familia sola,
plantado aduar parecía
de una tribu numerosa.

Por eso los habitantes
de las ciudades famosas
que por ser cinco llamáronse
en la lengua más sonora

Pentápolis, con respeto,
si bien con no candorosa
intención al buen anciano
cercaban a toda horas.

Él su amistad recibía
de los bosques a la sombra,
o bien en calles o plazas;
pues mirando por su honra,

jamás permitió a ninguno
de los hombres de Sodoma,
penetrar en el secreto
do vivían sus matronas.

Empero, estaban sus hijas
en edad de ser esposas;
y Lot, entre los mancebos
de la ciudad, eligiólas

los dos que entre ellos hallara
de más apuestas personas,
de fortunas más crecidas
y costumbres más virtuosas.

II

LOS DOS ÁNGELES

Mas sucedió que una tarde
de calor, salióse fuera
Lot de su casa, y sentóse
de Sodoma ante las puertas.

Era una tarde de estío,
cuando la hora postrimera
del sol lucía, y lazando
de sus entrañas la tierra

el fuego que todo el día
la abrasara y consumiera,
subía de sus vapores
una sofocante niebla.

Ya el rubio sol del ocaso
tocaba a las anchas puertas,
y apenas se descubría
su fúlgida cabellera;

cuando Lot vió aproximarse
por una vecina senda,
dos mancebos peregrinos
de altiva y noble presencia.

Nada ostentan sus personas
que a vista vulgar parezca
exceder de los humanos
la común naturaleza;

pero Lot, que ante el temido
Rey de la creación entera,
por su prudencia y virtudes
favor no pequeño encuentra,

vislumbra en los caminantes,
al través de su modesta
actitud, claros indicios
de una raza más perfecta.

Dos ángeles son, que envía
de Dios la mano severa
de los vicios de Sodoma
a tentar la última prueba;

los custodios son que un día
a aquellas comarcas diera,
dos purísimas sustancias
que viendo la ruina cierta

de aquellas cinco ciudades
que a entrambos tan caras fueran,
tristes y lentos caminan
por la tortuosa senda.

Púsose en pie presuroso
Lot, y tomando carrera
llegó de los paraninfos
a la divina presencia:

y en reverente postura,
el rostro contra la tierra:
«Ruégoo, divinos señores,
les dijo, que a la derecha

torzáis, y de vuestro esclavo
en la mísera vivienda,
lavéis el polvo que cubre
vuestras plantas sempiternas;

que apenas la madrugada
raye en el cielo, serena,
seguiréis con más descanso
la empezada marcha vuestra.

—No podemos el convite
aceptar de tu largueza:
pasar debemos la noche
sin salvar de humanas puertas

el umbral.» Lot no desmaya,
y con humildad extrema
a que acepten su agasajo
los estrecha en gran manera.

Ceden, al fin, los custodios,
y torciendo a la derecha,
Lot delante, al fin entraron
de Sodoma por las puertas.

III

LA CASA DE LOT

En una sala espaciosa
de la patriarcal morada,

están los dos peregrinos
que con Lot antes entraran.

Dos siervos adolescentes,
en cuyas morenas caras,
del ígneo sol de la Nubia
se ve la candente marca,

se ocupan, con el auxilio
de yerbas y puras aguas,
en lavar el rubio polvo
que mancha de ambos las plantas.

No hay en el vasto triclinio
lámparas de oro colgadas,
ni orientales pebeteros
ricos aromas exhalan;

ni alfombras cubren el suelo,
ni candelabros de plata
lo iluminan; ni en gran pompa,
cual la soberbia romana

un día inventó, se miran
ánforas de oro talladas
llenas del hirviente zumo
de la engañadora parra;

los vasos de roja arcilla
zumos traidores no guardan.
Henchidos se van los unos
de las cristalinas aguas

que de los montes vecinos
en raudos torrentes bajan
y en rojos búcaros cogen
de Lot las negras esclavas.

Otros, purísima leche
encierran en sus entrañas;

y en otros, en fin, fermenta
dulce el licor de las palmas,

aquel licor que algún día
del mismo Dios en compañía,
allá en el Edén florido
bebiera el primer patriarca.

Teas de pino y de enebro
alumbran la hospitalaria
mansión, y adobadas pieles
cuya blanquísima lana

en suavidad y finura
a la matutina escarcha
excede, cubren el piso
de aquella modesta estancia.

IV

LAS DOS HERMANAS

En tanto Lot del secreto
recinto, donde con sabia
costumbre, en aquellos días,
padres y esposos guardarán

a sus mujeres, con rostro
en que la paz de su alma
se ve, y el gozo que siente
del honor que hay en su casa,

sale: sus pasos precede
con priesa a sus años rara
su esposa, y detrás caminan,
por las manos enlazadas,

dos bellísimas doncellas,
que al ver las dos nuevas caras
de los rubios peregrinos,
con timidez se adelantan,

Las hijas son en quien funda
su amor y dicha el patriarca;
y a humanos ojos no fuera
posible al considerarlas

cual ora se ven unidas,
pensar que fuesen hermanas:
tan distinta es su belleza,
aunque en las dos extremada.

La que a diestra mano viene
es la mayor; a ésta, Sara
la llamó al nacer su padre,
y es nombre que a su arrogancia

conviene: del lindo rostro
es la tez algo atezada,
y de azabache pulido
la cabellera que esmalta

su semblante, y que en dos trenzas
con esmero entrelazadas,
cae meciéndose en el cuello
sobre la mórbida espalda.

Sus labios son rubicundos
como una abierta granada,
y los dientes pequeñuelos,
que al entreabrirse declaran,

más que el diamante son duros
y parecen a distancia
hilos de nevadas perlas
en campo de roja grana.

Turgente el virgíneo pecho,
y la cintura gallarda
tan breve, que puede un niño
con las manos abarcarla.

Mano y pie son dos prodigios
de pequeñez tan enana,
que parece no crecieron
desde el albor de la infancia.

Pero sus dos negros ojos
son sus más temibles armas;
que cuando mira con ellos
las almas quedan esclavas.

La segunda, a quien por nombre,
y el nombre también le cuadra,
Melka su padre le puso
por su índole tierna y blanda,

es de tez tan blanca y pura
como las conchas de nácar
que arroja el mar a la orilla
en las costas de la Arabia;

caen los sedosos cabellos
en ondas ensortijadas,
más rubios que el sol de estío
en las más puras mañanas;

cándido es su ebúrneo cuello
como el del cisne, y la espalda
y el redondo pecho, ofuscan
a las perlas esmaltadas;

rojo coral son sus labios,
nieve sus dientes, y grana
sus ojos, como el zafiro
que el mar en sus senos guarda.

Los pies, manos y cintura,
breves son como en su hermana;
y en algo más se parecen,
que altas y esbeltas son ambas;

y al andar ambas se doblan
 como se mecen las cañas
 al soplo de blanda brisa
 al borde de las quebradas;
 o como en las altas rocas
 se cimbran las verdes palmas
 cuando alienta furibundo
 el viento de las borrascas.

Al llegar Lot con sus hijas,
 los huéspedes se levantan,
 y alrededor de la mesa
 do se mira preparada

la cena, sin distinciones
 cual las que ora son usadas
 entre los hombres, se sientan,
 cabe a su esposo la anciana,

junto a Melka un peregrino,
 el otro al lado de Sara;
 y en plácida unión partieron
 entre sí las ricas viandas:

que en aquel tiempo dichoso
 hasta el mismo Dios bajaba
 al mundo y se divertía
 con las costumbres humanas.

CANTO V

Desde el alcázar lóbrego
 de luto revestido
 que es de la muerte cárdena
 terrífica mansión,
 de truenos y relámpagos
 sangrientos circuido,

muy más que el viento rápido
 feroz sale Abdalón (1):

Plegadas lleva al cuerpo
 las alas voladoras
 que velan, mas no ocultan
 el rojo resplandor
 del fuego, que en lid ráfagas,
 de muerte precursoras,
 brota el mirar fulmíneo
 del Exterminador.

Espíritu fremente,
 que el alba diamantina
 del éter sempiterno
 conturba a su pasar;
 ejecutor que al mundo
 la cólera divina
 envía sus ofensas
 terribles a vengar:

desvíanse a su paso
 los rubios querubines,
 los ángeles y arcángeles
 se apartan con temor:
 la vista bajan trémulos
 los altos serafines,
 ante el ministro lúgubre
 de la ira del Señor.

Y Tronos, Potestades,
 Dominios y Virtudes,
 los que en la lid princelitos
 vencieron a Luzbel,
 ora se ven con tímidas
 postradas actitudes,

(1) O Abdadón, nombre hebreo del ángel exterminador. Los griegos le llamaban *Apollyon* y los latinos *Exterminans*.

ante el poder satánico
de aquel fatal poder.

Un ángel sólo atrevese
del fúnebre emisario
la marcha rapidísima
un soplo a detener;
un ángel que cerníase
de Dios sobre el santuario,
espíritu hermosísimo
con rostro de mujer.

Un ángel que a los míseros
en este mar del mundo,
cuando en sus olas turbidas
la negra tempestad
de engaños y dolores
el ábrego iracundo
agita, de sus alas
al bronco revolver,

les hace que confien
de paz y de bonanza
en días más serenos
allá en lo porvenir;
el ángel de los huérfanos,
la luz de la esperanza
que cabe al débil hombre
camina hasta morir.

Más leve y perfumada
que la expirante brisa
que plega por la tarde
las alas de la mar,
se acerca el ángel cándido
con virginal sonrisa
a aquél con quien las lágrimas
van siempre y el pesar.

Las manos enlazadas
en la actitud del ruego,
aboga por Pentápolis
con argentina voz;
mas Abdalón respóndele
de enojo y de ira ciego:
«¡Aparta, blando espíritu:
el Sumo lo ordenó!»

Y con torvo mirar, la forma pura
lanza lejos de sí su mano airada,
la cual tornó a cernerse en el altura,
la tierna faz en lágrimas bañada;
un inmenso gemido de amargura
turbó en redor la celestial morada,
mientras el ministro del furor divino
prosigue hacia la tierra su camino.

Y atraviesa más rápido que el viento
las bóvedas do están los inferiores
celestiales espíritus sin cuento;
do en himnos, que a los blandos ruseñores
dieran envidia, en perennal contento
cantan a Jehová sumos loores:
pero su canto puro apena alcanza
allí donde se cierne la esperanza.

Y prosiguiendo el ángel su carrera
por las inmensas salas diamantinas,
en breve pasa la vecina esfera
en donde sobre nubes zafirinas
debe vivir la santidad primera;
separada por diáfanas neblinas
de los seres purísimos, alados,
que del cielo a la par fueron creados.

Atravesó por fin la jerarquía
postrera, do en millones de millones
viven ahora en paz y en alegría

los vivientes de mil generaciones:
aquella inmensa bóveda vacía,
entonces, de habitantes y canciones,
pasa el torvo Abdalón en un instante
y sigue por el cielo hacia adelante.

Un arcángel de luz resplandeciente
guarda del cielo la eternal salida,
el cual viendo a Abdalón, huye tremente
y su deber y gloria a un tiempo olvida:
sin obstáculos sale el inclemente
ministro, y disponiendo su partida,
desplega al fin las pavorosas alas
atrás dejando las eternas salas.

Cual águila voraz, que desde el cielo
donde del sol se cierne cara a cara,
alcanza a ver en el herboso suelo
la grata presa, por que tanto ansiara;
y en su iracundo ardor de un solo vuelo
salva la inmensidad que le separa
del objeto infeliz, y en un segundo
las garras ceba en él y pico inmundo:
tal, en saña implacable el pecho ardiendo
el Exterminador se precipita,
las negras alas sin cesar batiendo,
la dura a ejecutar sentencia escrita:
de su pecho se escapa un grito horrendo
del odio crudo que su ser agita,
y en vuelo más veloz que la paloma
cruza Abdalón el aura hacia Sodoma.

Como el rayo, atraviesa aquella zona
do en sus ejes eternos suspendidos
giran orbes sin fin, que son corona
a los astros del hombre conocidos:
jamás la humana ciencia, aunque blasona
de penetrar misterios escondidos,

ni ojos mortales, ni terrestres vientos,
llegaron hasta aquellos firmamentos.

En aquellas balsámicas regiones
nunca se acaba ni comienza el día;
no hay mudanzas allí, no hay estaciones,
tarde, mañana, aurora o medio día:
jamás los furibundos aquilones
allí movieron tempestad bravía,
ni jamás hondos truenos rebramantes
oyeron sus felices habitantes.

Allí siempre la atmósfera es serena,
suave la luz, el céfiro apacible;
corren los ríos en dorada arena
y en un mar se confunden bonancible;
el aire es puro, la campiña amena,
y cuanto a las miradas es visible
ya cerca, ya en remota lontananza,
todo respira paz y bienandanza.

Nunca ronco tronó clarín de guerra
en aquellas riberas afortunadas,
ni taló la discordia aquella tierra,
ni hubo malas pasiones desbandadas:
ni el hambre, ni la sed que al hombre
[aterra,
ni cobardes traiciones, ni emboscadas:
ni hubo males, ni pestes, ni quebrantos,
ni gemidos, ni súplicas, ni llantos.

Que viven sus sencillos moradores
en tierna unión y dicha inexplicable;
puros son y constantes sus amores,
y su amistad tiernísima y durable:
allí no existen siervos ni señores
como en nuestro destierro miserable,
y aquella tierra ante su Dios perfecta
es del bien la comarca predilecta.

a las feroces gentes:
y al rayo que fulgura
en su mirada pura,
se replegaron trémulas
las turbas sobre sí.

A Lot entonces rápidos
asieron de la mano;
y del primero al último
al joven y al anciano
y al niño que los viera,
de súbita ceguera
los hieren, y la atmósfera
ya puebla su gemir.

Y a tientas en las hórridas
tinieblas que los cercan,
con lastimeras súplicas
de nuevo a Lot se acercan:
y con humilde llanto
y voz de inmenso espanto,
entre gemidos lúgubres
imploran su perdón.

Mas de los dos espíritus
la voz que el aire atruena,
responde así a los míseros:
«Ya la medida llena
de torpes liviandades
está, y de iniquidades;
¡generación de réprobos,
no esperes redención!»

¿Cómo, ¡ay! en voces débiles
de lenguas terrenales,
cómo en oscuros sémiles,
e imágenes mortales,
pintar el alarido
inmenso, indefinido,

que aquellas turbas cárdenas
lanzaron a una voz?

Aquí una humilde súplica
de alto dolor es prenda;
de maldición satánica
allá una voz tremenda:
y en hórrida armonía
por la región vacía,
retos, blasfemias, lágrimas,
van en revuelto son:

Tal en las negras bóvedas
del tenebroso averno,
donde Luzbel indómito
vive en dolor eterno;
sonó el primer rugido
del ángel maldecido,
que osó lidiar impávido
de un Dios contra el poder.

En tanto las sacrílegas
gentes confusas huyen;
y en las tinieblas lóbregas
que en torno los circuyen,
se llaman, se codean,
se insultan, se golpean
y en estridente vórtice
no cesan de correr.

III

LA FUGA

Entonces a Lot, los ángeles:
«¿Hay alguien que te toque, yerno o nuera,
hijo o deudo que esté de casa fuera?
Ve rápido en su busca
si no deseas que esta noche muera.

Que del celeste empuje
del sumo Jehová somos enviados.
Llegaron de Sodoma los pecados
hasta su eterno trono,
y sus días aquí ya están contados.»

Lot, pues, como el relámpago,
oprimido del miedo y la tristura
corrió hacia la mansión en derechura
de sus futuros yernos,
y en voz doliente y que le embarga el
[pasmó:

«¡Alzad del lecho, míseros,
alzaos!, exclamó. De Dios la mano
enviará sobre el joven y el anciano
la muerte antes del día,
en el recinto de Sodoma insano.»

Mas ellos al terrífico
rumor de sus acentos inseguros:
«vuélvete, respondieron, a tus muros,
que de burlas no es hora»;
y a dormir se volvieron muy seguros.

Entonces, tomó Lot desesperado
de su casa el camino;
y de los dos mancebos apiadado
lamenta su destino.

Y vacila y se para en la carrera,
y el paso atrás revuelve;
mas de nuevo sonó la voz severa
y a su camino vuelve.

Y sigue, sumergido en la amargura
la débil planta, incierta,
atravesando la estancia oscura
de la ciudad desierta.

Era la hora en que el naciente día
celajes mil anuncian de oro y grana,
y las aves en plácida armonía
saludan el albor de la mañana;
pero en Sodoma aún la noche umbría
se muestra de los mundos soberana,
y Lot, con gran trabajo y pena suma,
llegar pudo a su casa entre la bruma.

Preparados al viaje, allí le esperan
en pie los dos mancebos celestiales,
y ambos a las mujeres aceleran
con palabras y gestos de mortales:
ya los primeros rayos reverberan
de Dios en los eternos arenales,
cuando la comitiva silenciosa
la ciudad atraviesa tenebrosa.

Como una corta, inerte caravana
cruza los arenales del desierto,
temiendo del Simún la furia insana
o los fétidos miasmas del mar Muerto;
y mientras más camina más se afana,
y hasta llegar al anhelado puerto
calor y sed arrostra y hambre dura,
porque tan sólo allí se cree segura:

Así Lot, con los suyos caminando
va sin cesar por calles y por vías,
siguiendo las pisadas que trazando
van en la arena sus celestes guías:
y acaso escuchan el rumor nefando
del baile y de las cántigas impías,
y las risas y apóstrofes brutales
que surge de las torpes bacanales.

Por fin pasaron la ferrada puerta
de la impura ciudad, y un breve instante
reposaron allí la planta muerta

y el oprimido pecho jadeante;
y estando ya de la campiña abierta
en medio, su camino hacia delante
prosiguieron derecho a un alto monte
que al Este limitaba el horizonte.

Pero antes de seguir, con voz severa
a Lot, así dijeron los alados:
«Corre sin detenerte en la carrera
y cotos salva, y setos y vallados;
y aunque llegue a tu oído lastimera
plegaria, o de los truenos disparados
el bramido, hacia atrás nunca el semblante
vuelvas, que serás muerto en el instante.»

Y asiendo a las mujeres de la mano
con palabras de amor las consolaban,
y dando priesa al afligido anciano
con acentos de brío le animaban.
Y atravesando ya el inmenso llano
que circunda a Sodoma, se alejaban
del amor espoleados de la vida
de la torpe comarca maldecida.

CANTO VII

La hora sonó. La omnipotente mano
en cuya palma el universo gira,
aquel de soberanos soberano
en alto levantó: —muerte respira
la amenaza mortal que de sus ojos
en raudales fulmíneos se desprende;
y la hueste inmortal puesta de hinojos
las sumas iras en silencio atiende.

En sus quicios eternos quebrantados
vacilan los celestes artesones,
y el aliento detienen asombrados
los genios de los roncós aquilones:
yermo de luz, detiene su carrera

de los astros el número infinito,
y tiembla en fin la creación entera
del cielo azul al lóbrego Cocito.

Para el mar las corrientes bramadoras
que en sus abismos cóncavos habitan,
y las inmensas turbas nadadoras
en los antros sin fin se precipitan:
sécanse los copiosos mantiales
de los ríos, que el sólito tributo
no dan al mar, y ardientes arenales
resbalan sólo entre su cauce enjuto.

Pierde la selva umbría su verdura,
su puro azul el cielo encapotado,
y se lanzan del bosque a la llanura
confundidas las fieras y el ganado.
Y unidos suenan al postrer lamento
del orbe de la tierra estremecido,
del tierno rui señor el blando acento
y del león el lúgubre rugido.

Sodoma, Seboín, Gomorra, Adama,
sacrílegas ciudades maldecidas,
¡ay de vosotras, que en la impura llama
del deleite vivís endurecidas!
¡Ay de vosotras, ay, que del pecado
os revolvéis entre el inmundo cieno!
¡Ay del pueblo que duerme aletargado
del torpe vicio en el letal veneno!

Torpe generación de torpe gente,
¡ay tres veces de ti! Ya cruda brilla
amagando caer sobre tu frente
desnuda al aire la inmortal cuchilla.
¡Un ay de contrición, un ay tan sólo
alzado en vuestra lúbrica demencial
¡Ved que se cierne ya de polo a polo
el torvo ejecutor de la sentencia!

